


Condesa de Bornos
Est. 9 Tabl. 1a
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5319415588



HISTORIA ECLESIÁSTICA GENERAL

ó

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO,

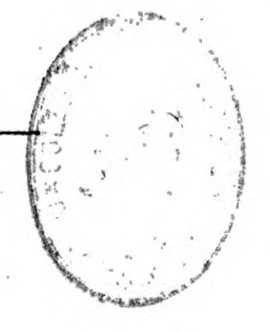
Que contiene los dogmas, liturgia, disciplina, concilios, heregías, cismas, y lo demas acaecido en la Iglesia desde su establecimiento hasta el año de 1700.

ESCRITA EN FRANCES

Por el abate Ducreux, canónigo de la santa Iglesia de Auxerre, traducida al castellano, con algunas notas, y aumentada con todo el siglo próxîmo pasado hasta el presente pontificado de N. SS. P. el papa Pio VII.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO III.



EN MADRID POR CANO AÑO DE 1805.

HISTORIA ECLESIÁSTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO NONO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio griego durante este siglo.

Irene, á quien su espíritu y belleza habian sacado de una condicion obscura para elevarla al trono, se mantuvo en él gloriosamente por su talento y habilidad, hasta que la ambicion y la venganza la hicieron parricida. Baxo el nombre de su hijo habia cometido todos los crímenes que juzgaba necesarios para la execucion del proyecto que habia formado de reynar sola. Logró por este medio hacerle odioso; y quando resolvió sacrificarle á él mismo, creyó, que aunque hiriese esta víctima, no tenia que temer que la atrocidad de una accion que horrorizaba la naturaleza, separase de su persona al senado y al pueblo, acostumbrados ambos á recibir las impresiones que queria darles. Pero se engañaba. Aquel senado, á quien tanto tiempo habia que dominaba con su eloqüencia, y con los encantos de su figura, solo le tenia un respeto de costumbre, sin estimacion y sin afecto; y aquel pueblo, á quien solo su presencia habia inspirado siempre gozo y confianza, no veia ya en ella sino una madre desnaturalizada, una muger cruel, á quien nada podia detener despues de haberse bañado en la sangre de su hijo. Estos sentimientos, tan diferentes de los que en tiempos mas felices habia habido respecto de ella, se aumentaron y se hicieron generales en todo el imperio, quando sa-

crificó á su seguridad los quatro tios de su marido, Nicéforo, Christobal, Nicetas y Eudoxîo, príncipes desgraciados, que al principio habian sido consagrados al servicio de los altares contra su voluntad; y que castrados despues para alejarlos para siempre del trono, hizo finalmente Irene matar sin piedad, por el temor de que algun enemigo secreto no se valiese de su nombre para conspirar contra ella. Pero por mas cuidado que tuvo de asegurarse un reynado tranquilo, no hizo mas que vacilar sobre el trono; y el resto de su vida emponzoñado con remordimientos no fué mas que un texido de temores y de disgustos. Desde Augusto era la primera vez que se veia el cetro de los Césares en manos de una muger; y para asegurarlo en ellas, á pesar de los zelos de los grandes, y de la inconstancia del pueblo, imaginó Irene unir su suerte á la de Carlo Magno, que acababa de restablecer el imperio de Occidente, y dispuso que se le ofreciese su mano y su fortuna. Un proyecto que se dirigia á reunir baxo la dominacion de Carlo Magno casi todo lo que habian poseido los antiguos señores del mundo, era preciso que se conformase fácilmente con las ideas de ambicion y de grandeza, de que estaba lleno este príncipe. Se aceptó, pues, la oferta de Irene, y Carlo Magno envió embaxadores á Constantinopla para convenir con ella en las condiciones de su casamiento. Mas los medios que empleaba para gozar tranquilamente, á lo ménos en lo exterior, del fruto de sus crímenes, vinieron á ser la causa de su perdicion. En el Oriente no querian un dueño que podia trasladar al Occidente como en otro tiempo la silla del imperio; y los griegos hubieran creido envilecerse obedeciendo á un príncipe descendiente de una de aquellas naciones que estaban acostumbrados á tratar de bárbaras. Por otra parte todos los grandes debian estar ofendidos de que Irene fuese á buscar tan léjos un esposo, y que no considerase á ninguno de ellos digno de reynar con ella. Este fué sin duda, á los ojos de la ambicion y de los zelos, el mayor de sus delitos. Todos los que ocupaban alguna elevacion en el estado por su nacimiento, por su fortuna, ó por sus empleos, tenian miras al trono, y buscaban los medios de subir á él. En este tropel de concurrentes, Nicéforo, gran tesorero del imperio, fué mas feliz que los demas, habiendo debido la púrpura á la ba-

bilidad con que supo grangear los diversos intereses de sus rivales; de suerte, que sin saberlo, y creyendo que trabajaban para sí mismos, concurrieron todos á su elevacion. El dinero del tesoro público que administraba le sirvió para corromper la guardia de Irene, que le introduxo en palacio, y facilitó su proclamacion. Irene, vendida y abandonada, todavía gozó de su grandeza en el momento de su caida; pues Nicéforo se presentó delante de ella ménos como emperador, que como cortesano, protestándole su respeto, y aguardando su aprobacion para tomar las riendas del estado. Pero apénas se hizo dueño de lo que restaba de los tesoros adquiridos por Leon Isauro, de que tantas veces habia abusado, quando la desterró á un monasterio que ella habia fundado cerca de Constantinopla. De allí fué transferida á Mitilene en la isla de Lesbos, en donde murió el año de 803, segun la opinion mas comun. Sus últimos momentos no constan de la historia. Feliz! si supo aprovecharse de ellos para reparar á lo ménos con el arrepentimiento de los delitos que la ambicion le habia hecho cometer. Esta princesa es un exemplo de los caprichos de la fortuna en su elevacion y en su caida. Tal vez entre las mugeres que han reynado, no se halla ninguna que haya reunido en un contraste tan singular mas qualidades buenas y malas, mas talento para gobernar, mas sagacidad en conocer á los hombres, y habilidad en emplearlos, segun su capacidad, mas extension y recursos en el entendimiento, una alma mas noble y mas generosa, con mas arte para fingir sentimientos y virtudes que no tenia, un carácter mas equívoco, así en lo bueno como en lo malo, un corazon mas falso y mas cruel. Siguiendo á esta muger extraordinaria en los diversos acaecimientos de su vida, no se puede dexar de admirarla, de aborrecerla, y de tenerla compasion.

El genio de Irene, aunque cautiva, no cesó de causar respeto á Nicéforo miéntras vivió. Débil y vicioso no se creyó pacífico y absoluto señor del imperio, hasta el momento en que la muerte vino á desembarazarle de los temores que le inspiraba el nombre solo de esta princesa. Luego que se vió libre de estas inquietudes, dexando de violentarse, se entregó sin pudor á los vicios que le dominaban. Cobarde, avaro, imprudente, sin valor, sin fe, sin humanidad, y dado á todas las infamias de que se ha-

acusado á la secta de los maniqueos, la qual habia abrazado, se hizo en poco tiempo el objeto del ódio y del desprecio público. Asolaban los búlgaros las provincias, y se abanzaban hasta las cercanías de Constantinopla. Emprendió Nicéforo rechazarlos sin saber hacer la guerra, ni atreverse á fiarla á los que sabian; y así derrotaron su exército, y se le halló entre los muertos el año de 811, habiendo durado su reynado, ó por mejor decir su tiranía, nueve años. Estauracio, digno hijo de tal padre, y que le habia asociado en el imperio desde su exâltacion al trono, no tuvo siquiera el honor de morir con la púrpura, de la qual le despojó Miguel, á quien el senado y los soldados proclamaron emperador.

Este príncipe, de sobrenombre Curopalato, porque era gran maestre de palacio ántes de su elevacion, tenia las virtudes que hacen estimables á los hombres en la clase de privados; pero no se advertia en él ninguna de las qualidades que son á propósito para desempeñar con dignidad la soberanía. Aunque íntegro, suave, compasivo y hombre de bien, no tenia ni el valor, ni el entendimiento elevado, ni los muchos alcances que son necesarios para sostener el peso del gobierno. Fué vencido como Nicéforo por los búlgaros; y conociendo su incapacidad, se hizo justicia, y cedió voluntariamente su cetro demasiado pesado para sus manos á Leon, por sobrenombre el Armenio, que habia salvado los restos del exército. Mucho tiempo habia que este general tenia miras al imperio, y se aprovechó del momento en que parecia que el objeto de sus deseos se ofrecia por sí mismo á su ambicion, haciendo que le proclamasen los soldados que acababa de reunir cerca de su persona. Miguel por no derramar la sangre de los hombres abrazó el estado monástico, habiendo merecido elogios por haberse puesto en el lugar que le correspondia, y por haber sacrificado la diadema á la quietud de sus súbditos.

Si la actividad, el valor, el desinteres y el amor á la justicia, sin la religion y la piedad, bastasen para constituir grandes á los príncipes, nadie hubiera sido mas digno de mandar á los hombres que Leon el Armenio. Pero obscureció estas excelentes prendas, y deshonró la púrpura por su fanatismo, su impiedad, su hipocresía y su furor en perseguir á los defensores de las santas imágenes;

renovando contra ellos todas las crueldades que han hecho tan justamente odiosa la memoria de Leon Isauro. Esta fué la causa de su perdicion, pues aunque triunfó de los búlgaros, é hizo una paz ventajosa con ellos; su gloria y sus laureles no pudieron sofocar el ódio que la persecucion habia producido en los corazones. Conspiróse contra él, y á pesar de su inquieta vigilancia, á pesar de la dicha que habia tenido de descubrir la conspiracion, y de hacer prender á la cabeza de ella, pereció á los golpes de los rebeldes en su propio palacio, y en medio de su guardia la noche de navidad del año 820, habiendo reynado cerca de ocho años y medio.

Miguel, llamado el Balbuciente, se hallaba preso, y parecia inevitable su suplicio, diferido solamente por la solemnidad de navidad, quando fueron los conjurados á sacarle de la prision para colocarle en el trono. Era de un nacimiento obscuro, y su educacion habia correspondido á su baxeza, no habiendo desmentido ni uno ni otro sus costumbres. Ignorante, supersticioso, débil y cruel fué el tirano de la humanidad, la vergüenza del trono, y el enemigo de la religion, y perpetuó los males del imperio, que los búlgaros y los sarracenos no cesaban de atacar. La isla de Creta, la Sicilia, la Pulla y la Calabria cayeron en poder de los sarracenos de Africa y de España, que seguian con un ardor infatigable su proyecto de conquistas, miéntras que el interior del estado estaba continuamente despedazado por facciones y revueltas. Si tuvo Miguel la dicha de disipar la que habia formado uno llamado Tomas, que se decia hijo de la emperatriz Irene, no fué sino para entregarse con ménos moderacion á sus caprichos y á su impiedad. Derribáronse por su órden las imágenes que habia permitido restablecer, y fueron nuevamente desterrados aquellos á quienes habia levantado el destierro. Su religion era una mezcla monstruosa de judaismo, de maniqueismo y de magia. Crédulo por ignorancia y debilidad, y cruel por supersticion, se burló de todas las leyes divinas y humanas, componiendo su corte de todas las gentes mas vituperadas por sus excesos é impiedad, y poniendo en el número de sus favoritos á los que sabian inventar algun nuevo modo de ultrajar el cielo y la naturaleza. No quedó la tierra libre de este monstruo hasta el año de 829, des-

pues de ocho años y nueve meses de un reynado tan funesto para el estado como para la Iglesia.

Teófilo, hijo de Miguel el Balbuciente, subió pacíficamente despues de la muerte de su padre á un trono, al qual ya habia mucho tiempo que no se llegaba sino por el crímen; y sus principios anunciaban un reynado de paz, de justicia y de piedad: tanta arte tenia para ocultar los vicios de su corazon baxo la apariencia de las virtudes contrarias. Hizo muchos actos de prudencia y equidad, que dieron las mas lisongeras esperanzas de él á todos los órdenes del estado, principalmente á las cabezas de la religion. Mas pronto se disiparon. Teófilo cesó de fingir, y se mostró tal qual era, impío, vicioso, suspicaz, sanguinario, enemigo del mérito, al qual temia, y siempre pronto á sacrificar en fuerza de las relaciones de la envidia las cabezas mas amadas y mas respetables. Persiguió como su padre las imágenes, y á los que las honraban: declaró la guerra á los monges, é imaginó nuevos medios de envilecerlos y atormentarlos. Encaprichado estúpidamente en los prestigios de la magia, juntó la credulidad mas absurda á la irreligion mas escandalosa; y bastaba haber hecho algunos servicios importantes al estado para excitar sus sospechas, y llegar á ser el objeto de su cruel ingratitud. De ello fueron tristes pruebas Alexo, Manuel, Teófobo y todos los que le ayudaron á ganar algunas ventajas á los sarracenos, y á los demas enemigos del imperio. La patria atacada por todas partes, con dificultad hallaba defensores baxo un príncipe pérfido y zeloso, que pagaba con el destierro ó con la muerte los frutos del valor y de la habilidad. Los sarracenos se aprovecharon de los desórdenes y confusion que los vicios del gobierno hacian cada dia mas sensibles; y sus armas que encontraban poca resistencia, se señalaban muchas veces por la destruccion y la victoria. El único consuelo de la humanidad, y el único recurso de la virtud en medio de tantos males era la emperatriz Teodora, princesa virtuosa, y de una piedad sólida. Algunas veces detenia la mano de su esposo pronta á descargar el golpe, y evitaba algunos crímenes: pero no podia, ni prevenir ni reparar todos los efectos de su maldad. Conocia el emperador las buenas prendas de esta princesa, y al morir le confió la tutela de Miguel su hijo, y la suerte del imperio. Tal vez,

Teófilo que con todos sus defectos no carecia de luces y de talento, se hubiera hecho tan estimable como fué odioso, si las felices disposiciones que la naturaleza habia puesto en él se hubiesen dirigido por los principios de la religion, y por el zelo del bien público. La muerte de este príncipe en 842, á los trece años de su reynado, hizo pasar el cetro á manos de Miguel III., de edad de tres años, baxo la administracion de su madre Teodora, y la asistencia de tres ministros escogidos entre los hombres mas ilustrados en la política, y mas versados en la direccion de los negocios que habia en la corte; y eran el eunuco Teoctisto, el discreto Manuel, y Bardas Patricio, hermano de Teodora.

El primer uso que esta princesa creyó debia hacer de su poder, fué restituir la paz á la Iglesia, y restablecer el culto de las imágenes, por cuyo medio se proponia ganar el afecto de los pueblos, y atraer sobre sí, sobre su hijo, y sobre el estado la proteccion del cielo. Habia mucho tiempo que no se veia la justicia, la beneficencia y la humanidad en el trono de Constantinopla; pero Teodora dió este hermoso espectáculo al mundo en todo el discurso de su regencia, y no tuvo de que arrepentirse esta princesa tan hábil como virtuosa, sino de haber confiado la execucion de sus órdenes contra los maniqueos á unos hombres violentos y malos políticos, que hicieron degenerar la severidad necesaria contra esta secta enemiga de la sociedad en una persecucion cruel que despobló provincias enteras, é hizo pasar á los sarracenos una multitud de vasallos, á quienes animaron el fanatismo y el resentimiento para la venganza. Viendo los enemigos de afuera la suerte del imperio en manos de una muger y de un niño, creyeron que podian quebrantar impunemente los tratados, y atacar las fronteras. Mas supieron que quando una muger tiene como Teodora todas las qualidades de un hombre grande, su sexô no es un obstáculo para la execucion de las cosas mas heroicas. La grandeza de alma, y la firmeza de la regenta, intimidaron á Bogoris, rey de los búlgaros, y detuvieron sus malos designios. Su prudencia, felizmente ayudada por Teoctisto y Manuel, logró restablecer el órden en las rentas y demas partes de la administracion. Pero los zelos de Bardas interrumpieron el curso de sus útiles operaciones,

haciendo perder pronto toda su ventaja. Este ministro elevado despues á la dignidad de César, nada omitió para apoderarse del jóven emperador, su pupilo y sobrino; y habiéndole inspirado desconfianzas contra Teoctisto y Manuel, y contra su propia madre, el primero fué asesinado; el segundo por evitar igual suerte renunció los negocios, y fué á ocultarse en un retiro; y Teodora cubierta de gloria fué desterrada á un monasterio, llevando consigo el sentimiento de todas las gentes honradas. Hecho Bardas único árbitro del gobierno, lisonjeó los vicios de Miguel; y para conservar con mas seguridad el predominio que habia tomado sobre él, favoreció sus inclinaciones perversas, su gusto á la disolucion, sus locas profusiones, y los excesos de todos géneros en que sin pudor se precipitaba. Desde este momento volvió á caer el estado en todos los desórdenes que Teodora se habia aplicado á reformar con su prudencia y economía: Bardas cometió impunemente todos los delitos que le sugirieron la ambicion y la venganza, y Miguel no teniendo ya freno, se abandonó públicamente á todas las infamias, de que habia mucho tiempo que hacia en secreto su única ocupacion con los cómplices de su vida licenciosa. Neron era el modelo que se proponia imitar, y se puede asegurar que en muchas cosas excedió los horrores con que este monstruo, oprobrio de la naturaleza, se habia manchado, sin temer el juicio de la posteridad. Los excesos mas groseros y abominables, la irrision de las cosas santas, y la imitacion sacrílega de nuestros mas antiguos misterios eran sus juegos ordinarios. Una conducta tan detestable, que ni aun se tomaba el trabajo de encubrir á los ojos del público, le hizo el objeto del desprecio y de la execracion. En vano Basilio el Macedonio, á quien habia asociado al imperio, se esforzó en reducirle con sabios consejos á la decencia y al respeto que se debia á sí mismo. Acostumbrado á vivir sin sujecion, y lleno de despecho, porque se atrevian á reprehenderle, resolvió deshacerse de un cólega, cuyos avisos y censura no podia sufrir. Advertido de esto Basilio, precavió los efectos de su cólera, haciéndole asesinar en una ocasion, estando ebrio ó borracho. Habia reynado este príncipe, tan justamente aborrecido, cerca de veinte y seis años desde la muerte de su padre hasta el año de 867, en que sucedió la suya.

Aunque todavía no habia cumplido treinta años, habia llenado ya la medida de todos los delitos; costando trabajo el creer que siendo tan jóven, y despues de una infancia formada por los cuidados de Teodora, de todos los vicios que pueden degradar la humanidad, y deshonrar el trono, no habia ninguno, cuyo hábito no hubiese contraido. Sin embargo, tal es el horrible retrato que la historia nos ha dexado de este otro Neron, demasiado fiel en imitar las costumbres del que fué el azote de la antigua Roma.

Basilio el Macedonio fué confirmado unánimemente en la dignidad de emperador por el senado y por el pueblo; pues no habia que echarle en cara mas que la muerte de su cólega, accion cuyo horror parecia que disminuia á los ojos de la política la necesidad de atender á su propia conservacion. Quando ya no tuvo rival, trabajó constantemente en procurar que se olvidase este crímen de estado, y en reparar las pérdidas que habia tenido el imperio en el reynado de Miguel. Los maniqueos, á quienes los rigores de Teodora habian obligado á tomar las armas, y unirse á los sarracenos, fueron atacados, vencidos y destruidos en el Oriente en muchos combates por el emperador mismo; y hasta los sarracenos aprendieron á respetar las fronteras. La Siria y la Mesopotamia fueron testigos de sus derrotas, y el nombre de Basilio se hizo tan formidable para ellos, que hasta los últimos años de su reynado no se atrevieron á emprender cosa alguna contra la quietud del imperio. Miguel habia dado todos los empleos importantes y lucrativos á los compañeros de sus vicios, y habia llenado los tribunales de sugetos indignos, que vendian la justicia, y envilecian la magistratura. En vano el pueblo oprimido por estos hombres codiciosos, se quejaba de sus exâcciones y de sus robos, porque sus gritos no llegaban al trono, ó no eran escuchados. Basilio echó á todos estos pequeños tiranos de los puestos que habian usurpado, substituyéndoles hombres de una integridad conocida, que merecian la confianza de los pueblos por sus luces y probidad. Este príncipe recomendable por tantas buenas prendas, engañado hácia el fin de su reynado por la hipocresía de dos malvados, cometió muchas faltas, de que tendremos ocasion de hablar en lo sucesivo, las que obscurecieron su gloria, y

Dios le castigó por ellas, permitiendo que los sarracenos contenidos hasta entónces por el miedo y el respeto volviesen á tomar las armas, y alcanzasen diferentes ventajas en el Oriente y en la Grecia. Hicieron tantos progresos en su espíritu las delaciones y los malos consejos, que sin embargo del carácter suave y equitativo que siempre habia mostrado, estuvo muy cerca de manchar sus manos en la sangre de Leon su hijo, el qual se habia hallado modo de hacérselo sospechoso. Pero al fin reconoció la inocencia de este príncipe que subió al trono despues de él; y habiendo vuelto de su preocupacion, le restituyó todos sus derechos, mirándole otra vez con los afectos de padre. Este fué el último suceso de su vida, que se terminó en 886, despues de un reynado de diez y nueve años, durante el qual se esforzó en borrar con sus virtudes y hazañas la memoria del crímen que le habia asegurado la posesion del trono.

No se debe juzgar de las costumbres y conducta de Leon, hijo y sucesor de Basilio, por el renombre de filósofo y de sabio que le dió su pueblo. Estos términos que nuestro uso ha consagrado para explicar la feliz union de las luces del entendimiento con las virtudes del corazon, solamente se aplicaban entónces al saber y al mérito literario. En este sentido era Leon digno de los bellos títulos con que la historia le ha distinguido de los demas emperadores de su nombre. Tenia un entendimiento adornado de los mas copiosos conocimientos, hablaba con eloqüencia, escribia con pureza, amaba las letras y protegia á los sabios. Su infancia habia estado confiada á los hombres mas hábiles de su tiempo, entre otros al célebre Focio; y sus felices disposiciones, cultivadas cuidadosamente, le hubieran conducido á la reputacion y á los empleos; aun quando hubiese nacido en una clase inferior á la en que le puso la providencia. Sin estar exênto de flaquezas tuvo virtudes, habiendo merecido justos elogios su dulzura, su bondad, su desinteres, y el cuidado que tuvo en todos tiempos de seguir los pasos, y de averiguar la conducta de los que tenian el manejo de los negocios baxo sus órdenes. La mayor parte de las faltas que cometió se las sugirieron los que puso junto á sí, á quienes dió muchas veces una confianza excesiva, de que abusaron. No se le puede disculpar, diciendo que las al-

mas honestas son las que los impostores y los malvados engañan con mas facilidad: porque la primera prenda de un soberano es conocer á los hombres, y el principal objeto de su vigilancia debe ser apartar de sí á los artificiosos y seductores. Por no haber seguido Leon esta máxîma, fué muchas veces extraviado por sus favoritos; y los lazos que armaron á su rectitud, hicieron no pocas veces que se convirtiesen en desgracia del estado unas qualidades que hubieran debido asegurar su gloria y prosperidad. Conocia el arte de la guerra, del qual habia dado algunas lecciones en una obra estimada sobre la táctica conforme á los usos y práctica de su tiempo. Sin embargo sus armas casi siempre fueron desgraciadas, y su reynado notado por los progresos casi continuos de los búlgaros y de los sarracenos. No se le vió deshonrar su dignidad como la mayor parte de sus predecesores con la disolucion y los escándalos; pero la inclinacion que tuvo á las mugeres, y los enredos de corte en que se ocupó sobradamente, causaron las desgracias, que hubiera ahorrado á sus vasallos, si una política mas firme, y una aplicacion mas sostenida hubiesen dirigido siempre el uso de su talento, coadyuvando á sus buenas intenciones. Ni su zelo por la Iglesia, ni su síncera adhesion á la doctrina católica, como ni tampoco su gusto á las ciencias, no pueden hacer que disimulemos su floxedad y su ciega preocupacion por unos hombres indignos de los puestos á que los habia elevado. Con la mayor parte de las buenas qualidades que forman los hombres grandes en la esfera suprema, anduvo una larga carrera sin haber hecho nada para su propia gloria, y aun ménos para la del imperio, que en su reynado perdió la consideracion y el esplendor que habia adquirido en el de su padre. Vivió Leon hasta el año 11 del décimo siglo, y reynó mas de veinte y cinco años.

Nada hemos dicho aquí de la parte que tomaron todos estos príncipes en los intereses de la religion, mas freqüente para desgracia que para ventaja de la sociedad christiana. Estos objetos, especialmente el asunto de Focio, que hace época en la historia de la Iglesia, se presentarán luego baxo los títulos á que se refieren, para ser tratados en ellos con la extension que les corresponde. Antes de pasar á la discusion de estas materias importan-

tes, no apartemos nuestra atencion del Oriente, en donde tenemos todavía que considerar los progresos del monotelismo, y su influencia sobre los acontecimientos de este siglo, en quanto á la religion y á la política.

ARTICULO II.

Estado de la religion y del imperio de los musulmanes en el Oriente en el siglo IX.

Aroun-Al-Raschid, príncipe amigo de las ciencias, á quien los historiadores árabes han dado como á porfia tan justos elogios, gobernaba todavía el imperio de los califas á principios de este siglo. Fuese por ternura para con sus hijos, ó por imitar el uso de los príncipes franceses, tocante á la sucesion del trono, de que podia haber sido instruido por los embaxadores que habia enviado á Carlo Magno, dividió ántes de morir sus vastos estados entre sus tres hijos Amin, Mamon, y Motassem. Al primogénito le dexaba el título de califa con las dos autoridades, la religiosa y la civil, que caracterizaban la potestad musulmana. Los dos segundos baxo las órdenes y dependencia de este, que era el gefe del estado, tenian grandes gobiernos compuestos de muchas provincias, en que exercian todos los derechos anexos al poder soberano. Esta division causó entre los musulmanes los mismos efectos que produxo tan largo tiempo entre los franceses; esto es, rivalidades, divisiones, guerras civiles, y todos los crímenes, que son conseqüencia ordinaria de ellas. Zelosos y descontentos los tres hermanos se armaron el uno contra el otro; el primogénito para conservar los derechos de la soberanía, y los segundos para obtener la independencia: lo que fué un manantial fecundo de muertes, de pillages y de desolacion. El fuego de la discordia abrasó todo el imperio de los musulmanes, y hubo pocas provincias, y aun ciudades que no tomasen parte en estas funestas disensiones. Despues de derramada mucha sangre, y de una gran variedad de sucesos, la mayor parte de ellos opresivos para los pueblos y víctimas siempre en las querellas de los príncipes, Mamon, vencedor del estúpido Amin y del débil Motassem, se hizo único dueño

ño del trono, que su valor y prudencia aseguraron por todo el resto de su reynado.

Este califa, que nosotros llamamos Al-Mamon, casi siempre estuvo en guerra contra Teófilo, emperador de Constantinopla. Al principio consiguió de él el príncipe griego ventajas considerables: pero habiéndose mudado la suerte de las armas, toda la felicidad se convirtió de parte de los musulmanes, que tomaron muchas ciudades del Asia menor, destruyendo las torres y las murallas que les servian de defensa, matando los ciudadanos, y haciendo por todas partes un inmenso botin. Al-Mamon no solamente se ha hecho recomendable por sus victorias, sino que adquirió una gloria aun mas sólida por la sabiduría de su gobierno, por su liberalidad, su dulzura y su amor á las ciencias. Componíase su corte de todos los personages mas ilustres que habia entónces en el mundo, atrayéndolos con sus beneficios, y fixándolos allí con las ventajas y comodidades que hacia que hallasen. Los escritores árabes alaban su zelo por la religion de Mahoma, y su exâctitud en observar todas las prácticas de que está cargada. No puede la imparcialldad de la historia negar á este califa los justos elogios que se deben á los príncipes virtuosos, ilustrados, amigos de la justicia, de las letras y de la humanidad.

Despues de la muerte de Al-Mamon pasó el cetro de los musulmanes á manos de su hermano Motassem, último hijo del califa Aroun. Es de admirar que este príncipe, nacido en una corte sábia y culta, hijo y hermano de dos soberanos célebres por sus conocimientos, que hicieron florecer las ciencias, y honraron los sábios, haya sido ignorante hasta el punto de no saber leer ni escribir. Pero si los hombres de letras no hallaron en él un protector benéfico, y un justo apreciador de los talentos, todas las gentes honradas vieron con admiracion en su persona un modelo de todas las virtudes reales y civiles. Suave, generoso, compasivo, modesto, enemigo del fausto y de los gastos superfluos, empleó sus riquezas en aliviar á los infelices, y en extinguir la mendicidad. Su aplicacion al por menor del gobierno nunca afloxaba: todo lo veia por sí mismo en quanto era posible, y procuraba no entregar su confianza sino á hombres incapaces de abusar de ella. A pesar de tantas buenas qualidades, y de una con-

ducta tan propia para asegurarse de la fidelidad de sus vasallos, tuvo este buen príncipe facciones que disipar, y rebeldes qué combatir, hallándolos hasta en su propia familia. Abbas, uno de sus sobrinos, formó un partido, y se armó contra él, pero supo reducirle á su deber con sus prudentes reconvenciones. Mas trabajo le costó el reducir á otra cabeza de rebelion; sin embargo lo consiguió por el valor y buena conducta del general Afschim, á quien puso al frente de sus tropas.

En medio de estas turbaciones domésticas continuaba siempre con una alternativa de felicidades y reveses la guerra de rivalidad que se habia encendido entre los musulmanes y los griegos desde el orígen del eslamismo. El emperador Teófilo habia recorrido con las armas en la mano muchas provincias de la dominacion mahometana, habiendo entrado como vencedor en la Siria, asolando todo este hermoso pais, y llevando un gran número de cautivos. Continuando en procurar sus ventajas, puso sitio á la ciudad de Sozopetra, en donde habia nacido Motassem; cuyo califa escribió al príncipe griego, rogándole que perdonase á un lugar que amaba por haber sido su cuna. No obstante esta recomendacion Sozopetra fué tomada, saqueada, y la mayor parte de sus habitantes exterminados ó reducidos á la esclavitud. De allí á algun tiempo habiéndose mostrado favorable la suerte de las armas al califa, tuvo su desquite. Sitió la ciudad de Amorium, patria de Teófilo, la tomó por asalto, la arruinó enteramente, y pasó al filo de la espada todos los hombres, mugeres y niños que habia dentro de sus murallas.

El reynado de Motassem continuó siendo agitado hasta su muerte por conspiraciones y tumultos. Fué el primero de los califas que llamó los turcos á su servicio; de lo que le habian dado exemplo los soberanos de Constantinopla, que habian hecho entrar en sus exércitos cuerpos enteros de esta nacion mucho tiempo desconocida, que de la laguna Meotis se extendió poco á poco sobre las orillas del Danubio, y llegó á ser en lo sucesivo tan formidable á los que la habian sacado de la obscuridad. Los que Motassem atraxo eran esclavos comprados á precio de dinero, de que compuso un cuerpo de tropas que destinó para su guardia. Esta milicia adquirió en poco tiempo una autoridad muy grande baxo príncipes débiles y voluptuo-

sos, y se hizo tan temible á los sucesores de Motassem, como lo habian sido los soldados pretorianos á los monarcas de Roma desde Tiberio hasta Constantino.

Despues de los príncipes musulmanes, de quienes acabamos de hablar, Vathek-Billah, hijo y sucesor de Motassem, es el único de todos los de este siglo de quien la historia hace una mencion honorífica. Siguió las huellas de Al-Raschid su abuelo, y de su tio Al-Mamon en quanto al gusto de las ciencias y estimacion de los sabios, cultivando él mismo como ellos las letras con felicidad, y adquiriendo nombre entre los poetas célebres de su tiempo. Los árabes han alabado sus obras, porque hallaban en ellas fuerza en los pensamientos, energía en la expresion y la armonía propia de su lengua. En quanto á lo demas fué turbado su reynado con las disputas teológicas que se habian suscitado entre los doctores musulmanes, en las quales tomó mas parte de la que corresponde á un soberano. Habia adoptado la opinion de los que sostenian que la palabra Dios, queria decir el Alcoran, no es increada ni por consiguiente eterna. Los musulmanes zelosos miraban esta doctrina como herética, no dudando que el Alcoran fuese eterno é increado, en cuya creencia hacian consistir la fe pura. Vathek exerció todo su poder en favor de los motozales, que era el nombre de los sectarios que protegia. Sus contrarios, que pretendian conservar la verdadera fe, oponian la conviccion y la firmeza á la fuerza que se empleaba contra ellos; y su valerosa resistencia, como asimismo el extremo calor con que el califa tomó este asunto, produxeron una violenta persecucion. Vathek no perdonaba ni al pueblo ni á los grandes, haciendo cortar la cabeza, y sufrir otros suplicios á los que no podia persuadir. Estas disensiones, fruto de la obstinacion y de la sutileza, duraron tanto como el reynado de Vathek, y costaron la vida á una infinidad de musulmanes. Semejante hecho y otros muchos del mismo género que nos ofrece la historia del eslamismo, bastan para demostrar la poca buena fe de ciertos autores modernos, calificados con demasiada ligereza del bello nombre de filósofos, que por unas miras fáciles de penetrar nos representan la religion mahometana como el mas pacífico, el mas humano y el mas tolerante de todos los cultos. Motavathek, hermano y sucesor de Vathek en el califato, nos da una prueba de ello.

Habia concebido este príncipe un odio excesivo contra los alidas, secta numerosa de cismáticos, que traia su nombre del califa Alí, yerno de Mahoma: lo que fué causa de otra persecucion no ménos viva que la de que habia sido autor Vathek. El sepulcro de Alí y de su hijo Husain, objeto de veneracion para sus devotos sectarios, fué violado y destruido, y todos los que se escandalizaron de esta profanacion, se vieron expuestos al furor del califa, hasta su propio hijo Montasser. Por su parte las sectas perseguidas, viendo dirigida contra sí la espada, buscaban en la rebelion su seguridad. Costó trabajo á Vathek el escaparse de los golpes que le preparaba la venganza de los zelosos, y Motavathek no pudo evitar los que le ocasionaron los alidas, habiéndole asesinado con sus propias manos su hijo, que los compadecia, y á quien el padre maltrataba por causa de ellos. Que se nos pinte despues de esto á los mahometanos como hombres pacíficos y tolerantes en materia de religion! Así entre todos los pueblos la religion, fuente de los verdaderos bienes, ha llegado á ser demasiadas veces ocasion de los mayores males. Sin embargo, esto no prueba otra cosa que la perversidad del corazon humano, que en todos tiempos ha convertido en veneno el mas hermoso presente de la divinidad, y ha hecho contra la naturaleza de las cosas de un vínculo de paz y de concordia el pretexto de las mas funestas disensiones.

No solamente fué turbado el imperio de los califas por las disputas teológicas, y por la rivalidad de las sectas enemigas, sino que tambien otras causas produxeron entre ellos hasta el fin de este siglo súbitas revoluciones, escenas trágicas, y la caida de muchos soberanos, que despues de la muerte ó deposicion de sus predecesores, no subieron al trono sino para ser precipitados de él inmediatamente. El poder exôrbitante de la milicia turca, su insolencia y su natural propension á revelarse, fueron el principio de estos sucesos harto comunes entre las naciones sometidas al poder despótico. Bastaba que esta soldadesca orgullosa estuviese descontenta, para pedir la deposicion, y aun muchas veces hasta la muerte de sus señores, ó de sus visires. Codiciosa, turbulenta, y siempre inclinada á la murmuracion y á las sediciones, no se necesitaba mas que retardar su sueldo, ó hablar de reforma, para hacerla sacar el sable, y una vez amotinada, no se aplacaba sino con oro y sangre.

Por otro lado se levantaban freqüentemente fanáticos, que llevaban el desórden y la confusion á muchas provincias. Habiéndose juntado y tomado las armas en el reynado de Mothadhed á fines de este siglo los karmatas (que tomaron su nombre del de un célebre impostor) causaron los mas horribles estragos en el Irak, y en algunos otros parages de la Arabia. Fué preciso poner en pie exércitos para combatirlos, y hasta despues de haber derramado mucha sangre no se consiguió restablecer la calma. Presentóse otro pretendido inspirado en el Kurzetan, que pasaba una vida muy austera, y se decia enviado de Dios para enseñar á los hombres la verdadera inteligencia del Alcoran, y restituir el eslamismo á su antigua pureza. Se atraxo un número prodigioso de sectarios: se le seguia en tropel, y se le escuchaba con admiracion, porque no hablaba sino de perfeccion, y explicaba en un sentido alegórico y espiritual lo que el comun de los doctores entendia á la letra.

La ambicion de los generales á quienes los califas daban el mando de los exércitos, era muchas veces fatal á estos príncipes, adormecidos la mayor parte de ellos en la molicie, y sumergidos en los mas sucios deleytes. La de los gobernadores de las provincias, ayudada del poder excesivo de que eran depositarios, y de las inmensas riquezas que tenian facilidad de amontonar, los movia freqüentemente á la rebelion. Si no siempre sacudian el yugo de la sumision, á lo ménos rara vez dexaban de tomar partido en los disturbios civiles, fuese para derribar del trono á un soberano que no les agradaba, ó para elevar á él á otro, baxo el qual esperaban gozar de mayor favor, y de una autoridad mas extensa. Algunos se dexaron tambien arrastrar del deseo de hacerse independientes, y lo consiguieron; y así se vieron formarse nuevas soberanías en el Korasan y en Egipto, cuyas desmembraciones del poder musulmano no se hacian jamas sin guerra y sin combates entre unos pueblos que no conocian mas que el derecho de las armas y la ley del mas fuerte.

De todo lo que hemos dicho en este artículo, comparado con el antecedente, se debe concluir que las calamidades del Oriente eran poco mas ó ménos las mismas baxo los déspotos de Bagdad, que baxo los monarcas de Constantinopla, y que el género humano sufria iguales desgra-

cias y desolacion en los paises sujetos á la ley de Mahoma, que en aquellos de donde el christianismo no habia retirado enteramente sus luces. Veamos ahora si el Occidente nos ofrece acaecimientos mas agradables que recorrer.

ARTICULO III.

Estado político del Occidente.

Hemos remitido para este siglo la pintura del reynado de Carlo Magno, y por lo mismo nos hemos puesto en el empeño de pintar sus conquistas, su gobierno y su ingenio: espectáculo acaso el mas grande y el mas interesante que la historia de las naciones ha presentado. Oxalá que el bosquejo que vamos á dar de él rápidamente pueda explicar sus principales acciones sin debilitarlas!

Este príncipe, cuyas grandes empresas estaban á ciertos respetos preparadas por los progresos, y por la sábia administracion de Pepino su padre, subió al trono de los franceses juntamente con Carlomano su hermano el año de 741, y quedó único poseedor de la monarquía en 771 por la muerte de este mismo hermano, cuyos hijos se hallaron excluidos de toda particion. La historia de Carlo Magno está naturalmente dividida en dos épocas, de las quales la una abraza los tiempos que han corrido desde la muerte de Pepino hasta la renovacion del imperio de Occidente, y la otra se extiende desde este glorioso suceso hasta la muerte del restaurador del trono de los Césares. La primera de estas épocas pertenece al siglo octavo, y la segunda al que nos ocupa; pero no las hemos separado por no romper un conjunto tan hermoso, que forzosamente hubiera perdido una parte de su interes, si lo hubiésemos dividido en dos trozos aislados, cuyo cotejo hubiera sido dificil y molesto.

Parece que desde el momento en que este príncipe quedó solo por rey de los franceses, comprehendió y combinó con aquella ojeada pronta y segura, que es peculiar de los hombres de ingenio, la extension y las fuerzas de sus estados, las buenas y malas qualidades de su pueblo, el carácter y las necesidades de su siglo, con la constitucion, virtudes y vicios de las demas naciones de la Europa; y que conforme á esto ha trazado el sistema político

que queria establecer, y el plan de engrandecimiento, que no cesó de seguir hasta que llegó á su entera execucion. Se le vió caminar constantemente por una misma línea, y dirigirse con perseverancia al mismo fin, sin apartarse de él jamas. Se propuso tres objetos: ilustrar su pueblo, haciendo revivir las ciencias y las artes: echar los fundamentos de una administracion firme y regular por medio de buenas leyes: y restituir la paz á la Europa, sometiendo las naciones bárbaras y zelosas que la turbaban, y civilizándolas despues de sojuzgadas. El primero de estos objetos hallará su lugar en el artículo siguiente: los otros dos deben fixar nuestra atencion en este.

Carlo Magno merece sin contradiccion ser colocado en un lugar distinguido entre el número de legisladores, que con instituciones útiles, y sabios reglamentos han trabajado en hacer feliz la sociedad. Sin embargo, su legislacion no tiene ninguna semejanza con la de los Licurgos, Solones, Numas, Zaleucos y otros bienhechores de la humanidad, que tuvieron que formar sociedades nacientes, ó que civilizar á las virtuosas. La empresa de Carlo Magno era á un mismo tiempo mas vasta y mas dificil. Se necesitaba someter á un mismo yugo muchas naciones inclinadas á la independencia, zelosas de conservar en la misma sujecion una apariencia de libertad, poco distantes la mayor parte de ellas de la barbarie; y que para colmo de la dificultad tenian ya una sombra de legislacion cimentada por el hábito, y que se habia hecho sagrada por el respeto que siempre se tiene á los establecimientos antiguos; y que parecen unidos inseparablemente con la prosperidad pública. Todos estos pueblos, diferentes en lengua y orígen, salianos, ripuarios, alemanes, bátavos, saxones, lorenos, borgoñones, &c. tenian cada uno su carácter, su genio, sus preocupaciones nacionales, sus pretensiones y sus derechos respectivos contra los otros pueblos que los rodeaban. Algunos estaban todavía sumergidos en las tinieblas del paganismo, y resistian al zelo de los hombres apostólicos que trabajaban en iluminarlos. Otros eran christianos recientes; y por consiguiente mal consolidados en los principios de una religion, que no habian podido aun conocer en toda su sublimidad y utilidad, conservaban una viva propension á su antiguo culto. Otros finalmente, nacidos en el seno de la Iglesia, observaban

sus ritos, y respetaban su autoridad; pero la ignorancia y la semilla de barbarie que todavía subsistia en lo interior de las almas, los habia precipitado en todo género de vicios; y la supersticion que tiene tanto imperio sobre los hombres groseros, habia substituido las prácticas exteriores en lugar de aquel espíritu de adoracion, y de aquellos afectos de piedad, que son la esencia del verdadero culto.

Tales eran las naciones á quien Carlo Magno se propuso dar leyes y costumbres; y para conseguirlo felizmente no se necesitaba nada ménos que un genio elevado, firme y paciente como el suyo. De tal suerte supo acomodarse á aquella variedad de inclinaciones que los caracterizaban, y manejó tan habilmente los efectos de la educacion y de la costumbre en estos hombres feroces y sin disciplina, que logró conducirlos al mismo fin por diferentes caminos. No contento con darles á conocer el órden, empleó medios seguros para hacer que lo amasen, persuadiéndolos á que la quietud y la felicidad son sus compañeros. Sobre todo se aplicó á excitar y extender el espíritu patriótico, desconocido hasta entónces. Este sentimiento, que hace invencibles á las naciones, temibles ya por el número y la fuerza, reunió en un mismo cuerpo á estas poblaciones aisladas, que la naturaleza habia esparcido por una y otra parte en el vasto imperio que Carlo Magno habia formado; de manera, que luego se les vió con admiracion obrar de acuerdo, y recibir la impresion de un movimiento uniforme.

No era esto aun mas que la menor parte de esta grande obra. Las inmensas menudencias en que era preciso entrar para la execucion, tenian bastante con que desanimar á qualquiera otro que no fuese Carlo Magno. En su plan de creacion y de reforma abrazó todos los ramos de la administracion pública, la real hacienda, los exércitos, la jurisprudencia civil y criminal, las diversas condiciones que componian los diferentes órdenes del estado, las leyes suntuarias, el precio de los géneros, la policía de las ciudades y mercados, la de palacio y casas reales, la conservacion y seguridad de los caminos públicos, los dominios, las monedas y los demas derechos de regalía; finalmente, todas las partes del gobierno temporal, y todos los puntos de disciplina eclesiástica. Su actividad se

extendió sucesivamente á todos estos objetos, y su penetracion le hizo comprehender las reglas que era necesario establecer, y las mudanzas que convenia introducir sobre cada uno de ellos.

La idea que aquí damos de la legislacion de Carlo Magno, se halla justificada por la coleccion de sus capitulares, cuyo nombre se ha dado á las ordenanzas de este gran príncipe, sin distincion de las materias civiles ó eclesiásticas, que son su objeto. Estas constituciones en que las miras del legislador abrazan tantas cosas por menor, que por su multiplicidad parecia que se habian de excluir mutuamente, eran fruto de sus ideas y reflexîones profundas. Concebia su proyecto, observando con una atencion acostumbrada á no dexarse escapar nada, las necesidades que pedian pronto socorro, los vicios que era preciso contener, y los abusos, cuya reforma exîgia el bien público que no se difiriese. Recopilábanse estas constituciones en su consejo compuesto de todos los hombres versados en las leyes y en las costumbres que habia entónces. Despues de esto se leian y promulgaban en las asambleas generales de la nacion; ó bien en los sínodos en que con la presencia de los obispos y de los señores se hallaban reunidas las dos principales porciones del estado. No servia esta ceremonia sino de imprimir en las leyes que allí se publicaban, y á las intenciones del príncipe que allí se manifestaban, el carácter de autenticidad necesario para preparar su execucion. Pero nada añadia á su autoridad, la qual traia su fuerza de las sábias determinaciones del soberano de quien dimanaban, sin que su voluntad libre é independiente tuviese necesidad de ser consagrada por el voto de los que debian dar exemplo de sumision. Esta es una verdad comprobada por todos los documentos que nos restan de aquellos tiempos remotos, y que es anexa á la esencia misma de la soberanía. (*a*).

(*a*) Será preciso exceptuar de esta regla muchas de las leyes eclesiásticas que se contienen en los capitulares. Confesamos que los príncipes pueden establecer legítimamente las leyes que consideren útiles á la disciplina externa del clero; pero algunas de las que constan de la referida coleccion, dimanaron visiblemente de los obispos que asistian á estas asambleas, á manera de lo que dexamos advertido, que se practicaba en España en los concilios de Toledo. Tal vez fué esta una de las principales causas de la confusion, que poco despues se experimentó sobre la verdadera autoridad de las dos potestades. Viendo á los

Si miramos á Carlo Magno como conquistador despues de haberle considerado como legislador, descubriremos en él nuevas acciones dignas de admiracion. Nada igualaba á su actividad, á su prevision y á su valor. Presente en todas partes, llevando en medio de los campos la aplicacion que exîgen los negocios, y no perdiendo de vista las operaciones militares en el silencio del gabinete: siempre en accion, dando vida y movimiento á todo con la medida y direccion que era menester, volaba casi en un instante de la Germania á la España, y de las orillas del Rin á las riberas del Tiber. En un mismo año recorria, como vencedor, la Saxonia y la Italia, castigando las freqüentes rebeliones de los pueblos que habia sojuzgado al Norte de la Francia, y manifestando sus intenciones en los muros de la antigua Roma.

La época mas brillante de su vida militar es aquella en que despues de haber abatido el poder de los lombardos, usurpadores y tiranos de la Italia por mas de dos siglos, hizo revivir en su persona la potestad imperial, extinguida en Occidente desde Augústulo, destronado por Odoacer rey de los hérulos en 476. Este suceso memorable, que ha hecho célebre en la historia el primer año del nono siglo, mudó el semblante de los negocios en el Occidente, y elevó la fortuna de Carlo Magno á su mas alto grado. Dexó el título de patricio, que ya le daba la autoridad soberana en Roma, y tomó los de augusto y emperador (a): exerciendo los derechos de tal con una plena potestad, y dando á los pueblos el soberano pontífice Leon III, que le habia coronado, exemplo de la sumision que se le debia, postrándose á sus pies, y re-

obispos y al clero concurrir á la decision de los asuntos civiles en estas juntas, era bastante natural el inferir que tenian parte en ellos, y supuesto esto, ya no faltaba mucho para creerlos con el tiempo con facultad de declararlos en competencia, y muchas veces en perjuicio de los mismos principes. Carlo Magno no previó estas conseqüencias de las asambleas mixtas, por otra parte muy laudables.

(a) Si se ha de creer á Eginardo, secretario de Carlo Magno, no solo no fué él el que tomó el título de Augusto, sino que le sorprehendió el oir las aclamaciones del pueblo que le calificaron de emperador, luego que el papa le consagró el dia de navidad. Aunque es poco verisimil que Carlo Magno dexase de tener antecedente de esta proclamacion, es constante que el pueblo fué el que la hizo á conseqüencia de haberle coronado. No decidimos si fué legítima ó no, pero de todos modos fue el principio del restablecimiento del Imperio de Occidente.

conociéndole por su señor. Habiendo llegado Cárlos á este supremo punto de grandeza y de gloria, veia reynar la paz universalmente en sus estados, obedeciendo á sus leyes con docilidad todas las naciones que le habia sometido el nacimiento ó las armas. Nicéforo, emperador de Oriente, le enviaba embaxadores, y le trataba como igual. Aroun-Al-Raschid desde las orillas del Eufrates buscaba su alianza, y le reconocia por el primer príncipe del mundo. Su imperio mas vasto que lo habia sido nunca el de los romanos en el Occidente, se extendia desde el Elba hasta la Calabria, y desde lo interior de la Germania oriental hasta parte de España.

La gloria mas sólida de este gran príncipe es haber subordinado sus leyes, sus conquistas, y todas sus empresas á los progresos del christianismo. Sabia que en principios de la sana política, la prosperidad de la religion es inseparable de la del estado; por cuya gran máxîma se conduxo siempre, no contando sobre la fidelidad de los nuevos vasallos que le daban sus victorias, sino despues de haberlos hecho entrar en la Iglesia por los cuidados de los operarios evangélicos, cuyos trabajos animaba con su proteccion y beneficios. Desempeñó perfecta y literalmente las obligaciones anexas al título que se daba el gran Constantino de obispo exterior: título que corresponde á todos los monarcas, y cuya extension ningun príncipe christiano conoció mejor que Carlo Magno. La coleccion de sus ordenanzas ha transmitido hasta nosotros los monumentos de su zelo á favor de la Iglesia, y del cuidado que siempre tuvo de hacerla floreciente y respetable, sosteniendo la autoridad de sus leyes por una sancion propia para contener con el terror á aquellos que no se dirigen por el amor del órden. En el artículo IX. veremos lo que hizo por la conservacion de la disciplina eclesiástica, por el honor del sacerdocio, para mantener la gerarquía, y por la magestad del culto público.

El último acto de su voluntad suprema fué una nueva prueba de su beneficencia y piedad. Dispuso de sus tesoros y muebles preciosos, que era preciso que fuesen de una riqueza inmensa, á favor de veinte y un metrópolis eclesiásticas de sus estados; habiéndose aplicado á los pobres la novena parte de esta reparticion, como asimismo el precio de la biblioteca de palacio que debia venderse á be-

neficio de ellos. Carlo Magno los habia amado siempre tiernamente, socorriéndolos con una magnificencia digna de su noble sensibilidad hácia su pobreza. No se limitaban sus benéficas liberalidades á su imperio, sin embargo de ser tan vasto, sino que iban tambien á buscar á lo interior de la Siria, del Egipto y del Africa á los infelices christianos, á quienes la codicia de los musulmanes y la suerte de la guerra habian despojado de sus haberes. No olvidó tampoco en la distribucion de sus dones á la iglesia de Roma, ya enriquecida con el fruto de sus victorias, y á la qual tenia una veneracion profunda, que nacia de su adhesion á la fe católica. Así se preparaba este religioso monarca por un desprendimiento voluntario para aquel momento en que todas sus grandezas iban á perderse en el sepulcro. Murió el 28 de Enero de 814, habiendo vivido setenta y dos años, de los quales habia reynado gloriosamente quarenta y cinco, como rey de Francia, y trece como emperador. Siendo príncipe digno de mejor siglo habia llenado la Europa y el Asia con su nombre; como guerrero intrépido, vencedor generoso, político hábil, legislador sabio, defensor de la Iglesia, instruido en todas las ciencias que se cultivaban en su tiempo, bienhechor ilustrado de los hombres de mérito, y protector de las letras, de la virtud y de la humanidad. Si otros monarcas despues de él han hallado los animos mejor dispuestos á ayudarles, ninguno ha mostrado una alma mas grande, un ingenio mas vasto, ni un corazon mas benéfico. La naturaleza habia unido á tantas prendas excelentes una estatura ventajosa y bien proporcionada, una fisonomía noble y magestuosa, un modo de andar ayroso y grave, en una palabra, todo el exterior de los héroes.

El espíritu de paradoxa, tan comun en nuestros dias, que se empeña en mudar las ideas recibidas, y que pone su gloria en rebaxar y vituperar todo lo que se ha hallado grande y loable ántes de nosotros, se ha esforzado en algunas obras modernas en obscurecer la memoria de este gran príncipe, cuyo glorioso reynado acabamos de delinear. Se le han tachado los medios que empleó para reducir los saxones al christianismo, los grandes dones que hizo á la santa silla, la extension de autoridad que concedió á los obispos, y finalmente su amor á las mugeres, pues hizo entrar sucesivamente en su tálamo quatro esposas con

el título de reynas, y tres concubinas ó esposas del segundo órden. La naturaleza de estas acusaciones, á excepcion del último, demuestra bien claramente el espíritu que las ha dictado.

En efecto ¿no es cosa extraña ver tantos escritores que se valen de todos los medios para justificar el brutal furor de los perseguidores del christianismo, y hacer pasar por políticos ilustrados aquellos tiranos, cuyo fanatismo ciego y destructor encendió tantas hogueras contra la parte mas estimable de sus vasallos, porque preferian el culto del Criador al de los ídolos, y hacer un crímen á Carlo Magno de haber hecho pender el perdon de los saxones perjuros, y muchas veces rebeldes de someterse á la religion christiana? Supongamos que este príncipe llevase demasiado léjos el rigor contra un pueblo inconstante, y muchas veces rebelde, que tuviese mas dificultad en someterle y refrenarle, que en gobernar el resto de sus estados, ¿se ignora por ventura quán rígido y aun cruel era el derecho de la guerra entre las naciones del Norte? Supongamos tambien que su zelo por el christianismo le hizo demasiado severo ó demasiado pronto á exigir que los saxones se bautizasen á exemplo de Witikindo su general, ¿su política sin ser en el fondo vituperable no habrá podido hacerle preferir estos medios de suavizar las feroces costumbres de una nacion, de que era preciso mudar el carácter para asegurarse de su fidelidad? ¿Se seguirá de esto que aquel conquistador, por otra parte tan generoso y tan compasivo, fuese un asolador sanguinario, al mismo tiempo que los Decios, los Licinios y los Dioclecianos se nos representan como príncipes justos, benéficos y humanos?

Si Carlo Magno, vencedor de los lombardos, que no tenian otro derecho que el de la fuerza para invadir la Italia, se mostró tan liberal con la santa Sede, ¿faltó en algo á la justicia? ¿No podia disponer de lo que debia solo á su espada? ¿No tenia el exemplo de su padre? ¿La donacion de Pepino no le imponia de algun modo la obligacion de acabar lo que la magnificencia y piedad de aquel príncipe habia comenzado? ¿No era este ademas el gusto de su siglo? Y si sus dones fueron mas sobresalientes y mas ricos que los de otros bienhechores de la Iglesia, ¿esto prueba otra cosa mas que su grandeza de alma y su desinteres? Que no haya seguido la costumbre constante de los otros

vencedores, que hubiese faltado á las reglas ordinarias de la política, dando á otros los que podia reservar para sí, esta profusion en hacer bien, ¿no era propia de un héroe, cuya gloria no hacia consistir en la extension de sus dominios, y cuya alma elevada se engrandecia mas conquistando para otros que para sí mismo? Fuera de esto, la Europa entera, y en particular la república christiana, ¿no se han hallado mas de una vez en el caso de bendecir la liberal mano que habia echado los cimientos de la grandeza temporal de la santa Sede? En lo sucesivo veremos, que si en los tiempos de turbacion y de extravío abusaron los papas algunas veces de su autoridad, confundiendo el poder que les pertenecia en calidad de pontífices con el que tenian como soberanos, han sido mas freqüentemente en calidad de tales Jueces de los otros monarcas, y los pacificadores de la christiandad. Esta verdad se confirmará por la opinion de un historiador filósofo de nuestros dias, tanto mas digno de fe, quanto no se le puede tachar haber sido dictado de un zelo excesivo por los intereses de la Iglesia. Añadamos á esto, que Carlo Magno se reservó todos los derechos de soberanía sobre las ciudades y territorios de que formó el patrimonio de la santa Sede, y aun sobre Roma misma, en que mandó siempre como dueño, igualmente que sus sucesores inmediatos con el título de emperadores ó reyes de Italia. Si en lo sucesivo variaron las cosas, fué como se sabe por efecto de las circunstancias y resulta de los acaecimientos que dieron otra forma á la constitucion política de la Europa christiana.

Se dice tambien que Carlo Magno concedió demasiada autoridad á los obispos de su reyno, por lo qual principalmente se le gradua de mal político, pues apénas llegó al sepulcro, quando este exceso de poder se hizo bien funesto á Luis, su hijo y sucesor. ¿Pero se ignora que halló esta autoridad de los prelados establecida largo tiempo ántes de él, y que su influencia en los negocios de la nacion era mas antigua que la monarquía? Clodoveo les debió en parte su establecimiento en las Galias; ellos fueron los que determinaron á los pueblos á recibir expontáneamente el yugo de aquel conquistador, y á reconocerle por soberano. Pepino les debia la corona, y á no haberse servido de ellos para conseguir su fin, á la verdad solo hubiera gozado de una autoridad precária como Carlos Mar-

tel, que no se valió de su apoyo. ¿No fué al reconocimiento de un pontífice á lo que debió el mismo el imperio del Occidente? Extendiendo la autoridad que los obispos poseian en las Galias muchos siglos habia, y aumentando su influxo en las deliberaciones nacionales, no hizo otra cosa que seguir el exemplo de los emperadores christianos, de los Constantinos, de los Teodosios, de los Justinianos, es decir, de los mayores y mas ilustrados príncipes que habrán gobernado el mundo. Si Ludovico Pio ó el Débil, como le han llamado algunos historiadores, no ha sabido conservar su independencia, ni hacer respetar los sagrados derechos de la magestad, no fué aun mas vituperable por haberse faltado á sí mismo, que culpables aquellos, cuyas empresas tuvo que sufrir? Aquellos obispos, que sucesivamente le hicieron baxar del trono, y que dispusieron de él á su arbitrio, ¿no eran los mismos á quienes su padre habia sabido siempre contener en los justos límites por la elevacion de un carácter formado para hacerse respetar de todas las clases, y por el cuidado que tuvo en no dexarles sino el poder necesario para concurrir al complemento de sus grandes designios? Finalmente, la edad no obliga á pensar que el atentado de que Luis vino á ser el objeto por su poco talento y su debilidad, no haya sido ménos un crímen que un error de parte de los que le han cometido, y que todos los grandes del estado fueron en él cómplices con los prelados? Estos fueron sin duda mas culpables, porque debian conocer mejor los derechos inviolables del trono, y servir de modelo á los demas órdenes del reyno por su fidelidad; pero por poco que se conozca el genio de aquellos tiempos todavía medio bárbaros, se confesará que el suceso de que se trata es uno de aquellos que en parte puede hallar disculpa en las preocupaciones y falsas máxîmas, que fuéron su orígen.

Nos resta la última tacha ó acusacion contra la memoria de Carlo Magno, de la que quisiéramos nos fuera tan fácil justificarle. Esta es su inclinacion á las mugeres, y la pluralidad de matrimonios que le hizo contraer. De cinco esposas con título de reynas, á quien dió sucesivamente su mano, las dos primeras fueron repudiadas. Se le vieron ademas otras tres esposas de inferior órden, cuyos hijos se tuvieron por legítimos. Dos observaciones

hay que hacer sobre esta conducta : la primera que la indisolubilidad del matrimonio aun no era un punto de doctrina bien aclarado ni bien controvertido, como ya lo hemos indicado, y como lo prueban cantidad de exemplos : la segunda, que el concubinato mirado en el dia como contrario al derecho eclesiástico y civil, no era entónces una prueba de libertinage. Entre los antiguos romanos era considerado el concubinato como un matrimonio ménos solemne que aquel en que las condiciones y los haberes se reunian : se le llamaba semi-matrimonio, *semi-conjugium* ; y las mugeres, con las quales se hacia union por esta via, tenian el nombre de semi-esposas, *semi-conjuges*. Esta costumbre, que de los romanos pasó á las naciones modernas, y que las leyes de los emperadores christianos no abolieron, se conservó en la Europa largo tiempo despues de Carlo Magno. Sea lo que fuere, de estas observaciones no tenemos dificultad en convenir que la poligamia sucesiva ha sido mirada siempre con repugnancia en la Iglesia: que en los primeros siglos se imponia una penitencia á los simples bígamos, y que en el mismo siglo de Carlo Magno lo que pasaba de terceras nupcias era mirado tanto en Oriente como en Occidente como un exceceso de incontinencia. Pero vituperando esta flaqueza en un héroe, cuyo nombre ilustra nuestra historia, hagamos la justicia de decir que aquellos Titos, aquellos Trajanos, aquellos Julianos, á quienes se prodigan tantos elegios, han tenido otras aun ménos excusables. Fuera de esto, con quántas calidades heroicas, y virtudes christianas no ha borrado Carlo Magno esta mancha de su vida? ¿ Seria por ventura equitativo olvidar todo lo que hizo glorioso á los ojos de la religion y de la misma filosofia, para acordarse solamente de que no fué siempre bastante dueño de su corazon para moderar sus deseos, segun las reglas austeras del Evangelio?

No echaremos sino una ojeada sobre los reynados mucho ménos interesantes de sus sucesores al trono frances, y al imperio de Occidente hasta el fin de este siglo. La posteridad de aquel grande hombre degeneró mucho mas pronto que la de Clodoveo. Ludovico Pio, su hijo, sorprehendido del grado de elevacion á que habia llevado el trono el fundador del imperio de Occidente, que le hizo sentarse en él á su lado un año ántes de su muerte, no

pudo soportar el peso de que se halló cargado quando reynó solo. Amaba mucho la justicia y el buen órden, era liberal, compasivo, lleno de dulzura y de clemencia; pero al mismo tiempo crédulo, tímido, irresoluto, dominado por los que le rodeaban, y á los que admitia á su confianza, mas bien por capricho que por aprecio y eleccion. El talento de Carlo Magno, y el semblante que habia dado á los negocios, sostuvo todavía por algun tiempo el nervio de la administracion y prosperidad pública. Pero Luis limitado en sus ideas, incapaz de abrazar todos los objetos de un vasto estado, no teniendo sino las virtudes de un particular, dexó caer las riendas del gobierno, no pareciendo rey de Francia ni de su propia familia. La ciega ternura con que quiso á Judit su segunda muger, y el ascendiente que tomó esta sobre su débil esposo; la preferencia que dió á Lotario sobre sus demas hijos, la ingratitud de este hijo desnaturalizado, el menosprecio con que le miraron los grandes y los obispos, y finalmente el abuso que les permitió de una autoridad que dimanaba de él mismo, y que hubiera debido contener con la prudencia y la firmeza, acarrearon infinitos males á la Francia y al imperio. Los pueblos recien conquistados se sublevaron; los príncipes de la casa real tomaron las armas para despojarse mutuamente; los ministros se disputaron una potestad, que su dueño no sabia hacer servir á su gloria ni al bien de los pueblos; sus hijos concibieron el designio de privarle de la corona; y se vió al hijo de Carlo Magno postrado en tierra en medio de un concilio, confesarse indigno de reynar, pedir la penitencia pública, y recibirla con un aparato sonrojoso, que fué la vergüenza de los prelados y de los grandes, cuyo ministerio se prestó servilmente á una escena que envilecia aun mas á ellos que á la misma magestad que se degradaba. Restituido al trono de que sus hijos le obligaron á descender segunda vez para volver á él, despues de nuevos ultrajes, Luis I. no mostró en medio de sus vicisitudes sino su incapacidad, su pequeñez de espíritu, y lo poco que se conformaba su reynado con su carácter. Estas pesadumbres le conduxeron al sepulcro el año de 840 á la edad de 60 años. Estaba en guerra con Luis su hijo rey de Baviera, que continuaba ofendiéndole, sin respetar en su padre ni la sangre, ni los años, ni la autoridad.

Carlos II., llamado el Calvo, tan débil, aunque ménos infeliz que su padre, léjos de restituir á la dignidad soberana el vigor y estimacion que habia perdido, la dexó degenerar mas y mas. No era aun Cárlos sino el segundo sucesor de Carlo Magno, tanto en la Francia, como en el imperio, y ya se veia elevar la familia que debia despojar á la de aquel gran príncipe. Obteniendo Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto, el gobierno de lo que se llamaba entónces ducado de Francia, echó los primeros fundamentos de la grandeza de su casa. Poco tiempo despues, haciéndose Carlos de dia en dia ménos capaz de sostener sus derechos, y ménos zeloso de conservarlos, comenzaron los señores á caminar hácia la independencia, haciendo los grandes cargos y gobiernos hereditarios en sus familias. Tal es el orígen del sistema feudal que se estableció poco á poco, y hizo variar totalmente la constitucion del estado. La Bretaña fué desmembrada baxo este reynado, viniendo á ser el primer gran feudo, que teniendo sus soberanos, no dependian del rey sino por un estéril homenage y un pequeño tributo, cuyo yugo sacudió siempre que lo pudo hacer impunemente. Cárlos el Calvo vivió mas bien que reynó en medio de disturbios, y de revoluciones, y murió emponzoñado por un médico judío, llamado Sedecías, ó ignorante ó parricida. Este príncipe acababa de reunir la dignidad de emperador á la de rey, y murió sin haber mostrado ninguno de los talentos que exîgian una y otra.

Estaba el reyno en la mayor agitacion quando Luis II., llamado el Tartamudo, arribó al trono adonde le conducia su nacimiento. Los grandes suscitaban pretensiones que no pudieron tener efecto sino á costa de la autoridad soberana. Para satisfacer su ambicion fué necesario desmembrar el estado, consintiendo en la exêncion de los ducados y condados hereditarios; que fueron en lo sucesivo un manantial inagotable de querellas, de guerras y de infelicidades. Despues de este acontecimiento hubo solo turbaciones y confusion en el estado, y la rama de Carlo Magno, ya tan destituida de su antiguo esplendor, interesó tan poco, que la historia casi se ha ceñido á seguir el órden de la sucesion, y aun se encuentra tanta mas obscuridad quanto mas se aleja, y aquella posteridad del mas poderoso de nuestros reyes se hace mas indigna de su glorioso orígen.

Habia ya salido la corona una vez de la casa de los Carloviglos para pasar sobre las sienes de Eudon, conde de París, hijo de Roberto el Fuerte, y hermano del abuelo de Hugo Capeto, quando volvió á la persona de Cárlos III. La debilidad y la inepcia de este príncipe han sido caracterizadas con el sobrenombre de Simple, que le atraxo el desprecio de su siglo, y con el qual mereció ser conocido de la posteridad. Los normandos, tan famosos por las calamidades que causaron á la Francia cerca de un siglo, habian empezado sus incursiones desde el tiempo de Carlo Magno. Animados por sus primeros sucesos, y atraidos del pillage que hacian en sus correrías, no cesaron de asolar primero las costas, y despues lo interior del reyno, hasta tanto que se establecieron por la cesion que les hizo Cárlos el Simple de una de nuestras mas bellas provincias, á la qual dieron su nombre. Valia mas en efecto interesarlos en el bien del reyno concediéndoles propiedades, que estar continuamente expuestos á sus depredaciones. Al fin de este siglo Cárlos el Simple ocupaba aun el trono con título de rey, cuyos grandes vasallos aniquilaban el poder á fuerza de restringirlo para mejor usurparlo.

El cetro imperial se conservó en la casa de Carlo Magno durante el curso del siglo nono, saliendo de ella á principios del siguiente por la muerte de Luis, rey de Germania, á quien las turbaciones de Italia impidieron coronarse en Roma, y que no dexó posteridad. Las causas que hicieron perder el imperio de Occidente á los descendientes débiles y despreciados del gran príncipe que le habia sacado de sus ruinas, fueron la incapacidad de aquellos que sucediéndole en sus derechos, no heredaron los talentos necesarios para conservarlos; el poder de los papas que siempre fué creciendo, y llegó bien presto á la independencia por la debilidad de los príncipes que no supieron contenerlos en el estado de su primera sujecion, y finalmente la rebelion de los pueblos y de los grandes de Germania, que se aprovecharon de las guerras civiles, de que la Francia era víctima, y de la anarquía ocasionada del gobierno feudal para elegirse monarcas de otra familia. La asamblea general de los estados que componian el cuerpo germánico, eligió á Conrado, duque de Franconia, por muerte de Luis II., en perjuicio de Cárlos el Simple, á quien el órden de la sucesion llamaba al imperio.

Acabemos de delinear el quadro político del Occidente, recorriendo los demas estados de la Europa, de que aun no hemos hablado.

Despues que Bernardo, hijo de Pepino y nieto de Carlo Magno, fué electo rey de Italia por su abuelo, por muerte de su padre esta parte del Occidente mudó muchas veces de dueño, siendo siempre agitada de guerras que hicieron la suerte de los pueblos tan lastimosa, como baxo la dominacion de los lombardos. Si hubo entre estos nuevos soberanos algunos dotados de estimables calidades, y ocupados del bien público, fueron por la mayor parte, ó ambiciosos, que lo sacrificaban todo á sus intereses, ó espíritus débiles que dexaban usurpar sus derechos, é invadir sus dominios por vasallos inquietos, que no supieron reprimir, ó tiranos que atormentaban sus súbditos con vexaciones, con impuestos, con empresas imprudentes y mal sostenidas, á efecto de saciar su avaricia, sus caprichos ó sus personales venganzas.

En medio de estas vicisitudes, fecundo orígen de discordias y de calamidades, los pontífices romanos consolidaban poco á poco su reciente grandeza, y se avanzaban á paso lento hácia el grado de poder y de gloria, á que les veremos llegar finalmente. Muchos de los que en este siglo ocuparon la cátedra de san Pedro, fueron de un mérito raro, y dignos de gobernar á los hombres. Tales son, siguiendo el órden de los tiempos, Leon III., Pascual I., Gregorio IV, que reedificó el puerto, y fortificó la ciudad de Ostia para servir de escudo á Roma contra los sarracenos; Leon IV, que añadió un nuevo quartel á la ciudad, conocido aun en nuestros dias por el nombre de ciudad Leonina; y que despues de haber hecho restablecer sus murallas, supo con su vigilancia y su valor alejar de allí á los musulmanes; Nicolao I., que sin duda llevó sus pretensiones demasiado léjos, pero que en esto mismo anunciaba una alma elevada y conducida por los dictámenes de su superioridad; finalmente Adriano II., sucesor de Nicolao, que no le fué inferior por el fondo de su carácter. Estos pontífices atentos á seguir las miras que dictaba su política, y diestros en aprovecharse de las circunstancias para extender su poder, levantaron insensiblemente un edificio, cuya altura espanta bien presto á los atentos; y cuya solidez se sostiene aun despues de tantos vayvenes.

En los tiempos de que hablamos, su poder temporal se reducia á casi la administracion de los bienes inmensos que sacaban de los dominios que Pepino, Carlo Magno y Ludovico Pio habian agregado á las antiguas propiedades de la santa Sede. Sometida á los emperadores de Occidente y á los reyes de Italia, siempre que estos príncipes supieron hacerse obedecer, ellos eran los primeros ciudadanos, y aun si se quiere los protectores de Roma; pero estaban todavía distantes de mandar como soberanos. El gobierno interior de la ciudad era como municipal. Los nobles tenian en él el mayor influxo, elegian dos cónsules, un prefecto, doce senadores; y estos magistrados, segun su clase, arreglaban todos los negocios, componian los tribunales y nombraban los oficiales empleados en el manejo de la administracion. Los papas influian en este gobierno con respecto á su nacimiento, á sus riquezas, y á la veneracion que se les tributaba por su sagrado carácter. El crédito de que gozaban era con proporcion á sus talentos, y á la confianza que se habian ganado. Sus elecciones eran freqüentemente ocasion de parcialidades, de disturbios, y aun algunas veces de sediciones. Despues de estar electos necesitaban mucho de la política y de la prudencia para congraciarse con los grandes, el senado, el pueblo, los emperadores y los reyes de Italia. En esto manifestaban su sagacidad, su sabiduría, y si habian recibido de la naturaleza el talento de dirigir á los hombres, y de manejar los negocios.

Los sarracenos de España, llamados moros, por haber venido de la Mauritania, provincia de Africa, habian formado una monarquía independiente del califa de Bagdad. Abderramen, hijo de Moavías, último príncipe de la casa de los Ommiades, habiéndose escapado de la matanza de su familia, fué acogido por los musulmanes de España, ya cansados de obedecer á los vireyes de un monarca demasiado distante, para dirigir el poder que daba á sus representantes, y castigar el tiránico abuso que de él hacian. Le revistieron, pues, de la dignidad soberana con el título de *Miramamolin*, que es lo mismo que señor supremo de los creyentes. Este príncipe fué el que habiendo pasado los Pirineos con un numeroso exército, hizo incursiones en las provincias Meridionales de la Francia en el siglo octavo, y el mismo, cuyas conquistas suspendió Cárlos Martel.

Issem I., su hijo, tan gran capitan como él, pero mas asegurado en el trono, dió esplendor á su corte, y adornó con suntuosos edificios la ciudad de Córdoba que escogió para su capital. Los príncipes que le sucedieron hicieron tambien varias tentativas para dilatar sus dominios fuera de la España. Atacaron la Cerdeña, y la Córcega, de donde fueron rechazados por las esquadras de Carlo Magno y Ludovico Pio. Sus armas mas venturosas en Sicilia y en la Calabria, conquistaron varias ciudades, y establecieron colonias de que no fueron arrojados hasta despues de largo tiempo, como diremos quando llegaremos á esta época. Se les vió no obstante infestar la Italia mal defendida por los señores que la habian dividido en pequeños estados, y llevar sus correrías hasta las puertas de Roma. Se ve claramente que conduciendo léjos sus armas, no debian descuidarse en hacer mas cerca de sí conquistas ménos dificultosas, extendiendo sus dominios en el continente de España. Pero tenian en los soberanos del pequeño reyno de Asturias ó de Oviedo unos vecinos atentos á todos sus movimientos, y que jamas perdian la ocasion de inquietarlos, dándoles muchas veces golpes terribles. Los quatro príncipes que en el noveno siglo reynaron en esta parte de la España, fueron para los árabes unos enemigos, cuyo valor y cuyas victorias les hicieron perder en diferentes batallas mas gente que les habia costado la conquista de quanto poseian desde el mar hasta los Pirineos. Estos príncipes valientes y activos son muy célebres en la historia, para que no pongamos aquí su nombre; estos fueron D. Alfonso II., llamado el Casto, D. Ramiro I., D. Ordoño I. y D. Alfonso III., por sobrenombre el Grande. Todos quatro experimentados en el arte de la guerra, y uniendo la serenidad de ánimo de un gran capitan á la intrepidez de un soldado, sirvieron de barrera á la Europa contra las armas de los moros, y de freno á las empresas de aquellos conquistadores que á pesar de sus divisiones intestinas, hacian continuos esfuerzos para extender los límites de su imperio.

9. La hetarquía de Inglaterra habia experimentado mudanza en el siglo octavo por la extincion de los dos reynos de Sussex y Estangles, lo que habia hecho quedar en cinco los siete principados que ántes la componian. Egberto, discípulo y amigo de Cárlo Magno, habiendo sido llamado al trono de Wessex por su cuna y por los votos

de la nacion en 801, formó el proyecto de reunir en un solo cuerpo los demas reynos de su confederacion. Supo aprovecharse tambien de las circunstancias, haciendo uso tan á propósito de las lecciones que habia recibido de Carlo Magno, que en ménos de 10 años completó esta grande empresa, tanto con la política, como con la fuerza. La educacion que debia á las instrucciones y á los exemplos del mayor príncipe, que á la sazon habia en el mundo, le habian hecho tan buen político como guerrero. La hetarquía que acabó en 827 habia durado mas de 240 años. Los príncipes sucesores de Egberto, despues de la reunion de los siete reynos baxo un mismo gobierno y soberano, se aplicaron á perfeccionar su obra. Solo en medio de turbaciones y vicisitudes, á fuerza de fatigas y de combates, llegó á consolidarse la nueva constitucion. Las incursiones de los daneses que desembarcaban en las costas quando ménos se esperaba, y que se derramaban en tropas numerosas por lo interior, adonde llevaban el estrago y la destruccion, eran un perpetuo orígen de males, y un pretexto de rebeliones. Fué menester todo el valor, y toda la prudencia de Alfredo el Grande para restablecer la tranquilidad en el reyno de Inglaterra. Venció y expelió á los daneses, calmó las facciones, é hizo amable al pueblo con sus beneficios la autoridad soberana, y con su firmeza temible á los mal intencionados, puso todo su conato en hacer que floreciesen la religion, la justicia y las ciencias. A él solo debe la Inglaterra haber empezado á tener una forma regular de gobierno, y que se le conociese en Europa como potencia.

En el Norte se formaban nuevos estados. La Suecia y la Dinamarca tenian sus reyes: la Hungría, la Bohemia y la Polonia sus duques; la Rusia tenia tambien los suyos. Pero estas nuevas monarquías se formaron lentamente, y los primeros tiempos de su historia estan llenos de obscuridad. La naturaleza de esta obra no nos permite penetrar estas tinieblas, en que se halla envuelto su orígen, á pesar de las fatigas de los sabios que se han esforzado á darnos luces sobre esta materia. Debemos esperar que estas naciones tengan una exîstencia mas cierta, y una consideracion mas notable para extendernos sobre ellas.

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano en Oriente y en Occidente, respecto de las ciencias y de las letras.

El golpe que el fanatismo de Leon Isauro habia dado á las ciencias, quemando la biblioteca de Constantinopla, y haciendo morir á los literatos, custodios de este precioso depósito, no era de naturaleza que pudiese curarse sin prontos y poderosos socorros. Hubiera sido necesario para esto, que los soberanos que todo lo pueden, porque abundan de grandes arbitrios, mirasen como una obligacion de justicia el reparar el mal que uno de sus predecesores habia causado con vergüenza del trono y de la razon. Pero demasiado ocupados en sus intereses, sus placeres, sus guerras y sus maquinaciones, descuidaron de esta obligacion como de otras muchas. De este modo desfallecian las ciencias; y algun sabio, contento con vivir y pensar para sí solo, las cultivaba privadamente, era desconocido á su soberano. A pesar de esto, las artes de luxo se buscaban por una nacion voluptuosa y empeñada en refinarse respecto de los deleytes; porque los griegos, aunque habian degenerado totalmente, conservaban aun algo de aquella sensibilidad de sus predecesores, y de aquel gusto ingenioso que produxo entre ellos tantos célebres artistas. Los grandes, los ricos, todos los que querian procurarse placeres singulares fomentaban esta especie de industria. El emperador Teófilo, que amaba la música, la pintura y las máquinas, animó á los que eran capaces de sobresalir en estas artes. Entre las vanidades que habia adquirido se habla particularmente de un arbol de oro, cuyas ramas estaban pobladas de un gran número de páxaros figurados, que por el juego de ciertos muelles ocultos cantaban varios tonos armoniosos, cuyo conjunto producia un concierto en que se guardaban la medida y la variedad de las partes. Sin embargo de esto, el mismo Teófilo, que sabia premiar las producciones de los genios inventores segun su mérito, ignoraba que hubiese en sus estados un filósofo, un verdadero sabio, capaz de ilustrar á los hombres: pues fué necesario que el califa

Al-Mamon le pidiese al sabio Leon para hacer que le conociese. Así es como el gusto de ciertas artes, cuyas obras no tienen otro mérito que el de superar las dificultades, puede conservarse en un pueblo frívolo y fanático, al mismo tiempo que los conocimientos útiles, que se dirigen á perfeccionar la razon, no se cultivan sino floxamente.

El césar Bardas, que gobernó el imperio como ministro absoluto, baxo el nombre de Miguel III., su sobrino, despues de haber separado de los negocios á la emperatriz Teodora, entre los vicios de un alma vil, y de un corazon corrompido, tuvo la buena calidad de amar las letras, y proteger á los sabios. Sin duda fué deudor de un gusto tan loable á su trato con el célebre Focio, cuyos intereses y designios se habian hecho comunes despues que la ambicion los reunió. Sea lo que fuere, Bardas empleó su poder en excitar los progresos de las ciencias y las artes. ¡Feliz si siempre se hubiera servido de él de un modo tan glorioso para sí, como útil para la sociedad! Se vieron, pues, en Constantinopla nuevas escuelas, y profesores escogidos para enseñar en ellas las ciencias y las bellas artes. El exercicio de aquellos, á quienes estos cargos se confiaron, se hizo honroso por las distinciones que se les dispensaron, y lucrativo por las recompensas que tuvo. El nombre de sabio empezó á sacar de la obscuridad á los que le habian adquirido por sus tareas y sus desvelos. El camino de los honores y de la fortuna se abrió para el talento. Focio y otros muchos lo acreditaron. El estado de un ciudadano, dedicado á la enseñanza, nada tuvo que pudiese mortificar el amor propio, y el famoso patriarca que acabamos de citar no tuvo rubor de buscar despues de su caida recursos necesarios para su subsistencia. Leon Tesalónico, buscado, como hemos dicho, por el califa de Bagdad, vivia de enseñar.

Baxo Leon el filósofo las ciencias y las letras adquirieron nuevo esplendor. Este príncipe les sentó consigo sobre el trono imperial; y si el desarreglo de sus costumbres sirvió de contraste al título de sabio que se le dió, á lo ménos le mereció por sus nociones y talento. Habia Leon hecho un particular estudio de los buenos escritores de la antigüedad. Sabia los primores de su lengua, y la hablaba con pureza. La compilacion de las antiguas

leyes que se hizo por su mandado, y el nuevo código que publicó, hacen honor á su memoria:. Fué este código el cuerpo de legislacion que despues los griegos han seguido siempre. Debian florecer las ciencias en Constantinopla y en el imperio baxo sus auspicios. Sin embargo, los monumentos de literatura que nos restan de este reynado y del precedente, no corresponden á las ideas de la verdadera belleza que se halla entre los antiguos. Se les estudiaba mucho, todos se proponian imitarlos; pero estas imitaciones eran débiles, sin calor y sin alma, careciendo de las bellezas sublimes ó patéticas de los modelos. Así en esta época estaban los entendimientos humanos, respecto de las ciencias, en aquel estado mediocre que separa las tinieblas de las luces, y que participa de unas y otras.

En los primeros tiempos del islamismo habia sido la ignorancia el patrimonio de los sectarios de Mahometo, y aun una de sus virtudes, y la obligacion que les imponia, se cumplió con religiosa fidelidad. A una credulidad ciega se reducian todos sus conocimientos. El arte de la guerra era el único que se les permitia cultivar, porque adiestrándose por este medio, se adelantaban hácia la execucion del gran designio de su profeta de someter todo el mundo á su religion y á su imperio. Los buenos musulmanes estaban tan convencidos de que no se podia ser un verdadero creyente, no limitando todos sus estudios al del Alcoran, que quando Ali-Raschid traxo las ciencias y los sabios cerca de su persona, fué un escándalo de que murmuraron todos. Este mismo príncipe, á pesar de su amor á las letras, y de su gran deseo de saber, no pudo libertarse de una preocupacion que tenia tanta mas fuerza, quanto se fundaba en la religion: se encerraba con los sabios que vivian en su corte para huir de los ojos de los profanos, no porque quisiese cerrar á los demas las fuentes del saber, reservando para sí solo un tesoro que no se disminuia haciendo participar de él á los otros, sino porque temia armar un lazo á la simplicidad de los fieles, á quienes su exemplo hubiera podido ser peligroso. Tambien temia sin duda las quejas siempre amargas, y muchas veces contagiosas de los devotos.

Al-Mamon su hijo, criado en el seno de las letras, y dotado de todos los talentos que hacen cultivarlas con buen

suceso, no fué á propósito para sujetarse á las ideas que habian obligado á su padre á encerrar las ciencias en el palacio imperial. Estableció escuelas públicas, academias con sus maestros, y directores capaces de corresponder á sus deseos. Las dotó con rentas considerables, queriendo que estuviesen abiertas para todos aquellos que el deseo de perfeccionar la razon conduxese á ellas. Sabia, que trabajar en ilustrar á sus vasallos, era ocuparse en su felicidad. Los doctores musulmanes, los sectarios zelosos del Alcoran, y sus discípulos lamentaban entre sí una conducta, que segun ellos se dirigia á trastornar la piedad. Pero como un gran príncipe impresiona siempre por su talento, y contiene á todos los órdenes en la dependencia, Al-Mamon que no ignoraba esta murmuracion, la despreció y continuó derramando sus beneficios sobre los ingenios. La diversidad de religion no era un obstáculo para su estimacion y favor. Habiendo oido hablar del mérito y vastos conocimientos de Leon, arzobispo de Tesalónica, que vivia desconocido en Constantinopla de lo que ganaba enseñando, se lo pidió á Teófilo. Avergonzado este emperador de haber sabido por el príncipe musulman que poseia un tesoro de que hasta entónces no habia acertado á aprovecharse, resolvió guardarle para sí y hacerle útil. Pero resentido el califa de una repulsa que no esperaba, se armó para vengarse, y declaró la guerra al príncipe griego. Esta vez acaso es la única en que se ha visto á dos soberanos tomar las armas para disputarse la posesion de un sabio.

Los sucesores de Al-Mamon, aunque no tenian su gusto para las artes, ni sus luces, no dexaron de sostener los establecimientos que habia formado en beneficio de las letras. Entre las ciencias la astronomía, la geometría, la medicina y la química fueron el principal estudio de los árabes. En las otras facultades se ceñian á traducir y comentar las obras de los antiguos. Entre las artes agradables cultivaron con buen suceso la poesía y la música; pero sus preocupaciones religiosas, y el horror que tenian á la idolatría, no les permitió dedicarse á la pintura y escultura. Miraban á estas como artes profanas y sacrílegas, que enseñan á los hombres á representar la divinidad baxo formas sensibles.

Los miramamolines ó califas de España convidaron tambien á las ciencias y las artes á establecerse en aquella parte del imperio musulmano. La magnificencia, la galantería

y los placeres reynaban en su corte, y daban movimiento á las artes que contribuyen al regalo y delicias de la vida. Abderramen II., que subió al trono en 822, fué el protector de las ciencias y el amigo de los sabios. Amaba la filosofia, la poesía y la música: hizo de ellas su diversion; y para descansar de los negocios, pasaba todos los dias algun tiempo en compañía de los literatos que habia atraido cerca de sí con su generosidad.

Para dar al lector una idea exâcta del estado de las ciencias y las letras en Occidente durante el siglo nono, debemos volver á algunos sucesos que el órden de las cosas, preferible al de los tiempos, nos ha hecho dexar para este lugar. Recuérdese lo que hemos dicho sobre la barbarie del siglo precedente, ántes que Carlo Magno hiciese brillar la luz que iluminó á la Francia y todo el Occidente durante su reynado. Quando tomó las riendas del gobierno, todas las provincias que formaban el vasto reyno de que iba á ser soberano, estaban cubiertas de las mas espesas tinieblas. Pepino no habia pensado sino en asegurarse el trono, que le habia adquirido su política, favorecida de las circunstancias, y creyó haber puesto la última mano á su obra, asegurando la corona en su familia. Tocaba á su sucesor, para ser digno de poseer herencia tan brillante, hacer lo que restaba, dando luces, conocimientos y emulacion á los franceses que encontraba fieles y sumisos. Este fué tambien el primer cuidado de Carlo Magno. Pero ántes de emprenderlo, ántes de comenzar la dificil y gloriosa empresa de ilustrar su nacion, quiso salir él mismo de las tinieblas en que habia pasado los 30 primeros años de su vida. La actividad con que este príncipe, en medio de los inmensos cuidados de la soberanía, se sujetó á estudiar los elementos de las ciencias, y destruir el gusto de las primeras naciones, es tal vez lo mas grande que ha hecho. Es á lo ménos una prueba bien evidente del vivo ardor, y aun podia decirse, de la pasion violenta que tenia de saber. Alcuino y Pedro de Pisa fueron sus guias en una carrera tan penosa para todos los que la emprenden, y tan nueva para él. Apénas dió los primeros pasos, quando sorprehendió á sus maestros por las nuevas ideas que se le ofrecian sobre la mayor parte de los objetos á que se aplicaba. Así es como el ingenio, don raro y precioso, que la naturaleza solo dispensa á aquellos que han nacido para ser sabios, ha-

ce que estos comprehendan fácilmente lo que los demas no consiguen sino á costa de fatigas. Cárlos, animado de este fuego que podemos llamar divino, calificándole por sus efectos, pasó rápidamente de una ignorancia casi absoluta, á los conocimientos para en aquel tiempo profundos de todas las ciencias que la literatura abrazaba entónces. Nada tuvieron inaccesible para él, y su penetracion le puso bien presto en estado de disertar con los mas hábiles. Les comunicaba su parecer para perfeccionar cada ramo. Este era el último esfuerzo de la razon en un tiempo en que el velo que le ocultaba la luz apénas se habia corrido. El espíritu de analizar que sube á los primeros principios, no habia aun enseñado á los hombres á reflexîonar el sistema de los conocimientos humanos en su conjunto y en sus relaciones.

Se vió erigir dentro de palacio una escuela, cuya direccion se confirió á hombres de un mérito generalmente apreciado, es decir, lo escogido de los sabios. Habia formado Cárlos esta institucion en favor de su familia y de los caballeros jóvenes empleados en su servicio. Se ha pretendido, pero falsamente, que esta escuela, célebre por largo tiempo en Francia, habia sido el orígen de la universidad de París, la primera del mundo, segun el órden de los tiempos, y la mas distinguida por los grandes hombres que en todos ramos ha producido. Aunque no se le pueda asegurar época fixa ántes del siglo undécimo, se podrá conjeturar que la escuela particular, erigida en París durante el noveno por el monge Remigio, que habia salido del monasterio de san German de Auxerre, fué la semilla de que se vió producirse aquel cuerpo académico, cuya celebridad no ha hecho sino aumentarse hasta nuestros dias.

Ademas de la escuela de palacio, abrió Carlo Magno en sus estados otros dos manantiales de instruccion. El uno para los que se proponian seguir toda la carrera de las ciencias; el otro para la enseñanza de los niños del baxo pueblo de las ciudades y aldeas. La primera especie de escuelas estaba en las catedrales y abadías. Se enseñaban en ellas todas las facultades, principalmente la gramática, la aritmética, la astronomía, la dialéctica, &c. Las otras ménos distinguidas, aunque de un uso mas comun y mas interesante para la nacion, se ceñian á los elementos de la lectura, de la escritura y de la aritmética.

F 2

Con establecimientos tan numerosos y tan sabiamente combinados, debian llegar las ciencias y las letras al estado mas floreciente. Pero hubiera sido menester para esto que el entendimiento humano se hallase con aquellas felices disposiciones que resultan de una multitud de causas que la naturaleza sola puede unir y hacer obrar. Así el zelo de Carlo Magno por el progreso de las ciencias, los beneficios que derramó sobre los hombres de mérito, y los medios de que se valió para excitar la emulacion, no sirvieron sino para reanimar por poco tiempo el gusto de los estudios. Fué esta una luz brillante, pero pasagera, tal como las que se elevan en aquellos climas cubiertos ordinariamente de nubes y de nieblas.

Apénas habia muerto el monarca á quien la literatura debió esta gloria, eclipsada tan prontamente, quando el soberbio edificio que habia levantado se abatió, sin esperar los rigores del tiempo. Ludovico Pio, Cárlos el Calvo, Luis el Tartamudo y sus sucesores, príncipes débiles, limitados, sin espíritu, sin gusto por las grandes empresas, y por otra parte embarazados con guerras extrangeras y domésticas, que solo les hicieron conocer las fatigas y los disgustos del trono, no pudieron dar á las instituciones de Carlo Magno el auxîlio que necesitaban para aumentar ó conservar el lustre que de él habian recibido. Se vió, pues, que á poco tiempo retrocedieron los entendimientos hácia el punto de que habian partido á la mitad del siglo octavo, y las letras volvieron á sepultarse en la barbarie, cuyo torrente empezaba á ceder á los esfuerzos del trabajo. Se sumergieron, pues, mas y mas entre los desastres públicos que asolaron á la Francia. Sus asilos fueron profanados ó destruidos por los estragos de los normandos, y las diarias discordias de los señores; efecto inevitable de la feudalidad en todas las provincias del reyno. Esta decadencia de los estudios y de las ciencias fué tan rápida, que al fin del noveno siglo apénas se encontraban en algunas iglesias y monasterios pequeños vestigios de lo que habia hecho á favor de ellas su augusto restaurador cien años ántes. De todas las facultades que se cultivaron en las escuelas en la época de que hablamos, la dialéctica fué la que ménos se resintió de la languidez en que todas las demas habian caido. Continuó en estudiarse, y aun se hicieron progresos en ellas. Sin duda porque tenia mucha relacion con el es-

tudio de la religion, y porque freqüentemente hubo necesidad de su socorro para quitar á los novatores, que entónces se dexaron ver, las armas del sofisma con que se defendian, y desenredar el artificio de los falsos raciocinios, con los quales se disfrazaba.

Los elogios que daremos á los escritores eclesiásticos de este siglo en el artículo destinado á este objeto no serán contradictorios á lo que acabamos de decir. La mayor parte se habian formado en los felices tiempos de Carlo Magno; y si la antorcha de las ciencias, que volvió á encenderse, esparció aun alguna luz despues de él, esto se debió á aquellos hombres educados en las escuelas de literatura que aquel príncipe habia establecido. Por la época de su muerte nos ha parecido justo referirlos al tiempo, cuya historia describimos, aunque por la causa de sus talentos, y manifestacion de sus nociones, perteneciesen al siglo antecedente.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en las diversas regiones del mundo durante el noveno siglo.

Fueron los principios del siglo nono tiempos de prueba y de agitacion para la iglesia de Oriente, en donde la heregía de los iconoclastas adormecida, pero no destruida, tenia aun infinitos partidarios. Irene habia refrenado sus furores, y procurado el triunfo de la verdad en el segundo concilio de Nicea, séptimo general; pero la calma que habia restituido á la sociedad chri tiana, pendiente para decirlo así de la suerte de aquella princesa, se interrumpió casi al momento que perdió el imperio. El fanatismo, inflamado por Leon Isauro, era un fuego oculto, que solo aguardaba para avivar su actividad, y causar los mayores estragos, un soplo activo que le reanimase, y una mano que le diese nuevo pábulo. Uno y otro encontró en los emperadores Nicéforo, Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo y Teófilo.

Estos príncipes enemigos de las santas imágenes, ó por mejor decir de todas las verdades, se empeñaron en destruir todo lo que se habia hecho para el restablecimiento de la paz, y consolidar el dogma católico. Leon, que al

principio habia disfrazado su verdadero modo de pensar baxo una apariencia de zelo por la fe, no tardó en manifestarse tal qual era, luego que se vió asegurado sobre el trono, adonde le habia conducido la rebelion. Su ódio contra las imágenes, y las violencias que usó con los que las honraban, no pueden compararse sino á aquellas de que Leon Isauro, primer autor de esta impiedad, se habia hecho culpable. Tuvo por cómplices, y por principales instrumentos de su furor á dos malvados, bien dignos de semejante asociacion: era el uno un impostor llamado Juan, que decia ser mago, y á quien por sobrenombre llamaban Leconomanto, porque se servia de un plato ó vacía para anunciar lo futuro. Leon no tuvo vergüenza de colocar un hombre de esta especie sobre la silla patriarcal de Constantinopla. El otro era Antonio, metropolitano de Silea, vil bufon, que no se hallaba bien sino en la mesa, y cuyo mérito era divertir los convidados con cuentos alegres. Estos dos infames confidentes de Leon le excitaban á perseguir por los mas crueles medios á todos los que respetaban las imágenes, y creian en la definicion del concilio de Nicea la regla de fe, de que no podian separarse. El santo patriarca Nicéforo con los otros obispos y abades que se le habian unido, se opusieron valerosamente á las nuevas tentativas de la heregía. Tuvieron la fortaleza de ir á buscar el emperador, y de representarle con una libertad verdaderamente episcopal, que la causa de las imágenes no era un punto dudoso que necesitase de nuevo exámen; que la qüestion se habia definido auténtica é incontestablemente por los padres del segundo concilio de Nicea; que todas las iglesias estaban acordes sobre la doctrina consagrada por el decreto de este concilio; que el culto de las imágenes tenia en su favor la tradicion de todos los siglos, y la práctica de todas las sociedades católicas; y que finalmente poner en qüestion un punto de fe claramente decidido por el juicio solemne de los pastores, era volver á inundar la Iglesia y el estado de nuevos males. Pero estas representaciones por sabias que fuesen, no produxeron otro efecto respecto de Leon que el de inflamar su cólera, y resolverle á perseguir sin disfraz á los que llamaba idólatras é impíos.

Pero los medios violentos, cuyo rigor empleaban los enemigos de las santas imágenes contra aquellos, cuyo

valor intentaban abatir, no les parecian bastante eficaces para sojuzgar todos los espíritus. Conocian quantas ventajas sacaban sobre ellos los católicos del juicio pronunciado en una asamblea canónica, en que el poder y el artificio no habian dominado. Quisieron, pues, disminuir quanto fuese posible la autoridad de aquella decision, oponiéndole un decreto revestido de las mismas formas exteriores, y confirmado por una muchedumbre de obispos en un concilio, celebrado con todo el aparato capaz de impresionar al pueblo. Esta iniqüa asamblea, compuesta de iconoclastas y de los obispos que habian cedido á los malos tratamientos, se tuvo en Constantinopla en la iglesia de santa Sofia en 815. Del modo con que se celebró este concilio, y segun las armas de que se preparaba á hacer uso, se podia preveer qual seria el éxîto. Pero lo que no podria creerse, si no lo acreditasen testimonios auténticos, son los ultrajes que se atrevieron á hacer á los obispos católicos en un sitio en que decian se habian congregado para libertar el culto religioso de profanidades que le deshonraban. Rasgaron sus vestidos, los echaron por tierra, les pisaron la garganta, les escupieron en el rostro, y viendo que á pesar de estos malos tratamientos nada conseguian de ellos, los arrojaron de allí vergonzosamente, llenándolos de golpes. Cómo hubo obispos que pudieron olvidar lo que se debian á sí mismos, hasta llegar á excesos tan monstruosos contra unos compañeros? cómo no consideraban que era degradar su propia dignidad, enseñar el menosprecio y deshonrar un carácter, cuyo honor debian amar tan justamente, cubriendo de ignominia á los que participaban como ellos de la plenitud del sacerdocio? Exemplo terrible de ceguedad y de furor, que junto con otros tantos de la misma especie, nos hace ver que no hay horrores ni barbarie á que no se arroje el fanatismo, quando se le dexa en la libertad de entregarse á sus arrebatamientos. Quedando los iconoclastas solos en la asamblea, confirmaron con decreto solemne lo que se habia decidido contra el culto de las imágenes en el famoso concilio de 754, y condenaron el concilio general de Nicea. Despues de semejante decision se debia esperar que cayesen todos los golpes de la venganza, y todo el peso de una autoridad furiosa sobre los católicos, bastante intrépidos para rehusar someterse á ella. La cosa sucedió co-

mo se habia previsto. Las prisiones, los destierros, los castigos de toda especie fueron el premio de la generosa resistencia de todos los que se atrevian á hablar en favor de las imágenes, ó que las adoraban en secreto. Juan Leconomanto, digno ministro de los furores de Leon, hizo ver todo quanto el ódio de un malvado es capaz de inventar para arruinar los hombres de bien. El emperador le habia entregado los obispos y abades, cuyo valor no se habia desmentido por los tormentos y afrentas. Este miserable, mas enemigo aun de la virtud que de la verdad, se valió de todos los medios contra aquellos hombres igualmente recomendables por una y otra. Cansado de emplear los suplicios, hizo que sucediesen á ellos las caricias y promesas. Algunos se dexaron caer en estos lazos, y consintieron en comunicar con el patriarca, que por su parte no rehusó de excomulgar á los que no adoraban las imágenes de Jesu-christo. A esta costa se restituyeron los obispos á sus iglesias, los abades á sus monasterios; pero los zelosos defensores de la fe, incontrastables en sus principios, é intimamente convencidos de que las condescendencias solo son los medios de hacer triunfar el error, lloraron su flaqueza mirándola como una mancha de su vida.

La calma se restableció por algun tiempo despues de la muerte de Leon. Los conjurados que le quitaron el imperio y la vida, dieron la púrpura á Miguel el Tartamudo. Indiferente á los asuntos de religion, y sin capacidad para los del estado, si este príncipe nada hizo por la prosperidad de la Iglesia, no la inquietó á lo ménos declarándose contra ella como sus predecesores: y aun afectaba una perfecta neutralidad, respecto de los enemigos de las imágenes, y de los zelosos defensores de su culto. Pero el mal que no hizo por sí mismo, lo dexó hacer á aquellos, á quienes su indolencia habia confiado la autoridad, de que se sirvieron á medida de sus pasiones. Mientras que el emperador pasaba los dias enteros en hacer adiestrar y exercitar caballos, único talento en que se preciaba de sobresalir, sus ministros educados en la faccion de los iconoclastas, perseguian abiertamente á los católicos. A los clérigos y á los monges principalmente hacian experimentar todos los efectos de un odio implacable. Se inventaron contra ellos nuevos suplicios, de que el mas ordinario era hacerles morir á

azotes. De este modo perecieron un gran número. Los que se exîmian de esta barbarie, eran puestos en prisiones inficionadas, en donde solo recibian para su sustento pan mohoso y agua corrompida. Llegó aun la atrocidad al extremo de encerrar á algunos en sepulcros con malhechores, dexando morir de hambre á unos y otros.

Léjos de obtener la Iglesia algun alivio en sus males, baxo el reynado de Teófilo, hecho emperador por muerte de Miguel su padre, no se vió tiempo mas borrascoso durante las disputas de las imágenes, que los primeros años de este príncipe, que tenia solo 12 años, y reynó 13. La persecucion se hizo general, y las crueldades que se exercieron en los católicos de todas condiciones, fueron sin límite. Irritado el emperador por la valerosa resistencia de aquellos, á quienes ni las injurias ni los tormentos no podian hacer consentir en la destruccion de las imágenes, los entregaba á ministros desapiadados que no los dexaban hasta cansarse de maltratarlos. El mismo intentó derribar la fe de Teodora y de Teoctista, su madrastra, pero estas virtuosas princesas resistieron á todos sus esfuerzos, y no cesaron de mostrarse llenas de respeto á las santas imágenes, y de compasion de los que padecian por la verdad. Los monges eran expelidos de su santo retiro, y muchos de avanzada edad heridos sin piedad con vergajos hasta espirar; otros sin asilo y sin socorro iban á morir á bandadas sobre la orilla del mar, y á lugares extraviados, en donde sus cadáveres quedaban sin sepultura. Pero lo que mejor hace conocer la violencia de esta persecucion, y la crueldad de Teófilo es el suplicio inaudito que hizo sufrir á dos confesores llamados Teodoro y Teófanes. Eran hermanos, y su adhesion al culto de las imágenes ya les habia merecido la pena de destierro, baxo el imperio de Miguel. Teófilo les volvió á llamar como para probar de nuevo el poder de los tormentos en estos hombres, á quienes habia hecho célebres su constancia. Hallándolos con el mismo zelo y sentimiento, los hizo azotar en su presencia con una barbarie sin exemplo, y despues tenderlos sobre unos bancos, é imprimirles en la cara con un hierro ardiendo doce versos que contenian el motivo de su condenacion: suplicio, cuya idea jamas habia cabido en tirano alguno. La operacion duró todo un dia, y se puede imaginar, quán dolorosa habrá sido. Quando se acabó, los dos confesores

dixeron á Teófilo, que aquella inscripcion seria su gloria, y la condenacion de él en el tribunal de Jesu-christo. La prision y el destierro los libraron de nuevas pruebas; y bien presto la muerte, de los tormentos horribles que habian sufrido, les aseguró la recompensa del martirio.

Despues de una borrasca tan larga y tan furiosa, restituyó la calma á la Iglesia la emperatriz Teodora, á quien la providencia confió la suerte del imperio, durante la menor edad de Miguel III., hijo de Teófilo, que murió en 842. Este fué el último golpe para la heregía, que perdió en poco tiempo sus mas ardientes sectarios, quando dexó de estar sostenida por los soberanos, y de marchar con el acero en la mano contra los defensores de la fe. Las imágenes se restablecieron, y Teodora protegió su culto, que recobró bien presto su antiguo esplendor. De este modo acabó esta tempestad, la mas violenta que los soplos del fanatismo habia suscitado en el mundo, y que asoló á la Iglesia y al imperio por mas de un siglo.

La regencia de Teodora fué el reynado de la justicia y de la virtud, pero su hijo no la imitó. Luego veremos las nuevas turbaciones que suscitó en la Iglesia, por la proteccion que dispensó al ambicioso Focio, el mas hábil y el mas malo de los hombres. Su reynado, sin embargo, fué notable por un acaecimiento glorioso para la religion; tal es la conversion de los búlgaros que abrazaron el christianismo el año de 865. Estaba este pueblo desde largo tiempo en guerra con el imperio. En una de las expediciones, habiendo sido hecha prisionera, y conducida á Constantinopla la hermana del rey Bogoris, fué instruida en los principios de la religion christiana. Puesta en libertad, y restituida á su hermano le hizo gustar de las verdades, cuyo precio habia conocido. No contento aquel príncipe con haber abandonado los ídolos, quiso elevarse á la perfeccion del nuevo culto que acababa de adoptar. Renunció, pues, el trono para consagrarse á los exercicios de la vida monástica. Pero su primogénito, á favor del qual habia hecho dimision de la corona, no correspondió á sus miras, reynando sin prudencia, y mostrando alguna propension al paganismo. Descontento Bogoris de esta conducta, dexó su retiro, y volvió á tomar las riendas del gobierno, castigando á su hijo con una severidad poco conforme con la dulzura del christianismo, pero disculpable en parte por

las costumbres aun feroces de la nacion. Quando hubo reparado las faltas del jóven príncipe, descendió Bogoris segunda vez del trono, para hacer subir á él el último de sus hijos, mas digno de sucederle que el primero, y se volvió á la soledad, donde terminó su carrera en la mas austera práctica de la penitencia. Los búlgaros, que á su exemplo habian entrado en la Iglesia, la consolaron de los males que le habian causado durante sus guerras con los romanos. Idólatras entónces habian tratado á los christianos con la mayor inhumanidad. Crueles en las victorias, y zelosos de procurar nuevos adoradores á sus dioses, hacian sufrir increibles tormentos á los cautivos para obligarles á dexar el servicio de Jesu-christo. Se cuenta por centenares el número de los mártires que sellaron la fe con su sangre en diferentes ocasiones.

Los sarracenos no eran enemigos ménós encarnizados para destruir el christianismo que los mismos paganos. La religion y la política se unian para inspirarles el odio mas vehemente contra los discípulos de Jesu-christo. Los detestaban como enemigos de la ley musulmana y súbditos de los emperadores. Las guerras civiles que se encendieron entre los hijos de Ali-Raschid al principio de este siglo, llenaron todo el Oriente de asesinatos y rapiñas. Una parte de los males públicos, de que fueron orígen, recayó sobre las iglesias de aquella region. Las diferentes facciones que corrian las campañas eran igualmente crueles, igualmente inclinados á la destruccion. Los templos y los monasterios no se libraron de su avaricia. Los robos, la profanacion, la mortandad de los clérigos y monges eran sus ordinarias resultas. La brutalidad de los soldados no conocia límites, y su sacrílega impiedad se complacia en hacer daño á los christianos, ahogando en su corazon todos los sentimientos de la humanidad, quando se trataba de ellos. Cada dia se veian renovar estas horribles escenas. En Jerusalen, en Alexandría, en la Palestina, en la Siria y en el Egipto, no hubo iglesia ni monasterio adonde el hierro y el fuego no llevasen todos los horrores, que hombres acostumbrados á bañarse en sangre son capaces de cometer. Viéndóse los christianos de todos estados expuestos continuamente á los insultos y á la muerte, no tenian otro recurso que el de la fuga. Pero para la mayor parte solo era esto mudar de pruebas y de riesgos; porque si iban á buscar un asilo en

las ciudades sujetas á los soberanos de Constantinopla, hallaban un nuevo género de persecuciones de parte de los iconoclastas; si eran católicos, por tanto su situacion no podia ser mas lastimosa. Sin hablar del número casi infinito que pereció baxo los golpes de los infieles, quántos no deberian hacer morir la fatiga, la miseria, la intemperie de las estaciones, la privacion de las cosas mas necesarias á la vida ántes de encontrar asilo ni socorro alguno? Siendo la religion por quien sufrian estos males, no se les puede negar el título de mártires.

Sus guerras con el imperio, casi siempre ventajosas para ellos, eran para los christianos de sus dominios nuevo orígen de calamidades. Todos los que caian en sus manos debian esperar los peores tratamientos, si rehusaban abrazar el mahometismo No se usaba de indulgencia sino con los apóstatas, haciendo experimentar quanto la crueldad y el fanatismo pueden inventar, mas horrible á los que preferian la conservacion de su fe á la de su vida. Los arrojaban cargados de cadenas en horrendas prisiones, en donde jamas penetraba la luz del sol; los mantenian con un poco de pan y agua, y si veian que debilitados por el dolor y el hambre se prestarian mas fácilmente á las persuasiones y caricias, les enviaban doctores que disputasen con ellos, y devotos que procurasen ganarlos con testimonios de la mas tierna compasion. Si aun le resistian, se duplicaban los rigores, y los sujetaban á nuevas pruebas hasta reducirlos, ó acabar con ellos. Hubo algunos que vivieron siete años en esta situacion, que bien puede llamarse una muerte prolongada. Los mejores príncipes como Ali-Raschid, Al-mamon y Motasem fueron los mas crueles en su falso zelo, y los mas violentos en la persecucion suscitada contra los christianos en casi todo su imperio. Júzguese á vista de esto la confianza que merecen los escritores que nos representan el islamismo como una religion dulce y tolerante. Los musulmanes de Africa y de España causaban casi los mismos males á la sociedad christiana en Occidente. Siendo uno el espíritu, la costumbre y la animosidad contra el christianismo, debian resultar unos mismos efectos. Sus conquistas en la Sicilia y en la Calabria, y sus irrupciones en la Cerdeña y en la Córcega, y en el continente de Italia, hasta las puertas de Roma, produxeron asesinatos, rapiñas y calamidades de toda especie. Las igle-

sias y los monasterios de ambos sexôs y sus piadosos moradores rara vez se libertaban de sus golpes. El papa Juan VIII. se vió obligado á pagar tributo á aquellos infieles, para librar la ciudad y sus cercanías del pillage. Juzgaban indigno de piedad á qualquiera que prefiriese el Evangelio al Alcoran, y segun su preocupacion inhumana, era una obra meritoria dar muerte á los que profesaban una religion que el islamismo trataba de impía.

La España era el centro de la potencia musulmana en Occidente, que se hizo allí muy absoluta, y mas formidable que nunca habia sido, quando el soberano de la nacion se hizo independiente del califa de Bagdad. Entónces los árabes dexaron correr libremente el ódio que tenian á los christianos, y que miraban como una parte de sus obligaciones. De todos los monarcas que reynaron durante el noveno siglo en aquella parte del imperio musulman, Abderramen II. fué el que mas se señaló en este ódio, el que su fanatismo erigia en virtud. Los christianos jamas habian sido tan cruelmente perseguidos como lo fueron en su reynado. La historia de esta persecucion, escrita por un testigo de vista (a), que derramó su sangre por Jesuchristo, no dexa la menor duda del gran número de víctimas que sacrificó el mahometismo por el acero, y otros géneros de muerte. Las órdenes sanguinarias que Abderramen habia expedido, no exceptuaban ni estado ni condicion; se executaban con un rigor extremado. Los que estaban encargados de ello, ademas de los motivos de obediencia, y el deseo de grangearse elogios por su fidelidad en corresponder á las intenciones del príncipe, satisfacian su propio corage. A los que estaban dedicados á enseñar y defender la religion, era á quienes principalmente perseguian los ministros, cuya autoridad sostenia Abderramen. Los buscaban con particular cuidado, y fuese porque los creyesen mas culpables, porque mostraban mas desprecio de Mahomed, ó porque tuviese mejor concepto de su valor, obraban con ellos con mayor inhumanidad. Regularmente no aguardaban que se les llevase á presencia del príncipe ó sus comisionados; ellos mismos se presentaban, y llenos de una intrepidez digna de la causa porque eran perseguidos, hablaban con aquella libertad no-

(a) Este es san Eulogio, que escribió el memorial de los santos.

ble y generosa que se habia admirado en los primeros mártires. Su exemplo animaba á los simples fieles, y el número de los encarcelados llegó á ser tan grande, que fué preciso ordenar su suplicio, para dexar lugar á los que se arrestaban diariamente. Estas execuciones se hicieron tan freqüentes, que para abreviar las formalidades, y temiendo que el aparato de los tormentos no conduxese los christianos á la rebelion, Abderramen y su consejo mandaron se hiciese morir sin pérdida de tiempo á todos los que fuesen acusados de haber faltado al respeto de Mahoma y su religion.

Esta cruel órden, que abrió la puerta á las delaciones y á las venganzas personales, multiplicó tanto los delinqüentes, á cuya pérdida se conspiraba, que las cercanías de Córdoba se llenaron bien presto de horcas. Abderramen se complacia en ver aquel espectáculo desde su palacio, y su ódio á los christianos gustaba alimentarse de tan horrible escena. Su primogénito y sucesor Mahomed no se declaró con ménos ardor y crueldad contra los adoradores de Jesu-christo. Viendo que los suplicios no eran bastantes para abatir su valor, resolvió oprimirlos con impuestos, y emplear todas las invenciones de una barbarie fria y tranquila, haciéndoles una vida insoportable. Se vió en esta persecucion, que duró casi sin interrupcion, desde el año de 822, hasta el de 886, lo que se habia visto en los primeros siglos del christianismo, y el mismo encarnizamiento y furor de parte de los perseguidores, y la misma magnanimidad y fortaleza de parte de los mártires. Los christianos mas ilustres, por cuya constancia obtuvieron la corona del martirio, y se citan en la historia, son: Perfecto, sacerdote; Juan, lego y comerciante; Isacc, Sanchez y Valabeuse, monges; Aurelio y Felix, de la primera nobleza: Flora, María, Natalia y Liliosa, mugeres de calidad, Leocrita, vírgen, y finalmente Georgio diácono, y Eulogio sacerdote, que se habian dedicado al servicio de los santos confesores.

La sangre christiana corrió tambien en Inglaterra desde los primeros años de este siglo hasta el reynado de Alfredo, tan justamente llamado el Grande: los daneses ó normandos fueron los que la derramaron, tanto por efecto de su ferocidad natural, como por ódio á la religion de Jesu-christo. La codicia del pillage era lo que traia á estos

bárbaros desde tan léjos á asolar otros paises, en donde esperaban enriquecerse por el botin; este era el motivo de su crueldad. Se dirigian principalmente á las iglesias y monasterios, y para apoderarse mas á su salvo de los despojos, mataban á sus piadosos habitantes. Estos lugares, consagrados á la oracion y sin defensa, les eran fáciles conquistas; allí encontraban todo lo que podia satisfacer sus ímprobos deseos, efectos preciosos, vasos sagrados, lámparas, cruces y relicarios, bastimentos, muebles de ordinario uso y vestidos. Todo lo arrebataban á excepcion de los libros, cuyo precio no les permitia conocer su ignorancia, y las reliquias de los santos, que no eran á sus ojos sino viles huesos. Sus ataques imprevistos, y sus deprecaciones no se podian executar sin cometer asesinatos y profanaciones innumerables. Para dar una idea de esto bastará notar que en el botin de un solo monasterio, uno de sus caudillos mató por su mano ochenta y quatro religiosos que lo habitaban. Los altares fueron derribados, las sepulturas violadas, las cosas santas arrojadas por el suelo, la iglesia y todo el edificio entregado á las llamas.

Las cosas mudaron de aspecto quando Alfredo subió al trono en 871. No fué el mayor servicio que hizo á la Inglaterra suspender con sus victorias los estragos de los daneses. Hizo mas en obligarlos á connaturalizarse por los establecimientos que les proporcionó en sus estados casi despoblados, y por las sábias leyes que les impuso, haciendo otras para sus súbditos ménos zelosos de extender su dominacion, que de gobernar bien el pueblo que Dios le habia confiado. Este príncipe, amante de la religion y de las letras, igualmente piadoso que sabio, se ocupó toda su vida en corregir los abusos, en destruir los vicios, y en hacer que naciesen en su reyno el gusto de las ciencias y de la virtud. No daba los cargos del estado y las prelacías de la Iglesia sino á aquellos, cuya piedad y luces conocia. Se le atribuye la fundacion de la célebre universidad de Oxford: y hizo experimentar á su reyno los felices efectos de la policía y el buen órden. La Inglaterra Le es deudora de sus mas antiguas y mejores leyes. Algunas de sus instituciones estan aun en su fuerza, y á pesar de las revoluciones del gobierno y de la religion; será su memoria siempre grata á la nacion de que fué bienhechor y padre.

Jamas la religion habia estado mas floreciente en Francia, y con mejor órden la sociedad christiana, que baxo el reynado de Carlo Magno. Aquel gran príncipe que sabia quanto pueden contribuir á la prosperidad de una nacion los ministros de la iglesia por su exemplo, instrucciones y zelo, hizo uno de los primeros objetos de su aplicacion el restablecimiento de la disciplina. Nada mas justo ni penetrante que los consejos que da á los obispos, y las reglas de conducta que les propone en sus capitulares y en sus cartas; su lenguage es el de los padres y de los concilios. Indica remedios para todos los abusos, y se ve allí bien que las quejas del pueblo y del clero, siempre que eran fundadas, llamaban el cuidado del príncipe á buscar todos los medios de calmarlas. Versado en las escrituras y ciencias canónicas, porque no habia omitido conocimiento alguno que pudiese contribuir á la felicidad de sus pueblos, queria que los prelados se distinguiesen por su saber, tanto como por sus virtudes. No hubo en todos sus estados establecimiento útil á la religion, á la enseñanza de las verdades christianas, y á la decencia del culto exterior, cuyo plan no hubiese formado, ó cuya execucion no hubiese protegido. Qualesquiera que fuesen sus ocupaciones, en medio de unas guerras, que muchas veces le hacian volar de un extremo á otro de la Europa, y en el por menor infinito de una administracion de que tomaba todo el cuidado, los intereses de la Iglesia le hallaban siempre dispuesto á ocuparse en ellos. La historia de su reynado está llena de pruebas de su religiosa solicitud en esta parte. Las conquistas que hizo en Saxonia, en Frisia y en Germania solo fueron para él ocasion de extender el reyno de Jesu-christo. Envió allí misioneros, proveyendo benéficamente á su subsistencia, y sosteniendo sus funciones con su autoridad; de modo, que por su medio, como atestiguan los escritores de aquel siglo, aquellos paises sumergidos en las tinieblas del paganismo recibieron la luz del Evangelio. La proteccion de aquel piadoso monarca se extendia á los christianos de los mas remotos climas. Dexando aparte las limosnas que les enviaba, para su bien, mantenia un comercio arreglado con los príncipes musulmanes. Aroun-Ali-Rachid por un homenage voluntario le envió las llaves del santo sepulcro, y aquel lugar tan venerable para los christianos,

está aun baxo la proteccion de los reyes de Francia.

A la muerte de aquel gran príncipe, la Iglesia que habia perdido su mas firme apoyo, se conservó por algun tiempo en el mismo esplendor que de él habia recibido; pero las turbaciones que se levantaron en el estado, las funestas guerras que le asolaron, y la confusion que se esparció en todos los ramos del gobierno, hicieron poco á poco recaer á la sociedad christiana en el mismo estado de la languidad en que la hemos visto en los dos últimos siglos. La debilidad de los príncipes, la indolencia de los pastores, las incursiones de los normandos, y las guerras intestinas que causó la anarquía feudal, contribuyeron á destruir un edificio que el genio del siglo no habia permitido consolidar bastantemente para perpetuar su duracion. En el articulo de las costumbres y disciplina veremos los males que resultaron de la combinacion de estas diferentes causas.

La iglesia de Alemania, fundada en el octavo siglo por san Bonifacio y sus compañeros en los trabajos apostólicos, conservó algun tiempo su primer fervor. Los santos obispos que Dios le habia dado se dedicaron con buen suceso á la conversion de los paganos, apartando un gran número del culto de los ídolos. Adquiriendo la Iglesia por este medio nuevos hijos, y creciendo el imperio de la fe, fué preciso erigir nuevos obispados, y dar pastores á aquellos pueblos groseros, que apénas conocian los dogmas esenciales del christianismo, y ménos su moral y sus preceptos. La formacion de estas nuevas diócesis, y la eleccion de los prelados destinados á gobernarlas, se hacian al principio segun justicia, y no aspirando sino á la gloria de la Iglesia; pero despues se hizo esto una ocasion de disturbios, porque las inmensas riquezas de aquellas iglesias, y el alto grado que sus obispos ocupaban entre los señores temporales, eran objetos propios para excitar la ambicion y la avaricia. Sin embargo el fervor de aquellas iglesias nacientes se sostuvo aun parte de este siglo, y no se les vió decaer hasta que habiendo llegado á aquellos remotos climas el exemplo de los vicios, se dexaron arrastrar de la general preocupacion.

El christianismo hizo tambien una nueva conquista en el Norte de la Europa. Herioldo, rey de una parte de la Dinamarca, habiendo sido despojado de sus estados por

una de aquellas revoluciones que son freqüentes en los pueblos que no han fixado su política ni gobierno, vino á pedir socorro á Ludovico Pio. Este emperador le hizo instruir en los principios de la religion con la reyna su esposa. Uno y otro fueron bautizados, despues de lo qual el emperador dió un exército al príncipe danes, que marchó con este socorro á hacer valer sus legítimos derechos. La suerte de las armas no le fué adversa, triunfó de sus enemigos, y recobró el trono. Un monge de Corbeya, llamado Anscairo ó Anscario, que habia llevado consigo, predicó el Evangelio á los daneses baxo la proteccion del soberano; y por su ministerio hizo la fe en poco tiempo progresos considerables en aquellas regiones septentrionales. Los suecos, pueblos vecinos de la Dinamarca, movidos de la fama de las virtudes del santo misionero, y de la feliz mudanza que sus exhortaciones producian entre los daneses, desearon participar de la luz que sobre aquellos se habia esparcido. Pidieron, pues, predicadores que los instruyesen. Se enviaron para esto á san Anscario compañeros capaces de auxîliar su zelo en la nueva mision. Sus trabajos bendecidos del cielo produxeron copiosos frutos. San Anscario fué arzobispo de Hamburgo, y mereció el glorioso título de apóstol del Norte.

ARTICULO VI.

Cisma de Focio, su orígen, sus efectos, su condenacion y sus infelices resultas.

El gran suceso de que vamos á tratar merece toda nuestra atencion por las extrañas escenas que le acompañaron, por el carácter singular del personage que fué su autor, y por los deplorables efectos que produxo. Veremos aquí el choque de las mas violentas pasiones de la ambicion, de la venganza y de la hipocresía, la virtud oprimida; la maldad en el esplendor de un triunfo comprado á costa de todos los crímenes, los mas elevados talentos empleados en hacer mal, la perfidia y la crueldad baxo el velo de la moderacion, el lenguage de la piedad en la boca de un opresor, de un sacrílego, el trastorno de todas las leyes canónicas, y de todas las reglas del honor y de la equidad, un hombre acusado, convencido de los

excesos mas criminales, y condenado por un juicio solemne, subiendo con gloria al sublime puesto adonde se habia elevado á fuerza de delitos; y la baxeza ensalzando ó abatiendo su ídolo, segun la fortuna le estaba propicia ó adversa: tal es el espectáculo interesante que va á manifestarse á nuestra vista. Subamos al orígen de este grande suceso, siguiéndole en todas las circunstancias que merezcan detenerse en ellas.

Hágase memoria de que despues de la gloriosa regencia de la emperatriz Teodora, el patricio Bardas, tio y ministro de Miguel III., se habia apropiado todo lo que á la autoridad soberana pertenecia, no dexando á su pupilo otro cuidado que el de pasar libremente los dias en la disolucion y en los placeres. Aunque Bardas fué muy aplicado en los negocios, y llevó todo el peso del gobierno, su vida no era ménos desarreglada, ni sus costumbres mas íntegras que las de su sobrino. Habia concebido una pasion detestable por la muger de su hijo, viviendo aun la suya. Atreviéndose á todo fiado en su despotismo, y atropellando sin pudor las leyes divinas y humanas, habia repudiado á su legítima esposa, viviendo públicamente con su nuera. Su exemplo y el del jóven emperador, cuyos desórdenes eran aun mas viles, provocaban á los cortesanos á violar abiertamente todas las reglas de la decencia pública. No se hablaba en Constantinopla sino de sus disoluciones y de sus excesos de toda especie, viéndose cada dia nuevos escándalos.

Ignacio ocupaba la silla patriarcal de Constantinopla, á la qual le habia elevado la emperatriz Teodora por muerte de san Metodio. Este prelado reunia el mérito mas sobresaliente al mas ilustre nacimiento. Era hijo del emperador Miguel Raugobeo, y nieto de Leon Armenio por su madre Procopia. Envuelto en las desgracias de su familia, quando su padre tomó la generosa resolucion de sacrificar la púrpura al reposo de sus vasallos, entró en un monasterio de edad de 14 años. Su virtuosa juventud anunció por sus calidades tan brillantes como estimables lo que seria algun dia, y su espíritu, enseñado por las desgracias, adquirió temprano aquel hábito de valor y de firmeza, de que tuvo tantas ocasiones de usar en lo sucesivo. Electo patriarca de la ciudad imperial, y por esta dignidad eminente responsable á Dios y á los hombres, no pudo ver su

zelo con indiferencia el escándalo de Bardas, y la general corrupcion que su conducta autorizaba. Ignacio le reprehendió primeramente en secreto, exhortándole á mirar con mas consideracion el lugar que ocupaba en el imperio, á usar mejor del poder que la confianza del príncipe habia puesto en sus manos. Menospreció Bardas estos consejos, y trató al santo patriarca con un orgullo insultante. Tal es el tono ordinario de los hombres poderosos, cuya conducta desarreglada se osa censurar. El patricio continuó viviendo á medida de su pasion, sin temer los juicios divinos con que Ignacio le amenazaba, creyendo que todo le era permitido, porque se atrevia á todo. El dia de la Epifanía llevó la osadía y la impiedad hasta presentarse á la sagrada mesa del altar para recibir la santa Eucaristía. El patriarca no vió con este momento sino lo que debia á la santidad de Dios, cuyo ministro era, y cerrando los ojos á las resultas que podia tener su zelo, negó la comunion al incestuoso. Lleno de furor Bardas, sacó la espada para matar al instante al pontífice: le detuvieron; pero su resentimiento se avivó mas y mas. Juró la pérdida de Ignacio, y no difirió la venganza, sino quanto le fué preciso para mejor asegurar sus golpes.

El manejo de los negocios, el gusto de las letras, y sin duda una conformidad de costumbres y de carácter, le habia ligado en una estrecha amistad con Focio, que ocupaba en la corte dos puestos importantes, el de primer caballerizo, y el de primer secretario. Era Focio el mas bello ingenio, el espíritu mas cultivado, el sabio mas profundo de su tiempo; pero igualmente el hombre mas falso y mas depravado que jamas habia existido. La ambicion que le devoraba, dominaba tan despóticamente sobre sus demas afectos, que solo ella dirigia el uso de su talento y de sus vicios, haciéndole tan hábil para encubrir sus malas calidades, como para fingir las buenas que no tenia. Bardas fixó en él sus ojos para oponerle al patriarca Ignacio. No podia escoger un hombre mas propio para corresponder á su odio contra el santo pastor: Focio por su parte, no escuchando sino su impetuoso deseo de elevarse, de hacer el primer papel en el mundo, y considerando que el patriarcado abria á su talento un teatro mas vasto y mas brillante que todos los empleos de la corte, se manifestó dispuesto á emprenderlo todo para coadyuvar á los designios del ministro.

Habiéndose convenido los dos enemigos de Ignacio, y seguros de su pérdida empezaron haciéndole sospechoso al emperador. Le pintaron á sus ojos como de un carácter extremado, inflexîble, que en todo veia un crímen, que se dexaba llevar de un zelo ardiente y amargo, que juzgaba á los demas segun las máxîmas de una severidad extremada, que hubiera querido desterrar de la corte las mas inocentes diversiones, y que las costumbres de palacio fuesen como las de los mas rígidos monasterios; por otra parte un genio inquieto y peligroso, que censuraba con acrimonía al príncipe y á los grandes, hombre poco adicto al actual gobierno, y cuya fidelidad no seria muy segura si sobreviniese algun disturbio en el estado.

No fué menester mas para empeñar á Miguel, príncipe tan suspicaz como afeminado en declararse contra el santo patriarca. Fué, pues, arrojado de su palacio, y encerrado en un lugar que servia de establo á viles animales. Le llenaron de golpes, y le abofetearon tan cruelmente, que le echaron fuera los dientes. Por órden de Focio se le hacian sufrir estos indignos tratamientos, y el objeto de este hombre, no ménos cruel que ambicioso, era arrancar á aquel cuya dignidad usurpaba una declaracion, en virtud de la qual pareciese que la silla patriarcal estaba vacante por una dimision voluntaria. Un gran número de metropolitanos y de obispos exhortaban á Ignacio á que la diese, y alegaban para ello los poderosos pretextos de la paz del bien público, y de la necesidad, de que hacian una falsa aplicacion. Ignacio se resistió valerosamente á las insinuaciones, á las promesas, á las amenazas, y á la imágen espantosa de una vida infeliz y agitada que le ponian delante, mostrándose desde entónces tan firme é incontrastable, que jamas se desmintió.

A pesar de esto, Focio, que aun era lego quando se le nombró para la dignidad patriarcal, pasó rápidamente por todos los órdenes de la clericatura. En seis dias se executó esto, y fué en fin consagrado por mano de Gregorio, obispo de Siracusa, á quien Ignacio habia depuesto por sus crímenes. La mayor parte de los prelados que se hallaban en Constantinopla protestaron contra una promocion tan precipitada y contraria á las leyes de la Iglesia. Se quejaron tambien de la conducta que se habia tenido respecto de Ignacio, y las violencias que con él se habian exercido.

Focio y el mismo Bardas se interesaban demasiado en hacer calmar las murmuraciones que podian destruir su obra, para no emplear á este efecto toda su destreza. Ganaron á estos obispos, casi todos esclavos del favor, lisonjeando la vanidad de unos, y la ambicion de otros, y presentando al pequeño número de los que se lamentaban del atentado hecho contra la Iglesia un escrito por el qual Focio reconocia que Ignacio habia sido legítimo patriarca, y se obligaba á no emprender nada contra él, ni contra aquellos que habia ordenado. Satisfechos de esta declaracion, que el impostor solo habia hecho con el designio de recogerla quando quisiese, se sosegaron los prelados, y Focio tuvo ocasion de preparar la nueva maniobra que necesitaba para paliar su usurpacion.

Con esta mira escribió al papa, dándole parte de su elevacion á la silla patriarcal. Se pintaba con los colores mas propios para preocupar en su favor al soberano pontífice: decia que á pesar suyo le habian elegido para ocupar aquel eminente puesto, que habia resistido vigorosamente: que le habian forzado: que ni los obispos, ni el clero, ni el emperador le habian escuchado razon alguna; y que solo lleno de lágrimas habia por último consentido en recibir la imposicion de manos: que ademas Ignacio se habia retirado voluntariamente á un monasterio, para terminar allí sus dias en un honrado reposo: que su avanzada edad y sus achaques le habian obligado á tomar aquel partido, y que en su retiro gozaba de todos los honores, y de la consideracion debida á su dignidad y á su mérito. Añadia, que teniendo aun muchos partidarios la heregía de los iconoclastas, el bien de la Iglesia exîgia que se congregase un nuevo concilio en Oriente para estirpar los restos de aquella peligrosa secta. Rogaba tambien al papa que enviase á Constantinopla legados que con sus órdenes, y revestidos de su autoridad diesen mas valor á las decisiones de la asamblea. El emperador por su parte escribió al papa en los mismos términos. Sus cartas y la de Focio las llevaron embaxadores encargados de ofrecer al pontífice magníficos dones para la iglesia de san Pedro. La santa Sede estaba ocupada por uno de los mas zelosos é ilustrados pontífices que se habian visto desde largo tiempo; tal era Nicolao I., á quien aquellos mismos que no han aprobado su conducta en todo, no han podido rehusar los jus-

tos elogios. Ignoraba lo que habia pasado en Constantinopla en el asunto de Ignacio y de Focio, porque el usurpador que todo lo podia por medio de Bardas, habia impedido que las quejas de Ignacio llegasen á Roma. Nicolao se contentó, pues, con ordenar á sus legados que hiciesen sobre este punto todas las informaciones posibles sin resolver nada, reservándose la decision para despues de haber investigado la verdad por la relacion exâcta que le hiciesen. La prudencia y la equidad dictaban esta conducta; pero Focio tenia otros designios. Queria servirse del concilio y de los legados para justificar su usurpacion, y revestirla á los ojos del papa de todo lo que las formas canónicas tienen mas sagrado. Á no ser por esto, no hubiera pensado en pedir un concilio, cuyo juicio era en efecto inútil despues de la decision que en Nicea habia concluido el asunto de las imágenes.

Los legados del papa Nicolao eran Zacarías, obispo de Parto, y Rodoaldo, obispo de Agnania. Llegados á Constantinopla, los encerraron sin permitirles ver á nadie de miedo que no supiesen la verdad. A este tratamiento tan duro se añadieron las amenazas, y se les hizo conocer que si no convenian en todo lo que la corte exîgia de ellos, el fruto de su resistencia seria el destierro, ó quizás otro castigo mas severo. Durante ocho meses se mantuvieron firmes; pero finalmente la fatiga de la prision, y el temor de los males con que sin cesar se les amenazaba, los vencieron hasta el extremo de faltar á la confianza con que los habia honrado la cabeza de la Iglesia. Este era el momento que se esperaba para poner en execucion el abominable designio que se habia formado contra el santo patriarca, y darle el último golpe. Focio le habia ya depuesto en una asamblea de obispos de su partido, pero queria dar mas estrépito á la venganza, y mas solemnidad al proceso, cuyo plan habia trazado.

Desterrado Ignacio á Mitilene en la isla de Lesbos, le volvieron á Terebinto, lugar de su primer destierro, y de sus primeros trabajos. Citado al concilio que se habia congregado en la iglesia de los santos Apóstoles en 25 de Mayo de 861, se puso en camino para presentarse en él, vestido de las insignias de su dignidad, y acompañado de algunos obispos adictos á su persona, de un gran número de monges y de legos que veneraban sus virtudes. El con-



cilio se componia de 118 obispos, comprehendidos los dos legados, y el emperador asistia á él con todos los magistrados de Constantinopla. Este aparato solo se habia ideado para impresionar mas al pueblo. Luego que se supo que Ignacio se aproxîmaba en hábito pontifical, el emperador le envió órden que le dexase, y que no pareciese en la asamblea sino como simple monge. Obedeció el humilde pastor, y en este trage fué introducido al lugar de la asamblea. Era un espectáculo bien ódioso y penetrante ver al legítimo patriarca, recomendable por todas las virtudes que pueden realzar el esplendor de las dignidades, y aun mas interesante por su valor y sus desgracias, comparecer delante de un intruso cargado de culpas, que no contento con haber usurpado su silla, para juzgarle se sentaba en ella. El emperador tan encarnizado contra Ignacio como el mismo Focio por aquella natural aversion que tienen los malvados á las virtudes, le llenó de injurias, tratándole con aquel tono fuerte y violento, que intimidando algunas veces la inocencia, no la permite dar sus descargos. Ignacio, modesto y firme, como corresponde al mérito perseguido, respondió que ántes de juzgarle, era necesario restablecerle; y que si entónces habia acusaciones contra él, se exâminarian segun las reglas canónicas. Esta respuesta sábia y vigorosa desvaneció la esperanza que se habia concebido de trastornarle con el aparato de la asamblea. Pero Focio no era hombre que desistiese, aunque acababa de faltarle una de sus baterías. Su maldad, fértil en arbitrios, le hizo tomar de repente el partido de proceder á una disposicion jurídica. Ignacio fué nuevamente citado; pero siempre incontrastable se negó á comparecer, porque nada se hacia segun reglas, porque su enemigo, abrogándose la autoridad de juez, gobernaba á su arbitrio los espíritus de aquellos que componian el concilio; y porque los mismos legados seducidos por sus dones no obraban sino por las impresiones que de él recibian.

Tal era su respuesta quando se le citaba, todo quanto contenia era justo, y reclamando las santas reglas de la Iglesia, hubiera debido Ignacio hacer abrir los ojos á tantos obispos, que baxamente se prestaban á los designios de un odioso usurpador. Pero este era poderoso, y el temor que imploraba con su osadía y sus violencias habia reducido á todos aquellos obispos á ser solo instrumentos

pasivos en sus manos. Focio produxo 72 testigos, que con anticipacion habia preparado y ensayado en la impostura. Se les hizo entrar sucesivamente, y todos depusieron con juramento, que Ignacio habia sido consagrado sin ningun decreto de eleccion. Sobre su testimonio y sin otra formalidad, la asamblea no vaciló en pronunciar la sentencia de deposicion contra el pastor legítimo, ni en confirmar la intrusion de Focio, como si su eleccion hubiese sido la mas regular. El santo patriarca fué presentado revestido de sus vestiduras pontificales. Un subdiácono, á quien habia excomulgado á causa de su mala vida, se acercó á él por las espaldas, y le quitó el palio y los otros ornamentos sagrados, gritando que era indigno del sacerdocio. Los obispos y los legados exclamaron lo mismo, é Ignacio despojado ignominiosamente de todas las insignias de su dignidad, quedó cubierto de un vestido andrajoso que le habian puesto debaxo, con intencion de ajarle mas y mas en presencia de la asamblea. Despues de esta horrible escena se hizo un decreto sobre las imágenes, como para llenar el principal objeto del concilio. De este modo acabó el atentado, al qual Focio y sus partidarios osaron dar el nombre de séptimo concilio ecuménico.

A pesar de todas estas apariencias de forma judicial, no se creyó aun Focio seguro en su usurpacion, en tanto que Ignacio no hubiese consentido en la dimision. Resolvió, pues, no dexarle descansar hasta que á fuerza de injurias y de tormentos le atraxese á sus miras. Apénas se separó el concilio, le hizo encerrar en el sepulcro de Constantino Coprónimo, que estaba en la iglesia de los apóstoles, abandonándole allí á la barbarie de tres soldados, ministros de sus crueles órdenes. Le desnudaron y le tendieron sobre el mármol en un tiempo muy frio, le cargaron de golpes, le privaron de alimentos y del sueño por muchos dias: despues de esto le pusieron en la postura de un hombre á caballo encima de la tumba de Coprónimo, que estaba en forma de ataud, atándole á los pies dos grandes piedras que aumentaron el peso de su cuerpo. Despues que finalmente pasó algun tiempo en esta dolorosa postura, le arrojaron con tanto ímpetu sobre las olas, que se bañó en su propia sangre. El santo varon estuvo á punto de morir en este estado de debilidad, y habiendo uno de estos soldados asídole la mano, le hizo formar por fuerza una cruz.

En el fondo de un papel blanco; Focio, á quien todo le era fácil, escribió estas palabras encima de la cruz: yo Ignacio, indigno patriarca de Constantinopla, confieso que he subido sobre su silla sin decreto de eleccion, y la he regido tiránicamente. Armado con este documento, de que esperaba sacar la mayor ventaja, hizo el usurpador dispensar algun descanso al santo prelado que perseguia con tanta crueldad.

Pero bien presto se arrepintió de haber concedido á su víctima aquel instante de reposo, como de un exceso de dulzura de que Ignacio podia aprovecharse, para substraerse de la opresion. Solo faltaba semejante incidente para trastornar de improviso aquella grandeza, único objeto de sus deseos, que Focio habia adquirido por caminos tan largos y penosos. Despues de haber hecho tantas cosas, dictaba la prudencia dar el último golpe para libertarse de todo temor, y precaver el restablecimiento de un competidor, que por algun suceso imprevisto podia la fortuna elevarle de nuevo á la silla de donde le habia precipitado. Lleno de estas ideas fué el usurpador en busca del emperador Miguel, para aconsejarle hiciese conducir á Ignacio á la iglesia de los santos apóstoles, en donde se habia celebrado el concilio, á fin que desde lo alto de la tribuna leyese la sentencia de deposicion dada contra él, condenándole asimismo en presencia del pueblo; despues de lo qual se le haria cortar la mano y sacarle los ojos para imposibilitarle perpetuamente de exercer las funciones del ministerio episcopal; este dictámen agradó al jóven príncipe. Focio estaba seguro de obtenerlo todo. Habia comprado su privanza, cerrando los ojos á sus impiedades y á sus desórdenes. Miguel, sumergido en los mas enormes excesos, se burlaba impunemente de las cosas santas. Se paseaba por las calles de Constantinopla con una tropa de jóvenes locos, remedando las ceremonias de la Iglesia, hasta el santo sacrificio de la misa. El falso patriarca lo veia; y su silencio le hacia cómplice en estas horribles profanaciones.

Hicieron cercar por un piquete de soldados la casa á que Ignacio se habia retirado para tomar algun reposo. El lo percibió, y para libertarse de la nueva borrasca que le amenazaba, tomó el trage de un esclavo, y con este disfraz se escapó sin ser conocido. Huido de este riesgo, anduvo largo tiempo errante buscando los lugares ocultos,

pasando la noche en las cavernas, viviendo de limósna, y muchas veces sin tener pan. Tal era la horrible extremidad á que el odio implacable de Focio reducia al hijo de un emperador, á un patriarca justamente venerado, y al primer prelado de la iglesia Griega. Luego que se supo su fuga, su cruel perseguidor envió gente armada á perseguirle, con órden de que si se le descubria, le matasen sin dilacion como á un sedicioso y á un rebelde que turbaba el estado.

En tanto que Ignacio era tan furiosamente perseguido, experimentó Constantinopla uno de los mas terribles azotes del cielo. Sintióse esta gran ciudad agitada por 40 dias de un terremoto tan continuado y fuerte, que se temió quedase enteramente arruinada. El pueblo consternado se volvia contra los enemigos de Ignacio, diciendo en alta voz que aquel terrible acontecimiento era una venganza de Dios, que castigaba las injusticias y violencias cometidas con el santo patriarca. El emperador y Bardas no estaban ménos aterrados que los otros. Los mas intrépidos en el crímen y en la impiedad quando nada hay que temer, son los mas cobardes á vista del peligro. Declararon que Ignacio podia comparecer con seguridad, y restituirse á su monasterio; prometiendo y aun jurando no hacer mal alguno ni á él, ni al que le hubiese dado asilo. Entónces se presentó el varon santo, y el terremoto cesó al momento.

Ignacio se habia aprovechado del breve intervalo de reposo que habia gozado despues de su salida del sepulcro de Coprónimo para hacer un escrito en forma de peticion, dirigida al soberano pontífice. Exponia en él los hechos como habian pasado, y por una relacion exâcta de la conducta que con él se habia tenido hacia saber á Nicolao todas las violencias que habia sufrido, y la injusticia de que era víctima. Imploraba su proteccion, su piedad y su justicia, rogándole defendiese la inocencia oprimida, á exemplo de sus predecesores. Esta memoria iba firmada de Ignacio, de 50 metropolitanos, de 15 obispos y un gran número de sacerdotes y de monges. Theognosto, monge estimable por sus virtudes y su talento, y su síncero amor al pastor legítimo, habia prestado su pluma á Ignacio para formar este escrito, que se encargó de conducir al papa. Hizo el viage secretamente, y para no ser descubierto se vistió de seglar. Por este medio se escapó de los emisarios

de Focio, que tenian continuamente fixos los ojos sobre todos los pasos del que miraban como su rival y enemigo.

Fué instruido Nicolao del verdadero estado de este asunto por la memoria y la relacion de Theognosto el año de 863, y se indignó de la conducta cobarde y pérfida de sus legados. Lloró á Ignacio, detestó á Focio, y conoció la obligacion que tenia de valerse al instante de toda su autoridad para vindicar al uno, y castigar al otro ruidosamente. Con este designio propio de su vigilancia y de su zelo, congregó un concilio en la iglesia de Letran de los obispos de las provincias vecinas. Todo lo que se habia hecho en el conciliábulo de Constantinopla se dió por nulo, establecieron á Ignacio, depusieron á Focio, y le excomulgaron y privaron de todas las funciones clericales. Zacarías, uno de los legados, convencido de su prevaricacion por su confesion misma, fué excomulgado y depuesto. En quanto al otro legado no ménos delinqüente, se difirió su sentencia, porque estaba en Francia por órden del papa á tomar conocimiento del divorcio de Lothario, rey de Lorena y Thierberga. Nicolao que habia desaprobado la conducta de los legados en presencia de los embaxadores de Miguel, y declarado que jamas consentiria en la deposicion de Ignacio, ni en la promocion de Focio, escribió lo mismo en los términos mas fuertes al emperador, á Focio, y á todos los fieles del Oriente.

Estas cartas del papa, habiendo sido presentadas, y hecho pública en Constantinopla la decision del concilio de Roma, produxeron impresiones bien diferentes, por una parte en el emperador, Focio y sus partidarios, y por otra en todos los hombres de bien que se lamentaban de ver la silla patriarcal ocupada por el mas depravado de los hombres. El emperador y Focio se arrebataron de cólera amenazando á Nicolao, cuyo zelo trataban de insolencia y temeridad. Las gentes honradas daban gracias á Dios por haber concedido un defensor á la inocencia, y pensando del mismo modo muchos obispos se separaron de la comunicacion del usurpador. Devorado Focio de los deseos de la venganza, comenzó escribiendo al papa á nombre del emperador cartas llenas de amenazas y de injurias, en que tomaba por objeto ultrajar la silla de Roma, y hablar de ella con desprecio. Pero esto no era suficiente para satisfacer el resentimiento de un hombre tan arrebatado y audaz co-

mo Focio. Su ódio le sugirió el proyecto mas insensato y temerario que jamas se habia oido. Fué, pues, el de forjar las actas de un concilio, que suponia celebrado en Constantinopla, para examinar las acusaciones hechas contra el papa. Suponia asistir á él los emperadores Miguel y Basilio y los legados de las tres grandes sillas de Oriente. Se presentaban acusadores, imputando á Nicolao muchos crímenes, y pidiendo justicia. Focio, que hacia en este concilio imaginario un papel muy conforme á sus designios, tomaba la defensa del papa, y parecia que estaba reducido, á pesar suyo, á condenarle por la evidencia de las pruebas que se alegaban en las acusaciones: pronunciaba en fin como forzado una sentencia, en que se deponia á Nicolao por sus errores y delitos. Hizo subscribir á estas actas á mas de veinte obispos sus partidarios, añadiendo de su mano mas de mil firmas falsas. Se veian entre ellas las de los dos emperadores, de los tres legados de Oriente, de todos los senadores, de abades y de clérigos. Esta obra de la impostura se envió á Luis II., hijo de Lotario, emperador de Occidente, con ricos dones y cartas, en las quales se le rogaba, que por el honor de la Iglesia echase de Roma al papa Nicolao, que deshonraba la silla de san Pedro, y acababa de ser condenado por un concilio general.

Esta fábula no podia difundirse en el Oriente, en donde todo el mundo conocia su falsedad. Focio, cuyo talento fecundo en ardides y expedientes, servia constantemente á la perversidad de un corazon, empleó otras armas para sublevar aquella parte de la Iglesia contra el papa Nicolao, y teniendo presentes las preocupaciones de los orientales contra los occidentales, esparció una carta circular dirigida á los patriarcas y á los obispos, denunciando los errores de que pretendia que el papa y todos los prelados de Occidente estaban infectados. Hablaba en ella como un pastor lleno del mas puro zelo por los intereses de la fe, y penetrado de la mas viva sensibilidad por los males de la Iglesia, segun el lenguage de Gregorio Nacianceno y de Juan Chrisóstomo. Sin embargo los errores monstruosos que Focio calificaba con las expresiones ménos moderadas, eran el ayuno del sábado, la omision de la primer semana de la quaresma, el celibato de los clérigos, prácticas autorizadas por una larga tradicion; la

procesion del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre, dogma apoyado en la antigua fe de toda la Iglesia, y mas particularmente confirmado en el Occidente por la palabra *Filioque*, añadida despues de largo tiempo, y sin reclamacion alguna al símbolo de Nicea y de Constantinopla.

Miéntras que el falso patriarca declamaba con tanta vehemencia contra la iglesia Latina y contra su pastor, se vengaba aun mas cruelmente de los que la sentencia de Nicolao y el horror de su maldad habian separado de él. Los despojaba de sus dignidades y de sus bienes, obtenia órden para ponerlos en prisiones, desterrarlos ó aplicarles diversas penas, y por una crueldad igual á las de los tiranos mas abominados, hizo enterrar hasta medio del cuerpo á algunos de los que rehusaban comunicar con él, dexándolos morir en aquel estado. La muerte del César Bardas, su mas zeloso protector, no le hizo variar de conducta. Astuto y flexîble, sabia tomar todas las formas acomodadas á los sucesos. Lisongeaba alternativamente á Miguel, nácido en la púrpura, y á Basilio asociado al imperio, á fin de asegurar la gracia de uno y otro, en caso que qualquiera de ellos quedase solo poseedor del trono.

Acercábase el tiempo en que el autor de tantos males debia recibir el justo premio de sus usurpaciones y atrocidades. Miguel habia llegado á conciliarse el ódio de todo el imperio por su vida vergonzosa y su impiedad. Disgustado de Basilio, que le servia de estorbo en sus gustos extravagantes con serias advertencias, resolvió su pérdida. Pero este se previno y se aseguró, quitándole primero la tranquila posesion de la diadema de que queria despojarle. Conocia á Focio, y habia sido testigo de la mayor parte de los crímenes, de que se habia cubierto aquel hombre detestable despues de haber usurpado la silla patriarcal. A pocos dias de haberse hecho reconocer por solo y legítimo emperador, dió órden para arrojar al intruso de la silla patriarcal adonde se habia elevado y mantenido por el engaño y la violencia. Convocó al mismo tiempo una asamblea de obispos y de senadores en el palacio de Magnauro. Ignacio fué llamado á ella, y Basilio le restituyó su dignidad, sus honores y su jurisdiccion. Sucedió esto el 23 de Noviembre de 867. Hacia nueve años que en semejante dia Miguel, ó por mejor decir Bardas, le habia despojado de su dignidad, para revestir de ella á Focio. Quan-

do se hubo restablecido, suspendió de las funciones sagradas, no solamente al usurpador, y los que habia ordenado, sino tambien á los que habian comunicado con él despues de su intrusion; no haciendo en esto mas que poner en execucion la sentencia pronunciada por el papa Nicolao. Pero para remediar los males de toda especie, que la usurpacion de Focio y su violenta conducta habian causado, se necesitaba un arbitrio mas eficaz. Propuso Ignacio al emperador la convocacion de un concilio ecuménico. El pontífice vino en ello, y se expidiéron sin pérdida de tiempo las correspondientes órdenes al soberano pontífice, á los patriarcas y á todos los obispos.

Ya no ocupaba Nicolao I. á la santa Sede. Este papa, uno de los mas sabios y zelosos que la Iglesia habia tenido desde largo tiempo, fué reemplazado por Adriano II., en quien se admiraba una gran caridad, y que ya dos veces habia rehusado la dignidad pontifical. Recibió los diputados del Oriente con las cartas del patriarca y del emperador. El lenguage de Basilio y de Ignacio en estas cartas, era bien distinto del de Miguel y de Focio. Reconocia en ellas el patriarca la primacía del pontífice romano, y confesaba que la autoridad del sucesor de san Pedro era necesaria para remediar todos los males de la Iglesia. El emperador se expresaba del mismo modo. Ademas de estas cartas, dixeron los diputados que tenian órden de entregar al papa un escrito lleno de falsedades contra la iglesia de Roma y el pontífice Nicolao, que se habia encontrado entre los papeles de Focio, despues de su expulsion. Este era un manuscrito que contenia las actas del concilio que Focio habia supuesto. Adriano lo recibio, é hizo exâminar en un sínodo de treinta obispos que congregó á este efecto, en el qual este escrito detestable fué condenado y quemado.

El papa Adriano, que habia tomado por modelo la prudente conducta de su predecesor, quiso que la causa de Focio fuese exâminada y juzgada en Constantinopla, como convenia. Nombró, pues, tres legados escogidos, entre los que habia mas respetables, y mas ilustrados en el clero de Roma, para asistir al concilio en su nombre. Estos eran los obispos Esteban y Donato, y el diácono Marino, que fué papa en lo sucesivo. Esta legacion fué tratada muy de otra manera por Basilio, que la del papa

Nicolao por Miguel y Bardas. Los que la componian fueron cumplimentados en Tesalónica por el caballerizo mayor que el emperador habia enviado á recibirlos. Llegados á Constantinopla encontraron para su servicio oficiales, una baxilla completa, y quarenta caballos de la caballeriza imperial. Su entrada en la capital fué tan brillante como solemne. Cada legado iba sobre un caballo enjaezado ricamente. Todos los oficiales de palacio marchaban delante, el clero los acompañaba con casullas, y un pueblo innumerable les seguia con cirios y hachas. Quando los introduxeron á la audiencia pública del emperader Basilio, se levantó respetuosamente, tomó las cartas del papa, y las besó. En seguida los abrazó exhortándoles á trabajar con zelo en el restablecimiento de la union y de la paz.

Se les dió tiempo para descansar, y la abertura del concilio se señaló para el 5 de Octubre de 869 en las galerías altas de la iglesia de santa Sofia, la mas grande y magnífica de la ciudad imperial. Nosotros seguiremos el órden de las sesiones, refiriendo lo mas esencial, segun el método que nos hemos propuesto.

Primera sesion. Se tuvo como se habia señalado en 5 de Octubre. Se habia expuesto la verdadera cruz, y colocado los santos evangelios en el sitio de la asamblea. Los legados de Adriano presidian los primeros, Ignacio seguia despues, y luego los diputados de los patriarcas de Antioquía y Jerusalen; el de Alexandría no lo habia enviado. Once de los principales ministros de la corte lo presenciaban de parte del emperador, teniendo á la cabeza al patricio Bahanés que representaba al príncipe. Luego que todos se hubieron sentado, los legados y el patriarca mandaron hacer entrar los obispos perseguidos por Focio á causa de su adhesion al pastor legítimo. Eran once, no siendo mas los miembros del concilio en la primera sesion. Un secretario de la corte leyó en primer lugar su discurso del emperador dirigido al concilio. Contenia una exposicion de los motivos que habian precisado al príncipe á convocar aquella asamblea, y una exhortacion á los obispos, á fin de que concurriesen con su prudencia y sus luces á calmar las turbaciones de la Iglesia. Despues de esta lectura, los legados presentaron sus poderes y la fórmula de reunion que llevaban, que era la misma de que se habia hecho uso el año 519, baxo el papa Hormisdas, en un caso muy

semejante; solo se habian mudado las palabras de las heregías y de las personas. Los diputados de los patriarcas de Oriente presentaron en seguida una declaracion, diciendo que se sometian en todo á las leyes del papa Nicolao, que reconocian á Ignacio por solo y legítimo patriarca de Constantinopla; que convenian en el restablecimiento de los clérigos depuestos por Focio, y en el perdon de sus partidarios, si volvian de buena fe; y que en fin juzgaban que Focio y Gregorio de Siracusa, su consagrante, debian ser condenados y privados de todas las funciones eclesiásticas. Por último, los legados del papa refirieron quanto habia pasado en el discurso de aquel negocio desde su orígen, para instruir al concilio de todas las circunstancias anteriores; nada mas se hizo en esta primera sesion.

Segunda sesion. Se tuvo en el 7 de Octubre. Los obispos que habian prevaricado en tiempo de Focio, pidieron que se les permitiese entrar, y se les concedió: presentaron un escrito que contenía la confesion de su delito, y la declaracion de su arrepentimiento. Se leyó persuadiéndose por la exposicion de los hechos que incluia, que aquellos obispos solo habian seguido el partido de Focio por el temor de los suplicios que hacia sufrir á quantos se le oponían. Movido el concilio de su arrepentimiento los recibió, y Ignacio despues de haberlos absuelto, consintió en que recobrasen sus dignidades. Lo mismo se hizo con 11 sacerdotes, 9 diáconos y 7 subdiáconos culpados en la misma flaqueza que se presentaron despues, solo con la diferencia de que restituyéndoles las insignias de su órden, se les impuso una penitencia satisfactoria, durante la qual permaneciesen suspensos en sus funciones.

Tercera sesion. Se tuvo el 11 de Octubre. Sabiendo los legados que algunos obispos consagrados por Methodio y por Ignacio rehusaban suscribir al plan de reunion que se habia traido de Roma, los citaron con beneplácito del concilio, para que lo adoptasen como los demas. Pero habiendo persistido estos obispos en su propósito, á causa de un juramento que decian haber hecho al tiempo de su consagracion, no se juzgó conveniente insistir mas sobre este punto. Se contentaron con leer las cartas del emperador Basilio y el patriarca Ignacio al papa Nicolao, y las respuestas que habia dado al papa Adriano. Se terminó la sesion con algunas imprecaciones contra Focio, expre-

sadas con la mayor fuerza en quatro versos yámbicos.

Quarta sesion. Se tuvo el 13 de Octubre. Se suscitó una disputa bastante viva sobre la causa de dos obispos consagrados por Methodio, que continuaban comunicando con Focio, sin embargo de no ignorar la sentencia dada contra él en Roma. Querian unos que se les hiciese entrar para oir sus descargos; pretendian otros que se les debia mirar como ya condenados; los legados eran de este dictámen. Convinieron no obstante en que se les oyese, sin duda por los motivos loables y prudentes de no dar lugar á dificultades agenas del objeto del concilio, que podian ser obstáculo á su feliz conclusion. Habiendo entrado los dos obispos, y habiéndose exâminado su conducta con madurez, se reconocieron delinqüentes, y que sus relaciones no eran sinceras. Fueron, pues, echados de la asamblea como seqüaces del intruso, y envueltos en su condenacion. Este accidente hizo constar mas y mas, que nunca los pastores de las grandes sillas de Oriente habian enviado cartas de comunicacion á Focio, y que aquel usurpador no habia sido reconocido por obispo, ni en Roma ni en los otros patriarcados.

Quinta sesion. Se celebró el 19 de Octubre. Esta fué mas numerosa que las antecedentes, porque cada dia llegaban obispos de nuevo, y el concilio perdonaba á los que imploraban su indulgencia. Se diputaron algunos legos á Focio, á fin de saber si pensaba presentarse al concilio, y proponer los medios de su defensa. Su respuesta fué negativa y llena de orgullo. Se vieron precisados á hacerle moniciones canónicas, y no habiéndose reducido, le llevaron por fuerza. No porque temiese el aparato del tribunal y la presencia de sus jueces, pues tuvo la osadía de compararse á Jesu-christo delante del Sanhedrin; comparacion sacrílega de que mostró indignarse toda la asamblea. Le hicieron varias preguntas á que rehusó responder. Su silencio, que nació tanto de desprecio como de obstinacion, obligó á los padres del concilio á hacer leer todas las cartas escritas acerca de su negocio por el papa Nicolao, por las quales se vió que la iglesia de Roma no habia cesado de desaprobar su ordenacion. Los diputados de Antioquía y Jerusalen demostraron lo mismo por lo que respetaba á las iglesias de Oriente. El resultado de esta discusion fué, que Focio era un intruso digno de anatema, porque no

habia sido admitido á la comunion de ninguna silla patriarcal; y que toda la gracia que podia esperar, si daba pruebas de un sincero arrepentimiento, era ser recibido en la Iglesia como un simple fiel.

Sexta sesion, celebrada en 25 de Octubre, estando presente el emperador. Se empezó por un discurso en elogio del concilio y del emperador que pronunció Metrofanes, metropolitano de Smyrna. Se leyó en seguida una memoria por los legados, dirigida á probar que siendo toda la Iglesia de dictámen de desechar á Focio, era inútil escuchar sus partidarios. Con todo se les dexó entrar, se exâminaron muy por menor sus razones, y los exemplos que en su favor alegaban. Se remató por la lectura de un discurso del emperador, en que este príncipe exhortaba por los motivos mas urgentes á los obispos adheridos á Focio que los habia ordenado, á deponer el espíritu de cisma y discordia, y abrazar el de la union y caridad. Este discurso, que respira los sentimientos del mas puro zelo, hace honor á la piedad de Basilio y á la ternura de su corazon. El emperador ántes de disolver la asamblea, concedió á estos obispos siete dias de término para tomar su última resolucion, advirtiendo, que espirado este tiempo, los abandonaria al juicio del concilio.

Séptima sesion. Basilio estuvo tambien presente; se celebró el 29 de Octubre. Focio entró en la asamblea apoyado sobre un cayado, queriendo caracterizar por este medio, sin que lo advirtiesen, la dignidad pastoral, de que pretendia estar siempre revestido; conocieron su astucia, y se le hizo dexar el báculo pastoral. En seguida se le pidió el acto de su abjuracion: respondió á los legados de una manera injuriosa; é igual respuesta dieron los obispos de su partido que habian sido amonestados en la sesion precedente. Se les estrechó con los argumentos mas fuertes; pero en lugar de razones se desmandaron en palabras groseras y ofensivas. Se les hizo despues lo mismo que á su gefe la última monicion de someterse, sopena de ser condenados al juicio del concilio. Despues de esto, Esteban, diácono y notario, leyó un discurso de Ignacio concerniente á la relacion de sus persecuciones y sus trabajos despues de la intrusion de Focio. Nadie hubo á quien no penetrase, concluyéndose la sesion por aclamaciones al concilio, al emperador, al papa Adriano, á los patriarcas

de Oriente, á los legados, &c. y anatemas contra Focio y sus partidarios.

Octava sesion. Se tuvo el 5 de Noviembre, asistiendo á ella el emperador. Se presentó un saco lleno de promesas de adhesion á su persona y sus intereses, que Focio habia exîgido tanto del clero como de los legos de todas condiciones. Se quemó por órden del concilio con los libros que el usurpador habia escrito contra la iglesia Romana y el papa Nicolao. Luego hicieron entrar á los obispos, cuyos nombres se leian en las actas del falso concilio que Focio habia forjado; y por sus respuestas se reconoció que ninguno de ellos habia estado en aquella asamblea imaginaria, y que muchos ni aun habian oido hablar de tal cosa; siendo esto una nueva prueba de la inaudita temeridad de Focio en suponer el pretendido concilio. Despues de este exámen hicieron entrar á Teodoro Cristino, cabeza de los iconoclastas, á quien el patricio Bahanes y el mismo emperador instaron en vano á que abjurase sus errores. Los demas iconoclastas que se presentaron en el concilio fueron ménos pertinaces. Excomulgaron á los que no adorasen las santas imágenes. El emperador los felicitó por su reunion á la Iglesia y concluyendo la sesion por un solemne anatema del concilio contra los iconoclastas y contra Focio.

Sesion nona. Despues de una interrupcion de tres meses, se volvió á juntar el concilio el 12 de Febrero de 870. El diputado de Miguel, patriarca de Alexandría, habia llegado ya; era un sacerdote llamado Joseph, hombre venerable y de una gran piedad; presentó sus cartas, y se le admitió en el número de los legados de Oriente. Habiéndole instruido de todo lo ocurrido ántes de su arribo, accedió á los decretos de la asamblea, y habiendo presentado por escrito su acto de adhesion, le puso sobre la cruz y sobre el Evangelio. Acabado esto, siguieron las operaciones del concilio, haciendo entrar á los que habian exhibido falsos testimonios contra el patriarca Ignacio en los diferentes atentados de Focio. Sus respuestas hicieron ver que el temor y la violencia habian sido el motivo de semejante proceder. Dieron testimonio de un gran arrepentimiento, y el concilio los recibió á la penitencia, aunque muchos de ellos habian confesado sus culpas en secreto, ya al patriarca Ignacio, ya á otros ministros de la

Iglesia. Este decreto penitencial ordenaba, que los culpados no entrarian en dos años en la iglesia, y otros dos estarian de oyentes como los catecúmenos sin comulgar, y absteniéndose de carne y vino, á excepcion de los domingos y fiestas de nuestro Señor; y que por último, por espacio de otros tres años, estarian en pie como los otros fieles, no comulgando sino en las fiestas de nuestro Señor, absteniéndose de carne y vino tres dias en la semana, es á saber; lúnes, miércoles y viérnes. Acabó la sesion por una nueva imprecacion contra Focio en diez y siete versos.

Décima y última sesion, tenida el 28 de Febrero. El emperador se halló presente con sus hijos Constantino y Leon, y veinte patricios. Los embaxadores de Luis II., emperador de Occidente, de cuyo número era Anastasio el Bibliotecario, y los de Miguel, príncipe de los búlgaros, se hallaban tambien en ella. Se contaban cien obispos, número poco considerable, correspondiente á la extension que aun conservaba la iglesia de Oriente, á pesar de los progresos de la religion mahometana. El motivo de este corto número era haber Focio arrojado de sus sillas á todos los obispos que le eran contrarios, ordenando á otros que miraba el concilio como intrusos. Sin embargo, el acompañamiento del emperador, y otras personas de distincion que estaban presentes, hacian la asamblea tan numerosa, que se destinaron dos diáconos para leer los cánones, y dos metropolitanos para leer la profesion de fe, el uno en la parte superior, y el otro en la inferior de la iglesia de santa Sofia, en donde se celebraba la sesion. El decreto concerniente á la fe, es el mismo que el símbolo de Nicea, aunque mas extenso á causa de los errores que despues se habian suscitado. Se condenan todas las heregías, se reciben los siete concilios generales, añadiendo este como el octavo, y se confirma la sentencia pronunciada contra Focio por los papas Nicolao y Adriano. Las subscripciones se hicieron en seguida, y presentan los nombres de los legados de Roma y de Oriente, el del patriarca Ignacio, el del emperador y sus hijos, y finalmente los de ciento y dos obispos. Se suscitaron algunas dificultades con los legados del papa, porque habian añadido en su subscripcion la siguiente cláusula (*hasta la confirmacion del papa*), lo que significaba, que solo subscribian con condicion que el papa lo confirmase.

Antes de separarse el concilio escribió dos cartas sinodales; la una circular á todos los obispos, que contenia la exâcta relacion de todo lo obrado, con precepto á todos los fieles de someterse al juicio de la Iglesia; la otra al papa Adriano, en que despues de hacer el elogio de los legados, pedian los obispos al soberano pontífice la confirmacion de los decretos del concilio. Basilio por su parte dirigió una carta á todos los obispos de sus dominios, participándoles la feliz conclusion del concilio, y la sentencia dada contra Focio. Tambien escribió una carta particular al papa. Fué esto algun tiempo despues de haber partido los legados, pues indica su inquietud sobre su vuelta. Habian ido poco satisfechos de Basilio y sus ministros. Las diferencias suscitadas entre ellos y los orientales acerca de la Bulgaria, habian de tal modo entibiado al emperador, que ninguna medida se tomó para su seguridad quando salieron de Constantinopla. El asunto de estas diferencias era el derecho de jurisdiccion sobre la nueva iglesia de Bulgaria. Los legados lo reclamaron como del papa, fundados en que los obispos y clérigos enviados de la iglesia de Roma habian convertido los búlgaros á la fe. Ignacio pretendia por el contrario, que este derecho pertenecia á su iglesia, porque la Bulgaria hacia una parte del imperio griego, ántes que fuese conquistada por la nacion que de ella se habia apoderado. Los legados de Oriente, consultados por el emperador como árbitros en esta diferencia, habian adjudicado al patriarca de Constantinopla la autoridad que alegaba sobre aquella provincia nuevamente christiana. Este negocio ocasionó en lo sucesivo nuevas contestaciones entre la iglesia Griega y Latina. Descontentos por su parte los orientales de la fórmula que se les habia exîgido, porque era un testimonio de dependencia hácia la iglesia de Roma, habian empeñado al emperador en hacérsela quitar por sorpresa á los legados, los quales habiéndolo percibido, se quejaron del dolo con que se habia obrado respecto de ellos, haciéndose volver los originales que les habian quitado.

A pesar de estos motivos de mutuo descontento, partieron los legados de Constantinopla llevando ricos presentes para el papa y para sí; pero la corte se interesó tan poco en la seguridad de su viage, que cayeron en manos de los esclavones corriendo peligro de su vida. Aquellos bár-

baros les quitaron todo lo que llevaban precioso, y hasta el original griego de las actas del concilio; de modo que no habiendo llegado á Roma hasta el 2 de Diciembre de 870, no pudieron presentar al papa sino una copia de dichas actas que habia llevado Anastasio el Bibliotecario, y que traduxo en latin por órden del emperador. Anastasio puso al principio de esta traduccion un prefacio instructivo en que se refiere la historia del cisma de Focio, y del concilio celebrado con ocasion de él, y es la fuente mas segura de donde debe sacarse la noticia de aquel gran negocio.

Miéntras estas cosas pasaban, retirado Focio en un monasterio, escribia á todas partes, á fin de inundar si pudiese toda la Iglesia con sus quejas, é interesar al universo en su causa. Estas cartas, muy patéticas, estaban escritas con tanto arte, y en un estilo tan propio para excitar la compasion, que todos los que no hubieran sabido su historia, le habrian contado entre los hombres de bien injustamente perseguidos. Tal era el lenguage interesante de la virtud y la inocencia oprimida, que los Anastasios y los Crisóstomos no se habian explicado de otro modo. Su alma parecia afligida sin abatimiento; su corazon mostraba una viva y profunda sensibilidad; pero sin acrimonía. Se hubiera dicho que el testimonio de la buena conciencia, tan dulce y de tanto consuelo para los justos en la humillacion, era el móvil de valor que le hacia soportar el peso de sus males. Pero baxo este bello exterior ocultaba el despecho mas amargo, y la ambicion que en todos tiempos habia sido su único móvil, continuaba devorándole. Desde el fondo de su retiro pensando entre sí mismo, y volviendo los ojos continuamente á los honores de que habia sido despojado, empleaba toda la actividad de su espíritu en buscar medios de reparar su desgracia. Familiarizado desde largo tiempo con el artificio y la impostura, imaginó un arbitrio digno de él, esto es, del impostor mas atrevido y descarado que se habia visto, para grangearse el favor de su soberano.

Basilio, descendiente de una familia obscura, tenia una flaqueza bien ordinaria en los que la fortuna ha sacado del polvo para elevarlos al esplendor: este mal que la prosperidad comunica freqüentemente á tales hombres, puede llamarse la manía de los linajudos. Basilio estaba atormentado de ella. Focio le compuso una genealogía, segun la

qual le hacia descender del famoso Tiridates, rey de la Armenia, que habia combatido con gloria contra los romanos. Por una serie de nombres fabulosos, y aventuras extraordinarias, conducia la filiacion hasta cierto Beclas, que suponia padre del emperador. Escribió esta falsa genealogía en un papel que tenia todas las señales de la antigüedad en letras alexandrinas ó egipciacas de una escritura antigua, y para hacer el fraude ménos sospechoso, le puso la cubierta de un libro viejo. Luego dió este manuscrito á Teófanes, clérigo de la capilla imperial, quien le colocó en la biblioteca. Teófanes, de inteligencia con Focio, hizo ver un dia este precioso volúmen á Basilio como el mas raro y dificil de entender; añadiendo, que en todo el imperio no conocia á otro que á Focio capaz de leer aquella escritura y explicarla. Basilio envió á buscar á Focio de repente, y le entregó el escrito misterioso, manifestando la mas viva impaciencia de saber su contenido. El impostor no queria otra cosa. Se llevó el volúmen, prometiendo al emperador hacer todo lo posible para darle prontamente su explicacion. Algun tiempo despues vino á presentarse al príncipe, y le puso en sus manos la traduccion que habia hecho del precioso escrito. Vió Basilio con una satisfaccion inexplicable todo lo que contenia lisongero para él. Esta fábula tenia tanta relacion con la fantasma de orígen ilustre de que estaba preocupado, que no tuvo la menor sospecha del artificio. Nutrida su vanidad con aquella agradable quimera, le hizo amable al que habia tenido el talento de descubrirla. Desde aquel punto solo miró á Focio con ojos favorables, alojándole en el palacio de Magnauro, y restituyéndole á su gracia. Focio se aprovechó de estas circunstancias para reanimar su partido, y grangearse nuevos amigos. La proteccion del emperador, y los servicios que le ponian en estado de valimiento, eran bien propios para ganarle de nuevo los que los sucesos pasados habian alejado de él.

Tales eran las disposiciones de Basilio, respecto de Focio, quando arrebató la muerte al virtuoso patriarca Ignacio el año de 878, habiendo llegado á la edad de ochenta años. Hubiera querido Focio de buena gana volver á subir sobre la silla patriarcal, único objeto de su ambicion; pero temia la sublevacion del pueblo que miraba á Ignacio como á un santo. Con su muerte se desvanecieron todos

los obstáculos. Focio, que habia sabido apoderarse de la silla de Constantinopla, estando ocupada por un hombre de reconocida virtud, no dexó escapar la ocasion de colocarse en un puesto que nadie le disputaba. El emperador le favoreció con todo su poder, y en breve se le vió volver á exercer las funciones pontificales, sin que á su restablecimiento precediese formalidad alguna canónica. Los infortunios deprimen ordinariamente el ímpetu de las pasiones, siendo una leccion de moderacion y de prudencia, pero no habian producido este saludable efecto en Focio. Parecia que sus desgracias solo le habian hecho mas desapiadado y mas vengativo. Quando hubo recobrado su dignidad, se sirvió de la autoridad espiritual, y del crédito que gozaba con Basilio, para aniquilar á todos los amigos de Ignacio, y perder á todos los que permanecian adheridos al concilio general. Los entregaba á Leon su cuñado, capitan de guardias, el mas cruel de los hombres, que los atormentaba inhumanamente, y les hacia morir, no pudiendo vencerlos con la violencia de los suplicios.

En tanto que Focio, siempre el mismo, usaba tan criminalmente del poder sagrado, se solicitaba en Roma á nombre del emperador y del suyo, que el papa consintiese en su restablecimiento. Juan VIII. habia sucedido á Adriano en la santa Sede. El enviado de Focio presentó cartas en que decia que se le habia obligado á volver á tomar el patriarcado, y que solo el temor de resistir á la voluntad de Dios le habia determinado á recibir de nuevo aquella carga. Basilio escribió asimismo en su favor. El papa necesitaba los socorros del emperador contra los sarracenos que asolaban la Italia, y de su favor para terminar el negocio de la Bulgaria con ventaja de la santa Sede. Estos motivos apoyados en el falso pretexto de la paz y del bien público, le parecieron á Juan VIII. bastante poderosos para usar de condescendencia. Consintió, pues, en el restablecimiento de Focio, con tal que se juntase en Constantinopla un numeroso concilio en que Focio pidiese perdon, y recibiese la absolucion de los legados en nombre del soberano pontífice; que se restituyese á la iglesia de Roma la jurisdiccion de la Bulgaria; y que en lo sucesivo se observasen los cánones concernientes á la ordenacion de los neófitos. Estas condiciones se insertaron

en las cartas de Juan á Focio, y en las instrucciones que habia dado á sus legados.

El concilio que el papa decia, y que Focio no deseaba ménos, se congregó bien presto, y se componia de 383 obispos, ganados todos con los dones, ó sujuzgados por el temor. La abertura de este concilio se hizo en los primeros dias de Noviembre de 879. El cardenal Pedro que el papa habia añadido á los dos legados que estaban ya en Constantinopla al asunto de la Bulgaria, presentó las cartas que llevaba. Focio las habia hecho traducir en griego, habiendo el atrevido impostor suprimido el lugar en que el papa exponia las condiciones, con las quales convenia en su restablecimiento, llenó aquel hueco con las cosas que le eran mas lisongeras. Los legados, seducidos ó intimidados como los otros, tuvieron la baxeza de consentir en esta falsificacion. Su exemplo arrastró á todos los obispos. No resonaban en la asamblea sino elogios de Focio, que gozaba de su triunfo, desvaneciéndose tranquilamente con el inciensso que se daba á su vanidad. Pudiera decirse que tantos obispos no se habian congregado sino para hacer oir el panegírico del patriarca. Esta fué casi la única ocupacion de aquel concilio que tuvo siete sesiones. Llegó la adulacion hasta el punto de aplicar impiamente al sucesor de Ignacio aquellas palabras de san Pablo...... *Tenemos un pontífice que ha penetrado los cielos*. Se anuló quanto se habia leido contra Focio, confirmándose su elevacion sin hablar de ninguna de las condiciones, y para dar indirectamente un golpe á la iglesia de Roma, que habia adoptado la adicion *Filioque*, fué de nuevo confirmado el símbolo de Nicea, qual habia sido recopilado por el concilio de Constantinopla, con prohibicion de añadir ó quitar cosa alguna. Fuera de esto, nada se decidió en asunto á la Bulgaria con el pretexto que se trataba de límites, lo que era mas bien un negocio para ventilarse arbitrariamente que en un concilio. Tal fué lo obrado en este, cuyas deliberaciones habia conducido Focio á su voluntad. Aun no se habia visto exemplo de una cobardía tan indecorosa de parte de los obispos, y una prevaricacion tan absoluta de parte de los legados. Se puede añadir, que la fácil condescendencia del papa Juan VIII. no está exênta de toda crítica. ¿Debia acaso por ningun motivo, y baxo condicion alguna, consentir en el resta-

blecimiento de un intruso convencido de violencia y de impostura á los ojos de toda la Iglesia, y privado de todas las funciones eclesiásticas por un concilio ecuménico? Sea lo que fuere, se sospecha, no sin fundamento, que Focio insertó muchas cosas honoríficas á su persona, y ventajosas á su causa en las actas de este concilio. Se sabe qual era su talento para el indigno oficio de falsario, y que no era hombre para abstenerse de un nuevo crímen, quando esperaba sacar de él alguna utilidad.

Sin embargo, habiendo sabido el papa Juan VIII. la conducta de sus legados en este último negocio, envió sin dilacion un nuevo diputado á Constantinopla, con poder para anular todo lo que se habia hecho contra su intencion y contra las reglas. Este fué Marino, su sucesor, que honró la silla pontifical con sus virtudes. Basilio le hizo poner en prision, enviándole á Roma al cabo de un mes. Elevado Marino á la santa sede, continuó el proceso que habia comenzado contra Focio siendo legado. Condenó á aquel prelado sedicioso y su falso concilio. Lo mismo hicieron sus sucesores Adriano III., Esteban V. y Formoso, sin que ninguno de ellos hiciese mérito de quanto se habia obrado en favor de Focio en el concilio, cuyas operaciones habia dirigido, y que siempre se ha mirado como un conciliábulo sin autoridad. De este modo no gozaba Focio sin inquietud y turbacion el fruto de sus maquinaciones. Debia preveer que su caida no estaria muy distante, si llegaba á perder al emperador Basilio, cuyo favor era su único apoyo.

En efecto, muerto este príncipe en primero de Marzo de 886, y habiéndole sucedido su hijo Leon VI., la borrasca que se levantó contra Focio desde el principio de su reynado no tardó en dexarse ver. Habia ofendido á Leon, inspirando á su padre sospechas de que poco habia faltado para ser la víctima, y entrando en una conjuracion que se dirigia á privarle del trono. Persuadido Leon á que nunca habria paz en la Iglesia miéntras un hombre de aquel carácter ocupase la silla patriarcal, reunió en una memoria todos los crímenes en que Focio habia incurrido, y la hizo leer públicamente por un oficial desde la tribuna de la iglesia de santa Sofia durante la misa. Al mismo tiempo se sacó á Focio del palacio patriarcal por órden del emperador. Primeramente fué conducido á un monasterio cerca

de la ciudad, y desde allí á otro en lo interior de la Armenia, en donde seguramente no sobrevivió largo tiempo á su segunda desgracia; pues que la historia no hace mencion de él desde este acontecimiento. Esteban, hermano del emperador Leon, príncipe virtuoso, que se habia consagrado al servicio del altar, fué colocado en la silla de Constantinopla. Habia recibido el diaconato de mano de Focio, y esta circunstancia era un obstáculo; pero lo desvaneció el papa Formoso, sucesor de Esteban V., que á instancias del emperador y de toda la iglesia Griega dispensó y absolvió á los que Focio habia ordenado.

Así acabó el cisma que habia despedazado por tan largo tiempo la iglesia de Oriente; pero este fuego, excitado por la ambicion del hombre mas artificioso y sabio que hasta entónces se habia visto, se reproduxo en lo sucesivo causando males que aun duran. Veremos sus tristes efectos en las épocas que nos quedan que recorrer. Focio, su autor, tenia todo el talento que puede contribuir á la gloria de la Iglesia y á la suya, si hubiera sabido hacer buen uso de él. Por su ilustre nacimiento, su ingenio vasto, su inmensa erudicion, su infatigable aplicacion al estudio, su eloqüencia viva y penetrante, sus gracias naturales y otras bellas calidades, podia igualar y aun exceder á los mas célebres personages. Pero ni su nobleza, ni su ingenio, ni su ciencia, ni sus riquezas, ni sus dignidades no han impedido que la posteridad le mire como uno de los monstruos mas funestos para la sociedad, á quien solo parece que la naturaleza habia dotado de gran talento, para hacer ver mejor quán dañosos pueden llegar á ser aun los dones mas estimables quando estan separados de la virtud. El orgullo, la ambicion y la perversidad de ánimo fueron la causa de sus delitos y de su desgracia. Nosotros le hemos pintado segun sus acciones, y si quisiéramos añadir una nueva calificacion á su carácter, diriamos que nadie ántes ni despues de él supo reunir en igual grado la maldad con la hipocresía, la insolencia con las apariencias de la modestia, la serenidad de un exterior compuesto con la impetuosidad de las mas vivas pasiones, y el lenguage de un santo con las acciones de un malvado.

ARTICULO VII.

Disputas que se suscitaron en Occidente sobre la gracia, la predestinacion y la Eucaristía.

Uno de los arbitrios de que se habia valido Carlo Magno para excitar el gusto de los estudios, y producir la emulacion entre los sabios, era el de proponer qüestiones sobre diferentes puntos de doctrina, empeñándoles en responder por escrito. Este medio de excitar los entendimientos, sin duda hubiera contribuido al progreso de las letras y de la razon en un tiempo mas dichoso; pero para esto hubiera sido necesario que la ignorancia y la barbarie, que con dificultad ceden á los mayores esfuerzos, hubiesen sido destruidas, y que los estudiosos hubiesen sabido dirigir sus tareas sobre un plan prudente y bien combinado, cuyo único fin fuese la utilidad pública. Pero en el noveno siglo estaban aun muy léjos de estas miras reflexivas, que son el fruto de una razon despreocupada, y de una sana crítica. De esta suerte contra las intenciones del restaurador de las ciencias en Occidente, no produxeron los desvelos de los literatos y de los teólogos sino vanas sutilezas y errores. Se levantaban ridículas qüestiones, y se exâminaban seriamente. Preguntaban si los santos, despues de la resurreccion, verian á Dios con los ojos corporales, baxo una forma sensible, ó por una simple aprension del alma; si Dios habia criado una alma para cada hombre, ó si una misma alma obraba en todos los individuos de la especie humana; si se debia escribir el nombre de *Jesus* con una aspiracion; si la palabra *cherubin* era masculina ó neutra, y se disputaba sobre otros mil frívolos objetos que el falso saber se esforzaba á hacer importantes. Pero entre las discusiones en que se ocupaban, hubo algunas que llegaron á hacerse interesantes á la Iglesia por su enlace con los dogmas de la fe, y por las resultas que podian tener. Tales fueron las disputas suscitadas en Francia sobre la gracia, la predestinacion y la Eucaristía. Dos monges que hubieran quedado en el olvido como otros muchos, á no haber turbado la Iglesia, fueron sus principales autores. La naturaleza de los asuntos que quisieron profundizar junto con el espíritu del siglo, les adquirió una

especie de celebridad. Vamos á referir con imparcialidad lo que los monumentos auténticos de aquel tiempo nos enseñan.

Gothescalo, nacido en Saxonia de una familia ilustre, habia sido ofrecido por sus padres quando niño al monasterio de Fulda. En mayor edad, y ya promovido á las órdenes sagradas, reclamó contra la obligacion que sus padres habian hecho á nombre suyo. El arzobispo de Maguncia, Juez en esta causa, sentenció á su favor. Gothescalo en conseqüencia de esto dexó el hábito de monge, y salió de Fulda. Pero la regla de san Benito y la disciplina que reynaba entónces se oponian á aquella mudanza. Rabáno-Mauro, su abad, hizo servir contra él estos poderosos medios, y el jóven monge se vió precisado á volver á sufrir el yugo que hallaba tan pesado. En Orbais, abadía de la diócesis de Soissons, volvió á tomar el hábito y la profesion del claustro. Cada dia mas fastidiado de la soledad, dexó bien presto su nuevo asilo, y viajó por diversas provincias de la Italia, de la Alemania y de la Francia. De lo dicho se infiere, que la inquietud y la obstinacion hacian el fondo de su carácter. Lo mas cierto es, que desde el instante en que tomó el tono de doctor, llevó este último defecto mas adelante que ninguno de los que se habian excedido en dogmatizar sobre las mismas materias ántes que él.

Desde luego se ocupó Gothescalo en la qüestion que exercitaba entónces los ingenios, qual era saber como la vision beatífica obraba en los santos despues de la resurreccion. Consultó sobre esto á Lupo, abad de Ferriers, quien le aconsejó que no emplease su entendimiento, ni el tiempo en aclarar semejantes qüestiones, aplicándose mas presto á la meditacion de las santas escrituras, y á buscar con humildad las verdades que mueven el corazon.

Gothescalo no hizo caso de tan prudente consejo. Deseoso de penetrar los mas profundos arcanos de la divina ciencia, se entregó á suposiciones temerarias sobre la predestinacion y la gracia, materia rodeada de escollos, á que parece ha querido Dios impedir nos aproxîmemos por el velo impenetrable con que la ha cubierto. No salian de sus manos las obras de san Agustin, fuentes abundantes y puras; pero de donde no se saçan las verdades, sino quan-

do se lleva por guia el espiritu de sabiduría que dirige á la Iglesia en el exámen de estas espinosas qüestiones Gothescalo creyó bien presto haber hallado el verdadero sentido del santo doctor, y penetrado su doctrina. Tal es la pretension de todos los que se lisonjean de saber mas que los otros acerca de los misterios inaccesibles á la razon, y á que la fe no ha quitado el velo. Lleno de estas ideas el monge saxon empezó á dogmatizar. Su doctrina era dura, inductiva á desesperacion, y á lo que la fe nos enseña sobre la justicia y bondad de Dios.

Si se quiere conocer bien esta doctrina que alarmó por todas partes desde que comenzó á publicarse, no hay mas seguro medio que buscarla en los escritos de los que mostraron interesarse por el nuevo doctor. Amolon, arzobispo de Leon de Francia, es uno de los que en estas disputas manifestaron mas moderacion y caridad. Reduxo este prelado á seis proposiciones todo lo que Gothescalo habia esparcido de un modo obscuro y equívoco en sus diversas obras, y son las siguientes. 1.ª Ninguno de los que han sido redimidos por Jesu-christo puede perecer. 2.ª El bautismo y los demas sacramentos no son de ningun efecto para aquellos que se pierden despues de haberlos recibido. 3.ª Los fieles que perecen no han sido incorporados á Jesu-christo, y á la Iglesia en el bautismo. 4.ª Todos los reprobados estan de tal modo predestinados por Dios á la muerte eterna, que ninguno, qualesquiera que sean sus obras, puede salvarse. 5.ª Despues del pecado del primer hombre se acabó el libre albedrío, y ya no tiene ninguna fuerza. 6.ª Jesu-christo no ha muerto por todos los hombres, y sí solo por los que se salvan y estan predestinados para ello.

Es evidente que enseñando semejante doctrina, se dexaba arrastrar Gothescalo hácia el escollo opuesto á aquel en que se habian estrellado Pelagio y sus discípulos. Esto era renovar la heregía monstruosa y asoladora de los predestinacianos, que no es imaginaria, como algunos han pretendido, pues no hay duda que ha sido condenada por los concilios de Arlés y Leon hácia fines del siglo quinto. Apénas se esparcieron en Francia los errores de Gothescalo, quando los prelados conocieron el riesgo. Nada en efecto era mas propio para desesperar á los unos y hacer presuntuosos á los otros, que el dogma de la predestina-

cion absoluta é inevitable. Tal es la idea que nos dan los que tomaron la pluma contra Gothescalo, despues de los efectos que comenzaba á producir. Hay ya, decian, hablando de aquel novator pervertido, un gran número de christianos en quienes sus discursos han extinguido el ardor que tenian de salvarse; porque dicen estos fieles arrastrados del error, para qué tomarme tanto trabajo en servicio del Señor? Si yo estoy destinado á la muerte eterna, no la evitaré; por el contrario, si yo estoy destinado á la vida, aunque viva mal, ciertamente arribaré al descanso celestial. La conseqüencia se seguia necesariamente de estos principios, no siendo menester mas para demostrar las heréticas opiniones en que estaba imbuido Gothescalo.

Para impedir sus progresos se congregaron varios concilios, es á saber: uno en Maguncia, en donde el error de Gothescalo recibió el primer golpe; dos en Quiersí, palacio real de Picardia, presente Cárlos el Calvo. El novator pertinaz y relapso fué allí condenado á ser azotado hasta que arrojase por sí mismo al fuego el escrito que contenia sus erróneas proposiciones. En fin, un quarto concilio en Valencia, en donde los padres, á exemplo de los concilios de Africa, que habian proscrito al pelagianismo en el siglo quinto, se contentaron con explicar claramente el dogma católico sobre la gracia, la predestinacion, el albedrío y la muerte de Jesu-christo por todo el género humano, sin hacer vanos esfuerzos para conciliar las verdades que solo Dios conoce. San Agustin se habia ceñido á estos justos límites, y la experiencia no ha hecho sino mostrarnos, que qualesquiera que emprende salir de ellos, cae necesariamente en uno de los dos principios que limitan, para decirlo así, la estrecha senda de la verdad.

Gothescalo ha tenido algunos apologistas en estos últimos tiempos, como los tuvo en su siglo: no porque se quieran justificar sus errores demasiado patentes y ruidosos, para que se dexe de convenir en que la Iglesia ha debido condenarlos. Ninguno de sus defensores querria se sospechase de sostenerlos segun él los enseñó; pero todos sus esfuerzos solo se dirigen á interpretar favorablemente los términos de que se ha servido, y á encontrar en sus expresiones un sentido mas tolerable que aquel de que únicamente parecen capaces en el lenguage exâcto de la

teología; la mayor parte de ellos abandonan su doctrina á la censura, no emprendiendo justificar sino su persona y sus escritos. Porque la distincion del hecho y del derecho no es nueva, no se advierte que en hechos de doctrina no se pueden asegurar malas ni buenas opiniones, sino por las obras y discursos de los que las sostienen; y que en conseqüencia, siempre que un doctor dice de viva voz ó por escrito cosas contrarias á la fe, tiene derecho la Iglesia de condenarle, á ménos que se retracte en los términos mas claros y mas formales. Esto es lo que Gothescalo rehusó siempre, sus explicaciones y profesiones de fe estan llenas de ambigüedades y de equívocos. Aunque no hubiera contra él otra cosa, esto bastaba para hacerle culpable. La verdad se muestra descubierta sin temer la luz, su lenguage es siempre puro y claro. Pelagio y Celestio habian declarado sus opiniones con tal arte que parecian ortodoxâs; pero el mismo cuidado que tenian de ocultarse, los hizo sospechosos, y sirvió para descubrirlos. Se ha clamado contra el tratamiento hecho á Gothescalo en el segundo concilio de Quiersi; pero no se debe ignorar, que el castigo que sufrió por su caida y pertinacia, se dió segun la regla de san Benito que profesaba, y la disciplina que estaba entónces en su vigor en los monasterios sometidos á ella. Por tanto, ni el arzobispo Hincmaro, ni los otros prelados de aquel concilio merecen el nombre de bárbaros que se les ha dado en nuestros dias. Para ser equitativo es preciso juzgar las cosas segun las costumbres y usos del tiempo á que se refieren, y no por nuestras presentes ideas.

Gothescalo permaneció pertinaz hasta la muerte. Estaba penitenciado en el monasterio de Hautvilliers, quando se vió que poco ántes de morir propuso volver á entrar en la paz de la Iglesia, firmando un formulario de doctrina hecho por Hincmaro. Pero al punto que oyó hablar de retractacion, recogió las fuerzas que le restaban para prorumpir en injurias. Su violencia y su repulsa obstinada en un momento tan formidable eran pruebas bien evidentes de su adhesion al error. Murió con tan funestas disposiciones, sin haber merecido por su arrepentimiento el beneficio de la reconciliacion. Por dicha de la iglesia de Francia habia hecho pocos discípulos, lo mismo que los predestinacianos del V. siglo, demasiado pocos para formar una

secta. Sus errores se sepultaron con él. Se refiere su muerte hácia el año de 868.

Parece que la soledad, tan propia para el recogimiento y la meditacion, tiene el inconveniente de excitar, por decirlo así, la sutileza del entendimiento, y disponerle á las disputas por el reconcentramiento del alma, y el ardor que imprime en la imaginacion. Hemos visto hasta ahora que las mas famosas heregías han nacido en los claustros, ó que han encontrado en ellos los mas ardientes defensores. La disputa que se suscitó sobre la Eucaristía hácia la época en que estamos, salió de la misma fuente, y los que hicieron el primer papel fueron dos monges. Causaron mucho ménos estruendo que habian producido los errores de Gothescalo; porque se reducian á una qüestion de voces; estando los que disputaban por otra parte acordes en el fondo del asunto: no porque las querellas teológicas no se hagan muchas veces tanto mas vivas, quanto ménos se entienden, sino porque la actividad de los espíritus estaba deprimida por el gran número de objetos que abrazaba. Sea lo que fuere, la disputa de que se trata se ha hecho mas importante para nosotros, á causa de la ventaja que los protestantes han pretendido sacar de ella de lo que lo fué en el tiempo que se vió en su fuerza. Esto nos empeña á detenernos aquí.

Ratberto, monge, y despues abad de Corbia, habia tomado el nombre de Pascasio, como Gothescalo el de Fulgencio. Este era el uso de los literatos de aquel tiempo, que juntaban un sobrenombre latino á sus nombres bárbaros, cuya pronunciacion era ordinariamente dura, y poco agradable; uso renovado por algunas sábias sociedades de Italia despues de la restauracion de las letras. Ratberto se habia aplicado con ardor á los estudios teológicos, y se le contaba entre los hombres mas célebres de su tiempo. Despues que la Saxonia habia abrazado el christianismo, algunos monges franceses fundaron allí un monasterio llamado la nueva Corbia. La antigua Corbia, que se miraba como la metrópoli de esta colonia, empleaba sus sabios en la composicion de diferentes obras destinadas á la instruccion de los monges saxones, aun poco ilustrados. Pascasio Ratberto, que presidia la escuela de Corbia, uno de los mas distinguidos que habia entónces, consagró parte de sus vacaciones en trabajar para los religiosos de la nueva Corbia,

cuyos conocimientos era preciso extender, principalmente en los asuntos de religion, á fin de que pudiesen en lo sucesivo instruir á sus compatriotas. Con esta mira escribió su tratado del cuerpo y sangre de Jesu-christo. Esta obra es de un estilo sencillo; no contiene ninguna discusion contenciosa y polémica; la instruccion es lo que solamente el autor se propone. Se limita á la explicacion clara y precisa de la doctrina recibida en la Iglesia sobre la Eucaristía; doctrina enseñada por los apóstoles, conferida en las obras de los antiguos padres, como son Justino, Tertuliano, Orígenes, transmitida de siglo en siglo por el canal de la tradicion, y conservada por todas las sociedades christianas de Oriente. Todo el tratado de Pascasio Ratberto se reduce á tres aserciones, que contienen la creencia universal del mundo christiano sobre el misterio de la Eucaristía, considerada como sacrificio y como sacramento, á saber: 1.ª que la Eucaristía es el verdadero cuerpo y sangre de Jesu-christo: 2.ª que despues de la consagracion la substancia del pan y del vino desaparecen: 3.ª que el cuerpo de Jesu-christo, presente en la Eucaristía, es el mismo que nació de la Vírgen María, que padeció sobre la cruz, y que reyna en el cielo. Hay, dice Pascasio, lo que todo el universo cree y confiesa: *quod totus orbis credit & confitetur.*

El modo con que se explicaba Pascasio en este tratado no fué del gusto de todos los sabios de aquel tiempo, aunque en él reconocian todos la doctrina católica: pero les parecia que las expresiones de que usaba, sin ser inexâctas ó nuevas, no contenian las cosas en los términos que á los teólogos se les representaban. Ratramno, asimismo monge de Corbia, trabajó en rectificar lo que no era de su gusto en la obra de su hermano, su prelado á la sazon; mas se defendió Pascasio declarando sus pensamientos, justificando sus expresiones, y demostrando que la doctrina de su obra era la creencia universal de la Iglesia. Tomó calor la disputa, y quiso instruirse en el hecho de la contestacion Cárlos el Calvo, exâminando lo que se habia escrito por una y otra parte, mas en nada se mezclaron los obispos, y de consiguiente no se tuvo ningun concilio con este motivo. Estaba seguro este dogma, como todos así discurrian, y solo estaba la diferencia en los modos de hablar; de manera que si habia alguna dificultad en

aclararlo, era prudente y justo abandonar la discusion á los sabios que deseaban exercitar sus plumas sobre estos objetos, sin que fuese un negocio serio para la Iglesia la diversidad de sus opiniones.

Por cuya razon han pretendido injustamente los protestantes hallar en la obra de Pascasio Ratberto el primer manantial de la doctrina catolica sobre la presencia real, y sobre la transubstanciacion; porque, ademas de que repite muchas veces este autor que nada escribe de nuevo, que sus aserciones son la enseñanza de toda la Iglesia, y que las verdades que expone no tienen mas contrarios que á los infieles y á los impíos, es facil convencerse repasando los escritos de Pascasio y de Ratramno, en los quales toda la disputa se reduce á un puro equívoco. Conviene Pascasio en que la Eucaristía es á un mismo tiempo verdad y figura; verdad, porque contiene real y substancialmente el cuerpo y la sangre de Jesu-christo; figura, porque este cuerpo y sangre estan cubiertos como de un velo por especies exteriores y sensibles. Pretendia Ratramno que se explicase con mas claridad este último carácter de la Eucaristía, y que se diese el nombre de figura á las especies sacramentales, así por el sentido mas general, como por el recelo sin duda de que no se les confundiese con el mismo sacramento. Se separaba tambien de Pascasio en quanto pretendia que el cuerpo de Jesu-christo tiene en la Eucaristía una diferente manera de ser que en la cruz y en el cielo, esto es, que en la cruz y en el cielo el cuerpo de Jesu-christo no está escondido baxo apariencias extrañas, en lugar de que en la Eucaristía no se muestra sino baxo el velo de especies, que es lo que llamaban figura Ratramno y los demas contrarios de Pascasio. Era necesario estar muy ciego para no conocer quan opuesta es esta doctrina á la de los protestantes.

Añadamos una reflexîon, y se reduce á que no es posible concebir que la religion christiana haya jamas exîstido un solo dia sin el dogma de la presencia real; cuyo dogma comprehende la esencia misma del christianismo, y á él se refieren todas las partes del culto sagrado, y por lo mismo en los primitivos tiempos de la Iglesia no habia mas culto que la celebracion del misterio eucarístico. Quitemos á la religion la Eucaristía, reduzcamos á una simple figura el sacrificio y el sacramento, y destruiremos su culto ex-

terior, que no tiene mas motivo, mas objeto, ni otro fin; y de consiguiente no podremos saber con qué mira se juntaban los fieles con tanta exâctitud desde el tiempo de los apóstoles para celebrar unos misterios que tomaban de los profanos. A quién, pues, se persuadirá que un monge desde lo interior de un monasterio de Picardia, sin mas auxîlio que la pluma haya tenido la habilidad de hacer recibir el dogma incomprehensible y nuevo de la presencia real en la iglesia de Francia, en las de España, de Inglaterra, de Germania, en la iglesia de Roma, tan zelosa en la conservacion de sus antiguas tradiciones, y tan vigilante en reprimir la novedad, y en una palabra, en todo el Occidente? Quando fuese creible un hecho de esta naturaleza, faltaria siempre saber, cómo ha podido restablecerse este dogma de la iglesia Griega, á quien Pascasio y su libro eran igualmente desconocidos? Cómo las comuniones christianas de Siria, de Egipto y de Etiopia, separadas de los griegos y de los latinos, le han abrazado con ellas, y le conservaron en medio de su cisma? Cómo todos los padres, todas las liturgias, desde los tiempos de los apóstoles, hasta el noveno siglo no tenian sobre este punto sino un mismo lenguage? Cómo finalmente entre todos los monumentos eclesiásticos de la edad en que ha vivido Pascasio Ratberto, no hay alguno que le reprehenda una innovacion de esta importancia, y que reclame en favor de la antigua fe? Ved aquí dificultades insuperables: sin embargo, se han empeñado los protestantes en destruirlas, atacando la creencia de la iglesia Romana, tocante á la presencia real de Jesu-christo en la Eucaristía.

ARTICULO VIII.

Personages ilustres en la Iglesia por sus virtudes, ó por su talento.

Tenemos ya dicho muchas cosas de los teólogos de este siglo, en el que fueron casi los únicos sabios. Asimismo nos ha hecho conocer la serie de la historia muchos personages santos que honraron á la Iglesia con sus virtudes, al mismo tiempo que con su zelo defendian la fe. Así para evitar repeticiones, creemos debernos limitar á la noticia de los hombres mas ilustres, y á los mas distinguidos

escritores del Oriente y del Occidente: por tanto, completaremos el artículo de la literatura eclesiástica, que habemos tratado en los artículos precedentes.

Principiemos por san Nicéforo, patriarca de Constantinopla, aun mas recomendable por sus virtudes y sus sufrimientos por la fe, que por los escritos que nos restan de él. Era de un ilustre nacimiento, y su padre exercia en la corte el distinguido empleo de secretario del emperador. Incurrió en la desgracia de Coprónimo por su aficion al culto de las imágenes. El talento natural y adquirido aumentaban en Nicéforo las ventajas exteriores, y le podian conducir á la fortuna mas alta; pero la corrupcion que reynaba en la corte le hacia fastidiosa una mansion en que era preciso participar de los vicios para merecer sus ascensos. Se retiró á un monasterio, en donde no se ocupaba sino en afirmarse en las grandes verdades de la religion, y en fortalecerse en la virtud, quando fué elegido para colocarle en la silla patriarcal de Constantinopla, despues de la muerte de Taraiso en 806. Estaba igualmente versado en las ciencias profanas, y en las materias eclesiásticas; pero lo que le hizo preciosa su memoria en la Iglesia no fué su gran sabiduría, sino su zelo por la disciplina, y su inclinacion inviolable á las verdades combatidas por los errores de su tiempo. Miéntras que recibia la sagrada uncion, habia prometido á Dios sufrir todos los trabajos del mundo, ántes que consentir jamas en cosa que fuese contraria á las reglas santas de la Iglesia, y á los intereses de la fe. Tan fiel, como generoso en el cumplimiento de esta resolucion, resistió con un valor invencible á todos los esfuerzos del emperador Leon el Armenio, enemigo de las santas imágenes, y perseguidor de los católicos. En pago de su firmeza fué desterrado Nicéforo á un monasterio, en donde despues de catorce años de destierro murió santamente en 828. Conservamos de este piadoso y sabio patriarca dos obras de cronología y de historia, que sirven para aclarar muchos hechos curiosos acontecidos en el tiempo que abraza. Las demas obras suyas quedaron casi todas manuscritas, y tienen por principal objeto la refutacion de los iconoclastas; y los sabios las encuentran difusas, llenas de digresiones, de repeticiones, cargadas de declamacion, y de un estilo poco atractivo; sin embargo, no dexan de ser preciosas, así por la individualidad con que el

autor describe y entra en las objeciones de los iconoclastas, de las quales ninguna omite, como ni tampoco las respuestas de los católicos, como por un gran número de pasages sacados de diversos escritos de los padres, que no llegaron á nosotros.

San Teodoro Studita merece ser colocado en este artículo, no tanto por su talento literario y por la bondad de sus obras, quanto por su excelente virtud y sus continuos sufrimientos por la fe. Diósele el sobrenombre de Studita, porque era abad de un monasterio fundado por el cónsul Studio. Le atraxo grandes persecuciones su zelo por la conservacion de la disciplina eclesiástica, y por el culto de las sagradas imágenes; tanto de parte de Constantinó Porphirogeneto, de quien desaprobaba el casamiento con Teodora, contraido viviendo aun María su primera esposa, como por parte de los príncipes iconoclastas. La prision, el castigo cruel de azotes y el destierro probaron su valor durante la mayor parte de su vida, que terminó en 826 con una muerte preciosa delante de Dios. Miguel Studita, autor de su vida, y uno de sus discípulos, dice que habia escrito mayor número de obras, y que se han perdido. Su pequeño catecismo que conservamos, es un curso de instrucciones, ó de conferencias hechas á sus monges sobre todas las fiestas del año, y sobre muchos asuntos de piedad. El mayor, que exîste aun manuscrito, contiene discursos mas extensos sobre todas las obligaciones de la vida monástica. Se han publicado doscientas setenta y cinco cartas suyas; mas la coleccion entera comprehende cerca de mil, que no han sido aun impresas. Por lo pronto habia parecido opuesto este santo abad al segundo concilio de Nicea, el qual hallaba dificultad de colocarle en el número de los sínodos ecuménicos: mas en lo sucesivo se retractó de viva voz y por escrito, declamando que era su voluntad que no se tuviese alguna consideracion tocante á lo que habia dicho contrario á la autoridad de esta asamblea.

Hemos representado á Focio como autor de un cisma funesto, cuyas deplorables conseqüencias hacen aun gemir á la Iglesia despues de tantos siglos; y así, aquí solo le consideraremos por lo que respecta á su espíritu y á su talento: por los quales, su nombre, tan cubierto de oprobrio en los fastos de la religion, se conservó con honor

en la historia literaria. Qué dichoso, si hubiera sabido dirigir á mejor fin los dones raros y preciosos con que la naturaleza y el trabajo le habian enriquecido! No hubo quizá jamas ingenio de mas extension, entendimiento mas bien dispuesto, hombre mas estudioso, ni filósofo de una erudicion mas vasta y mas varia. Poseia las buenas letras, la filosofía, la astronomía, la matemática, la teología, todas las ciencias y todas las artes; y su pluma, que sucesivamente sabia tomar todas las formas y todos los estilos, pasaba de una materia á otra, y las trataba con tanta facilidad y tan profundamente, como si en cada una de ellas se hubiese ocupado toda su vida. Su gusto era acre, su crítica clara, y su manera de escribir siempre pura y corriente; se acomodaba á todos los estilos desde el mas sencillo hasta el mas sublime; y las obras que tenemos suyas son prueba de este elogio. El profundo estudio que habia hecho de los antiguos monumentos de la ciencia eclesiástica produxo la coleccion llamada *Homocanon*, que es una sabia recopilacion de todos los cánones que estaban en observancia en la iglesia Griega desde los tiempos apostólicos, y de las leyes imperiales que allí se refieren. Este cuerpo, el mas completo de decisiones canónicas que se ha visto hasta ahora, está distribuido en catorce títulos, y cada título dividido en muchos capítulos, segun la abundancia y diversidad de objetos, comprehendidos baxo la division general. Su inmensa lectura, su vasta erudicion, su crítica fina y juiciosa concurrieron á formar la obra inapreciable, tan conocida de los sabios con el título de *Biblioteca*: en la qual da un extracto metódico de ciento y ochenta volúmenes que habia leido y apreciado, que es el fondo mas rico de literatura y de filosofía que nos ha quedado de toda la antigüedad; y lo que sobre todo aumenta mas su estimacion son las noticias de cantidad de obras perdidas que allí se encuentran, y fragmentos considerables de libros consumidos con el tiempo, y que ha conservado el compilador. ¿No es de admirar que esta biblioteca de Focio no haya dado la idea tan útil de los diarios literarios á los sabios de Constantinopla, que debian llevar algun dia las luces de las artes al Occidente? Invencion reservada á tiempos muy posteriores, y que tanto contribuyó á perfeccionar el gusto entre los modernos. Finalmente, se admira en las cartas del famoso patriarca la

variedad prodigiosa de sus conocimientos, y la gracia del estilo que siempre toma el tono conveniente á la materia. Son en número de doscientos y quarenta y ocho, y en tanta cantidad no hay una que no sea interesante, ya sea por el fondo de las materias, ya sea por la manera con que están tratadas. El mérito incontestable de todas estas obras hace sentir á los sabios que el público no se halla en estado de gozar por medio de la impresion de aquellas que quedaron manuscritas.

Teodoro Aboucara, metropolitano de Caria, fué uno de los obispos, que estando incluidos en el cisma de Focio, se presentaron al octavo concilio en la segunda sesion, y fueron admitidos en las siguientes en el número de los padres, baxo el arrepentimiento que testificaron de sus faltas. El sobrenombre de Aboúcara que le han dado viene del árabe, y significa padre de Caria. Con el nombre de este obispo tenemos un gran número de opúsculos ó pequeños tratados dogmáticos. Pretenden los críticos que no son suyos todos; pero de todos hacen aprecio, á causa de la fuerza y de la precision con que se trata cada objeto en esta obra. Se cuentan hasta quarenta y tres, esparcidos en diferentes colecciones de monumentos eclesiásticos, y principalmente en las que son conocidas con el título de *Bibliotecas de los padres*: y tratan todos sobre materias de controversia, en que se conoce que estaba muy versado el autor en el género polémico, y que conocia á fondo la doctrina de todos los hereges, sus principios, sus argumentos y sus objeciones. Su método de discusion es limpio y desembarazado de todo pensamiento extraño al asunto que se propone aclarar; su razonamiento es claro y conveniente, sus pruebas son luminosas, fuertes y fáciles de comprehender. Parecia hábil en la lengua arábiga, y le era familiar la teología de los musulmanes; y por lo mismo ha dirigido contra estos principalmente sus ataques. Analiza y rebate sabiamente todas las partes del sistema que habian formado despues del alcoran, en que ha seguido casi siempre la forma de diálogo, como la mas propia al descubrimiento de las verdades especulativas, y á la refutacion de las dificultades que allí se oponen.

Por la universalidad de sus conocimientos y fecundidad de su pluma fué Alcuino el mas célebre de todos los literatos del Occidente. Nació en Inglaterra en 735, y fué

educado en el monasterio de Yorck, baxo la disciplina de Egberto, el hombre mas sabio, y el profesor de mas fama que hubo en aquella isla. Las lecciones que recibió Alcuino en este asilo formaron á un tiempo su entendimiento en las ciencias, y su corazon en la virtud, é hizo tan rápidos progresos, que á la edad de diez y ocho años, llamado su maestro para la silla episcopal de Yorck, le confió la enseñanza de las letras, y la direccion de una escuela, en que hubiera temido que la reputacion degenerase baxo qualquiera otro director. Amaba mucho las ciencias Carlo Magno, para no percibir quanto podia contribuir el jóven profesor ingles para el grande proyecto que tenia formado de desterrar la ignorancia y la barbarie de su imperio; á cuyo fin se aficionaba á todos los hombres de mérito que se hallaban en estado de adelantarlo, y de consiguiente, fué buscado Alcuino por el monarca frances, que se puso en persona á la frente de sus discípulos en aquel famoso liceo, que se llamaba la escuela de palacio. La familia real, los oficiales del príncipe, y la nobleza mas alta vinieron allí á estudiar los elementos de las ciencias eclesiásticas y profanas, baxo un maestro tanto mas considerado, quanto le honraba el soberano con su confianza. Se entregó Alcuino á estos útiles exercicios, y los interrumpió algunas veces para desempeñar algunas negociaciones importantes que le encargaba Carlo Magno, en que mostró otra tanta habilidad en la política, quanto tenia en todas las partes de la literatura. En medio de una corte brillante, en que todos los hombres colocados eran sus discípulos ó sus amigos, no perdió Alcuino el gusto al retiro, como tan necesario al hombre de letras para conservar las fuerzas de su alma, y aprovechar sus instantes. Fué, pues, á buscar en la abadía de san Martin de Tours, para la qual habia sido provisto con otros muchos, este reposo porque tanto suspiraba, que no fué con pretexto de ociosidad; pues allí volvió á tomar la enseñanza pública de las ciencias, y compuso la mayor parte que nos ha quedado de sus obras; las que se reunieron en un mismo cuerpo á principios del siglo pasado, y contienen todas las ciencias que formaban entónces el curso de los estudios públicos; pero son mas propias para hacernos conocer el estado de las letras, y del entendimiento humano en tiempo de Alcuino, que para darnos una alta idea de su talento;

y no es porque no se encuentre mucha erudicion, y una extension grande de conocimientos, sino porque, aunque haya dado tratados de gramática, de retórica y de dialéctica, hay en ellos poca elegancia y correccion de estilo, poco adorno en sus discursos, ó son de mal gusto, y freqüentemente poco enlace en sus razonamientos; y así sería injusto si se apreciasen sus trabajos á vista de las luces que hemos adquirido despues del siglo en que vivió. La estimacion de Carlo Magno, que duró hasta su muerte, y los servicios que hizo á la Iglesia, combatiendo los errores de su tiempo, y entre otros los de Felix y de Elipando, son los fundamentos sólidos de su gloria. Perdieron la Francia y las letras á este piadoso y sabio abad en 804.

Nació san Benito de Aniano, cuyo verdadero nombre era Heurticio, en la Septimania, hoy Langüedoc, en 751, de una titulada y antigua familia. Era su padre conde de Maguelona, ciudad episcopal, cuya silla se transfirió á Montpeller en el siglo decimosexto. Fué enviado Benito en su infancia á la corte de Pepino, que le nombró page de la reyna Bertrada. Tuvo despues el empleo de copero, que estaba exerciendo, quando tocado de la gracia resolvió dexar el mundo para consagrarse enteramente á Dios; y executando este piadoso designio, se retiró al monasterio de Sainte-Seine, en la diócesis de Langues, en donde pasó siete años en los exercicios de la vida mas austera, quando se creyó obligado á huir, para evitar el cargo de abad, que le querian precisar á tomar. Se volvió á su patria, y para vivir desconocido se encerró en una ermita sobre las riberas de un arroyo que se llamaba Aniano. No permaneció allí mucho tiempo sin que adquiriese por sus virtudes la fama de que queria huir. Vino á ponerse una multitud de discípulos baxo su direccion, y bien pronto su ermita llegó á ser uno de los monasterios mas numerosos que hubo en el Occidente, y una escuela de regularidad, en la qual la disciplina monástica, ya tan degenerada en la mayor parte de las casas religiosas, se hallaba en todo su vigor, y florecian igualmente las ciencias por el cuidado de un superior que reunia el amor de las letras al zelo de la virtud, llegando á ser el santo abad en toda la Francia un nuevo patriarca del órden monástico. Su gobierno y su vigilancia abrazaban un gran número de monasterios fundados con colonias del de Aniano. Carlo

Magno y Ludovico Pio le miraban con aprecio, y le consultaban freqüentemente sobre los asuntos de la Iglesia, y sobre los medios que debian tomarse para el restablecimiento de la disciplina en los monasterios en que el espíritu mundano habia introducido el olvido de la regla. Debió sin duda á sus trabajos, y á su zelo por la gloria del estado monástico, de quien era el mas bello ornamento, el nombre de san Benito, que se miraba como el primer legislador en el Occidente. Queria Ludovico Pio que le acompañase siempre para auxîliarle con sus consejos; conciliaba Benito lo que debia á este príncipe con su amor al retiro, fixando su residencia en el monasterio de Undo, que estaba á dos leguas de Aquisgran, en donde tenia su corte el emperador, y allí murió en 821. Nos han quedado de este santo abad dos obras, una intitulada *Código de las reglas*, que es una coleccion dividida en tres partes, de la qual la primera contiene las reglas de los monges de Oriente, la segunda la de los de Occidente, y la tercera de las monjas: la otra se titula *Concordia de las reglas*, y es una compilacion de diferentes prácticas observadas en los monasterios en que estaba la regla en la mejor observancia: en todas se hace relacion á los diferentes capítulos de la regla de san Benito, y por esta disposicion pueden servir de comentario suyo.

En un siglo ilustrado y de gusto hubiera podido Teodulfo, obispo de Orleans, elevarse á la perfeccion en aquellos géneros en que no hay acierto, sino reuniendo el genio de la invectiva á las riquezas de una imaginacion brillante y fecunda. Habia nacido para la poesía, y sus poemas, á pesar del mal gusto, son los mejores que se hicieron despues de los bellos dias de la literatura romana hasta su tiempo, en que se encuentran pensamientos nobles, imágenes graciosas, elevacion, poesía y aun armonía, aunque el secreto del lisongero encanto, del feliz entusiasmo, que hace solo componer buenos versos, y sin el qual no hay verdadera poesía, fué totalmente desconocido á sus contemporaneos; y por lo mismo solo faltó á su talento haber vivido baxo la influencia de un siglo ilustrado, que hiciera un estudio serio de los principios y de las reglas, y conociera la necesidad de caminar sobre las huellas de los buenos modelos; pero el talento poético de Teodulfo no es sino una pequeña parte de su mérito. Qualidades

mas sólidas y mas útiles colocaron su nombre entre los prelados mas ilustres, que la iglesia de Francia tiene la gloria de haber poseido. Era de una estirpe esclarecida, y su nombre hace creer que traia su orígen de los godos ó de los lombardos. Carlo Magno, que no omitia ocasion de atraer á los hombres de mérito, le hizo venir á su corte, y no tardó en darle muestras de su estimacion; y para ponerle en estado de servir á la Iglesia, le confirió este príncipe el obispado de Orleans y la abadía de Fleury, conocida mas por el nombre de san Benito sobre el Loire. Elevado á la clase de los primeros pastores, desempeñó Teodulfo su obligacion con un zelo y una caridad, que le ganaron todos los corazones. Se aplicó especialmente á reformar las costumbres de su clerecía, á desterrar los abusos, y á combatir la ignorancia, que es su manantial ordinario. La ciencia y la regularidad hicieron bien pronto á sus eclesiásticos dignos de ser propuestos por modelos á la clerecía de otras diócesis. Nada tenia su zelo de imperioso ni duro, y por lo mismo procuraba merecer la confianza de los que queria atraer á la virtud, persuadido á que se hace de los hombres lo que se quiere, quando se ha conseguido hacerse dueño de sus corazones. Formaban su carácter la dulzura, la humanidad y benevolencia, y como todas las buenas almas ponia su felicidad en hacer bien, y en aliviar la miseria con socorros señalados oportunamente; pero aunque Ludovico Pio conoció bien el mérito de Teodulfo, encontró medio la calumnia de malquistarle con este príncipe débil y desconfiado. Se le acusó de haber tenido parte en la rebelion de Bernardo, rey de Italia, sobrino de Ludovico, y aunque no hubo pruebas contra él, una prision de tres años fué la resulta de las sospechas que se habian hecho contra su fidelidad. El lugar de su arresto fué un monasterio de la ciudad de Angers, en donde permaneció tres años, y al cabo habiéndose reconocido su inocencia, obtuvo la licencia de restituirse á su diócesis, mas en el mismo dia que se puso en camino fué acometido de la enfermedad de que murió poco tiempo despues en el año 821. Consagró á la defensa de las verdades católicas este virtuoso y sabio pastor el tiempo que le quedaba despues de la instruccion de su pueblo, y demas cargos del ministerio episcopal. Nos ha robado el tiempo la obra que habia hecho contra un error, que se dirigia á renovar en

Occidente el veneno del arrianismo; y de sus sermones solo nos han quedado algunos fragmentos, por los quales se puede juzgar bastantemente que hablaba en público con una noble simplicidad, y que sus discursos eran recomendables por la uncion y los afectos de piedad que sabia esparcir en ellos. Nos resta un monumento precioso de su zelo por la disciplina que es un capitular dirigido á los presbíteros de su diócesis, y destinado á instruirles en las reglas que debian seguir en el exercicio del santo ministerio; en el qual refiere todos los principios de la moral christiana, y todas las obligaciones, cuya práctica deben inspirar los pastores á la porcion del rebaño que les es confiado; á que sigue el curso del año eclesiástico, y se detiene segun el asunto lo pide en las solemnidades, en las ceremonias particulares, y en las prácticas religiosas de cada tiempo. Se encuentra en cada artículo de esta obra interesante el hombre instruido, el pastor zeloso, y el escritor ilustrado y metódico; y es una de las mejores fuentes en que se puede beber el espíritu verdadero de la Iglesia, y el conocimiento de la disciplina que estaba en observancia en el siglo de Teodulfo.

Amalario, clérigo de la iglesia de Metz, y despues corepíscopo de Leon, es asimismo uno de los autores infinitamente útiles para demostrar la union de la disciplina y del presente culto con los usos de la antigüedad. Su tratado grande de los oficios eclesiásticos, dividido en quatro libros, y dedicado al emperador Ludovico Pio, es sobre todo estimable por esta razon ó título. En él se ve que desde el 830, época de esta obra, el órden de las fiestas, la distribucion del tiempo, las partes del oficio, las oraciones que le componen, las ceremonias particulares pertenecientes á las diversas solemnidades, eran con corta diferencia lo mismo que aun son actualmente en la iglesia Romana. Quando su antigüedad no se remontase mas, dexarian de ser aun bien respetables? Pero Amalario las representa como muy antiguas en su tiempo, y del mismo modo hablaban san Gregorio el Grande, y su predecesor el papa Gelasio, como lo hemos visto, dando noticia de sus sacramentarios. Será necesario mas para demostrar la santidad y el orígen augusto de los sagrados ritos, y de las partes diferentes del culto divino? En el libro primero pone Amalario las misas de todo el año, en el segundo describe

las ceremonias y las oraciones de la ordenacion ú órdenes, segun las diferentes reglas de la clericatura, explica en el tercero el ordinario de la misa, ciñéndose á dar la razon literal ó mística de cada accion y de cada oracion del preste; y finalmente expone en el quarto consecutivamente el órden y diferentes partes del oficio eclesiástico, así de dia como de noche. Se explica Amalario sobre el dogma y la presencia real, y sobre la transubstanciacion de las especies sacramentales en el cuerpo y sangre de Jesu-christo con los términos mas claros; lo que es un testimonio irrefragable y auténtico de la antigua fe de la Iglesia: primeramente porque escribia este autor en un tiempo en que metia mucho ruido en Francia la obra de Pascasio Ratberto; y en segundo lugar, porque Agoberto, arzobispo de Leon, y Floro, diácono de la misma iglesia, habiendo negado algunos puntos que les desagradaron en el libro de Amalario, no hubieran dexado de quitar artículos tan importantes, si en ellos hubiesen encontrado opiniones contrarias á la doctrina universal de los pastores.

En las cercanías de Maguncia y de Fulda nació Rabano en 788. de una de las mas ilustres familias de este pais, éste es el que descubrió las opiniones peligrosas de Gothescalco, y que fué su primer juez. De edad de 10 años sus padres le ofrecieron al monasterio de Fulda, en donde fué educado en las letras y en la virtud, anunciando en sus primeros estudios un talento tan sobresaliente, que le enviaron sus superiores á Tréveris para perfeccionarse en las ciencias baxo el célebre Alcuino, en cuya escuela hizo tan grandes progresos, que á los treinta años ya tenia una reputacion grande de sabiduría. De vuelta á su patria fué electo abad del monasterio en que habia aprendido los primeros elementos de las ciencias, y mamado la leche de la piedad. Trabajó con utilidad en reconciliar á Ludovico Pio con sus hijos, que injustamente se le habian revelado, y con este motivo publicó un tratado sobre la obligacion de los hijos para con los padres, y de los vasallos para con sus soberanos; y elevado en 847 á la silla de Maguncia, desempeñó con mucho zelo, vigilancia y caridad todas las obligaciones de su obispado. Fué su vida la de un prelado estudioso, aplicado, bienhechor, atento al socorro de su rebaño, y cuidadoso de apartar todo espíritu de novedad, tan dificil de desarraigar, quando se le da tiempo de ha-

cer algun progreso. Se pone su muerte en el año de 836 á la edad de ochenta y un años, no habiendo obtenido sino nueve años la silla de Maguncia, en que habia sido colocado á los setenta y dos años. Fué largo tiempo preciosa su memoria á su pueblo, que le habia dado el sobrenombre glorioso de padre de los pobres por su caridad tierna y generosa para con los infieles, de que alimentaba hasta trescientos, y freqüentemente comia con ellos en una misma mesa. Habia leido mucho este piadoso y docto arzobispo en las obras de los padres y de los antiguos escritores eclesiásticos, de que habia sacado toda su erudicion, y de consiguiente sus obras solo se reducen á extractos de ellos, formando una coleccion inmensa en seis volúmenes en folio, en los quales se descubre mas bien el trabajo de un recopilador laborioso, que el genio de un escritor que piensa originalmente, y contienen largos comentarios sobre la santa Escritura, homilías poco eloqüentes, algunos tratados teológicos, una institucion de la clerecía, en que da consejos sabios para la conducta y costumbres de los clérigos, una grande obra en que se pasa revista á todas las ciencias en que se ocupaban en aquel tiempo, y un martirologio de que se pueden sacar algunas luces para la escritura eclesiástica. Todo esto está escrito de una manera débil, difusa, incorrecta, y con un luxo de erudicion, que freqüentemente solo sirve para separar al escritor de su asunto, y para fatigar al lector: sus versos aun valen ménos que su prosa. Si se tuviese la paciencia de leer todos sus escritos, se hallaria que despues de haber corrido una carrera penosa no se aprenderia mucho: mas á pesar de este juicio severo, sin faltar á lo justo, no se puede negar que Rabano ha sido una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, y uno de los mas sabios del siglo nono.

Hincmaro, que fué el oráculo de la iglesia de Francia, el alma de los concilios, y el ornamento del episcopado, era de un nacimiento ilustre, y descendia de Bernardo, conde de Tolosa; y habiendo sido educado en el monasterio de San Dionisio, aun jóven, contribuyó mucho á la reforma de esta abadía que habia caido en relaxacion. Ludovico Pio, que conocia su mérito y su habilidad en los negocios, le sacó de este retiro para fixarle en la corte, en donde se distinguió por su talento superior; y conociendo los obispos su mucha capacidad para servir á la Iglesia

por su gran sabiduría, y el buen concepto que gozaba, en un concilio celebrado en Beauwais en 845, le nombraron de comun acuerdo para ocupar la silla de Rheims, que habia dos años se hallaba vacante, en cuyo puesto eminente manifestó Hincmaro toda la capacidad que tenia para la direccion de los negocios y gobierno de los hombres. Durante todo el curso de su episcopado, que duró cerca de treinta años, no pasó cosa importante en la Iglesia y en el estado en que no haya tenido la mayor parte, se le consultaba sobre todo, y los obispos le miraban como á su maestro y su guia; habiendo mostrado su zelo por la fe en el negocio de Gothescalco. Se ha pretendido que usó de una severidad excesiva contra un monge vagabundo convencido de error en muchos concilios, y siempre obstinado; mas es cierto que si su doctrina del predestinacianismo inductiva á desesperacion no ha hecho entónces mas progresos, consistió en la firmeza de Hincmaro, á que es deudora la Iglesia de Francia. No era ménos zeloso en mantener el nervio de la disciplina eclesiástica, y en conservar los derechos del episcopado, que en rebatir los ataques del error, declarando constantemente la guerra á la ignorancia, á los vicios, á los abusos; y mas de una vez resistió con valor á las empresas aun de los mismos papas. Se reprehendió en este prelado un carácter altivo, y una inflexibilidad que no era quizá sino efecto de aquel zelo ardiente, y de aquel amor inviolable de las reglas que en una alma firme, severa, enemiga del vicio, é inaccesible á las consideraciones humanas, toma algunas veces el exterior de un humor imperioso y duro. Mas quando concediesemos que Hincmaro llevó muy adelante en algunas ocasiones el rigor de sus procedimientos, no será ménos cierto, que no empleó jamas esta severidad que se encuentra excesiva sino en los violadores de las reglas canónicas, y en los enemigos de la fe. Hizo una translacion pomposa del cuerpo de san Remigio, que se halló entero y sin corrupcion, y colocándole en una urna de plata, le depositó en una bóveda ricamente adornada, que á propósito habia hecho construir. Jamas quiso consentir en la division de estas venerables reliquias, diciendo que no era justo destruir y separar lo que Dios habia conservado por un milagro evidente. Estaba tan aplicado á la conservacion de este precioso depósito, que habiendo venido los normandos á po-

ner el sitio de Rheims, que estaba indefensa y sin murallas, hizo sacar durante la noche la urna del cuerpo santo, para conducirla á Espinai, adonde se habia hecho llevar él mismo en una silla, á causa de sus muchos años y debilidad, en cuyo parage terminó sus dias en 882. Los escritos que ha dexado sobre diferentes materias de dogma, de moral y de disciplina, componen dos volúmenes en folio; en los que se percibe un grande conocimiento de la escritura, de los padres, de los concilios, mucha erudicion, una lectura prodigiosa, y sobre todo un estudio profundo de las materias canónicas, á cuya parte de la ciencia eclesiástica se habia aplicado singularmente, y se aventajaba en ella; y quando no hubiera de este autor sino sus capitulares ó estatutos sinodales, bastarian para su gloria. El zelo por la disciplina no habia aun producido este género; pues se encuentran en sus obras todas las reglas, y todos los avisos propios á dirigir los sacerdotes encargados del santo ministerio, en la instruccion de los pueblos, en la celebracion de los oficios, en la administracion de los sacramentos, y en las demas funciones sagradas. Sus cartas, que en la mayor parte son especies de tratados, contienen discusiones útiles y sabias sobre diferentes puntos relativos á la disciplina y al gobierno de la Iglesia. En quanto á su estilo, ademas de los defectos notorios de los escritores de este siglo, está tan cortado con partículas, y tan cargado de citas, que su lectura se halla freqüentemente pesada y embarazosa, y que con dificultad se encuentra el órden y la claridad aun mas necesaria en las obras de discusion que en otras algunas.

Anastasio, por sobrenombre el Bibliotecario, fué sin duda en el noveno siglo uno de los hombres mas sabios y mas laboriosos escritores del Occidente; pues poseia la erudicion de Alcuino y de Hincmaro, pero con mas gusto, con mas finura y eleccion. En 870 se presentó con esplendor en Constantinopla, y adquirió una grande reputacion en esta capital del imperio de Oriente. El emperador Luis II le habia enviado embaxador allí en compañía de dos condes, para tratar el casamiento de su hija con el hijo de Basilio. Se celebraba á la sazon el octavo concilio general, en el que Anastasio fué de un gran socorro á los legados por el perfecto conocimiento que tenia de las dos lenguas griega y latina, y traduxo, como ya lo tenemos dicho, las actas de este concilio en latin, y de cuya traduccion

sacamos el relato de lo que se pasó en él. Su gran sabiduría, y la general estimacion que gozaba, le pusieron en el número de los sabios de su tiempo, como Focio, Hincmaro &c.; y si es cierto que vivió hasta el año de 886, como lo pretenden algunos, sirvió á la iglesia Romana baxo cinco papas, Adriano II., Juan VIII., Marino Martin II., Adriano III. y Esteban V. Estaba destinado á esta iglesia en calidad de bibliotecario, empleo importante, porque á él se hallaba sin duda unido el de guarda de los archivos. Ademas de la version de las actas del octavo concilio, y de las del séptimo que habia asimismo unido á ellas, conservamos de él una vida de los papas, desde san Pedro hasta Nicolao I., de la qual se cree que los primeros pedazos son de otra mano, una coleccion de piezas sobre el monotelismo, y una historia eclesiástica, sacada de la de Nicéforo, de Georgio Sincelo y de Teófanes, cuyas obras estan escritas en griego. Se nota en todo lo que salió de la pluma de Anastasio un discernimiento y una crítica, que en vano se buscará en los demas escritores de este siglo, y por estas qualidades tan raras en aquel tiempo parece se podia comparar al célebre Focio (*a*).

(*a*) Deben asimismo colocarse entre los escritores de este siglo san Eulogio mártir, electo arzobispo de Toledo, natural de Córdoba, y de las primeras familias, cuya vida, virtudes y martirio que padeció en Córdoba en tiempo del rey Mahomad, escribió su patriota y amigo Paulo Alvaro, quien asimismo da noticia de sus escritos que se imprimieron en un tomo en folio en Alcalá de Henares en 1574, ilustrado con exquisitas notas por Ambrosio de Morales, que dedicó esta edicion al ilustrísimo señor Don Pedro Ponce de Leon, obispo de Plasencia. La primera de sus obras que intitula *Divi Eulogii martyris cordubensis doctoris, & electi archiepiscopi toletani liber, memoriale sanctorum ab ipso inscriptus*. Se compone de quatro libros: en el primero refuta san Eulogio los principales puntos de la secta mahometana, hace patentes las maldades y crueldades de los sarracenos, y concluye con una exhortacion á los fieles para la perseverancia en la defensa de la religion christiana, aunque sea á costa del martirio, &c. En el segundo da razon de las acciones mas señaladas de los santos que padecieron martirio en Córdoba, declarando sus nombres, patria y dia de su fallecimiento, y del concilio que se celebró en Córdoba de resultas de esta persecucion, &c. En el tercero cuenta las terribles persecuciones que movió el rey mahometano Mahomad contra los christianos, y martirios que estos padecieron: y el quarto contiene este título particular, *Apologeticus sanctorum martyrum*: en el qual refiere la vida y martirio de los santos Rodrigo y Salomon, &c. Sigue otro escrito de san Eulogio, intitulado *Documentum martyriale*, que compuso, hallándose en la cárcel, para las santas vírgenes Flora y María, en el qual las exhorta á la perseverancia en la fe, &c. Hay una carta de san Eulogio á Williesindo, obispo de Pamplona, dirigiéndole las reliquias de los santos

ARTICULO IX.

Costumbres generales, usos y disciplina.

Despues de haber leido lo que hemos dicho sobre el estado del imperio griego, y sobre el carácter de los principes que lo gobernaban, es fácil formar una idea justa de las costumbres que reynaban en Constantinopla, y en la mayor parte de las ciudades christianas del Oriente, en donde era general la corrupcion, y como acontece siempre, las costumbres disolutas de la corte habian ganado á todos los estados. A excepcion de Basilio, ninguno de los

Zoylo y Asciscle y otros, dirigidas á su amigo Alvaro, como se puede ver en dicha edicion.

El abad Sanson, tambien de Córdoba, escribió un apologético que divide en dos libros; el primero con diez capítulos, y el segundo con veinte y siete en defensa de la religion católica, y contra los hereges Hostigesio, Aubarno, Samuel y Conde Servando, que atraxo á su partido á los antropomorfitas Roman y Sebastian que negaban la verdadera humanidad de nuestro Redentor Jesu-christo, y molestaron á Sanson con todo género de vexaciones, que este cuenta en el mismo prólogo. Asimismo fué autor de unos epitafios latinos que se hallan al fin del tomo undécimo de la España sagrada del padre Florez. *Castr. Bib. Españ. tom.* 2. *pág.* 442.

El abad Espera in Deo, cordobés, y maestro de san Eulogio, escribió una obra intitulada *Adversus corunum, sive sarracenorum legem: de martyrio Adulphi, & Joannis*, y dos cartas á Alvaro de Córdoba, *de mysterio Trinitatis*: *Castr. Bibliot. Españ. tom.* 2. *pág.* 441.

Paulo Alvaro, cordobés, escribió una obra que intitula *Indiculus luminosus*, que viene á ser una defensa de los mártires de su tiempo contra algunos christianos que no los tenian por tales: la vida y martirio de san Eulogio su paisano y grande amigo; y varias cartas concernientes á materias eclesiásticas, y de escritura sagrada, en las que cita algunas veces al Monge Beato, de quien se habló en el siglo precedente, dirigidas á varios personages de aquel tiempo, y se hallan en el tomo undécimo de la España Sagrada del padre Florez.

Juan de Sevilla, llamado vulgarmente el Hispalense, traduxo la biblia en lengua arábiga, con el fin de hacer comun su uso, así á los moros como á los christianos, entre quienes se usaba mucho aquella lengua, y muy poco la latina; y aunque los AA. no estan acordes sobre el tiempo en que vivió, sin embargo Don Nicolas Antonio *en la Bibliot. vet. tom.* 1. *cap.* 9. *lib.* 6. le coloca en este siglo.

Y finalmente, san Prudencio Galindon, español y obispo de Troyes en Francia, escribió contra el libro de Juan Scoto, lleno de los errores de Orígenes y de Gothescalco, usando en esta refutacion principalmente de la autoridad de los santos padres Gerónimo, Agustin, Gregorio, &c. Escribió asimismo algunas poesías piadosas en alabanza de Christo; lo que basta para vindicarle de la falsa nota que algunos erradamente le atribuyeron. Andres de Du-Sanssay, obispo de Ful, en su Martirol. franc. dia 6 de Abril: *Castro, Bibliot. Españ. tom.* 2. *pág.* 471.

soberanos que ocuparon el trono imperial durante este siglo mostró zelo por la religion, ni mereció el nombre de christiano. Todos los demas fueron voluptuosos, viciosos, sacrílegos y sin miramiento por la pública honestidad, ni para ellos mismos, y muchos, gloriándose de sus vicios, los descubrian públicamente con una especie de fausto, que hacia su exemplo màs contagioso. Se dexa ver que habia poca piedad verdadera en Constantinopla, y que separandô de esta capital el exterior del culto y el aparato de las solemnidades, se la hubiera quitado toda su religion. ¿Será posible tener otra opinion, quando se ven las escenas impías de un Miguel, que corriendo las calles con los compañeros de sus vicios, revestidos de hábitos sagrados, haciendo una imitacion sacrílega de las ceremonias mas respetables, remedaba hasta los santos misterios en los festines, rodeado de cortesanas y de jóvenes libertinos como él? Para dar semejantes espectáculos, es necesario que contase mucho con la complacencia baxa del pueblo, y esta complacencia que miraba la profanacion de las cosas santas como un juego, podrá suponerse sin irreligion? Pero lo mas horroroso, y lo que puede aun pasar por el último término de la corrupcion, es que un primer pastor, un patriarca, haya, no digo disimulado semejantes excesos, sino que haya incensado al autor, y que haya tomado parte en estas fiestas abominables; mas esto es no obstante lo que hizo á la vista de la corte y de la ciudad un Focio que se habia apropiado en tantas ocasiones el lenguage de los santos: este usurpador del sacerdocio, cuya hipocresía se burlaba de todo, llevó la impiedad hasta dar al príncipe Constantino, hijo de Basilio, muerto jóven, los honores que la Iglesia hace á los santos, y á consagrarle templos por una adulacion mas criminal que la de los paganos. Qué respeto podia tener un pueblo naturalmente inclinado á la disolucion por las máxîmas de la moral christiana, quando miraba á la misma religion disfrazada y profanada con este descaro por uno de sus primeros ministros?

Qué efecto debia producir sobre el espíritu de los fieles esta infeliz division de los obispos de Oriente, y esta baxeza que no se puede perdonar á los pastores, y que manifestaron en el negocio de las imágenes y en el de Focio? Quién se podrá persuadir que estos hombres débiles, que se volvian á todas partes, y que condenaban baxo un

emperador lo que baxo de otro habian aprobado, estuviesen íntimamente persuadidos de la santidad y de la necesidad de una religion, que enseña á santificarlo todo por los intereses de la verdad y de la justicia? ¿Estos concilios numerosos, que se juntaban á voluntad de los príncipes para consagrar la doctrina que les agradaba, estas asambleas eclesiásticas, en que dominaban las pasiones que hacia obrar la política, y de las quales destruia la una lo que la otra habia elevado, eran propias para fixar á los christianos en la fe, y para afirmarlos en la unidad? Al contrario, ¿esta conducta cobarde y variable de los pastores no debia producir tanta incertidumbre sobre los principios de la fe, como sobre las reglas de la moral?

Por otra parte las sectas enemigas de la Iglesia, esparcidas en el Oriente, contribuian cada una por su término á la aniquilacion de la fe y á la depravacion de las costumbres. Unidas con un odio comun contra los pastores católicos y contra los emperadores, cuya intolerancia era la causa de los males, se unian por sus intereses con los musulmanes para abatir ó á lo ménos estrechar el poder de los unos y de los otros. Era su comun defecto la ignorancia: los obispos y los ministros inferiores que los gobernaban en quanto á lo espiritual no tenian otros conocimientos teológicos sino aquellos, cuya doctrina particular era el objeto de su comunion, y aquel zelo que era necesario para entretener en los corazones la aversion que habian jurado á la Iglesia, cuyo seno les estaba cerrado. Protegidos por los mahometanos que participaban de iguales disposiciones respecto á los católicos, todos estos christianos de diferentes sociedades trabajaban de comun acuerdo con estos enemigos de la verdad para corromper las costumbres, para hacer mas dificil la observancia de las leyes eclesiásticas, y para armar lazos á la piedad de los fieles.

En medio de esta agitacion y de estas pruebas era casi imposible que no recibiesen todos los dias las reglas de la disciplina nuevas alteraciones. No se seguian en las elecciones las reglas canónicas. La eleccion, el crédito, la violencia y la autoridad disponian de las prelacías; y era mas freqüentemente en favor de sugetos indignos, el recibir por lo que queda expuesto el precio de su baxeza, y aun freqüentemente de sus vicios y de su impiedad. Los obispos, por alta que fuese la eminencia de sus sillas, no esta-

ban jamas tranquilos en medio de su rebaño, especialmente si estaban ligados á la fe y á los intereses de la verdad, si mostraban zelo por la observancia de los sagrados cánones, y si eran incapaces de vender su obligacion para agradar á los hombres poderosos y ambiciosos, que se habian hecho árbitros de las gracias y de los castigos; pues eran arrojados de sus iglesias, ó ponian en su lugar hechuras de los que mandaban, persiguiendo á la clerecía, quando se negaba á reconocer á estos intrusos; y de consiguiente los pueblos estaban sin pastores muchos años, porque los que Dios les habia dado se hallaban violentamente separados, y aquellos que substituian el favor y la cabala á los primeros, no se hallaban en el órden de la sucesion legítima. Este azote, quizá mas funesto en los efectos que una abierta persecucion, afligió las iglesias de Oriente todo el tiempo que duró la usurpacion de Focio.

La ambicion de este falso patriarca y sus artificios criminales fueron asimismo la causa de otro mal, que el tiempo no hizo sino agriar, y que actualmente le hace quizá incurable su antigüedad. Encontró en el corazon de los orientales un rastro antiguo de zelos contra la iglesia de Occidente, que supo acomodar á sus proyectos de venganza y de perfidia quando en las ocasiones se creia bastantemente apoyado para afectar la revolucion y la independencia. Se sabe, que poco satisfecho de haberse abrogado el primer empleo, y de haber tomado el título pomposo de obispo ecuménico en perjuicio de la silla de Roma, cuyo primado fué siempre respetado, tuvo el atrevimiento de excomulgar al papa Nicolao I., pronunciando contra él una sentencia de excomunion, cuyo fuego no se apagó con aquel que le habia dado una nueva actividad, y permaneció largo tiempo oculto baxo sus cenizas, esperando algun otro hombre inquieto y ambicioso que le reanimase. Apareció este hombre en lo sucesivo, y su soplo excitó un incendio, cuyo estrago ha puesto desde tan largo tiempo un espacio inmenso entre las dos mitades de la sociedad christiana, que no se reunirá quizá jamas.

La disciplina que habia tomado un nuevo vigor en Occidente hácia fines del siglo octavo por el zelo de Carlo Magno, permaneció con toda la actividad que le habia dado hasta mediados del noveno. Produxeron asimismo las sabias instituciones de este príncipe grande felices efectos,

en la Iglesia como en el estado aun despues de su muerte. Sus sucesores en el trono de la Francia y del imperio Ludovico Pio, Lotario I., Cárlos el Calvo y aun Luis el Balbuciente, á pesar de su debilidad y poco talento, conservaron el zelo por las buenas costumbres, el mantenimiento de las leyes eclesiásticas y reforma de los abusos. Se les veia freqüentemente juntar á los obispos y á los abades, tratar con ellos diferentes puntos de disciplina canónica para la conservacion ó renovacion del buen órden, y publicar capitulares que trataban de reanimar la emulacion y el fervor, así en el estado eclesiástico como en los claustros. Mas bien pronto despues la molicie del gobierno, las guerras civiles, las correrías y los robos de los normandos traxeron la confusion, la negligencia, el olvido de las reglas y los vicios; de suerte que el fin de este siglo fué para la Iglesia y sus pastores un tiempo de debilidad y de sueño. ¡Estado funesto, del qual se pasa rápidamente al desprecio de las obligaciones, á la licencia y á los desórdenes mas escandalosos!

En este siglo fué la época en que los obispos dieron á su autoridad mas extension aun en las cosas puramente temporales. El falso zelo, mas bien que la ambicion y el deseo de dominar, les hizo pasar los justos límites, que no les permitia conocer la ignorancia de los verdaderos principios en esta materia, de que resultó algun bien y mucho mal, porque todo lo que excede los límites puestos por la naturaleza y la razon, es contrario al órden, y se convierte necesariamente en un principio de turbacion y de confusion; cuyo poder de los obispos se habia formado poco á poco en los siglos precedentes. Carlo Magno lo encontró establecido, y creyó que sabiamente dirigido, y mantenido en los términos de la subordinacion, podia ser útil á la sociedad christiana. Con esta mira, no contento con apoyarlo, lo extendió, lo fortificó, y lo hizo uno de los móviles de su política para la reforma y gobierno del estado; pero la experiencia enseña que toda autoridad fuera de su esfera se desnaturaliza bien pronto, y da orígen á los mas grandes abusos, lo que brevemente se experimentó. Desde que los obispos se vieron en posesion de una autoridad extraña, que desdice del carácter episcopal, resultó de ello una mezcla que á ellos mismos los engañó; y no distinguieron mejor lo que habian recibido de Dios

como obispos para la conducta espiritual del rebaño, que lo que no debian sino á la política de los príncipes y á la desgracia de los tiempos. Hicieron el primer ensayo de este poder abusivo en el piadoso y débil emperador Ludovico, hijo del monarca mas absoluto y mas respetado que habia ceñido la diadema en Occidente desde la decadencia de los romanos. Con qué admiracion no se les ve en el concilio de Savoniere en 859 obligarse por un decreto á permanecer siempre entre sí mismos unidos para la correccion de los reyes, de los grandes y del pueblo! Quando una vez se adelantó hasta este punto, no se conocieron mas límites, y fueron necesarios siglos enteros de lucha y de combates para levantar las barreras trastornadas, y poner las cosas en el órden natural.

Las falsas decretales no solamente fueron un nuevo principio de relaxacion en la disciplina, sino tambien la basa sobre la qual se ha visto á los papas apoyar todas sus pretensiones, y aquel poder exôrbitante que se atribuian hasta ponerse en posesion de una monarquía universal en el hecho, y hacerse soberanos de toda la tierra, por el exercicio de una dominacion que abrazaba toda la sociedad christiana. Estos títulos que, á pesar de su suposicion, tan largo tiempo sirvieron á realizar estas quimeras, eran la obra de un español llamado Isidoro Mercator (*a*), que vivió en el siglo octavo. Si se le puede dar crédito, á ruegos de un gran número de obispos emprendió esta coleccion de leyes canónicas, para servir de regla única y apli-

(*a*) Hay muchas razones críticas para creer que Isidoro Mercator no fué español. Primera: la España se hallaba entónces muy afligida baxo el yugo sarraceno para pensar sus naturales en colecciones. Segunda: es verosímil, que si el autor hubiese sido español, pondria mas decretales, como dirigidas á su nacion, para darle mayor realce; pero en tan numerosa coleccion solo se hallan cinco dirigidas á los españoles. Tercera: la circunstancia de haber sido en Alemania, donde se empezo primero á divulgar la coleccion por Riculfo, obispo de Maguncia, persuade que éste ú otro galo-franco fue el autor de ella: es verdad que desde luego corrió como llevada de España, y como obra de san Isidoro para darle mas autoridad y disfrazarla; pero así como este último es falso, segun todos los críticos, se puede juzgar lo mismo de lo primero. Quarta: los freqüentes idiotismos galo-francos y longobardos, que se encuentran en la coleccion, corroboran esta misma conjetura: y finalmente, este es el sentir de varios críticos modernos: á que se añade, que todas las colecciones canónicas españolas estan limpias de las piezas supuestas, como se ven en los archivos, y lo prueba el P. Constant, Benedict., y los puntos de que hubo novedad no se controvertian en España.

cable á todos los casos en la decision de los negocios eclesiásticos. Consiste el vicio de esta coleccion en que su autor, despues de los cánones de los apóstoles, insertó una serie de pretendidas decretales atribuidas á los antiguos papas, desde san Clemente hasta san Silvestre. Ademas de que estas piezas estaban absolutamente desconocidas de toda la antigüedad, y que los que se habian ocupado en semejantes compilaciones ántes de Isidoro, no habian aun sospechado su exîstencia; no hay una, sea por el estilo, sea por los hechos y las costumbres de que habla, sea por las datas, sea por el mismo fondo de cosas, que no traiga una señal evidente y sensible de falsedad, sin embargo, fueron recibidas y adoptadas sin la menor sospecha de impostura. Primero por Riculfo, segundo sucesor de san Bonifacio en la silla de Maguncia, y algunos otros obispos, y bien pronto por todo el Occidente. Era preciso que fuese bien grande la ignorancia de las primeras reglas de la crítica, y que la preocupacion por todo lo que llevaba el nombre de la antigüedad fuese bien ciega para caer en un lazo tan grosero. Esto no obstante, la impostura de Isidoro, por mas defectuosa que estaba, tuvo un suceso completo; de modo, que en el siglo noveno no conocia todo el Occidente otros principios de derecho, ni otras reglas para los juicios eclesiásticos, sino las falsas decretales.

Mas cómo han llegado á ser tan fatales á la disciplina? Fué por la atencion que puso el falsario de dexar caer en todas las piezas supuestas de su coleccion como un principio indubitable, que todos los asuntos debian ser llevados al papa en última instancia, y que la via de apelacion á este supremo tribunal está siempre abierta á toda suerte de personas, y en toda especie de causas, sin embargo de qualquiera sentencia que hubiese precedido. Por lo que se ve que estaba trastornado el antiguo derecho; que los obispos no tenian mas parte en el gobierno de la Iglesia, sino en calidad de executores del juzgado de Roma; y que no acontecia cosa en toda la extension de la sociedad christiana en que el papa no pudiese tomar conocimiento, y los mismos reyes en sus negocios personales, y en sus querellas públicas de soberanos á soberanos, estaban sujetos á un tribunal que podia citarlos, juzgarlos y castigarlos.

Se sometian con mucha dificultad los prelados franceses á este yugo extrangero. Un sentimiento noble les re-

cordaba algunas veces lo que debian á su dignidad, cuyos derechos los mas incontestables se hallaban reducidos á nada. Entónces hacian algunos actos vigorosos para conservar una autoridad de que trabajaban en despojarlos los pontífices romanos. Dieron un buen exemplo de esta generosa resistencia, con motivo de las discordias que se levantaron entre Cárlos el Calvo, y su sobrino el emperador Luis II., tocante á la Loreña. Tomó Adriano II. la defensa de los intereses de Luis contra Cárlos, amenazando imperiosamente á éste con excomunion, en caso de que no desistiese de sus pretensiones. Irritados los obispos de esta avilantez, escribieron á este pontífice por medio de la pluma del célebre Hincmaro de Rheims, que las amenazas de excomunion por parte del papa en materias puramente temporales eran una cosa nueva é inaudita en Francia: que los soberanos no tienen mas superior, ni mas Juez que Dios en lo concerniente á los derechos sagrados del trono, y que nunca habian emprendido sus predecesores extender su poder sobre los monarcas de la tierra.

A pesar de estos esfuerzos pasageros, y mal sostenidos de los obispos de Francia para conservar sus privilegios y su libertad, el nuevo derecho fundado en las decretales se establecia por el uso que continuaban en hacer los papas del poder ilimitado que les atribuian. No se tardó en experimentar en Francia los efectos de esta autoridad, que todo lo queria reglar y someter. Hincmaro, obispo de Laon, sobrino del otro Hincmaro, arzobispo de Rheims, habia sido excomulgado, y depuesto en el concilio de Douzi en 871 por sus violencias, y falta de respeto al rey, y por el abuso enorme que hacía de su ministerio; y apelando este prelado á la santa Sede, como no tenia mas objeto esta apelacion que ganar tiempo, y procurarse la impunidad, no tuvieron por conveniente concedérsela ni el rey, ni los prelados: por cuya razon, creyendo Adriano II. se hallaba ofendida la dignidad de la silla apostólica por esta conducta, se quejó por cartas llenas de altivez que escribió al rey y á los obispos, mandando al rey, en virtud del poder apostólico, el que le enviase á Hincmaro con una escolta para ser oido y juzgado de nuevo en Roma. Se le contestó con una firmeza que no esperaba, y luego que vió que no se intimidaban de su fiereza, se sua-

vizó, mudó de tono, y feneció confirmando la sentencia de los obispos de Francia.

Un acontecimiento de otro género habia ya dado al pontífice romano la ocasion de extender su autoridad en Francia, no solo sobre los obispos, sino sobre los mismos soberanos. Habiendo concebido Lotario, rey de Lorena, una pasion violenta por Valrada, acusó á la reyna Thietberga de un comercio incestuoso con su hermano. No se hallaba culpada la princesa, y la acusacion formada por su hermano no era imaginada, sino para facilitar un divorcio que meditaba, á fin de desposarse con su dama despues de la disolucion de su primer enlace. El miedo de la muerte obligó á confesar á Thietberga su pretendido delito. Por cuya violenta confesion fué condenada la desgraciada reyna en un concilio á hacer penitencia en un monasterio; pero habiéndose escapado de su prision, y refugiado en los estados de Cárlos el Calvo, hizo diputacion al papa implorando su autoridad contra el esposo infiel que la habia separado, y contra los jueces sobornados que habian confirmado su deshonor. Envió legados Nicolao I. que fueron seducidos por Lotario, y fué tambien declarada culpada Thietberga; mas reconociendo Nicolao la prevaricacion de sus legados, anuló todo lo que habia hecho, y depuso á los obispos que habian concurrido con ellos á oprimir la inocencia. Enviados por el papa nuevos legados, obligaron á Lotario á volver á tomar su esposa, y á separar á Valrada; pero este príncipe mas apasionado que nunca, volvió á llamar bien pronto el objeto de su amor despues de la partida de los legados. Permanecian las cosas en este estado, quando Adriano II. sucedió á Nicolao I. Este nuevo pontífice, no ménos zeloso que su predecesor en conservar y extender las prerogativas de su silla, permitió á Lotario pasar á Roma para justificarse. Este príncipe declaró con juramento, que despues de la prohibicion del papa Nicolao habia dexado todo comercio con Valrada, y recibió con grandes remordimientos la comunion por las manos de Adriano en prueba de lo que habia declarado; hicieron otro tanto muchos señores de la corte; mas el miedo del perjurio y del sacrilegio contuvo á otros. Así se terminó esta diferencia, en la qual toda la ventaja estuvo á favor de los pontífices romanos; en las épocas siguientes veremos los progresos de su autoridad.

Despues de estas observaciones, vamos á reducir á algunos puntos fixos y justos todo lo que las actas de los concilios celebrados en este siglo nos enseñan tocante á la disciplina. Por este método, que ya hemos seguido, es fácil comprehender de una sola ojeada la correlacion de los reglamentos canónicos, con los usos y costumbres de los tiempos que se quieran conocer.

1.º La oposicion que encontró Lotario quando quiso repudiar á Thietberga para casarse con Valrada, ¡no es una prueba de que se empezaban entónces á establecer en el Occidente principios justos y fixos tocante á la naturaleza, y á la indisolubilidad del vínculo conyugal! Y lo que sucedió en Constantinopla hácia fines del siglo precedente, prueba la misma cosa por lo tocante al Oriente. Despues de haber repudiado Constantino Porfirogeneto con falsas acusaciones á la emperatriz María con quien se habia desposado contra su gusto, dió su mano á Teodora que amaba apasionadamente. No se opusieron á su divorcio el patriarca Taraiso y demas cabezas de la clerecía, sino fundándose en la inocencia de María, de quien no se podia probar el pretendido atentado contra la vida de su esposo. De la misma manera, si el papa Nicolao se opuso en este siglo al repudio de Thietberga, fué porque Lotario no probó el comercio incestuoso de que la acusaba. De que se sigue, que si el uno y el otro hubiesen podido convencer á sus esposas, hubieran sido autorizados por los ministros de la Iglesia para separarse de ellas, porque se miraba entónces tanto en Oriente como en Occidente este delito, y el adulterio como una causa legítima de divorcio, que daba á la parte ofendida la libertad de contraer nuevo matrimonio.

2.º Se continuaba en miras á la poligamia sucesiva como un efecto de la incontinencia, y asimismo quando se alargaba demasiado, como un desórden escandaloso que no podia autorizar la Iglesia. Lo que se vió por las turbaciones que ocasionaron en la iglesia de Oriente los matrimonios multiplicados de Leon el Filósofo, que tuvo sucesivamente quatro esposas; pues encontró grandes obstáculos de parte del patriarca y de la clerecía quando quiso hacer proclamar emperatriz á la quarta Zoe carbonopsina, y reconocer por su sucesor al hijo que le habia dado.

3.º Los monumentos eclesiásticos de este siglo nos

enseñan, que á pesar de la influencia de los príncipes sobre la eleccion de los que ocupaban las prelaturas, se hallaban aun en uso las elecciones. Luego que quedaba vacante una iglesia, se avisaba al metropolitano de la provincia, quien ordenaba ayunos y oraciones para alcanzar de Dios un pastor, segun deseaban. Nombraba despues á un obispo visitador para presidir la eleccion, y recoger los votos de todos los órdenes de la clerecía, despues de haberlos exhortado á elegir sin pasion, y sin respetos humanos al que juzgasen el mas digno, esto es, el mas virtuoso, el mas sabio y el mas capaz para gobernar. El sugeto á quien se elegia debia ser presbítero ó diácono de la iglesia vacante, y el decreto de eleccion, escrito en pergamino, se enviaba al metropolitano para dar parte á los obispos de la provincia, y unidos todos le exâminaban, y se procedia despues á su consagracion segun el rito prescripto en los sacramentarios, que aun se observa.

4.º Freqüentemente se habló en los concilios, en los estatutos sinodales, en los capitulares de obispos, y en las demas actas de los tiempos, de corepíscopos, de cardenales, de curas y de decanos rurales; y por lo mismo no será fuera de propósito hablar aquí por lo que respecta á estas diferentes dignidades.

Los corepíscopos, cuyo verdadero orígen sube hasta fines del quarto siglo en el Oriente, y hasta el quinto en el Occidente, no eran sino simples presbíteros delegados por el obispo para exercer una parte de las funciones episcopales en los lugares de su diócesis, adonde no podia arrivar. En lo sucesivo se elevaron poco á poco hasta hacerse casi iguales con los obispos, cuya jurisdiccion se abrogaban, y tambien la facultad de ordenar: estas pretensiones favorecian la negligencia y la vida mundana de los prelados, tomando tanto vuelo, y causando tantas turbaciones, que no pudiendo reprimirlas los concilios, se determinaron á abolirlas, cesando totalmente esta dignidad en el curso del décimo y onceno siglo. Sucedieron los arcedianos á los corepíscopos, exerciendo todavía las funciones primitivas de estos, aunque está mas limitada hoy su jurisdiccion que no lo era en otros tiempos.

Conocióse desde el siglo quinto el título de cardenal, dábase entónces en la iglesia de Roma á los presbíteros y diáconos titulares que servian á las iglesias y á los diá-

conados, y los cardenales presbíteros acompañaban al papa en la celebracion de los santos misterios. Tuvieron los obispos, á exemplo del romano pontífice, sus presbíteros, cardenales y concelebrantes. En lo sucesivo los presbíteros y los diáconos cardenales de Roma formaron el consejo establecido por los papas, que tomaban de este colegio los legados y demas oficiales que empleaban en los negocios de la Iglesia Es este el segundo estado de su dignidad cardenalicia que duró hasta el décimo ó onceno siglo; mas poco á poco se fué acrecentando por el poder y los privilegios que les concedieron los soberanos pontífices, de suerte, que el cardenalato era ya en el siglo décimotercio el empleo mas elevado de la Iglesia despues del papa en el *Occidente*; y Inocencio IV. dió á los cardenales el sombrero encarnado en el concilio de Leon en 1245 como un símbolo de la disposicion en que deben estar de derramar su sangre por los intereses de la Iglesia. Bien luego despues por una natural extension llegó á ser el color encarnado el de sus vestidos, y se les asignó exclusivamente. Se fixó el colegio de cardenales al número de setenta, y se dividió en tres clases; es á saber, la de los obispos, que comprehende seis, la de los presbíteros, que es de cincuenta, y la de los diáconos, que llega á catorce. Sin embargo, estos títulos apropiados á estas diferentes clases, los pueden obtener simples clérigos, que por su promocion al capelo, tienen la preferencia sobre los mismos obispos. Tal es el grado sublime de su esplendor y de elevacion á que llegaron los cardenales, baxo un nombre, que recordándonos su principio, nos hace conocer quántas mudanzas ofrece el tiempo en las instituciones humanas.

Los curas, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos, no adquirieron un estado permanente, sino con la sucesion de los siglos, y con los engrandecimientos de la christiana sociedad. Desde el principio se les encargó el gobierno de las iglesias esparcidas á largas distancias en las campañas: despues se establecieron en las ciudades á medida que se engrandecieron. Formaron poco á poco el cuerpo de pastores de segundo órden, que baxo la inspeccion y dependencia de los obispos, celaban sobre la conducta de ciertas porciones del rebaño. Se ve por los capitulares de Teodulfo de Orleans, de Hincmaro de Rheims,

y por otros monumentos eclesiásticos que tenian ya una consideracion y un estado distinguido en el octavo y noveno siglo, aunque dependiesen aun de la voluntad de los obispos, que les mudaban y revocaban á su voluntad.

Los decanos ó deanes rurales, de quienes se principió á hablar en algunas actas de este siglo y del precedente, tenian la inspeccion de un cierto número de curas que componian su distrito. Velaban sobre su conducta, de que informaban al arcediano, quien daba cuenta al obispo. Se ve por los estatutos sinodales, formados por Hincmaro en 874, que la institucion de los decanos rurales dependia unánimemente del obispo.

5.º Las fiestas que guardaban en la iglesia de Francia eran pascua y toda la semana, la ascension, la pentecostés como la pascua, san Pedro, san Pablo, san Juan Bautista, la asuncion, san Miguel, san Remigio, san Martin, san Andres, navidad durante quatro dias, la octava de navidad ó la circuncision, la epifanía, la presentacion de nuestro Señor, y la fiesta de todos los Santos instituida por el papa Gregorio IV. en 837. Ademas se celebraban en cada diócesis la dedicacion de la iglesia catedral, las fiestas de los mártires y de los confesores en los parages adonde conservaban sus reliquias.

6.º El agua bendita con que se hacia la aspersion sobre el pueblo, y el pan bendito que se distribuia á los fieles que no habian comulgado, estaban en uso, como se ve por los estatutos sinodales de Hincmaro. La obligacion de rezar las horas canónicas se halla freqüentemente encargada á los presbíteros por los concilios de este siglo, lo que prueba que su práctica estaba ya establecida. Se les prescribe el trabajo de manos, y aun el del campo despues de la visita de los enfermos, y de rezar el oficio. Les es prohibido celebrar solos las misas, lo que acredita que las misas rezadas y particulares, de que se hizo ya mencion en los siglos precedentes, comenzaron á ser freqüentes en este.

7.º El lenguage que se usaba para la instruccion del pueblo era el tudesco y el romano vulgar, de que se han seguido despues muchas variaciones, primero en el romance, y despues en el frances actual. Tenian homilías distribuidas segun todas las fiestas del año los obispos, para quienes era siempre la predicacion una funcion principal.

Las traducian en tudesco ó en romance, segun la lengua que entendian los pueblos de sus diócesis; lo que prueba, que habia ya cesado el latin de ser el idioma comun del pueblo.

8.º El canto eclesiástico se habia perfeccionado en Roma despues de san Gregorio el Grande, aunque en el fondo fué siempre el mismo. En Francia se le habian añadido adornos de un gusto bárbaro; y los cantores de la capilla real tuvieron altercacion con los de la iglesia de san Pedro en uno de los viages que hizo á Roma Carlo Magno. Por una y otra parte se pretendia la victoria por el carácter del canto y su execucion. Tuvo bastante discernimiento el príncipe para conocer quanto en este género son preferibles la nobleza y sencillez á la afectacion. Estableció en su palacio una escuela de canto romano, y pidió al papa maestros para presidirla. Los sugetos que salieron de esta escuela formaron otros que se esparcieron en las provincias, y bien pronto hubo en cada catedral escuelas semejantes, y maestros con este título para dirigirlas; de que vinieron las dignidades de chantre y capiscol, que aun exîsten en todas las iglesias grandes. Tenian los príncipes á honor el asistir en el coro de los cantores, como se ha visto, por exemplo, en los emperadores de Oriente, y en nuestros reyes.

9.º Para la profesion de las religiosas y canonesas, se habia fixado la edad de veinte y cinco años, y ántes de ser admitidas las exâminaba el obispo. Guardaban una exâcta clausura, y su velo y vestido eran de color negro. En el año de 817 ó 18 se les habia compuesto una regla en el concilio de Aquisgran extractada de la de san Cesareo de Arlés, de que hemos hablado en el siglo sexto, y de las que habian formado para las canónigas san Crodegando y el concilio de Chelchit en 814 ó 16.

10.º Continuaban en ser de la devocion del tiempo las peregrinaciones á Roma, á san Martin, &c. Se mandaba á los peregrinos confesarse ántes de partir, porque debian ser ligados y absueltos por su pastor natural, y no por un extraño; este reglamento, sacado de un capitular de Heiton, obispo de Basilea, que murió en 836, prueba dos cosas: primera, que la confesion secreta se hallaba establecida en Occidente: segunda, que se extendia hasta el mismo papa la denominacion de extraño, tocante á la ju-

risdiccion de los obispos sobre sus diocesanos, y á la de los curas sobre los fieles de su distrito.

11.° La penitencia pública estaba aun en uso; pero no se practicaba sino en los delitos enormes y casos escandalósos; y en quanto á la penitencia secreta, los concilios y los capitulares recomendaban continuamente á los ministros de este sacramento proporcionar rigurosamente las satisfacciones á la culpa, y tomar por regla en este particular á los cánones antiguos, y reclamaban contra la floxedad que comenzaba á introducirse por la ignorancia de las reglas y por una débil condescendencia, reprueban ciertos libros penitenciales, cuyos autores eran hombres sin carácter en la Iglesia, y querian que solo se atuviesen á los autorizados por los concilios ó por los obispos.

12.° Subsistia aun la disciplina antigua, tocante á la observancia de la Quaresma y de la hora de la única comida que se permitia en este tiempo de penitencia; lo que se confirma por la reprehension que dió un obispo á Carlo Magno, porque comia dos horas despues del medio dia. Hizo ver este príncipe religioso al buen obispo, que executaba esto por no dilatar hasta muy entrada la noche el servicio de sus criados inferiores, que no se ponian á comer hasta que acabasen todos los demas.

13.° En la subscripcion de los concilios se hacia una señal en forma de cruz ántes de poner su nombre, lo que era una especie de juramento abreviado; y de la misma manera firmaron largo tiempo los emperadores de Oriente, y muchos de los reyes de Francia, de que se originó sin duda la costumbre conservada por los obispos de poner una cruz ántes de firmar su nombre.

14.° Se prohibió nuevamente por los cánones del octavo concilio general la ordenacion de los neófitos, y se prescribió el tiempo que debian pasar los clérigos en el exercicio de cada órden, que era de un año para el lector ó acólito, dos para el subdiácono, tres para el diácono, y quatro para el presbítero ántes de poder ser elevado al episcopado. Los males que habia causado á la Iglesia Focio, que de simple lego habia pasado rápidamente á la silla patriarcal de Constantinopla, hacen conocer mas y mas la prudencia de las reglas antiguas, y la precision de no derogarlas, á ménos que no lo exîja el bien evidente de la religion.

CRONOLOGÍA

DE LOS CONCILIOS.

SIGLO NOVENO.

Altinense: de Altina, en el qual imploró san Paulino de Aquileya el socorro de Carlo Magno contra Juan, duque de Venecia, que habia precipitado de lo alto de una torre á Juan, patriarca de Grado: asimismo se trataron en él muchas materias de fe y de disciplina. *Pagi.* Años de J. C. 802.

Aquisgranénse: de Aquisgran, concilio grande, convocado por Carlo Magno en el mes de Octubre. Los obispos con los presbíteros leyeron en él los cánones, y los abades con los monges la regla de san Benito, á fin de que unos y otros viviesen segun la ley que les estaba prescripta. *Conc. germ. tom. II.* 803.

Ratisbonense: de Ratisbona: se decidió en él que los corepíscopos no hiciesen las funciones episcopales no siendo sino presbíteros, y que todas las que hubiesen hecho serian declaradas nulas, y asimismo se prohibió hacer nuevos corepíscopos en lo sucesivo; mas esta prohibicion no se observó exâctamente, porque los corepíscopos no cesaron enteramente hasta mediados del siglo décimo. *Hartzheim, conc. germ. tom. II.* 803.

Cloveshovense III.: en el qual Adelardo de Cantorberi con doce obispos, y los abades y presbíteros de su dependencia, se quejó tambien de las usurpaciones, y renovó los anatemas contra los que hiciesen semejantes atentados.

Tegernescense: en el monasterio de este nombre, en la dióoesis de Frisinga en 16 de Junio, sobre un pleyto entre el abad y el obispo diocesano. *Conc. germ. tom. II.* 804.

* *Constantinopolitanum*: en el qual el patriarca Nicéforo con quince obispos poco mas ó ménos, restableció por condescendencia al presbítero Josef, que habia sido depuesto por Taraiso en 797. Se opuso al decreto de este concilio san Teodoro Studita, y de consiguiente se separó 806.

de la comunion del patriarca. En este concilio se arreglaron las ceremonias para la consagracion de un archimandrita ó abad. *Mansi in Pagium.*

807. *Saltzburgense*; de Saltzbourg, el 26 de Enero, en que se decidió segun los cánones, que los diezmos debian partirse en quatro porciones, la primera para el obispo, la segunda para los clérigos, la tercera para los pobres, y la quarta para la fábrica de las iglesias. *Le-Cointe, Pagi, Hartzheim. conc. germ. tom. II.*

809. * *Constantinopolitanum*: en el mes de Enero. Un número grande de obispos declaró, que el matrimonio de Constantino con Teodora, dama de la cámara de la emperatriz María, á quien habia repudiado, era válido con dispensacion, y se excomulgó en este concilio á san Platon, San Teodoro Studita, y á su hermano Josef, arzobispo de Tesalónica, que miraban á este matrimonio como un adulterio, y que se negaban á comunicar con el presbítero Josef por haberlo hecho; con motivo de este casamiento fué muy grande la persecucion contra los monges.

809. *Aquisgranense*: de Aquisgran, en el mes de Noviembre. En él se trató la qüestion, si el Espíritu santo procede del Hijo como del Padre. Para decidirla envió el emperador á Bernairo, obispo de Worms, y Adelardo, abad de Corbia, para consultar al papa Leon, con quien tuvieron los diputados una grande conferencia sobre la palabra *Filioque*, que cantaban en el símbolo de las iglesias de Francia y de España; pero no en la de Roma. Hubiera deseado el papa que se hubiese tenido la misma reserva en todas partes, mas no condenó á los que cantaban *Filioque*. Confesaba asimismo, que esta palabra explicaba la fe verdadera, pero respetaba á los concilios que habian prohibido añadir cosa alguna al símbolo. Hizo mas Para demostrar su inclinacion á la antigüedad, y para no herir la delicadeza de los griegos, mandó fixar en la Basílica de san Pedro dos tablas de plata, y en una de ellas estaba gravado el símbolo en griego, y en la otra el mismo símbolo en latin, mas ambos sin la adicion *Filioque*.

812. *Constantinopolitanum*: de Constantinopla, en primero de Noviembre. Juntó este concilio el emperador Miguel Curopalato, para deliberar sobre las ofertas que hacian los búlgaros de concederle la paz, con la condicion de devol-

verles los tránsfugos de su nacion. Se dividieron los votos. Años de
El emperador y el patriarca estaban por la paz; pero san J. C.
Teodoro Studita y otros muchos se opusieron, y prevaleció su partido. *Teofane, ad an. 805.*

Arelatense: el 10 de Mayo. *Romense*: á mediados de 813.
Mayo. *Moguntiacum*: en 9 de Junio. *Cabilonense & Turonense*: cinco concilios tenidos por órden de Carlo Magno para corregir los abusos, y restablecer la disciplina eclesiástica, en los quales se formáron un grande número de cánones. En el concilio de Tours se advirtió á los obispos diesen disposicion para que cada presbítero tuviese para su uso las homilías de los padres, traducidas á la lengua romana comun, ó á la teotisca; lo que prueba que ya habia cesado el latin de ser la lengua vulgar.

Aquisgranense: en el mes de Septiembre. Hizo leer 813.
Carlo Magno en una grande junta todos los cánones de los cinco concilios precedentes, y mandó publicar un capitular de veinte y ocho artículos, incluyendo algunos de estos cánones, cuya execucion tenia mas necesidad del poder temporal.

Noviomense: de Noyon, por Vulfario, arzobispo de 814.
Rheims, en el que se arregláron los límites de las diócesis de Noyon y de Soison.

Constantinopolitanum: hácia las fiestas de navidad, por 814.
el patriarca Nicéforo, á la frente de docientos y setenta obispos. En el que se condenó á Antonio metropolitano de Silea en Pamfilia, convencido de la heregía de los iconoclastas, y se confirmó asimismo la doctrina verdadera sobre el culto de las imágenes. *Labbe Conc. tom. IX. Mansi supplem. tom. I.*

Constantinopolitanum: por los iconoclastas, en el 815.
mes de Febrero, en el qual fué depuesto el santo patriarca Nicéforo.

Constantinopolitanum: en el mes de Abril. Gran- 815.
de concilio de los iconoclastas baxo del emperador Leon. Fueron borradas con cal en todas partes todas las pinturas de las iglesias, rotos los vasos sagrados, y despedazados los ornamentos, &c. Fué grande la persecucion contra los católicos; y este concilio, que presidió el falso patriarca Teodoto Cassitero, fué una continuacion del precedente.

Celichitense: de Cilchit, en Inglaterra, el 27 de Julio, 816.
en el qual se halló presente Quenulfo, rey de los mercia-

Años de J. C. nos, y se hicieron once cánones, ordenando en uno de ellos á todos los obispos que pusiesen la data del año de la encarnacion en sus actas. Presidió á este concilio Valfredo de Contorberi, asistido de doce obispos, de muchos abades, presbíteros y diáconos.

816. *Aquisgranense*: en el mes de Octubre. Se formó en él una regla para los canónigos, compuesta de ciento y quarenta y cinco artículos; se hizo asimismo una para las canonesas que contiene ocho artículos; eran estas verdaderas religiosas, ligadas con el voto de castidad, y guardando exâctamente la clausura, veladas y vestidas de negro.

816. *Romanum*: en el qual el papa Esteban IV. publicó un cánon, mandando que la eleccion del papa se hiciese por los obispos y el clero en presencia del senado y del pueblo, y su consagracion delante de los diputados del emperador. *Muratori, Mansi.*

817. *Aquisgranense*: en el que se hicieron constituciones sobre la regla de san Benito, que confirmó el emperador Luis, é hizo executar con su autoridad.

821. *Apud Theodonis Villam*: de Tienville, por treinta y dos obispos, en el mes de Octubre. Se formaron en él quatro ó cinco artículos para la seguridad de los eclesiásticos, que confirmó en el año siguiente el emperador Luis. No concuerdan el padre Labbe y el padre Hartzheim sobre lo acaecido en este concilio, y el padre Mansi le coloca en 813.

822. *Cloveshovense IV.*: de Cliffe, en Inglaterra, en el que Vulfredo de Cantorberi se hizo restituir un territorio que le habia usurpado el rey Quenulfo, y que la abadesa Cinedrida, su hija y su heredera, retenia contra su voluntad.

822. *Attiniacense*: de Attiñi, en el qual Ludovico Pio por consejo de los obispos y de los señores, se reconcilió con sus tres hermanos, Hugo, Drogon y Teodorico, á quienes habia hecho tonsurar contra su voluntad. Se confesó públicamente de esta accion, y del rigor de que habia usado contra su sobrino Bernardo, rey de Italia, y contra el abad Adelardo y su hermano Vala, y haciendo penitencia pública, se propuso imitar la del emperador Teodosio. Mostró un grande deseo de reformar todos los abusos introducidos por el descuido de los obispos y de los

señores, y confirmó la regla de las canonesas y la de los monges que se habian hecho en Aquisgran. Años de J. C.

Romanum: en donde el papa Pascual, en presencia de treinta y quatro obispos, se purgó con juramento de la acusacion intentada contra él de haber hecho sacar los ojos al maestro de capilla Teodoro, y al nomenclator Leon. *Mansi, suppl. tom. I.* 823.

Compendiense: de Compieña, sobre el abuso de las cosas. 823.

Cloveshovense V. Se terminó en él una diferencia entre Hebert de Vouchestra y los monges de Berclei, tocante al monasterio de Vestbury, que fué restituido al obispo. El decreto con fecha de 30 de Octubre, le firmaron el rey Bernulfo, doce obispos, quatro abades, un diputado del papa y muchos señores. 824.

Parisiense: en el mes de Noviembre, en donde tuvieron á bien los obispos que el papa Adriano hubiese reprehendido en su presencia á los que rompian las imágenes; pero estos le vituperaron de haber mandado adorarlas supersticiosamente. No ordenaba Adriano adorar supersticiosamente las imágenes, mas los obispos de Francia por un error de hecho lo creyeron así. Asimismo vituperaron el segundo concilio de Nicea, y aun mas el de los iconoclastas celebrado en 754, y en todo se atuvieron á los libros carolinos. *Goldust.* 825.

Aquisgranense: fué este una continuacion del de Paris, desde donde enviaron los obispos su decision al emperador que se hallaba en Aquisgran el 6 de Diciembre; y todo se envió al papa por dos obispos. No se sabe qual haya sido la resulta de la negociacion de estos obispos cerca del papa, mas es cierto que sostuvieron aun algun tiempo los franceses, que no se debia ni romper, ni adorar las imágenes, sin recibir el segundo concilio de Nicea, ni someterse en este punto á la autoridad del papa que le habia aprobado; y esto no obstante, es igualmente cierto que permanecieron siempre en comunion con la santa silla, sin que jamas se haya notado un momento de interrupcion. *Fleury.* 825.

Ingelhenheimense: de Ingelheim, sobre el Seltz, en primero de Junio, en donde se publicó un capitular de siete artículos, de los quales el sexto prohibe celebrar la misa en un oratorio particular sin permiso del obispo diocesano. 826.

Años de J. C. 826. *Romanum*: el 15 de Noviembre, baxo Eugenio II: al que asistieron sesenta y dos obispos, diez y ocho presbíteros, seis diáconos, y otros muchos clérigos, y se formaron en él treinta y ocho cánones, la mayor parte para la reforma de la clerecía. Ordena uno de los cánones, conforme á una ley de Carlo Magno, que se estableciesen maestros en los palacios de los obispos, y sobre todo en donde lo pidiese la necesidad, para enseñar la gramática y la santa escritura.

827. *Mantuanum*: de Mantua, compuesto de setenta y dos obispos, en donde se concedió al patriarca de Aquileya toda la extension de su antigua jurisdiccion; es decir, que se le sometió la Istria, que seguia obedeciendo al patriarca de Grado, desde el año de 579, época de la translacion de la silla patriarcal de esta ciudad, sin miramiento al restablecimiento de la misma silla patriarcal de Aquileya, hecha por los obispos lombardos en 605. *Mansi. suppl. tom. I.*

829. *Parisiense*: en domingo 6 de Junio. En la asamblea celebrada en Aquisgran á fines del 828 ordenó el emperador Luis quatro concilios, en Maguncia, en Paris, en Leon y en Tolosa. Todos quatro se verificaron; pero solo conservamos las actas del de París, al que concurrieron quatro metropolitanos, y en todos veinte y cinco obispos. Estan divididas en tres libros las actas de este concilio. El primero contiene cincuenta y quatro artículos, cuya mayor parte pertenecen á los obispos. El segundo comprehende trece que se dirigen á las obligaciones de los reyes; y en el tercero dan cuenta los obispos á los emperadores Luis y Lotario, y repiten veinte y seis artículos del primero, demandando en particular á los emperadores la execucion de diez de estos artículos. Lo mas importante de este concilio es relativo á las contiendas de las dos potestades, de la real, en quanto á que los príncipes desde largo tiempo se introducian en los negocios eclesiásticos; de la eclesiástica en quanto á que los obispos, parte por ignorancia, parte por ambicion, se ocupaban mas que debian en los negocios temporales.

829. *Moguntinum*: de Maguncia, por el arzobispo Organrio y otros veinte y tres obispos, y es el uno de los quatro concilios de que acabamos de hablar. Compareció en él Gothescalco, monge de Fulda, con su abad Rabano,

para pedir la absolucion de los votos de la vida monástica, Años de J. C.
en consideracion á que habia sido ofrecido á la religion por sus padres en su infancia, sin su noticia y contra su voluntad. Despues de haber oido los prelados las razones de oposicion de Rabano, declararon por indisolubles las obligaciones de Gothescalco, y solo le permitieron pasar del monasterio de Fulda al de Orbas. *Conc. germ. tom. II.*

Vormatiense: de Worms, despues de los quatro concilios precedentes. En donde se hizo un capitular de muchos artículos, de los quales el mas considerable prohibe la prueba del agua fria practicada hasta entónces. Tenemos un tratado de Agobardo compuesto hácia este tiempo contra todas las pruebas que llamaba entónces el pueblo juicios de Dios. 829.

* *Constantinopolitanum*: en donde hizo proscribir el emperador Teófilo las santas imágenes. 829.

Lugdunense: de Leon de Francia, del qual nos ha quedado una carta sinódica de Agobardo, arzobispo de Leon; de Bernardo, arzobispo de Viena, y de Eaof, obispo de Chalon sobre el Saona, dirigida al emperador Ludovico Pio, en que se quejan de la proteccion que sus ministros concedian á los judíos, y de los inconvenientes que de esto resultaban á los christianos. *Mansi, suppl. conc. tom. I.*

Noviomagense: de Nimega, en el qual fué depuesto Jesse, obispo de Amiens, por haberse declarado entre las cabezas de la rebelion contra el emperador Luis. D. Ceillier pone este concilio en 831. 830.

San-Dionisyanum: de san Dionisio en Francia, el primero de Febrero, por órden del emperador Ludovico Pio, y á solicitud del abad Hilduino, para la reforma de este monasterio. Ha dado D. Mabillon las actas de este concilio por el original en pergamino, pero tan maltratado, que la parte mas sana no es inteligible. *Diplomat. l. 6. n. 74.* 832.

* *Compendiense*: de Compieña, asamblea digna del horror de todos los siglos, en donde el emperador Ludovico fué puesto en pública penitencia, y considerado, como que no podia llevar mas las armas, ó como si estuviese depuesto. 833.

San-Dionysianum: de san Dionisio, en donde el emperador quiso ser reconciliado con la Iglesia por el ministerio de los obispos, y recibir de su mano la espada que lo 834.

Años de J. C. habian quitado, mas no la corona, que la tenia solamente de Dios. Lo que sucedió en primero de Marzo, dominica segunda de Quaresma.

835. *Apud Theodonis Villam*: de Thionville, en el mes de Febrero, en el qual mas de quarenta obispos declararon nulo todo lo que se habia hecho contra Ludovico Pio, y le conduxeron á la catedral de Metz para hacer mas solemne su rehabilitacion, que se hizo en el domingo de Quinquagesima, último dia de Febrero, durante la misa. Fueron en seguida depuestos Agobardo de Leon y Bernardo de Viena, despues de la vuelta de los obispos á Thionville, y finalmente Ebbon de Rheims lo fué mas solemnemente que los otros dos que se hallaban ausentes, habiendo él mismo consentido en su deposicion, y renunciado para siempre el obispado.

835. *Stramiacense*: de Cremien en Leonés en el mes de Junio por el emperador Ludovico Pio con sus dos hijos Luis y Pepino. En el qual pidió el emperador que se proveyesen las sillas de Leon y de Viena, vacantes por deposicion de Agobardo y de Bernardo, depuestos en el concilio de Thionville; pero hallándose ausentes estos dos prelados, nada quiso determinar la asamblea. *Pagi ad ann.* 836.

836. *Aquisgranense*: el seis de Febrero con muchas advertencias á los eclesiásticos, á los monges, al mismo emperador, á sus hijos, á sus ministros, y en particular á Pepino, rey de Aquitania, para obligarle á la restitucion de los bienes eclesiásticos, que en efecto restituyó, é hizo restituir á todos los que los habian usurpado.

838. *Aquisgranense*: el 30 de Abril, tocante á la diferencia de Aldérico, obispo de Mans, con la abadía de Anisola ó de san Calés, que pretendia estar exênta de su jurisdiccion; pero nada se decidió. *Mansi*.

838. *Carisiacum I.*: de Quensi sobre el Oisa, el 6 de Septiembre á presencia del emperador, en donde el diácono Floro denunció é hizo condenar las obras litúrgicas de Amalario, corepíscopo de Leon; y asimismo se juzgó en él la diferencia del obispo de Mans con la abadía de san Calés en favor del primero. Pagi coloca este concilio en 837, aunque la vida de san Aldérico lo pone en 838. *Mansi suppl. conc. tom. I.*

839. *Cabilonense*: de Chalon sobre el Saona hácia el mes de Octubre; en el qual expuso el emperador Ludovico Pio á

los prelados y á los señores las razones que habia tenido para dar á su hijo Cárlos el reyno de Aquitania con preferencia á los hijos de Pepino. Años de J. C.

Cordubense: de Córdoba, de siete obispos y el metropolitano de Toledo, Wistremiro, contra la heregía de los acéfalos, que reunian los errores de Maniqueo, Vigilancio y otros; y se establecieron en Egabro, hoy Cabra. Quando se celebró este concilio era obispo de Córdoba Recafredo, uno de los que asistian á él (a). 839.

Engilhenheimense: de Ingelheim, el 24 de Junio, en donde fué restablecido Ebbon á Rheims por un acto del emperador Lotario, firmado de veinte obispos. Ordenó algunos clérigos despues de su restablecimiento. Ebbon mas en el año siguiente le sacó de Rheims Cárlos el Calvo. 840.

Germanicum: en presencia de los reyes Luis de Germania y Cárlos el Calvo, en donde se decidió que la victoria conseguida en Fontenai contra el emperador Lotario por sus hermanos, era un juicio de Dios. Se ordenaron en él tres dias de ayuno y de oracion por los que por una y otra parte habian muerto en esta batalla. *Conc. germ. tom. II.* D. Cellier pone este concilio en el mismo Fontenai. 841.

Constantinopolitanum: baxo el emperador Miguel y la emperatriz Teodora su madre, el 19 de Febrero en el domingo primero, y no segundo de Quaresma. Este concilio muy numeroso, el qual presidió el patriarca Metodio, confirmó el concilio segundo de Nicea, anatematizó á los iconoclastas, ratificó la deposicion de Juan Leconomate y la ordenacion de Metodio su sucesor. En memoria de este concilio llaman los griegos al primer domingo de Quaresma *la fiesta de la ortodoxía ó sana doctrina.* Ved. á Metodio, patriarca de Constantinopla. 842.

Aquisgranense: en donde los dos reyes Luis y Cárlos el Calvo, por órden de los obispos, dividieron el reyno de Lotario en Francia, baxo la promesa de gobernarle segun la voluntad de Dios, y no del modo que le habia gobernado Lotario. 842.

(a) Este concilio, de quien no tuvo noticia Ducreux, fué pocos años hace descubierto por el R. P. M. Ibarreta, benedictino en san Isidro el real de Leon, y publicado en el *tom. 15 de la Españ. Sagr. del P. Florez, pag. 1660.*

Años de J. C. 843. *In Villa Colonia*: de Culena, cerca de la ciudad de Mans, ó de Culeha en Turena, en la Viena, en donde formó Cárlos el Calvo un capitular de seis artículos, que fueron llevados segunda vez al concilio de Meaux de 845.

843. *Apud Lauriacum*: de Loira, cerca de Angers, en el mes de Octubre. Se hicieron en él quatro cánones, y los dos primeros anatematizan á los que no obedecen al rey.

843. *Germaniciense*: de Germigni, en el Orleanes, en donde se trataron muchos asuntos importantes á la Iglesia, y en particular á la reforma del órden monástico.

844. *Apud Throdonis Villam*: de Thionville, en el mes de Octubre, en un sitio llamado en aquel tiempo *judicium*, y hoy *jeust*. Prometieron en él Lotario, Luis y Cárlos de guardar entre sí una amistad fraternal, y de restablecer el estado de la Iglesia, turbado por sus divisiones, y los obispos formaron sus artículos que prometieron observar los reyes.

844. *Vernense II.*: del castillo de Vern, en Diciembre. En donde presidió Ebroin archi-capellan del rey Cárlos, y obispo de Poitiers, á presencia de Venilon de Sens. Se hicieron en él doce cánones, y en el prefacio se exhorta al rey á conservar la paz con sus hermanos.

845. *Bellovacense*: de Bovés, en el mes de Abril por diez obispos. En donde fué elegido Hincmaro arzobispo de Rheims, y se hicieron ocho artículos que prometió observar con juramento al rey Cárlos.

845. *Meldense*: de Meaux, el 17 de Junio, por los obispos de tres provincias, Sens, Rheims y Burges. En el qual se recogieron los cánones de algunos concilios precedentes, á los que se añadieron cincuenta y seis, que componen en todo 80.

846. *Parisiense IX.*: el catorce de Febrero, tocante al negocio de Ebbon, que para vengarse de Cárlos emprendió Lotario restablecer en Rheims mas de un año despues de la ordenacion de Hincmaro que sabia era fiel á Cárlos; mas fué inútil esta solicitud. Se confirmaron en él los privilegios de Corbia, á que subscribieron veinte obispos.

846. *Senosense*: de Sens, en el qual Venilon ordenó de corepíscopo á Andrado Módico.

847. *Constantinopolitanum*: por el patriarca san Ignacio, en donde fué depuesto Gregorio, obispo de Siracusa, por di-

versos delitos de que fué convencido. Todos los modernos, Años de
á excepcion del padre Mansi, colocan este concilio, pero J. C.
erradamente, en 854.

Moguntinum I.: de Maguncia, en Septiembre ó Octubre, por Rabano Mauro, á la frente de doce obispos, y de muchos abades, principalmente para remediar las usurpaciones de los bienes eclesiásticos. Se hicieron en él treinta y un cánones. 847.

Moguntinum II.: en principios de Octubre, por el mismo, en donde fué condenada la doctrina de Gothescalco sobre la predestinacion. 848.

Lemovicense: de Limoges, en donde ruegan los canónigos de san Marcial al rey Cárlos el Calvo, que estaba presente, y obtuvieron el permiso de abrazar la vida monástica. 848.

Britannicum: por órden de Nomenoi, duque de Bretaña, sobre que no ordenaban sino por dinero los obispos de este ducado á los presbíteros, ni á los diáconos. Se enviaron á Roma dos obispos, y suplicó Nomenoi á san Convoyon fundador, y primer abad de Redon, los acompañase. 848. á lo mas.

Romanum: en donde declaró el papa Leon á los obispos bretones, que no debe tomar cosa alguna ningun obispo por conferir las órdenes, baxo pena de deposicion: mas no los depuso por lo pasado, y los volvió á despachar despues de haberles hecho diferentes avisos. *Mabillon. ses. IV. Bened. part. 221.* 848. á lo mas.

Rotonense: en el monasterio de san Salvador de Redon, en Bretaña, en el qual obligó Nomenoi á quatro obispos bretones á renunciar sus sillas, colocando á otros en su lugar, y exîgió tres obispados nuevos, Dol, san Brieux y Treguier, dando á Dol, para separarlo de todos estos siete obispados, el nombre de metrópoli, que á pesar de la de Tours ha conservado durante trescientos años. Fueron consagrados los siete obispos en Dol, y Nomenoi declarado rey, que era lo que se habia propuesto en todas estas mudanzas. 848. á lo mas.

Lugdunense: por el arzobispo Amelon, en donde se ordenó que Usuardo, abad y arcediano, no se sabe de qué iglesia, diese libertad al presbítero Godelcairo. No se conoce este concilio sino por la carta 80 de Lupo de Ferrieres, dirigida á Usuardo. Se encuentran aun hoy algunos 848.

Años de J. C. exemplares de estos abades arcedianos. Tal es el arcediano de Clermont, que lleba el nombre de abad.

849. *Carisiacense II.*: de Quiersi, sobre el Oisa, en Abril ó Mayo, en donde fué condenado Gothescalco por Hincmaro y doce obispos á ser azotado y encerrado en Hautvilliers, en cuya prision escribió dos profesiones de fe, con el sentido del escrito que habia dado al concilio de Maguncia en 848. Se escribió entónces en favor y contra de Gothescalco.

849. *Carnotense*, de Chartres, en donde se dió la tonsura á Cárlos, hermano menor de Pepino, rey de Aquitania.

849. *Parisiense X.*: hácia el otoño, de veinte y dos obispos. Se escribió en él una carta de reprehension á Nomenoi, pretendido rey de Bretaña, relativo á todo lo que hemos referido en 848. En este concilio, llamado algunas veces de Tours, porque le presidió el arzobispo de Tours, fueron depuestos todos los corepíscos de Francia, segun el testimonio de Alberico; sin embargo, se vieron aun algunos despues.

850. *Ticinense ó Papiense*: de Pavía, á fines del año. En el qual se hicieron veinte y cinco cánones.

850. *Apud Murittum*: de Moret, en la diócesis de Sens. No se sabe qual fuese el objeto de este concilio, del qual no nos ha quedado mas monumento que el fragmento de una carta que escribió á Erchenrado, obispo de Paris.

851. *Beringdonense*: de Beningdon, en el reyno de Mercia, en Inglaterra, en 27 de Marzo, por Ceolnoth, arzobispo de Cantorberi, á presencia de Bertulfo rey de los mercianos, en donde despues de haber tratado de diferentes negocios del reyno, concedió este príncipe un amplio y magnífico privilegio al monasterio de Croylando.

852. *Cordubense*: de Córdoba; en donde el rey Abderramen musulman hizo juntar á los metropolitanos de diferentes provincias para buscar los medios de pacificar á los infieles; en el qual se hizo un decreto que prohibia ofrecerse al martirio en lo sucesivo.

852. *Moguntinum III.*: de Maguncia, baxo Rabano, en el qual se hicieron diferentes reglamentos sobre disciplina. Ha dado sus actas el padre Hartzheim, desconocidas al padre Labbe. *Conc. germ. tom. II.*

853. *Suessionense*: el 26 de Abril, en la iglesia de san Medardo, de veinte y seis obispos de cinco provincias, á

presencia del rey Cárlos. Fué reconocida por legítima la ordenacion de Hincmaro, y las ordenaciones hechas por Ebbon despues de su deposicion declaradas nulas. Años de J. C.

Carisiacense III.: de Quiersi, sobre el Oisa, en donde algunos obispos y algunos abades subscribieron á quatro artículos compuestos por Hincmaro contra la doctrina de Gothescalco. 853

Parisiense XI.: de Paris, para la ordenacion de Eneas. No pudiendo hallarse en él san Prudencio de Troyes, envió quatro artículos contrarios á los de Hincmaro, para hacerlos subscribir á Eneas ántes de consentir en su ordenacion. 853.

Vermeriense: de Verbería, en el mes de Agosto, en el qual quatro metropolitanos y muchos obispos aprobaron los artículos que habia publicado el rey en el concilio de Soisons. 853.

Romanum: en 8 de Diciembre, baxo Leon IV., de setenta y siete obispos. Se depuso en él al presbítero Anastasio, cardenal, del título de san Marcelo, porque habia cinco años que se hallaba ausente de su empleo. En seguida se publicaron quarenta y dos cánones, cuyos treinta y ocho primeros son sacados del concilio celebrado por Eugenio II. en 826, con algunas adiciones. Los quatro últimos cánones son nuevos. 853.

Valentinum III.: de Valencia, en el delfinado, el 8 de Enero, en donde catorce obispos con sus metropolitanos hicieron veinte y tres cánones, cuyos seis primeros, teniendo á la doctrina por objeto, pronunciaron sobre las contestaciones que habian levantado en la Iglesia las opiniones de Gothescalco. 855.

Ticinense ó Papiense: de Pavía, en el mes de Febrero, en el qual se formaron diez y nueve artículos para reformar los abusos, á pedimento de Luis hijo de Lotario. 855.

Apud Villam Bonoilum ó Bonogisilum: ; de Bonevil, cerca de Marne, á tres leguas de Paris, en 25 de Agosto, por los arzobispos Amauro de Tours, Venilon de Sens, Hincmaro de Rheims, Pablo de Ruan, veinte y tres obispos y trece abades sobre las diferencias del obispo de Mans, con la abadía de Anisola ó de san Calés. 855.

Vintoniense: de Vinchestre, en el mes de Noviembre, en donde se ordena á presencia de tres reyes de diferentes provincias de Inglaterra, que en lo venidero la décima par- 855.

Años de J. C. te de todas las tierras del reyno de Essex perteneceria á la Iglesia, libre de todas cargas, para libertarla del pillage de los bárbaros ó normandos, que no desolaban ménos á la Inglaterra que á la Francia.

857. *Carisiacense IV.*: de Quierci, en el qual juntó Cárlos el 25 de Febrero á los obispos y señores para remediar los males de la Iglesia y del estado.

857. *Moguntinum*: de Maguncia, hácia el mes de Octubre, baxo la autoridad del arzobispo Cárlos, hijo del rey Pepino, sobre materias de derecho eclesiástico, cuyo contenido no ha llegado á nosotros. *Conc. germ. tom. II.*

857. *Wormatiense*: de Worms, en donde se concluyó la union de la iglesia de Hamburgo á la de Brema, que fué ratificada por el papa Nicolao I. *Conc. germ. tom. II.* Alarga el padre Mansi este concilio al año de 864.

858. *Carisiacense V.*: de Quierci, sobre el Oisa, de donde los obispos de las provincias de Reims y de Ruan, en 25 de Noviembre, escribieron una larga carta de reprehension al rey Luis, porque venia á Francia para apoyar á los señores descontentos con el gobierno del rey Cárlos.

858. *Turonense*: de Tours, el 16 de Mayo, por el arzobispo Gerardo, en el qual se hicieron algunos extractos de los cánones en que se ordena la observancia. *Bouquet. tom. VII.*

858. *Constantinopolitanum.* Habiendo sido sacado san Ignacio de Constantinopla el 25 de Noviembre de 857 por el César Bardas, á quien justamente habia negado la comunion, y habiendo sido ordenado Focio en su lugar en 25 de Diciembre del mismo año, celebraron los obispos de la provincia de Constantinopla un concilio en 858 en la iglesia de santa Irene, en el qual declararon depuesto á Focio con anatema, así contra él, como contra qualquiera que le reconociese por patriarca.

* Durante la celebracion de este concilio, que duró quarenta dias, habiendo Focio reunido sus partidarios en la iglesia de los apóstoles, usó de represalias contra san Ignacio, desterrado á la sazon á la isla de Mitilene, y declarándole despojado de la dignidad patriarcal, le privó de la comunion, y le anatematizó. *Nicetas in vita sancti Ignatii.*

859. *Lingmense*: de la abadía de SS. Jaumes, cerca de

Langres, el 19 de Abril, en donde presidieron Remigio de Leon y Agilman de Viena. Se formaron en él diez y seis cánones, de los quales los seis primeros son los del concilio de Valencia sobre la predestinacion. Años de J. C.

Metense: de Metz el 28 de Mayo para solicitar la paz de Cárlos el Calvo y de Lotario, su sobrino, con Luis el Germánico. 859.

Tullense I.: de Toul ó de Savoniere, *apud Saponarias*, el 14 de Junio, de doce provincias de los tres reynos de Cárlos el Calvo, de Lotario y de Cárlos, sus sobrinos, que asistieron á él: en donde se hicieron trece cánones, cuya mayor parte pertenece á negocios particulares. 859.

Aquisgranense: de Aquisgran el 9 de Enero, con motivo de la reyna Tietberga, muger de Lotario, que se reconoció culpable de un gran delito delante de los obispos, cuya confesion hizo asimismo al rey, á algunos señores y á los obispos nuevamente en una segunda asamblea, tenida tambien en Aquisgran á mediados de Febrero. Se la encerró en un monasterio, de donde se escapó despues. 860.

Confluentinum: de Coblentz, el 17 de Junio. En el qual los cinco reyes, Luis, Cárlos y sus tres sobrinos, Luis, Lotario y Cárlos se hicieron una promesa con juramento de socorro mutuo, y convinieron en algunos artículos entre sí.

Moguntinum: por Cárlos arzobispo de Maguncia, y otros ocho obispos, en donde se declaró nulo el matrimonio de Abdon contraido con una parienta en quarto grado. Grimoldo, abad secular de san Gal, que se hallaba en este concilio, reproduxo en favor de este casamiento una bula de la santa Sede, la qual el papa Nicolao en su respuesta al concilio declaró falsa y supuesta. 860. ó cerca.

Romanum I.: en donde el papa Nicolao I. nombró por sus legados á Rodoaldo, obispo de Ponto, y á Zacarías, obispo de Agnania, para ir á Constantinopla á informarse de las causas de la deposicion del patriarca Ignacio, y de la consagracion de Focio. *Mansi*. 860.

Tullense II. ó mas bien *Tusiacense*: de Tusey, cerca Vaucoulteurs, en la diócesis de Toul, de quarenta obispos, de catorce provincias, desde el 22 de Octubre hasta 7 de Noviembre. Se formaron en él cinco cánones contra los robos, los perjurios, y otros crímenes que reynaban en aquel tiempo. Al que subscribieron cincuenta y ocho 860.

Años de J. C. obispos, aunque no consta sino de quarenta que hayan asistido á él. *Mabillon, Analect. tom. I. pag. 58.*

861. * *Constantinopolitanum*: de trescientos diez y ocho obispos, inclusos los dos legados del papa, el 25 de Mayo. San Ignacio que se hallaba presente fué depuesto en él, y Focio confirmado patriarca de Constantinopla. Asimismo se hizo un decreto en apariencia á favor de las imágenes, y en fin, diez y siete cánones, cuya mayor parte pertenece á monges y á monasterios.

861. *Romanum II.*: en donde el papa Nicolao declaró en presencia de Leon, embaxador del emperador Miguel; que no habia enviado sus legados á Constantinopla para aprobar la deposicion del patriarca Ignacio, ni la consagracion de Focio, y de consiguiente jamas consentiria ni en lo uno ni en lo otro. *Mansi.*

861. *Romanum III.*: contra Juan de Ravena, por las quejas de sus diocesanos. Fué citado para el concilio que se debia celebrar en primero de Noviembre del mismo año, pero no compareció. Se presentó el papa en aquellos parages, y le condenó á restituir los bienes que habia usurpado.

861. * *Suessionense*: de Soissons, en san Crespin. En donde fué excomulgado Rothado de Soissons por Hincmaro, por haber depuesto y mutilado á un cura, que se encontró en fragante delito.

861. *Pistense I.*: de Pitres, cerca del puente del Arco, en la confluencia del Andella con el Eura, principiado el 25 de Junio. Este concilio compuesto de obispos de diferentes provincias, y por esto llamado *General*, duró hasta el año siguiente, como lo prueba D. Mabillon. *Diplom. p. 316*, en donde se publicó un capitular de Cárlos el Calvo contra los hurtos, y en que Rotado apeló al papa de la excomunion que contra él habia pronunciado Hincmaro: éste aparentó conformarse con este concilio, y adherir á la apelacion de Rhotado.

862. * *Suessionense*: por los padres del concilio de Pitres, transferido á Soissons por Cárlos el Calvo, en el qual Hincmaro habiendo hecho arrestar á Rothado, le depuso, colocó á otro en su lugar, y le hizo encerrar en un monasterio. Obtuvo por sorpresa Hincmaro la confirmacion de este concilio del papa Nicolao, que poco despues la revocó.

* *Aquisgranense*: de Aquisgran, el 8 de Abril. En donde suponiendo los obispos sin razon la nulidad del matrimonio de Lotario con Tietberga, le permitieron casarse con otra muger, y se casó con Valdrada su concubina, con mucho sentimiento de sus mas fieles vasallos. Años de J. C. 862.

Romanum IV.: en el qual se condenó la heregía de los teopaschitas que comenzaba á renacer. 862.

Romanum V.: á principios del año. Todo lo que se habia hecho contra san Ignacio en Constantinopla en 861 fué condenado en él, y un legado del papa depuesto y excomulgado, la sentencia del otro que estaba ausente remitida á otro concilio, y á Focio privado del honor sacerdotal, y de todo exercicio clerical, &c. 863.

Silvanectense: de Senlis, á principios del año. En el qual pidieron los obispos al papa Nicolao que confirmase la deposicion de Rotado de Soisson. 863.

Romanum VI.: ántes del mes de Junio, en donde se anularon las actas del concilio de Senlis, y se ordenó que Rotado fuese á Roma. *Mansi.* 863.

* *Metense*: de Metz, á mediados de Junio, en favor del rey Lotario, aun en presencia de los legados que no executaron las órdenes del papa. 863.

Vermeriense: de Verberia, el 25 de Octubre, en donde permitió Cárlos el Calvo á Rotado pasar á Roma, segun las órdenes del papa; y asimismo se terminaron en él las diferencias de los monges de san Cales con el obispo de Mans, con ventaja de los primeros. 863.

Schirvanum: de Schirvan en Armenia, en donde se condenaron los errores de Nestorio y de Eutichês, y sucesivamente se hicieron quince cánones, que se encuentran en las actas de este concilio publicadas por Clemente Galano, y despues por Harduino que pone esta asamblea en 863. 864. ó cerca.

Pistiense II.: de Pitres, en 25 de Junio, sobre los asuntos de la Iglesia y del estado. *Mabillon. dipl. p. 316.* 864.

Romanum VII.: en donde fué cancelado el concilio de Metz en favor de Lotario, despojados de toda potestad episcopal Teutgaudo de Tréveris, y Gonthier de Colonia, y depuestos todos los obispos que habian celebrado con ellos este concilio, mas con condicion de ser restablecidos, si reconociesen sus faltas; y en este mismo concilio se depuso á Juan de Ravena, que tomó al fin el partido de la sumision. 864.

Años de J. C.

864. *Lateranense*: el primero de Noviembre, en el qual Rodoaldo de Porto, legado prevaricador en Constantinopla en 861, y en Metz en 863, fué depuesto y excomulgado, y probablemente restablecido Rotado de Soisson: lo fué aun mas solemnemente en un nuevo concilio principiado en Roma el 23 de Diciembre, y fenecido en el mes de Enero de 865.

865. *Attiniacense*: de Attignî, en donde obligó el obispo Arseno, legado del papa, al rey Lotario á dexar á Valdrada su concubina, y volver á tomar á Tietberga su esposa. Fué reconocido en este mismo concilio Rotado de Soisson por inocente, y recibido como obispo.

866. *Suessionense*, el 18 de Agosto, en donde juntados treinta y cinco obispos por órden del papa, á requerimiento del rey Cárlos, restablecieron por indulgencia á los clérigos ordenados por Ebbon, á quienes habia depuesto el concilio de Soisson en 853. Vulfado, que era uno de estos clérigos, fué consagrado arzobispo de Burges en el mismo año de 866, en el mes de Septiembre, y ratificó su consagracion el papa Adriano, enviándole el palio el 2 de Febrero de 868, y fué en este concilio donde se coronó á la reyna Hermintruda, muger de Cárlos el Calvo. *Bouquet. tom. VII.*

867. * *Constantinopolitanum*: forjado por Focio, en el qual hizo subscribir hácia el mes de Enero las pretendidas actas por veinte y un obispos, añadiendo despues cerca de mil suscripciones falsas, y se atrevió á deponer y excomulgar en él al papa Nicolao. Escribió sucesivamente contra los latinos sin guardar comedimiento alguno, y atacó particularmente al *Filioque*, añadido al símbolo.

867. *Tricassinum*: de Troyes, el 25 de Octubre, al qual fueron convidados los obispos del reyno de Luis de Germania: mas solo hubo veinte que asistiesen de los reynos de Cárlos y de Lotario.

867. *Constantinopolitanum*. Habiendo el emperador Basilio llamado á san Ignacio el domingo 23 de Noviembre, fué depuesto Focio en un concilio celebrado poco tiempo despues.

868. *Wormatiense*: de Worms, el 16 de Mayo, á presencia de Luis de Germania, del qual se cuentan ochenta cánones; pero no existen sino los quarenta y quatro primeros en los mejores exemplares.

Romanum: ántes del mes de Agosto. El papa Adriano acriminó en él la temeridad de Focio de haberse atrevido á condenar á Nicolao su predecesor, y condenó á las llamas los escritos de Focio; excomulgándole á él mismo; cuya sentencia fué suscripta por treinta obispos, de los quales son los dos primeros el papa Adriano, y el arzobispo Juan, legados del patriarca Ignacio. Años de C. J. 868.

Gallicanum: de la Gaula y de Borgoña, en el qual contestaron los padres de este concilio á dos cartas del papa Adriano sobre la consagracion de los obispos nombrados por el emperador. El papa se declaró por el emperador, y el concilio reclamó la libertad de las elecciones. *Labbe tom. VIII. pág. 1942.* 868. ó cerca.

Romanum: el 4 de Octubre, en donde condenó de nuevo el papa Adriano II. al cardenal Anastasio, quien despues de haberse mantenido oculto baxo el pontificado de Nicolao, habia aparecido cubierto de nuevos delitos, baxo el de su sucesor. Este concilio es diferente del anterior de Roma celebrado ántes de Agosto. *Mansi.* 868.

Vermeriense: de Verbería, el 30 de Abril, á presencia de Cárlos el Calvo, en donde acusado Hincmaro de Leon de violencias contra sus diocesanos, y de infidelidad contra el rey, y estando cerca de ser condenado, apeló á la santa Sede. 869.

Pistense III.: de Pitres, en el mes de Agosto, en el qual se formaron trece capítulos sobre negocios de la Iglesia y del estado. *D. Acheri, Spicil. tom. II. pág. 712. Mabillon dipl pág. 316.* 869.

Metense: en 9 de Septiembre, en donde fué coronado rey de Lorena Cárlos el Calvo, despues de la muerte de su sobrino Lotario. Hincmaro, arzobispo de Rheims, que presidia á esta asamblea compuesta de los sufragáneos de Tréveris, leyó allí, á ruego de los prelados, quatro capítulos relativos al derecho que tenian los arzobispos de Rheims de gobernar la provincia de Tréveris, luego que se hallase vacante la silla metropolitana, y habia el caso á la sazon por la deposicion del arzobispo de Theutgaudo. *Bouquet tom. VII.* 869.

Constantinopolitanum: octavo concilio general, baxo Adriano II. y el emperador Basilio, principiado en 5 de Octubre, y fenecido en 28 de Febrero de 870, en el qual fué depuesto y excomulgado Focio, y restablecido san 869.

Años de J. C.

Ignacio. Se formaron despues veinte y siete cánones, cuya mayor parte se dirigen al negocio de Focio, y finalmente una extensa profesion de fe con anatema contra los hereges, particularmente los monotelitas y los iconoclastas, y asimismo se aprobaron los siete concilios generales, á los quales se añadió este como el octavo. Subscribieron primeramente los tres legados del papa, despues el patriarca Ignacio, Josef, legado de Alexandría, Tomas, arzobispo de Tiro, representando la silla de Antioquía vacante, y Elías, legado de Jerusalen, despues el emperador y Constantino, y sus dos hijos Constantino y Leon, y finalmente ciento y dos obispos. Lo que era poco, á vista de la cantidad de obispos que dependian aun del imperio de Constantinopla, pero habia depuesto Focio la mayor parte de los que sus predecesores habian ordenado, y habia puesto en su lugar á otros, de los quales no fué reconocido en este concilio por obispo; y solo se encuentran los ciento y dos que hubiesen sido consagrados por los patriarcas precedentes.

869. *Romanum* ó *Cassinense*: de Roma, ó tal vez de Monte Casino, en donde el papa Adriano, vencido por los ruegos de la emperatriz Engelberga, consintió en volver á su gracia al rey Lotario. El mismo pontifice le dió la comunion, despues de haberle hecho jurar que no habia tenido ningun comercio con Valdrada, despues que habia sido excomulgado por Nicolao I. En el mismo concilio recibió Adriano á la comunion laical á Gonthiero de Colonia, baxo la protesta que hizo de consentir en su deposicion. *Mansi suppl. conc. tom. I.*

870. *Vienense*: de Viena, en el delfinado, en el mes de Abril, en el qual se trató de los privilegios monásticos. *Mabillon ses. IV. Bened. part. 2. pág. 296.*

870. *Attiniacum*, de Attigni, en el mes de Mayo, de treinta obispos de diez provincias. Presente el rey Cárlos hizo juzgar á su hijo Carlomano, á quien quitó sus abadías, y le hizo poner en prision. Prometió en este concilio Hincmaro de Leon fidelidad al rey, y la obediencia á Hincmaro de Rhelms; mas se retiró despues, y escribió al papa quejas contra el rey y contra el arzobispo su tio, lo que malquistó al rey con el papa, que tomó partido por el obispo de Leon.

870. *Coloniense*: de Colonia, en 26 de Septiembre, en don-

de se areglaron muchos puntos de disciplina. Se perdieron las actas de este concilio. Años de J. C.

Duziacense: de Douzi-les-Pres, en el territorio de Mouson, el 5 de Agosto y dias siguientes. En el qual fué depuesto Hincmaro de Leon, no habiendo querido responder á las quejas que habia hecho el rey contra él. Fué suscripta su deposicion por veinte y un obispos que se hallaban presentes, por los diputados de ocho obispos ausentes, y por otros ocho eclesiásticos. 871.

Compendiense, de Compieña, en donde Hincmaro, arzobispo de Rheims, excomulgó á los partidarios de Carlomano, que se habia revelado contra su padre el rey Cárlos el Calvo. *Mansi.* 871.

Romanum: en el qual el papa Juan VIII. absolvió al emperador Luis de un juramento, que le habia obligado hacer Adalgiso, duque de Benevento, de no tomar venganza por su prision. *Mansi suppl. tom. I.* 872.

Silvanectense: de Senlis, en donde por la queja del rey Cárlos fué depuesto su hijo Carlomano del diaconado y todo carácter eclesiástico, y reducido á la comunion laical; y se le hizo en fin sacar los ojos, que tal fué el triste paradero de su ordenacion forzada. 873.

Colomiense: el 26 de Septiembre, en donde se confirmaron los estatutos de Gontiero, predecesor de Guilleberto, á la sazon arzobispo de Colonia, que ordenan que los canónigos de esta iglesia tuviesen su mes particular con la libertad de elegir su prevoste. *Conc. germ. tom. II.* 873.

Duziacense: de Duoci-les-Pres, en el territorio de Mouson el 13 de Junio, en el qual escribió una carta á los obispos de Aquitania contra dos freqüentes abusos en aquel tiempo, los matrimonios incestuosos, y las usurpaciones de los bienes eclesiásticos. 874.

Ravennatense: de Ravena, por el papa Juan VIII. de setenta obispos, en el qual se terminó una diferencia entre Urso, duque de Venecia, y Pedro, patriarca de Grado. 874.

Remense: de Rheims, en el mes de Julio, en donde publicó Hincmaro un reglamento en cinco artículos para los presbíteros de su diócesis.

Romanum: á fines del año; el qual el papa Juan VIII. propone elegir por emperador al rey Cárlos el Calvo, lo que se aceptó. *Mansi suppl. tom. II.* 875.

Años de J. C. 876. *Ticinense* : de Pavía, en Febrero por Ansperto, arzobispo de Milan, y diez y siete obispos de Italia, en el qual se reconoció por emperador al rey Cárlos el Calvo que estaba presente, y que habia sido coronado por Juan VIII. en 25 del Diciembre precedente. Publicó este príncipe en este concilio ó en esta dieta un capitular dividido en veinte artículos. *Edit. venet. tom. XI.*

876. *Romanum :* hácia mediados de Abril, en donde señaló el papa Juan VIII. un dia fixo á Formoso, obispo de Porto, para comparecer á su presencia. *Mansi suppl. tom. I.*

876. *Pontigonense* : De Poncion, en la diócesis de Chalons sobre el Marne, en 21 de Junio y dias siguientes, hasta el 16 de Julio, en que se tuvó la última sesion: en donde se trató el negocio de Angesiso de Sens, á quien acababa el papa de nombrar primado de las Galias y de Germania; y despues de este tiempo fué quando los arzobispos de Sens tomaron este título, que lo es solo en el nombre, sin ninguna realidad ni jurisdiccion.

877. *Romanum* : el 13 de Febrero, del qual solo nos ha quedado la confirmacion de la eleccion del emperador Cárlos. *Pagi & edit. venet. tom. XI.*

877. *Compendiense* : de Compieña, en donde juntó el emperador el primero de Mayo á los obispos de la provincia de Rheims y de algunas otras. Hizo allí dedicar con gran solemnidad á su presencia y á la de los legados la iglesia de san Cornelio y de san Cipriano. Ordenó despues el gobierno del reyno durante su viage á Italia.

877. *Ravennatense* : de Ravena, que principió en 22 de Julio, y terminó en Septiembre, en el qual formaron diez y nueve cánones el papa y ciento y treinta obispos.

877. *Compendiense* : el 8 de Diciembre, en donde fué coronado por Hincmaro, rey de Francia, Luis el Balbuciente. *Bouquet tom. IX.*

878. *In Neustria* : en la Neustria, por Hincmaro, arzobispo de Rheims, contra Hugo, bastardo del rey Lotario, que usurpaba los estados de Luis II. rey de Germania. *Edit. venet. tom. XI.*

878. *Romanum* : en donde el papa Juan VIII. excomulgó á Lamberto, duque de Espoleto, por los daños que habia hecho, y amenazaba hacer á los romanos. *Mansi suppl. tom. I.*

Tricassinum: de Troyes, comenzado el 11 de Agosto por el papa Juan y treinta obispos, en el qual se confirmaron siete cánones que habia hecho el papa, los que apénas se dirigen sino á lo temporal de la Iglesia: asimismo se hizo un decreto que prohibe á los legos dexar sus mugeres para casarse con otras, y á los obispos renunciar una silla menor por otra mas grande. Se permitió en él á Hincmaro de Leon, á quien ántes se le habia hecho sacar los ojos, cantar misa, si quisiese; mas se ordenó que conservase Hedenulfo la silla de Leon. Años de J. C. 878.

Romanum: el primero de Mayo, en el qual propuso el papa elegir emperador, en consideracion á que Carlomano, rey de Babiera, que aspiraba á serlo, era incapaz de gobernar por su mala salud, y no se hizo la eleccion. 879.

Romanum II.: en Agosto, en el qual despues de la muerte de san Ignacio consintió el papa Juan VIII. por el bien de la paz, en el restablecimiento de Focio, con condicion que se convocaria un concilio numeroso en donde Focio pidiese perdon, y recibiese la absolucion de la santa Sede por mano de sus legados. 879.

* *Hierosolimitanum*, *Antiochenum*, *Alexandrinum*: fueron celebrados estos tres concilios por cada uno de los tres patriarcas de Oriente, para aprobar el restablecimiento de Focio en la silla de Constantinopla. *Le Quien*, *Mansi*. 879.

Romanum III.: el 22 de Octubre, en el qual se depuso á Ansperto arzobispo de Milán, y escribió el papa á la iglesia de Milán para que eligiese otro obispo en su lugar. 879.

Mantalense: de Mantalle, entre Viena y el rio de Isero, el 15 de Octubre, en el qual veinte y tres obispos concedieron el título de rey al duque de Bozon. *Charvet*, *hist. de la iglesia de Viena*. 879.

* *Constantinopolitanum*: baxo Focio, de trescientos y ochenta obispos, comenzado en el Noviembre, y fenecido el 13 de Marzo de 880, en donde se leyeron las cartas del papa, pero alteradas en todos los lugares poco favorables á Focio. En todo se presentó allí como un hombre irreprehensible, aunque el papa habia ordenado que se reconociese culpado, pidiendo perdon, y recibiendo la absolucion de los legados. Está reputado este concilio como el octavo general por todos los griegos cismáticos. Se 879.

Años de J. C. sospecha con razon que las actas que nos quedaron de él fueron falsificadas quizá por el mismo Focio, á quien nada costaban el enredo y la mentira.

881. *Apud Sanctam Macram*: de Fimes, diócesis de Rheims, el 2 de Abril. En donde presidió Hincmaro, y se reconoce su estilo en los ocho artículos que nos han quedado, que contienen mas bien exhortaciones largas que cánones.

886. *Cabilonense*: de Chalon sobre el Saona, el 18 de Mayo, para establecer la paz, y areglar los demas negocios de la Iglesia.

887. *Coloniense*: de Colonia, en primero de Abril, en el qual se renovaron los antiguos cánones, promulgando amenazas y censuras contra los que saqueasen las iglesias. *Conc. germ. tom. I.*

887. *De Portu*: de Porto, en los confines de la diócesis de Maguelona y de Nimes, el 17 de Noviembre, por Teodardo arzobispo de Narbona, en el qual se depusieron dos obispos intrusos. *Edit. Venet. tom. XI.*

887. *Urgellense*: de Urgel, en donde se confirmó la deposicion de los dos obispos arriba expresados. Se vió en este concilio á Frodoino obispo de Barcelona pedir perdon en camisa y descalzo, por haber consagrado á uno de estos dos obispos. *Vaissete, hist. de lang. tom. II. p. 526.*

888. *Moguntiacum*: de Maguncia, hácia principios del año, por órden de Arnoul, nuevamente elegido rey de Germania. Se componia este concilio de seis arzobispos, quince obispos y muchos abades. En el qual se formaron veinte y seis cánones en la mayor parte sacados de los concilios precedentes. *Conc. germ. tom. II.*

888. *Agaunense*: de Agauna, ó san Mauricio en Valais, en donde Rodulfo fué reconocido y coronado rey de la Borgoña Transjurana. *Conc. germ. tom. II.*

888. *Metense*: de Metz, por Ratbodo arzobispo de Tréveris, el 1 de Mayo. Se hicieron en él trece cánones.

889. *Ticinense*: de Pavía, en donde se confirmó la eleccion de Guido rey de Italia, y se hicieron mas de diez cánones sobre la disciplina. *Edit. venet. tom. XI.*

890. *Valentinum*: de Valencia, en el delfinado, en el qual los obispos de las provincias de Arlés, de Embrun y de Viena, eligieron y consagraron rey á Luis, hijo de Boson á la edad de 10 años. *Conc. germ. tom. II.*

Forcheimense: de Forcheim, en el mes de Mayo, por Sondeholdo, arzobispo de Maguncia, en el qual se confirmó la fundacion del monasterio de Herisiem, á ruego de Bison, obispo de Paderborn. *Ibid.* Años de J. C. 890.

Magdunense: de Meum, sobre el Loire, en donde se prohibió al arzobispo de Sens ordenar otro abad de san Pedro el vivo, sino aquel que fuese elegido por los monges. *Bouquet. tom. IX.* 891.

Viennense: de Viena, por órden del papa Formoso, el qual presidieron sus dos legados Pascual y Juan; y se hicieron en él quatro cánones contra los usurpadores de los bienes de la Iglesia, los homicidios, las mutilaciones, y otros ultrajes hechos á los clérigos, &c. Muchos obispos subscribieron á este concilio. 892.

Remense: el 28 de Enero, en donde el arzobispo Fulques hizo proclamar por rey de Francia á Cárlos, hijo de Luis el Balbuciente, de edad de 14 años, y le consagró; y asimismo se amenazó con excomunion á Baudovino, conde de Flandes, si continuaba en apoderarse de los bienes eclesiásticos. 893.

Cabilonense: de Chalon sobre el Saona, el primero de Mayo. En el qual se examinó el asunto de Gerfroi, monge de Flavigni acusado, segun pública opinion, de haber emponzoñado á Adalgairo, obispo de Atun; mas no se encontró prueba ni delator contra él. 894.

Triburiense: de Tribur ó Teuver, cerca de Maguncia, en los primeros dias de Agosto á lo mas, en donde asistieron veinte y dos obispos con el rey Arnoldo, y se hicieron cincuenta y ocho cánones relativos principalmente á contener las violencias y la impunidad de los delitos. 895.

* *Romanum*: en donde Esteban VI. hizo traer el cuerpo del papa Formoso que habia hecho desenterrar, le acusó de haber dexado el obispado de Porto, para usurpar el de Roma, como si hubiese podido oirle, le condenó despues, le despojó de las vestiduras sagradas, de que le habia revestido, le hizo cortar tres dedos, y en fin la cabeza, y despues mandó arrojar el cuerpo en el Tiber: asimismo depuso Esteban á todos los que habia ordenado Formoso; y declaró tambien por nula la eleccion del papa Bonifacio VI., porque habia sido degradado dos veces, la una de subdiácono, y la otra de presbítero. 896. á principio del 897.

Años de J. C.

898. *Romanum*: en donde el papa Teodoro rehabilitó á los clérigos ordenados por Formoso que habia depuesto Esteban su predecesor.

898. *Romanum*: por Juan IX., á presencia del emperador Lamberto. En el qual se rompió todo lo que se habia hecho en el concilio celebrado por Esteban en 896, y se restableció la memoria de Formoso, y á los obispos depuestos por Esteban: asimismo fueron condenados Sergio y sus compañeros, con prohibicion de restablecerlos. Fué confirmada la eleccion de Lamberto con el decreto que manda, que no pueda ser consagrado el papa sino á presencia de los diputados del emperador. *Pagi*.

898. *Ravennense*: de Ravena, por el papa Juan IX., tambien en presencia del emperador Lamberto. En el qual se volvieron á leer las actas del concilio de Roma, y se aprobaron otros doce artículos. *Pagi*, *Muratori*.

900. *Ovetanum*, de Oviedo (*a*), el 27 de Abril, primer domingo despues de Pascua, á presencia del Rey Don Alfonso. En donde se declaró metropolitano el obispo de Oviedo, que presidió al concilio baxo esta calidad. Ademas se hicieron diferentes reglamentos sobre la disciplina.

900. *Rhemense*: de Rheims, el 6 de Julio, en el qual se excomulgó á los asesinos del arzobispo Fulques. *Bouquet*, *tom. VII.*

900. *Lateranense*: por Benedicto IV, en el mes de Agosto, á favor de Argrimo, obispo de Langres, que arrojado de su silla por una faccion, pidió ser restablecido en este concilio, lo que le fué concedido. *Edit. Venet. tom. XI.*

(a) Este concilio de Oviedo ó ciudad de los obispos, así llamada por hallarse en ella refugiados muchos obispos desposeidos de sus territorios por los agarenos, fué celebrado, segun Aguirre, en el año de 873, y segun otros en el de 877; en donde, entre otras cosas, se erigió á metropolitana la silla de Oviedo, y se señalaron términos y rentas á los obispados, todo en virtud de bulas apostólicas que alcanzó del papa Juan VIII., por medio de sus legados Severo y Desiderio, presbíteros, el rey Don Alonso III., llamado el Magno, que se halló en este concilio con el nuevo metropolitano Hermenegildo, que lo presidió, otro metropolitano, 16 obispos y muchos prelados y varones, de resulta del concilio que se habia juntado en Santiago de Galicia para la consagracion de aquella Iglesia en el año anterior: y aunque despues de muchos años perdió la de Oviedo la dignidad y regalía de Metropolitana, sin embargo siempre conservó, y actualmente conserva la de exênta é independiente. Las expresadas bulas se hallan originales en el archivo de la Iglesia de Oviedo, y traducidas á nuestro idioma se pueden ver en *Trelles*, *Asturias ilustrada*, *Morales*, *Mariana*, *Tamayo en el Martirologio Español y otros*.

CRONOLOGÍA
DE LOS PAPAS.

SIGLO NOVENO.

XCVI. *Esteban IV.*

Esteban IV., de familia noble, y diácono de la iglesia de Roma, fué elegido papa despues de la muerte de Leon III., y consagrado el 22 de Junio de 816. Luego despues de su consagracion hizo jurar fidelidad al emperador Luis por todo el pueblo romano, y le envió legados para darle parte de su ordenacion, y bien breve siguió á sus legados, y vino en persona á Francia, en donde consagró de nuevo al emperador Luis, y le puso sobre la cabeza una rica corona que habia traido de Roma. Se restituyó Esteban á Roma cargado de presentes, adonde arribó hácia principios de 816, y murió tres meses despues, el 24 de Enero de 817, habiendo solo obtenido la santa Silla siete meses y dos dias. Años de J. C. 816.

XCVII. *Pascual I.*

Pascual I., romano, fué colocado sobre la santa silla por unánime consentimiento, y consagrado en 25 de Enero de 817, y murió, segun Bianchini, el 11 de Mayo de 824, despues de haber tenido la santa silla siete años, tres meses y algunos dias. Coronó en Roma este papa el 5 de Abril de 823 á Lotario, que habia enviado Luis á Italia para que le hiciesen allí justicia. En 14 de Mayo honra la iglesia romana á Pascual entre los santos. 817.

XCVIII. *Eugenio II.*

Eugenio II, romano, arcipreste del título de santa Sabina, y recomendable por su humildad, su simplicidad y su doctrina, fué consagrado, segun Fleury, el 5 de Junio, 824.

Años de J. C. y segun Pagi, en 14 de Febrero de 824. Fué turbada la eleccion de Eugenio por la ordenacion de un antipapa, nombrado Zizimo, y sostenido de la nobleza. Vino á Roma Lotario para apagar el cisma, y á efecto de atajar el mal en lo sucesivo, expidió Eugenio un decreto, mandando que los embaxadores del emperador se hallasen presentes á la ordenacion del papa. Hizo Eugenio prestar juramento de fidelidad á los emperadores Luis y Lotario á favor de la clerecía de Roma, con promesa de observar el decreto tocante á la consagracion del papa. En el año de 826, á principios de Junio, envió Eugenio legados á Luis, que tenia su parlamento en Ingelheim, y murió el 827 en Agosto, segun Eginhart, y el 27 de este mes, segun Fleury, aunque ningun antiguo señala el dia de su muerte. Se atribuye á este papa el establecimiento de las pruebas con el agua fria, que explíca el padre Mabillon. *tom. I. vet. anal.*

XCIX. *Valentino.*

827. Valentino, natural de Roma, arcediano de la iglesia Romana, fué el sucesor de Eugenio en el año de 827, y probablemente en Agosto; y aunque era la costumbre de consagrar al papa en la iglesia de san Pedro del Vaticano, ántes de darle la posesion en la de Letran, la posesion de Valentino precedió á su ordenacion, lo que ya habia acontecido con el papa Conon. Fué consagrado Valentino, *per saltum*, segun el uso de la iglesia Romana, es á decir, que de diácono se le hizo obispo, sin hacerle pasar por el grado de presbítero. *Mabillon.* Murió en el mismo año de su eleccion, y nada hay de cierto tocante al dia de su muerte, la que coloca Fleury en 10 de Octubre.

C. *Gregorio IV.*

827. Gregorio IV., presbítero de la iglesia Romana del título de san Márcos, fué sacado contra su voluntad de la iglesia de los santos mártires Cosme y Damian, para ser colocado sobre la santa Sede; y fué puesto en posesion ántes de su consagracion, porque para esta era necesario esperar por el legado del emperador. En el año de 833 vino Gregorio á Francia para procurar la paz entre Luis y su hijo, y habiéndose esparcido la voz de que amenazaba con

excomunion á los obispos del partido del emperador, respondieron estos prelados con firmeza que no habia facultad de excomulgar á persona alguna en sus diócesis contra su voluntad, ni de disponer cosa alguna; añadiendo que el mismo papa quedaria excomulgado, si emprendiese anatematizarles contra los cánones. Tomó Gregorio el camino de Roma sin fruto alguno de su viage, y muy afligido por la manera con que habia sido tratado el emperador por sus hijos. Murió el 25 de Enero de 844. Años de J. C.

CI. *Sergio.*

Sergio, arcipreste de la iglesia de Roma, fué ordenado papa en 27 de Enero de 844: tomando á mal el emperador Lotario que se le hubiese ordenado sin darle parte, envió á su hijo Luis á Italia, en donde le declaró soberano. Vino Luis á Roma, donde fué recibido con grandes honores. Se exâminó la ordenacion de Sergio, y la confirmó. Murió este papa en 27 de Enero de 847, despues de haber tenido la santa silla tres años completos. 844.

CII. *Leon IV.*

Leon IV., presbítero del título de los quatro coronados, fué elegido papa por unánime consentimiento luego despues de la muerte de Sergio. Fué precipitada esta eleccion por el medio de los sarracenos que se hallaban en las cercanías de Roma. De repente se suspendió la ordenacion por no chocar con el emperador, mas el riesgo obligó en lo sucesivo á preveir su consentimiento, y fué consagrado Leon el 11 de Abril de 847, con protesta de no intentar la derogacion de la fidelidad que era debida al emperador. Se retiraron los sarracenos cargados de despojos, mas habiéndose embarcado, como blasfemaban contra Jesuchristo, fueron acometidos de una tempestad que les hizo perecer á todos. Trabajó Leon en reparar los daños ocasionados por estos infieles, adornó la iglesia de san Pedro que habian despojado, y edificó, con el fin de poder defenderse contra ellos en lo sucesivo, una nueva ciudad, de la qual hizo la dedicacion el 27 de Junio de 852, y despues de haber tenido la santa silla ocho años, tres meses y seis dias, murió Leon en 855 el 17 de Julio, en cuyo dia se venera como santo. 847.

CIII. *Benedicto III.*

Años de J. C. 855. Benedicto III., presbítero del título de san Calixto, fué elegido papa, y puesto en posesion luego despues de la muerte de Leon IV. Se extendió el decreto de eleccion, que fué firmado por la clerecía y los grandes, y remitido á los emperadores Lotario y Luis. Su eleccion, aunque hecha por comun consentimiento, fué trastornada por el presbítero Anastasio, que habia sido depuesto ocho meses ántes: mas este fué echado vergonzosamente, y ordenado solemnemente Benedicto el 29 de Septiembre de 855 á presencia de los diputados del emperador Luis. Ocupó Benedicto la silla dos años, seis meses y diez dias, y murió el 8 de Abril de 858. Baxo el pontificado de Benedicto vino á Roma Ethelulfo, rey de Inglaterra, y ofreció á san Pedro una corona de oro de quatro libras de peso, con otros muchos presentes, y dexó por su testamento trescientos marcos de oro anualmente á la iglesia Romana, ciento para san Pedro, ciento para san Pablo, y los ciento restantes para las liberalidades del papa.

CIV. *Nicolaö I.*

858. Nicolao I., diácono, fué sacado por fuerza de la iglesia de san Pedro adonde se habia ocultado, traido al palacio de Letran, despues vuelto á traer á san Pedro, consagrado papa, y puesto en posesion á presencia del emperador Luis que se hallaba en Roma el 24.... del año de 858. Envió Nicolao á Constantinopla dos legados en 860 para exâminar el negocio de san Ignacio y de Focio, que se restituyeron á Roma en 862, despues de haberse dexado corromper, mas el papa lo desaprobó, y no quiso reconocer á Focio. Un suceso, el mas grande del pontificado de Nicolao, ha sido la conversion de Bogoris, rey de los búlgaros, y de su nacion, acontecida en 865. *Mansi.* Envió este rey en 866 á su hijo con muchos señores á Roma, llevando ricos presentes, y estaban encargados de consultar al papa sobre muchas qüestiones de religion, en número de ciento y seis, á las quales satisfizo el papa con otros tantos artículos, cuyas respuestas á los búlgaros son célebres. Murió Nicolao el 13 de Noviembre de 867, des-

pues de un glorioso pontificado de nueve años, seis meses y veinte dias. Recibió este papa grandes elogios de la mayor parte de los escritores, que mereció con su zelo, su firmeza y por todas sus grandes qualidades. Años de J. C.

CV. *Adriano II.*

Adriano II., romano, presbítero del título de san Marcos, fué elegido y puesto en posesion luego despues de la muerte de Nicolao: por unánime consentimiento fué consagrado el 14 de Diciembre de 867, á presencia de los enviados del emperador, que asistieron solamente á su consagracion. Siguió Adriano las huellas de sus predecesores, y en particular de Nicolao, que se propuso por modelo. Se hallaba de edad de setenta y seis años, y habia resistido por dos veces el pontificado, despues de la muerte de Leon IV., y despues de la de Benedicto III.; mas despues de la muerte de Nicolao I. fué obligado á aceptarle. Excomulgado el rey Lotario por Nicolao por haber repudiado á su esposa Tietberga, habiendo venido á encontrar á Adriano II. al monte Casino, recibió allí la comunion del papa, mediante la falsa seguridad que le dió de haberse conformado con los avisos de Nicolao. Mas bien pronto resplandeció la venganza divina contra este príncipe sacrílego. Despues de haber visto Lotario morir á casi todos los de su comitiva, murió él mismo en Plasencia el 8 de Agosto de 869. En este mismo año, á ruegos de Luis, escribió Adriano á Cárlos el Calvo para desviarle de apoderarse de los estados de Lotario. Sucedió la muerte de este santo papa en el año de 872 hácia fines del Noviembre. 867.

CVI. *Juan VIII.*

Juan VIII., arcediano de la iglesia Romana, fué electo pocos dias despues de la muerte de Adriano, y ordenado el 14 de Diciembre de 872, y en el de 875 en 25 de Diciembre coronó por emperador á Cárlos el Calvo. En el año de 876 estableció á Ansegiso, arzobispo de Sens, por primado de las Galias y de la Germania. En 876 y 877 escribió muchas veces al emperador Cárlos el Calvo, apurándole sobre enviarle socorro contra los sarracenos, que se atrevian á hacer incursiones hasta las puertas de Roma. 872.

Años de J. C. Tomó Cárlos la resolucion de pasar á Italia, y partió efectivamente en el mes de Mayo de 877. Se presentó el papa delante del emperador, que encontró en Verceil, desde donde fueron juntos á Pavía, y de aquí se retiraron á Tortona, con la noticia de que venia Carlomano á echarse sobre ellos con un exército. Marchó Juan hácia Roma en diligencia con un crucifixo de oro engastado en pedrería, que dió el emperador á san Pedro. No habiendo tenido el socorro de Cárlos contra los sarracenos, y no lo esperando, se vió precisado á tratar con ellos baxo la promesa de un tributo de 25000 marcos de plata anuales. Lamberto, duque de Espoleto, á quien Cárlos habia enviado muy tarde para llevar tropas contra estos infieles, hizo grandes saqueos en Italia y en Roma, lo que obligó al papa Juan á pasar á Francia, y arribó á Arlés el 11 de Mayo de 878. En 7 de Septiembre coronó á Luis el Balbuciente, que lo habia ya sido en el año precedente por Hincmaro de Rheims. En el año de 879, á instancias de Basilio, emperador de Constantinopla, reconoció Juan por patriarca á Focio, que habia sido restablecido en la silla de Constantinopla despues de la muerte de san Ignacio. Murió Juan VIII. el 15 de Diciembre de 882, despues de haber ocupado la santa silla diez años y dos dias.

CVII. *Marino.*

882. Marino, sucesor de Juan VIII., fué ordenado hácia el fin de Diciembre de 882: habia sido tres veces legado á Constantinopla por el asunto de Focio, baxo Nicolao I., Adriano II. y Juan VIII. No se creyó Marino obligado á sostener todo lo que habia hecho su predecesor, condenó á Focio, y restableció por el contrario á Formoso en su silla de Porto, y le relaxó del juramento que le habia hecho hacer Juan VIII. No ha tenido Marino la silla sino un año y cinco meses, habiendo muerto en 884 en el mes de Mayo.

CVIII. *Adriano III.*

884. Adriano III., natural de Roma, sucedió á Marino en el año de 884, fué consagrado hácia fines de Mayo del mismo año, y murió en el mes de Septiembre del si-

guiente en Vilzacara en el Modonés, yendo á la dieta Años de
que habia señalado en Worms Cárlos el Grueso. Martin J.C.
Polonés le atribuye un decreto, mandando que el emperador no se mezcle en la eleccion del papa. *Ut imperator non se intromitteret de electione.*

CIX. *Esteban V.*

Esteban V., romano, presbítero del título de los quatro coronados, fué elegido papa, y posesionado contra su voluntad tan pronto como se supo en Roma la muerte de Adriano III. Fué consagrado hácia fines de Septiembre de 885, despues de haber ocupado la santa silla cerca de seis años. 885.

CX. *Formoso.*

Formoso, sucesor de Esteban, fué puesto en posesion el 19 de Septiembre de 891. Se hallaba obispo de Porto, y es el primer exemplar de un obispo transferido de otra silla á la de Roma. En el año de 866 habia sido enviado Formoso por Nicolao I. á los búlgaros, en donde trabajó con fruto. En el año de 876 fué condenado por Juan VIII., y restablecido por Marino en 883, elegido papa en 891, y murió en 896. 891.

CXI. *Bonifacio VI.*

Bonifacio VI. fué elegido por sucesor del papa Formoso, y murió quince dias despues de su eleccion. 896.

CXII. *Esteban VI.*

Esteban VI. fué consagrado ántes del 20 de Agosto de 896. Celebró un concilio en el qual presentó el cuerpo de Formoso, que habia hecho desenterrar, y le puso en la silla patriarcal revestido de sus ornamentos, le dió un abogado, y como si estuviese vivo y convencido, se le condenó, se le degradó, se le cortaron tres dedos y despues la cabeza, y seguidamente fué arrojado en el Tiber. Depuso Esteban á todos los que habia ordenado Formoso, y les ordenó de nuevo; mas recibió bien presto el justo 896.

Años de J. C. castigó de estas violencias, habiendo sido arrestado, puesto en una prision obscura, cargado de cadenas, y en fin ahogado en el año de 897. Apénas habia ocupado la santa silla catorce meses.

CXIII. *Romano.*

897. Romano, natural de Roma, fué colocado en la santa silla ántes del 20 de Agosto. Dicen algunos autores que rompió el proceso de Esteban VI. contra Formoso. Murió á mas tardar hácia fines de Noviembre.

CXIV. *Teodoro.*

898. Teodoro sucedió á Romano en el año de 898. No se sabe el mes, ni el dia de su ordenacion; pero lo mas cierto es que hubo un interlavo bastante largo entre él y su sucesor, á causa de la ausencia de los diputados del emperador Lamberto, en cuya presencia se hizo su consagracion. Murió ántes de Junio de 898, despues de un pontificado de veinte dias solamente. Durante este corto tiempo trabajó en la reunion de la Iglesia, volvió á llamar á los obispos despojados de sus sillas, restableció á los clérigos ordenados por Formoso, cuyo cuerpo, que habia sido hallado por unos pescadores, le hizo solemnemente depositar en la sepultura de los papas.

CXV. *Juan IX.*

898. Juan IX., natural de Tribur, diácono, monge de la órden de san Benito, sucedió á Teodoro, y fué ordenado en el mes de Julio de 898, y habiendo muerto el 30 de Noviembre de 900, tuvo la santa Sede dos años, quatro meses y quince dias.

CXVI. *Benedicto IV.*

900. Benedicto IV. elegido en Diciembre del año de 900, terminó el siglo noveno, y comenzó el décimo, el mas triste de la Iglesia, por la ignorancia y la corrupcion de costumbres que reynaron en este tiempo. Murió á principios de Octubre del año 903, despues de haber tenido la santa silla tres años y cerca de dos meses.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE ANTIOQUÍA.

SIGLO NOVENO.

LXXII. *Job.*

Sucedió Job hácia fines de 813 al patriarca Teodoreto, y murió en 842, despues de treinta años incompletos de obispado, el que estuvo vacante despues de su muerte cerca de quatro años. Años de J. C. 813.

LXXIII. *Nicolào I.*

Nicolao, despues de una vacante de cerca de quatro años, fué colocado en la silla de Antioquía. En el año de 867 se unió á los otros patriarcas de Oriente para anatematizar á Focio, y en el mismo año, ó en el siguiente fué desterrado por el califa Motaz. Murió Nicolao hácia el año de 870, y tuvo por sucesor á Esteban que murió el mismo dia de su consagracion. 846. ó 847.

LXXIV. *Teodosio I.*

Teodosio ó Tadusio ocupó el lugar del patriarca Esteban, y murió á mas tardar en el año de 886. 870.

LXXV. *Eustatio II.*

No nos es conocido Eustatio II., sucesor de Teodosio I., sino por una carta de Focio, en la qual llama á su padre y á su hermano, y les convida para venir á verle. Murió Eustatio en el año de 892.

LXXVI. *Simeon.*

Años de J. C. 892. ó 893. Simeon, hijo de Zarnaki, fué colocado, segun Eutichio, en la silla de Antioquía, en el año de 892, ó 893 de Jesu-christo. Murió en el duodécimo año de su episcopado, que fué el de 904, ó 905 de Jesu-christo.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE ALEXANDRIA.

SIGLO NOVENO.

802. Eustatio, superior del monasterio de Alkosair, subió á la silla de Alexandría despues de la muerte de Policiano, y murió en el año de 805.

LVII. *Christobal Melquita.*

803. Christobal fué el sucesor de Eustatio. Poco tiempo despues de su eleccion cayó en una paralisis, que le obligó á tomar un obispo, nombrado Pedro, para hacer sus funciones. Sucedió su muerte en el año de 836.

LVIII. *Sofronio I.*, católico.

836. Sofronio, á quien Eutichîo califica de hombre sabio y filósofo, fué elegido por los católicos para reemplazar á Christobal. Escribió al emperador Teofilo en favor de las santas imágenes, y tomó la defensa de Ignacio, patriarca de Constantinopla, contra Focio. Murió en el año de 859.

LIX. *Miguel I.*, Melquita.

859. Fué elevado Miguel en el año de 859 á la silla de Alexandría, vacante por muerte de Sofronio. En el de 869

envió á Josef su arcediano al octavo concilio general, Años de
cuyas actas aprobó, y murió verosímilmente hácia fines J. C.
de 871.

LX. *Miguel II.*, Melquita.

Miguel II. fué substituido por los católicos al patriarca Miguel, y murió el 3 de Junio del año de Jesu-christo 905. 872.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE JERUSALEN.

SIGLO NOVENO.

LXIII. *Georgio.*

Georgio fué el sucesor de Elías en la silla de Jerusalen. En el año de 800 hizo acompañar á su retorno, por dos monges suyos, á los embaxadores que habia enviado Carlo Magno al califa Haroun. Murió Georgio á lo mas en el año de 807. 796.

LXIV. *Tomas.*

Tomas, monge de la Laura de san Sabas, diácono y médico, reemplazó en el año de 807 al patriarca Georgio, y en 22 de Agosto de este año llegaron á Francia dos diputados suyos, con los emperadores del califa Haroun. Murió á lo mas tarde en el año de 829. 807.

LXV. *Basilio.*

Basilio, sucesor de Tomas, ocupaba la silla de Jerusalen en el mes de Octubre de 829, quando subió al trono el emperador Teófilo. De concierto con los patriarcas de Alexandría y de Antioquía escribió una carta muy 829.

Años de J. C. fuerte á este príncipe, á favor de las santas imágenes, mas no tuvo ningun efecto. Murió Basilio á mas tardar en el año de 843.

LXVI. *Sergio II.*

843. Fué elegido Sergio patriarca de Jerusalen en el segundo año del califa Vateck, es decir, en el año de 843, segun Eutichîo, que le da diez y seis años de patriarcado. Murió en 858, ó 859.

LXVII. *Salomon.*

858. ó 859. Salomon, hijo de Zatkum, fué sacado del número de los legados, segun Anastasio, para elevarle á la dignidad patriarcal. Le da Eutichîo cinco años de gobierno, que quiere decir, que murió en 862, ó 863.

LXVIII. *Teodosio.*

862. ó 863. Teodosio ó Teodoro, fué substituido á Salomon en el año de 862, ó 863. Le da Eutichîo diez y nueve años de gobierno, mas es cierto que murió en 879.

LXIX. *Elías III.*

879. Fué elegido Elías á lo mas tarde en 879 para suceder al patriarca Toedosio. Asistió, por su sincello, llamado Elías, como él, al conciliábulo que tuvo Focio en Noviembre de este año para su restablecimiento, y así este patriarca como su diputado habian sido sorprehendidos por los artificios de Focio. Murió á los 29 años de su gobierno, esto es, en el de 907.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE CONSTANTINOPLA.

SIGLO NOVENO.

LV. *Nicéforo.*

Nicéforo, secretario del palacio, y despues solitario, fué elevado é la silla de Constantinopla despues de la muerte de Taraiso. Su zelo por las santas imágenes le atraxo la indignacion del emperador Leon el Armenio, que le hizo deponer en un concilio en el año de 815, y le envió á un destierro, en donde murió Nicéforo en 828. Años de J. C. 806.

LVI. *Teodoto Cassistero.*

Teodoto de Melissa, llamado el Cassistero, oficial de palacio, y nombrado patriarca por el emperador Leon el Armenio, fué ordenado el primero de Abril de 815: En el mismo año tuvo por órden de este príncipe un conciliábulo, en el qual anatematizó al séptimo concilio general; y en el de 821 murió, despues de haber hecho una guerra continuada á las santas imágenes y á sus defensores. 815.

LVII. *Antonio I.*

Antonio, metropolitano de Silea ó de Pergea, en Pamfilia, grande iconoclasta, excomulgado en el concilio de Constantinopla celebrado en 814. Sucedió al patriarca Teodoro. Obtuvo la silla doce años incompletos, y murió hácia el mes de Abril de 832. 821.

LVIII. *Juan VII.*

Juan, por sobrenombre Lecanomanto, sucedió al pa- 832.

Años de J. C. triarca Antonio, de quien habia sido sincello. Despues de haber gobernado la iglesia de Constantinópla por espacio de nueve años, fué desposeido por la emperatriz Teodora en 842 por su inclinacion á la heregía de los iconoclastas.

LIX. *Metodio.*

842. Metodio, natural de Siracusa, y monge de Constantinopla, fué substituido al patriarca Juan en 842. Habia sufrido grandes persecuciones, baxo los emperadores Miguel el Balbuciente y Teófilo, por la defensa de las santas imágenes. Fué su episcopado de quatro años y quatro meses, y murió en 846.

LX. *San Ignacio.*

846. Ignacio, hijo del emperador Miguel Curopalato, presbítero y monge de san Sátiro, fué colocado en la silla de Constantinopla, despues de la muerte de Metodio, por unánime consentimiento de la clerecía y del pueblo. En el año de 857, irritado el césar Bardas de que Ignacio le habia negado la comunion á causa de un incesto, le mandó desterrar á la isla de Terebinto.

LXI. *Focio.*

857. Focio, hombre bien nacido y sabio, fué ordenado patriarca de Constantinopla el dia de navidad de 857, despues de haber recibido las demas órdenes en el espacio de cinco dias precedentes; y en el año de 867 fué despojado por el emperador Basilio, y desterrado al monasterio de Scopé.

San Ignacio, restablecido.

867. Despues de la expulsion de Focio, fué restablecido Ignacio el 23 de Noviembre á la silla de Constantinopla, y murió de 80 años el 23 de Octubre de 877.

Focio, restablecido.

877. Habiendo Focio vuelto á la gracia del emperador Basilio, fué llamado y restablecido tres dias despues de la

YES
LATERRA.

berto re-
sucesiva-
los siete
, que
nian la
chia , y
único se-
Inglater-
827 , y
en 837.
lwolfo ó
fo recibe
ona des-
e la muer-
su padre,
e en 857.
baldo su-
á su pa-
857 , y
en 866.
lberto en
eune el
de su her-
Etelbal-
suyo , y

RBERANOS
DE LA RUSIA.

Nota. H La dificultad de
ra en sus el orígen del im-
cronología Rusia , y la cro-
de Escocia de los primeros
de todos lo que le goberna
reynaron obliga á no co-
penetró en la tabla de estos
religion c ls hasta el si-
mediados No habiendo te-
Su estado l Rusos conoci-
to y agitad de las letras y
go tiempo de escribir hasta
hubiesen fi de , no fueron
y monaste sus anales anti-
mó una co o por una vaga
sólida en o , muy poco cier-
por esta r que se pueda con-
hasta esta las noticias que
cronológic n.
ranos que es el primer prín-
ta parte d ocido que reynó
Dongal a. Pretendian los
no de Esc e traia su orígen
pios del si manos. No se co-
na hasta certamente ni el
años de
893.
Donald
Constanti
clamado
la muerte
peleando
neses mue
ceno de
904.

SOBERANOS
DE LA POLONIA.

Nota. Todos los historiadores toman la descendencia de los polacos de los sarmatas, antigua poblacion del Norte, quienes se llamaron despues esclavos ó esclavo es Permanecieron largo tiempo sin leyes y sin gobierno, y sin conocer mas autoridad que la de los gefes que elegian para mandarles en la guerra. Leszko I. está reputado por el fundador de la Polonia. La lista de sus sucesores es muy incierta hasta principios del siglo IX.; lo que nos ha determinado á no subir mas que hasta esta época la tabla cronológica de los príncipes de Polonia.

Leszko II. sube al trono en 804 por los votos

muerte de Ignacio; y en el año de 886, por Septiembre, fué despojado enteramente por el emperador Leon el Filósofo, y desterrado á un monasterio, donde murió en 891. Años de J. C.

LXII. *Esteban.*

Esteban, hermano del emperador Leon, de edad de 16 años, fué colocado en el lugar de Focio, que le habia elevado, hecho diácono, y escogido para su sincello. Ocupó la silla seis años y cinco meses, y al cabo murió en el año de 893. 886.

LXIII. *Antonio II.*

Antonio II, por sobrenombre Cauléo, sucedió al patriarca Esteban en el mes de Mayo de 893. Gobernó santamente la iglesia de Constantinopla cerca de dos años, y murió de sesenta y siete en el año de 895. 893.

LXIV. *Nicolao el Místico.*

Nicolao, á quien llamaron por sobrenombre el Místico, por su prudencia y sabiduría, subió á la silla de Constantinopla despues de la muerte del patriarca Antonio. En el año de 906 depuso al presbítero Tomas por haber dado la bendicion nupcial al emperador Leon, y á Zoe su quarta esposa, y prohibió la entrada en la iglesia al mismo emperador, que le desterró por este motivo. 895.

HISTORIA ECLESIÁSTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO DECIMO.

ARTICULO PRIMERO.

Pintura del imperio griego en el siglo décimo.

A principios de este siglo imperaba todavía en Constantinopla Leon el Filósofo, de quien hemos hecho ya mencion. Los últimos años de este monarca fueron agitados con grandes turbaciones, ocasionadas de su casamiento con la célebre Zoe Carbonopsina, con quien quiso casarse solemnemente, y declararla emperatriz. Las leyes canónicas de los griegos, que prescribian las quartas nupcias, se oponian á esta idea; pero Leon, que no habia tenido hijos de ninguna de sus tres primeras mugeres, como logró ser padre con el nacimiento de Constantino Porfirogeneta, que dió á luz Zoe el año 905, resolvió hacer conceder los honores y título de esposa legítima á aquella de quien acababa de tener un sucesor. El patriarca Nicolas, llamado por su grande piedad el Místico, apoyado de un crecido número de obispos y de todo su clero, se opuso fuertemente á una empresa, que tenia por un escándalo enorme, y por el trastorno de las leyes mas sagradas. Irritado Leon con este obstáculo, se valió del artificio y de la violencia para conseguir sus intentos; y su amor á una muger, que en los principios habia tomado tan solo por concubina, lo convirtió en perseguidor. No dexó de encontrar un sacerdote llamado Tomas, que tuvo la cobardía de darle la bendicion nupcial. El patriarca depuso á este ministro prevaricador, que se habia atrevido á au-

torizar un matrimonio contrario á las leyes eclesiásticas, de las que era preciso á lo ménos conseguir dispensa ántes de pasar adelante. No contento con esto Nicolas, prohibió la entrada en la iglesia al emperador, hasta que hubiesen llegado los legados del papa y de las sillas principales de Oriente convocados para exâminar este asunto; y entre tanto que se juntaban los que le habian de juzgar, se quedaba este monarca en la sacristía durante los oficios.

Luego que llegaron los legados se valió Leon de los medios ordinarios de seduccion, agasajos y regalos. Quando ya estuvo asegurado de su buen efecto, convidó al patriarca á un gran banquete que acostumbraban dar los emperadores el primer dia de Febrero, en el qual no se omitió ningun medio para ablandar al pastor, y alcanzar su consentimiento; pero él se mantuvo firme, sin que nada bastase á doblarlo, ni amenazas, ni la suerte funesta que se anunciaba si proseguia en oponerse á la volunsad del soberano. Arrebatado inmediatamente, se le llevó á destierro, y se le cargó de prisiones, como asimismo á todos los prelados que eran de su opinion. Despues de este ruidoso golpe, congregados en concilio los legados, autorizaron el matrimonio de Leon y de Zoe; pero tan solo por dispensa, y sin duda por el bien de la paz, porque el emperador se mostraba tan apasionado, que se temia, y no sin razon, que este asunto, en que ya andaban opuestos los pareceres, no llegase á ser nuevo manantial de desdichas para la Iglesia y para el estado. En medio de estas turbaciones, acometido Leon, hacia algun tiempo, de una disenteria, que le debilitaba cada dia mas, murió el 11 de Mayo de 911, dexando el imperio á su hermano Alexandro y á su hijo Constancio, con quien se habia asociado el año antecedente.

El ser muy niño Constantino fué lo que obligó á Leon á darle por compañero al príncipe Alexandro, que fué el protector de su infancia, y el apoyo del estado, pero sus deseos no llegaron á cumplírsele. Alexandro, príncipe afeminado, que no estimaba el poder supremo mas que porque le facilitaba el entregarse sin temor de castigo á los mas infames desórdenes, deliberó hacer mutilar á su sobrino para excluirlo del trono imperial; pero la muerte, fruto de sus desórdenes, lo derribó á él mismo quando entraba en el segundo año de su reynado. Aunque su go-

bierno duró poco, sin embargo fué uno de los mas funestos para los pueblos, porque los empleos que piden mas talento y probidad los habia confiado á sugetos poseidos de codicia, incapaces y viciosos, que pusieron en desórden todos los ramos de la administracion.

Quedando por único dueño del imperio Constantino IX, llamó á su madre Zoe, que Alexandro habia retirado de la corte. Esta muger, hábil y mas capaz de reynar que su hijo, despidió los indignos ministros que habian hecho infeliz al pueblo, y odiosa la autoridad en el reynado de Alexandro. En poco tiempo restableció la confianza dentro y fuera por medio de su aplicacion á los negocios, y cediendo, segun le pareció debia hacerlo, á las circunstancias, comprando la paz de los búlgaros y de los sarracenos, vecinos temibles, que siempre estaban con la espada levantada para acometer al imperio; pero el gobierno prudente y moderado de esta princesa no duró mas que seis años. Enredos de corte, é insinuaciones malignas, á que con demasiada facilidad dió oidos su hijo, lo hicieron ingrato para con ella. Romano Lecapeno, hombre de fortuna, que debia su exâltacion al emperador Basilio, á quien habia salvado la vida en una batalla, tuvo cabida en el favor del jóven príncipe, y en el manejo de los negocios. Constantino se casó con Elena, hija de este ministro, que á poco tiempo consiguió hacerse declarar compañero de su yerno. A pesar de algunas borrascas inevitables en un gobierno arbitrario, y expuesto incesantemente á nuevas revoluciones, como lo estaba el de Constantinopla, fué feliz esta asociacion. Romano velaba sobre el estado, y se aplicaba al gobierno de los negocios con tanta diligencia como capacidad, entre tanto que Constantino, hombre literato, encerrado en su quarto se entregaba, apartado del bullicio, á unos estudios que lisonjeaban mas su gusto. La buena inteligencia que reynó mucho tiempo entre estos dos príncipes, fué causa de su seguridad, y de la prosperidad del imperio; pero al cabo llegó á turbarse esta armonía. Siendo Romano el único de los dos emperadores que obraba y gobernaba, y el único á quien conocian los ministros, los generales y los empleados, le fué fácil arrogarse á sí toda la autoridad, de que su compañero se mostraba poco zeloso. Para muestra de su superioridad, puso su nombre ántes de el de Cons-

tantino en los autos públicos, en menosprecio del juramento que habia hecho al tiempo de su asociacion al imperio; pero al mismo tiempo procuraba con empeño justificar entre los pueblos esta especie de usurpacion, por medio de su trabajo continuo, su vigilancia en todos los objetos de la administracion, y su actividad en hacer frente á los enemigos del estado. Mayores elogios hubiera merecido todavía, si no hubiese confiado los mas de los empleos á unos hombres que no tenian otra recomendacion para conseguirlos, que ser interesadamente apasionados de su fortuna. Habia declarado por Augustos tres hijos suyos, sin que sepamos si Constantino habia consentido en su exâltacion; pero lo que parece cierto á lo ménos es, que no se opuso á ella. Así que se vieron á la vez en las murallas de Constantinopla cinco príncipes adornados con la púrpura, y gozando de los honores propios del poder supremo. Pero la demasiada ansia que mostró Romano Lecapeno por la exâltacion de su familia, fué la causa de su caida. Disgustados sus hijos de la severidad que usaba con ellos, y deseosos de reynar, lo hicieron prender, y conducir á la isla de Proté, donde se le obligó á tomar el hábito de monge. Despertado de su indiferencia Constantino con una empresa tan atrevida, y temiendo se hiciese con él el mismo tratamiento que estos príncipes inhumanos se habian atrevido á hacer con su padre, los mandó prender sucesivamente poco tiempo despues, desterró uno á la isla de Panorme, y otro á la de Tenedos, y los obligó á ambos á recibir la tonsura clerical, y despues los órdenes sacros. Tomada esta vigorosa resolucion, se esperaba que saliese Constantino de la vida indolente y retirada que habia llevado hasta entónces; pero recayó en la inaccion á que se habia habituado, abandonando el cuidado del gobierno á la emperatriz Elena y al eunuco Basilio, que vendian los empleos de mayor entidad á unos sugetos sin experiencia, ni talento, cuyo fin, comprándolos, era reembolsar el costo con usuras, haciendo vexaciones é injusticias como lo acostumbran tales gentes. En esta especie de tutela pasó Constantino los últimos catorce años de su reynado en la obscuridad de un sabio que no tiene que dar cuenta á nadie de sus operaciones. Murió el año 959 de un modo funesto y atroz. Impelido su hijo Romano el Jóven, á quien habia hecho coronar muchos años an-

tes de la detestable ambicion de reynar solo, le hizo presentar veneno en una bebida que le habia mandado el médico. Sin embargo de que el vaso se le torció en las manos por un movimiento que hizo al recibirlo, y se vertió una parte del licor, con todo, lo que quedó tuvo todavía bastante actividad para darle la muerte despues de algunos meses de desfallecimiento. Este príncipe, que tuvo talento y virtudes suficientes para hacerlo digno de estimacion en el estado de hombre particular, careció de las qualidades que debia tener como príncipe para gobernar con gloria. A pesar de los estragos causados por la codicia de la emperatriz Elena y de los ministros, á quien confió su poder, su reynado, que comprehende el de Romano Lecapeno, se señaló con victorias memorables contra los búlgaros, los rusos, los sarracenos y los turcos, debidas al valor y habilidad de tres famosos generales, que fueron el propugnáculo del imperio, á saber, Nicéforo Focas, Leon Focas su hermano, y Teófanes, general de las armadas navales.

Romano el Jóven gozó muy poco tiempo del horrendo crímen que lo habia colocado en el trono; y no parece sino que se habia apresurado á subir á él para manifestar quan indigno era de ocuparlo. Los placeres y la disolucion habian sido su único empleo ántes que el parricidio lo hubiese revestido con el supremo poder. Quando llegó á ser emperador, no mudó de vida, ni de costumbres; ántes por lo contrario la impunidad lo hizo ménos cauto en sus desórdenes, y ménos esclavo de ningun miramiento. Sus desarreglos lo conduxeron al sepulcro en el año 963. Los dos hermanos Focas continuaron durante este reynado en hacer al estado señalados servicios, y ganaron á sus enemigos muchas victorias de la mayor conseqüencia. Nicéforo con especialidad tuvo la gloria de tomar á los sarracenos un crecido número de plazas en el Oriente, é inmensas riquezas, que mostró á la vista del pueblo, quizá con excesiva ostentacion, en una pompa triunfal enmedio de Constantinopla.

Este fausto imprudente dió en que sospechar á Teofanon, viuda de Romano, gobernadora del imperio, como tutora de sus dos hijos Basilio y Constantino, que todavía estaban en la primera infancia. Receló que Nicéforo, á quien sus victorias habian colmado de gloria, y

hecho amable á los pueblos, aspiraba al imperio. Joseph, primer ministro, poco afecto á este general, sin duda porque tenia zelos de su reputacion, confirmó las sospechas de la emperatriz. Resolvióse apartar á Nicéforo, volviéndolo á enviar á Oriente á la frente de los exércitos; pero haciéndolo nuevas victorias mas y mas celebre y temible, se determinó deshacerse de él. Las órdenes se confiaron á dos capitanes, que enseñados á vencer baxo su mando, y poniendo su gloria en participar de la suya, se avergonzaron de haber sido elegidos para servir de instrumentos al odio de la gobernadora y del ministro. Estos dos generosos amigos de Nicéforo, que eran los generales Juan Cimiscés y Romano Curenas, mostraron á Nicéforo las cartas de la corte, y le aconsejaron previniese el golpe que le amenazaba, haciendo que el éxército lo proclamase emperador, y marchando en derechura á Constantinopla. Atemorizado Nicéforo con las resultas que podia tener tal empresa, tituheó al principio; mas convencido despues con las razones de sus amigos, siguió sus consejos.

Habiendo recibido Nicéforo el imperio de su exército victorioso, lo guió á Constantinopla. Las puertas de esta ciudad capital se le abrieron: los señores y el pueblo, que lo miraban como el único apoyo de la patria, y el mayor soldado que habia tenido la Grecia desde los Belisarios y Narsés, le salieron de tropel al encuentro. El entró en la capital en medio de las aclamaciones y señales mas lisongeras del gozo y satisfaccion pública. Sea política, ó sea inclinacion, como quieren algunos, se casó con la emperatriz Teofanon, y se declaró por tutor de los dos príncipes niños sus hijos. El reynado de Nicéforo no fué mas que una serie de triunfos; pero no gustaba sino de la guerra, y solo hacia aprecio de la profesion de las armas. Por enriquecer á los que la habian abrazado, vexó y despojó á todos los demas, sin perdonar magistrado ni clero. Sus extorsiones y su avaricia lo hicieron tan odioso, que se olvidaron sus victorias, y no se vió ya en él mas que un príncipe codicioso, que robaba los monasterios é iglesias, y que se aprovechaba de los tiempos de carestía, para vender á precio subido el trigo que habia hecho acopiar en sus hórreos. Quitó el mando de los exércitos á Juan Cimiscés, y lo privó de su gracia. Esta injusticia con un general experimentado y fiel, á quien nadie igno-

raba que débia imperio y vida, aumentó los disgustos. Conspiróse contra él; y Teofanon, que si habia admitido su mano, habia sido solamente porque tuviesen protector sus hijos, entró en la conjura. Temia que Nicéforo, disgustado de ella, hiciese pasar la corona imperial á la cabeza de Juan Focas su hermano en perjuicio de los príncipes Basilio y Constantino, hijos de Romano el Jóven; y así se reunieron todos sus intereses para apresurar la perdicion de Nicéforo. Aunque este tenia una guardia numerosa y fiel, en la qual descansaba, sin embargo burló Teofanon su vigilancia, subiendo de noche los conjurados á palacio en una cesta; y conduciéndolos despues al quarto del emperador que dormia, fué asesinado ántes que su guardia advirtiese lo que pasaba. A pesar de la fama de sus victorias, y de la importancia de sus conquistas, dexó un nombre detestable, porque fué poco reconocido á los servicios que se le habian hecho, injusto, cruel, y sin respeto al derecho mas sagrado de los ciudadanos en el derecho inviolable de la propiedad. No es este el primero, ni el único exemplo que suministra la historia de un príncipe dotado de las mejores prendas, y destinado para hacer felices á todos, á quien la injusticia ha derribado del trono, y hecho odioso á la posteridad.

Juan, llamado Cimiscés, voz armenia, que significa un hombre de pequeña estatura, reo de un vil asesinato, y cubierto con la sangre de un enemigo, á quien debiera haber respetado, porque era su soberano, subió sin obstáculo al trono de donde acababa de precipitarlo. Si habia algo que pudiese excusar un delito tan atroz, se deberia quizá distinguir á Cimiscés con alguna indulgencia, grangeada por su zelo en corregir los abusos, y en socorrer todas las necesidades del estado por su infatigable actividad á la frente de los exércitos, y su particular fortuna en la guerra, por su clemencia con sus enemigos personales, y por su grande compasion en las desgracias de los pueblos; virtud que le ocasionó su ruina. Atravesando la Cilicia con su exército, vió castillos y casas de extremada magnificencia, y como preguntase quién era el dueño de ellas, se le dixo que el eunuco Basilio, hombre de mucho favor en la corte, y de inmensa riqueza. *¡Ay!* dixo el emperador, *infelices trabajos los nuestros, que no sirven mas que para enriquecer á un eunuco.* Sabido

esto por Basilio, tuvo por cierta su perdicion, y para prevenirla persuadió al copero á que echase veneno en la copa del emperador. Esta accion detestable se puso en execucion, y de resultas murió Cimiscés en el mes de Enero del año 976. Dios permitió que los dias de este príncipe se concluyesen por medio de un delito semejante al que habia dado principio á su exâltacion.

Con esta muerte volvieron á entrar Basilio III. y Constantino en los derechos que les daba el nacimiento al trono imperial; de donde probablemente se puede inferir, que si Cimiscés hubiera vivido mas tiempo, no habria dexado de apartarlos para siempre. El primero de estos príncipes solamente tenia diez y nueve años, y el segundo unos diez y siete. El eunuco Basilio quedó con el empleo de primer ministro, y volvió á traer á la corte á la emperatriz Teofanon, madre de los segundos príncipes, para valerse de sus consejos, y cubrirse con su autoridad. El último emperador la habia desterrado á un monasterio, sin duda porque la juzgaba capaz de usar de traicion con él, quando tan cruel la habia hecho á su marido Nicéforo. El jóven emperador Basilio se entregaba al trabajo, y á los negocios del gobierno con una aplicacion y madurez superior á su edad; pero Constantino solo tenia aficion á las diversiones y placeres. Su reynado duró mas de cincuenta años, contando hasta la muerte del que sobrevivió. En los principios hubo turbaciones, bandos y rebeliones, movidas por Seclero y Bardas-Focas, segundos generales disgustados de la corte. Uno despues de otro tomaron el título de emperador, y unieron al parecer sus intereses contra los príncipes legítimos, sus enemigos comunes, pero despues se dividieron; y viendo Bardas en Seclero un competidor temible, buscó medios de deshacerse de él; pero tambien pereció en el instante que Basilio iba á darle batalla. Concluida con esta muerte la guerra civil, volvió el emperador sus armas contra los enemigos del estado; y su actividad, su buena conducta y su valor lo hicieron salir casi siempre vencedor de los búlgaros, de los sarracenos y de los otros pueblos vecinos, que no cesaban de atacar las fronteras siempre que hallaban ocasion. El retrato de este príncipe y de su compañero lo delinearemos en la historia del siglo undécimo, cuyos primeros veinte y ocho años ocupará su reynado.

De todo lo que acabamos de decir sobre el estado del imperio griego en el siglo décimo, se puede sacar que la corte de Constantinopla continuaba en estar tan corrompida, y tan turbulenta como siempre; que la traicion, la perfidia, el homicidio y los tósigos, eran los medios ordinarios de los que habitaban esta temible corte; que las tempestades se fraguaban continuamente al rededor del trono, al qual se subia y baxaba por medio del delito; que si los talentos militares, y el valor de algunos generales hábiles hicieron victoriosos los exércitos, estas victorias fueron mas bien efecto de la casualidad, que no de un sistema de política prudentemente combinado; que las revoluciones freqüentes, los vicios vergonzosos y públicos de los soberanos, la codicia de los ministros, sus cohechos, sus enemistades y su gobierno tiránico, desmoronaban todos los cimientos de la prosperidad pública; y por último, que si el estado conservaba todavía algun esplendor, y se le tenia alguna atencion por fuera, el pueblo, tan corrompido como las demas clases, era sobremanera desdichado interiormente.

CAPITULO II.

Estado del imperio de los califas, y de la religion musulmana.

Ya no nos presentan los musulmanes aquel grande espectáculo de una nacion belicosa y entusiasta, que emprende la conquista del universo por causa de religion, y que cree ganar el cielo muriendo con las armas en la mano en honra del alcoran. Sin ser ménos zelosos por sus leyes, ni tener ménos respeto á Mahoma, habia tenido su fanatismo la suerte que todas las pasiones humanas; á saber, habia perdido de su actividad al paso que se habia ido apartando de su orígen, y su primer fervor se habia ido entibiando poco á poco extendiéndose léjos. A fines del siglo nono se habian formado en el seno del eslamismo sectas de reformadores, que presentando la religion baxo de nuevas ideas, substituyendo la disputa á una fe muda y ciega, habian dividido el zelo de los creyentes, que habian mostrado tan vivo y tan impetuoso en quanto no tenian mas que un solo objeto.

Otras causas de influencia no ménos directa y ménos segura habian concurrido ya á hacer decaer la religion y el imperio de los musulmanes de aquel estado floreciente en que lo hemos visto. Estas causas, que por su naturaleza se habian de hacer mas executivas con el tiempo, se manifestaron mas y mas en este siglo, y produxeron efectos mas visibles. Los primeros musulmanes habian sido unos hombres sóbrios, duros y constantes en los trabajos, sin conocer ninguna de las comodidades de la vida, hechos al calor, al frio, al hambre y á las demas fatigas anexas al exercicio de la guerra, siempre armados, siempre á caballo, durmiendo en el suelo, sin otro equipage que sus armas, sin otras provisiones que harina en un saco, y sin otras alhajas de cocina que una olla de hierro, y un plato de madera. Sus capitanes, los primeros califas, les daban exemplo de esta vida sencilla, frugal y distante de todo fausto. Abubecro, Omar, Moavias, Alí y los otros sucesores de Mahoma en los primeros tiempos ignoraban el luxo y la magnificencia, vivian como sus soldados, y no se atribuian otra distincion que la de mostrarse mas fieles á las prácticas de la religion, mas desinteresados en el uso de los caudales públicos, y mas intrépidos en medio de los combates. Unas costumbres agrestes, y una ignorancia grosera servian de baluarte á esta austeridad, que se perpetuó y se mantuvo casi en el mismo grado todo el tiempo que la casa de los Ommiadas ocupó el trono.

Luego que los Abasidas se hicieron dueños de la autoridad suprema, empezaron á apartarse de la antigua simplicidad. Creyeron, á exemplo de otros monarcas, que la soberanía no podia carecer de cierto esplendor exterior, y que la magestad de los reyes necesita una magnificencia aparente, que aumente el respeto de los pueblos, dando ideas de grandeza, é infundiendo temor. Así que el fausto y el esplendor se introduxeron en las cortes de estos príncipes; y desde Almanzor, que fué el primero de los califas que tuvo aficion á las artes, á la pompa, al primor y á las fiestas, no hizo otra cosa el luxo que irse aumentando, hasta obscurecer el de los monarcas mas estragados del Asia. La pereza y el gusto de los placeres se siguieron á las riquezas aplicadas al ornato del trono; y la licencia, la disolucion y el menosprecio de todo pundonor, no tardaron en seguir sus huellas. Palacios, mue-

bles, equipages, mesas, ministros, criados, todo se multiplicó excesivamente, y se puso en el mas alto grado de magnificencia y de riqueza. Muy en breve se refinó aun el mismo deleyte, y se inventaron nuevos medios de irritar y de satisfacer los sentidos; con lo qual la corte de los soberanos musulmanes vino á hacerse el centro, en que se halló reunido lo mas delicado en todo género, lo mas sensual y lo mas á propósito para corromper los corazones con un gasto que espanta solo al pensarlo. Unos soberanos sumergidos en la malicia é indolencia, sin otro cuidado que el de variar sus placeres, y embriagarse á satisfaccion con la idea de su grandeza, no eran á propósito, ni para las expediciones militares, ni para las empresas arriesgadas que habian hecho á sus predecesores temibles á las otras potencias. Los pueblos, que con impuestos excesivos surtian á su luxo sin experimentar la influencia benéfica de su poder, se hacian indiferentes respecto de su destino. A los exércitos, que ya no los veian á su frente, participando de las fatigas y riesgos, se les daba poco vencer para asegurar su descanso, y hacerles gozar sin inquietud de una ociosidad voluptuosa, que costaba la vida y el reposo á millares de hombres. De aquí provino que no teniendo los gobernadores de provincia quien los zelase, ni conteniéndolos una autoridad dominante, trabajaron en su propio beneficio, y procuraron la independencia. Los generales y gente de guerra, que servian baxo sus órdenes con los cuerpos de tropas que los mandaban, pasaron al servicio de estos gobernadores hechos soberanos, que compraban el auxîlio de su brazo, para mantenerse en la usurpacion, libertarse del castigo, y engrandecerse á costa de sus vecinos que hacian otro tanto.

En este siglo se vió, pues, desmembrarse el poder musulman, y dividirse en una infinidad de estados pequeños, cuyos intereses políticos eran opuestos, y que no tenian entre sí otro vínculo que el de una comun credulidad á los sueños y delirios del Alcoran; y aun las mismas distintas interpretaciones de este libro, para ellos divino, fueron orígen de secta contrária y de disputas teológicas, cuyo furor armó mas de una vez á los príncipes y pueblos, encarnizados en destruirse mutuamente. Estas disensiones políticas y religiosas produxeron guerras obstinadas entre los musulmanes, y fueron la principal causa de las victo-

tas que les ganaron los emperadores griegos. Entre tanto que los discípulos de Mahoma se aniquilaban entre sí, y que la cabeza del estado, contenta con que la adorasen en su palacio, vivia en él sin cuidarse de nada de lo que pasaba léjos de sí, enviaban los soberanos de Constantinopla contra ellos exércitos formidables, y generales experimentados. Ellos perdian batallas, ciudades, provincias enteras, riquísimo botin, y tan crecido número de vasallos reducidos á cautiverio, que algunas veces no se sabia donde ponerlos.

Los pequeños soberanos, que se habian formado de los estados con las varias desmembraciones de la monarquía, ocupados en sus intereses personales, y descuidados de la causa comun, veian estas victorias de los griegos sin oponerse á ellas siempre que no les atacaban directamente, ó les amenazaba de cerca. Si se juntaban algunas veces para su defensa mútua, cesaba su union con el riesgo que los habia juntado. Los zelos del mando, la ambicion y la venganza los dividian de nuevo, y convertian en su destruccion aquellas mismas armas que acababan de aliarse para rechazar á un enemigo, cuyas fuerzas consistian en parte en sus mismas oposiciones. La historia del eslamismo no nos presenta á la vista otros objetos en el discurso de todo este siglo, y las mismas escenas se repitieron á menudo en todas las comarcas del imperio musulman. Un gobierno, cuyas partes no tenian ya trabazon, correspondencia ni armonía, no podia conservar su antiguo esplendor, ni contrapesar á las fuerzas que lo asaltaban por fuera, y lo amenazaban por dentro. La estabilidad de los estados depende de la influencia continua de la cabeza sobre todos los miembros que componen el cuerpo político, y de las relaciones estrechas que tienen á estos unidos con esta cabeza, principio de vida, centro de actividad, y único móvil que á todo lo pone en execucion. Si la cabeza se entorpece, é incurre en la inaccion; si los miembros cesan de estar unidos con ella, y buscan interes aparte, ya no tiene consistencia este cuerpo, sino que todo él se desarma y disuelve. Tal fué la suerte de la potencia musulmana; y esta reflexion es la imágen del estado á que la vemos reducida en el siglo décimo. Deslumbrados los califas con su propia magnificencia, debilitados

con la pereza, entregados á sus placeres, abandonaban el cuidado de los negocios y las dificultades del gobierno á unos ministros cobardes, avaros, pérfidos, y por lo comun tan estúpidos, y tan poco capaces de aplicacion y de trabajar como sus amos. Estos monarcas débiles y voluptuosos dexaron nacer en el centro de su corte, y levantarse á su vista una magistratura, ó por mejor decir, una autoridad contraria á la suya, que los eclipsó en el mismo centro de su poder, y les hizo temblar sobre un trono rodeado de precipicios. El oficial á quien se dió este cargo se llamaba Emir Al-omara; esto es, comandante de los comandantes. Era á un mismo tiempo gefe de los consejos, ministro de guerra y de hacienda, primer magistrado y primer general: su clase, sus funciones y su poder lo hacian semejante á lo que eran los mayores ó gobernadores de palacio en tiempo de la primera rama de los reyes de Francia por el dominio que en poco tiempo adquirieron estos emires sobre sus señores, y por la multitud de tiranos que se atribuyeron la independencia, se hallaron muy en breve los califas reducidos á una representacion vana y ociosa. Reverenciábanlos como cabezas de la religion, á cuyo título se pronunciaban sus nombres con respeto al empezar las oraciones en todas las mezquitas; y á esto se reducia todo lo que les quedaba de su antiguo poder. Pero si su dignidad era sagrada, no por eso era inviolable su persona. Los exâltaba al trono, y se les derribaban como vanos simulacros de quien la ambicion y la venganza se burlaban á su arbitrio. Todos los que en este siglo reynaron, perecieron sucesivamente ó por el hierro ó por veneno; y aun hubo alguno á quien se desdeñaron de matar, y que se mantuvieron vergonzosamente pidiendo limosna á la puerta de los templos, Tal fué entre otros Caher décimo nono califa de la casa de los abasidas, á quien habian sacado los ojos, y que poniéndose los viérnes cerca de la mezquita mayor con los otros ciegos, decia á los que pasaban: *acordaos que el que os pide hoy limosna ha sido vuestro califa.*

Otra causa mas se añadió á aquellas, cuyos efectos acabamos de exponer, para reducir el poder, en otro tiempo tan temible de los califas, á este estado de envilecimiento y debilidad; este fué el espíritu de secta,

principio de destruccion mas funesto y mas rápido que ningun otro en toda especie de gobierno. Un embustero natural de Carmath en el Irac arábigo ó antigua Caldea, se habia levantado en el reynado de Mothadad, décimo sexto califa de la raza de los Abasidas, que murió el año de 902. Dióse por profeta enviado de Dios, y formó en poco tiempo una secta numerosa. Mudó las fórmulas de oraciones que se miraban como sagradas, suprimió muchas ceremonias incómodas, y permitió á los musulmanes el uso del vino. Sus seqüaces tomaron el nombre de carmathas de él del lugar en donde habia nacido. Al furor del fanatismo añadieron el de la guerra, y sus exércitos, mandados por unos generales que ellos mismos se habian escogido, causaron por todas partes estrago y desolacion. En tiempo del califa Moktader, que fué muerto el año 932, tomaron la Meca, saquearon el templo de la Caaba, baxo el mando del general Abu-Taer, y se llevaron la piedra negra, objeto de la veneracion de todos los buenos musulmanes. Echábanse á menudo sobre las carabanas de peregrinos que iban, segun el precepto de la ley, á hacer sus romerías á la Meca ó á Medina, y no contentos con robarlos, los asesinaban sin piedad, de suerte, que estando infestados de estos ladrones los caminos del desierto, fué por mucho tiempo imposible emprender la peregrinacion de la Meca, que por esta causa estuvo interrumpida muchos años. Tomáronse las armas para exterminar estos perjudiciales sectarios: hubo sobre ellos alguna ventaja: perdieron muchas batallas sangrientas; pero despues de derrotados volvian á parecer mas furiosos, y en mayor número que ántes, para vengar la muerte de sus hermanos. En ningun tiempo las guerras de religion tan reprehendidas á los christianos, se han sostenido con mayor furia, ni hecho correr mas sangre.

Con las desmembraciones y alborotos de que hemos hablado, las mas de las provincias y grandes comarcas, que habian compuesto el dilatado imperio de los califas en el siglo nono, tuvieron soberanos particulares en éste. Así que se vieron príncipes independientes baxo diferentes nombres en el Irac arábigo, en la Persia propiamente llamada, en el Irac pérsico que fué el pais de los antiguos partos, en la Mesopotamia, en el Egipto y la

Siria, en el Korasan y la Transaxona, entre tanto que el Africa veia á los fatimitas, descendientes de Mahoma por su hija Fátima, esposa de Alí, fundar una nueva monarquía, y tomar el título de califa.

A pesar de este repartimiento del poder soberano en tantas ramas, siempre residia en los califas de Bagdad ó de Oriente el doble poder que caracterizó desde los primeros tiempos la dignidad suprema del califado, y se perpetuaba por ellos la sucesion de los soberanos legítimos. Por tanto no pondremos otros nombres que los suyos en la tabla sincrónica de los príncipes de este siglo. Lo que la historia nos dice sobre cada uno de ellos se reduce casi á una mera lista de poco interes, en donde se contenta con señalar el tiempo de su subida al trono, y el de su caida, y así tenemos por inútil repetir aquí lo que presentará á la vista del lector la tabla sincrónica.

CAPITULO III.

Pintura política del Occidente.

Quantos delitos y desgracias acarrean la anarquía y la ferocidad, otros tantos cubrieron el Occidente, haciéndolo un dilatado teatro de horrores en el siglo décimo. Esta es la época mas deplorable, y que mas afligió á la humanidad. Casi toda la Europa estuvo sin leyes, sin costumbres, sin luces, sin reglas y sin freno. La ambicion ciega y mal dirigida en sus medios: la venganza atroz casi siempre sin objeto y sin utilidad: la independencia que no tiene otro fin que no obedecer á nadie y hacer mal libremente: la transgresion pública de todas las leyes divinas y humanas: los pueblos oprimidos por una multitud de tiranos, cobardes y crueles: la libertad, la justicia, tan poco conocidas como la razon: la fuerza dominando por todas partes, y destruyéndolo todo: los escándalos mas repugnantes hechos tan comunes que ya no se reparaba en ellos: por último, todos los estados igualmente envilecidos y corrompidos: reyes, emperadores, pontífices, obispos, abades, duques, condes, barones, clérigos y legos, todos entregados á pasiones groseras, á vicios deshonrosos, de que no habia duda que en algun tiempo se hubieran aver-

gonzado, viviendo en el desórden sin vergüenza ni conciencia: esto es en pocas palabras el horrible espectáculo que nos presenta la historia de este siglo llamado tan justamente el siglo de la confusion y de las atrocidades; y esta idea general que acabamos de dar, la justificará ampliamente la relacion por menor en que vamos á entrar.

En el artílcuo III. del siglo nono diximos que quando murió Luis, hijo del emperador Arnoldo, salieron de la casa de Carlo Magno para pasar á otra dinastía, la corona de Alemañía y el cetro imperial. Expusimos en pocas palabras este suceso, que executo sin disputa y sin revolucion, por el efecto necesario de las causas políticas y morales que habian hecho caer á los príncipes de la rama Carlovingiana en el abatimiento y nulidad. En esta época se hizo electivo el imperio de Oriente, y hereditarias por el contrario las grandes dignidades, porque el imperio habia cesado de serlo, como lo advierte un escritor juicioso de nuestros dias: y los grandes que las poseian se atribuyeron el derecho de elegir señor. Sus votos ensalzaron al trono á Conrado I. el año 912, con repugnancia suya, y por consejo de Oton duque de Saxonia, que lo propuso como mas digno del supremo puesto, no obstante ser su enemigo: generosidad rara en estos tiempos de delito, y quizá el único rasgo de magnanimidad que tendremos que advertir en el discurso de muchos siglos. Algunos escritores no han contado á este príncipe en el número de los emperadores de Occidente, como tampoco á Enrique I. llamado el Paxarero, de la casa de Saxonia, que le sucedió el año 918, porque ni uno ni otro habian ido á consagrarse y coronarse en Roma; ceremonia en que han pretendido estos escritores que consiste el carácter de la magestad imperial.

La Italia la estaban á la sazon robando varios príncipes, que se hicieron llamar reyes, no siendo en la realidad sino sus tiranos. Entre ellos se ve un Berenguer, duque de Friul; un Guido, duque de Espoleto; un Lamberto, hijo de este Guido: un Rodulfo, rey de Borgoña; un Hugo, rey de Provenza, que se arrogaron sucesivamente el título rumboso de emperadores, y que sin embargo nada fueron ménos que príncipes, en quienes dignamente se pudiese representar la idea de poder y

grandeza anexa á esta eminente dignidad por el héroe que 100 años ántes la habia creado. El número sucesivo, y algunas veces la concurrencia de estos pretendidos emperadores, causa una grande confusion en los anales de este siglo; pero como no es nuestro fin poner en claro esta cronología obscura y complicada, sino pintar el estado general del Occidente, hemos dicho quanto hay que decir, siempre que hemos observado que todos estos príncipes, enemigos unos de otros, armados para suplantarse y destruirse, no hicieron otra cosa que causar males á la Italia, ni fueron para esta hermosa porcion del Occidente mas que instrumentos de carnicería y desolacion, crueles destruidores, y azotes reemplazados por otros azotes.

Estas desgracias públicas se suspendieron algun tiempo con la exâltacion de Oton I., llamado el Grande, al trono imperial. Coronado el año 862 por el papa Juan XII. que le prestó juramento de fidelidad sobre el sepulcro de san Pedro, juramento casi tan pronto violado como hecho, unió este príncipe para siempre la corona imperial con el cetro de Alemania por el concordato que hizo con Leon VIII. despues de haber castigado al pontífice rebelde y perjuro que le habia sido traidor.

Los que en nuestros dias han hecho reflexîones tan agrias y tan malignas sobre la grandeza temporal de los prelados y de los abades de Alemania, muchos de los quales son ministros del cuerpo político y aun soberanos, no han sabido, ó por mejor decir, no han querido convenir en que estos prelados y abades deben sus derechos, su poder y su soberanía al emperador Oton I. Este príncipe prudente y capaz quiso dar algun contrapeso á la autoridad que los duques, condes y otros grandes del imperio se habian arrogado en la decadencia de la casa de Carlo Magno. A este fin confirió ducados, condados, y otros empleos temporales á los obispos y abades para que gozasen de ellos con las mismas prerogativas que los señores legos; pero su política dispuso que los eclesiásticos condecorados con estos empleos en el órden civil no exerciesen sus funciones sino por medio, ó con el auxîlio de los abogados asesores que les dió para dirigirlos y contenerlos. Si en adelante se exîmieron de esta dependencia que les pareció incómoda ó in-

digna, si se hicieron como los otros príncipes en propiedad, absolutos y dueños de todos los derechos de la soberanía en la extension de las tierras que formaron desde el principio sus dominios; esto fué, como nadie lo ignora, obra del tiempo y de las circunstancias. Esta advertencia no podia ménos de tener lugar aquí para servir de preservativo al lector contra las declamaciones tan freqüentemente repetidas, en que por lo regular tiene mas parte el humor tétrico que la verdadera filosofia.

Oton II. y Oton III., que reemplazaron sucesivamente á Oton el Grande en la dignidad imperial, tuvieron ambos prendas apreciables, y reynaron con gloria, en quanto era posible, en medio de los alborotos que les fué preciso apaciguar, y de los delitos que tuvieron que castigar. Toda la vida de estos emperadores se pasó en reprimir á los príncipes de Alemania, que sediciosos por inquietud y por gusto, no cesaban de formar bandos contra ellos; en combatir á los esclavones y á los húngaros, que venian á aprovecharse de estas divisiones, así como los sarracenos y los búlgaros procuraban sacar alguna ventaja de las turbaciones de Constantinopla; en castigar á los romanos, todavía mas sediciosos que los grandes de Alemania, pero que segun el genio que se iba manifestando en ellos hacia algun tiempo substituian el ardid y la traicion al valor; y en crear y deponer papas segun que estos pontífices no ménos inquietos, ni ménos artificiosos que los otros, eran fieles ó contrarios á sus intereses. En medio de estas agitaciones iba tomando insensiblemente la constitucion alemana una forma regular, y se acercaba poco á poco al plan sobre que la vemos establecida hace muchos siglos.

Si Oton II. hubiese vivido mucho mas tiempo; si Oton III., su hijo, no hubiese tenido que dividirse, como lo estuvo durante su reynado, entre la Alemania y la Italia, adonde unas turbaciones que incesantemente renacian lo llamaban sucesivamente; si los mismos italianos, en lugar de serles infieles, los hubiesen ayudado, habrian por último conseguido echar á los griegos de la Calabria y de la Pulla, en donde se mantenian todavía; los sarracenos, debilitados con las grandes batallas que se les habian ganado, se hubieran visto obligados á abandonar los establecimientos que habian hecho en el Garillan, y en la Sicilia; Roma hubiera podido recobrar un gobierno pacífico, y un

estado floreciente, y hubieran podido revivir los dias gloriosos de Carlo Magno; porque estos dos príncipes tuvieron actividad y valor, y conseqüencia en sus ideas toda quanta se necesitaba para reparar los daños, cuya causa no dexaban de alcanzar, y en otros tiempos mas favorables para la ostentacion de sus talentos, para la política y la guerra hubieran sido hombres insignes; pero qué es lo que podian hacer en las infelices circunstancias en que se hallaban sin aliados fieles y poderosos, rodeados de sediciosos y traidores, reducidos á sí mismos para deliberar y poner en execucion, y teniendo que desconfiarse de sus propios vasallos tanto y aun mas que de sus enemigos? Lo que hicieron continuamente fué pasar y repasar de las márgenes del Tiber á las del Rhin y del Danubio; castigar rebeldes que volvian á tomar las armas luego que el soberano que acababa de reducirlos á su deber se hallaba ocupado en otra parte; tener dietas, en donde se hacian reglamentos tan prontamente quebrantados, en quanto se podia violar sin temor de castigo; pero todo esto no podia reparar ni sostener un edificio inmenso que se conmovia con los esfuerzos que se hacian para impedir que se arruinase, y cuyas partes estaban demasiado separadas entre sí, ó divididas con espacios demasiado grandes, para que fuese posible unirlas unas con otras, y ponerlas en disposicion de apoyarse mutuamente.

La Francia era un teatro no ménos agitado que la Alemania y la Italia. Cárlos III., hijo de Luis el Tartamudo, habia sido reconocido por legítimo soberano por los señores franceses despues de la muerte del rey Oton; pero este príncipe justamente caracterizado con el apellido de Simple que se le dió, no tenia ninguna de las prendas necesarias para sujetar á los grandes, detener los progresos de la independencia, contener ó reprimir los bandos, infundir respeto y confianza á sus súbditos, y hacerlos concurrir al restablecimiento del órden. Por lo contrario tuvo todo lo que se necesitaba para aumentar las desdichas del estado, envilecer mas y mas el trono, y hacer arrebatar la poca autoridad que quedaba al monarca. Tímido, crédulo, sin entereza, sin talento, entregado á todo lo que se le sugeria, no supo, ni pasarse sin el ministro á quien habia encargado los negocios del gobierno, ni defenderlo de la envidia de aquellos que tan solo querian quitarle es-

te único apoyo para esclavizarlo á él mismo con mayor imperio. Rendido, despreciado, cargado de prisiones, acabó sús dias en una cárcel, sin que nadie se cuidase de sacarlo de la esclavitud, ó de tomar venganza de su ignominia.

En su tiempo, como ya hemos advertido en el artículo III. del siglo antecedente, los normandos, mandados por Rollon, continuaron sus estragos, excitados por la debilidad del príncipe, por la poca resistencia que se les oponia, y por el desórden en que las guerras intestinas habian puesto el reyno. No pudiendo Cárlos ni rechazarlos, ni amansarlos, resolvió cederles una provincia en donde pudiesen establecerse. Si este príncipe se propuso hacerse un defensor contra los nuevos enxambres de ladrones que podia todavía vomitar el Norte, y adquirir un defensor en este Rollon que venia á ser su cuñado, y casi igual en poder, no era reprehensible esta política segun la situacion en que el reyno se hallaba; pero debemos creer que el temor y la debilidad tuvieron mas parte en el proceder de Cárlos, que no la prudencia y la prevision. Sea como quiera, Rollon, hecho príncipe de capitan que era de vandoleros, se mostró digno de su fortuna por su prudencia y equidad. Despues de haber abrazado el christianismo, se aplicó á reparar los daños que su nacion habia hecho, reedificó las iglesias destruidas, reparó las ciudades, y las fortificó, fomentó la agricultura, hizo leyes severas como correspondian á un pueblo criado sin disciplina, y reprimió sobre todo el robo, y las raterías á que sus vasallos se habian habituado durante su vida errante. Murió el año 917 con la reputacion de conquistador feliz, de legislador sabio, y de príncipe grande.

No podia Cárlos el Simple ni con mucho dexar despues de sus dias una memoria tan honrosa; y en vez de que Guillermo, bastardo de Rollon, sucedió pacíficamente en los derechos y en el dominio de su padre, el hijo legítimo de Cárlos, sin hallar defensores ni proteccion, tuvo que buscar con su madre asilo entre los extrangeros. Hugo el Grande, duque de Francia, conde de París y de Orleans, llamado tambien Hugo el Blanco por causa de su tez, y Hugo el Abad por las abadías de san Dionisio, de san German de los Prados, de san Martin Turonense, y de otras muchas que poseia, hizo subir por su media-

cion y su poder á Rodaldo, duque de Borgoña, su cuñado, al trono de los franceses, en que hubiera podido él mismo sentarse. Este Rodaldo, cuya eleccion interrumpia por segunda vez el órden de la sucesion, supo con su valor, prudencia, infatigable actividad, astucia y arbitrios, no restablecer la autoridad real, porque estaba muy debilitada; pero sí mantenerse en equilibrio contra el choque continuo de los vasallos poderosos é inquietos que lo rodeaban. Sus guerras contra los normandos á quien costaba mucho trabajo perder la costumbre del robo, contra un duque de Aquitania, que rehusaba reconocerlo, y contra el conde de Vermandois, príncipe de la casa de Carlo Magno, que ponia en precio su sujecion, no son de nuestro asunto.

Habiendo muerto Rodaldo sin hijos el año 936, hubiera podido Hugo el Grande poner en sus sienes la corona que habia ya colocado en las de otro. No carecia ni de ambicion para quererlo., ni de poder para conseguirlo; pero juzgó, á pesar del crédito y riqueza de su familia, que no habia llegado todavía el tiempo de dar la última mano á su exâltacion. Temia sobre todo al conde de Vermandois, á quien la sangre de Carlo Magno daba unos derechos, que los grandes hubieran quizá fingido respetar para trastornar los proyectos de un igual, á quien no hubieran visto sin envidia hacerse señor suyo. Así que Luis IV. fué llamado de Inglaterra, en donde su madre se habia refugiado con él en el cautiverio de su padre, de donde tomó el nombre de Luis de Ultramar. Este jóven príncipe, de edad de diez y seis años, confió desde luego toda la administracion á su bienhechor Hugo el Grande; pero despues quiso libertarse del imperio que este ministro, demasiado ambicioso, y con sobrado poder para dexar de ser temible, afectaba tener sobre él. Este designio que anunciaba en Luis de Ultramar un ánimo valeroso que se reconocia digno de su clase, tuvo sin embargo para él resultas muy contrarias á sus ideas. Despues de varios sucesos, unos prósperos, otros funestos, se vió obligado Luis á recurrir, para salir de las prisiones en que le habia puesto la pérdida de una batalla, á este ministro desgraciado de quien se habia hecho enemigo; pero si logró la libertad fué para perderla otra vez, habiéndose apoderado Hugo de su persona, sin duda para trabajar

con más seguridad en la execucion de la idea que habia formado de invadir el trono, de que se miraba como el único apoyo. El papa y el emperador acudieron al socorro de Luis; y el temor de tener que rechazar á un tiempo las censuras de Roma, y las armas de los alemanes, obligó otra vez á Hugo á reducirse á su deber. Luis no sobrevivió sino algunos años á este convenio; y todo el dominio que dexó á su sucesor no consistia mas que en las ciudades de Reims y de Leon, siendo imposible conocer el dilatado imperio de Carlo Magno en estas infelices reliquias que quedaban.

Luis de Ultramar habia tenido la prudente precaucion de asociar á Lotario, el mayor de sus hijos, á la corona tres años ántes de su muerte, y de hacerlo consagrar en Reims. El carácter que la uncion real habia impreso en él, le sirvió de escudo contra las ideas ambiciosas de Hugo el Grande, que le facilitó el homenage de todos los grandes, al qual añadió el suyo en tiempo que hubiera podido oprimirlo. En recompensa de este servicio recibió Hugo los ducados de Borgoña y de Aquitania, que el jóven rey añadió á los inmensos dominios que ya poseia, por ganarlo mas. Quando murió, que fué el año 956, Hugo, llamado Capeto, heredó su grandeza y su crédito. Mas sagaz en su política, y ménos orgulloso en el uso de su poder, supo ganar con su agasajo y afabilidad á los señores del reyno, cuyos zelos habia excitado su padre con su altivez y ostentacion. Fué el defensor de su rey, mas pobre y ménos poderoso que él; y quando este príncipe, que no careció de demérito, se vió cerca de su fin, le encomendó á Luis su hijo, de edad de diez y nueve años, cuya incapacidad, mas aun que la juventud, necesitaban de tal apoyo.

Este nuevo rey, apellidado el Holgazan, para caracterizar su pereza y su ineptitud para los negocios, no reynó mas que un año. Cárlos, su hermano, duque de la Baxa Lorena, era llamado al trono por su muerte; pero se le apreciaba muy poco para pensar en su nacimiento ni en sus derechos. Acostumbrados los grandes á ver los antepasados de Hugo Capeto, y á él mismo en el cuidado del gobierno, lo colocaron en el trono con votos unánimes en una junta celebrada en Noyon. De este modo concluyó la segunda rama de los reyes de Francia, que habia ocupado

el trono por espacio de 236 años. Este príncipe justificó con sus grandes prendas la eleccion que de su persona habian hecho los franceses. Antes de su exâltacion era el primero de los señores por la extension de sus dominios, y luego que consiguió la corona, se mostró digno del puesto supremo por su prudencia, y por el plan de política que dexó á sus sucesores. La autoridad real estaba reducida á nada quando se le condecoró con ella. Los grandes que se habian apoderado de los ducados, de los condados, y de las otras tierras de que se habia compuesto el antiguo dominio de los reyes, y que los habian hecho hereditarios en sus familias, no habian dexado á los soberanos mas que un título vano, y una sombra de grandeza. Hugo Capeto con su exâltacion á la corona restituyó á la dignidad real una parte de sus antiguas posesiones, de que él gozaba en el estado de simple particular, pero no era esto bastante á restablecer el trono en su primer esplendor; y así concibió el gran proyecto de humillar á los señores, de reducirlos al estado de súbditos, y de despojarlos poco á poco del poder que habian usurpado, quitándoles estos feudos, ciudades y castillos de que ellos habian despojado á sus señores en un tiempo de debilidad y de anarquía. Solo este proyecto lo hacia digno del alto grado á que habia subido. Sus sucesores, guiados por las mismas ideas, siguieron su plan venciendo mil dificultades, y mil contratiempos con una constancia digna de la mayor admiracion. Á su valor, á su prudencia, y á sus constantes esfuerzos deben los franceses la dicha de ver á sus reyes tan grandes por la extension de su poder, y por el nervio de su autoridad, como respetables por la santidad de su carácter. Hugo Capeto murió el año 996, dexando un gran nombre y un poder temible. Roberto su hijo, á quien habia hecho consagrar algunos años ántes para asegurarle la corona, subió pacíficamente al trono de los franceses, en donde lo hallaremos reynando con prudencia y constancia al principio del siglo siguiente.

En España el reyno de Asturias, ó de Oviedo, se mantenia con gloria, aunque incesantemente expuesto á los ataques de los musulmanes. En este siglo tomó el nombre de reyno de Leon, porque esta ciudad se hizo la capital, y los soberanos la escogieron para su residencia por estar en el centro de su dominio. El sistema feudal se ha-

bia establecido como en Francia en esta parte de la Europa, y los grandes se habian mantenido en el derecho de consagrarse en la muerte de qualquier rey, para nombrar sucesor; lo que hacian sin reparar mucho en el órden del nacimiento. Este derecho, observado con zelo igualmente por la nobleza y el clero, ocasionaba grandes turbaciones, y aun guerras civiles, porque llegaba caso en que el bien del estado pedia que se prefiriesen los tios y los sobrinos, y aun una rama distante á otro mas inmediato al trono por la sangre; de donde resultaban disgustos, tramas, bandos opuestos, alborotos y usurpaciones. En una nacion valerosa y guerrera no se podia hacer todo esto sin tomar las armas, y sin derramar sangre; y el enemigo comun se aprovechaba siempre de estas discordias civiles.

Este enemigo, cuyo odio y ambicion jamas descansaban, era el musulman, establecido por fuerza de armas en el centro de España, como ya hemos dicho. El príncipe de esta potencia temible residia en Córdoba, ciudad grande, soberbia, rica, llena de gente, y fortificada con todo aquello que el arte de la guerra sabia añadir á los medios naturales de defensa. Los califas, porque los príncipes musulmanes que reynaban en estas fértiles comarcas habian tomado por último este título orgulloso y sagrado, no omitian ninguna ocasion de extender su dominio, y de estrechar el de los príncipes christianos. El fanatismo ayudaba á la política; y el espíritu de conquista, que desde el orígen fué el de los discípulos de Mahoma, se valia con utilidad del zelo de la Religion para conseguir sus fines. Los musulmanes y los christianos casi no cesaron de estar en armas unos contra otros en el discurso de este siglo, porque no se debe tener en nada unas cortas treguas que unos y otros se tomaban para poder empezar otra vez la guerra con mucha furia.

El trono de las Asturias lo ocuparon príncipes valerosos, prudentes y diestros en el exercicio de las armas, que muchas veces hicieron temblar al califa de Córdoba en medio de su capital. Estos fueron Don Ordoño II. Don Ramiro II. Don Ordoño III. Don Sancho I. y Don Bermudo II. Baxo el mando de estos príncipes ganaron los christianos batallas, tomaron ciudades, cogieron un rico botin é infinitos prisioneros á los moros; pero estos reparaban sus pérdidas, y completaban sus exér-

citos con los socorros que recibian de Africa. Una tregua sucedia á una derrota, y un exército floreciente volvia á salir á campaña quando espiraba la tregua. Buscábanse con el mismo anhelo, y peleaban con igual ardor; alimentándose igualmente de los sucesos prósperos y adversos el odio recíproco de los musulmanes y de los christianos. Esta lucha de ambos pueblos, y de ambas religiones la veremos durar todavía muchos siglos.

En este se dexaron ver dos hombres de distincion á la frente de los moros. El uno fué en la primera clase Abderramen III, soberano de Córdoba; y el otro en la segunda Mahomet Aben Amir, llamado Almanzor ó el vencedor, regente y primer ministro en tiempo de Isem, nieto de Abderramen. Este califa que no tuvo nada de bárbaro, ni de despótico, sino que fué justo, humano, benéfico y generoso, aun con sus enemigos, mereció el amor de sus vasallos, y la estimacion de los extrangeros. Quando tomó las riendas del gobierno, lo halló todo en la mayor confusion; pero en poco tiempo, con su prudencia y capacidad, restableció el buen órden, y restituyó el estado á su primer esplendor. Menor fué el crédito que ganó por su fortuna en la guerra, que por su prudencia en el gobierno, y la historia no habla mas que de una sola victoria contra los christianos en todo su reynado, que fué largo, entre tanto que cita un crecido número de derrotas, tan vergonzosas, como sangrientas; pero si no tuvo la felicidad de vencer, tuvo por lo ménos habilidad para reparar sus pérdidas. Sus reveses jamas le hicieron ceder en nada de su magnificencia; y su corte, donde reynaban el luxo y la delicadeza, fué muchas veces asilo de los otros príncipes que venian á buscar en ella ó remedio en sus desgracias, ó diversiones que en otra parte no habia.

Todo lo que al califa Abderrámen faltaba de gloria en las armas, lo tuvo Almanzor. Nada se le resistia, exércitos numerosos, plazas fortificadas, castillos defendidos por el arte y la naturaleza, nada contenia el curso rápido de sus triunfos, siendo señaladas todas sus campañas con algunas victorias. Tan fanático en su zelo por la religion de Mahoma, como los primeros compañeros de este falso profeta, no se proponia otra cosa que la entera destruccion de los christianos, y trabajaba en ella

sin cesar. Despues de haber conquistado el reyno de Leon, del qual no le quedada que sujetar mas que la capital, puso sitio delante de esta ciudad, la tomó por asalto, y entregó á los soldados las tropas, los habitantes y las riquezas que habia en ella. Con esto se le habian cumplido ya sus ideas, y habia saciado su furor implacable contra el christianismo, si olvidando los príncipes christianos las oposiciones que los tenian divididos, no hubiesen reunido sus fuerzas contra el enemigo comun á quien no faltaba mas que un golpe que dar para arruinarlos de todo punto. Una victoria completa contra los moros fué el fruto de su union. Jamas habia mostrado mas ardor el soldado christiano, y nunca los infieles habian padecido destruccion mas sangrienta. Desesperado Almanzor, no quiso sobrevivir á la gloria, y negándose á tomar ningun alimento despues de este suceso, murió de inanicion. Con él perdiéron los moros todas las ventajas que les habian costado tanta sangre; y recompensados los príncipes christianos por haber sacrificado sus enemistades particulares por el beneficio de la patria, volvieron á la posesion de los paises y ciudades que este terrible conquistador les habia tomado.

En Inglaterra ocupaba el trono al principio de este siglo Eduardo I. digno hijo de Alfredo el Grande. Sin tener todas las apreciables prendas de su padre, supo sin embargo conservar, por su valor y actividad, la superioridad de poder que habia heredado sobre todos los otros príncipes. Muchas veces tuvo que combatir, y siempre que contener á los dinamarqueses, pueblo inquieto y feroz, que no podia sujetarse al yugo de las leyes y de la autoridad, baxo el qual les habia obligado á vivir Alfredo. Los alborotos freqüentes de estimacion, sus intentonas para salir del estado de dependencia en que estaba contenida despues de haber sido conquistadora, y sus alianzas ya con los soberanos de Escocia, ya con los de Irlanda, y aun con los príncipes del continente, fueron la causa de las guerras casi continuas que desolaron á la Inglaterra en la mayor parte del siglo décimo. Este estado violento no tuvo término hasta el reynado de Erardo llamado el Pacífico. Este príncipe, aunque de diez y seis años, quando fué llamado á la corona despues de la muerte de Edwy su hermano, suplió con la superioridad de su

talento y la madurez de su juicio la experiencia que le faltaba. Su plan para conservar la paz, tanto dentro como fuera, fué tener siempre un exército bien mantenido, bien disciplinado, y una marina floreciente; y de este modo, dispuesto siempre á hacer guerra si se veia precisado á ello, supo engañar á sus enemigos, y hacerse respetable á sus vasallos. Con un gobierno tan prudente y tan sólido llegó la Inglaterra al mayor auge, y los pueblos fueron felices. Esta tranquilidad duró hasta la muerte de Eduardo II. dicho el Mártir, príncipe jóven de las mayores esperanzas, á quien el odio de una madrastra hizo perecer á manos de un asesino; delito que para la Inglaterra fué nuevo manantial de desgracias.

En el Norte de la Europa empezaban á unirse por intereses políticos con los otros estados las potencias que se habian formado allí. La Dinamarca, plantel inagotable de guerreros que habian destruido la Francia y conquistado la Inglaterra, era sucesivamente enemiga y aliada de los emperadores de Alemania; los rusos llevaban sus armas hasta el centro del imperio griego; los suecos, que pretenden la antigüedad sobre todos los pueblos de la Europa, no se ocupaban todavía mas que en disputar entre sí selvas, lagos y llanuras heladas: los polacos, no ménos bárbaros que sus vecinos, ni conociendo otro exercicio que el de la guerra, volvian sus armas, ya contra las naciones circunvecinas, ya contra sí mismos. Todos estos pueblos tenian sus soberanos; pero la cronología de estos príncipes es tan obscura como árida su historia. La serie de ellos la daremos en la tabla sincrónica siguiendo los números mas ciertos, empezando desde este siglo, porque entónces fué quando la sociedad christiana se formó en estos climas, ó tomó en ellos una consistencia que aun no habia tenido, por los trabajos de los misioneros, y la proteccion de los soberanos.

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano por lo respectivo á las ciencias, letras y ártes.

Todavía no habian sido tan densas las tinieblas de la ignorancia, ni extendídose tan generalmente por toda la

tierra, como lo fueron en el siglo décimo, hez de los siglos, así respecto de las letras, como respecto de las costumbres. No exceptuamos tampoco el Oriente, en donde las ciencias y artes tenian aun algun lustre, porque el mal gusto, la inclinacion á lo maravilloso, y el menosprecio de los buenos modelos que ya no se estudiaron, ó que se desdeñaron de imitar, causaron tanto perjuicio á la razon y á los buenos estudios, como lo causó la barbarie en lo restante del mundo. Es verdad que Leon el Filósofo, y Constantino IX. eran sabios, amaban las letras, hacian obras, y derramaban sus beneficios sobre los talentos; mas con todo no produxo nada la pluma de los griegos baxo su proteccion, que haya merecido elogios á la posteridad. En sus escritos no se ve ni eleccion de pensamientos, ni naturalidad, ni gracia; todo es violento, afectado, inverosimil. El estilo mismo que se gloriaban los literatos griegos de haber hermoseado y perfeccionado, está lleno de afectacion, de agudezas, de equívocos, y cargado de adornos fuera de su lugar. Todo esto no indica otra cosa que unas imaginaciones vivas, pero poco arregladas, un entendimiento sin discrecion, el defecto de no saber jamas tomar el tono y carácter del asunto que se trata, en una palabra la entera decadencia del gusto: de lo que es una prueba clara la historia universal de Eutichio, patriarca de Alexandría, y todavía mas, las vidas de los santos de Simeon Metafraste.

Las artes que dependen del mecanismo y de la industria se cultivaban en Constantinopla con mas acierto que aquellas cuya perfeccion consiste particularmente en el genio y talento para inventar, guiados de un gusto seguro y delicado. Qué profundo conocimiento de muelles y movimientos no tendria aquel mecánico, que reynando Romano Lecapeno hizo una mano de cobre para un embustero famoso por el nombre de Constantino Ducas que se tomaba, y por el crecido número de parciales que le seguian? Esta mano artificial substituída á la que el emperador le habia hecho cortar, suplia su pérdida con su libertad, su agilidad y su flexibilidad. Qué habilidad, qué delicadeza de trabajo, qué estudio de las fuerzas motrices, y qué talento para hacer flexibles los metales, no supone tal obra en el artista que la inventa y que la executa? Las otras artes de puro gusto y luxo, como la pintura, es-

cultura, platería, bordado, fábrica de ricas telas, corte y grabado de piedras preciosas, producian obras, que el fausto y la vanidad adquirian á gran precio. En una ciudad inmensa y dada á los placeres como Constantinopla, en donde se hallan reunidas todas las riquezas, no es muy extraño ver esta especie de artes, fecundadas por la opulencia, producir prodigios, entre tanto que todo lo demas está esteril, y va desfalleciendo.

Los sarracenos en medio de sus guerras intestinas prosiguieron entregándose al estudio de las ciencias, que se habian connaturalizado entre ellos desde que habian sálido de la ignorancia y la barbarie. Tenian matemáticos, astrónomos, médicos, poetas y filósofos. Entre estos últimos Avicena, que á la filosofia y medicina juntaba el estudio de las buenas letras, empezó á fines de este siglo á ganar el crédito, que fué todavía mayor en el siguiente. Vivió en la corte, y llegó al primer empleo del estado, que es el de visir ó primer ministro y presidente de los consejos. Solo este exemplo prueba quán honrados eran por los califas de Oriente los talentos y la sabiduría.

Los de Occidente (que así se pueden llamar los soberanos musulmanes de España) no favorecian ménos á las ciencias y artes. Su corte abrazaba lo mas exquisito que en todo género tienen el luxo y la delicadeza. La magnificencia y el gusto brillaban en todo su esplendor. Fomentaban los estudios, y sobre todo los de las matemáticas y de la medicina, que no se separaban entónces de la chîmica y de la bótanica. Los médicos moros eran los mas famosos de la Europa. Don Sancho I. rey de Leon, acometido de una hidropesía, de la que desesperaba que pudiese curar, pasó á Córdoba á buscar socorro, á pesar de las razones de política y de religion, que debian causarle desconfianza. Abderramen III. que reynaba entónces, le dió sus médicos, y los remedios que le hicieron tomar lo restablecieron en poco tiempo. Tambien tenian poetas, cuyas composiciones ya amorosas y divertidas, ya serias y morales, no carecian de invencion ni de elegancia. Asimismo se les atribuyen historias alegóricas, llenas de aventuras extraordinarias, que inventaban los autores de esta especie de obras para dar lecciones de galantería y heroísmo; siendo de aquí tal vez

de donde tomaron los primeros romanceros franceses la idea de sus ficciones; así como es muy probable que las canciones y poesías árabes sirviesen de modelo á las que los trobadores iban á cantar y recitar en los castillos en donde tenian su corte los señores franceses.

Muchas causas juntas concurrieron á la decadencia de las letras, y al progreso de la barbarie en Francia, en Inglaterra, y en lo restante de la Europa á fin del siglo antecedente, y en todo el discurso de este. Contemos por la primera los estragos de los normandos, á quienes la esperanza del botin hacia echarse sobre los monasterios é iglesias. Estas eran las escuelas públicas de la nacion, y los asilos de la literatura, adonde se habian refugiado las ciencias divinas y humanas. Saqueados estos asilos, asesinados ó esparcidos los que los habitaban, entregados á las llamas, ó destruidos de otro modo los libros en que consistia su principal riqueza, no quedó ya á las letras ningun santuario adonde pudiesen refugiarse, ni á los hombres estudiosos medios para cultivar sus luces, y adquirir otras nuevas.

La segunda causa del estado miserable á que vinieron las ciencias, se deduce de la debilidad del gobierno, y de la tiranía de los señores que levantaron su poder sobre las ruinas de la autoridad real. Como las ciencias y los que las cultivan necesitan de proteccion y de quietud, siempre que se les oprima ó se les perturbe en el laborioso retiro, que es sus delicias, se ven muy pronto desaparecer, abandonar su albergue, y ceder el lugar á la ignorancia. No se podia esperar otra cosa de aquellas guerras civiles, que la rebelion y la independencia encendian por todas partes; de aquella division del poder supremo, que partiéndose infinitamente, no tenian arbitrio las manos que se habian apoderado de él, mas que para dañar, y hacer mal sin temor de castigo, de aquellos pelotones de hombres armados que corrian los campos para saquear, quemar, degollar todo quanto tenia la desgracia de encontrarse al paso. ¿Cómo era posible, pues, entregarse á los trabajos pacíficos del estudio viviendo en medio de un pueblo incapaz de apreciarlos, y baxo el dominio de unos príncipes que no pueden defenderse á sí mismos? Entónces viendo que la guerra es el único medio de adquirir gloria, y que solo en el ataque hay seguridad, toma to-

do el mundo las armas, y se hace agresor, ó se asalaria con los que lo son.

La tercera causa de la ignorancia general fueron los desórdenes de toda especie que reynaron en estos infelices tiempos, y sobre todo los que deshonran á la Iglesia, de los quales hablaremos mas por extenso en el artículo de las costumbres. Baste decir aquí que todos los vicios de los legos, y otros mas que ellos no conocian, se habian introducido en el santuario y en los retiros, consagrados en otro tiempo á la oracion, al silencio y al exercicio de las virtudes mas sublimes. Los clérigos y monges entregados al mundo, á la disipacion, á los desórdenes mas escandalosos, no eran á propósito para el estudio; y por otro lado los obispos y abades simoniacos, corrompidos, orgullosos, desaplicados, amantes de la guerra y de la caza, manteniendo crecido número de caballos y de perros, casi no se ocupaban en fomentar el gusto de las ciencias en sus inferiores, y mucho ménos en suministrarles los medios de aplicarse á ellas con utilidad.

Finalmente, la última causa que produxo el entorpecimiento de los entendimientos, y el abandono casi total de los estudios, fué la opinion de acabarse el mundo á fin del siglo décimo; opinion que se esparció entónces por Europa, sin que sepamos de cierto sobre qué fundamento, y que acreditada por el interes, adoptada por la credulidad, destruyó toda emulacion, todo anhelo por adquirir fama, y por hacer llegar su nombre á una posteridad que no habia de exîstir. Con este motivo no será fuera de propósito advertir una contradiccion de aquellas en que los hombres incurren muy ámenudo. La guerra en que se vivia, la licencia y ferocidad, que eran conseqüencias de ella, ocasionaban el olvido de todas las obligaciones, sofocaban los remordimientos de la conciencia, y hacian perder de vista las verdades de la otra vida, entre tanto que todos estaban convencidos de que el mundo iba á acabarse, y de que Dios habia de venir pronto á exercer sus venganzas. Hacíase poco caso de los estudios por la idea en que estaban de que todos los monumentos de las ciencias y artes habian de ser destruidos muy pronto, y no habia de haber nadie que recompensase con su estimacion los trabajos de los literatos, ni se aprovechase de ellos; y sin embargo, se ardia la Europa, se violaban todas las leyes,

se daba rienda á todos los delitos para adquirir posesiones, amontonar riquezas, y gozar libremente de lo usurpado.

De la concurrencia de todas estas causas de ignorancia, de su influencia en todas las clases, resultó un disgusto, un desprecio casi universal de todo lo que no tiene otro objeto que ilustrar el entendimiento, perfeccionar las facultades del alma por el medio del discurso, la meditacion y el trabajo, exercitar la razon, y extender sus luces. Los grandes no sabian leer ni escribir; y aun era prerogativa de la nobleza el no saber firmar las escrituras hechas en su nombre, reconociéndose á un caballero en esta ignorancia absoluta, de que se hacia alarde. Los negocios públicos, y las leyes (porque no podemos separarnos de ellas aun en los tiempos en que tienen ménos vigor) estaban abandonadas á los clérigos y monges, entre los quales habia aun algunos que pasaban por instruidos en comparacion de los demas: ellos eran los que extendian el corto número de escrituras que se tomaban el trabajo de escribir, porque las cosas llegaron á tal estado, que muchas veces fué preciso atenerse á los convenios verbales de que eran testigos los obispos ú otros eclesiásticos constituidos en dignidad; y la pereza adoptó este uso. Los clérigos juzgaban tambien los pleytos, y decidian entre los ciudadanos que tenian intereses que arreglar, quando estos, cosa poco comun entónces, preferian un juicio ó un arbitrio al medio mas corto y mas análogo con las costumbres dominantes de dar fin ellos mismos á sus disputas por medio del combate ó de la prueba. Los clérigos eran tambien quien exercian la medicina, reducida á unas prácticas ciegas, y á un empirismo grosero.

De todo lo dicho no se ha de inferir que el clero se compusiese de sugetos instruidos, y que la luz desterrada de todas las demas profesiones, se hubiese reconcentrado entre los sugetos consagrados á los altares, como se ha visto en algunos de los siglos antecedentes. No por cierto, sino que la mayor parte eran tan ignorantes como viciosos, habiendo no pocos que ignoraban el credo y el padre nuestro, pues casi á esto reducian los concilios la instruccion de que era preciso asegurarse por medio de un exámen, que habia de preceder á la recepcion de las órdenes sagradas. Qué instruccion era la que podian dar á los pueblos semejantes ministros? Qué ignorancia de las ver-

dades mas esenciales de la religion no era preciso que reynase en las porciones del rebaño de Jesu-christo confiadas á unos pastores, que tan poco conocimiento tenian de los principios y máximas de esta misma religion que habian debido enseñar?

1. La teología habia participado todavía mas que las otras ciencias de la decadencia de los estudios y del entorpecimiento de los entendimientos. Los mas no estudiaban, y los otros estudiaban mal. Mezclábanse ideas falsas, y aun muchas veces absurdas con las nociones imperfectas de los dogmas y de las verdades morales. Representábanse á Dios baxo formas sensibles y corpóreas; dábansele los atributos y pasiones del hombre, y se le pintaba en las instrucciones y escritos conforme á las imágenes que de él se habian formado; y este antropomorfismo grosero que los sacerdotes habian adoptado, hubo menester ser combatido por los doctores de este siglo, como lo vemos en las obras de Rotario obispo de Verona. Los oradores christianos, si así se pueden llaman los que predicaban el evangelio en un latin bárbaro, ó en la lengua del pueblo mas bárbaro todavía, los oradores christianos no sabian otros medios de llamar la atencion de sus oyentes, y de conmover sus conciencias, que presentar á su imaginacion pinturas terribles del infierno, tomando sus imágenes de todo lo mas horroroso y mas capaz de aterrar que tiene la naturaleza, como monstruos hambrientos, culebras de un tamaño enorme, diablos baxo las formas mas extravagantes y mas horribles. En todo esto mezclaban historias de reprobados que habian venido á dar cuenta á los hombres de lo que padecian en esta mansion de tormentos; apariciones de espíritus malignos que causaban terribles estragos; revelaciones hechas á unos solitarios sobre la condenacion de los que habian perseverado en el mal hasta la muerte, menospreciando los avisos y amenazas de que se habia usado para convertirlos. Tal era el fondo de las exhortaciones que se hacian al pueblo, y no es extraño que llenos de estos objetos unos hombres groseros, cuya imaginacion estaba en sumo grado alterada, se figurasen que se acercaba ya el fin del mundo, y el juicio universal.

2. La lengua latina llevada á las Galias por los romanos, pero alterada sucesivamente con la mezcla de tantos idiomas bárbaros, se habia hecho desconocida en la boca y en

la pluma de los que todavía hacian uso de ella. El pueblo casi ya no la entendia: los príncipes, como Luis de Ultramar; los mismos obispos, como Aimon de Verdun, no sabian hablarla, aunque siempre era la lengua de la liturgia, de la teología y de los cánones. Estando este Aimon en el concilio de Muson, congregado el año 994, no pudo explicarse sino en lengua vulgar, que era una mezcla de latin, de tudesco y de otras xergas recogidas sin regla y sin gramática. Los trobadores y cancioneros se valieron de ella para componer sus canciones, fábulas é historietas. Llamósele lengua romance, de donde ha venido el continuar llamándose romances las narraciones eróticas, cuyo asunto lo da la galantería, y cuyas circunstancias se expresan por medio de las ficciones.

Aunque las tinieblas de la ignorancia fuesen mas densas de lo que se puede imaginar, y que los entendimientos hubiesen perdido absolutamente toda fuerza, toda energía, quedaban aun algunos en los establecimientos hechos en favor de las letras en los siglos antecedentes. Formáronse asimismo otros nuevos por la diligencia de los santos personages que emprendieron la reforma de los monasterios y del clero. Así, pues, hubo todavía escuelas en París, en Auxerre, en Leon, en Cluni, en Dijon, en Fleuri sobre el Loire, en san Dionisio, en Luxevil, en Reims y en otras partes. En ellas se leian los autores antiguos, y los que tenian valor para entregarse al estudio, á pesar de tantos obstáculos y dificultades capaces de disgustarlos, se aplicaban á oir y á extractar las obras buenas de la antigüedad sagrada y profana; pero en la composicion se contentaban con recopilar casi siempre sin órden y sin gusto lo que se habia escrito en los tiempos anteriores, y no habia ni ingenio ni método para trabajar por sí solo. El estilo era incorrecto, duro, vicioso en la construccion, bárbaro en un crecido número de voces, y tan difuso, tan mal apropiado á los asuntos, que es dificil resistir por algunas horas la lectura de algo de lo ménos malo que han escrito los literatos de este siglo.

Las ciencias exâctas y naturales, como la geometría, la astronomía y la fisica, estaban todavía mas abandonadas que todas las demas. El exemplo de los árabes de España que las cultivaban con tanta felicidad, no sacó á lo restante del Occidente de su indiferencia en este punto.

Las negociaciones y embaxadas hacian tener por necesidad freqüente comunicacion con ellos; pero se contentaban con la discusion de los intereses políticos, imitaban su luxo, sus canciones, sus novelas, y no hacian caso de tomar de ellos lo mejor que tenian. La supersticion fué quizá tambien obstáculo para este género de estudio. Sábese muy bien que Gerberto, arzobispo de Reims, despues de Ravena, y por último papa con el nombre de Silvestre II., fué sospechoso al pueblo en punto de magia, porque se habia hecho hábil en las matemáticas y en las ciencias abstractas (a). La ignorancia, que daba acogida ansiosamente á todos los prodigios falsos con que se alimentaba la credulidad, atribuia á la intervencion de los espíritus infernales todo lo que la maravillaba.

En la historia del siglo undécimo volveremos á tomar el hilo de estas reflexîones.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en todas las comarcas del mundo en el siglo décimo

La iglesia de Oriente, como es bien sabido, habia padecido turbaciones en los últimos años del siglo nono, y en los primeros de este, con motivo del quarto matrimonio del emperador Leon el Filósofo con Zoe, muger célebre por su talento y hermosura. Estas turbaciones no las habia podido sosegar ni el llamamiento del patriarca Nicolas, ni el destierro de Eutichîo, á quien el resentimiento de Leon habia hecho poner en su lugar en la silla de Constantinopla; pero al fin la paz se restableció, y las leyes canónicas se volvieron á poner en vigor por el concilio que se celebró en Constantinopla el año 920 baxo la autoridad del emperador romano Lecapeno, compañero de Constantino Porfirogeneto. En él se trabajó, no sin fruto, en la reunion de los prelados y de los clérigos, que se habian dividido entre los dos patriarcas Nicolas y Eutichîo, y ademas se hizo un decreto que prescribia absolutamente las quartas nupcias conforme á la disciplina que siempre habia seguido la iglesia de Oriente; se permitian

(a) Las estudió en España, adonde vino con licencia de su abad.

las terceras en ciertos casos, y con ciertas condiciones, pero imponiendo penitencia de muchos años á los que las contraxesen; y por último, las segundas y aun las primeras estaban sujetas á algunas penas canónicas, siempre que hubiese precedido rapto ó incontinencia. Otro escándalo de mayor afliccion todavía para la Iglesia se siguió casi inmediatamente á este. Muerto el patriarca Esteban, sucesor de Nicolas, Romano Lecapeno, que disponia de todo entre tanto que Constantino su compañero pasaba la vida léjos de los negocios, en medio de los libros y de los sabios, destinó esta primera dignidad de la iglesia de Oriente para Teofilacto uno de sus hijos. Pero como este príncipe era demasiado jóven todavía para ser condecorado con ella, y hacer sus funciones; para ordenar las cosas segun las ideas del emperador, consintió un monge llamado Trifon en dexarse ordenar, y en ocupar la silla patriarcal por una especie de interinidad, hasta que el jóven príncipe hubiese cumplida la edad prevenida por los cánones. Esta disposicion, ramo de simonía, llamada confidencia, y una de las mas pecaminosas, es el primer exemplar que se halla de semejante abuso en la historia. Al cabo de tres años se retiró Trifon á su monasterio, y ordenado solamente Teofilacto, subió á la silla de Constantinopla, en la que se portó como correspondia á una entrada tan poco canónica. Vivió en el fausto y desórden, no bastando apénas para sus locos gastos las rentas de la Iglesia, y las cantidades que sacaba de la venta de los obispados, y de las otras dignidades eclesiásticas. A una pasion desordenada por la caza, juntaba la inclinacion á todos los demas placeres, no omitiendo ningun medio para satisfacerlos, y extendiendo la licencia hasta tratar indecentemente las funciones mas augustas del sagrado ministerio, y hasta violar todo el decoro propio de su gerarquía. La iglesia de Constantinopla tuvo el sentimiento de ver á este indigno pastor ocupar 23 años una silla que tantos hombres insignes habian honrado con sus virtudes y talento.

Hémonos extendido algo mas sobre lo concerniente á la promocion y porte de este patriarca, para dar en solo este exemplo una idea de los males que desolaban á las mas de las iglesias de Oriente; pero habia otros aun no ménos sensibles para aquellos que conservaban una inclinacion tierna, y un zelo justo por los intereses de la fe.

Veíanla siempre combatida por una multitud de sectas enemigas que habian formado sociedades cismáticas en las varias comarcas de la dominacion musulmana. Su rencor contra la iglesia católica, que los habia separado de su comunion, no se aquietaba jamas. El daño que no le podian hacer por sí mismas, lo hacian por medio de los sarracenos, cuyo fanatismo, siempre dispuesto á enardecerse, encendia á menudo ciertas persecuciones, cuyo fuego, aunque de corta duracion, no por eso era ménos devorador. Estos ataques venian á ser freqüentes y vivos, porque ademas del odio del christianismo, innato en todos los musulmanes, eran todavía excitados á enfurecerse contra los católicos por los sectarios que vivian entre ellos y que aborrecian todavía mas á la Iglesia, que los discípulos de Mahoma á los christianos. Un choque tan freqüentemente repetido, que se puede tener por continuo, producia algunos mártires y muchos apóstatas; porque el eslamismo, que habia empezado por destruir todo lo que le era opuesto, habia creido despues que convenia trocar estos medios violentos por otro método mas suave. El espíritu de convertir, que era la principal pasion de sus doctores, se valió de los medios de la persuacion y del raciocinio para hacer admitir los dogmas y ceremonias del alcoran á los que querian atraer á la religion de Mahoma: verdad es, que quando el método persuasivo no surtia bien, y que á sus razones se oponian argumentos mas fuertes, á los que no tenian nada que responder, volvian á sus antiguas mañas. *El hierro*, los tormentos, y la muerte los sacaban de la dificultad, y la disputa en que la victoria no habia quedado por ellos, concluia siempre, quando lo podian hacer, con el castigo de los que los habian aterrado con las armas de la lógica.

Sus guerras con los griegos, que eran en cierto modo continuas, encendian siempre nuevas persecuciones contra los christianos. Si salian vencedores, abusaban de los derechos de la victoria, particularmente despues de los sitios concluidos felizmente por ellos, asesinando los obispos, los sacerdotes y los monges, haciendo experimentar la misma suerte á los fieles que mostraban constancia, demoliendo las Iglesias y los monasterios, y profanando lo mas sagrado que tiene la religion. Si eran

vencidos, mas furiosos todavía se vengaban en los adoradores de Jesu-christo, y en los edificios consagrados á su culto, de la afrenta que acababan de recibir. Así que habiéndoles conquistado el emperador Nicéforo un crecido número de plazas, y llevado sus armas felizmente á Siria, Fenicia y hasta el monte Líbano, tan irritados como humillados con sus derrotas, hicieron perecer en los tormentos á Christóbal patriarca de Antioquía, y Juan patriarca de Jerusalen, sacrificaron á su venganza un prodigioso número de christianos, y quemaron la magnífica iglesia del santo sepulcro en Jerusalen.

Aunque rara vez dexasen de tener alguna parte en estas tempestades los cismáticos de la dominacion musulmana, se probaba de tiempo en tiempo reducirlos á la unidad católica que ellos habian rompido; pero estas empresas, inspiradas por el zelo y dirigidas por la caridad, no surtian todo aquel efecto que se esperaba. Es verdad que se desengañaba á algunos particulares, persuadiase á otros, pero no se conseguia reducir el cuerpo entero de la secta; y los que la componian dominados por sus antiguas preocupaciones, poco capaces por otra parte de seguir una discusion en que era preciso hacer analisis de los hechos y de la doctrina, se quedaban en su primera opinion; y aun hacian mas: que vencidos en la disputa, se atribuian la victoria, ó si no podian disimular su vencimiento, los hacia mas obstinados su resentimiento, mas encaprichados contra los católicos, y mas propensos á hacerles mal.

Tal fué el éxîto de la conferencia que dispuso el emperador Nicéforo entre Polyeucto, patriarca de Constantinopla, y Juan, patriarca jacobita, esto es, Eutichîano, de Antioquía. Fácil era al prelado católico desarmar al defensor de la heregía y del cisma, apretándole con las razones mas sencillas tanto sobre el dogma, como sobre los motivos de separacion. Hízolo sin duda con toda la ventaja que tiene una buena causa sobre una mala, en especial quando sus intereses estan en manos diestras, porque Polyeucto era sabio y muy versado en materias teológicas. Pero si triunfó de las razones alegadas por su contrario, no pudo triunfar igualmente de su entendimiento y de su corazon; ántes al reves, el patriarca jacobita salió de la disputa mas preocupado y mas

agrio que habia entrado; y para hacer mérito con los de su partido, por el modo con que habia defendido los intereses de la causa comun, publicó una relacion de todo quanto se habia dicho por una y otra parte, y segun él dice, el papel mas lucido fué el suyo. Estas son las únicas actas que tenemos de esta conferencia, en las que se ve á pesar de todo el artificio de que usan para desfigurar la verdad, que la fuerza de los argumentos, y el talento para raciocinar de un modo concluyente, no estaban de su parte.

La antigua oposicion que habia entre griegos y latinos, declarada por Focio, adormecida despues, subsistia siempre sobre todo en el corazon de los primeros, quienes á la estimacion de sí mismos juntaban un fondo de envidia nacional contra los occidentales. Estas disposiciones tan favorables para la armonía de ambas iglesias, se excitaron con motivo de lo que vamos á decir. Hácia el año 968 enviaron á Constantinopla una embaxada el papa Juan XIII y el emperador de Occidente Oton I, la qual, segun Luitprando, obispo de Crémona, y uno de los embaxadores, que escribió de ella una relacion curiosa, tenia por objeto por parte del emperador Oton ajustar el casamiento del jóven príncipe Oton su hijo, con Teofania, hija de Romano el Jóven y de Teofania, con quien Nicéforo Focas se habia casado despues de haber subido al trono de Constantinopla. Sin duda Juan XIII se aprovechó de esta ocasion para enviar nuncios á la corte imperial de Oriente, tanto para trabajar en el enlace proyectado, como para tratar de los asuntos generales de la religion y de los intereses comunes á ambas iglesias. Este papa, en las cartas que presentaron sus nuncios á Nicéforo, le daba él título de emperador de los griegos y á Oton el de emperador de Occidente. Estas calificaciones chocaron mucho en Constantinopla, y Nicéforo se ofendió en tanto grado de ellas, que hizo poner presos á los nuncios. Tratábaseles de bárbaros, de miserables y al papa de hombre vil y despreciable, indigno de que el emperador se humillase á escribirle. Con estos términos de desprecio se explicaban los griegos regularmente, hablando de los latinos, y sobre todo de los habitadores de la Roma moderna. Pretendian que el gran Constantino, al transportar la silla del imperio á Constantinopla, se ha-

bia llevado consigo todos los ciudadanos nobles é ilustres que habia en la antigua capital; de suerte, que solo habian quedado en ella gentes plebeyas y un populacho vil. No se ciñó el resentimiento de Nicéforo Focas á la prision de los nuncios, sino que quiso que el patriarca Polyeucto erigiese la silla episcopal de Otranto en arzobispado, para substraer la Calabria y la Pulla de la jurisdiccion del papa; y ademas le hizo mandar que la liturgia y el oficio divino no se celebrasen sino en griego en esta parte de Italia, que reconocia aun á los soberanos de Constantinopla por sus señores.

No se puede negar que entre los pontífices que sucesivamente ocuparon la silla apostólica durante este siglo, no tuvieron muchos las prendas necesarias para ganar la estimacion y respeto de los orientales. Juan XIII. aunque ménos vicioso y ménos desacreditado que otros muchos, no era irreprehensible en todo, y la venganza que tomó del prefecto de Roma su enemigo no da á entender que lo animase aquel espíritu de mansedumbre que caracteriza á los verdaderos christianos, y que sobre todo debe brillar en los pastores. Mas como nos hemos propuesto tratar en artículo separado lo que pertenece á la iglesia de Roma y á sus pontífices durante este siglo, nada mas diremos de ellos aquí.

La iglesia de España, en donde el fervor y la luz habian reynado tanto tiempo, habia caido en corrupcion y en la ignorancia. Las irrupciones de los normandos, que talaban las costas, y de los sarracenos moros, que desolaban lo interior, habian causado en parte esta decadencia deplorable de la ciencia y de la piedad. Parece que la necesidad de defender la religion contra las calumnias de los infieles, y de vengarla de sus desprecios, habria debido mantener el gusto de los estudios, y la pureza de las costumbres en esta porcion de la Iglesia, mas expuesta que otras muchas á disputas freqüentes con los enemigos de la fe; pero las discordias civiles, la guerra continua, y la precision de estar incesantemente en armas para acometer ó rechazar al enemigo, habian inclinado los ánimos á ideas sangrientas, combates, expediciones militares, que no eran de los christianos, y mucho ménos de los pastores, en los siglos de virtud y de regularidad.

Sin embargo, todavía hubo en esta iglesia personas ilustres en santidad, cuyo número aunque corto, no por eso fué ménos precioso, añadiendo nuevo realce á las virtudes que los hicieron célebres el mérito de haber resistido al torrente general de la corrupcion. Entre estos hombres singulares que honraron á España en el siglo décimo, se cuenta san Gennadio, obispo de Astorga, que habia reedificado muchos monasterios destruidos por los moros, y sujetádolos á la regla de san Benito; san Rosendo, obispo Dumiense, que fundó el monasterio de Cella Nova en Galicia: san Froilan, obispo de Leon, que habia llegado á la perfeccion por medio de las austeridades de la vida eremítica; y san Atilano, obispo de Zamora, de familia rica y poderosa, que desde su juventud abandonó todas las fortunas del mundo por consagrarse á Dios en la soledad, y otros.

No olvidemos un exemplar de valor digno de los tiempos mas florecientes del christianismo. Hácia el año 984, reynando Bermudo II. tomó Mahomet Almanzor, ministro y general de Isem, califa de Córdoba, de quien ya hemos hablado, la ciudad de Simancas en el reyno de Leon. Despues de haber hecho pasar á cuchillo á los mas de los moradores, se llevó los demas cautivos. Estos infelices, reducidos á la mas horrible miseria, y cargados de cadenas, fueron puestos en una cárcel, en donde carecian de todo, y condenados á morir en los tormentos si rehusaban rescatar su vida negando á Jesu-christo; pero ellos se exhortaban unos á otros á permanecer firmes en la fe, y á preferir la muerte á la apostasía, bendiciendo al señor que les permitia padecer por él. Irritado el musulman con su constancia, que ántes bien habia de haber movido su generosidad, dispuso que se les castigase, y todos recibieron la corona del martirio.

El christianismo, tan floreciente en Inglaterra en tiempo del piadoso rey Alfredo el Grande, perdió mucho de su esplendor despues de la muerte de este príncipe. Su hijo y sucesor, Eduardo el Anciano, muy ocupado sin duda en domar á los dinamarqueses, los galos y los bretones, puso desde luego ménos cuidado en los negocios de la religion, y en el gobierno de los eclesiásticos; pero habiendo tenido una carta del papa Benedicto IV., en la que se quejaba este príncipe de que se de-

xaban muchas iglesias sin obispos, mandó congregar Eduardo un concilio, al qual asistió. En él se eligieron sugetos á propósito para ocupar dignamente las sillas que habia vacantes, y se erigieron otras nuevas en muchas Iglesias de bastante gente para tener pastor.

Adelstan, que subió al trono despues de la muerte de Eduardo, su padre, mostró grande zelo por la honra de la religion, y por la conservacion de la disciplina. Por consejo de san Odon, que primero fué obispo de Schirburn, y despues arzobispo de Cantorberi, hizo leyes sabias y severas contra los escándalos de los eclesiásticos, y los vicios mas comunes del pueblo. Mandaba pagar puntualmente el diezmo á las iglesias, y pronunciaba varias penas contra los que profanaban la santidad del domingo, y violaban las demas leyes eclesiásticas. Prescribia á los que habian recibido de él tierras y dominio, limosnas proporcionadas, que se habian obligado á cumplir fielmente. Castigaba las violencias hechas á las iglesias; prohibia celebrarse mercados públicos en domingo, y privaba de sepultura á los perjuros y testigos falsos. A estos reglamentos añadió ciertas instrucciones para los obispos y los monasterios, queriendo que todos los viérnes se rezasen por él cincuenta salmos.

El rey Edmundo, que empezó á reynar el año 940, no fué ménos zeloso por la disciplina de la Iglesia, y por la observancia de sus leyes. El año quarto de su reynado tuvo este príncipe una junta de prelados y señores en la que publicó nuevas leyes sobre la castidad, la paga de los diezmos, el precepto de la limosna, y las solemnidades que se debian observar en los matrimonios. En ella pronunció, así como sus antecesores, penas civiles y canónicas contra los perjuros, los homicidas, y contra los que ultrajasen á las vírgenes consagradas á Dios, ó renovasen los sacrificios impíos de los gentiles.

Muchos santos obispos, como san Odon de Cantorberi, san Eteluoldo de Vinchester, san Osnaldo de Vorchester, y san Dunstan, el mas famoso de todos, unian su autoridad con la de los reyes para hacer florecer la religion y las buenas costumbres. Para manifestar hasta qué grado alentaba la virtud de estos santos obispos su valeroso zelo, se cita un suceso, que referirémos sin atrevernos á juzgarlo. Eduino, príncipe jóven, entregado á sus pasio-

nes, que habia subido al trono el año 955, afectaba un desprecio arrogante de la religion, saqueaba las iglesias para satisfacer á sus locos gastos, y hacia alarde de su vida escandalosa. Los mas virtuosos prelados habian intentado, por medio de sus representaciones, reducirlo á una conducta mas arreglada y mas digna de su clase; pero fué en vano, porque él se desdeñó de sus avisos, ó castigó con destierro su generosa libertad. Extendió asimismo el abandono de la buena crianza el dia de su consagracion, hasta dexar á los obispos y señores, que por causa de la ceremonia se habian juntado, para encerrarse con una muger de quien estaba extremadamente prendado. Todos los prelados y grandes se agraviaron igualmente de una accion que por las circunstancias chocaba todavía mas. Diputáronsele dos obispos, cuyas representaciones fueron inútiles; y viendo san Obdon que el jóven rey no daba oidos á nada, envió gentes armadas que le quitaron de la corte el objeto de su pasion. Desfiguráronla, la marcaron con un hierro ardiendo, y la conduxeron á Irlanda. Ella volvió, pero las gentes de Odon la cogieron de nuevo, le cortaron los jarretes, y acabaron con ella.

El zelo que san Dunstan manifestó en otra ocasion casi semejante, fué mas conforme con las reglas de la prudencia y de la caridad pastoral. El rey Egardo, príncipe dotado de las mas bellas prendas, cometió un delito semejante al de David. Afligido san Dunstan con una caida que á un mismo tiempo deshonraba la religion y el trono, fué á buscar al príncipe culpado, quien segun la costumbre le alargó la mano para hacerlo sentar á su lado; pero el santo obispo retiró la suya, diciéndole en tono severo: *Qué os habiais de atrever, ó rey, á tocar con vuestra mano impura la que toca y sacrifica el cuerpo de Jesu-Christo?* Herido el rey con estas palabras como con un rayo, se arrojó á los pies de san Dunstan, confesando su delito, vertiendo lágrimas, y pidiendo perdon. Compadecido el arzobispo tambien con estas buenas disposiciones, hizo conocer al rey lo enorme de su pecado, y la obligacion de reparar el escándalo que de él se habia seguido. Impúsole una penitencia de siete años, en los quales se habia de abstener de llevar las insignias de la dignidad real, ayunar dos veces á la semana, y dar muchas limosnas. Prescribióle ademas fundar un monasterio de vírgenes, que

estuviesen ocupadas en pedir á Dios para él la pureza del corazon; desterrar á los clérigos de vida desarreglada, y emplear todo su poder en reformar los abusos que la diligencia de los pastores no podia extirpar. El príncipe fué fiel en seguir estos avisos, y despues de una penitencia de siete años, se le reconcilió con toda solemnidad: exemplo de entereza en el santo arzobispo, y de religion en el piadoso rey, que da honra á entrambos. Las acciones y virtudes de san Dunstan las darémos á conocer mas particularmente en el artículo de las personas ilustres en santidad.

Este acuerdo de los príncipes y de los obispos de Inglaterra para el establecimiento de las reglas eclesiásticas y fomento de la piedad, impidió que la ignorancia y corrupcion hiciesen en este reyno tantos progresos como en las demas partes de Occidente. Sin embargo, no dexaron de introducirse en él grandes desórdenes; y los buenos obispos, cuyo número iba cada dia á ménos, no cesaban de gemir por lo desdichado de los tiempos á que estaban reservados. Tal era la fatalidad anexa á este siglo, que las tinieblas y la depravacion prevalecian por todas partes á pesar de los esfuerzos que se hacian para desviar su influencia.

Quando Rollon, cabeza de los normandos, se estableció con su nacion en la parte de la Neustria, que Cárlos el Simple le habia cedido, se aplicó á hacer florecer en ella de nuevo la religion, conociendo que este era el único medio de moderar la índole feroz de su pueblo, y que las leyes serian poco eficaces siempre que no hubiese un poder que dominase el corazon. A esta época se debe referir el restablecimiento de muchas iglesias arruinadas ó maltratadas en las varias irrupciones de estos bárbaros, y la fundacion de muchos monasterios, que llegaron á ser escuelas de ciencia y de piedad. Los señores que participaron de su fortuna, imitaron su zelo y liberalidad; y así, unos establecimientos útiles á la religion, debieron su orígen á la emulacion que el exemplo del soberano habia excitado entre ellos; pero en adelante los alborotos civiles, las guerras extrangeras y domésticas volvieron á acarrear una parte de los males que se habian empezado á remediar.

En lo restante de la Francia tuvo mucho que padecer la religion con las desgracias públicas y con la confusion,

que habia destruido el órden generalmente. Hugo Capeto, que subió al trono el año 987, encontró la sociedad religiosa en tan deplorable estado como todas las partes de la administracion política y civil. Este soberano de la tercera rama de los reyes de Francia estaba en el vigor de su edad quando tomó las riendas del gobierno. No se le ocultó que para conservar á su posteridad la corona que acababa de conseguir, era preciso trabajar en destruir los vicios del estado, á los quales debia su exâltacion; y así dirigió hácia este objeto la experiencia que habia adquirido en su primera condicion, el talento de que la naturaleza le habia dotado, y el poder que habia hecho á sus iguales tomarlo por señor. Tenia, así como sus padres y otros muchos señores, un crecido número de ricas abadías, cuya renta disfrutaba; pero las dexó, é hizo volver las cosas al órden natural. Su exemplo lo imitaron algunos de aquellos á quien el mismo abuso habia puesto en posesion de los bienes eclesiásticos; pero en el artículo de la disciplina veremos que estos actos de justicia no fueron suficientes para reparar las brechas que causas multiplicadas y eficaces habian hecho en la Iglesia. Esto no podia ser sino obra del tiempo, y de una reunion de circunstancias favorables, de las quales distaba todavía mucho el ver el efecto.

El negocio mas importante que se movió en la iglesia de Francia en este siglo, fué aquel á que sirvió de teatro la ciudad de Rheims. Su silla episcopal era objeto de ambicion para los eclesiásticos del mas distinguido nacimiento, tanto por las grandes rentas que poseia, quanto por el derecho de consagrar á los reyes, de que gozaba desde Clodoveo. Con este motivo no será inútil dar aquí algunas noticias para hacer ver como se habian apoderado de las dignidades mas sagradas los sugetos poderosos, ó protegidos por aquellos, cuya autoridad se habia hecho superior á todas las leyes.

Herberto, conde de Vermandois, habia tenido favor para hacer elegir arzobispo de Rheims en el año 925 á su hijo llamado Hugo, que no tenia entónces mas que 5 años de edad. Raulo, rey de Francia, demasiado cobarde, aunque bien intencionado, para oponerse y resistir á semejantes intentonas, dió su consentimiento para esta eleccion, y lo que debe parecer todavía mas extraño, el papa Juan X. la aprobó en menosprecio de todas las re-

gias, y comisionó á Abbón, obispo de Soissons, para exercer las funciones episcopales en la diócesis. El conde de Vermandois se apoderó de toda la renta de esta iglesia, y se estableció con su familia en el palacio arzobispal. Siete años hacia que gozaba Herberto de su usurpacion, quando descompadró con el rey, quien ayudado de Hugo el Grande vino á poner sitio delante de Reims. Ya hacia tres semanas que duraba, quando los habitadores se determinaron á entregar la ciudad. Inmediatamente se concurrió á la iglesia; y el clero, de acuerdo con el pueblo, eligió á Artaldo, monge de san Remigio, propuesto por el rey. El nuevo arzobispo fué ordenado por los obispos de la provincia, y algunos otros en número de diez y ocho. Despues de nueve años de obispado incurrió Artaldo en la desgracia de Luis de Ultramar, quien para castigarlo, vino á sitiar la ciudad con el conde de Vermandois. Acosado Artaldo fuertemente, tuvo que ceder, y se le pidió que hiciese renuncia del título de arzobispo de Reims. Congregados los obispos en Soissons, decidieron que era preciso ordenar á Hugo, destinado desde la infancia para esta dignidad, lo que se executó sin embargo de no tener mas que veinte años; y el papa Esteban VIII. le honró con el palio, que habia recibido Artaldo de Juan XI. Pasado algun tiempo este último que no habia abandonado sus derechos, pudo ganar el apoyo de Luis de Ultramar, quien disgustado de Hugo y de sus hermanos, sitió de nuevo la ciudad, y restableció al arzobispo Artaldo, que murió el año 961. Entónces Hugo, que habia recobrado algunas esperanzas, hizo varios esfuerzos, aunque inútiles, para volver á la iglesia de Reims. Congregados los obispos en concilio en Meaux, y habiendo consultado ántes al papa sobre este negocio, se mandó dar pastor á la iglesia de Reims sin atender á las pretensiones de Hugo, mirado como intruso, y juzgado por tal en los concilios. Así que se eligió á Udalrico, que fué canciller del rey Lotario, y despues de su muerte se le dió por sucesor á Adalberon, que tuvo el mismo empleo, y consagró á Hugo Capeto.

Habiendo muerto Adalberon el año siguiente á la consagracion de Hugo Capeto, mandó elegir este príncipe por sucesor suyo á Arnoaldo, hijo natural del rey Lotario; pero habiendo habido sospechas de que el nuevo prelado habia entregado la ciudad de Reims á Cárlos duque de Lore-

na su tio, mandó congregar el rey un concilio para juzgarlo. El se confesó culpado, y renunció la silla de Reims, de que se reconoció indigno. Gerberto su secretario fué substituido en su lugar; pero el papa Juan XV. desaprobó que se hubiese depuesto á Arnoldo, y ordenado á Gerberto. Este defendió su derecho á la silla de Reims contra la decision del sumo pontífice por medio de una carta muy viva dirigida al arzobispo de Sens. Sin embargo, habiendo enviado el papa un legado á Francia para exâminar este negocio, y muerto el rey Hugo Capeto, protector de Gerberto; Roberto, hijo y sucesor de este príncipe, que necesitaba de Roma para la confirmacion de su casamiento con Berta su parienta, consintió en el restablecimiento de Arnoldo, que ocupó la silla de Reims hasta el año 1021. De este modo concluyeron estas largas disputas movidas por la ambicion y política. Veremos á Gerberto en la silla de Roma con el nombre de Silvestre II. en el artículo siguiente, y allí contaremos la de su historia.

Aunque la Alemania no haya sido ménos agitada que lo restante de la Europa con las divisiones intestinas, no habria experimentado la sociedad christiana mayores desgracias á no haber habido las freqüentes irrupciones de los ungaros, que fueron para estas comarcas lo que habian sido los normandos para el Occidente de la Europa. Estos bárbaros, cuyo orígen era el mismo que el de los hunnos, tan terribles en tiempo de Atila, se habian establecido en la Pannonia que tomó su nombre, y en los paises vecinos. Desde allí se extendieron á la Alemania, á la Italia por el Tirol, y aun penetraron hasta la Alsacia, la Lorena y la Champaña. Siempre andaban á caballo, y su ligereza era increible. No tenian otras armas que flechas, que disparaban con maravillosa destreza. Se mantenian con carne cruda, y bebian sangre mezclada con agua; hablaban poco, obraban mucho, y eran infinitamente mas feroces que ningun otro pueblo bárbaro de que se haya hablado hasta ahora en la historia. Hállase mucha semejanza entre su modo de pelear, su género de vida y sus costumbres, y lo que los antiguos nos han contado de los scitas y de los sarmatas. Cometieron los mayores excesos de crueldad en todos los parages adonde se encaminaron; y semejantes á los normandos, dirigian su furia principalmente contra las iglesias y monasterios, tan-

to por la esperanza del botin, como por la poca resistencia que experimentaban de parte de los eclesiásticos y de los monges. Los historiadores de aquel tiempo hacen una pintura compasiva de los estragos que causaron en todo el discurso de este siglo. Conrado fué precisado á sujetarse á pagarles tributo. Enrique el Paxarero se negó á ello, y se vengaron de él desolando toda la Alemania. Este príncipe disipó dos exércitos inmensos que habian levantado para invadir sus estados. Oton el Grande los derrotó igualmente, y desde este tiempo fueron ménos intrépidos. Como eran idólatras, y el ódio de la religion christiana era una parte principal en sus irrupciones sangrientas, se han mirado como mártires los sacerdotes, monges y vírgenes que llegaron á ser víctimas de su crueldad. Por último, este pueblo abrazó el christianismo de quien habia sido uno de los mas temibles azotes. Esteban su duque, convertido por san Adalberto de Praga, se hizo su apóstol. Este príncipe de un zelo y de una constancia invencible, venció todos los obstáculos que la supersticion y la ferocidad le pusieron. Dividió la Ungría en diez obispados, cuya metrópoli fué la Strigonia; y el papa Silvestre II. en premio de sus trabajos le confirió el título de *apostólico* con que se han honrado sus sucesores. Este suceso acaeció el último año de este siglo.

En todo él tuvo la Alemania príncipes de gran zelo por la gloria y acrecentamiento de la religion. Tales fueron Enrique el Paxarero, Oton I. y algunos de sus sucesores. Princesas de eminente piedad los animaron á lo bueno, y se aprovecharon de sus inclinaciones virtuosas, para hacer abundantes limosnas, fundar iglesias y monasterios, y exercer otras muchas buenas obras. Santa Matilde, esposa de Enrique el Paxarero, fue una princesa completa, que á todas las virtudes de una perfecta christiana juntaba la exácta observancia de todas las obligaciones de su estado. Santa Edita, muger de Oton el Grande, edificó á sus vasallos con su prudencia, y ayudó á su esposo en las medidas que tomó para persuadir á los esclavones á recibir la fe de Jesu-christo. Por último, santa Adelaida, madre de Oton II., mereció ser contada entre las mugeres que han dado mas honra al trono y á su sexô. Gobernadora en la menor edad de su hijo, malquistada despues por los consejos de los aduladores que tantas faltas hacen

cometer á los príncipes jóvenes, y cargada de nuevo con el peso de los negocios por este mismo hijo, que supo apreciar su mérito y su talento, fué un modelo de virtud en todos los sucesos de su vida. Su mansedumbre, su paciencia y su generosidad con los que la habian perseguido, la hacen admirar como un prodigio en unos tiempos en que la virtud era tan rara. No tuvo otra ambicion que la de hacer reynar á Dios, y de restituir á la Iglesia el antiguo esplendor que las desgracias públicas le habian hecho perder.

Si alguna cosa habia que pudiese consolar á la religion de los males que padecia, y de los vicios que la desfiguraban, eran sin duda los progresos maravillosos que iba haciendo el christianismo en el Norte. En los siglos antecedentes lo hemos visto penetrar allí por medio de los trabajos de muchos varones apostólicos que se dedicaron á la conversion de los pueblos bárbaros que habitaban estos climas desconocidos á los antiguos señores del mundo. En ellos se extendió mas y mas, y se afirmó de un modo sólido en el discurso de este siglo. Subamos al orígen de estos sucesos tan gloriosos á la religion, y fixemos su época en quanto nos lo permita la obscuridad de que estan cubiertos estos tiempos antiguos.

Ya hemos dicho que la diligencia de san Anscario, obispo de Hamburgo, y uno de los apóstoles del Norte, habia llevado la luz del Evangelio á la Dinamarca á mitad del siglo IX. Erico I. que reynaba entónces, impidió á los principios el zelo del santo misionero, y persiguió á los christianos; pero despues se hizo protector suyo, conocidas las virtudes de aquel que habia venido de tan léjos, y con tantos trabajos á predicar la fe á sus vasallos. Este príncipe permitió por un edicto solemne el exercicio de la nueva religion, y recibió el bautismo. A imitacion suya los señores dinamarqueses con una parte del pueblo renunciaron el culto de los falsos dioses, de suerte, que muy en breve sobrepujó con mucho el número de los christianos al de los idólatras; pero habiendo subido al trono algun tiempo despues Erico II. todavía niño, abusando sus ministros de su autoridad, encendieron una violenta persecucion contra esta Iglesia recien nacida. Derribaron los templos erigidos al verdadero Dios, degollaron á sus ministros; y el pueblo, mal afianzado en la fe vol-

vió de tropel á su primer culto. Anscario, que habia empezado otra mision en Suecia, acudió al socorro de sus christianos; buscó á Erico, y le habló de Dios con tanta eficacia, que lo convirtió á la religion christiana, de la qual fué despues uno de los mas zelosos defensores. El christianismo experimentó alternativas continuas de favor y de persecucion en este reyno hasta el reynado de Haroldo ó Heraldo, que subió al trono hácia el año 935. Este príncipe hizo la religion de Jesu-christo dominante en sus estados, concediendo su proteccion á los predicadores evangélicos, y mandando edificar crecido número de iglesias. Pretenden que se convirtió con los milagros obrados en su presencia por san Poppon, obispo de Slewic. En su reynado se extendió el christianismo muy léjos en estas comarcas; pero habiéndose revelado contra él Suen ó Suenon su hijo, se declaró por la antigua religion, y persiguió á los christianos: verdad es que en adelante reconoció su delito, y para repararlo se hizo christiano, y protegió la fe que habia perseguido, la qual penetró entónces en la Noruega, en Jutlandia, y hasta la isla de Fionia. Erigiéronse obispados, que estuvieron sujetos al arzobispo de Hamburgo; y á pesar de las costumbres duras de estas naciones septentrionales, derramó Dios sus bendiciones sobre las iglesias que se habian formado allí.

La Suecia habia sido tambien el objeto del zelo infatigable de san Anscario, pero despues de su muerte desfalleció esta mision por muchos años por falta de obreros que continuasen la obra que el santo apóstol habia comenzado. Hunni, arzobispo de Bremo, animado del mismo espíritu y del mismo valor, se entregó generosamente á esta empresa. Encontró la religion christiana casi aniquilada en este reyno; y no sin inmensos trabajos pudo conseguir levantar esta iglesia de sus ruinas. Sus sucesores san Adaldago y san Libencio siguieron sus huellas. A fuerza de paciencias y de diligencias abrieron los ojos á un crecido número de infieles. Otros dos misioneros llamados Odincar el Viejo, y Odincar el Mozo, trabajaron con fruto en extender el reyno de Jesu-christo en estas regiones salvages. El segundo de estos varones apostólicos fué ordenado obispo de Ripen, en el Jutlan, por san Libencio. El christianismo se mantuvo en Suecia, pero sus progresos fueron lentos hasta el reynado de Olao II. en el

año 963. Este príncipe envió embaxadores al rey de Inglaterra Etelredo, pidiéndole ministros evangélicos que viniesen á instruir á sus vasallos en las virtudes de la religion. Etelredo para corresponder á sus deseos le envió á Sifroi, Eschild y David, personas instruidas y llenas de zelo. Enterado Olao de sus instrucciones, fué bautizado con agua de una fuente que todavía se nombra fuente de san Sifroi, del nombre de uno de los tres misioneros, que fué el instrumento de que Dios se valió para guiarlo á la verdad. Su exemplo lo siguieron un crecido número de suecos, y desde este tiempo fué acrecentándose visiblemente el christianismo, de modo, que en el reynado de Amundo Kosbrenner, hijo y sucesor de Olao, llegó á ser la religion dominante en Suecia.

Hácia el año 965, Misceslao, duque de Polónia, llamado Miesko por haber nacido ciego, habiéndose casado con la hija de Boleslao, duque de Bohemia, que era christiana, persuadia esta princesa á su esposo que abrazase la religion que ella profesaba. Correspondiendo Misceslao á los deseos de su esposa, recibió el bautismo, y para prueba de su conversion repudió siete concubinas que mantenia, según la costumbre de los príncipes idólatras de aquellos tiempos. El Papa Juan XIII. envió misioneros á Polonia para predicar allí la fe, á cuyos trabajos deben su orígen las sillas de Gnasna, de Cracovia, y de las otras ciudades principales. Estas iglesias se hicieron en poco tiempo numerosas y florecientes. La observancia de las leyes del christianismo era apoyada por la autoridad civil, baxo las penas mas rigurosas, y era tal el apego de estos nuevos christianos á la fe, que sacaban el sable hasta la mitad de la vayna miéntras se leia el Evangelio en la misa, para manifestar que estaban prontos á pelear en defensa de la religion: uso muy conforme con el genio militar de estos pueblos, y que se ha conservado entre ellos hasta estos últimos tiempos.

Este Boleslao, duque de Bohemia, cuya hija contribuyó con la conversion de su esposo al establecimiento de la religion christiana en Polonia, suplicó al papa Juan XIII. el año 968 que erigiese un obispado en Praga, capital de sus estados. El pontífice accedió á su súplica con la condicion de que esta iglesia siguiese el rito latino. Ditmar, monge saxon, fué el primer obispo de esta silla, varon

piadoso y sabio, cuyo zelo por la propagacion de la fe lo ayudó felizmente Mlada, hermana de Boleslao, princesa de eminente virtud, que habia consagrado á Dios su virginidad. Esta fué en peregrinacion á Roma en el pontificado de Juan XIII. para aprender allí las reglas de la disciplina monástica. El papa la recibió honrosamente, y le dió la bendicion de abadesa. En esta ceremonia le mudó su nombre en el de María, y le entregó un exemplar de la regla de san Benito, segun la qual habia de gobernar el monasterio de religiosas, fundado por el duque su hermano. A su vuelta llevó carta del papa para la ereccion del obispado de Praga, en la qual se explica en estos términos: "Habiéndonos pedido vuestra hermana, de parte vuestra, nuestro consentimiento para la ereccion de un obispado en vuestro principado, hemos dado gracias á Dios que extiende su iglesia entre todas las naciones. Por tanto queremos que se haga silla episcopal la iglesia de los santos mártires Vito y Vinceslao, con la condicion, sin embargo de que no seguireis el rito de los búlgaros y de los rusos (este era el rito griego), y que no usareis de la lengua esclavona en las ceremonias de la religion." (Esta era la lengua vulgar de los polacos y de los otros pueblos del Norte). El mártir san Vinceslao, de quien se hace mencion en esta carta, era nieto de Borivois, el primero de los soberanos de Bohemia que profesó el christianismo. Padeció martirio por la fé en una persecucion que se encendió contra los christianos en este pais el año 930.

Los principios de la religion christiana entre los rusos tienen por época el siglo IX. San Ignacio, patriarca de Constantinopla, envió para trabajar en la conversion de este pueblo un obispo que les llevó el rito y usos de la iglesia Griega, que siempre han conservado. El año 956, Elena, que reynaba en Rusia, pidió al emperador Oton el Grande un obispo y sacerdotes para instruir á su nacion en los dogmas de la fe; pero no vemos que los ministros que se dedicaron á esta mision hayan hecho gran fruto. Así que no se puede referir el verdadero establecimiento del christianismo en Rusia, sino al reynado de Volodimiro. Este príncipe pidió á los emperadores de Constantinopla, Basilio y Constantino, su hermana en casamiento, prometiendo hacerse christiano. La princesa, que nom-

bran los griegos Ana, y los rusos Anastasia, se la llevó por mar á la ciudad de Kersonna, que acababa de tomar á sus enemigos. El estaba ciego, y su esposa le prometió que recobraria la vista recibiendo el bautismo. Verificado lo qual, convirtió á la fe á todos los señores que habian acompaño á Volodimiro en su expedicion. Este destruyó todos los ídolos, y los mandó arrojar en el Dnieper, despues de haberlos hecho arrastrar ignominiosamente por las calles: recorrió en persona sus estados para instruir á sus vasallos, y hacerlos bautizar: mandó venir de Constantinopla artífices de todas facultades para edificar iglesias, y fabricar vasos sagrados. El patriarca Nicolas Chrisoberga le envió un obispo, llamado Miguel Siro, que fué creado primer metropolitano de Kiobia. Chrisoberga estaba en comunion con la santa Sede; y así es falso, como algunos lo han sentado, que los rusos hayan empezado á ser cismáticos al mismo tiempo de hacerse christianos,

ARTICULO VI.

Estado de la iglesia de Roma, y carácter de sus pontífices en el siglo décimo.

Este siglo es, si es lícito hablar así, el triunfo de los protestantes. Las escenas escandalosas, de que Roma fué teatro, los medios violentos y culpables de que se valieron muchos papas para subir á la silla pontificia, ó para mantenerse en ella; las costumbres corrompidas de unos, la vida poco exemplar de otros, y la política falsa, engañosa é interesada de casi todos, han suministrado á los enemigos de la religion católica los medios de exercer su malignidad contra ella con alguna especie de ventaja. Los incrédulos modernos, que recogen indistintamente todo quanto se ha dicho y refutado ántes de ellos, y que no reparan en que sean meros copiantes, ó vanos ecos de los que los han precedido, con tal que acumulen objeciones y sátiras, no cesan de repetir lo que los teólogos reformados han escrito sobre esta materia; pero los protestantes con todo su saber no han advertido que si la santidad de una religion dependiese de la de sus ministros, hallaria la reformada su condenacion en la historia de sus patriar-

cas, y los incrédulos con toda su penetracion nó ven, que aun quando consiguiesen probar que todos los papas del siglo décimo han sido perversos, infames, dignos del último suplicio, estarian todavía muy distantes de haber demostrado que el christianismo no es una religion rebelada. Nosotros, mas equitativos que unos y otros, vamos á referir los hechos con la mas cabal imparcialidad, expresando asimismo el carácter de los pontífices romanos de este siglo, sus vicios, sus defectos, sus extravíos, sin disimular nada; y concluirémos esta discusion histórica con reflexiones sacadas de la naturaleza de las cosas que habrían hecho los mismos protestantes, y aun los incrédulos, que se han esforzado á ponderar mas que ellos, si no estuviesen poseidos de pasion.

Veinte y cinco papas ocuparon la cátedra de san Pedro en este siglo, entre los quales hay bastantes que han dado materia á la censura; pero tambien hay no pocos que han tenido talento y virtud, y cuyas faltas se deben achacar en parte al genio del tiempo, y á la desgracia de las circunstancias en que se han hallado. Verémos asimismo, que si algunos hicieron gemir la Iglesia, y escandalizaron á sus hijos con una vida desarreglada, otros honraron su puesto con costumbres puras, y con un zelo verdaderamente pastoral. Sigamos el paso de la historia, sin llevar otra guia que la verdad.

Juan IX., que los monumentos antiguos nos representan como un pontífice prudente y piadoso, habia muerto el año 900, despues de haber ocupado la silla poco ménos de dos años y medio. Benedicto IV., de este nombre, que fué digno por su sabiduría y virtudes de ser colocado en la primera silla del catolicismo, fué elegido para suceder al pontífice Juan. Fué recomendable por su amor por el bien público y su liberalidad con los pobres; pero su pontificado fué demasiado corto para la gloria de la religion y la felicidad de Roma, pues no ocupó la silla apostólica mas que dos años y algunos meses.

Leon V., natural de Ardea, fué electo canónicamente en lugar de Benedicto; pero seis semanas ó dos meses despues de su exâltacion fué despojado de su dignidad por Christóbal, romano, de nacimiento distinguido, que era su capellan, y que no gozó mucho tiempo de su usurpacion, porque al cabo de unos seis meses fué echado por

Sergio, y desterrado á un monasterio, de donde tan solo se le sacó para cargarlo de prisiones. Este Sergio, tercero del mismo nombre, sugeto ambicioso y violento, se habia hecho elegir por una tropa de sediciosos el año 898, despues de la muerte de Teodoro II., no siendo todavía mas que diácono; pero habiendo prevalecido el partido de Juan IX., se mantuvo oculto por siete años en Toscana, baxo la proteccion del marques Adalberto. Marocia, hija de este marques, muger entrometida y licenciosa, de la qual tendrémos que hablar muchas veces en adelante, se habia hecho poderosa en Roma. Sus mañas, y la habilidad que tenia para sujetar, por medio de su talento, á los que no habia podido seducir con sus atractivos, ó ganar con sus liberalidades, la habian hecho dueña de todos los negocios; y así se valió de su favor para hacer llamar á Sergio, que pasaba por su amante, no sin harto fundamento. Este papa miró como intrusos á los que habian subido á la santa Sede despues de su primera eleccion, y aprobó el indigno proceder de Estéban VI. contra Formoso; pero en lo demas fué expléndido y liberal. La iglesia de san Juan de Letran, en donde habia escogido su sepultura, se reedificó de arriba abaxo por diligencia suya, y á su costa. Su amistad con Marocia, cuya conducta era manifiestamente escandalosa, le han hecho acusar de un comercio infame con ella, de quien se ha llegado á sentar que tuvo un hijo, que algunos años despues se vió en la silla pontificia con el nombre de Juan XI.; pero Luiprando de Crémona, escritor satírico y apasionado, es el único contemporáneo que ha manchado la memoria de Sergio con esta odiosa imputacion; siendo así que otros han dicho que este Juan XI. era hijo de Alberico, cónsul romano, primer marido de Marocia. Sergio III. murió el año 911, habiendo reynado siete.

Pasaremos rápidamente los dos pontificados de Anastasio III. y de Landon, que fueron cortos y de poca importancia, para detenernos en el de Juan X., á quien Teodora, hermana de Marocia, y no ménos famosa que ella por sus costumbres disolutas, tuvo favor para poner en la cátedra del príncipe de los apóstoles. Primero habia sido clérigo en la Iglesia de Ravena, y las mañas de Teodora, que vivia con él en comercio ilícito, le habian logrado sucesivamente el obispado de Bolonia, y el arzobispado de

Ravena. Su gobierno fué mas feliz de lo que se podia esperar de una entrada tan poco canónica. Era valiente, y entendia el exercicio de las armas mas de lo que corresponde á una cabeza de la Iglesia. Peleó contra los sarracenos, y les quitó el puesto en que se habian mantenido hasta entónces en el Garillan. Un autor de su tiempo lo representa como un pontífice dedicado al cumplimiento de su obligacion, y lleno de prudencia; y un crítico de nuestros dias lo llama hombre de corazon grande, y de entendimiento claro. Su fin fué de los mas deplorables, porque inquieta Marocia, que dominaba en Roma, con los esfuerzos que hacia para apoderarse de la autoridad, lo hizo prender y llevarlo á la cárcel, en donde se dice que fué sofocado, despues de haber ocupado la santa Silla poco mas de catorce años.

Leon VI. y Esteban VII. no hicieron mas que aparecer. Despues de ellos Marocia, siempre dominante en Roma, se valió de su poder para hacer ordenar papa al hijo, cuyo nacimiento se atribuia á sus infames amores con Sergio III. Este pontífice, que se nombró Juan XI., no tenia mas que 25 años. Marocia, y despues otro hijo suyo, llamado Alberico, que habia tenido de Guido, marques de Toscana, gobernaron en su nombre, y lo tuvieron en la mas estrecha dependencia. Su pontificado no duró mas que quatro años y algunos meses, sin que la historia nos dé razon de sus acciones. Tal vez si hubiese tenido libertad, habria sido su gobierno sabio y útil á la religion, porque Ratier, obispo de Verona, su contemporáneo, lo nombra pontífice de feliz índole. Alberico se habia hecho dueño de Roma, y sublevado á sus habitadores contra Hugo, rey de Lombardía, que habia casado con Marocia despues de la muerte de su segundo marido Guido, marques de Toscana. Este príncipe jóven, que tenia el genio imperante, las costumbres desarregladas, y el espíritu enredador de su madre, no se opuso á la eleccion de Leon VII., que fué el que sucedió al desgraciado Juan XI. Este papa era un hombre honrado, amigo de la paz, zeloso por el buen órden, que se contenia en los límites de su obligacion, y que muy léjos de haber apetecido la dignidad pontificia, habia hecho quanto fué de su parte por huir de ella. Dióse á estimar por su afabilidad, su mansedumbre y su desinteres. Trabajó de acuerdo con Odon, abad de

Cluni, en reconciliar al rey Hugo y á Alberico, que estaban para declararse guerra. El ajuste se hizo por esta mediacion; y Hugo, en prendas de su reconciliacion, dió á su hija Alda en casamiento á Alberico. La muerte de este virtuoso pontífice, que ocupó la santa silla poco mas de tres años y medio, acaeció el de 939. El historiador Flodoart, que lo habia conocido, alaba su vida exemplar, y lo prudente de su gobierno.

Los dos papas que siguieron, Esteban VII. y Martin II. ó III., cuyos pontificados juntos llenan un hueco de siete años, se portaron con mucha prudencia en medio de los alborotos con que Roma continuaba en estar agitada por los bandos opuestos de Hugo y de Alberico. El primero, que era aleman, tenia contra sí para con los romanos el perjuicio de su nacimiento: y así lo atormentaron, y le movieron todos los disgustos posibles, los quales sufrió con paciencia y moderacion. Lo que él deseaba era el fin de las guerras civiles que aniquilaban á la Francia, y para obligar á los señores á reducirse otra vez á la obediencia que debian á Luis de Ultramar, los amenazó con excomulgarlos. No se le tacha de otra cosa que de haber reconocido al jóven Hugo de Bermandois, usurpador de la silla de Rheims, por legítimo pastor de aquella Iglesia, y enviádole el palio: verdad es, que es muy probable que lo engañasen en este negocio los parciales de un intruso, que era de nacimiento distinguido, y que tenia protectores poderosos. El segundo que era romano, mas agradable al pueblo, y ménos impugnado en sus piadosas intenciones, gobernó la Iglesia como buen pastor, sin ocuparse en otra cosa que en las obligaciones de su ministerio, en el alivio de los pobres, y en el reparo de las iglesias.

Agapito II., cuyo pontificado duró diez años, honró la santa Sede con su vida exemplar, su conducta moderada, y su zelo por el bien de la religion.

Ya hemos llegado al pontificado escandaloso del jóven Octaviano, tan conocido por sus desórdenes y por su pérfida política, con el nombre de Juan XII. Era hijo de Patricio Adalberto, gobernador: ó por mejor decir, tirano de Roma; y aunque clérigo, habia sucedido en los empleos y en el poder de su padre, del qual se valió para hacerse elegir, despues de la muerte de Agapito el año 956, sin embargo de no tener mas que diez y ocho de edad.

Toda su vida no fué mas que una série de enredos, de traiciones, de perjuicios y de desórdenes. No puso ningun freno á sus pasiones; los mas sucios deleytes, y la licencia mas desenfrenada deshonraban en él el augusto carácter de que estaba condecorado. Para vengarse de Berenguer y de Adalberto, tiranos de Italia, que querian sujetar á Roma á su dominio, llamó á Oton el Grande en su socorro, lo consagró emperador, y le prestó juramento de fidelidad sobre el sepulcro de san Pedro, con los grandes y el pueblo de Roma; pero tan poco fiel en guardar la religion del juramento, como en observar las leyes del pudor, vendió muy pronto al que acababa de tomar por señor. Indignado el pueblo de su perfidia y de su conducta infame, dió contra él las mas vivas quejas al emperador, poniendo delante de sus ojos la torpeza é infamias de este indigno pontífice, que habia hecho del palacio de Letran, antigua habitacion de los santos, un lugar de prostitucion. Oton, atribuyendo sus extravíos al fuego de la juventud, y al ímpetu de las pasiones, le exhortó á que corrigiese sus costumbres disolutas. Juan lo prometió todo, pero no por eso mudó de vida. Al fin yendo en aumento el escándalo; siendo cada dia mas continuas y mejor fundadas las quejas, y añadiendo el papa nuevas traiciones á los demas delitos, lo mandó juzgar el emperador, y deponer en un concilio celebrado en Roma en su presencia, en donde se decidió que habiendo sido vergonzosamente profanada la cátedra pontificia por los vicios de Juan XII., debia ser echado de ella. Oton lo consintió, y Leon VIII., varon de mérito universalmente conocido, fué ordenado en su lugar con todas las ceremonias que caracterizan una promocion libre y canónica (a); pero no bien se habia apartado Oton de Roma con sus tropas, quando el papa Juan con nuevos enredos, y por la inconstancia natural de los

(a) Aunque no salimos por fiadores de la conducta de Juan XII., y que sea cierto que en su eleccion obraron el artificio y la fuerza: sin embargo, como aquella se legitimó despues por el consentimiento del clero, que acudió por evitar el cisma, es constante que la deposicion que se hizo de Juan XII., acusándole de enormes cargos en un conciliábulo convocado por el emperador Oton, se debe reputar por legítima, como asimismo el nombramiento del antipapa Leon VIII. para sucederle; pues aunque para ella se protesta la asistencia de Juan y consentimiento del emperador, se vió despues lo contrario, desterrando á Leon, y restituyendo á Juan, que permaneció en la tiara hasta su muerte, que sucedió luego. *P. Florez, Clave hist.*

romanos, procuró los medios de volver á entrar en la ciudad, en donde exerció crueldades excesivas con todos los que habian intervenido en su deposicion. Queriendo despues unir el aparato de las fórmulas canónicas con el ímpetu de la venganza, congregó un concilio, en el qual hizo anular la ordenacion de Leon, y todo lo que se habia seguido de ella. Este pontífice, que se habia manchado con tantos excesos de todas especies, tuvo un fin muy semejante á su vida. Estando por la noche, como tres meses despues del concilio de que acabamos de hablar, fuera de Roma en una diversion ilícita, recibió un golpe, de que murió al cabo de ocho dias sin haber recibido los últimos sacramentos. Habiendo esto sido el año 964, ocupó este perverso papa la santa Sede poco mas de ocho años.

Los romanos, sin atender á la eleccion de Leon VIII., ni al juramento hecho á este papa, y al emperador Oton, eligieron é hicieron ordenar á Benedicto, diácono cardenal, como si la silla pontificia hubiese vacado. Este competidor de Leon, que tomó el nombre de Benedicto V., fué ocasion de un cisma, y acarreó nuevas desdichas sobre Roma. (a) Oton, llevado del resentimiento, vino á poner sitio delante de la ciudad; y Benedicto, que tenia mas interes que nadie en impedir que cayese en manos del emperador, se presentaba continuamente encima de las murallas, exhortando á los sitiados á defenderse con valor, y amenazando á los sitiadores con los rayos de la Iglesia; pero Oton estrechó el sitio tan vivamente, que experimentando ya los romanos los horrores del hambre, tuvieron que abrirle las puertas, y entregarle á Benedicto. Un concilio que se congregó en la iglesia de Letran terminó la disputa de los dos pontífices. Leon fué confirmado en el pontificado; y Benedicto, despojado de las insignias de su dignidad, reducido al órden de diácono, fué entregado á la custodia de san Adaldago, arzobispo de Brema, que lo trató honrosamente; sufrió su desgracia con ánimo; y como era virtuoso y sabio, edificó con su buen exemplo y sus instrucciones la iglesia de Hamburgo,

(a) Benedicto V. fué elegido y ordenado papa luego que murió Juan XII., y de consiguiente se debe considerar como legítimo y verdadero pastor de la Iglesia; aunque despues la fuerza y violencia de Oton hayan atentado contra su sagrada persona destetrándole, y poniendo en su lugar al antipapa Leon VIII.

en donde acabó su carrera el año 965. No obstante la irregularidad de su eleccion, se le cuenta entre los papas.

Despues de la muerte de Leon VIII. fué colocado en la silla apostólica con consentimiento del emperador Juan, obispo de Narni, en el ducado de Espoleto. Este papa, que se nombró Juan XIII., era de un genio altanero y ansioso de dominar. Sus altiveces lo hicieron odioso á los grandes de Roma, á quien trataba con dureza. Rebeláronse contra él, prendiéronlo, y lo encerraron primero en el castillo de Sant Angelo, y despues en una fortaleza de Campania. Noticioso el emperador Oton II., á quien él habia coronado, de la violencia que se le hacia, vino á Italia para castigar á los autores de ella. A la primer noticia de su marcha se apresuraron á llamar al papa; pero no se pudo aquietar á Oton sino con el castigo de los mas culpados. El prefecto de Roma, cabeza de la rebelion, fué entregado á Juan XIII., quien le hizo padecer aquellos ultrajes que una venganza refinada substituye á veces á la muerte. Este procedimiento poco decoroso á su memoria, acredita lo que hemos dicho mas arriba de su genio imperioso y duro. Murió el año 972 despues de haber ocupado la santa Sede cerca de siete.

Los pontificados de los tres papas que sucedieron á Juan XIII., que fueron Benedicto VI., Francon, diácono de la iglesia romana, que tomó el nombre de Bonifacio VII., y Dono II.; no ocuparon mas espacio que de dos años. Roma estaba llena de alborotos y bandos. El consul Crescencio, hijo de Teodora y de Juan X., se habia puesto al frente de los que habian formado el proyecto de sacudir el yugo de los emperadores, y de restablecer el gobierno republicano. Benedicto VI. se hace víctima de su atencion á la religion del juramento, y de su fidelidad al legítimo soberano. Los sediciosos se apoderaron de él, lo encarcelaron en el castillo de Sant Angelo, de que eran dueños, y lo hicieron ahorcar. Despues de Dono II. siguió Benedicto VII., que ocupó la santa Sede nueve años y algunos meses, y cuya historia no refiere nada de importancia. Francon, ó mas bien Bonifacio VII., vuelve á parecer para morir al cabo de un año; Juan XIV. perece á manos de los sediciosos, y luego sigue Juan XV., poco conocido, y contado únicamente entre los papas para señalar el órden numérico de

los que han tenido el mismo nombre. Estos quatro pontificados duraron el espacio de once años desde 974, hasta 985.

Elegido Juan XVI., romano, á quien ciertos escritores han acusado de avaricia, ocupó la santa Sede. Sea lo que fuere de esta acusacion, lo que tuvo que padecer con el sedicioso Crescencio prueba á lo ménos que seguia el órden legítimo, y que no adoptaba las ideas quiméricas de aquellos que trabajaban por trastornarlo. Este papa hizo el primer exemplar de una canonizacion solemne en la de san Udalrico, obispo de Ausburgo. Para proceder á ella juntó cinco obispos con algunos cardenales, presbíteros y diáconos. En esta especie de concilio se leyó una relacion de la vida y milagros de Udalrico, que habia muerto veinte años ántes; y exâminado este documento, que sin duda tenia toda la autenticidad necesaria, expidió el papa un decreto que despues de él formaron los obispos, presbíteros y diáconos, por el qual era colocado Udalrico entre los siervos de Dios, que honra la Iglesia con culto particular. Este instrumento es del año 993. Juan XVI. murió dos despues, habiendo durado su pontificado diez años.

Oton III., que se hallaba en Italia, hizo elegir á Bruno su sobrino, que no tenia mas que 24 años, y que tomó el nombre de Gregorio V. Despues de su consagracion hizo la ceremonia de la coronacion de su tio. Siendo el jóven Pontífice de la sangre imperial, no podia ménos de contar con el respeto y fidelidad de los romanos; pero apénas habia vuelto la espalda Oton para restituirse á Alemania, quando se vió Gregorio en manos del rebelde Crescencio, que no cesaba de atizar el fuego de la sedicion. Este cabeza de bando, autor de todos los alborotos, de que Roma estaba agitada, echó á Gregorio, y le opuso un Calabres, llamado Filagato, obispo de Plasencia, que tomó el nombre de Juan XVI. El emperador acudió: Filagato escapó, y Crescencio se encerró en el castillo de Sant Angelo, en donde esperaba defenderse; pero sea que á éste lo forzasen en su asilo, ó bien, como algunos autores lo han escrito, que se pusiese espontáneamente en manos de Oton, baxo la promesa de estar allí con seguridad; lo cierto es, que el emperador le mandó cortar la cabeza, para dar fin á los desórdenes que este espíritu sedicioso y turbulento ex-

citaba en la ciudad. Filagato, mutilado por la gente del emperador, fué entregado al papa Gregorio V., quien lo despojó de los hábitos pontificales, y lo hizo pasear con ignominia por las calles, montado al rebes en un asno, cuya cola llevaba agarrada de la mano; venganza cobarde y bárbara contra un enemigo á quien se habian cortado ya las narices, sacado los ojos, y que en este estado debia encontrar mas bien compasion y socorro, que no nuevos ultrajes. Gregorio V. no sobrevivió mas que dos años á una accion con que quedó manchada su memoria, y murió el de 999.

Silvestre II. fué el que se le dió por sucesor por el emperador Oton que habia sido su discípulo. Este es el último papa de este siglo; y aunque no haya muerto hasta el tercer año del siglo siguiente, concluirémos en él el exámen de los hechos de que nos ha parecido deber tratar. Su nombre era Gerberto, y su nacimiento bastante obscuro (a); pero su mérito, que se manifestó bien presto, lo sacó de esta obscuridad, pasando por muchos estados diferentes antes de llegar á la suprema dignidad de la Iglesia. Primero fué abad del célebre monasterio de Bovio, fundado por san Columbano en el siglo VI.; de allí fué llamado á Rheims, y gobernó la escuela pública, una de las mas famosas que habia entónces en Occidente. Hémoslo visto ensalzado á la silla de esta ciudad, y precisado á baxar de ella poco despues. La de Ravena, tan distinguida por sus privilegios y crecidas rentas, que el favor del emperador Oton le consiguió en el pontificado de Gregorio V., lo consoló de su desgracia. Por último, la silla apostólica, á la que el mismo príncipe le hizo subir, fué el último término de su fortuna. Este era el sugeto mas sabio de su tiempo; y aunque sus luces se extendian á todo, sin embargo, sobresalia particularmente en las ciencias abstractas, como el cálculo, la astronomía, las matemáticas (b). Su gusto por las letras era tan executivo y tan generoso, que no excusaba ningun trabajo ni ningun gasto para adquirir libros; y su discernimiento le hacia siempre elegir obras apreciables, como son, segun se lee en sus cartas,

(a) Mr. Dupin dice, que fué de una familia considerable de Auvernia.

(b) Estas facultades las cultivó Gerberto en España con el obispo Oton de Vic, y en Córdoba, en donde florecian las ciencias.

las de Plinio, de César, de Suetonio, de Claudiano y de Boecio. Si no se puede justificar á este pontífice de alguna ambicion, no se puede á lo ménos negar que estaba acompañado de un mérito extraordinario para el siglo en que vivió. Bien conocido es su zelo contra la simonía y los otros abusos que deshonraban á la Iglesia. Su gobierno fué equitativo y moderado, y usó de su poder con prudencia, no usurpando jamas la autoridad de los príncipes temporales, ni los derechos de los otros obispos. En quanto á la imputacion falsa y absurda de haber mantenido comercio familiar con el demonio, imputacion que no tuvo otro fundamento que la ignorancia de sus contemporáneos admirados de su saber; la crítica y la filosofia lo han vengado de ella. Por último, lo que manifiesta mas claramente el carácter noble y generoso de este pontífice, son los beneficios de que colmó, quando fué papa, á aquel Arnoldo que habia sido su competidor en la silla de Rheims, y los privilegios que concedió á aquella Iglesia que lo habia echado de sí.

Nada hemos disimulado en la corta analisis que acabamos de hacer. Hemos seguido la historia por su órden, y juzgado los pontífices que han ocupado la primera silla de la Iglesia segun sus acciones; siendo nuestros fiadores los monumentos mas ciertos de su tiempo, los que han sido nuestras guias; ¿y qué resulta de toda esta discusion? que de 25 papas que ha visto subir Roma á la cátedra de san Pedro en este largo espacio de tiempo, uno ha dexado una reputacion equívoca; dos se han desacreditado á *los* ojos de sus contemporáneos y de la posteridad con costumbres manifiestamente corrompidas, y dos se han mostrado por el espíritu de venganza á que se entregaron, poco dignos del título de padre comun de los fieles: título que supone entrañas compasivas, y un corazon generoso. Aun entre ellos hay, excepto el desvergonzado Juan X., y el infame Juan XII., algunos á quien no se pueden negar prendas apreciables y talentos raros para su siglo. Los otros se pueden dividir en dos clases; en la primera se comprehenderán los papas, cuya conducta prudente, vida exemplar y zelo esclarecido han sido el consuelo de la Iglesia en estos tiempos borrascosos; habiéndose visto muchos que lo que debieron á la altura de su dignidad fué la ocasion de dar á conocer una prudencia consumada, y

un mérito independiente de los honores, que es en lo que consiste la verdadera grandeza, como fuéron Leon VII., Martin II., Agapito II., Leon VIII. y Silvestre II. En la segunda clase entrarán aquellos, cuyo pontificado corto y obscuro, ó sus acciones poco conocidas no dan lugar ni al elogio ni á la sátira.

Sea lo que quiera de las costumbres puras ó disolutas, de la conducta exemplar ó escandalosa, de los talentos ó de la incapacidad de todos estos pontífices, que vió Roma tan rápidamente substituidos unos á otros; lo cierto es que ninguno de ellos, aun los mas desarreglados, hizo cosa que menoscabase, ni aun ligeramente, el precioso depósito de la fe. En su tiempo, así como en el de los Leones, Gregorios y Adrianos, se conservó en la mayor integridad el tesoro de las verdades católicas. Las cartas y decretos que nos quedan de ellos se dirigen constantemente á restablecer el buen órden, á mantener la disciplina, y á reprimir los vicios, sobretodo la simonía, la venta de las cosas sagradas, y las usurpaciones sacrílegas. En ellos se representaba en toda la Iglesia la autoridad de que estaban revestidos; recurríase á ella en los casos árduos, como al oráculo siempre existente de la religion; esperábanse sus órdenes para todos los establecimientos nuevos; daban la mision legítima á aquellos hombres alentados y zelosos que emprendian convertir los bárbaros del Norte; erigian obispados en estas nuebas iglesias y les daban pastores; en una palabra, por ellos se gobernaba todo en toda la extension del mundo christiano. Y quando su vida no correspondia á la santidad de su carácter, se respetaban los derechos inviolables de la silla apostólica, detestando los desórdenes de los que la deshonraban. Pues si á pesar de la barbarie del siglo tuvieron los christianos la equidad de no confundir el poder sagrado del ministerio con la indignidad del ministro; y si la misma ignorancia supo honrar el poder pontificio que viene de Jesu-christo en unas manos manchadas con el delito, ¿sería acaso imparcial nuestra filosofia, ó no se sospecharia en ella malignidad, si se mostrase el dia de hoy ménos equitativa y ménos juiciosa? Una distincion, que no excedió á las luces del siglo décimo, que no se ocultó á unos espíritus groseros en la confusion de todas las ideas, no es obra de la sutileza; nace de la naturaleza de las cosas, dimana de las primeras nocio-

nes, y la razon misma es quien la ha dictado. Por tanto es cosa indigna ver qué ventaja pueden sacar los enemigos del christianismo y del catolicismo de lo que la historia nos ha conservado tocante á los pontífices romanos de este siglo; porque si tienen cabal su entendimiento, y recto su corazon, no deben separar dos hechos que el mismo testimonio ha reunido; el uno, que no obstante la altura del puesto, y el respeto que jamas se negó á la dignidad, los desórdenes de estos pontífices viciosos causaron horror á toda la Iglesia; y el otro, que á pesar de este horror vió en ellos toda la Iglesia sus cabezas legítimas, los sucesores del príncipe de los apóstoles, y los canales por donde la autoridad ministerial se difundia á todas las partes de la sociedad religiosa, que no puede subsistir sin ella.

Este artículo no podemos acabarlo sin admitir dos cosas que distinguen el siglo décimo de todos los demas, y que no se pueden atribuir sino á un cuidado particular de la providencia: la primera, que este es el único tiempo desde el origen del christianismo en que la Iglesia no ha sido turbada por ninguna heregía, y en que las verdades de la fe, penetrando las tinieblas de que estaba cubierta la Europa, han conservado un resplandor, que la sutileza, la inquietud, ni aun la supersticion han obscurecido; y la segunda, que esta es la época de la propagacion rápida del Evangelio en el Norte, y de los progresos maravillosos del christianismo en los climas helados, donde la política y el comercio no habia establecido aun comunicacion que hiciese fácil su acceso, y conocido su idioma á las demas naciones. Parece que Dios no permitió estas dos cosas en un siglo de obscuridad y corrupcion, sino para hacer mas visible la atencion con que vela sobre la sociedad santa de quien es autor; y para darnos á conocer mejor, que así como su mano sola, sin el auxilio de ningun otro poder, sentó sus fundamentos, ella sola tambien arregla soberanamente su destino en todas las edades.

CAPITULO VII.

Personas ilustres en santidad.

En el discurso preliminar hemos dicho que no entraba esencialmente en nuestro plan la historia de los santos que en cada siglo han edificado la Iglesia con prodigios de fervor ó penitencia, y hemos remitido á las almas piadosas, que gustan alimentarse con esta lectura, á las obras conocidas que andan en manos del público, y particularmente á las vidas de los santos, sacadas de las actas auténticas, traducidas del ingles por los señores Gotescard y María, Agiografia, que reune el mérito de la uncion y del interes con el de la eleccion y buena crítica. Sin embargo, nos parece que no será inútil dar aquí una noticia compendiosa de los varones virtuosos, que han sido la luz y edificacion del *siglo décimo*, y lo mismo haremos en alguno de los siglos siguientes. De este modo se verá qual era todavía la riqueza de la Iglesia, y su fecundidad en estos tiempos de corrupcion, y se admirarán los medios siempre maravillosos de que Dios se vale para perpetuar en el christianismo la rama preciosa de los santos, y para contraponer los grandes exemplares de piedad á los grandes escándalos. No nos detendremos mas que en los hombres mas ilustres, para ser fieles á nuestro plan, aun desviándonos de él.

Habiendo vuelto á conquistar los griegos la isla de Creta, de los sarracenos, el año 960, por medio de las armas de Nicéforo Focas, fué necesario predicar de nuevo la religion christiana. Tanto era el pogreso que habia hecho la de Mahoma en ciento y treinta años que sus discípulos habian sido dueños de aquella isla. La empresa tenia tanto mayor dificultad, quanto las supersticiones del eslamismo habian echado hondas raices, y la moral cómoda del Alcoran habia hecho olvidar los preceptos evangélicos. Un santo monge, llamado Nicon Metanoita, se entregó valerosamente á esta buena obra. Era natural de Ponto, hijo de padres distinguidos; pero se habia apartado muy jóven de las caricias y miras ambiciosas de su familia, para consagrarse á la penitencia en un monasterio, cuya disciplina era en extremo severa. Allí perma-

neció Nicon doce años, que empleó baxo la direccion de un abad instruido y experimentado, en exercitarse en la práctica de todas las virtudes. Dios manifestó á su superior que lo habia destinado para trabajar en la salvacion de las almas, y en la conversion de los infieles. Y por tanto fué enviado á los Armenios, en donde hizo mucho fruto. De allí pasó á la isla de Creta, que acababa de reducirse otra vez al dominio de los emperadores de Constantinopla. Nicon no tenia otro modo de predicar, que gritar con un tono de voz espantosa: *haced penitencia*, por lo que se le dió el sobrenombre de Metanoita. Dios hacia eficaces estas pocas palabras en boca de este otro Jonas. A él acudian de todas partes á recibir la penitencia ó el bautismo; y en breve tiempo se vió el christianismo y todas las virtudes que de él brotan florecer en esta tierra tanto tiempo profanada con el culto impuro de los musulmanes. Nicon, infatigable en el exercicio de su zelo, pasó de Creta á Epiro, y de Epiro á Lacedemonia, gritando siempre: *haced penitencia*, y convirtiendo á los pecadores, con la energía que daba á esta corta exhortacion. Estas fueron las últimas palabras que este santo hombre pronunció, y su muerte se refiere á los postreros años de este siglo: durante su vida habia tenido don de milagros, y despues de su muerte se hizo célebre su sepulcro por los que se obraron en él.

San Pablo de Latre no predicó penitencia, pero fué uno de los mas perfectos modelos de ella; y sus exemplos, mas eficaces que las exhortaciones mas patéticas, atraxeron un crecido número de personas al camino dificil en que habia entrado. Era tal la inclinacion que tenia á la soledad y á la mortificacion, que todo retiro y austeridad, por muchos que fuesen, era poco para él. Despues de haberse hecho á la vida monástica por algunos años en un monasterio del monte de Latre, en donde la regla era en extremo rigurosa, se retiró á un desierto, en el que tenia por habitacion una caverna estrecha, y por alimento bellotas y frutas silvestres. Doce años pasó en este género de vida admirable, orando incesantemente, casi no durmiendo, y domando sus pasiones con mortificaciones que parecen superiores á las fuerzas humanas. A pesar de la obscuridad profunda en que se mantenia oculto, una vida tan santa, ó por mejor decir, tan milagrosa, le atraxo un

crecido número de discípulos. Construyéronse celdillas, y se abrieron cavernas al rededor de la suya para vivir baxo su direccion, y seguir sus pasos por el camino de la perfeccion; pero muy en breve se hizo tan grande el concurso con los que venian á admirarlo y encomendarse á sus oraciones, que por miedo de perder el recogimiento y soledad interior, abandonó el desierto, y pasó á la isla de Samos. Allí convirtió á muchos con sus milagros y sermones, llenos de uncion, y apoyados con aquella autoridad que da la virtud. Sus discípulos del monte Latre descubrieron el lugar donde se habia retirado, y le persuadieron á volver con ellos. Su fama se extendió muy léjos, y los príncipes le consultaron muchas veces en asuntos árduos. Su nombre llegó hasta Roma; y queriendo saber el papa (sin duda Agapito II.) si era cierto lo que la fama publicaba de él, envió un monge para averiguar las cosas extraordinarias que se contaban. Este santo hombre murió el año 956.

Ya hemos tocado algo del zelo y entereza de san Dunstan, que en este siglo fué el restuarador de la piedad en Inglaterra; pero hemos remitido á este artículo las circunstancias concernientes á este ilustre arzobispo. Nació cerca del antiguo monasterio de Glastemburi, en un distrito que hoy en dia se llama condado de Sommerset. Su familia era de las de primera nobleza de Inglaterra. Algunos hibernios ó irlandeses que se habian juntado para vivir en comunidad en los edificios del monasterio, cuyas rentas se habian aplicado los reyes, enseñaron al jóven Dunstan los primeros elementos de las letras. Despues fué á perfeccionarse á Cantorberi, cuyo obispo era tio suyo, y luego estuvo algun tiempo empleado en el servicio del rey Aldestan; pero conoció muy pronto que la corte no es la residencia que deben elegir los que quieren conservar la inocencia de las costumbres, y trabajar en su salvacion. Abandonóla, pues, para abrazar la vida monástica; y habiendo sido elegido al sacerdocio por el obispo de Vinchester, su pariente, se retiró cerca de Glastemburg, en donde habia recibido las primeras leciones de piedad. Hecho dueño de una hacienda quantiosa, por muerte de su padre y de su madre (porque entónces heredaban de sus padres los monges), gastó parte de su patrimonio en reedificar las iglesias y las casas del monasterio, en donde juntó en po-

co tiempo una comunidad numerosa, en la que tuvieron su asilo la ciencia y la piedad. Esta casa se hizo despues, como el seminario adonde la Alemania acudió á buscar obispos y abades. Sabiendo el rey Edredo que el mérito de Dunstan no se reducia solo á gobernar un monasterio, y á dirigir las almas á los caminos de la perfeccion, lo hizo dueño de toda su confianza; pero Eduino, sucesor de este príncipe, jóven, entregado á todo el ímpetu de las pasiones, despreció sus consejos, y aun llegó á desterrarlo, inducido de una muger, con quien el santo abad le habia reprehendido de vivir en un comercio escandaloso. Perseguido Dunstan se retiró al monasterio de san Pedro de Gante, que era entónces una escuela de ciencia y de observancia. Luego que subió al trono el piadoso rey Edgardo, lo volvió á llamar, y le obligó, á pesar de su repugnancia, á encargarse á un tiempo de las iglesias de Vorchestre y de Londres. Poco tiempo despues fué trasladado Dunstan á la silla de Cantorberi. Las necesidades urgentes de la Iglesia, y la escasez de pastores eminentes en letras y virtudes justificaban estas disposiciones poco conformes con el rigor de las reglas canónicas.

Siendo de mayor extension las obligaciones de Dunstan en la silla de Cantorberi, parece que se acrecentó su zelo, y se dió á conocer con ellas. Encargado de cuidar de todas las iglesias de Inglaterra, las visitaba sucesivamente, instruyendo los pastores y pueblos; inspirando á los unos el amor á sus obligaciones, y á los otros el deseo de su propia salvacion; anunciando el evangelio á los que no creian todavía en Jesu-christo, y enseñando á los que ya estaban iluminados con la luz de la fe el modo como habian de corresponder á su vocacion. Sus sermones estaban llenos de sabiduría, de mansedumbre y de fuerza. La santa Escritura y la oracion eran las fuentes en donde bebian los motivos de persuasion que le sujetaban los entendimientos y los corazones. Los trabajos del santo arzobispo hicieron mudar de semblante á las iglesias de Inglaterra, las costumbres del clero llegaron á ser exemplares; la ociosidad y los desórdenes que de ella resultan cesaron entre eclesiásticos y monges; y ocuparon su lugar la inclinacion al estudio, y la aplicacion á las obligaciones que cada uno tenia que desempeñar segun su estado. Al mismo tiempo que cesó la vida profana y disipada de los

pastores y de los clérigos, desaparecieron los escándalos y vicios que hacian gemir á los virtuosos; tanto es el bien que pueden hacer los sugetos elevados á los primeros puestos, quando su zelo es dirigido por la prudencia, y quando á la autoridad del empleo juntan las virtudes, que son solas las que pueden hacer útil su exercicio. San Dunstan murió en medio de estas ocupaciones penosas el año 988, infinitamente sentido de su pueblo, y dexando á la iglesia de Inglaterra en un llanto universal por su pérdida.

La iglesia de Alemania tuvo un prelado de eminente santidad en la persona de san Ratbod, obispo de Utrecht, que descendia por su madre de Ratbod, duque de Frisia, cuyo nombre tenia. Gontiero, su tio, arzobispo de Colonia, se encargó de su educacion. Empezó sus estudios en su casa, pero al cabo de algun tiempo tuvo que dexarlo. Vino á la corte de Cárlos el Calvo, y de Luis el Tartamudo, no para abrirse camino para los empleos y la fortuna, sino para perfeccionarse en las ciencias, baxo la proteccion de estos príncipes, que sostuvieron en quanto estuvo de su parte los establecimientos de Carlo Magno, y sobre todo, la célebre escuela del palacio. El estudio de las letras no fué su único ni su principal objeto. Las virtudes christianas, mas importantes que el saber, eran las que anhelaba por adquirir. A ellas aplicó todo su esfuerzo en medio del tumulto y del combate perpetuo de las pasiones que agitan la morada de los reyes, haciendo tan rápidos y señalados progresos, que fué elegido para gobernar la iglesia de Utrecht, por votos unánimes del clero y del pueblo, teniendo apénas la edad señalada por los cánones. Su ardiente zelo, su caridad, su vida penitente, y sus afanes por la propagacion del Evangelio en estas comarcas, en donde Jesu-christo era todavía poco conocido, justificaron las esperanzas que se habian formado de él. Propúsose por modelos á san Villebrodo y san Bonifacio, que ántes de él habian cultivado esta porcion todavía inculta del dilatado campo de la Iglesia. Siguió las huellas de estos varones apostólicos, y así como ellos, atraxo muchos idólatras al conocimiento de la verdad. Habiendo destruido los dinamarqueses su ciudad episcopal, se retiró á Deventer, y desde allí iba á reconocer la Frisia para destruir las reliquias del gentilismo. En sus fatigas, cuyo único fin era la gloria de Dios y la conversion de los

infieles, tuvo mucho que padecer. Los bárbaros lo impidieron, oponiéndole incesantemente nuevos obstáculos, que su valor y paciencia consiguieron casi siempre vencer. Muchas veces corrió riesgo de perder la vida; pero el deseo que tenia de apartar las almas de la supersticion y del vicio, no le permitió jamas ver el riesgo ó temerlo. Acabó una vida tan laboriosa y tan llena de buenas obras con una santa muerte el año 918.

San Udalrico, cuya canonizacion solemne es uno de los sucesos notables del siglo décimo, nació en la alta Alemania á fines del nono. Su familia era una de las mas ilustres de estos distritos. Educósele en la célebre abadía de san Galo, y allí tuvo sus estudios; los quales acabados, se le puso baxo la direccion de Adalberon, obispo de Ausburgo, prelado de gran crédito, y cuyo mérito era generalmente conocido. Sirvió á la iglesia de Ausburgo por algun tiempo en el empleo de camarero, cuyo oficio era distribuir los vestidos á los clérigos y pobres. En esto se distinguió por su puntualidad y caridad; pero sus virtudes lo llamaban á mayor altura, á la qual lo hizo subir Dios el año 924. Una eleccion, en que solo se atendió á sus virtudes, lo colocó en la silla de Ausburgo. Los húngaros, azote de la Alemania en estos tiempos de la calamidad, lo llevaban todo á sangre y fuego. La ciudad de Ausburgo habia estado varias veces expuesta á su furor. Udalrico al principio de su obispado habia reparado los daños causados por ellos, y reedificado la Iglesia que habian destruido; pero estos bárbaros, que no podian verse hartos de homicidios y robos, volvieron otra vez á atacarla; y estando mal fortificada, era inevitable su ruina á no intervenir socorro del cielo. Entónces fué quando Udalrico dió riendas al amor que tenia á su pueblo. Con sus lágrimas y oraciones probó apaciguar la ira de Dios, de la que solo eran instrumento estos bárbaros. Dividió las vírgenes y mugeres virtuosas en dos bandas. La una daba vuelta á la ciudad entonando cánticos de penitencia, y invocando á la augusta Madre de Dios. La otra estaba postrada en la iglesia orando con el santo pastor, que ofrecia en sacrificio el cuerpo y sangre de Jesu-christo, y que se valia hasta de los gritos inocentes de los niños que mataban para alcanzar el auxîlio del Todopoderoso. El enemigo estaba debaxo de las murallas, y la ciudad iba á caer

en su poder, quando se adelantó Oton el Grande para combatirlo, y con efecto lo atacó y lo hizo huir. Lo pronto del socorro y la victoria que lo hizo eficaz, tuvieron con razon como un milagro concedido á las oraciones del santo obispo. Oton le tenia una singular veneracion. Su conducta prudente, y su fidelidad inviolable, durante la guerra, ocasionada por la rebelion de Luitolfo, hijo de Oton, le habia grangeado la estimacion de este emperador. Udalrico tuvo habilidad para reconciliar estos dos príncipes, reduciendo al hijo á la obediencia, y excitando en el corazon del padre los sentimientos de la naturaleza. La vida privada del santo obispo era tan penitente, como activa y ocupada la pública. Oraba mucho, dormia poco, no tenia mas cama que una estera, y no comia carne, ni consentia en su mesa sino manjares groseros. Despues de 50 años de obispado acabó su carrera el de 973 de edad de 83 años.

San Bruno era hijo de Enrique el Paxarero, y hermano de Oton el Grande; no se valió de este distinguido nacimiento sino para favorecer los estudios y proteger la religion. Recibió una educacion piadosa, baxo la direccion de un obispo de Utrecht llamado Baldico. Desde muy pequeño manifestó un vivo gusto por las ciencias y por la virtud. Aprendió las lenguas griega y latina con los mejores maestros de aquel tiempo, quienes le hicieron leer todo lo mas perfecto que ha producido la antigua literatura. Los libros eran su pasion dominante, y los conservaba con un cuidado que daba á entender quanto estimaba las buenas instrucciones que en ellos se adquieren. Los entretenimientos y agitaciones de la corte no lo desviaron de esta aplicacion al estudio. Los sabios eran su compañía ordinaria; y por lo comun servian de diversion á Oton las doctas conferencias que con ellos tenia. Todavía jóven, se le confió el gobierno de muchos monasterios, sin duda como abad, segun un abuso que era entónces demasiado comun; pero Bruno no se aprovechó de las rentas, ni se valió de su autoridad mas que para hacer revivir en ellos la disciplina, y para poner otra vez en vigor la regla de san Benito. El mismo era un modelo exemplar, por la pureza de su vida, por su liberalidad con los pobres, y por su abstraccion del fausto y de la vanidad. Habiendo vacado la silla de Colonia el año 953, se reunieron el clero,

la nobleza y el pueblo para pedir que esta iglesia se diese á Bruno. Ensalzado al obispado, y conociendo el peso de las obligaciones que se le imponian, se aplicó á desempeñarlas incesantemente. La reforma de las costumbres en el clero, y la extirpacion del vicio en todas las clases del pueblo, fueron el objeto constante de su zelo y de sus afanes, preparando y asegurando con su exemplo el fruto de sus instrucciones. Su mesa era frugal y aun pobre, sus vestidos sencillos, y en todo su exterior reynaba la modestia. Tenia singular talento para anunciar la palabra de Dios y para explicar la Escritura, acomodándose á los alcances del pueblo, porque su fin era instruir y mover los corazones, y no adquirir la vana reputacion de eloqüente. Su erudicion, que era muy vasta y muy amena, respecto del siglo en que vivió, no le servia sino para hacerse mas claro, mas inteligible y mas eficaz, y para hacer gustar las verdades de la salvacion. Su hermano le habia dado la investidura del ducado de Lorena, cuyas rentas empleó, así como las de su obispado que eran quantiosas, en aliviar á los infelices, en restablecer las iglesias y monasterios, en proveerlas de todo lo necesario para el culto divino, y sobre todo, en reparar los daños que ordinariamente causa la guerra en las campañas. No disimularémos una falta que cometió poniéndose de parte de la rebelion de Ludolfo su sobrino, en la que sin duda incurrió, arrastrado de las circunstancias y del espíritu del tiempo; pero se debe creer que no tardó en repararla, y que si Oton su hermano le dió el ducado de Lorena, fué para mostrar quán asegurado estaba de su fidelidad. Este virtuoso prelado, que fué solitario en la corte, sabio en un siglo de ignorancia, humilde en medio de las grandezas, y pobre entre las riquezas, murió á los 40 años de edad, y 12 de su obispado, en el de 965. En su tiempo pasó por el hombre mas instruido de toda la Alemania; y se le cuenta entre los escritores eclesiásticos del siglo décimo por un comentario sobre los cinco libros de Moyses, y otro sobre los quatro evangelistas que habia compuesto; pero que no ha llegado á nuestras manos.

Tambien colocan entre los sugetos mas famosos de este siglo otros dos santos prelados de Alemania; á saber, san Volfango, obispo de Ratisbona, y san Adalberto, obispo de Praga, en Bohemia. El primero, nacido en la

obscuridad, se ensalzó por su mérito, y llegó á ser uno de los pastores de su tiempo mas útiles á la religion por su regularidad exemplar, sus costumbres libres de la menor mancha, y su zelo por la observancia de las reglas eclesiásticas. Su desinteres le movió desde luego á desposeerse de una rica abadía de que habian gozado por mucho tiempo sus predecesores, y despues á consentir en la desmembracion de su diócesis para mayor bien de la Iglesia. El segundo, de casa noble y poderosa, se consagró desde jóven al servicio de Dios. En sus estudios, que fueron en la célebre escuela de Magdeburgo, se distinguió de todos los de su edad por la agudeza de su talento y por su piedad sólida Estas raras prendas lo hicieron elegir para ocupar la silla de Praga. Su pueblo vicioso é indócil se negaba á todos los medios de que se valia para hacerlo mejor. Viendo que su ministerio era estéril, creyó que Dios no lo queria en el puesto á que le habia hecho subir; por lo qual se retiró al monte Casino para satisfacerse en el exercicio de la vida religiosa. Sin embargo, se dexó persuadir á volver á su iglesia, en la que no habiendo hecho mas fruto que ántes, se resolvió á trabajar en la conversion de los prusianos idólatras. En esta empresa encontró nuevos obstáculos, de que su zelo no pudo triunfar sino en parte. Si ganó alguno de estos infieles para Jesu-christo, los mas se obstinaron en el error. El santo obispo, extenuado de cansancio, y afligido de lo inútil de sus esfuerzos, tuvo por último la gloria de acabar sus dias por medio del martirio el año 997.

El órden monástico suministró tambien á la Iglesia varones dignos de los tiempos mas felices. Tales fueron en Italia san Nilo el Jóven, á quien Dios habia concedido el don de milagros, y cuyos discípulos se han perpetuado hasta nuestros dias baxo la regla de san Basilio, mas austera que la de san Benito, seguida en todo rigor; san Juan de Gorza, que lleno de fervor por los exercicios de la vida monástica, no encontrando asilo á que poderse entregar con fruto en la relaxacion general de los monges, quiso mas bien retirarse con algunos antiguos á la ruina del monasterio de Gorza, que habitar casa mas cómoda en donde solo habia tenido á la vista malos exemplos; y por último, los primeros abades del monasterio de Cluni, que fueron el ornato y lumbrera de la iglesia de Francia en

estos tiempos de escándalo, en que el antiguo fervor de los christianos apenas se conocia por la historia.

La fundacion de este famoso monasterio es un suceso de mucha importancia; y la virtud de los primeros abades que lo gobernaron ha esclarecido demasiado á todo el siglo X. para dexar aquí de decir de él alguna cosa. Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania y de Berri, consagró, ó por mejor decir donó, segun el estilo del tiempo, su tierra de Cluni, en el condado de Macon, y la hacienda que de ella dependia á san Pedro y san Pablo, con la condicion de que se edificase allí un monasterio baxo la regla de san Benito, y que el abad Bernon estuviese encargado del gobierno de los monges, y de la administracion de los bienes destinados para su manutencion. El instrumento de esta fundacion subsiste todavía, y es del año 910. En él se dice, que despues de la muerte de Bernon tengan los monges libertad de elegir sucesor sin que ningun potentado ose impedir la eleccion, y que los apóstoles san Pedro y san Pablo sean los protectores de este establecimiento.

El abad Bernon, que habia nombrado el fundador por primer superior de este establecimiento, descendia de una de las familias mas nobles de Borgoña. Habia abrazado muy temprano la vida monástica, y fundado la abadía de Gigni, en la diócesis de Leon, dotándola con su propia hacienda. Ayudado de piadosos y doctos religiosos, que sacó del monasterio de san Martin de Autun, en donde acababa de introducirse la reforma de san Benito de Aniana, estableció en Cluni la mas exâcta disciplina. En los principios no hubo mas que doce monges en esta casa, porque los que venian á ponerse baxo la direccion del santo abad, se les distribuia en igual número en otras comunidades, conforme á la regla de san Benito. Bernon las gobernó todas miéntras vivió; pero al morir, les dió superiores particulares, baxo la autoridad de Odon, el único de sus discípulos, en quien tenia mas confianza. Este juntó estas diferentes colonias, de que Cluni era la metrópoli, para formar de ellas una congregacion. »Cluni, dicen »los eruditos autores de la historia literaria de Francia, no »bien estuvo algunos años baxo la direccion de san Odon, »quando se hizo un plantel de santos, y una de las mas »famosas escuelas de toda la Francia. El santo abad, en

»medio de los exercicios de la penitencia, halló tiempo pa»ra componer un crecido número de obras, y con su »exemplo hizo ver que la verdadera piedad es no solo com»patible con el estudio, sino que á veces necesita de él pa»ra sostenerse. Con esto dexó un modelo que sus suceso»res, hasta san Pedro Mauricio, se impusieron la obliga»cion de imitar, juntando la ciencia con la santidad de la »vida.... En todo este siglo se halló crecido número de »monges, que con el resplandor de su doctrina y de sus »virtudes disiparon las tinieblas que ofuscaban á los hom»bres de su tiempo. El buen olor de su conducta atraxo »á Cluni algunos obispos. Unos, como el arzobispo Go»raldo, iban allí á edificarse y á acabar sus dias; y otros, »como Turpion, obispo de Limoges, prelado distinguido »por su piedad y saber, á perfeccionar su instruccion. (a)" (*Hist. Liter. de Francia*, *tom. VI. pág. 22 y 23.*

Tan célebre fué este piadoso establecimiento casi desde su orígen. San Odon era muy á propósito para aumentarlo con sus luces, su prudencia y su talento para el gobierno. Era de nacimiento ilustre, al qual correspondia la nobleza de sus inclinaciones. La educacion que habia tenido era la mejor que se pudiese dar entónces á los de su esfera. Las letras y la piedad lo ocupaban sucesivamente, ó por mejor decir, sabia juntarlas tan bien, que su inclinacion á las unas no perjudicaba al ardiente deseo que tenia de hacer progresos en la otra. Logrólo igualmente, y su mérito por sí solo le hubiera abierto el camino de los honores en la Iglesia y en el estado, aun quando por su clase no hubiese estado en proporcion de poder pretender qualquier cosa. Ya era canónigo de san Martin de Tours; pero atemorizado con los peligros del mundo, de que no se creia totalmente seguro en este estado, y ansioso por la perfeccion, buscaba asilo mas seguro en donde poder servir á Dios. Desesperando de hallarlo en Francia, por causa de las discordias que reynaban en los mas de los monasterios, se puso en camino para Italia con un amigo que era de su mismo sentir. Ambos caminaban preocupados con su proyecto, quando llegaron al monasterio de Cluni. Ad-

(a) Sabemos por nuestras historias que tambien se retiraron al convento de Cluni algunos obispos de España, como Don Simon ó Ximeno I. de Burgos, y Don Juan de Pamplona. *España Sagrada, tom. 26.*

mirados del buen órden que se veia reynar en él, y del olor de piedad que respiraba, dieron gracias á Dios por haberles hecho encontrar tan cerca lo que iban á buscar léjos. Estableciéronse en este retiro, y Odon al lado de un maestro como el abad Bernon, no tardó en hacerse capaz de guiar á los demas.

Odon sobresalió tanto en las ciencias como en la piedad; y es muy creible que en siglo mas favorable á los talentos habria sido un escritor de primer órden. Tenia aquella eloqüencia animada, que es de todos los tiempos, y aquella expresion de un corazon compasivo y virtuoso, que jamas dexa de hacer su efecto á pesar de la rudeza del estilo, y del órden del mal gusto. Lo que se advierte tambien en sus escritos es que son los mejores, ó por mejor decir, los ménos desfigurados por la barbarie de todo quanto produxo este tiempo. Ya se ha visto qüán célebre fué la nueva institucion de Cluni baxo el gobierno de este santo abad. Mantúvose, y se acrecentó todavía mas con la diligencia y grande reputacion de sus sucesores el piadoso y sabio Aymardo, que no gobernó mas que seis años, y san Mayolo, que vivió hasta el año 994, y que en sus últimos años descargó el cuidado del gobierno en san Odilon, ilustre por su nacimiento y talento, y todavía mas ilustre por su humanidad, desinteres y demas virtudes.

ARTICULO VIII.

Escritores eclesiásticos del siglo décimo.

No obstante las densas tinieblas de la ignorancia, y la decadencia de los estudios, no dexó de producir este siglo un crecido número de escritores, pues que ha dado materia á los actores de la historia literaria de Francia para un tomo grueso. Pero quiénes fueron los mas de estos escritores, y de qué casta sus producciones á vista de una crítica imparcial? Los que se ocupaban en escribir eran unos monges sin talento ni disposicion para suplirlos con el trabajo, que pasaban por hábiles, y que creian serlo porque habian cursado algun tiempo las escuelas, y á cuya pretendida sabiduría daba algun realce la ignorancia universal. En quanto á sus producciones, se reducian á compendios de obras antiguas, comentarios de la escritu-

ra, recogidos de los intérpretes de los siglos anteriores, vidas de santos, historias de translaciones y de milagros, crónicas, en que se referian los sucesos sin eleccion, sin exámen, y aun muchas veces sin fidelidad.

Sin embargo, es preciso confesar que en esta multitud de escritores hubo algunos á quien no faltó otra cosa que guias mas seguras, y principios de gusto mas delicado, ó por mejor decir, circunstancias mas á propósito para manifestar el ingenio, y darle un feliz impulso para llegar á la perfeccion, de que son capaces los asuntos en que se exercitaban. En tan grande número vamos á escoger los que nos han parecido dignos de particular atencion, y que á lo ménos han tenido el mérito de conservar á la posteridad algunos retazos de las noticias que se habian perpetuado hasta su tiempo, y de unir, por medio de sus obras, imperfectas como son, los siglos de luz que se vieron nacer mucho tiempo despues, con la edad feliz de la literatura, que les habia precedido. Eutichîo, egipcio de nacion, que vino al mundo á fines del siglo nono, exerció en los principios la medicina, y compuso algunos tratados sobre esta ciencia. Habiendo sido elegido despues patriarca de Alexandría á la edad de 60 años, gobernó aquella Iglesia cerca de seis, y murió hácia el año 940. Habia escrito un diálogo entre un melquita ó católico, y un jacobita, en el que respondia á los argumentos, de que los discípulos de Eutichês, esparcidos en Egipto y en Siria, se valian para defender sus errores, y justificar su cisma. La mas principal de sus obras que ha llegado á nosotros, es una especie de historia universal, desde el principio del mundo, hasta el tiempo en que vivia, escrita en árabe, que era su lengua materna. En ella se encuentran algunas particularidades de la historia eclesiástica y profana, de que otros autores no han hecho mencion. Por lo demas es poco fiel este historiador en el modo de referir los hechos, y aun algunas veces parece infiel de intento, como en lo que dice tocante al antiguo modo como se hacia la eleccion y consagracion de los patriarcas de Alexandría La parte mas importante de esta obra es la cronología de sus predecesores, que pone Eutichîo desde san Márcos hasta sí.

Simeon, llamado Metafraste, vivia en Constantinopla á principios del siglo décimo, y principalmente imperando

Constantino Porfirogeneta. Era de nacimiento ilustre, y consiguió los principales empleos. Su propia hacienda y el producto de sus cargos le facilitaban comprar un crecido número de manuscritos, y mantener muchos copiantes. Su inclinacion lo llevó particularmente á recoger lo que en diferentes tiempos se habia escrito acerca de las vidas de los santos, y formó el proyecto de componer una coleccion lo mas completa que pudiese. El emperador, que gustaba tambien de esta especie de obras, lo alentó á este proyecto; pero como estas vidas eran de diferentes manos, y hallaba Simeon su narracion demasiado sencilla y desnuda de adornos, emprendió rehacerlas segun el gusto de su siglo, que era el de lo extraordinario y maravilloso. Como tenia la imaginacion viva y fecunda: calidad que hubiera contribuido á la perfeccion de qualesquiera otra obra que la suya, queriendo hermosear las vidas de los hombres célebres en santidad, las desfiguró. Abandonando el estilo natural del historiador para tomar el panegirista y orador, se apartó del tono que conviene al asunto que habia elegido; y el adorno extraño que le agregó, alteró la noble simplicidad del asunto. Asimismo se le acusa de no haber siempre tomado por norte la verdad, y de haber procurado demasiado el agradar á costa de la fidelidad y de la sencillez. Para hacer de mayor interes la narracion, y mas sobresalientes los hechos, los carga de circunstancias extraordinarias, de pinturas singulares, de milagros á propósito para admirar á los que gustan encontrar maravillas por todas partes, y casi siempre estos agregados no tienen otro orígen que su imaginacion: de donde ha resultado, que su compilacion tan estimada y leida con tanto gusto en su tiempo, ha perdido todo crédito desde que se ha exâminado su mérito á la luz de la crítica; de suerte, que este escritor hace mucho tiempo que no es creido, sino quando se halla apoyado con otros monumentos mas auténticos. No seria malo que el Cartujo Surio, y el obispo Lipomano, que en el siglo XVI. emprendieron la misma obra, se hubiesen dedicado ménos á seguir sus huellas, y á copiar sus defectos.

Uno de los prelados mas sabios y mas zelosos fué Aton, obispo de Verceil. Habia nacido en Francia, y era hijo del vizconde Adalberto, sin duda uno de aquellos franceses que Hugo, conde de Arlés, hecho rey de Italia

el año 926, puso lo mas que le fué posible en los obispados de su nueva conquista. De la juventud y de las primeras acciones de este obispo no se sabe nada, como ni tampoco del tiempo de su exâltacion al obispado; pero hay lugar de conjeturar que lo mas tarde fué en el año 945. Su conducta, despues que se le dió esta dignidad, es ya mas conocida. Sabemos que cumplió sus obligaciones con un zelo y fidelidad, que tenian entónces pocos imitadores en Italia. Habia tomado por modelo los insignes obispos de la antigüedad, que contribuyeron tan eficazmente con sus luces y santidad á hacer respetable la religion aun á los mismos gentiles. La instruccion de su clero y la de su pueblo fueron los dos principales objetos de su aplicacion. Con diligencias infatigables, y exhortaciones eficaces hizo de sus clérigos unos varones exemplares, estudiosos, aplicados á sus obligaciones; y si los simples fieles no se instruyeron tanto, ni llegaron á ser tan virtuosos como él deseaba, los curó á lo ménos por algun tiempo de las supersticiones y de los vicios groseros de que los habia hallado inficionados. No se sabe á punto fixo el tiempo de su muerte, pero se cree que no pasó del año 960. No estan impresos todos los escritos de Aton. El público carece de ellos por la singularidad incomprehensible del cabildo de Verceil, que posee un manuscrito completo, y que se niega tenazmente á las instancias de los sabios, que ha mucho tiempo que hacen las mas vivas diligencias para conseguir una copia puntual de él. Los que se han publicado nos dan una idea muy ventajosa del zelo de este prelado, y asimismo de su mérito literario.

La primera de sus obras es un capitular ó reglamento de disciplina, dividido en 100 capítulos. Este cuerpo de estatutos, que abraza los principales objetos de la moral christiana, y las reglas del ministerio eclesiástico, está sacado de los concilios antiguos, de las decretales, sin distincion de verdaderas y falsas, que no se sabian discernir entónces, y de otros capitulares publicados anteriormente, sobre todo del que Teodulfo, obispo de Orleans, habia hecho á fines del siglo octavo, ó en los primeros años del nono. En este reglamento trata Atón particularmente de la instruccion del clero, de la del pueblo, de las escuelas menores, de las reglas de la penitencia, del porte de los sacerdotes y de sus obligaciones, de los medios de evi-

tar la ignorancia, y del modo como se han de combatir los vicios, y desterrar los abusos. La segunda obra de Aton es un tratado de los trabajos de la Iglesia. Baxo de este título, que no desempeña lo que parece que promete, trata Aton en la primera parte del juicio de los obispos acusados, en la segunda de las ordenaciones, y en la tercera de los bienes eclesiásticos. En esta obra hace mucho uso de los libros sagrados, que parece haber estudiado con grande aplicacion; y el modo de aplicar los textos, ya para apoyar sus decisiones, ya para deducir de ellos sus pruebas, es por lo comun muy ajustado. Irrítase contra una infinidad de abusos que se habian introducido en la Iglesia á la sombra de las tinieblas y de la ignorancia; dá á conocer sus funestas resultas, y hace memoria, como hombre instruido, de las apreciables reglas que los concilios y los pastores habian establecido tan prudentemente en los siglos anteriores, y cuya inobservancia era la causa de todos los males de que él gime. Por último, tenemos de este sabio prelado una coleccion de once cartas, muchas de ellas dirigidas á su clero, ó á su pueblo. En unas aclara muchos puntos de moral y de disciplina; en otras combate diversas prácticas supersticiosas que le costaban mucho trabajo el extirpar; y en todas se muestra muy versado en el conocimiento de las leyes canónicas y civiles, que cita oportunamente, y en las quales parece que ha hecho estudio particular. Generalmente el estilo de Aton es mas fácil y mas natural que el de la mayor parte de los literatos de su tiempo, en comparacion de los quales podria pasar por un escritor puro y aun elegante.

Entre los hombres célebres que han florecido en la Iglesia en el siglo X. hay pocos que hayan justificado su reputacion con títulos mas sólidos que Ratier, obispo de Verona. Acerca de su nacimiento andan discordes los autores: unos pretenden que era hijo de un artesano obscuro, y que debió su educacion á la diligencia caritativa de los monges de Lobbes; y otros lo derivan de una familia opulenta y titulada del ducado de Luxemburgo. Sea lo que fuere de estas dos opiniones, Ratier tenia bastante mérito personal y talento, sin necesitar de la nobleza de la sangre, que al fin no es mas que una carga vergonzosa para el que no sabe realzar su lustre con prendas apreciables. Siguió la carrera de sus estudios con los maes-

tros que presidian en la escuela establecida en la abadía de Lobbes, escuela que todavía conservaba algun crédito, pero que cayó muy poco despues en la ruina en que estaban ya otras muchas. El primer teatro en que dió á conocer sus talentos fué la ciudad de Leon. Allí adquirió gran fama por su eloqüencia, poco tiempo despues de haber salido de la abadía de Lobbes, en donde se cree que habia tomado el hábito monástico. Sea por disgusto, sea por ambicion, dexó una ciudad que parecia merecer que se estableciese en ella por el acogimiento honroso y lisongero que allí se le habia hecho. Pasó los Alpes; y Hugo, rey de Italia, para atraerlo á sí, lo colocó en la silla de Verona. Apenas estuvo en posesion de esta iglesia, quando se levantaron contra él quejas y murmuraciones, cuya causa se ignora, y que llegaron en poco tiempo á tomar tanto cuerpo, que lo malquistaron con el príncipe. Tres años de cárcel en Pavía, y dos y medio de destierro en Como, habrian bastado para purgar sus culpas, si acaso alguna cometió. Desde este tiempo fué siempre su vida agitada y errante. Primero se retiró á Provenza con un señor que le confió la educacion de su hijo. De allí volvió á la abadía de Lobbes, su primera residencia, en donde quizá habria encontrado el descanso, de que no gozó jamas, si el deseo de la fortuna y de la fama no lo hubiesen hecho disgustarse de las delicias de la soledad. Otra vez salió de allí para presidir á los estudios de Bruno, hermano de Oton I., rey de Alemania. El jóven príncipe, luego que llegó á ser arzobispo de Colonia, alcanzó el obispado de Lieja para su maestro, á quien juzgaba á propósito para gobernar aquella iglesia. Sin duda lo habria sido si los talentos y las costumbres bastasen para desempeñar las obligaciones del obispado; pero era el destino de Ratier no poder gozar en paz de los empleos que por su mérito lograba. Con mucho mejores prendas de las que comunmente se necesitan para conseguirlo, no pudo hacerse amable á sus nuevos diocesanos; y despues de dos años de contradicciones, se le restableció en su primera silla de Verona, por la mediacion de Oton, y la autoridad del papa Juan XII. Allí estuvo expuesto á nuevas persecuciones de parte de su clero, á quien queria reducir á la regularidad, sin haberlo dispuesto para la reforma con aquel agasajo que aconseja la prudencia, y de que usa la caridad

para ganar los corazones. Irritado con tantos obstáculos, y enfadado del obispado, del qual solo habia conocido los trabajos, se volvió al monasterio de Lobbes á acabar allí sus dias en una obscuridad, cuyo precio habian debido hacerle conocer las desgracias de su vida. Parece que un humor inquieto, una índole demasiado ardiente, y un zelo poco moderado causaron todas sus desgracias. Murió en Namur el año 964, y se le enterró en la soledad que habia escogido para su último asilo.

Los escritos que nos quedan de este obispo no respiran mas que una fuerte indignacion contra el vicio, y un zelo que procura consolarse de su poco fruto, haciendo una pintura viva y quizá exâgerada de los males que no ha podido remediar. Por todas sus obras se encuentra un corazon amargo con la desgracia, una índole incapaz de urbanidad, y que se enardece con la resistencia, una alma ocupada con el sentimiento de sus desgracias, que atribuye la causa á la malignidad de sus enemigos, y que en estilo acre describe sus desórdenes, su indocilidad, su oposicion á todo lo bueno para hacerlos mas odiosos; pero aunque el disgusto y el resentimiento parezca hayan dictado parte de ellos, son sin embargo dignos de llamar la atencion á los que gustan de estudiar las costumbres de cada siglo, y de conocer, no tan solo los vicios dominantes en las varias épocas, sino tambien los matices con que se ven señalados los mismos vicios en los diversos tiempos, cuya pintura general desarrolla á nuestra vista *la historia*.

En su Agonosticon, cuya substancia es sacada de los escritores de los padres, y tambien de los autores profanos, da Ratier instrucciones á las personas de todos estados y clases. Muéstrase muy instruido en las obligaciones respectivas de todas las profesiones, desde el puesto mas alto, hasta el mas baxo estado de los hombres, y en los vicios que en algun modo son propios de las varias clases que componen la sociedad. Las lecciones que da á todos, y las reglas de gobierno que les prescribe, estan llenas de prudencia, aunque su rusticidad mezcla algunas veces con observaciones cierta acrimonía que se acerca á la sátira. En su tratado del menosprecio de los cánones se entrega á su fervor ordinario contra los presbíteros y diáconos encargados de la administracion de los bienes eclesiásticos: los acusa de apropiarse las rentas, de las

quales no tienen mas que el régimen y distribucion ; de suerte , que todos los clérigos inferiores estan privados de la porcion que se les atribuye por los cánones , y reducidos á todos los males de la pobreza ; y por último , en sus sermones , que son ocho , reprehende en el estilo mas vehemente los desórdenes que enardecen su zelo. En ellos se muestra muy instruido de los verdaderos principios de la moral y del espíritu que animaba á la Iglesia en los siglos en que el fervor era la virtud comun de los christianos ; pero representando la imágen de aquellos felices tiempos , y contraponiéndoles las costumbres del suyo , se ve muy claramente que no siempre le inspira una caridad libre de algun otro motivo extraño. Los otros escritos de este obispo los ocasionaron las altercaciones que perturbaron su vida. Allí se entrega á toda su vivacidad , y muchas veces la extiende mucho mas allá de los límites en que debe contenerse una justa defensa. Su estilo es fuerte, enérgico , vehemente , algunas veces obscuro y forzado, porque teniendo exâltada la imaginacion con la amargura que rebosaba en su corazon , buscaba expresiones que correspondiesen á los impulsos de indignacion que por sus desgracias y su dolor se habian hecho estado habitual para él.

Flodoardo , el único escritor de su tiempo , que ha dado mas claridad á la historia del siglo décimo , nació á fines del nono en Epernai , sobre el Marne , ciudad pequeña, cinco leguas de Rheims. Estudió en la escuela de la misma ciudad ; y fué tanto lo que adelantó en letras y virtud, que se grangeó la estimacion de los prelados que gobernaron entónces la iglesia de Rheims. Confiáronsele los archivos de esta iglesia , de la que despues llegó á ser canónigo. El empleo de archivero , muy conforme con su inclinacion á las investigaciones históricas , poníale en las manos una infinidad de obras originales , cuyo precio supo conocer. Siguiendo estos monumentos auténticos , cuyas varias épocas discernia como hombre versado en este genero de erudicion , compuso su historia de la iglesia de Rheims. No sabemos por qué motivo abandonó Flodoardo la canongía para abrazar el instituto monástico; pero se debe creer que fué con el anhelo de trabajar en su perfeccion , y dedicarse al estudio con ménos distraccion en el silencio del retiro. Asimismo se ignora qual fué el

monasterio que escogió para su residencia. En adelante fué ensalzado á la dignidad de abad. El haberse retirado á la soledad fué motivo para que se aumentase la estimacion de que ya gozaba. Esto debia de ser conforme á las ideas del tiempo, y por una conseqüencia de las mismas ideas, habiendo llegado á vacar las sillas unidas de Noyon y de Tournay, fué elegido para ocuparlas; pero habiéndole suscitado la ambicion un competidor, no hizo valer su derecho, sea que temiese encontrar obstáculos muy dificiles de vencer, ó que mirase el estado monástico como mas seguro para la salvacion, que no el obispado, cuyos peligros no podia ménos de conocer un varon tan piadoso y tan instruido. Así que Flodoardo permaneció hasta el fin de su vida en el estado que habia escogido, siempre aplicado al estudio, y á los exercicios de piedad, y murió santamente el año 966 de edad de 73.

No hablarémos de las poesías de Flodoardo, composiciones muy semejantes á todas las demas del mismo género que parecieron en su tiempo, para que su nombre les dé un mérito que por sí no tienen. Con mucho mayor fundamento puede aspirar á la estimacion de los sabios. Su historia de la iglesia de Rheims, y su crónica, bastan para singularizarlo entre la turba de escritores de su siglo. La primera de estas dos obras comprehende todo lo que corresponde á la iglesia de Rheims, desde su fundacion, hasta el año 949. Pocas historias hay mas ciertas, por haber tenido el autor á la vista todos los documentos en que se apoya, ni tampoco de mayor interes, porque con motivo de la relacion que los arzobispos de Rheims han tenido con los príncipes y papas de su tiempo, desde San Remigio, hasta mitad del siglo décimo, se extiende Flodoardo sobre los negocios generales de estas diferentes épocas. Su crónica, que empieza en el año 919, y que concluye en el 967, contiene una relacion por menor de todo lo mas notable que ha pasado en este espacio de tiempo, ya en Francia, ya en los estados vecinos. Esta obra, como tambien la primera, es estimada de todos los sabios; generalmente Flodoardo es exâcto, fiel, lleno de candor; y su estilo sencillo y sin adorno, y por aquella franqueza y tono de verdad que reyna en todos sus escritos, inspira confianza.

Este artículo lo concluiremos con las noticias que

prometimos dar sobre el papa Silvestre II., que sin contradiccion fué el hombre mas justamente celebrado, y el mas instruido de todo el siglo décimo. Su nombre, como se sabe, era Gerberto; nació en la pequeña ciudad de Aurillac, en Aubernia, ó en las inmediaciones, de una familia obscura y pobre, sin que se sepa á punto fixo en qué año. Educósele en la abadía de Aurillac, tuvo allí sus primeros estudios, y tomó el hábito monástico. Despues de haber pasado algun tiempo en este retiro, alcanzó de sus superiores licencia para salir de él; pero siempre con las mismas obligaciones de monge para ir á perfeccionar la instruccion que ya tenia, y adquirir otras nuevas, recorriendo las escuelas mas afamadas, y tratando con los doctos maestros que las regentaban. Gerberto gastó muchos años en hacer estos viages literarios, y fueron los que empleó con mas utilidad en su vida (a). No llevaba otro fin que el de extender sus conocimientos, y satisfacer el ansia que tenia de saber: especie de necesidad que experimentan ciertas almas, y que excita en ellas una inquietud y un deseo que les cuesta trabajo contener. De este modo iba echando los fundamentos á la reputacion de que ha gozado y á

(a) Es de extrañar que el autor haya omitido que de donde sacó principalmente Silvestre sus vastos conocimientos fué de España, á cuyas célebres escuelas acudió despues de haber frequentado las de Fleuri y de Aurillac, baxo Raymundo y otros maestros que tenian reputacion en Francia; y no pudiendo aquí satisfacer su curiosidad, vino á apagarla á España guiado de la fama de su doctrina. Con efecto, volvió Silvestre tan lleno de conocimientos á Francia y á Italia, que le creyeron al principio poseido de mágica, y despues fué el maestro de todos los que deseaban saber. Los autores de la historia literaria de Francia pretenden que Silvestre no hizo mas que entrar en Cataluña, sin internarse en España; pero por los testimonios de Ademaro, citado por Pagi al año de 999, de Orvietan, *Lami delic. erudit. tom. 2.* y de Tritemio se evidencia que estuvo en Córdoba y en Sevilla, como refiere Floriana, y el erudito abate Andres en su historia de la literatura, *tom. I. cap. 9.* en donde tambien observa que sus maestros no fueron precisamente árabes, sino españoles, bien que la doctrina, por lo que toca á las ciencias naturales, fuese arábiga. No fué solo Silvestre el que viajó á España para instruirse en aquellos tiempos incultos. El inglés Morley y Gerardo de Cremona adquirieron en Toledo la instruccion en el árabe y en las matemáticas, que llevaron á sus paises, y manifestaron en sus escritos, sin que al primero le hubiese satisfecho la que sacó de las universidades de Paris y Oxford, en que antes habia estado. Atelardo ilustró tambien á la Inglaterra á la vuelta de España con varias traducciones de libros arábigos; y de otros griegos, ó traducidos del árabe. En una palabra, el viajar á España, y el aprender la lengua arábiga, se consideraba entónces como necesario para ser literato: prueba visible del gran esplendor á que llegaron en España las letras en una época en que casi toda la Europa yacia sumergida en la ignorancia.

la fortuna á que llegó. A este literato no lo seguirémos en las alternativas de ventura y de desdicha, por las quales pasó antes de ser exáltado á la silla pontificia. En este grado supremo de grandeza, es en el que se le ha de considerar para formar una justa idea de su mérito, porque aquí fué donde desenvolvió todo su talento. El que tenia para el gobierno, no cedia en nada al que sirve para adornar el entendimiento, y perfeccionar la razon. De esta suerte, por eminente que sea la dignidad pontificia, Gerberto, que la ocupó tan gloriosamente con el nombre de Silvestre II., no estuvo en ella fuera de su lugar. Consiguióla en unos tiempos trabajosos y alborotados; pero se manejó con tanta prudencia, que supo agradar al emperador, zeloso de su poder, y á los romanos encaprichados siempre con el vano proyecto de restablecer la república. En un pontificado de quatro años y algunos dias halló modo de hacerse útil á la Iglesia, ya formando reglamentos llenos de entereza contra los abusos que en algun modo habian prescripto contra las leyes canónicas, y reducido á la inaccion la autoridad de los pastores, y ya aprovechándose diestramente de su favor con el emperador Oton III., su discípulo, para aumentar el esplendor de la santa Sede, y asegurar el gozo de los ricos dominios de que estaba en posesion. Este ilustre pontífice faltó á la religion y á las letras el dia 12 de Mayo del año 1003.

Si se considera este pontífice por la parte del talento é instruccion, no se podrá ménos de conocer la razon de los que lo han llamado hombre asombroso y prodigioso de su siglo. Todas las ciencias exercitaron sucesivamente su entendimiento y su pluma. Capaz de extender su círculo, lo recogió rápidamente, y muchas veces pasó con su ingenio mas allá de los límites en que se habian detenido hasta él. Igualmente á propósito para las ciencias exâctas, que para las artes de gusto, fué geómetra, astrónomo y calculista, en grado que admira todavía quando se le compara con su siglo; y no obstante, la sequedad propia de las fórmulas de estas ciencias abstractas, fué eloqüente en un tiempo en que ya era mucho saber explicar sus pensamientos con claridad. Sus tratados sobre la aritmética, geometría y la astronomía acreditan lo puntual de su entendimiento, y su penetracion; y lo que los distingue con ventaja de los escritos del mismo género, publicados por

los sabios, que con corta diferencia florecieron en la misma época, es el cuidado que tiene de juntar casi siempre la práctica con la teórica, y de reducir, en quanto puede, á la utilidad unos conocimientos que para otros no eran mas que objeto de un estudio curioso y estéril. Sus razonamientos son de una eloqüencia noble, fuerte y eficaz. En ellos se advierte una imaginacion viva y sabia, un espíritu que presenta su asunto por el lado mas favorable, y que hace disponer sus razonamientos de modo que produzcan el mejor efecto: y se ven tambien semillas de gusto que hubieran brotado en los tiempos floridos de la literatura. Sus cartas están llenas de interes, y pueden servir mucho, tanto para su propia historia, como para la del siglo décimo. Por último, sus tratados teológicos prueban que la ciencia de la religion le era tan familiar como todas las demas, y que habia penetrado lo profundo de ella. Lo que á este sabio le faltó, fué un siglo mas digno de poseerlo, y contemporáneos mas capaces de apreciar su mérito, y de aprovecharse de él. Si es cierto, como se ha sospechado, que los sediciosos de Roma aceleraron su muerte por medio del veneno, este es doble delito. Silvestre merecia vivir, ya como pontífice para trabajar en la gloria de la religion, y ya como sabio para esclarecer al mundo (a).

(a) Sin embargo de las tinieblas en que se hallaban las letras en este siglo, florecieron en España Ragüel, presbítero y natural de Córdoba, que escribió en lengua latina la vida y martirio del niño San Pelayo; cuya constancia, en defensa del nombre de Christo, fué tan célebre por las circunstancias de ser martirizado de edad de trece años y medio, y haber sido los tormentos que sufrió de los mas atroces que pudo inventar la malicia, que apénas llegó este escrito á noticia de la erudita monja alemana, llamada Rosvita, formó de él un precioso poema latino, que con otras poesías que compuso dió á luz Conrado Celtes en Nuremberg en 1501. La obra de Ragüel, por la qual compuso puntualmente su poema Rosvita, la dió á luz la vez primera Ambrosio de Morales, con las obras de san Eulogio, que están en el tomo 4 de la España ilustrada, y Juan Alberto Fabricio en el libro 17 de la biblioteca *mediæ & infimæ latinitatis*, dice, con autoridad del mismo Ragüel, que éste escribió el martirio de san Pelayo ántes del año de 966.

Y Salvo, abad del monasterio Benedictino de Alvelda, en Rioja, cerca de Logroño, de quien Auburgo Mireo, con Aguirre y otros, en la página 102 de la Biblioteca eclesiástica, impresa en Amberes en 1639, dice: „Salvo, abad del Monasterio Alveldense, sugeto de bello decir, exquisita sabiduría, elegante, sentencioso y afluente; escribió una regla para las sagradas vírgenes, en que compiten la belleza del estilo y la claridad con que escribió los himnos, oraciones, versos y misas que puso en un estilo tan sublime, que la dulzura de sus palabras infunde mucha contricion de corazon á los que leen y á los que escuchan. Su autor fué pequeño de cuerpo, y endeble; pero

ARTICULO IX.

Costumbres generales, usos, disciplina.

1. Ya no puede coger de nuevo la pintura de las costumbres generales de este siglo, por las reflexîones que hemos hecho en los artículos antecedentes, tanto sobre el estado político de Oriente y de Occidente, como sobre el de la religion en todas las partes del mundo christiano. Se ha visto reynar los vicios y los deleytes mas contrarios á la honestidad pública, de acuerdo con la supersticion, en la capital y en las otras ciudades grandes del imperio griego. Asimismo la corrupcion mas monstruosa, los abusos mas repugnantes, el latrocinio, la rapiña, los homicidios, las usurpaciones desolaron de un cabo ó otro toda la Europa christiana. Nada habia mas raro entre los siglos que la justicia, la humanidad, el respeto de las cosas sagradas. Unos hombres acostumbrados á andar siempre armados, á tomar violentamente lo que excitaba su codicia, no eran capaces de contenerse quando no se trataba sino de un delito, mas para satisfacer su pasion, qualquiera que fuese su objeto. Los grandes, que se hacian temibles á sus señores, sofocaban las leyes con la fuerza y la opresion. Los pequeños tenian tambien su modo de ser malos impunemente, y siempre que no eran víctimas, se hacian opresores. Las tierras de la Iglesia, sus rentas, y aun sus dignidades eran la presa de todos los que teniendo alguna ciudad ó castillo, vasallos armados, y tropas en su séquito, podian mantener la campaña, apoderarse de los bienes que les convenian, tomar para sí ó para los suyos las abadías, y colocar por medio de la violencia ó de la parcialidad sus hijos, sus favorecidos, en las sillas mas ricas, sin atender á la falta de la edad ó de capacidad.

„de un espíritu fervorosísimo. En la sana doctrina era el mas aventaja-„do de todos, y en las obras de caridad el mas liberal. Falleció á 10 „de Febrero de la era de mil, y fué enterrado en dicho monasterio jun-„to á la Basílica de san Martin, obispo y confesor de Christo„: y aunque en España no se conserva obra ninguna de quantas escribió este sabio y apostólico varon, se sabe, por relacion del P. Felipe Labbe, que él vió manuscrito el libro para las vírgenes con este título: *Sancti Salvi Abbatis Alveldensis regularis libellus virginibus inclusis capitibus LXXVIII. Cum præfatione ad Sororem.* Como se puede ver en la pág. 35 de la parte primera de la biblioteca nueva de los libros MSS. que dió á luz el P. Labbe.

Con un gobierno tan contrario al buen órden era imposible que la regularidad se conservase en los claustros, ni las buenas costumbres en el clero. Ya hemos visto como se explicaban los hombres mas respetables hablando de los desórdenes de toda casta á que se entregaban sin vergüenza en aquellos monasterios que habian sido tanto tiempo asilo impenetrable á la corrupcion. En ellos se observaba una vida no solamente profana, tumultuosa, sin regla, y sin decencia, sino tambien disoluta y inquieta. Si se ha de hacer juicio por lo que los autores del tiempo han escrito, muchos de estos retiros consagrados al silencio y á la oracion se habian convertido en lugares de desórden y de disolucion. El clero no tenia ya costumbres dignas de la santidad de su estado. El llevar armas y la licencia militar eran los menores abusos que se habian introducido entre aquellos á quien una vocacion particular consagraba á los altares.

El concubinato, la incontinencia y la simonía se dexaban ver á cara descubierta; y siendo mayor el número en las mas de las diócesis de los que se habian hecho reos de estos delitos, se burlaban de los cánones, y se fortificaban por su multitud contra los pastores zelosos que querian reducirlos á la obligacion.

Eran raros los pastores vigilantes, que conociendo las leyes de la Iglesia, y observándolas ellos mismos, tenian valor para hacerlas observar á los que el órden gerárquico ponia baxo su dependencia. Muchos tenian un nacimiento ilustre, y no aspiraban á las prelacías mas què para reparar los agravios de la fortuna, ó para aumentar su fausto, juntando las rentas de la Iglesia con su patrimonio. Algunos eran niños sin vocacion y sin talento, á quienes sus parientes procuraban títulos y dignidades para gozar en su nombre de unas riquezas que la liberalidad de los príncipes y la piedad de los fieles habian agregado á ellas; otros eran ambiciosos, que por salir de la obscuridad se valian de todos los medios de que la vileza acostumbra usar para ensalzarse; y que una vez colocados en el puesto á que habian aspirado, cuidaban poco de desempeñar sus obligaciones; y los mas, por último, arrastrados de la corriente, ó demasiado cobardes para atreverse á caminar solos por las sendas abandonadas de la prudencia y de la virtud, no eran nada ménos que lo que debian ser.

Sin embargo, las buenas costumbres y la disciplina eclesiástica recobraron á tiempos algun vigor en Inglaterra, en España y en Francia. San Odon de Cantorberi, y san Dunstan, su sucesor, trabajaron en ello con tanto zelo como prudencia. Los primeros abades de Cluni, y á su imitacion otros muchos superiores de comunidades, se aplicaron, como ya hemos advertido, á restablecer las antiguas reglas en las casas que estaban baxo su gobierno. La sobriedad, el recogimiento, el trabajo de manos, y la oracion, junta con las ocupaciones del entendimiento y con el estudio, restituyeron á las letras y á la piedad algunos de los sagrados asilos de donde se habian desterrado; pero esto no impedia que hubiese aun muchos desórdenes y escándalos, tanto entre el comun de los christianos, como entre los ministros de la religion, y en las comunidades religiosas.

La supersticion, que siempre va tras de la ignorancia, y que se concilia fácilmente con la corrupcion de las costumbres, se añadió á los otros males de la Iglesia. La ignorancia hacia admitir falsos milagros, falsas reliquias, devociones nuevas, espectáculos piadosos, de que no se habia tenido noticia quando se hacia consistir la religion en combatir los vicios, en reprimir las pasiones, y en tomar por única regla para gobernarse las máximas puras del evangelio. El culto era sencillo, porque los corazones eran rectos, y no se llevaba otro fin que agradar á Dios conservando la inocencia, ó recobrándola por medio de una satisfaccion proporcionada á las culpas que habia que llorar; pero quando hubo ménos instruccion, y estuvo mas distante la antigua simplicidad, se sustituyó el aparato y la pompa á la piedad; y á los exercicios que servian de preservativo á la virtud, ó de freno á los vicios, aquellos puramente exteriores, que no tocan á las disposiciones del alma, y que dexan pensar, obrar, y vivir como se quiere, entre tanto que en lo exterior se aparenta mucho zelo por el culto de Dios, y por la honra de la religion.

Sin embargo de que los entendimientos estuviesen incomparablemente mas cultivados y mas labrados, y fuesen mas delicados en Constantinopla que en el Occidente, habia allí mayor inclinacion á la supersticion que en ninguna otra parte. La pompa religiosa era freqüente, no escaseándose nada para realzar su magnificencia; y los dias en que

se celebraban, eran para el pueblo dias de diversion y de alegría. Casi no se habia visto fiesta de esta especie mas pomposa ni mas magnífica que la que hizo el emperador romano Lecapeno el año 944, quando hizo transportar á Constantinopla la imágen, tenida por milagrosa, de Jesuchristo, que se habia llevado de Edesa. El gasto fué excesivo en decoraciones, vestidos y adornos de todas especies. El soberano hizo estudio de ostentar su magnificencia en esta ocasion, y de manifestar á los ojos de sus vasallos todas las riquezas que por el poder absoluto estaban á su disposicion. Por ansioso que estuviese el pueblo de la capital de estas procesiones, en que el canto de los himnos, y el son de los instrumentos se mezclaban con el aparato de un triunfo profano, murmuró de esto, comparando semejante profusion con su miseria y sus necesidades. Y al fin, ¿qual era el objeto de una ceremonia tan costosa? Una imágen del Salvador, impresa en lienzo, cuya historia, segun la refiere el emperador Constantino, que se tomó el trabajo de escribirla, tiene todas las señales de la falsedad mas solemne.

En tiempo del mismo emperador hubo otra fiesta poco mas ó ménos semejante, pero mucho ménos brillante que esta de que acabámos de hablar. Hízose con motivo de una mano de san Juan Bautista, que traxo un diácono de Constantinopla. El príncipe envió la galera imperial con los gefes del senado á recibir esta reliquia hasta Calcedonia. El patriarca Polyeucto, acompañado de todo su clero, fué allá tambien cantando salmos. Los clérigos y legos llevaban cirios encendidos, se quemaba incienso, y se conduxo en procesion la reliquia al palacio, en donde se depositó. Sin embargo, no habia otra prueba de que esta mano fuese en realidad la del santo precursor de Jesuchristo sino la palabra del diácono, que decia haberla hurtado para enriquecer con ella la capital del imperio.

La historia hace tambien mencion de otro espectáculo devoto en tiempo del emperador Juan Cimiscés. Volviendo este príncipe vencedor de los rusos el año 973, el patriarca á la frente del clero, y el senado seguido de un tropel inmenso de gente, salieron á recibirlo para presentarle coronas. Iba un carro triunfal con quatro caballos soberbiamente enjaezados, en el qual habia de entrar en la ciudad; pero este príncipe no quiso subir á él,

sino que puso la imágen de la Vírgen santísima, patrona de Constantinopla, quien recibió todos los honores de esta jornada. Cimiscés siguió el carro á caballo en medio de las aclamaciones del pueblo que aplaudia á un tiempo su valor, su modestia y su piedad.

La devocion mas famosa de Occidente, despues del sepulcro de san Pedro en Roma, era en este siglo la peregrinacion de Compostela en Galicia, en donde se cree estar el cuerpo de Santiago el Mayor, martirizado en Jerusalen, de órden de Herodes Agripa, el año 44 de Jesucristo. La Iglesia en donde se ve su sepulcro, debe su orígen á un rey de Oviedo, que reynaba á los principios del siglo nono, Alonso el Casto. El terrible Almanzor puso sitio delante de esta ciudad, prosiguiendo el curso de sus conquistas; pero los autores contemporáneos refieren que fué castigado por haberse atrevido á violar lo sagrado de este lugar, y que la mayor parte de su exército pereció de una enfermedad contagiosa, de que fué herido repentinamente. Un suceso de esta naturaleza no podia ménos de aumentar la veneracion del pueblo á un lugar que la opinion generalmente recibida habia consagrado hacia mas de un siglo. Acudieron de todas partes, y llevaron ricas ofrendas, que hicieron la iglesia de Compostela mucho mas respetable en el concepto del pueblo. Sin embargo, está aun sin averiguar que sea el cuerpo del santo apóstol Santiago el Mayor el que descansa en este parage. Eruditos del primer órden, como Baronio y Tillemont, han dudado de ello: y Corier, historiador del Delfinado, prueba con bastante fundamento, que el cuerpo conservado en Compostela es el de un Santiago, enterrado primero cerca de Grenoble, y transportado despues á Galicia (a). Esta veneracion á las reliquias de los varones virtuosos, y las honras públicas hechas á sus ceni-

(a) No podemos mirar con indiferencia que Ducreux se resista á creer la invencion del glorioso cuerpo del apóstol Santiago, acreditada por tantos y tan clásicos historiadores y críticos, así españoles, como extrangeros; quando por otra parte vemos se inclina á la ridícula especie de que el cuerpo conservado en Compostela es de un Santiago, enterrado primero cerca de Grenoble, y transportado despues á Galicia, por solo la deposicion de Corier, historiador del Delfinado, casi desconocido, y que por todas razones debe ser sospechoso y de ningun crédito en el particular, y por lo mismo se dexa conocer la parcialidad y pasion nacional á que se entregó Ducreux. La invencion del glorioso cuerpo de Santiago, acaecida en tiempo de Don Alonso el Casto, no

-zas, suponian una santidad indubitable. Para concedérselas á los que se juzgaban dignos de ella, no habia sido menester hasta este siglo mas que el juicio de los obispos, fundado en una vida exemplar, grandes exemplos de virtud, y milagros bien averiguados. La disciplina varió en este punto en el pontificado de Juan XVI., que estableció nueva forma de canonizacion, sujeta á reglas mas seguras, y á solemnidades mas auténticas. Ya hemos referido lo que se practicó sobre esto quando la canonizacion de san Uldarico, obispo de Ausburgo, el año 993, y dado noticia de la acta que se hizo, que es la primera de esta especie que se encuentra en los monumentos eclesiásticos.

En la vida de san Lucas el jóven, solitario del monte san Joanice, que vivió en este siglo, y que celebra la Iglesia el dia 7 de Febrero, se encuentra una noticia digna de observarse. Pasando un dia el arzobispo de Corinto á alguna distancia de su celdilla, salió el piadoso solitario para ir á saludar á este prelado. Representóle la pena que le causaba el no poder participar de la sagrada comunion por falta de sacerdote, y el arzobispo le aconsejó que tuviese un vaso aseado para conservar en él hostias consagradas y comulgar él mismo; y añadió, que despues de haber recibido el cuerpo de Jesu-christo, debia beber, en lugar de la preciosa sangre, vino en una copa que no sirviese mas que para este fin. Este hecho prueba dos cosas igualmente importantes: la primera, que entónces estos santos solitarios asistian rara vez á la celebracion de la misa, y que te-

solo está comprobada con los mas célebres historiadores y críticos, sino tambien con testigos de toda excepcion, con documentos autenticados, inscripciones y prodigios que precedieron á la invencion del sagrado cuerpo, descubierto por el obispo de Iria, hoy el Padron, llamado Theodomiro, varon sabio y apostólico, que para asegurarse del hecho, se valió de quantas pruebas son necesarias y exigen en tales casos la religion, la prudencia, y una consumada crítica. Cuyos documentos, unidos al privilegio del rey Don Alonso el Casto, dado á la iglesia de Santiago, en que despues de otras cosas dice: *Porque las reliquias de este glorioso apóstol, conviene á saber, su santísimo cuerpo ha sido revelado en nuestro tiempo, lo qual nos oyendo con gran devocion, y muchas rogativas con los principales de nuestro palacio y corte, venimos corriendo á adorar, y reverenciar tan preciosísimo tesoro, así con muchas lágrimas y plegarias le adoramos como á patron y señor de toda España y en honra y veneracion suya mandamos edificar una Iglesia, y juntamos la silla Catedral de la Iglesia de Iria, con este mismo santo lugar, &c* Son tan convincentes y calificativos, que apénas habrá santuario en toda Europa, como dice Mariana, que tenga igual crédito y comprobacion. Véase *la hist. comp. Florez, Mor. Marian.* y otros.

nian todavía el uso de comulgar por sí mismos en particular, segun la práctica de los primeros christianos; y la segunda, que no se miraba el uso del cáliz como necesario, ni se juzgaba que la comunion fuese imperfecta aun quando no se recibia mas que baxo una sola especie.

Hemos contado sucintamente lo que pasó á mitad de este siglo en la iglesia de Rheims, cuya silla estuvo en disputa mucho tiempo entre varios competidores; pero nada hemos dicho de un razonamiento famoso, pronunciado en uno de los concilios que se celebró con motivo de este negocio, reservando para aquí el hablar de él, que es su propio lugar. Este discurso, lleno de fuerza y de libertad, lo refiere por entero el papa Silvestre II., que habia sido uno de los pretendientes á la silla de Rheims. Arnoldo de Orleans, prelado venerable por su edad y por su sabiduría, clamó en este discurso contra las pretensiones de los papas que querian atribuirse el conocimiento y el juicio de las causas que concernian á los obispos. Oponiánsele las decretales falsas, y otros instrumentos del mismo jaez. Como él ignoraba la suposicion, no podia por consiguiente desechar su autoridad; pero queria que se atuviesen á la antigua disciplina sobre los juicios eclesiásticos, y las apelaciones á Roma. Este objeto, sobre el qual se extendió mucho, lo conduxo hablar de la conducta escandalosa de los pontífices que deshonraban la cátedra de san Pedro, y en particular de la de Juan XII. que lo hacia poner entre los hombres mas corrompidos que jamas se hubiesen visto. La pintura que hacia de sus desórdenes es poco comedida, y las expresiones de que se valia no pueden tener otra excusa que el de lo generoso que lo animaba, y el dolor que le causaba la ignominia del sacerdocio. Algunas veces se fundaba en principios verdaderos, y otras los perdia de vista, para volver á ellos otra vez, y desviarse de nuevo: tan confusas eran las ideas, y tan raro entónces el encontrar escritores que fuesen exâctos, juiciosos y precisos en las máxîmas que establecian, y en las voces de que usaban. Por último, á pesar del tono de vehemencia, que reyna en esta declamacion, se hallan en ella las opiniones de la antigüedad, que son las de todos los siglos, sobre la autoridad legítima de la cátedra apostólica, y sobre el respeto debido al carácter sagrado de los que la ocupan, sean las que fueren sus prendas personales.

Los casamientos entre parientes eran motivo freqüente de division y de disputa por la extension casi sin limites que se daba á este impedimento. Como no habia aun ninguna regla fixa sobre esta materia, daba muchas veces pretexto el parentesco para el disgusto y la inconstancia, y para separarse de una muger, que empezaba yá á fastidiar. Roma se mezclaba comunmente en estas desavenencias, que le daban ocasion de exercer su poder y de extenderlo, sobre todo quando se trataba de reyes y Grandes. El casamiento de Roberto, rey de Francia, con Bertha, su parienta, con quien se habia casado sin dispensa, es uno de los sucesos notables de este siglo, por las turbaciones que ocasionó en el reyno. El papa Gregorio V. no solo rehusó aprobar este casamiento, sino que lo declaró nulo en un concilio que celebró en Roma el año 998; y no habiendo querido separarse los interesados, los excomulgó, como tambien á Archambaud, arzobispo de Tours, que los habia casado, y todos los obispos que tuvieron parte en este negocio fueron suspendidos de la comunion del sumo pontifice, hasta que viniesen á dar satisfaccion á la santa Sede. Habiendo rehusado Roberto obedecer, se apartaron de él el pueblo y los mismos cortesanos; no quedándole mas que dos criados para servirle en las cosas necesarias á la vida; y aun estos arrojaban al fuego todos los platos y vasos de que habia usado para comer y beber. Pedro Damiano, escritor célebre del siglo siguiente, es quien nos da noticia de estas particularidades. Por donde se ve quán respetadas eran generalmente las censuras de la Iglesia, y en particular las que dimanaban de la santa Sede, aunque muchas veces estuviese profanada con las costumbres disolutas de los que las ocupaban. Al fin, Roberto obedeció, repudió á Bertha, y contraxo nuevo matrimonio con Constanza, hija de Guillermo, conde de Arles y de Provenza.

En este siglo se celebraron pocos concilios. Lo raro de estas útiles juntas dimanó sin duda de la dificultad de formarlas en medio de las turbaciones interiores, y de las guerras casi continuas que agitaban á Italia, á Alemania, España y Francia. La indiferencia de los mas de los obispos por los males de la Iglesia, y su vida poco arreglada que debia hacerles temer que se volviesen á poner en vigor los cánones, es otra causa mas. Sea como fuere, la disci-

plina què resulta de los reglamentos que se hicieron, ó que se renovaron en este corto número de sínodos, se puede reducir á los puntos siguientes.

1 Se sujeta á las penas canónicas á los que usurpan y retienen injustamente los bienes eclesiásticos, y se manda la paga de los diezmos, que se miraba entónces no como una limosna voluntaria, sino como una carga afecta á los fondos productivos, y un tributo sagrado, que la Iglesia tenia derecho de exîgir.

2 Se castiga con el mayor rigor á los clérigos concubinarios y simoniacos. Estos dos vicios habian hecho mucho progreso á la sombra de la ignorancia y de la corrupcion; y la multitud de los culpados intimidaba muchas veces á los pastores sobre aplicar los medios que podian atajar su curso. Al fin se conoció lo dañoso de esta indulgencia, y la necesidad de volver, aunque quizá un poco tarde, á las antiguas leyes que se hicieron revivir.

3 Se prohibieron los casamientos entre parientes, en todos los grados prohibidos, que se extendian entónces hasta el séptimo, y que comprehendian asimismo la afinidad espiritual. Separábase á los que se habian casado con este impedimento, y no se tenia mas atencion á los soberanos que á los meros particulares, como lo acreditan muy bien el negocio del emperador Nicéforo Focas en Oriente, y el del rey Roberto en Occidente.

4 Mantúvose la antigua forma de las elecciones. Los obispos eran elegidos por el clero y por el pueblo baxo la direccion de los metropolitanos, ó de los otros prelados de la provincia; pero los príncipes querian intervenir en ello, á lo ménos dando su consentimiento, y aceptando al sugeto elegido. Los emperadores de Occidente se mostraban zelosos de sostener en este punto sus derechos por lo respectivo á la eleccion de los papas, siempre que estaban en disposicion ó en proporcion de hacerlos respetar en Roma.

5 Las traslaciones de una silla á otra se hicieron bastante freqüentes, y se empezó á dar coadjutores á los obispos con seguridad de sucederles; pero este uso no se introduxo sin contradiccion. Este siglo es el primero en que se ha visto á los obispos, llevados de ambicion y de codicia, poseer muchas sillas á un mismo tiempo; así como tambien se han visto niños elegidos para las mas altas dignidades de la Iglesia, como Teofilacto para la silla de

Constantinopla, y Hugo de Vermandois para la de Rheims; y asimismo obispos ordenados antes de tener la edad señalada por los cánones, como Juan XI., Juan XII., y Gregorio obispò de Todi.

6 Muchos obispos de Italia, de Alemania y de Francia obligaron á sus canónigos á la regularidad y á la vida comun; otros pusieron monges en sus catedrales para servirlas, y otros por lo contrario echaron de sus iglesias los monges desarreglados para poner en su lugar clérigos seculares.

7 Los bienes eclesiásticos se dividian todavía en quatro partes. Los obispos querian tener su administracion, ó á lo ménos escoger entre los clérigos á aquel que juzgasen mas capaz para ella baxo sus órdenes, con el cargo de darles cuenta; pero en algunas iglesias tenian los clérigos bienes particulares, de que gozaban, sin querer ser responsables al obispo; lo que dió lugar á algunas malversaciones y quejas bien fundadas. Este fué el principal objeto de las controversias tan reñidas entre Rathier, obispo de Verona, y su clero.

8 Los curatos rurales se habian hecho verdaderos beneficios, cuyas rentas las administraban los curas. Tambien los habia ricos, como se ve por los que el historiador Flodoardo poseyó en las inmediaciones de Rheims, y eran compatibles con otros títulos eclesiásticos, porque el mismo Flodoardo era tambien, como lo hemos visto, canónigo de la catedral de Rheims.

9 A principio de este siglo un crecido número de señores legos tenian el título de abades, porque se habian apoderado de los monasterios, y se atribuian sus rentas; pero las cosas se volvieron á poner despues en regla. Sin embargo hubo todavía obispos que retuvieron algunas abadías, de que gozaban como en encomienda; y tambien abades regulares que poseyeron al mismo tiempo muchas abadías, las que hacian administrar por superiores que ellos nombraban, y que gobernaban estas comunidades baxo de su autoridad. Este es el orígen de las congregaciones que reconocen una cabeza comun de quien dependen los superiores locales y subalternos.

10 La penitencia pública estaba todavía en uso; pero rara vez se practicaba, y la disciplina canónica, ya muy debilitada, lo fué todavía mas por los rescates de peniten-



cia que se introducian. Estas redenciones eran romerías, fundaciones de iglesias ó de monasterios, y otras obras piadosas, con las quales se recompensaban las penas establecidas por los cánones.

11 Tambien habia habido mucha relaxacion en el rigor del ayuno, y se habia reducido la obligacion de comulgar á quatro veces al año. Por lo demas las témporas del año y los dias de la semana, consagrados al ayuno, ó á la abstinencia, eran los mismos que en los siglos antecedentes.

12 En este siglo se fixa el orígen, ó por mejor decir, el establecimiento de la bendicion de las campanas, y se atribuye al papa Juan XIII., que en el año 965 bendixo solemnemente las de san Juan de Letran. Sin embargo, algunos autores tienen por mas antigua esta ceremonia. Fúndanse en un capitular de Carlo Magno del año 789, que prohibe bendecir las campanas, y en rituales antiguos MSS. que prescriben las ceremonias y oraciones de esta bendicion.

13 Vemos que los concilios y obispos de aquel tiempo pronunciaron excomuniones perpetuas contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos y otros pecadores; esto es, excomuniones para siempre sin ninguna esperanza de absolucion. Esto lo hacian para hacer mas terribles estas penas, y desviar con mayor eficacia á los christianos de unos delitos á que se aplicaba una censura tan formidable.

14 El modo de purgarse de qualquier delito de que no habia culpa, y de manifestar la inocencia por medio de las pruebas de que en otra parte hemos hablado, estaba siempre en uso; porque la ignorancia y la barbárie, que eran las que habian introducido esta forma absurda de juicios, lo apoyaban. Como el combate era una de estas pruebas, y los clérigos que se admitian á él ponian un campeon que pelease por ellos, prohibieron los concilios á los eclesiásticos purgarse con este género de prueba.

CRONOLOGÍA

DE LOS CONCILIOS.

SIGLO DECIMO.

Años de J. C.

Atillanum: de Asilla ó Asillan, en la diócesis de Narbona, por Rostingo, arzobispo de Arlés y Arnusto, arzobispo de Narbona, acompañados de sus comprovinciales. En él se decide por el *exámen del juicio*; esto es, por la prueba del fuego, y del agua una contienda entre Tetbaldo, *sacerdote titulado*, ó cura de santa María de Vic, y el diácono Thieri, que queria sujetar esta iglesia á la de Cruzi. Tetbaldo aguantó la prueba, salió de ella sano y salvo, y ganó su pleyto (*edic. de Venec. tom. 11*). 900.

Constantinopolitanum: á mitad de Enero, por el patriarca Nicolás el Místico, en que se condena el matrimonio del emperador Leon el sabio con Zoe, porque era contraido en quartas nupcias: el sacerdote Tomas, que habia echado la bendicion á los dos esposos, fué depuesto, y privada al emperador la entrada en la Iglesia (*edic. de Venec. tom. 11*). 906.

* *Constantinopolitanum*: á fines de Enero, en que el emperador Leon hace deponer al patriarca Nicolas, y pone en su lugar á Eutimio. 906.

Barcinonense: de Barcelona. En él se hicieron muchos reglamentos de disciplina, que no han llegado á nosotros. 906.

Apud S. Tiberium: en la abadía de san Tiberi en Languedoc. Declárase en él á la iglesia de Ausonna exênta para con la iglesia de Narbona. 907.

De Juncheriis: de Junquieres en la diócesis de Maguelona el dia 3 de Mayo., en que absuelve al conde Suniario de las censuras en que habia incurrido (*edic. de Venec. tom. 11*). 909.

Troslejanum: de Troli, cerca de Soissons, el dia 26 de Junio, baxo Hervé de Rheims. Los decretos de este concilio, firmados por doce prelados, estan distribuidos en 909.

Años de J. C. quince capítulos, que mas bien son exhortaciones que cánones, y que manifiestan el triste estado de la Iglesia.

911. *Constantinopolitanum*: en el mes de Mayo, en el qual se restablece al patriarca Nicolas (*Pagi*).

912. *Turonense*: en el que se determina, que la fiesta de la restitucion de las reliquias de san Martin á Tours se celebre el 13 de Diciembre.

916. *Altheimense*: de Altheim en la Rhetia, en presencia del emperador ó del rey Conrado, el dia 20 de Septiembre. Un legado del papa asistió á él, y se establecieron diez y ocho cánones (*conc. germ. tom. 2.*).

920. *Constantinopolitanum*: en el mes de Julio, por los legados del papa, y el patriarca Nicolás, en que se restituye la paz á esta Iglesia, alterada con las quartas nupcias del emperador Leon, que habia muerto el año 911. Prohíbese contraer otras semejantes, y se concede al príncipe difunto el perdon de la culpa que en esta parte habia cometido (*Mansi, supl. tom. 1.*).

921. *Troslejanum*: de Troli, cerca de Soissons, por Hervé de Rheims, en el qual, á instancias del rey Cárlos, se da la absolucion á un señor llamado Erlebaudo, que habia muerto estando excomulgado.

922. *Confluentinum*: de Coblentz, compuesto de ocho obispos. De él nos quedan seis cánones.

923. *Remense*: en que Seulfo de Rheims, con sus sufragáneos, mandó á los que se habian hallado en la batalla de Soissons, entre Roberto y Cárlos, que hiciesen penitencia por tres quaresmas consecutivas.

927. *Trevirense*: por Ruotgero ó Rogero, arzobispo de Tréveris. En él se hicieron muchos reglamentos para la reforma del clero.

928. *Gratelanum*: de Gratlei, en Inglaterra. El rey Ethelstan publicó en él muchas leyes civiles y eclesiásticas.

931. ó cerca. *Altheimense*: de Altheim, en la Rhetia. En él se hicieron 37 capítulos que ya no existen.

931. *Constantinopolitanum*: el dia 2 de Septiembre, á instancia de Romano Lecapeno, en el qual se obliga al patriarca Trifon á echar una firma en blanco, encima de la qual se pone despues la fórmula de su abdicacion.

932. *Ratisbonense*: el dia 14 de Enero, por cinco obispos y un corepíscopo. En él se instruye al pueblo en sus obligaciones por lo respectivo á los abusos domésticos. Los

prelados quedan de acuerdo entre sí en hacerse mutuamente despues de su muerte ciertos sufragios. Años de J. C.

Erpfordiense: de Erford, en Alemania, el dia 1 de Junio, en el qual se hicieron cinco cánones. 932.

Dingolvingense: de Dingelfind, en la diócesis de Ratisbona, en que se trata de la reforma del clero. 932.

Apud Sanctam Macram: de Fimes, en la diócesis de Rheims, contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos. Adviérteseles que se corrijan. 935.

* *Suessionense*, en que con pretextos vanos se depone á Artaud, arzobispo de Rheims, y se coloca en su lugar á Hugo, hijo de Herberto, conde de Vermandois, jóven de 20 años. 941.

Landavense: de Landaff, en el pais de Gales. El rey Nongui restituye al obispo Patro todo lo que habia quitado á su iglesia de Landaff, y le concede una de sus tierras. 943.

Asturicense: de Astorga, en presencia de Ramiro II. rey de Leon, el dia 1 de Septiembre. En él se remedian varios abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica. 946.

Narbonense: de Narbona, el 27 de Marzo, por Aymerico, arzobispo de esta ciudad, en el qual se delibera sobre los medios de restablecer la disciplina eclesiástica en la provincia. 947.

Virdunense: de Verdun, á mitad de Noviembre. Siete obispos, y Roberto de Treveris por presidente, mantuvieron provisionalmente á Artaud en la posesion de la silla de Rheims. 947.

Mosomense: de Muson, el dia 13 de Enero. Roberto, arzobispo de Tréveris, y sus sufragáneos, con algunos obispos de la metrópoli de Rheims, decretan en este concilio que Artaud debe conservar la comunion eclesiástica, y la posesion de la silla de Rheims. 948.

Ingelenheimense: de Ingeleim, cerca de Maguncia, el dia 7 de Junio, ó mas bien el 9 de Julio, á presencia de los dos reyes Oton y Luis. El legado Marino lo presidia, y habia 32 obispos en todo, y crecido número de abades, canónigos y monges. En él se hicieron diez cánones. 948.

Laudonense: de la abadía de san Vicente de Laon, al qual se cita al conde Hugo para ir á dar razon de los 948.

Años de J. C. daños que habia causado al rey Luis de Ultramar, y á los obispos.

948. *Trevirense*: el dia 6 de Septiembre. El legado Marino, el arzobispo de Tréveris y muchos obispos de Francia excomulgaron en él á Hugo, conde de París, hasta tanto que se reduxese á penitencia. Dos obispos supuestos, ordenados por el arzobispo Hugo de Rheims, fueron tambien privados de la comunion. Este concilio duró tres dias.

948. *Londinense*: de Londres, el dia 8 de Septiembre, en que Turquetel fué hecho abad de Croyland despues de haber rehusado dos obispados que queria el rey darle.

949. *Romanum*: en que el papa Agapito confirmó las censuras fulminadas en Francia contra el arzobispo Hugo, y Hugo, conde de París.

952. *Augustanum*: de Ausburgo, el dia 7 de Agosto. 24 obispos de Alemania y de Lombardía hicieron en él once cánones. El rey Oton asistió al concilio, y prometió apoyar con su autoridad lo que los obispos habian resuelto en él.

955. *Landavense*: de Landaff. Habiendo muerto un diácono á un paisano que lo habia herido, fué asesinado en una iglesia adonde se habia refugiado. El concilio dispone que se confisquen los bienes de los homicidas en beneficio de esta iglesia.

958. *Ingelenheimense*: de Ingelheim, cerca de Maguncia, en las fiestas de Pascua; en el qual se instituye á Federico de Chiengan en lugar de Heroldo, arzobispo de Saltzburgo, á quien Enrique, hermano del emperador Oton, habia privado de la vista por haber apoyado la rebelion del príncipe Lintolf contra su padre.

963. *Constantinopolitanum*: por el patriarca Polyeucto, á fines del mes de Septiembre, sobre la validez del matrimonio del emperador Nicéforo Focas con Theofanon, viuda del emperador Romano. Este matrimonio se confirmó contra la opinion del patriarca.

963. *Romanum*: por el emperador Oton, á instancia de los romanos, desde el dia 6 hasta 22 de Noviembre. El papa Juan XII. fué acusado en él de muchísimos delitos; y no habiendo querido comparecer, se le depuso.

964. * *Romanum*: el dia 26 de Febrero, en que el papa Juan XII. depuso á Leon VIII. por un procedimiento todavía mas irregular que el del concilio antecedente.

* *Romanum*: entre san Juan y san Pedro. Leon VIII. depuso en él á Benedicto V., que habia sido elegido despues de la muerte de Juan XII. Años de J. C. 964.

Romanum: en el mes de Enero, por el papa Juan XIII., en presencia del emperador Oton I. De este concilio no queda mas que un diploma dado por el emperador, con la aprobacion de la asamblea, en favor de la abadía de Sublac. 967.

Ravennense: el dia 20 de Abril, despues de Pascuas. El emperador Oton restituyó en él al papa la ciudad y territorio de Ravena. Heroldo, arzobispo de Saltzburgo, fué depuesto en él, y firmaron el documento de su deposicion el dia 25 de Abril cincuenta y siete obispos incluso el papa Juan XIII. El emperador firmó despues del papa, y luego los obispos. En él se erigió tambien á Magdeburgo en arzobispado. 967.

Romanum: comenzado á fines del primero de estos dos años, y concluido á principio del otro, en presencia de los emperadores Oton I. y Oton II. Este concilio fué famoso; pero no quedan de él mas que tres privilegios del papa Juan XIII. De los quales el último tiene por objeto la ereccion del obispado de Meissen, capital de Misnia. 967. 968.

Ravennense: en que muchos obispos de Italia y de Alemania firmaron un trueque entre la iglesia de Halberstad y la de Magdeburgo. 968.

Romanum: en que el papa Juan XIII. aprueba y ratifica la fundacion del obispado de Minden, hecha el año 935 por Enrique el Paxarero. 968.

Anglicanum: de toda la Inglaterra por san Dunstan, que en presencia del rey Edgardo hizo un razonamiento á los obispos sobre los desórdenes de los clérigos, y encargó á tres de ellos en particular que aplicasen el remedio. 969.

Romanum: por el papa Juan XIII. el dia 26 de Mayo. De este concilio no se tiene mas noticia que por la bula del papa que erige en arzobispado el obispado de Benevento. 969.

Romanum: por el papa Juan XIII., el dia 23 de Abril, en que se confirma el establecimiento de los monges, en la abadía de Muson, en lugar de los canónigos. 971.

Compostellanum: el dia 29 de Noviembre, en que Cesario, abad de Montserrate fué elegido y consagrado arzobispo de Tarragona; pero el arzobispo de Narbona se 971.

Años de J. C. opuso á ello con los obispos de España que lo reconocian por metropolitano.

972. *Apud Montem Sanctæ Mariæ*: del monte de santa María en Tardenois, diócesis de Soissons, en el mes de Mayo, por Adalberon, arzobispo de Rheims, en el qual se lee la bula de Juan XIII. para la introduccion de los monges en la abadía de Muson.

972. *Ingelenheimense*, de Ingelheim, en que san Uldarico, obispo de Ausburgo, pide permiso para dexar su obispado á su sobrino, y retirarse á un monasterio, lo que no se le quiso conceder.

973. *Marzaliense*: de Marzalla, en la diócesis de Parma, por Honesto, arzobispo de Ravena. Unos dan por objeto de este concilio una disputa de Adalberto, obispo de Bolonia, con Uberto, obispo de Parma, tocante á ciertos dominios que poseia el último, y que el otro revindicaba como pertenecientes á su iglesia. Segun otros, los nobles eran los que pedian al obispo de Parma la restitucion de las tierras de sus casas, que le habia adjudicado Oton el Grande.

975. *Romanum*: por el papa Benedicto VII., en que se excomulga á Bonifacio Francon por haber usurpado la silla apostólica.

975. *Remense*: por el diácono Esteban, legado de Benedicto VII., en que se excomulga á Tibaldo, usurpador de la silla de Amiens, y al antipapa Bonifacio Francon.

978. *Calnense*: de Calne, castillo real en Inglaterra, en que se propone echar á los monges de las iglesias que poseian, y substituir clérigos seculares. San Dunstan se echa de parte de los monges, y muchos prelados siguen su parecer.

979. *Ingelenheimense*, de Ingelheim, en presencia del emperador Oton II, en que se hicieron muchos reglamentos de disciplina que no han llegado á nosotros.

987. *Remense*: de Rheims, en el qual se excomulga á Arnoldo, hijo natural del rey Lotario, sobrino de Cárlos de Lorena, y entónces canónigo de Laon, como convencido de connivencia con el príncipe su tio, que talaba la Francia para alcanzar el trono de este reyno.

988. *Remense*: el dia 23 de Enero, en que se eligió arzobispo de Rheims á este mismo Arnoldo en presencia del rey Hugo Capeto, y de su hijo Roberto.

Landavense: de Landaff, en el pais de Gales. Im- Años de
pónese en él penitencia á Arthmail, rey de Gales, por J. C.
haber muerto á su hermano, y se le excomulga hasta que 988.
haya expiado su delito.

Silvanectense: en el mes de Julio, en que se confirma 988.
la excomunion, fulminada por Arnoldo de Rheims, contra los que se habian apoderado de la ciudad de Rheims por autoridad del mismo Arnoldo, que vendia á Hugo Capeto, á quien habia hecho juramento de fidelidad.

Romanum: por Juan XV., en que san Adalberto, 989.
obispo de Praga, pide, pero en vano, permiso para abdicar.

Carrosense: de la abadía de Charroux, en Poitou, el 989.
dia 1 de Junio, en el qual se hicieron tres cánones contra ó cerca.
los salteadores y los que pusiesen las manos en los clérigos.

Narbonense: por Ermengaudo, arzobispo de Narbona, 990.
al qual asistieron muchos señores legos. En él se deliberó ó cerca.
sobre los medios de reprimir las usurpaciones de los bienes eclesiásticos.

* *Remense*: de san Baso, tres leguas de Rheims, el 991.
dia 17 de Junio, por Seguino, arzobispo de Sens, en que el rey Hugo Capeto obliga á los obispos á deponer al arzobispo Arnoldo como traidor, y á substituir en su lugar á Gerberto.

Aquisgranense: de Aquisgran, en que se prohiben las 992.
bodas en el adviento, desde septuagésima á pascua, y los catorce dias antes de san Juan.

Lateranense: el 31 de Enero. En este concilio, á los 993.
20 años de haber muerto, fué canonizado san Udalrico, despues de haberse oido la relacion de sus milagros, que hizo leer Luitolfo, obispo de Ausburgo. Este es el primer acto de canonizacion que se conoce, y del qual tenemos bula del papa. Fírmala Juan XV. y 5 obispos de las inmediaciones de Roma, 9 presbíteros cardenales, y 3 diáconos.

Remense: por Gerberto, contra los usurpadores de 993.
los bienes eclesiásticos.

Ansanum: de Ansa, quatro leguas mas arriba de Leon, 994.
por Burchardo, arzobispo de Leon. En él se confirman, á instancia de san Odilon, las posesiones de Cluni; despues de lo qual se hicieron 9 cánones, de los quales el séptimo prohibe las obras serviles el sábado despues de nona,

Años de J. C. y el octavo manda guardar abstinencia el miércoles, y ayunar el viérnes.

995. *Mosomense*: de Muson, el dia 2 de Junio, en que Leon, legado del papa, con quatro obispos mandó á Gerberto que se abstuviese de rezar el oficio divino hasta el concilio de Rheims, señalado para el mes de Julio.

996. *San Dionisianum*: de san Dionisio, hácia el mes de Mayo, tocante á los diezmos que se querian quitar á los monges y legos que los poseian.

996. *Romanum*: por Gregorio V., en presencia del emperador Oton III., en fuerza de las quejas de Herluino, á quien el papa acababa de consagrar obispo de Cambray. En él se excomulga á los usurpadores de los bienes de esta iglesia.

997. *Ticinense*: de Pavía, por Gregorio V. En este concilio fué excomulgado Crescencio con el antipapa Juan XVI., á quien habia hecho elegir en el mismo año.

998. *Ravennense*: el dia 1 de Mayo. Hecho Gerberto arzobispo de Ravena, hace en este concilio tres cánones en compañía de 8 sufraganeos de su metrópoli.

998. *Romanum*: de 28 obispos, en tiempo de Gregorio V. y en el mes de Mayo, á presencia del emperador Oton III. Hiciéronse en él 8 cánones, de los quales el primero expresa que el rey Roberto dexe á Berta su parienta, con quien se casó, contraviniendo á los cánones, y que haga 7 años de penitencia, segun los grados establecidos en la Iglesia, todo con pena de excomunion.

999. *Gnesnense*: de Gniesne, en Polonia, en el qual confirma el emperador Oton III. la ereccion hecha el año 965 de 7 obispados, en el pais de los esclavones; esto es, la Bohemia y parte de la Polonia.

999. *Quintiliburgense*: de Quedelimburgo, hácia Pascua, en el qual se intima, pero en vano, á Gesilier, arzobispo de Magdeburgo, dexe el obispado de Marsburgo, que retenia con su arzobispado.

1000. ó cerca. *Pictaviense*: de Poitiers, el dia 13 de Enero, para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. En este concilio se hicieron 3 cánones, en el último de los quales se prohibe, con pena de degradacion, á los sacerdotes y diáconos tener mugeres consigo.

CRONOLOGÍA DE LOS PAPAS.

SIGLO DECIMO.

CXVII. *Leon V.*

Años de J. C.

Leon V., natural de Ardea, puesto en lugar de Benedicto VI. el dia 28 de Octubre, fué echado lo mas tarde á fines del mes de Noviembre del año 903 por Christóbal, que lo hizo poner en una cárcel, en donde dice Sigonio que murió de pesadumbre el dia 6 de Diciembre siguiente. 903.

CXVIII. *Christóbal.*

Christóbal, romano, despues de haber echado á Leon V., se apoderó de la silla apostólica, de la qual lo echó tambien Sergio á principio de Junio de 904, desterrándolo á un monasterio, de donde lo hizo sacar para cargarlo de cadenas. 903.

CXIX. *Sergio III.*

Sergio III., Presbítero de la iglesia romana, sucedió á Teodoro, que habia muerto el año 898; pero habiendo prevalecido el partido de Juan IX., fué echado, y despues restablecido el año 904 en la silla apostólica, que ocupó poco mas de 7 años, habiendo muerto hácia el de 911. 904.

CXX. *Anastasio III.*

Anastasio III., romano, sucedió á Sergio á fines del mes de Agosto del año 911. Murió á mitad del mes de Octubre del de 913, habiendo ocupado la silla apostólica 2 años y cerca de 2 meses.

Años de J. C.

CXXI. *Landon.*

913. ó 914. Landon ocupó la santa Sede el año 913 ó 914, y estuvo en ella 6 meses y 20 dias lo mas.

CXXII. *Juan X.*

914. Juan X., clérigo de Ravena, elegido primero obispo de Bolonia, despues arzobispo de Ravena por el papa Landon, llegó á ser su sucesor, y fué entronizado á fines del mes de Abril del año 914. Murió el de 928, habiendo ocupado la santa Sede 14 años, 2 meses y algunos dias.

CXXIII. *Leon VI.*

928. A Juan X. sucedió Leon VI., á fines de Junio de 928, no habiendo ocupado la silla apostólica mas que 7 meses y algunos dias.

CXXIV. *Esteban VII.*

929. Esteban VII., sucesor de Leon VI., subió á la cátedra de san Pedro hácia el dia 10 de Febrero del año 929. Murió hácia el 12 de Marzo de 931 despues de 2 años, un mes y unos 28 dias de pontificado.

CXXV. *Juan XI.*

931. Juan XI. fué colocado en la santa Sede de 25 años de edad, y ordenado el dia 20 de Marzo de 931. Murió el año 936, despues de 4 años y unos 10 meses de pontificado.

CXXVI. *Leon VII.*

936. Leon VII. fué ordenado papa el año 936. La carta que escribió á Hugo, príncipe de los franceses, es una prueba clara del zelo de este papa por el culto divino. Murió el año 939, habiendo ocupado la silla apostólica 3 años, 6 meses y 10 dias.

Años de J. C.

CXXVII. *Esteban VIII.*

Esteban VIII. sucedió á Leon VII. el año 939, y murió el de 942 á los quatro meses y algunos dias de haber ocupado la santa Sede. 939.

CXXVIII. *Marino II.*

Marino ó Martino II., romano de nacimiento, fué colocado en la silla de Roma el año 942, y murió el de 946 despues de 3 años, 2 meses y 14 dias de pontificado. 942.

CXXIX. *Agapito II.*

Agapito II., romano, fué ordenado papa el año 946, Honró la silla apostólica con la inocencia de sus costumbres, y su zelo por el bien de la iglesia. Murió á fines del año 955. 946.

CXXX. *Juan XII.*

Juan XII., romano de nacimiento, se apoderó de la silla apostólica despues de la muerte de Agapito, no teniendo mas que 18 años de edad: fué depuesto en un concilio el año 963, y murió al siguiente (a). 956

CXXXI. *Leon VIII.*

A Juan XII. le substituyó Leon VIII. el año 963. Antes de su eleccion era primer custodio de los archivos de san Juan de Letran, y puramente lego. Murió el año 965, despues de haber ocupado la santa Sede 1 año y 4 meses. 963.

CXXXII. *Juan XIII.*

Juan XIII., romano de nacimiento, fué entronizado el año 965. Habiendo sido echado de Roma poco tiempo despues, volvió á entrar á fines de 966. Murió el año 972 despues de haber ocupado la santa Sede 6 años, 11 meses y 5 dias. 965.

(a) A Juan XII. sucedió Benedicto V., como queda dicho en el artículo de los papas.

Años de J. C.

CXXXIII. *Benedicto VI.*

972. Benedicto VI. fué ordenado papa el año 972; y el de 974 murió en una cárcel, en donde lo habia puesto Crescencio.

CXXXIV. *Dono II.*

974. Dono II. fué hecho papa despues de la expulsion de Bonifacio. Su muerte acaeció ántes del dia 25 de Diciembre del año 974.

CXXXV. *Benedicto VII.*

974. ó 975. Benedicto VII., romano de nacimiento, fué electo papa y entronizado el año de 974 ó 975, y murió el de 983.

CXXXVI. *Juan XIV.*

983. Juan XIV., colocado en el mes de Noviembre de 983 por el emperador Oton II. en la silla de Roma, fué echado de ella al mes de Marzo siguiente por el antipapa Bonifacio, que lo encerró en el castillo de Sant Angelo, en donde murió acosado de miseria el dia 20 de Agosto de 984.

Juan XV.

Juan XV., hijo de Roberto, fué elegido despues de la muerte de Juan XIV.; pero sea que muriese ántes de haber sido ordenado, ó que su ordenacion no haya sido canónica, no se le cuenta entre los papas mas que para componer número. Murió ántes del mes de Julio de 985.

CXXXVII. *Juan XVI.*

985. Juan XVI., romano, hijo del presbítero Leon, fué elevado á la silla de Roma el año 985; echado el de 987 por Crescencio, que le obligó despues á volver; y murió el de 996.

CXXXVIII. *Gregorio V.*

996. Gregorio (llamado ántes Bruno) aleman de nacion

sucedió á Juan XVI. el año 996 por mediacion de Oton III., de quien era primo, por parte de hermano. Murió el año 999 de edad de 27 años, á los 2, 9 meses y 1 dia de pontificado. Años de J. C.

CXXXIX. *Silvestre II.*

999. Silvestre II. (llamado ántes Gerberto) natural de Aubernia, y de familia humilde, subió á la santa Sede por la proteccion del emperador Oton III, y fué entronizado el dia 2 de Abril de 992. Este es el primer frances que se sentó en la cátedra de san Pedro, la qual ocupó el espacio de 4 años, 1 mes y 9 dias, habiendo muerto el 11 de Mayo del año 1003.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE ANTIOQUIA

SIGLO DECIMO.

LXXVII. *Elias II.*

Elías sucedió al patriarca Simeon el año 904 ó 905. 904 ó 905.
Unos ponen su muerte en el de 929, y otros en el de 930. Despues de ella hubo una vacante de cerca de 6 años.

LXXVIII. *Teodosio II.*

Teodosio II. fué ordenado patriarca de Antioquia el año 935. Lo mas cierto que hay acerca de la duracion de su obispado es, que vivia aun hácia el año 937 ó 938. 935.

Años de C. J.

LXXIX. *Teodoreto II.*

LXXX. *Agapio I.*

Teodoreto II. y Agapio I., de quien no conocemos mas que los nombres, vienen despues de Teodosio II. en en el catálogo de los Patriarcas de Antioquia.

LXXXI. *Cristobal.*

Cristobal sucedió al patriarca Agapio I. el año 969. Habiéndolo cogido los musulmanes en el sitio de Antioquia, emprendido por Nicéforo Focas, lo atravesaron con una flecha, en desprecio de su religion.

LXXXII. *Teodoro II.*

969. Teodoro II., anacoreta, fué nombrado patriarca de Antioquia por el emperador Juan Cismiscés, y ordenado en Constantinopla por el patriarca Polyeucto el año 969, y murió el de 985.

LXXXIII. *Agapio II.*

986. Agapio II. fué trasladado de la silla de Seleucia á la de Antioquia el año 986: desterrado á un monasterio el de 997; en donde murió en el de 1004.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE ALEXANDRIA.

SIGLO DECIMO.

LXI. *Christódulo, Melquita.*

Cristódulo ocupó la silla patriarcal de los melquitas, Años de
despues de 3 años de vacante, el de 908. Su muerte acae- J. C.
ció el de 933. 908.

LXII. *Eutichio, Melquita.*

Eutichîo fué colocado en la silla de Alexandría el 933.
año 933, y murió el de 940 (*).

LXIII. *Sofronio II.*

LXIV. *Isaac.*

LXV. *y Job, Melquitas.*

Sofronio II., Isaac y Job, cuyos nombres se co- 940.
nocen tan solo, ocuparon la silla de los melquitas de Alexandría sucesivamente despues de la muerte de Eutichîo.

LXVI. *Elías, Melquita.*

Elías ocupaba la silla patriarcal de los melquitas el año 968, y á esto se reduce todo lo que se sabe de este prelado.

(*) Desde Eutichîo en adelante cesa de ir seguida la cronología de los patriarcas de Alexandría, y se halla interrumpida muchas veces. En los huecos pondremos los jacobitas hasta que los melquitas lleguen á faltar de todo punto, que entónces seguiremos el órden que nos parezca mas cierto.

Años de J. C.

Efren, Jacobita.

977. Hallándose en Egipto al tiempo de la muerte de Minas II. Efren, mercader sirio, fué elegido para sucederle el año 977. Su grande caridad con los pobres fué la que lo hizo apreciable entre los coptos. Murió el año 981.

Filoteo, Jacobita.

981. Filoteo, monge de san Macario, sucesor de Efren, tuvo la silla desde el año 981 hasta el de 1005.

LXVII. *Arsenio, Melquita.*

984. Arsenio fué nombrado patriarca de los melquitas por Aziz su cuñado, califa de Egipto. No se puede decir nada acerca del tiempo de su patriarcado, sino que se empezó lo mas pronto el año 984.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE JERUSALEN.

SIGLO DECIMO.

LXX. *Sergio II.*

907. Sergio, llamado Jorge por Eutichio, fué colocado en la silla de Jerusalen el año 907. Murió á principio de Abril del de 911.

LXXI. *Leoncio.*

911. Leoncio ó Leon subió á la silla de Jerusalen el año 911: la ocupó 17 años, y murió el de 928.

Años de J. C.

LXXII. *Anastasio.*

Los catálogos latinos de los patriarcas de Jerusalen dan á Leoncio por sucesor un tal Anastasio. Si este es patriarca verdadero, su gobierno fué muy corto, y no parece que pasase del año 928.

LXXIII. *Nicolás.*

El patriarcado de Nicolás es tan dudoso como el de Anastasio, y suponiendo ser verdadero, este patriarca murió lo mas tarde el año 937.

LXXIV. *Christóbal ó Christódulo I.*

Christóbal ó Christódulo era patriarca de Jerusalen el año 937. El año de su muerte se ignora.

LXXV. *Juan VI.*

Juan VI. fué el sucesor de Christóbal. Habiendo sido desbaratados los musulmanes muchas veces por el emperador Nicéforo Focas, acudieron á este prelado, como que habia inducido al emperador á que les hiciese guerra. Llenos de esta preocupacion, se apoderaron de su persona, y lo quemaron vivo el año 969.

LXXVI. *Christóbal ó Christódulo II.*

Christóbal ó Christódulo II. sucedió al patriarca Juan VI., segun los catálogos latinos de los patriarcas de Jerusalen; pero no sabemos qual fué la duracion de su gobierno.

LXXVII. *Tomas.*

LXXVIII. *Joseph.*

Tomas, segun los catálogos citados, fué sucesor de Christóbal II.; pero no se explican mas sobre su persona.

Años de J. C. Tampoco hay mas noticia acerca del gobierno de Joseph, sucesor de Tomas, que sobre el de sus dos predecesores.

LXXIX. *Alexandro.*

Alexandro fué colocado en la silla de Jerusalen, segun Nicéforo Calixto, imperando Constantino Porfirogeneta. Este es sin duda el sucesor inmediato de Joseph; pero se ignora quanto tiempo ocupó la silla.

LXXX. *Jeremías.*

Jeremías fué ensalzado á la silla de Jerusalen por autoridad de Aziz, califa de Egipto, que se habia casado con su hermana. Esta promocion se hizo á lo mas el año 984. Este prelado murió en el Cairo, adonde habia sido llevado cautivo el año 1012.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE CONSTANTINOPLA.

SIGLO DECIMO.

LXV. *Eutimio.*

906. Eutimio, llamado el Sincello, fué substituido al patriarca Nicolás. Consintió en las quartas nupcias del emperador Leon, sin querer no obstante que las autorizase por ley expresa. El año 911 fué echado por el emperador Alexandro, viviendo aun su hermano Leon. Eutimio era un prelado docto y virtuoso.

Nicolas, restablecido.

911. Nicolás fué llamado otra vez por el emperador Ale-

xandro, y murió el año 925, despues de haber restituido la paz á su iglesia. Años de J. C.

LXVI. *Esteban II.*

Estebán, metropolitano de Amaséa, fué trasladado en el mes de Agosto á la silla de Constantinopla, la ocupó 2 años y 11 meses, y murió el de 928. 925.

LXVII. *Trifon.*

Trifon, monge, fué colocado en la silla de Constantinopla el año 928, entre tanto que Teofilacto, hijo del emperador romano Lecapeno, tenia edad para ocuparla. El año 931 le hace pedir el emperador su abdicacion, á la qual se niega por no haber entendido jamas que tuviese la silla por confidencia. El dia 2 de Septiembre del mismo año se le saca este papel de renuncia por medio de una truhaneria insigne. Trifon se retiró á su monasterio, en donde murió santamente al año siguiente. 928.

LXVIII. *Teofilacto.*

El emperador, Romano Lecapeno, despues de haber dexado estar vacante la silla desde el 2 de Septiembre de 931, hizo poner en ella, á presencia de los legados del papa, á su hijo, de 16 años de edad, el 933. Los principios de este jóven prelado dieron grandes esperanzas, que desmintió despues con una vida manchada con toda especie de delitos. Murió el año 956, habiendo ocupado la silla 23 años y 25 dias. 933.

LXIX. *Polyeucto.*

Polyeucto, monge de Constantinopla, fué ensalzado el año 956 á la silla de esta iglesia. Murió en el de 970, despues de haberla ocupado 13 años, 9 meses y 13 dias. 956.

LXX. *Basilio.*

Basilio, solitario del monte Olimpo, subió á la silla de Constantinopla el año 970. Fué echado el de 974 970.

Años de J. C. por el emperador Cimiscés; y habiendo sido desterrado á un monasterio, acabó allí santamente sus dias.

LXXI. *Antonio II.*

974. Antonio II., llamado Pachéo, monge studita y sincello, fué colocado en lugar de Basilio el año 974. Despues de haber gobernado 5 años, renunció á principio del de 979, para volver á su retiro, en donde murió poco despues.

LXXII. *Nicolas II., llamado Chrisoberga.*

983. Nicolas II. fué ensalzado hácia la mitad del año 983 á la silla de Constantinopla, despues de una vacante de cerca de 4 años: ocupóla por 12 y 8 meses, y su muerte acaeció el año 996.

LXXIII. *Sisinnio.*

996. Sisinnio, médico hábil, sucedió el año 996 al patriarca Nicolas. Con su prudencia consiguió extinguir el año 997 las reliquias de la discordia que reynaba entre los griegos desde el emperador Leon el sabio, tocante á la legitimidad de las quartas nupcias. Sisinnio murió el año 999.

LXXIV. *Sergio II.*

999. Sergio II. fué elegido el año 999 para suceder al patriarca Sisinnio. Gobernó 20 años la iglesia de Constantinopla, y murió el de 1019.

S
IA.

cia I.,
Alon-
habia
la co-
favor
, sube
muе-
ños de
, sin
eridad.
ño II.,
nso III.
ido por
s de la
su her-
ere el

I., her-
rdoño,
y no
o II., o
do, hijo
ño II.,
esion del
spues de
de Ra-
Muere á
años de
, el de

V., hi-
Bermudo,
su padre,
hasta el
7.

REYES
DE DINAMARCA

Gormon III.,
que es tenid
por el restau
rador de l
monarquía di
namarquesa
empieza á rey
nar el año d
900. Muere e
de 920.

Haraldo VII
sucede á Gor
mon su padre
Perece en u
combate contr
Suenon su hi
natural, qu
queria resta
blecer el gen
tilismo. Es

vinie-
man-
Bohe-
grie-
do con
ia. Su
llamó
es mas
no es-
mpo fi-
estos
Bor-
anismo
r Ar-
el go-
rió el
Borzi-
por la
o 902,

REYES DE HUNGRIA.
ADVERTENCIA.

La Hungría, que comprehende una parte de la antigua Pannonia, y de la Dacia, habia estado incluida en el imperio Romano. Conquistada por los hunnos á los romanos hácia la mitad del siglo III., tuvieron que cederla á los godos despues de la muerte de Atila. Estos últimos fueron tambien echados por los lombardos; quien poco despues le abandonaron á los avarios para pasar á Italia. Estos fueron echados de allí en parte el año 797 por Pepino, rey de Italia, y reemplazados por los esclavones, sujetos á los franceses.

Este pais permaneció baxo del dominio de Carlo Magno y de sus descendientes hasta la muer-

HISTORIA ECLESIÁSTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO UNDECIMO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado del imperio griego, série y carácter de sus príncipes.

A principio de este siglo undécimo llevaban ya veinte y cinco años de reynado en el trono de Constantinopla los dos hermanos Basilio y Constantino, hijos de Romano el Jóven. El primero, activo, infatigable, belicoso, gran capitan, y amante de la guerra, pasó toda su vida en los campos y al frente de los exércitos. Despues de haber disipado los bandos, y derrotado á los rebeldes, que dos sugetos poderosos habian sublevado contra la autoridad legítima, volvió sus armas contra los búlgaros, que sin embargo de haber abrazado la religion de los griegos, no eran ménos enemigos de ellos que antes. Basilio los combatió siempre con igual felicidad, y cada dia añadió nuevas victorias á las que ya les habia ganado; pero si supo vencer, no siempre supo usar de la victoria con generosidad. La barbárie con que se portó con 15Ʉ prisioneros, es un borron para su memoria, que todos sus triunfos no han podido borrar. Dividiólos en compañías de 100 hombres, de los quales á 99 se les sacaron los ojos, y el centésimo, á quien se habia dexado tuerto, fué nombrado por xefe y guia de cada compañía. Despues de una execucion tan cruel, envió Basilio estos desdichados á su rey, llamado Samuel, quien habiendo sufrido con entereza to-

das sus demas desgracias, no pudo resistir al ver un espectáculo tan horrible, y murió de pesadumbre.

Basilio, que habia formado la idea de sujetar de todo punto la bulgaria, y de hacerla provincia del imperio, no se ocupó en otra cosa que en el afan de conquistarla. Consiguiólo por su actividad, constancia y valor, juntando con él algunas veces el ardid, y con la fuerza la seduccion. Por este medio venció todos los obstáculos, y humillados los búlgaros, vinieron á sus pies á pedirle perdon de su resistencia, y jurarle una obediencia eterna como á su soberano. Despues de esta insigne conquista volvió Basilio á su capital, no para disfrutar en ella de su gloria, en medio del descanso y de los placeres, sino para prepararse á combatir otros enemigos, y á coronarse con nuevos laureles. Proponíase echar los sarracenos de la Sicilia, y reducir esta isla, antiguo patrimonio del Imperio, al dominio de sus primeros señores; pero quando estaba ocupado en los preparativos de esta guerra, vino la muerte, y cortó todas sus ideas, quitándole la vida en el mes de Diciembre del año 1025. De este príncipe seria mucho lo que habria que decir, si las virtudes militares bastasen por sí solas para hacer grandes á los reyes; pero sus victorias, gloriosas únicamente para él, fueron la desdicha de sus vasallos. Los despojos de los enemigos vencidos no sirvieron mas que para enriquecer á los militares; y los pueblos pagaron muy caro por los impuestos con que se les sobrecargó sin regla ni proporcion, los paises y ciudades agregadas al imperio. De esta suerte el reynado tan largo, y al parecer tan glorioso de Basilio, aumentó con su misma felicidad las calamidades públicas, y el aniquilamiento del estado.

Constantino su hermano, que hasta entónces solo habia sido emperador en el nombre, no era capaz de reparar unos males, cuyo remedio no podia hallarse sino en una administracion prudente y llena de economía. Entregado á sus placeres, sin pensar que hubiese obligaciones anexas á su dignidad, no conoció el poder supremo mas que porque le facilitaba satisfacer libremente su inclinacion desordenada, y los mas sucios deleytes. Hecho dueño único del imperio por la muerte de su hermano, no alteró en nada su modo de vivir, y abandonó el cuidado de los negocios á los ministros y á los compañeros de sus desórdenes.

Como la salud mas robusta no puede resistir á los excesos continuos; debilitado Constantino por aquellos á que se entregaba hacia tanto tiempo, cayó en un estado de desfallecimiento, que indicaba acercarse su fin. Hizo llamar al patricio Romano Argiro, de una de las familias mas ilustres de Constantinopla, á quien ofreció el imperio con la mano de Zoe, la mas pequeña de sus hijas; y como Romano titubeaba, porque ya era casado, y amaba tiernamente á su esposa, le amenazó que le mandaria sacar los ojos si rehusaba sus afectos. Elena, hija del patricio Alipo, muger de Romano, le dió en esta ocasion una señal muy generosa de inclinacion, cortándose los cabellos, y retirándose á un monasterio. Libre Romano de este modo de sus primeros vínculos, se casó con Zoe, y recibió la púrpura de manos de Constantino, que murió pocos dias despues en el mes de Noviembre de 1028, habiendo sobrevivido tres años á Basilio su hermano. Era de edad de 70 años, y en todo habia reynado 50.

Romano Argiro hizo notable el principio de su reynado con acciones de justicia, de clemencia y de humildad, que prometieron á los vasallos del imperio tiempos mas felices. Prometióse remediar los daños que por sí mismo y por sus ministros habia causado su anterior. Disminuyó los impuestos, llamó á los desterrados, y les restituyó los bienes de que los habia despojado; pero estos buenos dias duraron poco. Habiéndose encendido la guerra contra los sarracenos, los quales viendo en el último reynado á Basilio ocupado con todas sus fuerzas en sujetar á los búlgaros, habian tomado las armas y apoderádose de todas las ciudades que Nicéforo y Cimiscés les habian quitado, fué preciso juntar exército y buscar fondos para la leva de tropas, sueldo y manutencion. Como la hacienda real se hallaba en mala situacion, y el tesoro público apurado, se recurrió á nuevas gabelas que sumergieron al pueblo en sus antiguas desdichas, y que arruinaron un crecido número de familias ilustres. Sea que Romano no tuviese habilidad para la guerra, ó que le ayudasen mal los que mandaban baxo sus órdenes, tuvo mal éxîto su expedicion. Su exército fué derrotado, los equipages y caxa militar cayeron en manos de los sarracenos, y á él le hubiera sucedido lo mismo á no ser por el extremado valor de sus guardias; pero dentro de su casa tenia un ene-

migo mas temible que los musulmanes. Este era Zoe, con quien se habia casado contra su propia voluntad, que tan jovial como ambiciosa, disgustada por un marido que tenia mucha mas edad que ella, se había apasionado con exceso de un jóven de baxo nacimiento, llamado Miguel, hermano de uno de los eunucos del palacio. Este, llamado Juan, favoreció la pasion de Zoe por su hermano, con el fin de ensalzarlo al trono, y de engrandecerse él en su compañía. La cosa llegó á tal punto, que la emperatriz tomó la horrenda resolucion de envenenar á Romano; pero como el veneno obraba lentamente, segun lo que ella queria, lo hizo ahogar ó sofocar en un baño. Por medio de este delito, al qual se siguieron inmediatamente otros muchos, hizo subir esta muger (á quien la historia ha pintado con los mas horribles colores) á su amante al trono de donde acababa de derribar á su marido. Romano Argiro merecia mejor suerte: era piadoso, liberal con los pobres, y se compadecia de la miseria pública. Su reynado no duró mas que seis años.

Miguel, llamado Paphlagonio, del lugar de su nacimiento, recibió la púrpura y mano de Zoe, luego que se hubo dado sepultura á Romano. Su reynado, que duró poco, fué señalado con nuevas desdichas. Los sarracenos invadieron las provincias de Asia, y se hicieron dueños de muchas plazas de importancia. Los turcos hicieron grandes estragos por el lado de la Bulgaría: corsarios mahometanos infestaron el mar; y habiéndose rebelado los búlgaros, alzaron un rey. Borrascas todavía mas violentas agitaban lo interior del palacio. El eunuco Juan, hecho primer ministro de su hermano, y la emperatriz Zoe, procuraban destruirse mútuamente, y apoderarse de la autoridad. Miguel, atormentado de su conciencia, y turbado con la imágen continua de su delito, llegó á volverse loco. En sus lucidos intervalos, mirando su situacion como justo castigo del parricidio de que se habia hecho participante con la cruel Zoe, recurria á la religion para sosegar su ánimo, y apaciguar la ira de Dios. Mandaba que se hiciesen rogativas por él en todo el imperio, y repartia quantiosas limosnas. Por último resolvió renunciar el imperio, y retirarse á un claustro, despues de haber logrado de Zoe que adoptase á Miguel, llamado Calafate, su sobrino, y que lo declarase Augusto, lo que se executó á presencia

del senado y de los grandes. El desgraciado Miguel Paphlagonio murió poco tiempo despues de haberse retirado, en el año 1041, habiendo durado su reynado unos ocho.

Miguel Calafate no gozó mucho tiempo de su fortuna, de la qual se ignora si fué digno ó no, no habiendo tenido tiempo de dar á conocer sus buenas ó malas prendas. María, su madre, era hermana del último emperador, y Esteban, su padre, ensalzado á la dignidad de Patricio, habia exercido el oficio de calafateador, de donde tomó el hijo el apellido con que se le conoce. No obstante la precaucion que habia tomado Zoe de hacer jurar al nuevo emperador, que la trataria siempre como á madre, usó de poca atencion con ella, y aun hizo llevarla á un monasterio para alejarla de aquellos con quien pudiera formar alguna conjura. La desconfianza tuvo mas parte en este proceder que la ingratitud, ni el odio. Tenia, y no sin razon, una mano acostumbrada al delito, y un corazon incapaz de remordimiento. Pero entre tanto que este príncipe hacia publicar en su presencia un edicto en que exponia los motivos que le hacian portarse de este modo, se formó de repente una conmocion popular, que fué imposible apaciguar. Mil voces de sediciosos se levantaron á un mismo tiempo con horribles alaridos, pidiendo la muerte de Miguel, y que volviese Zoe, á quien el pueblo alborotado llamaba su madre, y su legítima soberana. Viendo Miguel que la furia del pueblo iba creciendo mas y mas, se refugió á un monasterio; pero lo siguieron, lo sacaron por fuerza de su asilo, y le sacaron los ojos; despues de lo qual lo encerraron para siempre. Zoe fué reconocida por soberana del imperio; pero se le obligó á tomar por compañera en el poder supremo á su hermana Teodora. Este gobierno de dos mugeres en un mismo trono era una novedad, que no podia durar mucho tiempo. El pueblo mismo conoció los inconvenientes, y al cabo de algunos meses obligó á Zoe á volverse á casar, para que el imperio tuviese cabeza. Con efecto, se casó con Constantino Monomaco; á Teodora se la apartó del manejo de los negocios.

El nuevo marido de Zoe pretendia ser descendiente de Constantino; pero no mereció la estimacion de esta princesa por la nobleza de su órigen, sino por su buena presencia, su afabilidad y su gracia; y aun se ha escrito que

no lo habia mirado con indiferencia viviendo aun Miguel Paphlagonio. Apénas ocupó Monomaco el trono imperial, quando se olvidó de todas sus obligaciones. Indiferente á todo, ménos al descanso y al placer, se dexó gobernar por una manceba llamada Seletena, cuyos caprichos é injustas preferencias excitaron disgustos, á los que se siguieron muy pronto alborotos, conspiraciones y guerras. Monomaco, sosegado en medio de los placeres, tuvo la fortuna de contener, por medio del valor y buena conducta de sus generales, las conseqüencias que podian tener estos alborotos civiles; los quales se apaciguaron con la destruccion ó muerte de los sediciosos que los habian fomentado. Pero no fué tan facil defenderse de los turcos, que baxo el mando del famoso Thogrul-beg, de quien hablaremos mas por extenso en el artículo siguiente, invadieron el Imperio, se apoderaron de la Media, penetraron en el Asia menor, y se internaron tanto en sus conquistas que hicieron temblar á Constantinopla. En medio de estas desgracias, Constantino Monomaco, indigno del puesto que ocupaba, pasaba vergonzosamente su vida en excesos y disolucion con aquella Seletena, que se habia apoderado de su ánimo y de su corazon. Zoe, que iba entrando en años, sin hacerse por eso mas prudente, ni mas arreglada, parece que miraba con indiferencia los amores *ilícitos* de su marido. Murió de edad de 72 años, llorada del pueblo, no obstante sus vicios, porque era benéfica y liberal. Monomaco, que desde mucho tiempo padecia una gota que lo hacia impotente, pensaba en nombrar sucesor, y no teniendo hijos, habia puesto la mira en Nicéforo Brienna, gobernador de Bulgaria; pero noticiosa Teodora de esta idea, pasó á palacio, y se hizo proclamar *allí* emperatriz: noticia que fué un golpe mortal para Constantino, que acabó sus dias á fines del año 1054. Despreciable por su indolencia y por sus vicios, se hizo odioso ademas por las gabelas con que oprimió á sus vasallos, y por sus profusiones extravagantes, no sabiendo emplear las rentas del estado mas que en colmar de riquezas á los ministros y á los cómplices de sus infames placeres.

Teodora, aunque muy entrada en edad, era capaz de aplicacion á los negocios; y su buena constitucion hacía que le anunciasen largo reynado los monges que gozaban de su confianza; pero se engañaron: verdad es, que si

el reynado de esta princesa fué corto, á lo ménos fué feliz y justo. Escogia ministros prudentes que restablecieron el buen órden interiormente, y generales expertos que contuvieron á los enemigos por la parte de afuera. El imperio estuvo sosegado, y la autoridad fué respetada en los dos años, poco mas ó ménos que reynó. Un cólico, cuya violencia no se pudo mitigar, la conduxo á la sepultura, á la edad de 76 años, en el mes de Agosto del de 1056.

Luego que los ministros de Teodora vieron incurable su enfermedad, é inevitable su muerte, le instaron nombrase por sucesor al patricio Miguel Stratiónico, anciano, poco recomendable por su talento, y de ningun modo á propósito para el manejo de los negocios. No querian mas que una sombra de emperador, para conservar su propio poder, y gobernar en su nombre. Luego que Teodora acabó de espirar, se presentó en público vestido con las vestiduras imperiales; y todas las clases lo reconocieron por soberano. Aquellos ministros tan prudentes y tan justos al lado de la princesa, que acababa de morir, se entregan á su codicia al lado de un emperador incapaz de averiguar su conducta, y que se habia obligado con juramento á dexarlos dueños de todo. Así que no pensaron mas que en enriquecerse por qualesquier medios; y para tener mas dinero que repartir entre sí, persuadieron á Miguel que negase la gratificacion que los emperadores acostumbraban dar á los generales y á las tropas el dia de pascua. Esta novedad, nacida de la avaricia, excitó un disgusto general. Los gefes del exército, gente por la mayor parte digna de atencion por su empleo, y de mérito conocido, se juntaron amotinados, y entraron á deliberar qué partido era el que habian de tomar. Todos convinieron en que no habia otro que dar al imperio un señor capaz de gobernar por sí mismo, y que supiese apreciar mejor los servicios hechos al estado. La eleccion recayó en Isaac Comneno, como que era el que se hallaba mas en disposicion de desempeñar sus ideas. Inmediatamente se le proclamó, y se caminó hácia Constantinopla. Miguel envió un exército al encuentro de su rival, pero Comneno salió vencedor despues de una sangrienta batalla, y continuó su marcha. Viendo el débil anciano á quien querian destronar la desercion general, y á su enemigo ya pa-

ra apoderarse de él, determinó despojarse de una dignidad que se le huia. Los obispos le aconsejaban dexase la púrpura, y abandonase el palacio, prometiéndole el reyno de los cielos en trueque del imperio que se le forzaba á renunciar. El primero de ellos era Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla. Este prelado, cuya índole imperiosa y fiera daremos á conocer en adelante, habló en un tono que intimidó á Stratiónico, y le hizo temer un fin trágico. Por tanto siguió pacíficamente este dictámen, y se volvió á la casa que ocupaba ántes que se le sacase de la obscuridad, para cargarlo con una corona, que no estaba en disposicion de llevar gloriosamente, en donde murió sepultado en el olvido. La revolucion que lo derribó del trono acaeció el año 1057.

Isaac Comneno, que se hizo dueño del imperio por este acaso, era de nacimiento ilustre. Llevó al trono todas aquellas buenas prendas que constituyen un príncipe grande, y que contribuyen á la prosperidad de los estados. Valiente, intrépido, generoso, amigo de la justicia y del órden, conservó en la púrpura la reputacion que habia adquirido en el mando de los exércitos. Su reynado fué uno de los mejores y mas gloriosos que se habian visto hacia mucho tiempo. Aplicóse sobre todo á reparar los desórdenes que se habian introducido en todos los ramos de la administracion, por flaqueza é incapacidad de los emperadores que le habian precedido. Principalmente en la real hacienda era donde se experimentaba mas el cohecho y el apuro. Buscó los medios de remediarlo, sin aumentar las cargas públicas, que ántes bien se propuso disminuir. Con este fin obligó á las gentes de negocios á dar cuenta de los caudales que habian manejado. Emprendió asimismo reducir á los monges á vivir en pobreza, conforme á las reglas y al espíritu de su estado; y las rentas de las casas religiosas, que excediesen del gasto necesario de los que las habitaban, se aplicaron al tesoro público. Comneno era tan diestro soldado, como sagaz político. Domó á los húngaros, y obligó á los turcos á pedirle la paz. Todo salia prósperamente al arbitrio de este príncipe; y el imperio, baxo de un señor igualmente valeroso y justo, iba á recobrar alguna parte de su antiguo esplendor, quando de repente se fastidió Comneno de su grandeza. Resolvió, pues, renunciar la corona imperial; pero has-

ta el último instante en que se iba á separar de sus vasallos para siempre, manifestó el amor que les tenia. Ni á su hermano, ni á su sobrino escogió para que le sucediesen; sino que prefiriendo el interes del imperio al de su familia, puso la mira en Constantino Ducas, porque lo juzgó mas capaz que á ningun otro de sostener el peso del gobierno. Por lo que mira á él, por una de aquellas contradicciones, que son tan freqüentes entre los hombres, abrazó la vida monástica en el monasterio de Studa, despues de haberse expuesto á toda la indignacion de los monges, despojándolos de lo superfluo, que miraban como sagrado. La emperatriz Catalina, mas ambiciosa que él, ó mas apegada á las honras del trono, contradixo mucho tiempo su resolucion; pero no habiendo podido vencerla, imitó su exemplo, retirándose tambien á un monasterio con la princesa María su hija. El reynado de Isaac Comneno habia sido de 2 años y 3 meses. Dos vivió todavía en su retiro, en el que solo se ocupó en justificarse por medio de las virtudes religiosas, y de los exercicios de penitencia. Murió el año 1059, como de unos 60 de edad. Su valor y su diligencia lo hicieron temible á las naciones enemigas: su mansedumbre y su justicia, amable á su pueblo: y su castidad, virtud que prefirió, segun dicen, á la conservacion de su vida, le merecieron los elogios de la religion.

Constantino Ducas parece que á los principios justificó la eleccion de su antecesor; pero á poco tiempo hizo con su conducta mas sensible la pérdida que se habia experimentado. Es verdad que tenia virtudes; pero eran las de un particular muy diferentes de aquel complexo de prendas y talentos que deben concurrir en aquellos de quien depende la suerte de los imperios. Fundado en una falsa política quiso cercenar el sueldo de los militares y el número de las tropas necesarias para la defensa del estado; y por una conseqüencia de esta mala operacion, se reduxeron en poco tiempo los exércitos á unos cuerpos débiles, sin emulacion y sin valor. La indolencia y el disgusto se apoderaron del corto número de tropas que quedaban para defender las fronteras, y agravaron mas el mal. Los turcos se aprovecharon de estas circunstancias favorables á sus designios, para talar libremente la Georgia, la Armenia, la Mesopotámia al Oriente y al Mediodia; y por la parte del Norte desolaron la Francia y la Macedonia. To-

dos los exércitos con que Ducas se les opuso, muy débiles y muy mal disciplinados, fueron destruidos. Si la peste y los búlgaros no hubiesen hecho perecer esta multitud de bárbaros que caminaban en número de mas de 600@, el imperio de Constantinopla probablemente se hubiera rendido á sus esfuerzos. El dinero que Constantino Ducas habia juntado con una economía ruinosa, se empleó en comprar la paz á aquellos que la habian pedido en tiempo de Comneno. Tan mala administracion sublevó todos los ánimos, y las quejas se levantaron por todas partes, de suerte, que los últimos dias de Constantino estuvieron llenos de amargura. Murió de desfallecimiento el año 1067, de edad de 60, á los 7 y medio de reynar. Dexó el imperio mas debilitado, y mas apurado que nunca; y lo único que honra mas su memoria, es el respeto que siempre conservó á Isaac Comneno.

Antes de su muerte habia dispuesto Constantino Ducas, que la autoridad suprema pasase á sus tres hijos Miguel, Andrónico y Constantino, baxo la tutela de Eudoxîa su madre, porque todavía eran niños. A pesar de los juramentos que habia hecho hacer al senado de que no reconoceria otro emperador que á sus hijos; y á Eudoxîa de que no pasaria á segundas nupcias, su última voluntad fué mal executada. Acometido el imperio por todas partes, necesitaba de cabeza, y Eudoxîa de protector. La emperatriz creyó hallar en Romano Diógenes, general experto, y ya famoso por sus hazañas, el sugeto mas á propósito para tomar las riendas del gobierno en la situacion crítica en que estaban las cosas. Tomólo por esposo, para que con la púrpura imperial se hiciese defensor del estado y apoyo suyo; contando con que el agradecimiento lo haria dócil y obediente; pero se engañó. Este príncipe era de un genio orgulloso, imperante, incapaz de ceder á la voluntad de otro; y que hubiera creido envilecerse, y deshonrar el trono, dexándose dominar por una muger. Ademas de este orgullo natural, tenia Romano Diógenes gran talento para la guerra, y una intrepidez que le hacia despreciar la muerte como el menor soldado. De este valor pacífico, que ve el riesgo sin temerlo, hubo menester en las ocasiones peligrosas en que varias veces se halló peleando contra los turcos. Esta guerra, mezclada de buenos y malos sucesos, pero siem-

pre honrosa á Romano por la constancia heroica con que sufrió los reveses, fué la principal ocupacion de su reynado. A pesar de la diligencia que puso para restablecer la disciplina militar, y resucitar en el corazon del soldado aquel antiguo valor de los romanos, del qual él era modelo, fué desgraciado en la batalla que dió al sultan Alp Arslan. Su exército fué derrotado despues de una matanza espantosa; y si él evitó la muerte, fué en fuerza de su gran valor y el de sus guardias; pero cayó en manos del sultan. Habiéndose llevado á Constantinopla la noticia de su cautiverio, tuvo la emperatriz Eudoxîa por oportuna esta ocasion para huir del yugo de un esposo, á quien habia puesto en el trono, no para ser su señor, sino el primero de sus vasallos. Así que hizo proclamar á Miguel Ducas, el mayor de sus hijos, con la condicion de que no haria nada sin ella; pero su ambicion quedó otra vez burlada. Miguel no tuvo reparo en prometer por conseguir la púrpura; mas luego que se vió independiente, hizo tonsurar á su madre, y la desterró á un monasterio. Entre tanto Romano Diógenes habia alcanzado la libertad, y entrado otra vez en sus estados, quando fué preso por los emisarios del nuevo emperador. Sacáronsele los ojos, y la operacion se hizo con tanta crueldad, que habiéndose criado gusanos en las llagas, murió al cabo de algunos dias, padeciendo los mas agudos dolores: en su desgracia conservó aquella magnanimidad y constancia que habia manifestado en todos los acontecimientos de su vida. El imperio no conoció lo que habia perdido en él, hasta que no hubo remedio.

Miguel Ducas no tenia otro mérito, que ser hijo del emperador Constantino Ducas, de cuya prudencia ni valor no fué imitador. Indolente, cobarde, desaplicado, sumergido en la ociosidad, y devorado por una codicia insaciable, abandonó el cuidado de los negocios, y el uso del poder absoluto á unos hombres viles, que robaron los pueblos, y arruinaron el estado; sin reservarse otra autoridad que la que necesitaba para satisfacer sus pasiones. El sobrenombre de Parapinacio que se le dió, acredita muy poco su memoria, y caracteriza lo baxo de los medios de que se valió para enriquecerse. Baxo el gobierno de un príncipe que descuidaba de todas sus obligaciones, tan mal defendido el imperio, como mal gobernado, vino á

ser presa de los turcos, de los escitas, de los esclavones, que se echaron sobre las provincias. Ciertos sediciosos, guiados por un frances llamado Ursel, destruian lo interior; y para colmo de desdicha, los ministros disputaban entre sí los despojos del pueblo. Un gobierno tan vicioso no podia producir mas que miserias. La rebelion rompió por todas partes; y Ducas vió dos nuevos emperadores que se iban acercando á la frente de dos exércitos para disputarle una corona que solo sabia envilecer. Cobarde en el peligro, como lo son todas las almas débiles, ni aun pensó en defenderse. Apénas vió que se levantaba la tempestad, quando se retiró á un monasterio, y fué en adelante arzobispo de Efeso.

Los dos competidores al imperio eran Nicéforo Brienna, sugeto distinguido por su nacimiento, empleos y grande experiencia en el arte militar; y Nicéforo Botoniato, que mandaba los exércitos de Oriente. Este último quedó dueño del trono despues de una guerra que costó mucha sangre, y en la que cayó su rival. Esta victoria la debió al césar Alexîs Comneno, el militar mas hábil, y el príncipe mas generoso de su tiempo. Botoniato, que no era digno ni de su puesto ni de sus victorias, pagó con ingratitud los servicios de Comneno. Los zelos y el temor, vicios de las almas baxas, le hicieron sospechosa su fidelidad, porque descubria en él bastante mérito para tener buen éxîto en sus proyectos, si tenia el atrevimiento de formarlos. Resolvió, pues, hacerlo prender, y quitarle la ocasion de emprender ninguna cosa. Noticioso Comneno de sus ideas, marchó á Tracia á hacerse proclamar emperador por sus tropas, que lo amaban mucho. Habiéndose puesto despues en camino hácia Constantinopla, tomó por asalto esta capital, y obligó á Botoniato á desnudarse de las insignias de la soberanía. Este cobarde príncipe, abandonado de todos, se retiró á un convento, en donde murió poco tiempo despues. Esta revolucion acaeció el año 1081.

Alexîs Comneno, que por este acontecimiento se halló en el trono de los griegos, era de una familia ilustre, originaria de Roma, y una de las que habian venido á establecerse en Constantinopla en tiempo de Constantino el Grande, hijo de Juan Comneno, hermano del emperador Isaac. Los historiadores de su nacion lo han representado

como uno de los mayores príncipes que han gobernado el imperio de Oriente. Atribúyenle todas las virtudes y talento de Isaac su tio, con mas extension en el entendimiento, mas conseqüencia en los proyectos, ideas mas vastas, y política mas consumada. Por el contrario, los latinos, á quien habia llamado en su socorro, y que tuvieron mucho de que quejarse de él, lo han pintado con los colores mas negros. Si los hemos de creer, era este un príncipe desconfiado, ligero, pérfido, sin verdad, sin fe, desagradecido, que sacrificaba sus amigos y aliados á sus mas mínimas sospechas, y siempre dispuesto á quebrantar ó renovar sus juramentos, para volverlos á violar siempre que le pareciese conveniente á sus intereses. En esta contrariedad de juicios, un historiador que no se halla preocupado debe conceder á este príncipe grande talento para la guerra, extremado valor, y mucha prudencia, junta con mucha actividad; pero al mismo tiempo debe confesar que fué desconfiado hasta lo sumo, que faltó muchas veces á su palabra, y que no pocas degeneró su política sospechosa en ardid y perfidia. Su reynado, que se extendió hasta el año 18o del siglo XII., abundó en sucesos extraordinarios, felices los mas, algunos funestos para el imperio, y casi todos gloriosos para él. Supo pelear con valor, gobernar con prudencia, y negociar con habilidad. Por medio de su aplicacion, y de sus alcances supo dar movimiento á todo; y su ingenio, tan vasto como activo, lo hizo siempre superior á los obstáculos, que parece se multiplicaban y renacian para darle ocasion de hacer patentes los recursos extraordinarios que hallaba en sí mismo. Todavía tendrémos ocasion de volver á hablar de este príncipe, y de Nicéforo Botoniato, su antecesor, en los artículos en que hablemos del estado político del Occidente, y de las cruzadas. Para esos artículos hemos dexado, por evitar repeticiones, muchos sucesos que corresponden á estos dos reynados.

ARTICULO II.

Estado de la religion y del imperio de los musulmanes en Oriente.

La historia del siglo X. nos ha mostrado el eslamismo dividido en cismas y heregías, el califado reducido al dominio espiritual, los emires Al-Omara disponiendo á su arbitrio de esta dignidad suprema, y la ambicion de los gefes erigiendo por todas partes estados independientes, y continuamente en guerra unos contra otros, para afirmarse y extenderse. En medio de estas agitaciones fundaron varios conquistadores en el centro mismo del imperio musulman potencias que se hicieron muy en breve temibles, y que alteraron la antigua constitucion introduciendo principios de gobierno conformes con la política y con las ideas ambiciosas de estos nuevos soberanos, que debiéndolo todo á la espada, no consultaban mas que su propio interes en su respeto á la cabeza de la religion, y en sus alianzas con los otros príncipes. Los fatimitas, como ya lo hemos advertido, que se daban por descendientes de la sangre de Mahoma, fundados en una genealogía que se les disputaba, habian formado en Egipto otra monarquía que procuraban extender por medio de sus conquistas; y reuniendo, como los primeros califas, los derechos del altar con los del trono, se habian declarado, á exemplo suyo, pontífices y monarcas en todos los paises de su dominio. Este era el estado de las cosas á principio del siglo XI. El califa de Bagdad era siempre mirado como único soberano, aun por aquellos que lo iban despojando; pero sin autoridad en su capital, y sin tener del supremo poder mas que un respeto vano y un fausto prestado, conferia títulos de honor, daba la investidura de los estados, y parecia que disponia de todo, siendo así que no le quedaba ya nada. Si vivia en un palacio suntuoso, era por las pensiones que exîgia á los emires, y que estos pequeños príncipes le pagaban ó le negaban, segun su capricho. Su guardia era el árbitro de su destino; y aunque los honores sagrados le estuviesen reservados, y que no se llegase á su trono sino adorándolo, se burlaban de esta vana fantasma, cuya exîstencia dependia de aquellos que veia prosternados delante

de sí. La autoridad pontificia, única y última propiedad que quedaba al sucesor de Mahoma, no estaba ménos descarnada que el poder civil y político. Los fatimitas en Egipto, y los soberanos de Córdoba en España, se habian atribuido los honores y autoridad del califado; por manera, que á un mismo tiempo habia en la religion mahometana tres pontífices, tres depositarios de la autoridad espiritual, tres oráculos de la fe, que se miraban mútuamente como usurpadores é impios.

Estas divisiones, que al parecer habian de ser opuestas á los progresos de la ley musulmana, sirvieron por lo contrario para extenderla mas y mas, y para sujetar á ella nuevas naciones. Los turcos, pueblo feroz y belicoso, descendientes de los humnos y de los tártaros, divididos en 24 ramas ó tribus, habiendo pasado las montañas y los rios que les servian de barrera, se echaron sobre las provincias musulmanas mas expuestas á sus correrias. Al principio no tenian otra mira, como sus antepasados y como los dinamarqueses en Europa, que la de enriquecerse con el saqueo y hacer esclavos; pero despues lo delicioso del clima, la opulencia de las ciudades, que con el comercio y despojos de los griegos se habian hecho florecientes, y la pereza de los habitantes, los convidaron á formar establecimientos duraderos. De quando en quando tuvieron á su frente sugetos célebres en las historias orientales por sus hazañas y su prudencia; que habiéndose hecho poderosos y temibles, sujetaron á su yugo tierras inmensas. Tales fueron entre otros Mahamud, el primero que tomó el título de Sultan, Thogrul-beg, que se apoderó de Bagdad, y extendió sus conquistas hasta la India; y Alp-Arslan, que tomó muchas provincias á los emperadores de Constantinopla, puso en fuga sus exércitos, é hizo vacilar el trono. Para ser verdaderos héroes, no faltaba á estos príncipes sino tener costumbres mas suaves, política mas humana, é ideas mas conexâs en sus operaciones y en su gobierno.

Las mas de estas naciones victoriosas eran idólatras; pero habiéndose hecho sedentarias en los lugares de sus conquistas, abrazaron la religion de Mahoma. Adoptando los dogmas del Alcoran, se llenaron de aquel fanatismo intolerante y destruidor, que infundia el eslamismo en todos sus prosélitos, sobre todo en los primeros tiempos de su

conversion. Esta disposicion contribuyó casi tanto para extender la dominacion de los turcos, como la felicidad de sus armas. Combatian por causa de religion á las Tribus, á quien trataban de infieles porque permanecian sujetas al gentilismo; aunque tenian un orígen comun con ellos, debian mirarlos como porciones diferentes de una misma familia. Por este medio aumentaban su poder, acostumbraban á los vencidos á no ver entre sí sino hermanos, se hacian amables á los califas, que no teniendo otro apoyo que la religion, no escaseaban á sus príncipes los pomposos títulos de *mano derecha del estado*, y de *protectores de los fieles*.

De todas las Tribus á quien el nombre de turcos era comun, la que se hizo mas célebre y mas temible, fué la de los seljiucidas, que habia tomado su nombre de Seljiuik, uno de los mayores capitanes de la nacion turca. Ya eran dueños del Korasan, y sus conquistas empezaban á extenderse hácia el Oriente y Mediodia baxo la direccion del famoso Thogrul-beg, quando el califa Caim, cautivo en Bagdad, los llamó en su socorro. Thogrul-beg, que acababa de trastornar un trono y de tomar el título de Sultan, acudió prontamente al ofrecimiento del califa, despues de haber concluido algunas empresas que habia comenzado, y que acabó gloriosamente como todas las demas en que habia puesto mano. Llegado que hubo á las puertas de Bagdad, forzó á sus moradores á abrírselas, y libró al califa de la opresion en que gemia. Esta proteccion manifiesta, generosamente concedida á la cabeza de la religion, y el agradecimiento del pontífice, que se dió á conocer por los honores extraordinarios que concedió á su libertador, completaron de todo punto la gloria de Thogrul-beg. Miróse á los seljiucidas como defensores del trono y del altar, y esta nacion llegó á dominar muy pronto en todo el Oriente.

Desde mitad de este siglo tuvieron incesantemente los emperadores de Constantinopla que defenderse de estos terribles enemigos. Viendo Constantino Monomaco estos rápidos progresos de su poder, y no hallándose en disposicion de oponerse á ellos, tuvo por preciso volver á buscar su alianza. Thogrul-beg, que queria tener tiempo de afirmar sus conquistas, se ofreció á ayudar las ideas del monarca christiano con una apariencia de buena fe que lo

engañó; pero este tratado se rompió inmediatamente con las nuevas empresas del príncipe Musulman. Sus generales fueron derrotados; pero estas pérdidas, que no tardaron en reparar, no hicieron otra cosa que irritar su rencor contra los christianos, y los excitaron á lavar su afrenta con la sangre de los que ellos llamaban infieles. Talaron todas las tierras que riega el Eufrates, se apoderaron de la Media, sujetaron la Armenia y las provincias vecinas, de suerte que al morir el sultan Thogrul-beg, todas aquellas deliciosas comarcas, que habian formado parte del imperio griego, se hallaban comprehendidas en sus vastos estados. Su sobrino y sucesor Alp-Arslan, no ménos valiente, ni ménos venturoso que él, continuó sus conquistas, y las extendió todavía. Romano Diógenes cayó en sus manos, como se ha dicho en el artículo antecedente. De contrario suyo se hizo su amigo, y quiso ser su vengador luego que supo el cruel tratamiento que se le habia hecho al llegar á sus estados. Esto dió motivo á nueva guerra; y la Georgia que tomó á los griegos, vino á ser el teatro de su venganza. Reduxo á todos sus moradores á esclavitud, y obligó á los grandes á llevar, en lugar de adornos, una herradura colgada en la oreja. Esta insignia de ignominia, de la qual no podian eximirse sino negando á Jesu-christo, obligó á muchos á abandonar el christianismo y hacerse mahometanos. Este sultan, que acabó sus dias en medio de sus prosperidades á manos de un asesino, se habia hecho tan poderoso en toda el Asia, que habia visto, segun dicen, 1200 soberanos, ó hijos de tales, prosternados al pie de su trono.

Para concluir la pintura de la religion y del poder musulman en el siglo XI., no falta mas que dar á conocer las dinastias que se establecieron en Iconio, en Alepo, y en Damasco, que es con lo que cerraremos este artículo.

Hácia el año 1074 el sultan de Persia Malek-Schah dió un exército á Soliman, hijo de Kutulmisch, y nieto de Seljiuk, con órden de pasar á las provincias del Asia Menor desde la Syria hasta el Bosforo, y de conquistarlas. Cediale la soberania de estas comarcas despues que las hubiese sujetado. Soliman no experimentó muchas dificultades en su empresa. Las provincias que invadia, estaban hacia mucho tiempo expuestas á las correrías de los sarracenos y de los turcos; y por tanto las halló casi sin defen-

sa, y en un apuro que no les permitió oponerse á sus designios. Adelantábase por el lado de Constantinopla, despues de haber sujetado la Bitinia, quando un exército de Alexîs Comneno suspendió su marcha. Entróse en negociacion y se habló de paz; la que admitió Alexîs con tanta mayor ansia, quanto entonces lo llamaban asuntos de grande importancia por la parte de Occidente; y Soliman, que no queria exponerse á perder su conquista, no se negó á ella.

Pero el príncipe turco solo empleó este tiempo de descanso para prepararse á nuevas hazañas; y así, no observó el ajuste mas que para ponerse en disposicion de empezar de nuevo la guerra con mayor suceso. Luego que juntó nuevas fuerzas, volvió á empezar la campaña, y sus armas tuvieron mucha mas felicidad que nunca. La Lícaonia, la Capadocia, la Isauria, la Frigia, el territorio de la ciudad de Efeso, la Paphlagonia, y la provincia de que es capital Trapisonda, cayeron en sus manos, ademas de la Bitinia, de que se habia apoderado en su primera expedicion. Estableció su residencia en Iconio en Lycaonia, y la hizo capital de la nueva monarquía que acababa de fundar. Este conquistador murió el año 1085, despues de una batalla que perdió contra un general del sultan de Persia, á quien la celeridad de sus conquistas habia causado inquietud. Su hijo, que tambien se llamó Soliman, fué su sucesor: afirmó su poder, y llegó á ser vecino temible para los emperadores de Constantinopla. Este es el orígen de los sultanes de Iconio, que los escritores árabes llaman sultanes de Rum, porque las provincias del Asia Menor, de que habian formado su imperio, eran un trozo del de los griegos, á quien los pueblos de Oriente dan siempre el nombre de romanos.

Las dos dinastías de Alepo y de Damasco tuvieron por fundador á Tutusch, hermano de Malek-Sehah, sultan de Persia, hácia el año 1078. Este príncipe emprendió la conquista de la Siria, que estaba baxo el dominio de los califas de Egipto. Despues de varias alternativas de dichas y de desgracias, consiguió hacerse independiente en las tierras que la suerte de las armas habia sujetado á él. Quando murió, se dividieron sus estados entre dos de sus hijos, que se establecieron, uno en Alepo y otro en Da-

maseo, con el título de sultanes, lo que formó dos soberanías pequeñas. Muy á menudo veremos á estos príncipes armados unos contra otros, y reunirse algunas veces para oponerse á los griegos y á los cruzados. No es de nuestro plan el seguir las revoluciones particulares de estas endebles potencias del Asia, ni hablaremos de los acontecimientos que les interesan, sino en quanto tengan conexîon con la historia de los príncipes christianos, que por causa de las guerras sagradas comenzadas en este siglo, tuvieron que venir á las manos con ellos.

Quédanos algo que decir de la famosa dinastía de los batenios ó ismaelitas, conocidos en la historia de las cruzadas con el nombre de asesinos, de quien tendremos no pocas veces ocasion de hablar en adelante. El fundador de esta nacion, que hizo temblar á todos los príncipes de Oriente, se llamaba Assan-Sabah. Establecióse al Norte de la Persia, en la provincia de Dilen, hácia el año 1090, con una tropa de árabes que habia juntado. Pasaba por versado en el arte de la magia, y á sus prestigios se atribuye el extraordinario fanatismo, que infundió sin distincion en todos los que se alistaron baxo su ley. Habíalos hecho tan dóciles á sus preceptos, que á la menor señal de su voluntad executaban sin titubear todo lo que les mandaba, ya fuese clavarse en el pecho un puñal, ó arrojarse desde lo alto de las peñas. Escriben que para reducirlos á este grado de obediencia fanática, que apénas se podria creer, si no lo asegurase una infinidad de testigos oculares, los hacia embriagar hasta perder el sentido, y en este estado los mandaba transportar á un lugar delicioso, en donde no faltaba nada de quanto pudiese enagenar y satisfacer los sentidos. Luego que habian pasado algunos dias en medio de los deleytes, se les embriagaba otra vez, y se les volvia en sí. Entónces, llena la imaginacion de lo que habian experimentado, se les aseguraba que la felicidad que habian probado, seria despues de la muerte el premio eterno de su docilidad. No fué menester otra cosa para enardecer la imaginacion viva de estos hombres ignorantes, y disponerlos para todo. La religion que Assan-Sabah se habia formado, era un mahometismo, mezclado con algunas ideas tomadas de las otras religiones del Oriente. Los dogmas del paraiso y de la fatalidad, que eran la base de su creencia, contribuian mucho á mantener á sus súbditos en

la disposicion de ciega obediencia, y de absoluta resignacion en que los habia puesto.

Cuéntase que noticioso el sultan de Persia de que todos los soberanos estaban amedrentados con estos fanáticos, envió un ministro á su caudillo para intimarle que saliese quanto antes de sus estados, ó declararle la guerra, si se negaba á obedecer; y que Assam-Sabah, sin responder á este ministro, llamó dos de los suyos, mandando á uno que se matase, y á otro que se arrojase desde lo alto de una torre, lo que executaron ciegamente. Entónces volviéndose al ministro, le dixo: *Id y decid al sultan, que tengo 70000 hombres tan determinados á obedecerme como estos dos*. Esta fué toda su respuesta, y por ella juzgó el sultan que era muy arriesgado hacer guerra á un gefe, cuya voluntad era tan bien executada. Este pueblo extraordinario fué el terror del Asia por mas de siglo y medio en el reynado de 8 príncipes. Pasó colonias á varias comarcas al mando de ciertos comandantes que dependian del gefe general, y que tenian todos el mismo poder y el mismo dominio que él sobre aquellos á quien mandaban en su nombre. Los historiadores de las cruzadas han dado el nombre de *Anciano del Monte* al caudillo de los que penetraron en la Siria, y se establecieron en las gargantas del monte Libano.

ARTICULO III.

Estado político del Occidente.

No estaba el Occidente en ménos agitacion que el Oriente, aunque las revoluciones no eran tan freqüentes, los delitos tan atroces, ni habia tantos príncipes ensalzados por la rebelion, y derribados por el parricidio. Las turbaciones que inquietaban á la Europa, las guerras que la desolaban, y los alborotos que obligaban muchas veces á los soberanos á armarse contra sus propios vasallos, eran conseqüencias funestas de la anarquía feudal. Este gobierno, monstruoso como era, tenia sus leyes fundadas en el uso, y en una especie de convenio tácito, que se habia establecido por el hecho; pero estas leyes no obligaban mas que al desvalido; y qualquier vasallo que se hallase con bastante poder para hacer guerra á su soberano, ó por sí solo,

ó con el auxîlio de sus aliados, podia hollar estas leyes y y estos usos, de los quales sabia muy bien exîmirse por medio de la fuerza. Este era el sistema de toda la Europa; pero su funesta influencia en ninguna parte se experimentaba mas, ni era mas general que en Francia, como lo veremos muy pronto; y aun fué fortuna que se formaron en los ánimos nuevas ideas, y que unos proyectos de conquistas distintas (*a*) presentaron al valor inquieto de los príncipes y de los señores un nuevo objeto, al qual acudieron de todas partes, y éste se abrazó con aquella ansia que produce un entusiasmo repentino, que se comunica en un instante, y en el qual todos se apresuran á tener parte. Esta fermentacion, que muy en breve llegó á ser universal, mudó las ideas, los intereses y la política, y dió á los grandes, á los guerreros y á los pueblos un impulso, cuyas resultas fueron con el tiempo mas felices de lo que se hubiera podido esperar; pero antes que se experimentasen estos efectos ventajosos, ocasionados por las circunstancias, ocurrieron muchos sucesos extraordinarios que vamos á recorrer.

El poder de los emperadores de Alemania influía mas que ningun otro en los negocios generales, por la conexîon necesaria que tenian, en virtud de su dignidad, con los estados del Norte y del Mediodia. Quando murió Oton III., que no dexaba hijos, tuvo grandes altercaciones en Alemania y en Italia sobre la eleccion de sucesor. Por último se reunieron los votos en favor de Henrique, duque de Baviera, bizniero de Henrique el Paxarero. El crédito de justo, de afable, de moderado y de piadoso, de que gozaba ántes de su eleccion, determinó á los prelados y grandes á elegirlo por cabeza del cuerpo germánico. Supo mantener la alta opinion que se habia formado de él, gobernando con prudencia, y juntando con las virtudes christianas las virtudes reales y militares. Su primera diligencia fué aplicarse á sosegar las turbaciones de Alemania, excitadas por el despique de algunos príncipes á quienes habia sido preferido. Despues volvió su atencion hácia la Italia, en donde se habia formado un señor ambicioso, y al mismo tiempo de poder, llamado Harduino; por medio de sus negociaciones, y distribuyendo mucho

(*a*) Las cruzadas.

dinero, una parcialidad de consideracion, que lo declaró soberano con el título de rey de Lombardía; pero este usurpador se hizo muy en breve odioso por su tiranía, de suerte, que Henrique, ayudado por un crecido número de señores, no tuvo trabajo en desvanecer los pocos parciales que le quedaban. La corona imperial la recibió primero en Pavía, y despues en Roma de manos del papa Benedicto VIII. Este pontífice, al ponersela sobre la cabeza, le hizo jurar que defenderia y protegeria la Iglesia, y que seria fiel á la silla apostólica, y á los papas legítimamente elegidos que la ocupasen en adelante. El piadoso emperador al hacer estas obligaciones consultó mas bien con su religion y con su respeto á la silla pontificia, que con las máximas de una política sagaz. No le ocurrió que los sucesores de Benedicto pudiesen en ningun tiempo aprovecharse contra los suyos de un acto dictado puramente por la piedad. Henrique estaba en guerra contra los griegos, y despues de las mas señaladas victorias, iba á tomarles las pocas plazas que todavía poseian en la Calabria y la Pulla, quando las enfermedades que destruian su exército, le obligaron á interrumpir el curso de sus victorias. Apénas dió la vuelta de Alemania, quando murió con reputacion de buen príncipe, de experto soldado, y de prudente. La Iglesia de Bamberga, que habia fundado y dotado generosamente, fué el lugar de su sepultura. Su reynado duró 23 años. Sus virtudes regias y políticas lo han hecho colocar entre los héroes, y sus virtudes christianas en el número de los santos. La Iglesia celebra tambien la memoria de santa Cunegunda, su esposa, que se retiró á un monasterio para acabar de perfeccionarse por medio de la oracion y de las buenas obras. Para dar sucesor á este virtuoso príncipe hubo alteraciones y parcialidades. Antes de morir habia recomendado á los señores á Conrado, duque de Franconia, como el sugeto mas apto para gobernar el imperio en las dificiles circunstancias que concurrian. La estimacion de Henrique era una recomendacion muy favorable para él, y así reunió al fin todos los votos de los obispos y príncipes á pesar de los ardides de sus competidores. Buchardo, Obispo de Worms, se habia encargado de su educacion, y tenido cuidado de ir descubriendo sus buenas inclinaciones. La inocencia de sus costumbres, la igualdad de su genio, y su inclinacion á la piedad, habian

hecho mirarle con atencion desde muy niño. Por estas buenas prendas habia llegado á agradar al santo emperador, á quien acababa de reemplazar. Ensalzado al trono, se mostró zeloso por conservar su esplendor y dignidad con una constancia sin altivez, y una magnificencia sin profusion. Generoso y benéfico para con todos, se contentaba con poco para sí. Sobrio, económico, arreglado en su gasto, reservaba los caudales públicos para las urgencias del estado. Este príncipe habia pacificado las alteraciones de Alemania, y reprimido á los sediciosos de Italia. Habialo coronado el papa Juan XIX., y prometia al imperio un gobierno feliz por su gran prudencia, y su zelo por la justicia, quando le sobrevino la muerte repentinamente el año 1039, á los 15 de su reynado. Las leyes que hizo para establecer en el imperio una jurisprudencia constante, y fixar los derechos respectivos de la cabeza y de los miembros, lo han hecho tener por el principal autor del derecho feudal germánico.

Conrado para prevenir las turbaciones que podian originarse con su muerte en la eleccion de sucesor suyo, habia tenido la prudente precaucion de hacer coronar á Henrique, llamado el Negro, su hijo, en Aquisgran el año 1028, con consentimiento de los grandes y de los pueblos. En este jóven príncipe se esperaba encontrar la moderacion, la prudencia y la equidad de su padre; pero aunque no careciese de buenas prendas ni de talento, faltábale mucho para que reuniese en sí aquellas varias especies de mérito que habian hecho á Conrado tan amable á sus vasallos. Henrique gustaba del buen órden y de la gloria: tenia valor, intenciones rectas; deseaba ganar el amor de los pueblos trabajando en su beneficio, pero á las veces era duro y orgulloso con los grandes; los trataba con altivez, y exîgia de ellos una sumision y respeto, que le hubieran concedido con mucho mas gusto, si no se hubiera empeñado en imponerles este yugo con un despotismo que chocaba á unos señores zelosos por naturaleza de sus derechos. Este proceder, y lo que ellos imbuyeron en los ánimos de los que habian de concurrir con el emperador á la prosperidad pública, no le permitieron hacer todo el bien que hubiera podido. Sin embargo, hizo un servicio importante al estado y á la Iglesia, dando fin al cisma que desolaba la iglesia de Roma. Tres papas, Be-

nedicto IX., Silvestre III. y Gregorio VI., disputában entre sí la cátedra de san Pedro. Henrique los hizo deponer á todos tres en un concilio congregado en Sutri como simoniacos y manchados con otros delitos, y procuró la eleccion de Suidgero, obispo de Bamberga, prelado de conocido mérito, que tomó el nombre de Clemente II. Aunque Henrique se hallaba todavía en lo mejor de su edad, tomó respecto de su hijo la prudente precaucion que su padre habia tomado con él, haciéndolo elegir y coronar en vida suya. Dos años despues murió, á los 39 de su edad, en el de 1056. Este es el primer soberano de Alemania que se adjudicó el nombramiento de las prelacías y demas beneficios. Este derecho lo fundaba en el de las investiduras que miraba como una de las prerogativas del trono que habia heredado de sus antecesores. Expondremos el orígen y fundamentos de esta pretension, quando lleguemos al tiempo en que se movió en la Iglesia la disputa de las investiduras, y dividió de un modo tan funesto el sacerdocio y el imperio.

Viendo los príncipes y grandes de Alemania por rey á un niño de 6 años y una muger, mas conocida por su piedad que por su talento para el gobierno, juzgaron poder entregarse á todos sus proyectos de ambicion; pero experimentaron que la emperatriz Ines, tutora de Enrique IV., su hijo, no era ménos capaz para regir un imperio que inclinada á las virtudes christianas con que edificaba la Iglesia. Los rebeldes de Alemania hallaron en la presencia y entereza de esta princesa un freno que contuvo su inquietud; y Roma aprendió de ella, que una piedad sólida no impide á los soberanos instruidos hacer valer sus derechos contra el gefe de la religion, quando intenta violarlos. Si el jóven Henrique se hubiera aprovechado en su infancia de los exemplos y lecciones de una madre de talento tan sublime, y de conducta tan prudente, hubiera estado ménos expuesto su reynado á las borrascas que lo turbaron, pero este príncipe dió á conocer muy presto el genio impetuoso y vivo, y las pasiones indómitas que lo dominaron siempre, y que le acarrearon todas las desgracias de su vida. Con un ánimo á toda prueba, un valor que lo igualaba con los campeones mas insignes, una paciencia invencible en los mayores reveses, un ingenio fecundo en recursos y

expedientes, una alma fuerte y capaz de las acciones mas heroicas, podia Henrique hacerse el monarca mas famoso de la Europa; pero por no haber sabido resistir á sus inclinaciones, por haberse entregado á consejos perniciosos, se hizo tirano del imperio, escándalo de la religion, autor de las mayores turbaciones que hasta entónces se habian experimentado en la Iglesia, y artífice de sus propias desgracias.

Desde que este príncipe llegó á la edad en que los hombres dan á conocer lo que son, no manifestó mas que vicios. Tan incapaz de contenerse como de domarse, se hizo superior á todas las consideraciones, y despreció las precauciones que debiera haber tomado, tanto por el respeto de su clase, como por la mira de su reputacion. No conocia ni delicadeza en la eleccion de sus placeres, ni medida en los excesos á que se abandonaba. El rapto, la violencia y la seduccion eran los medios de que se valia para satisfacer sus deseos; y igualando su inconstancia á su impetuosidad, si dexaba un objeto, era para correr inmediatamente tras de otro, que con la misma facilidad abandonaba. Las infamias, la crueldad, las opresiones, los locos gastos, resultas ordinarias de una conducta tan desarreglada, le hicieron mas de una vez añadir el delito á la disolucion, asesinando los maridos por apoderarse de las mugeres, y sacrificando sus compañeros en los vicios, quando parecia que le desaprobaban ó rehusaban servir ciegamente á sus pasiones.

Una vida, que tan poco se compadecia con las obligaciones y dignidad del trono, no tardó mucho en excitar el menosprecio y la indignacion. Lo primero fué murmurar; de aquí se pasó á las quejas; y al fin se llegó á una sublevacion general. Los escándalos de Henrique eran públicos, y excitaban á ira; y como él mismo guardaba tan poco decoro á la magestad imperial, se juzgaron exêntos los demas del menor respeto. Este príncipe de tal modo habia enagenado de sí los ánimos y los corazones, que Alemania y Italia se levantaron á un tiempo contra él. De allí á poco se vió citado ante un concilio, y obligado á conservar una esposa que habia calumniado, sin hacerle por eso perder la estimacion que merecia su virtud; excomulgado por un pontífice, cuya eleccion habia favorecido, aunque ya debia contar con sus rigores;

humillado á los pies de este papa, que lo trataba como culpado al tiempo mismo que lo exhortaba á justificarse, y á convocar una dieta para que lo juzgase; perseguido á mano armada por un hijo á quien acababa de hacer sentar en el trono; abandonado de todos, y pretendiendo para mantenerse algun título clerical en la iglesia de Spira, que aun no pudo conseguir; y muriendo al fin de miseria y de dolor á mitad de su carrera, con el atroz pensamiento de que á sus cenizas se les negaria sepultura eclesiástica. Este fué el paradero de un príncipe, que por su nacimiento, fuerzas é ingenio parecia estar destinado á sujetar baxo su ley á la Alemania y á la Italia, y quizá á resucitar en Europa aquellos felices dias de Carlo Magno.

Baxo el gobierno prudente y moderado de Hugo Capeto habia empezado la Francia á reponerse de las calamidades que la habian afligido en tiempo de los últimos príncipes de la estirpe Carlovingiana. Veia sobre el trono en la persona de Roberto un príncipe instruido, afable y religioso, cuya índole noble y franca inspiraba confianza y amor. Este príncipe, que era sabio, respecto del tiempo en que vivia, consagró su pluma á la religion, celebró sus misterios, y cantó las virtudes de los santos. La Iglesia ha conservado algunos himnos y composiciones cadenciosas y rimadas, que se llaman prosas; monumentos mas bien de su piedad que pruebas de su ingenio para la poesía. Ya hemos hablado de los esfuerzos que hizo ántes de romper los vínculos tan apreciables á su corazon, que lo ligaban con la reyna Bertha, su primera esposa. Preveia sin duda las desazones domésticas que habian de ser el fruto de otro enlace, en que la inclinacion y el afecto no tenian parte ninguna. Constanza, que reemplazó á Bertha, era orgullosa, imperante, vengativa, genio demasiado opuesto al de este buen príncipe, para que dexasen de moverse á menudo entre ellos aquellas contiendas que ponen en agitacion las cortes, y que aun suelen influir en los negocios. Esta princesa le suscitó enemigos hasta su propia familia. Roberto vió á sus hijos desazonados con la persecucion y caprichos de su madre tomar las armas contra él, y obligarlo á combatirlos. Dos veces se manifestó esta rebelion, y dos veces el amor de los príncipes á un padre que era digno del homenage de todos los corazones, los reduxo á su obligacion, de la

que los habia apartado el despecho. Quando murió este piadoso rey, que fué el año de 1031, fué universal el sentimiento en Francia, y los pueblos pedian al cielo llorando, que recompensase unas virtudes que los habian hecho felices, y que creian dignas de honrarse en los altares.

El reynado de Henrique I., asociado 3 años ántes á la dignidad real, empezó por rebeliones, que el odio implacable de Constanza excitó contra este príncipe. Para atraer á los señores á sus ideas, que no se extendian ménos que á privar á Henrique del trono en que su padre lo habia colocado, calumnió sus costumbres y su genio; pintándolo con los mas odiosos colores, y pronosticando al pueblo muchas calamidades si tenia la cobardía de dexarlo reynar. Roberto, duque de Normandía, fué su defensor contra los enemigos que las calumnias de su madre le habian suscitado; mas el valor y la prudencia de Henrique, ayudado por un aliado poderoso, restituyeron bien pronto la calma. Al mismo tiempo la inquietud propia de los grandes vasallos, y las competencias que se encendian entre ellos con menor motivo, llenaron todo este reynado de alborotos, de guerras intestinas, y por consiguiente de ataques, de combates, de estragos y de desdichas. Tal fué todavía por muchos años la suerte de la Francia, y de la mayor parte de la Europa, por una consequencia inevitable de la feudalidad, que se habia dividido en tantas ramas, que cubria el reyno de un cabo á otro.

Para asegurar el trono á Felipe, el mayor de sus hijos, lo habia hecho Henrique consagrar y coronar el año 1059; y al tiempo de su muerte, acaecida al año siguiente, nombró por tutor suyo á Baldovino V., conde de Flandes, su cuñado. Satisfecho del desinteres y de la fidelidad de este aliado, no receló nombrarlo asimismo regente del reyno. Felipe no tenia mas que 6 años quando perdió á su padre. Baldovino correspondió á la confianza con que Henrique lo habia honrado; y no tan solo cuidó como padre de la educacion de su pupilo, sino que tambien procuró mantener el buen órden y quietud en el reyno, como si fuese propio suyo. Dichoso Felipe, y dichosos sus vasallos, si este jóven príncipe hubiese seguido las huellas de un regente tan virtuoso y tan justo, que le arrebató la muerte quando apénas habia llegado á los 18 años, y cu-

ya pérdida no la sintió quizá bastante. Felipe juntaba á lo agradecido de un exterior no despreciable un talento agradable, una eloqüencia natural, y el feliz don de agradar; pero se aprovechó demasiado de estos dotes preciosos de la naturaleza, y reduxo todo su mérito á las prendas amables. No pensó en otra cosa que en pasar una vida dulce y voluptuosa, descuidándose de las obligaciones mas importantes de la dignidad real, entregándose á la inclinacion de los placeres como un particular que depende de sí solo, y dexando á la autoridad irse debilitando en sus manos, sin tomar parte en los grandes acontecimientos que pasaban á su vista. De aquí resultó, que los vasallos ricos se aprovecharon de su ociosidad para hacerse todavía mas poderosos; que los papas extendieron sus pretensiones mas allá de los límites en que se habian contenido hasta entónces; que los obispos, como no tenian apoyo, se opusieron tibiamente al poder pontificio que cargaba sobre ellos, y que el pueblo, desamparado, menospreció á un señor que no sabia, ni defenderlo de la opresion de los grandes, ni poner freno á la ambicion, que lo iba despojando á él mismo de los mas preciosos derechos del trono.

Todas las faltas y desventuras de este príncipe, á quien no se puede ménos de tener lástima, dimanaron de una misma causa. Si se hubiese aplicado mas á los asuntos del gobierno, é instruídose mas en los verdaderos intereses del estado, habria visto quán funesta podia llegar á ser para sus descendientes la conquista de Inglaterra por Guillermo, duque de Normandía, aumentando el poder de un vasallo, bastante temible ya por sí. Si hubiese sido mas moderado en seguir sus pasiones, habria advertido, que repudiando á Bertha, hija del conde de *Frisia*, su primera muger, para casarse con Bertrada, hurtada al conde de Anjou, su marido, se exponia á las excomuniones de Roma, sin que los obispos del reyno pudiesen libertarle de ellas. Por último, si el amor no lo hubiese cegado tanto, habria visto, que juntándose con una muger que no habia tenido vergüenza de ocupar el lugar de la esposa legítima, estando aun viva, daba una enemiga á sus hijos del primer matrimonio. Con efecto, este príncipe que habria podido hacer el mayor papel en el mundo, si hubiese aplicado su talento á la política y á la guerra, apénas se le tuvo por nada en la Europa. Excomulgado por

el papa Urbano II. en medio de sus estados, reducido á solicitar una absolucion, que se le hizo comprar con humillaciones indignas de la magestad real, poco respetado de los grandes, y todavía ménos amado del pueblo, dominado por una muger altiva y cruel, que trató de matar con veneno al heredero de la corona: este príncipe murió en el 8.º año del siglo XII. sin sentimiento de la Francia, ni aun de su propia familia. Habia reynado 51 años, y vivido 57.

Ya hemos visto, que no obstante la inquietud de los señores ultramontanos, y las pretensiones de los papas, todo el norte de la Italia y la misma Roma reconocian el poder de los emperadores de Occidente: verdad es que los griegos poseian aun al Mediodia ciudades, y un dilatado territorio que les disputaban los sarracenos. Pero las cosas mudaron de semblante en esta parte de la Italia desde los primeros años de este siglo hasta su fin. Unos caballeros normandos, que llevados de devocion habian ido á la tierra santa, pasaron por allí al volverse á su pais, y vieron á los christianos peleando con los infieles. Ellos se enardecieron en zelo, y con su valor ladearon la victoria hácia los griegos, que ya estaban para abandonarlo todo á los musulmanes. Ofreciéronseles gratificaciones; pero no quisieron otra que la gloria de haber socorrido á los christianos, y humillado á los enemigos de la fe. A su vuelta á Normandía hablaron con entusiasmo de sus hazañas, y del delicioso clima que habia sido teatro de ellas. Los ánimos estaban entónces inclinados á las empresas militares, y la nobleza no buscaba sino ocasiones de señalarse por medio de las armas. Unos señores jóvenes normandos, hijos de un padre distinguido por su clase, pero poco atendido en la corte, en donde no agradaba, que no tenia mas que un mediano pasar, y una familia numerosa, no pudieron oir estas relaciones importantes por su misma novedad sin entrar en deseo de ir á coger los laureles que parecian ofrecerse á su valor.

Tancredo de Hauteville, en el territorio de Coutanza, era padre de estos jóvenes campeones, que de aventureros, ó mas bien de auxîliares de los griegos y de los príncipes de Salerno, llegaron á ser en poco tiempo conquistadores y soberanos de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia. Anhelaban á la gloria; pero al mismo tiempo bus-

caban el adquirir, por medio de su valor, algun establecimiento mas ventajoso, y de mayor esplendor que el que podian esperar, quedándose en sus hogares. Recibióseles como á unos extrangeros valientes y generosos, que venian al socorro de los christianos, sin otro motivo que el de ser útiles. A los principios no desmintieron esta opinion; pero luego que los sarracenos fueron echados, pensaron en despojar tambien á los griegos, y en establecerse por derecho de conquista en un pais regado con su sangre. Luego que dieron á entender esta intencion, y que se pusieron en disposicion de executarla con el socorro de nuevas tropas que habian traido de su tierra, los papas, que á los principios los habian acogido bien, se declararon contra ellos; pero ellos se burlaron de las censuras fulminadas por los pontífices, así como se habian burlado de la espada de sarracenos y griegos. Constantes en su proyecto, y felices en su empresa, obligaron con sus victorias y su generosidad á aquellos mismos pontífices, que los habian tratado como delinqüentes, á volverse favorables. El interes y la necesidad de encontrar un socorro indispensable, tuvo mas parte en esta mudanza que no el agradecimiento. Habiendo caido Leon IX. en sus manos por suerte de las armas, experimentó que no eran, ni bárbaros incapaces de procederes nobles y desinteresados, ni christianos rebeldes, que no supiesen dar al príncipe de la Iglesia lo que se le debe. Nicolás II. tuvo por útiles á sus ideas el ganarlos por amigos; y Gregorio VII., refugiado al lado de ellos, para libertarse de la venganza del emperador Henrique IV. legitimó las conquistas de estos valerosos hermanos, dando á Roberto Guiscard, el último de ellos, la investidura de las ciudades y territorios que habian ganado con su espada; y aun este hábil pontífice puso por condicion á esta gracia, que la santa Sede tendria la soberanía de todos los paises de que se trataba, y los sucesores de Roberto la carga anual de un censo á favor de los suyos. Hecho este ajuste, que la política hizo proponer y admitir, fueron vanos los esfuerzos de los griegos para volver á ganar lo que acababan de perder. Siempre que hicieron alguna tentativa contra la Italia, hallaron contra sí á los papas, que cubrian á sus vasallos con un broquel sagrado; y á los nuevos conquistadores, que muy léjos de temer á los soberanos de Constantinopla, introdu-

xeron la güerra en sus estados, y los hicieron temblar dentro de los muros de su capital. Este fué el orígen de los reynos de Nápoles y de Sicilia, y el de los derechos que la santa Sede ha adquirido sobre estas dos monarquías, y conservado hasta nuestro tiempo.

No se nos olvide decir, que hácia este tiempo dos ciudades, cuyos débiles principios no habian anunciado su grandeza futura, se hicieron contar en el número de las potencias, y repartieron entre sí el dominio de los mares. Estas dos ciudades célebres que todavía mantienen su reputacion despues de tantos siglos con sábias leyes é industriosa actividad, son Venecia y Génova. La primera debió su orígen á algunas familias de Venetos, pueblo antiguo de Italia, que á fines del siglo VI., al arrivo de los lombardos, se refugiaron en las isletas formadas por las bocas del Po. Acrecentándose sucesivamente, formaron estas familias un pueblo que se dió al comercio; y á quien el amor de la libertad conservó en la independencia. En los últimos años del siglo VIII. se veia ya á este pueblo laborioso y pacífico reunido en república, y gobernado por un dux electivo. Este estado, ya de consideracion, aumentó su poder en el IX. por medio de conquistas que hizo, tanto en tierra firme, como en las islas. En el siglo X. tuvo todavía acrecentamiento con la union de la Dalmacia, cuyos pueblos, sin otro motivo que el de participar de la felicidad de un gobierno suave y justo, se sujetaron á su dominacion. Por último, en el XI. estaba tan floreciente esta república, que no se emprendia en Europa ninguna cosa grande, ni acaecia revolucion de importancia en que no tuviese parte.

Génova, mucho mas antigua que Venecia, era su competidora, así como Cartago lo fué de Roma. Seria dificil averiguar su primer orígen, que precedió al establecimiento del christianismo. Igualmente lo seria el seguir su historia, penetrando las nubes de que está cubierta, y decir á punto fixo quál fué la forma de su gobierno en aquellos tiempos primitivos. Ignóranse las mudanzas que experimentó baxo la dominacion de los bárbaros que se apoderaron de la Italia en la decadencia del imperio romano. Sus historiadores mas fidedignos no comienzan sus anales hasta el siglo XI., que era el tiempo de su mayor poder: sus navios cubrian los mares, y su comercio, manantial

inagotable de riquezas, se extendia desde la embocadura del Tajo hasta el Ponto Euxîno. Gobernábase á modo de república, baxo la autoridad de dos cónsules, cuyo gobierno duraba 4 años, y que durante su magistratura exercian todos los derechos del poder supremo. Juntaba el espíritu de conquista con el de comercio; y desde el siglo IX. habia tomado la Córcega y otras islas á los sarracenos, y en éste se vieron sus flotas llevar socorros á los soldados que habian atravesado los mares para librar la tierra santa del yugo de los infieles.

España siempre, dividida entre moros y christianos, vió perpetuarse la guerra en su seno, y erigirse en ella nuevos tronos, que desde su principio fueron nuevos objetos de ambicion, y por consiguiente nuevas causas de competencias y disputas. Los moros, divididos entre sí, experimentaron todos los horrores de las guerras civiles. El califa Issem, envilecido á los ojos de sus vasallos por su pereza y su incapacidad, fué destronado por un rebelde atrevido, y al mismo tiempo valeroso. Sus rápidas victorias produxeron una turba de ambiciosos, que aspiraron al califado. Los príncipes christianos se mezclaron en estas divisiones, ya como aliados, y ya como enemigos, segun que su política, y mas todavía su inquietud, los movia á declararse en favor ó en contra de las diferentes parcialidades, suscitadas por el amor á la independencia y el deseo de reynar. Estos príncipes no vivian tampoco en mejor inteligencia unos con otros. Ademas de los reyes de Leon, que fueron por mucho tiempo los únicos que contrapesaron la fortuna de los sarracenos, hubo reyes de Sobrarbe, de Castilla, de Navarra, de Aragon; y todos estos pequeños soberanos miraban cada uno por su lado á engrandecerse á costa de sus vecinos por medio de alianzas, conquistas y usurpaciones. Estableciendo los casamientos y sucesiones nuevos derechos, introduciendo intereses opuestos, y dando pie para particiones y reuniones, eran siempre nuevo orígen de rompimientos, de invasiones y de combates. Las mismas divisiones y el mismo repartimiento de poder se advertia entre los moros. Toledo, Sevilla, Jaen, Valencia, Huesca, Murcia y otras ciudades sujetas al yugo del musulman, tuvieron soberanos que procuraron la independencia, y se hicieron guerras unos á otros para extenderse y estrechar á

sus vecinos. Así que España tuvo á un tiempo en este siglo 20 reyes, mas ó ménos poderosos, y peleando incesantemente unos contra otros baxo el estandarte de Mahoma, ó baxo de las banderas christianas.

Entre el crecido número de príncipes christianos que reynaron en España, casi no se cuentan mas que dos que hayan merecido vivir en la historia (*a*). Alonso, llamado

(*a*) Son muchos los errores históricos contenidos en estos dos párrafos. Y no siendo justo dexársélos pasar al autor sobre su palabra, prevendremos de ellos á los lectores ménos instruidos en una nota continuada: 1. Es injurioso á nuestros monarcas christianos del siglo XI. el decir que apénas hay mas que dos (Don Alonso el VI. y Don Sancho el Mayor) que merezcan vivir en la historia. Es preciso ignorarla para no saber que es de gloriosa memoria en nuestros anales Don Alonso el V. de Leon, aquel que reedificó su capital destruida por los moros, que les ganó muchas batallas, y que hizo las leyes ó fuero primitivo del reyno de Leon. Por este mismo título, sobre otros muchos, debe tambien vivir y vive en nuestras historias el conde don Sancho de Castilla, el que dió leyes á sus castellanos, y fueros á los hijos-dalgo y caballeros. *Comes iste Sancius Populis dedit optima jura*, dice el epitafio de su sepulcro. Don Bermudo III. fué digno de vida y reynado mas largo por sus grandes muestras de valor, justicia, piedad y grandeza de ánimo, segun muestran las memorias que de este jóven ó desgraciado príncipe nos han quedado. ¿Y qué diremos de Don Fernando I., el Grande en el nombre y en los hechos; de mucho valor, de gran pericia, prudencia militar y política, de excelente piedad, munificencia y religion hasta el punto de su muerte edificante y preciosa? Redundan los archivos de los estados de este gran príncipe de gloriosas memorias suyas; y querrá Ducreux que no merezca vivir en la historia de su siglo? Otro tanto á proporcion podriamos decir de otros soberanos de Navarra y Cataluña, si lo permitiese la brevedad de una nota. 2. Dice Don Alonso VI. que estuvo escondido mucho tiempo en un convento (sin decir quál), y que de allí salió á conquistar reynos con ayuda de los moros. Todo es incierto. Si estuvo en el monasterio de Benedictinos de Sahagun, como dicen muchos y graves historiadores, no fué escondido, sino con conocimiento y convenio de su hermano Don Sancho, y noticia de todo el reyno, y solamente el corto tiempo de algunos meses, como se convence por la cronología. De Sahagun salió para Toledo; y de aquella capital volvió muerto sobre Zamora su hermano Don Sancho, á recuperar su reyno de Leon, y á incorporar el de Castilla, que le pertenecia por su sucesion; pero todo sin inquietud, sin efusion de sangre, sin contradiccion y sin necesidad del auxîlio de los moros. 3. Atribuye las desgracias de los últimos años de Don Alonso VI. á su amistad con la Zaida. Esto es meterse á intérprete de la divina providencia. La Zaida, aunque hija de rey mahometano, se hizo christiana, y aseguran que fué muger muy católica y piadosa. Por otra parte se infiere haber sido muger legítima del rey, y no amiga, el haberse reconocido por heredero presuntivo del reyno el infante Don Alonso, hijo de la Zaida, que murió en la batalla de Ucles. 4. Dice que Don Sancho el Mayor conquistó el condado de Castilla para que fuese mayorazgo ó herencia de uno de sus hijos, y que se erigió en reyno. Pero es bien sabido y vulgar que Don Sancho el Mayor entró en posesion de Castilla por herencia de su muger, hija del conde Don Sancho, y hermana del último conde Don García, muerto alevosamente en Leon al ir á celebrar sus bo-

el Bravo, rey de Leon, de Galicia y de Castilla, fué el primero. Su conducta prueba que tenia ideas arregladas, y que sus pasos los dirigia una política fundada. Su prudencia, igual á su valor, le hizo sacar provecho de todos los acontecimientos para aumentar su poder. No tomaba las armas, no concluia ningun ajuste, no hacia alianzas, ni dexaba un partido para abrazar otro, sino con atencion al plan que se habia formado. Habia estado oculto mucho tiempo en un monasterio, de donde salió para conquistar reynos con el socorro de los moros, que despues se arrepintieron muy mucho de haber sido los primeros instrumentos de su grandeza. Ganóles muchas victorias memorables, les tomó un crecido número de ciudades, que volvió á poblar de christianos, y extendió sus conquistas hasta Portugal. Al fin de su carrera, la pasion que cobró á Zaida, hija del rey de Sevilla, princesa de peregrina hermosura, le hizo aliarse con los moros, de quien siempre habia sido el mas terrible enemigo: proceder tan contrario á sus verdaderos intereses, como á la gravedad de su edad, y á su larga experiencia; pero él lo pagó, y lo restante de su vida no fué mas que una serie de reveses, conseqüencias funestas de la imprudencia que le hizo cometer una pasion, de la que habrian debido defenderle las reglas de prudencia y de política que siempre habia seguido.

Los historiadores ponen en parangon con este príncipe á Don Sancho rey de Navarra. Entre tanto que los moros se destruian mutuamente con guerras civiles, les tomó todas las plazas que tenian á la falda de los Pirineos, y extendió sus conquistas muy léjos por la tierra llana. No contento con estas victorias, los destruyó en batalla formal en el valle de Funes, en donde lo esperaban á la vuelta de una expedicion. Los infieles pensaban que acometiéndole de repente, lo derrotarian con facilidad; pero su presencia de ánimo y su valor lo salvaron del riesgo, y

das con la infanta Doña Sancha, y que despues al tiempo del matrimonio de esta princesa con Don Fernando I. se erigió en reyno el condado de Castilla. 5. Asimismo de este rey dice Ducreux que apénas tenia 35 años quando arrimó las armas; pero no es así, pues las conservó en la mano hasta lo último de su vida, tomando por fuerza varias porciones del reyno de Leon hasta llegar á la capital, y aun pasar á Astorga, cuyos excesos dicen algunos que fueron la causa de haberle quitado la vida á traicion, yendo de romería á Oviedo, y que por eso se han ignorado las circunstancias del fin desgraciado de un príncipe tan famoso.

los mas de los que le habian tendido este lazo, pagaron con su vida aquel breve mal rato que le habian dado. En su tiempo se erigió en reyno el condado de Castilla que habia conquistado, para que sirviese de herencia y de título á uno de sus hijos. Despues de haber hecho toda su vida guerra á los enemigos del nombre christiano, hasta llegar á hacerse el terror de ellos, buscó gloria mas sólida. Sin embargo de hallarse entónces en lo mejor de su edad, pues apenas tenia 35 años, abandonó las armas para no ocuparse en otra cosa que en hacer florecer la religion y la piedad en sus estados. Esta fué su única ocupacion en lo restante de sus dias; y el exemplo de sus virtudes hizo eficaces los medios de que se valió para desempeñar unas ideas tan laudables en un príncipe christiano.

En todo este siglo fué la Inglaterra el teatro de las guerras mas sangrientas. Conquistada dos veces por príncipes extrangeros, vió quatro reyes de Dinamarca, á saber, Suenon, Canuto I., Haraldo I. y Canuto II., dueños de Londres y de las otras ciudades principales, dar leyes á sus provincias, y hacerlas gemir baxo un yugo de hierro. Una barbaridad aconsejada por traidores, y mandada por un rey cruel y cobarde, fué la que le acarreó todas estas desgracias. Los dinamarqueses establecidos en esta isla, fueron todos asesinados en un mismo dia; pero hallaron quien tomase venganza en sus compatriotas, que talaron las costas, y lo interior del pais con una furia implacable, y no dexaron de hacer correr la sangre por todas partes en mas de 50. años. Despues de tantas agitaciones, empezaba á respirar la Inglaterra baxo el gobierno prudente y moderado de Eduardo III., llamado el Confesor, hijo de Etelredo II., á quien los votos de la nacion habian llamado al trono de sus padres; pero la ambicion de Gowino, ministro duro y poderoso, que se habia hecho necesario á su señor por su crédito y riquezas, volvieron á sumergir el reyno en nuevas calamidades. Eduardo, á quien las circunstancias habian obligado á confiarle su autoridad, hubo menester de toda su prudencia para impedir que causase mayores estragos, y de toda su mansedumbre para reparar alguna parte de ellos. Este piadoso monarca se halló libre al fin por la muerte de la tiranía de un vasallo tan soberbio y tan temible, de quien se sospechaba, y no sin fundamento, que habia concurrido al homicidio del princi-

de Alfredo su hermano, y que le vendia los servicios que hacia al estado por ciertas condescendencias, de que muchas veces murmuraban los demas señores. Entónces Eduardo, vuelto en sí, y hecho rey verdaderamente, hizo gustar á sus pueblos las dulzuras de un gobierno justo y apacible. Supo concordar con todas las prendas que constituyen bueno á un príncipe un respeto infinito á la religion, y una piedad eminente. Mandó traducir en latin, y recopilar en un mismo cuerpo las leyes saxonas, que el uso habia consagrado. Este código, tan apreciable á la nacion, y que tantas veces ha reclamado, monumento de justicia y de beneficencia, conocido con el título de leyes de Eduardo el Confesor, ha hecho preciosa su memoria en Inglaterra, que no pudo consolarse de su pérdida, sino viendo su nombre solemnemente incluido en el catálogo de los santos.

La muerte de este príncipe, acaecida en el año 1066, es una época importante en la historia de este siglo. Careciendo de hijos, y no dexando otro heredero por línea masculina que al jóven Edgar Atheling, biznieto de Etelredo, y por consiguiente sobrino segundo suyo, príncipe, que además de su corta edad no daba ninguna esperanza para lo venidero, juzgó Eduardo deber llamar para el trono de Inglaterra á Guillermo, duque de Normandía, su primo, su bienhechor y su amigo. Guillermo, príncipe belicoso y prudente, que era á un mismo tiempo político y arrojado, diestro y valiente, se preparó para hacer prevalecer los derechos que la última voluntad de Eduardo le daba sobre la Inglaterra. Tan vivo en la execucion, como prudente y mirado en el consejo, se puso en marcha con un exército formidable, conducido por un crecido número de navios; y despues de algunos dias de una feliz navegacion, hizo su desembarco en las costas de la provincia de Sussex. Haraldo, hijo del imperioso ministro Godwin, se habia apoderado del trono, que nadie habia osado disputarle. Adelantóse para oponerse á los designios de Guillermo, quien lo recibió con una intrepidez, de que ya tenia dadas otras pruebas. La famosa jornada de Hastings decidió de la suerte de la Inglaterra, y de la fortuna de los dos competidores que se la disputaban. Haraldo, despues de los mayores esfuerzos de valor, dignos de mejor causa, quedó en el campo de batalla; y habiéndose hecho

Guillermo dueño de Douvres, marchó en derechura á Londres, en donde los obispos y magistrados, seguidos muy pronto de la nobleza y pueblo, lo recibieron con grandes demostraciones de alegría. El papa Alexandro II., que se habia inclinado á sus intereses, le alcanzó los votos de los prelados. Su exemplo se llevó tras sí á toda la nacion; y habiéndose ungido al nuevo monarca, no le quedó otro cuidado que el de asegurar su conquista, apaciguando las sediciones, abatiendo el orgullo inquieto de los señores, y haciendo executar las leyes. Hacíase obedecer con una entereza que declinaba algo á rigor; pero le parecia necesaria en estos primeros tiempos para contener unos hombres inquietos y ligeros, y enseñarles á respetar la autoridad mejor que lo habian hecho en tiempo de sus antiguos señores. Sin embargo, con su bondad, mansedumbre, liberalidad, amor á la justicia y al bien público, templó aquella demasiada severidad, que al parecer tenia su dominacion. La nacion inglesa reconoce hoy en dia que debe á este príncipe el principio de su poder y de su gloria. Su hijo Guillermo II. heredó todos sus estados, y vió como él la Inglaterra y la Normandía sujetas á sus leyes.

Dinamarca, Suecia, Rusia, y los demas estados del Norte, que apénas habian salido de las tinieblas del gentilismo, y estaban todavía sumergidos en las de la barbarie, no nos ofrecen mas que hechos dudosos, y poco dignos de detenernos. Polonia, Bohemia y Hungría solo eran conocidas por su conexîon con el imperio de Alemania, cuyos soberanos tenian á veces intereses que disputar con los que gobernaban. Por lo demas, ocupados con sus guerras mas que con la política y las leyes, las empresas de estos pueblos, sus prosperidades, ni sus adversidades, no interesaban tanto á las otras naciones, que hubiesen de estar atendiendo á lo que pasaba entre ellos. Sin embargo, es necesario advertir que Polonia, Bohemia y Hungría se habian hecho bastante poderosas, para que los emperadores de Occidente, y los papas, que disputaban entre sí el derecho de conferir las dignidades, concediesen á sus príncipes el título de reyes. En quanto á Rusia, que tenia entónces el nombre de Kiovia, si dió una reyna á la Francia (*a*),

(*a*) Ana, muger de Henrique I., casada año de 1051.

fué quizá porque era desconocida, y que en el órden civil no podia hacer ni bien ni mal á la Europa.

ARTICULO IV.

Estado de las ciencias y de las letras en Oriente y Occidente en el siglo undécimo.

Todos los siglos de ignorancia son muy parecidos unos á otros, porque la obscuridad que los cubre no es capaz de ningun matiz. Sin embargo, hay entre ellos diferencias muy verdaderas, aunque poco visibles, por la grande dificultad de conocer y fixar las líneas que separan los diferentes grados de barbarie. Míranse en general y con poca distincion estas diferencias, siguiendo de una edad á otra el paso del entendimiento humano; peró á mas de que se necesita gran tiento para no confundir unos objetos tan semejantes unos á otros, y que se tocan de tan cerca, sería menester tambien una sagacidad, que niega la naturaleza á los mas de los hombres, para discernir en medio de la misma obscuridad aquel mas y ménos, que distingue un siglo de otro, y que en un mismo siglo sirve de tránsito de una parte de tiempo á la que la precede, y á la que sigue.

Es cierto, como ya lo hemos dicho, que el siglo X. fué la época de la mas profunda ignorancia, y de la esterilidad mas general para las ciencias, las letras, y la razon. La mitad del XI., desde el año de 1001, hasta el de 1050, poco mas ó ménos, no fué ni ménos tenebrosa, ni ménos ingrata; porque subsistiendo las mismas causas, habian de resultar de ellas los mismos efectos. En la otra mitad, excitado el entendimiento humano por unos acontecimientos imprevistos, y unas revoluciones que lo sacaron de su entorpecimiento, recibió nuevo impulso, é hizo esfuerzos extraordinarios para adquirir la luz, cuyo resplandor comenzaba á brillar. No se debe perder de vista esta division de dos partes distintas de un mismo siglo, si se quiere encontrar la verdad en las reflexîones que se van á leer; sin lo qual no se podria formar una idea exâcta de los varios estados del entendimiento humano respecto de las artes y literatura en unos tiempos tan inmediatos, y marcados sin embargo con señales tan opuestas.

Las ciencias y letras cultivadas á tiempos en el imperio de Constantinopla se levantaron poco del infeliz estado en que las hemos visto en el siglo antecedente. Constantino Monomaco las protegió, y en tiempo de este príncipe el famoso Pselo, que llegó á la dignidad de senador, y á quien el emperador Constantino dió por maestro á su hijo Miguel Parapinacio, revivió con su exemplo el gusto de los estudios. La gramática, la filosofia, y aun la poesía, la eloqüencia y la historia servian para ocupar el tiempo los literatos. Si el emperador griego no hubiese sido continuamente agitado con guerras y revoluciones, quizá se hubiera hecho mas durable el reynado de las artes baxo algunos soberanos que las acogieron y las recompensaron. Varios literatos que no carecian de mérito, como Juan Scilitzés, Leon el Gramático, Jorge Cedrén y Xifilino, enriquecieron la lengua griega con muchos trozos de historia, que no sirven todavía para formar la cadena de los acontecimientos, cuyos eslabones, á pesar de todos estos socorros, tienen aun tanto trabajo para enlazarse y unirse. Pero nadie dió tanto lustre á las letras en el imperio de los griegos, como Ana Comneno, hija del emperador Alexo. Hízola sentar cerca del trono, y su exemplo debió necesariamente de tener imitadores entre los cortesanos y los que aspiraban á las gracias que se podian conseguir por su mediacion. Ella escribió la vida de su padre, y las circunstancias de los hechos que se refieren á este reynado fecundo en sucesos extraordinarios, su estilo es florido, agudo, agradable, y su modo de contar, cargado á veces de pesadez, interesa casi siempre por el ayre y modo delicado que le da, y por las reflexîones ingeniosas que mezcla con mucho arte y agudeza.

Sin embargo, estas ráfagas de luz que salian de quando en quando, se eclipsaban muy pronto; y no obstante lo poco que brillaban, el estado habitual de los entendimientos era como en las edades antecedentes un estado de indiferencia y de languidez, tanto respecto de las ciencias sublimes, como de las artes agradables. La nobleza jóven, disipada y frívola se ocupaba en fiestas, adornos y diversiones: los cortesanos, entregados á los enredos y á los artificios, ponian toda su atencion en observar las variaciones continuas de la atmósfera inconstante que los rodeaba. Los sugetos empleados, guiados de la ambicion, no usa-

ban de otros medios para ensalzarse ó mantenerse, que el favor y el artificio, y no necesitando de mérito ni de ciencia, no se cuidaban de aquirirlo. El clero abatido y orgulloso á un mismo tiempo, no veia cosa ninguna que mereciese emplear su talento y su pluma fuera de las disputas eclesiásticas, y de los puntos de discusion que se controvertian con tanto empeño entre los patriarcas de Constantinopla, y los pontífices romanos. Por último, envilecido el pueblo, atormentado, vexado por sus señores y por sus ministros, víctima sucesivamente del bando que triunfaba, y del que casi ocupaba al instante su lugar, no era ni tan feliz, ni tan libre, que se interesase en los adelantamientos de las letras, que componen parte de la gloria nacional.

¿Quién habia de creer que las ciencias, abandonadas en el centro de una corte culta y voluptuosa, como lo era todavía la de los emperadores griegos, y casi aniquiladas en lo restante del imperio, se habian de haber refugiado entre los turcos? Estos pueblos que apénas comenzaban á darse á conocer en el mundo, que parecian estar enteramente ocupados en conquistas y establecimientos, y que los pintamos nosotros, con especialidad en estos primeros tiempos, baxo la apariencia de barbarie y de ferocidad, amaron las artes, y las atraxeron á sí. Sus príncipes, que tan rápidamente sujetaron la Persia, la Siria, la Palestina, una parte del Egipto y del Asia menor, protegieron á los sábios, tuvieron gusto de conversar con ellos, y los establecieron en sus cortes por medio de la estimacion y de los beneficios; y así habia astrónomos, filósofos, médicos y poetas. Abrieron escuelas, y fundaron academias. Las ciencias y la filosofia de los árabes sojuzgados eran las que habian adoptado, poco mas ó ménos como en otro tiempo Roma, grosera é ignorante, habia connaturalizado consigo las artes de la Grecia despues de haberla sujetado.

Luego que estos nuevos conquistadores llevaron sus armas victoriosas á las orillas del Ganges, del Indo, y hasta el Indostan; los triunfos que consiguieron en estos climas distantes produxeron una comunicacion de luces entre los sabios árabes y los filósofos indios. La religion mahometana que profesaban, y que abrazó una parte de la India, fué nuevo vínculo entre los literatos de ambas naciones. Este comercio, esta union de conocimientos no podia ménos de ceder en beneficio de las ciencias que uno

y otro pueblo cultivaban, y á las quales habia dado cada uno de ellos el distintivo de su genio.

La filosofia se perfeccionó, pues, en el centro de Oriente por medio de esta feliz mezcla. Ya no se contentaron con traducir y comentar los filósofos antiguos, sino que se exâminaron sus opiniones, se pusieron en el crisol de la analisis, se averiguaron con separacion sus principios, se combinaron baxo de nuevas relaciones y formas, y se compusieron sistemas regulares, cuyas partes todas se enlazaron entre sí, y presentaron al entendimiento un conjunto, un cuerpo de doctrina mas metódico y mas convincente. De este modo se iba ilustrando el Oriente mas y mas: las ciencias filosóficas, y sobre todo la moral, aspiraban á perfeccionarse por medio de la emulacion y del estudio, entre tanto que los habitadores de la antigua patria de las artes perdian insensiblemente el gusto de las letras con el deseo de ganar nombre con los trabajos del entendimiento.

En todo el Occidente fueron, como ya hemos dicho, los 50 primeros años de este siglo un tiempo de tinieblas (a); habiendo sobrado motivo para temer que esta noche, ya tan obscura, llegase á serlo todavía mas.

Los establecimientos literarios que se habian conservado en el centro de algun retiro iban á ménos cada dia, y no presentaban mas que tristes reliquias de su antiguo esplendor. Los libros eran raros y tan caros, que se necesitaba ser muy rico para adquirir algunos: el arte de trasladar, tan abandonado como los otros, no tenia otro objeto que copiar biblias, misales, antifonarios, y los demas libros necesarios para el culto esencial de la religion. A pesar de las diligencias de algunos obispos y abades ménos apartados de la obligacion de su estado que la mayor parte de los otros, y ménos indiferentes en las cosas espirituales, apénas bastaban todos los copiantes juntos, ó por su corto número, ó por su poca habilidad, para abastecer á cada iglesia de los libros litúrgicos necesarios. Muchas tambien carecian de ellos absolutamente ó los tenian defectuosos; de suerte, que por falta de tenerlos para todos tiem-

(a) En España estuvieron adelantadas las ciencias entre judíos y árabes desde los principios de este siglo. Vease el prólogo de la biblioteca de Castro, y los escritores rabinos de este siglo XI.

pos y para todos fines, se dexaban de celebrar en ellas el oficio divino y las otras ceremonias eclesiásticas.

En una escasez tan grande de aquello que una necesidad continua hacia indispensable, no es de admirar que las obras de los antiguos fuesen casi desconocidas al corto número de gentes estudiosas que quedaban todavía; sin que baxo el nombre de obras de los antiguos queramos aquí dar á entender las preciosas producciones de la literatura griega y latina, que fueron las delicias del mundo erudito en los reynados memorables de Alexandro y de Augusto. Solamente entendemos los escritos de los padres sobre el dogma y la moral, de los que era dificil hallar algunos exemplares esparcidos, sin órden, imperfectos, tanto en punto de correccion como de crítica, y que no formaban cuerpo completo. No se pensaba en reproducirlos, porque á fuerza de perderlos de vista se habia cesado de conocer su mérito; y así los Basilios, los Crisóstomos, los Ambrosios rara vez se citaban en las escuelas ni en los púlpitos, y mucho ménos se imitaban que se leian. Ni sus conceptos, ni su estilo, ni su tono de eloqüencia tan justamente estimados en los siglos instruidos eran análogos con las ideas, con los modos de hablar, con el giro del entendimiento que reynaron en todo este espacio de tiempo. Lo que se escribia era mucho mas insufrible todavía que lo mas malo y mas contrario al buen gusto que hasta entónces se habia escrito. Las reglas de la gramática, lo primoroso del lenguage, la propiedad de las voces, los principios del raciocinio, todo lo esencial á la retórica y necesario para comunicar á los otros pensamientos por medio de la palabra, era desconocido hasta no hallarse de todo esto el menor vestigio en los mas de los escritos que salieron á luz en esta primera mitad del siglo XI.

Sin embargo, hubo todavía escuelas episcopales y monásticas, en donde en el seno de la misma obscuridad se conservaron algunas ligeras chispas de aquel fuego que en otro tiempo habia dado tanto resplandor en las Galias. Hácia el año 1050 esta preciosa semilla empezó á revivir, y su produccion alumbró y acaloró algunos ánimos de temple mas fuerte, que luchando contra los defectos de su siglo, fueron á un tiempo adorno de la literatura, y oráculos de la Iglesia. En esta época es en la que aparecieron el cardenal Humberto, Pedro Damiano, Lanfranco, Ives

de Chartres, san Anselmo y algunos otros, que aunque de clase inferior y de menores talentos, han dado lustre á las letras y á la religion.

Algunos príncipes conocieron el precio de los talentos, y se impusieron la obligacion de animarlos con sus beneficios, y aun con su exemplo. Sabido es quánto amaba las ciencias, y honraba los sabios el rey Roberto, discípulo del célebre Gerberto. Conócesele asimismo por el gusto singular que tuvo por toda especie de literatura; pero mas particularmente por la poesía, que cultivó como la diversion mas propia para recrearlo de las penosas obligaciones del trono. Guillermo el Conquistador no era tan negado que no conociese quánto contribuyen las artes y las letras á la gloria de las naciones. Habia concedido su favor, no siendo aun mas que duque de Normandía, á los establecimientos literarios; habíalos sacado de sus ruinas, ó enriquecido con sus dádivas; y excitado la emulacion, haciéndose fértil esta provincia en sujetos laboriosos y doctos por la proteccion con que los honraba. Dueño del trono de Inglaterra, una de sus primeras atenciones fué excitar en el ánimo de sus nuevos vasallos aquella inclinacion al estudio y á las letras, aquel deseo de adquirir conocimientos, y de distinguirse por los talentos, que en otro tiempo los habian hecho tan célebres. Por su vigilancia, que todo lo vivificaba, y baxo la direccion de los sabios que de todas partes de Francia llamaba á su isla, se vieron en ella volver á florecer en breve tiempo aquellas escuelas de donde se habia comunicado la luz á lo restante de la Europa, y que si se habian debilitado era por falta de proteccion.

Entre los príncipes amantes y protectores de las letras se puede contar tambien á Guillermo IV., duque de Aquitania, y conde de Poitiers, que habia ido juntando una biblioteca selecta y numerosa, y que se complacia en comunicar á los sabios los monumentos preciosos que habia recogido en ella; otro Guillermo, nono de este nombre, que vivia á fines de este siglo, poeta famoso en su tiempo, y uno de los que contribuyeron mas al progreso de la lengua romance; y á su exemplo muchos de aquellos soberanos pequeños que tenian una corte de ministros, de una representacion llena de magnificencia, que obscurecia muchas veces la brillantez del trono. Su proteccion se

declaraba regularmente en favor de los poetas y de los ingenios, porque el tener á su lado algunos de los cantores ingeniosos del heroismo y de la hermosura, era una parte de su grandeza. Los caballeros, las damas, y todos los que se picaban de tener política é ingenio, hacian el mismo aprecio de los poetas y romanceros. Los mas de los señores que adquirieron tan grande crédito de valientes en la Siria y en la Palestina, eran amigos de las letras, porque habiendo ocupado en ellas su juventud, y no habiéndolas borrado la profesion de las armas, la inclinacion al estudio y la estimacion de los talentos las establecieron en los estados que con su valor fundaron en Asia.

La parte mas lucida y mas curiosa de la literatura francesa en los tiempos que recorremos, era la poesía y los romances que los trovadores y cancioneros habian puesto en auge.

La lengua vulgar era su idioma. Esta lengua, que tomó el nombre de romana ó de romance, porque se derivaba particularmente de la que los romanos habian hablado, era todavía agreste, dura y arbitraria en sus elementos y en sus formas, como sin duda lo han sido todas las demas en su orígen sin exceptuar la de los griegos, la mas armoniosa y mas perfecta de quantas los hombres han usado jamas. Pero en este primer estado, á pesar de su rudeza y de su incorreccion, tenia una libertad, una energía, ciertas gracias, y sobre todo, una sencillez que la hacia muy á propósito para expresar los afectos verdaderos, naturales, llenos de franqueza y de noble simplicidad, que caracterizaban á nuestros mayores. Sin embargo de la dificultad que se encuentra el dia de hoy para leer estos antiguos monumentos de literatura francesa, da gusto ver cómo unos hombres, inspirados solo por la naturaleza, sin arte y sin reglas, sabian pintar con el mas vivo interes lo que á nosotros nos cuesta trabajo dibuxar ligeramente en nuestra lengua regular y culta. Los amores y las hazañas de los piadosos caballeros eran el asunto ordinario de estas agradables funciones; y el fin moral que se proponian en ellas (porque la moral tenia tambien mucha parte) era inspirar el heroismo, y señalar las máxîmas de honor que formaban, si se puede decir así, el código de la caballería.

Estudios mas graves, y de utilidad mas extensa ocu-

paban á los entendimientos mas sólidos. Casi todos los verdaderos literatos á quienes se les daba el nombre de prudentes y de grandes clérigos, ó monges dedicados al retiro, ó prelados encargados del gobierno de una diócesis, ó eclesiásticos de grado inferior, que cuidaban de una porcion del rebaño, baxo la autoridad de los primeros pastores. Estos hombres, ligados por su estado al servicio de la Iglesia, y á la enseñanza de las verdades eternas, dirigian sus estudios como debian á la religion y las costumbres. Es verdad que no se podia proponer término mas ventajoso, ni dar fin mas laudable á sus trabajos; pero para poner en órden sus ideas, para manifestarlas con método, para seguir su naturaleza, é indicar sus relaciones, se inventaron fórmulas que se ajustaban á todo, y se las pasó de la escuela de los filósofos á la misma teología, á las cátedras evangélicas, desde donde se distribuia á los pueblos la divina palabra. De aquí resultó que la teología se hiciese contenciosa, llena de sutilezas, de disputas y quisquillas, deteniéndose en qüestiones pueriles, despreciando el fondo de la doctrina, y trocando los nombres por las cosas; y que la predicacion, que debe siempre proporcionarse á la inteligencia del pueblo, puesto que está destinada para instruirlo, fuese seca, árida, contenciosa, sin instruccion, sin substancia, poco á propósito, en una palabra, para ilustrar los entendimientos, y alimentar los corazones. Todas las demas facultades, como la jurisprudencia canónica y civil, la metafisica, la moral, la medicina, la poesía, y aun la historia, participaron de este defecto, segun la mayor ó menor conexîon que podian tener con esta dialéctica falsa y sofistica que se veia en los escritos de Aristóteles, y en los comentarios de los árabes, que los habian dado á conocer en Occidente. Todas las especies se alteraron, pues, y confundieron con esta mezcla; de suerte, que la dialéctica, que en su institucion no es otra cosa que el arte de raciocinar con exâctitud, y de buscar la verdad por medios seguros, llegó á ser, por el abuso que se hizo de ella, una guia engañosa, que casi siempre llevó á dos términos opuestos al que se debia buscar.

En lo demas se siguió en las escuelas en el siglo undécimo (como lo observa el abate Pluquet, diccion. de las Heregías, disc. prelim. pág. 235) el método de Alcuino, conocido con el nombre de *Trivium* y de *Quadrivium*.

Enseñábase la gramática, la lógica y la dialéctica, esto era el *Trivium*; se estudiaba despues la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, esto era el *Quadrivium*; y este conjunto bastante extravagante de conocimientos mas sutiles que profundos, era lo que se llamaba las siete artes liberales.

En los siglos que habian precedido no se conocian mas que dos especies de teología, ó por mejor decir, dos métodos de tratar esta ciencia; el uno, que era el de los primeros padres, consistia en tomar inmediatamente de la escritura y de la tradicion las pruebas y explicacion de varios puntos de religion que se querian defender ó enseñar; y el otro, que habian seguido los escritores eclesiásticos desde el siglo VIII., consistia en juntar cadenas de pasages recogidos y copiados en las obras de los padres, de que se formaba como una cadena, que testificaba de la doctrina enseñada por los testigos de la tradicion, y por decirlo así, del camino seguido de la verdad. De esto se hacia uso para establecer con el voto unánime de los santos doctores los dogmas que se querian probar.

A mitad de este siglo XI., ó poco despues, la filosofia de Aristóteles aplicada á las materias teológicas hizo inventar nuevo método. Este fué tratar la doctrina de la escritura y de los padres usando del raciocinio, y sujetar absolutamente todo lo que se habia sacado de estas dos fuentes á las reglas del arte silogístico: método desconocido á toda la antigüedad christiana, y que no tardó en causar los mayores males por el abuso que de él se hizo poco tiempo despues de su nacimiento. A este nuevo y perjudicial método es al que se ha dado el nombre de teología escolástica. Los primeros escritores que lo adoptaron fueron el Beato Lanfranco y san Anselmo su discípulo; por cuya causa se les miraba á uno y á otro como á padres de la escolástica; verdad es, que se guardaron muy bien de incurrir en los defectos que con tanta razon se han reprehendido á los que han venido despues. Prudentes y mirados en el uso del raciocinio, no se valieron de él mas que para dar mayor órden y claridad al exámen de los principios. Al modo de los antiguos, sacaban sus pruebas de la escritura y de la tradicion; y si la dialéctica tenia algun oficio, era para hacer mas puntuales y palpables las conseqüencias que sacaban de los textos que servian de basa á sus argu-

mentos. Por otra parte, en lugar de aquel estilo seco, descarnado y bárbaro, que fué en adelante el de todos los escolásticos, se valieron los dos santos doctores de que hablamos de un modo de escribir tan agradable como sólido. Tienen pensamientos ingeniosos, expresiones nobles, frases delicadas, y aun á veces número y armonía.

No podemos dar á conocer mejor el estado de los estudios en general, y de la teología en particular á fines de este siglo, que concluyendo este artículo con un extracto del erudito y juicioso escritor que ya hemos citado el abate Pluquet. "El arte de raciocinar, dice él, no es »mas que el arte de comparar las cosas desconocidas con »las conocidas, para descubrir por este medio las que se »ignoran, y que se quieren descubrir. Aristóteles habia »observado que en los diferentes modos de comparar los »objetos que conocemos, hay muchos que no pueden »conducir á este fin, y que las inducciones que se saquen »de ellos son falsas. Reduxo, pues, á ciertas clases todos »los modos de comparar nuestras ideas, y dió reglas para »distinguir las que conducen á conseqüencias verdaderas. »Estas clases, reglas y aplicacion que se hace de ellas á »varios objetos que concebimos y que juzgamos, formaron lo que se llamó el arte del silogismo ó del raciocinio. A esta primera invencion añadió la de las categorías, que son otras clases de ideas generales y abstractas, baxo las quales reduxo los atributos, propiedades y »qualidades que caben en qualquier ente: por manera, que »para raciocinar lógicamente sobre un objeto, y conocer su »esencia, sus conexîones, sus diferencias, el procedimiento que prescribia, era preciso ver por el arte del silogismo á qual de estas clases generales se referia este objeto. Luego que los árabes dieron á conocer este arte, y »lo adoptaron los teólogos, no se conoció ya otro método, »sin atender á que estas generalidades, estas precisiones »ideales no eran en realidad mas que unas meras voces, »orígen perpetuo de equívocos, de sutilezas, y por consiguiente de disputas vanas y frívolas que no correspondian á la gravedad de los doctores christianos, ni á la »augusta sencillez de los misterios. El deseo de parecer »sutil y agudo, la vanidad de poner en aprieto, ó de confundir al contrario, fueron los que hicieron admitir con »ansia este nuevo arte: estudiáronse generalmente con un

»anhelo increible las sutilezas y equívocos; se aplicaron »á todos los dogmas, á todas las verdades de la teología; »y por último, las escuelas christianas destinadas para el »estudio de religion, se hicieron una especie de palestras, »á las que no se baxaba mas que con el fin de señalarse por »el ingenio, de obscurecer las cosas mas claras, y de apo»yar las mas falsas baxo de apariencia de verdad."

De todo lo que se acaba de leer se puede inferir que en este siglo se agitó mucho el entendimiento humano, sin que la razon hiciese grandes progresos; que los literatos, los filósofos y los teólogos tuvieron sutileza sin ideas profundas, resplandor sin luz durable, esfuerzo y emulacion sin extender la esfera de la instruccion, y que con mucho trabajo lograron muy poco adelantamiento, porque casi todos se engañaron en la eleccion de los medios, que era preciso emplear en el rumbo que convenia tomar, y aun en la naturaleza de las ciencias, que fueron el objeto de sus desvelos.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.

El christianismo se halló poco mas ó ménos en este siglo, gobernando los emperadores griegos, en el mismo estado en que lo hemos visto en el siglo antecedente. La Iglesia estuvo expuesta á las mismas mudanzas que el imperio: próspera y triunfante quando las armas de los príncipes christianos reducian baxo sus leyes provincias y ciudades de que se habian apoderado los sarracenos: afligida y humillada quando los exércitos mahometanos empezaban de nuevo sus desolaciones, y volvian á entrar en posesion de sus antiguas conquistas, ó añadian á ellas otras nuevas. Por esto, en las comarcas expuestas á los acasos de la guerra, y á la suerte diaria de las armas, dependia la situacion de los obispos y del clero, de los monasterios y de los fieles de la victoria que ya los príncipes christianos, ya los musulmanes alcanzaban. Esta alternativa de prosperidad y de abatimiento duró hasta cerca del fin de este siglo. Entónces las guerras sagradas, por cuya causa pasaron al Asia la mayor parte de los valientes de la Eu-

ropa, diéron motivo á nuevo órden en las cosas, y mudaron enteramente el semblante de los negocios, tanto respecto de la religion, como de la política; pero esto será asunto para un artículo separado.

Hasta entónces se vió la iglesia griega gobernada por el mismo plan, y animada del mismo espíritu que en el tiempo pasado. Asimismo reynaban muy poco las buenas costumbres y la sólida piedad, tanto entre los grandes, como entre el pueblo, sobre todo en la capital; pero al mismo tiempo tenia el exterior de la religion, así como ántes, mas esplendor y pompa que en ningun parage del mundo. Las ceremonias públicas se celebraban con un aparato y magnificencia que no tenian en otra parte; eran verdaderos espectáculos. Los emperadores no podian hacer cosa mas agradable al pueblo que emplear parte de sus rentas en fiestas religiosas, en procesiones solemnes, en arcos triunfales á honra de los santos, cuyas reliquias se llevaban en ellas. El mismo pueblo parece que se olvidaba de su miseria y del peso de los impuestos públicos con que se le oprimia quando veia á los ministros, á los señores, y aun á los soberanos hacer ostentacion en estas piadosas funciones de las riquezas que se le usurpaban con tantas cargas y derechos multiplicados. Estas procesiones en que se veia brillar todo quanto luxo y las artes podian inventar mas á propósito para suspender la atencion, no tenian por lo regular otro motivo que el de divertir la corte y el pueblo. Habíalas establecidas en ciertos dias y en ciertas festividades que se repetian todos los años con la solemnidad que correspondia. Otras, por último, tenian por motivo de las calamidades públicas, como peste, sequedad y terremotos. Estas últimas, aunque con aparato ménos pomposo, no dexaban de tener tambien su magnificencia. Una hubo de esta especie en el reynado de Miguel Patagonio. Sacóse en ella la imágen milagrosa de Edesa, de que ya hemos hablado, la carta que se decia escrita por Jesuchristo al rey Abgaro, y las mantillas sagradas del Salvador: los hermanos del emperador llevaban estos objetos de la veneracion pública.

El clero envilecido por el despotismo, estaba en una dependencia servil respecto de la corte. Los emperadores levantados casi todos del polvo de la tierra, y colocados en el trono por un capricho de la fortuna, exercian una

autoridad arbitraria, tanto en el órden eclesiástico, como en el civil. Hacian y deshacian á su gusto patriarcas y obispos; disponian de las iglesias, y echaban á los prelados que les habian dado algun disgusto para poner en su lugar hombres, cuya condescendencia era igual á su cabeza. Este derecho que los príncipes se habian adjudicado de ensalzar á las prelacías y de deponer de ellas con voluntad absoluta, habia llenado las mas de las sillas de sugetos ignorantes, viciosos, y de consiguiente incapaces de instruir y de edificar el rebaño que se les confiaba. Por un efecto de este abuso eran mal gobernadas las iglesias, y los fieles poco instruidos en los dogmas de la religion. Los sectarios que estaban repartidos por todas partes tomaban motivo de esto para menospreciar á los pastores católicos, y este menosprecio los confirmaba en la persuasion en que estaban de que su doctrina era la de la verdad.

Pero no paraba en esto el ódio de los hereges, de que estaba lleno el Oriente; incitaban con freqüencia á los príncipes musulmanes á que persiguiesen á los melquitas; favorecian sus empresas, y aun se juntaban con ellos en los asedios y en los combates, mirando como amigos á todos los que hacian daño á los católicos. Por instigacion suya encendió el sultan Hakem, señor de la Palestina, una violenta persecucion contra los christianos, arruinó sus iglesias, y exerció las mayores crueldades en clérigos y legos, lo que obligó á muchas personas de todos estados mal arraigados en la fe á que se hiciesen mahometanos. Durante esta tempestad, la iglesia del santo Sepulcro, objeto de veneracion y de piedad para todas las naciones christianas, fué demolida y profanada: suceso mas sensible para los fieles de Jesu-christo, que quantas ignominias tenian continuamente que sufrir de los infieles.

Por lo demas ninguna nueva heregía turbó á la iglesia griega. El único suceso que la agitó fué su rompimiento con la iglesia latina, causado por la ambicion é intrepidez del patriarca Miguel Cerulario; pero de este asunto daremos noticia con la atencion que merece en un artículo en que expresaremos sus principales circunstancias.

A pesar de los alborotos civiles que hacia á toda la Francia un dilatado teatro de guerras y de disensiones, estaba allí mas floreciente, y se conservaba mas pura la religion que en ninguna otra parte del Occidente. El rey

Roberto, que mereció el sobrenombre de Pio, fué tan liberal con las iglesias, como exemplar en su conducta particular. Su caridad con los pobres casi no tenia límites, manteniendo cada dia 300 lo ménos, y algunas veces hasta 1000. Creese que la costumbre de lavar los reyes los pies á 12 pobres el juéves santo, y de servirles á la mesa, viene desde este príncipe, tan bienhechor con los miembros pacientes de Jesu-christo. Ayudó con todo su poder á los obispos y abades que emprendieron la reforma del clero y de los monges. Sus buenas obras en todo género eran innumerables, y es dificil comprehender cómo pudiese satisfacer á tantos gastos, motivados únicamente de la piedad, con una renta tan escasa como la que tenia; porque los reyes de Francia estaban entónces ceñidos á lo que sacaban de sus fondos hereditarios.

En tiempo de este príncipe sucedió una cosa que causó mucho estrépito en Francia y en algunos otros paises de la Europa. Una muger artificiosa y corrompida habia venido á Orleans, y con su hipocresía encontró modo de reducir un crecido número de gentes. La doctrina que enseñaba era en lo principal la de los antiguos maniqueos, modificada con algunos desvarios sin invencion. La secta que empezaba á formar, se iba haciendo cada dia mas numerosa, y entre los principales de sus prosélitos habia dos eclesiásticos, que hasta entónces habian gozado de mucha reputacion de sabiduría y de virtud; el uno se llamaba Esteban, que habia sido confesor de la reyna Constanza, y el otro Lisoyo, canónigo de la iglesia de Orleans. Roberto y Constanza, con un crecido número de obispos, pasaron á Orleans para dar fin á este error con el concurso de ambas potestades. Estos hereges, obstinados en sus opiniones, convencidos por las blasfemias que profirieron en presencia de los prelados y de la corte contra los misterios mas respetables de la fe, y contra el mismo Jesu-christo, y acusados ademas de cometer las mas enormes abominaciones en sus conventículos nocturnos, fueron condenados al fuego. Algunos de sus seqüaces habian penetrado hasta la capital del condado de Artois, en donde trabajaban en reparar, adquiriendo nuevos discípulos, la pérdida que acababan de tener con el castigo de sus hermanos. Gerardo, obispo de Cambray, prefirió los medios de afabilidad y de persuasion á las amenazas y al aparato de los tormentos,

y tuvo la fortuna de que le surtiesen bien estos medios tan conformes al espíritu del Evangelio; y despues de haberlos instruido en la verdadera doctrina de la Iglesia, acerca de los puntos en que no estaban de acuerdo, los obligó á hacer una abjuracion pública de sus errores. Desde el año 1025 hasta el tiempo de los valdenses no se oyó hablar mas de esta secta impura y sacrílega. En España las discordias de los moros, y lo que los príncipes christianos les conquistaban, redundaban en acrecentamiento del christianismo. Ocupábanse en reparar los males que estos infieles habian causado á la religion, y en reprimir los abusos que se habian introducido á la sombra de las turbaciones que una guerra casi continua habia mantenido. Unos príncipes instruidos y virtuosos, tales como Sancho el Mayor, Fernando I. y Alfonso VI., se aplicaron á reedificar las iglesias arruinadas, y los monasterios destruidos, á restablecer el culto divino en su antiguo esplendor, á reformar las casas religiosas en donde se habia introducido la relaxacion, y á hacer florecer de nuevo la ciencia y la piedad. Este fué el objeto que tuvieron las juntas de obispos y señores, y de los reglamentos que se hicieron en ellas. Quando Alfonso VI. tomó la ciudad de Toledo á los sarracenos que la habian poseido 368 años, su primera diligencia fué levantar esta antigua iglesia de sus ruinas, y darle un pastor capaz de afirmar á los christianos en la fe, y de reducir á ella á los mahometanos. Sacólo de la abadía de Cluni, que era entónces la escuela mas famosa del mundo christiano (a). Este nuevo arzobispo, llamado Bernardo, se llevó consigo un crecido número de súbditos de singular mérito, que le ayudaron en sus trabajos, y que fueron despues ascendidos á las principales sillas de España. Eran franceses, y la instruccion que habian adquirido en los varios monasterios de donde se les sacó, contribuyó á la renovacion que se hizo hácia la mitad del siglo XI. en esta parte del Occidente. Entónces fué (dicen los eruditos AA. de la historia literaria de Francia tom. 7. pág. 158.) quan-

(a) No le sacó de Cluni, sino del monasterio célebre de Sahagun, de que era abad desde el Mayo de 1080, y su venida á España fue para introducir la observancia cluniacense, á solicitud de Don Sancho el Mayor, en los monasterios benedictinos de Leon, Navarra, Rioja y Castilla, san Juan de la Peña, Cayre, Hirache, Alvelda, Oña, Cardeña y Sahagun, y de éste fué sacado, despues de seis años de abad, para arzobispo de Toledo.

do se estableció allí el oficio de la iglesia galicana, que era el romano, en lugar del muzárabe, y las letras ó caractéres franceses en vez de las góticas (a).

La iglesia de Inglaterra tuvo mucho que padecer con los dinamarqueses en las diferentes irrupciones que hicieron en esta isla; pero luego que concluyeron su conquista, no usó Canuto el Grande de su poder mas que para hacer olvidar los males de que en parte era él autor. San Elnoth, arzobispo de Cantorberi, que era su confidente, le dió sabios consejos, y le enseñó á reparar con sus buenas obras, sobre todo con su liberalidad con los pobres, con las iglesias y con los monasterios, los daños que les habia hecho su nacion durante la guerra. En el reynado justo y moderado de san Eduardo el Confesor fué la religion christiana protegida todavía mas á cara descubierta. El exemplo del soberano era una exhortacion poderosa á la práctica de todas las virtudes christianas; pero hasta despues del establecimiento de Guillermo el Conquistador no se vió renacer el buen órden, ni recobrar el christianismo su antiguo esplendor. Con el fin de extirpar los abusos y de resucitar la piedad en el corazon de sus nuevos vasallos, traxo á su lado muchos varones célebres de sus estados del continente y de las otras comarcas de la Francia. Ayudado de su zelo y de su capacidad, puso la religion en estado floreciente.

El clero mudó de conducta, y se instruyó en sus obligaciones; los vasallos poco aptos ó escandalosos fueron despojados de sus dignidades; puestas en su antiguo vigor las leyes eclesiásticas que se recopilaron de nuevo; y viendo en él señales continuas de confianza los varones virtuosos que lo habian ayudado, entre otros el piadoso y docto Lanfranco, arzobispo de Cantorberi, lo encontraron siempre dispuesto á aprovecharse de sus avisos para mayor bien de la Iglesia.

El christianismo continuaba haciendo progresos en Dinamarca, Noruega, Suecia y en los otros paises del Norte. Príncipes religiosos y poseidos de zelo contribuyeron á extenderlo, protegiendo á los varones apostólicos que traba-

(a) La mudanza del rezo fué empeño de los papas, y habia empezado por Trapon, y tal vez el orígen de la decadencia de nuestra literatura, por haber llegado á hacerse desconocido el carácter de los códices en que se hallaban los tesoros de las letras.

jaban en la conversion de los gentiles, y dando á sus vasallos exemplo de piedad sólida. Tales fueron en Dinamarca san Canuto, que si hizo guerra á los pueblos inmediatos, fué para reducirlos á la fe, y que despues de un reynado lleno de justicia y de gloria fué asesinado por unos sediciosos, y mereció ser venerado como mártir; en Noruega, Solaf, príncipe que no tuvo otro deseo que hacer reynar á Dios en sus estados, á quien los mágicos, especie de seductores demasiado comun en estos tiempos de ignorancia, de los quales habia emprendido limpiar el pais, hicieron perecer en secreto; y entre los esclavones, pueblo que habitaba de la otra parte del Elba, san Gotescalco, que con las virtudes de un christiano lleno de fervor juntaba el zelo de un apóstol por la propagacion de la fe, fué muerto por los infieles con muchos sacerdotes, y muchos legos en odio de la religion que anunciaban.

Ya hemos visto á san Esteban, rey de Hungría, entregado á todo lo mas penoso y heroico que pueden dar de sí los trabajos del apostolado, por destruir las reliquias del gentilismo en sus estados, y establecer en ellos el reyno de Jesu-christo. Despues de su muerte cayó la Hungría en una horrible confusion por causa de las guerras civiles suscitadas por la ambicion de los grandes y el disgusto del pueblo. Los señores, cuyo fin era aprovecharse de estos alborotos para aumentar su poder, y eximirse de la autoridad real, permitieron al pueblo volver al culto de los ídolos, y vivir segun las antiguas costumbres que á pesar suyo habian dexado. Los húngaros, cuya ferocidad natural no habian tenido aun tiempo de amansarse con las máximas del christianismo, se aprovecharon de esta libertad para entregarse al mayor desenfreno que puede dar de sí la licencia, y á la barbaridad mas atroz. Asesinaron impiamente á todos los christianos, tanto clérigos como legos, abrasaron las iglesias, y descargaron su furia sobre todo lo que tenia la señal del christianismo. Estos estragos duraron hasta el reynado de Andres, que fué coronado el año 1047 por tres obispos que habian podido escapar de la matanza hecha en los christianos. Este príncipe renovó las leyes de san Esteban contra la idolatría, y tomó las mas prudentes providencias para el restablecimiento del christianismo en sus estados. Su constancia pudo conseguir el vencer todos los obstáculos que encontró de parte de

los grandes indóciles y del pueblo supersticioso. Desde este tiempo ha profesado siempre la Hungría la religion christiana.

La Bohemia, en donde la luz del Evangelio habia penetrado hacia algun tiempo, como ya lo hemos referido, no supo conservar este precioso beneficio. Poco á poco fué asomando otra vez la idolatría, y los pueblos abandonaron los altares del verdadero Dios. El hábito y la supersticion les hacian preferir las fiestas gentílicas, siempre acompañadas de bayles y de desórdenes, á la sencillez del nuevo culto que tenia ménos imperio sobre sus sentidos. La escasez de ministros instruidos y zelosos contribuyó tambien mucho á esta mudanza; pero nunca se conoció mas que en el reynado de Bretislao II., que subió al trono el año 1093. Este príncipe, para contener los progresos de una desercion que la falta de castigo hacia casi general, expidió un edicto severo contra la idolatría.

Permaneció constante en la execucion de esta ley, é hizo castigar con rigor á todos los que se atrevieron á quebrantarla. Por otra parte templó esta extremada severidad con un genio afable, y un gobierno popular y benéfico. De este modo, conteniendo á unos con el temor, y ganando á otros con el agasajo, consiguió que dominase el christianismo en sus estados.

Despues de la muerte de Miscestao II., rey de Polonia, acaecida el año 1034, se habia hecho esta parte de la Europa una anarquía que no fué ménos perjudicial á la religion que á la sociedad civil. Una turba de tiranos de poco poder talaron lo interior del estado, que estuvo expuesto por todas partes á las correrías de sus vecinos. Miscestao no habia dexado mas que un hijo demasiado jóven para tomar las riendas del gobierno. Su madre, llamada Riehsa, biznieta del emperador Oton el Grande, fué declarada gobernadora y tutora del príncipe; pero su dureza, su avaricia y sus cohechos enagenaron de ella á todos los polacos. Hubo un alboroto general, y la gobernadora se vió obligada á acogerse al emperador Conrado su pariente. A Casimiro, heredero del trono, se le envió á Francia á que se le educase como correspondia á su nacimiento, esperando coyunturas mas favorables. Sin embargo, la tiranía de los grandes y los desórdenes que eran resulta de ella, crecian cada dia mas, llegando á un ex-

ceso que ya no se podia aguantar. Las leyes carecian de vigor, porque no habia en el estado una cabeza que las hiciese executar. El freno de la religion no contenia á nadie, y aun los principales de la nacion se volvian públicamente al gentilismo que jamas habian dexado de corazon. En esta situacion deplorable resolvieron los polacos tomar un rey capaz de remediar los males que les afligian. No encontraban otro que al jóven príncipe Casimiro, que pudiese libertarlos de la opresion, y hacer revivir el christianismo casi abandonado; pero este príncipe habia abrazado la vida monástica en la abadía de Cluni, y aun estaba ordenado de diácono. Los diputados de la nacion fueron á buscarlo, suplicándole viniese á tomar posesion de una corona que le pertenecia por el derecho del nacimiento y por el voto general de la patria. El jóven príncipe respondió que ya no consistia en él, y que los dos vínculos con que se habia ligado no podian disolverse de otro modo que con la autoridad pontificia. En fuerza de esta respuesta acudieron los diputados al papa, que era Benedicto IX. Su súplica pareció tan nueva y tan extraña, que dudó el pontífice si sus facultades se extendian á tanto; pero los polacos avivaron tanto sus instancias, y representaron con tanta fuerza las necesidades urgentes del estado y las de la religion, que el papa, despues de haber consultado muy bien sobre el partido que debia tomar en este asunto, se rindió á sus ruegos. Casimiro quedó libre de sus votos, y aun se le permitió casarse con la condicion de que cada caballero polaco pagase todos los años á la santa Sede un dinero de censo; y á esta especie de tributo se dió el nombre de dinero de san Pedro. Este suceso corresponde al año 1041. El reynado de Casimiro duró 18; pero no pudo afirmarse en el trono sino á fuerza de armas. El duque de Bohemia habia invadido una parte del reynado, y los grandes usurpado, durante la anarquía, los derechos de la soberanía. Como la causa de Casimiro era justa, la favoreció el cielo. Ayudado de la mayor parte de la nacion y de aliados fieles, reduxo á su deber á los grandes. Este príncipe llevó al trono los afectos de piedad que habia aprendido en el monasterio. Hizo reynar la justicia y la religion, protegió á los prelados, alentó sus trabajos, y apoyó con su autoridad la de los pastores para hacer des-

desvanecer en quanto fuese posible los efectos de la discordia, y reparar las desgracias que habian afligido á la Iglesia.

ARTICULO VI.

Consideraciones sobre la iglesia de Roma y sobre el carácter de alguno de sus pontífices en el siglo XI.

Ahora volveremos á tomar el hilo de las reflexiones que comenzamos en el artículo VI. del siglo X., que tiene el mismo objeto, y que prometimos continuar aquí. Nuestro fin en nuestras consideraciones particulares sobre la iglesia de Roma y sobre el carácter de algunos de sus pontífices, es siempre apreciar con equidad, y reducir á la verdad lo que algunos críticos mal intencionados ó llenos de preocupacion han escrito sobre unos sucesos, cuyos motivos agrava la malignidad, despues que la parcialidad ha desfigurado su relacion.

A las violentas agitaciones, cuyos vaybenes habia experimentado Roma casi incesantemente en el siglo X., habian sucedido al fin la paz y la seguridad en el pontificado del célebre Silvestre II. No añadiremos nada á lo que hemos dicho tocante á las bellas prendas y á la conducta prudente, comedida, y en una palabra, verdaderamente apostólica de este grande hombre. Los tres papas que le sucedieron no ocuparon la cátedra de san Pedro mas que el espacio de seis años. El tercero, que habia tomado el nombre de Sergio IV., fué recomendable por sus virtudes, y sobre todo por su liberalidad con los pobres. El fué, segun dicen, quien estableció una ley obligando á los papas á mudar de nombre al entrar á ocupar la silla de Roma.

Juan Teofilito, obispo de Porto, hijo de Gregorio, conde de Túsculo, fué trasladado á la silla apostólica por la mas numerosa y mas sana porcion de los romanos. Sin embargo, el espíritu de faccion que continuaba fermentando sordamente en la ciudad, le dió por competidor á un tal Gregorio, que llegó á hacerse bastante poderoso para obligarlo á salir de Roma: el papa imploró el auxilio del piadoso emperador Henrique II., quien lo volvió á la capital del mundo christiano, disipó la parcialidad de su

competidor, y recibió de sus manos la corona imperial. Este papa, que gobernó la santa Sede doce años, supo unir con las virtudes pastorales los talentos de político y guerrero. A la frente de los obispos y de los defensores de la Iglesia, congregados baxo sus órdenes, con los soldados que pudo juntar, destruyó á los sarracenos que habian hecho una entrada en Toscana. Vencedor de los infieles, quiso libertar ademas la Italia de la dominacion de los griegos, á cuyo fin se valió primero de un señor normando, llamado Roaldo, á quien las tramas de la corte habian obligado á abandonar su patria; pero fundaba sobre todo la esperanza de la victoria en los socorros que hacia cuenta de conseguir del emperador de Occidente, lo que dió motivo á un viage que hizo el papa á Alemania. Si no inclinó á Henrique II. á patrocinar esta empresa, logró á lo ménos cosa mas útil para su Iglesia, que fué la confirmacion y ampliacion de los magníficos dones ya hechos á la santa Sede por tantos príncipes. Se debe observar que en el instrumento de esta confirmacion se reservan expresamente los derechos del imperio sobre las ciudades dadas á los pontífices, y sobre la misma Roma.

Habiendo vacado la cátedra pontificia en el año 1024 por muerte de Benedicto VIII., su hermano, que se llamaba Romano, y que tomó el nombre de Juan XIX. (algunos dicen Juan XX.), se hizo elegir á fuerza de dinero. No era aun sino lego, y tenia los dos títulos de cónsul y duque de Roma. Una entrada tan poco canónica no podia agradar á todos; no porque el zelo de los romanos fuese tan puro y tan desinteresado que se ofendiese de que se usase de estos medios irregulares para ensalzarse á la primera silla de la Iglesia, sino que rara vez sucede que el que compra los supremos honores, sea tan liberal ó tan rico que á todos dexe contentos; siendo mas raro todavía el que se merezcan quando se logran de este modo. Algunos de los principales de Roma conspiraron, pues, contra Juan XIX.; y á no haberle auxiliado el emperador Conrado el Sálico, le hubiera costado trabajo dexar de ser víctima de los rebeldes. Sobrevivió poco á este suceso, habiendo muerto en el año 1033, despues de 9 de pontificado.

La muerte de este papa fué la época de un nuevo es-

cándalo en la Iglesia. Teofilacto, sobrino de los dos últimos pontífices, apénas de 12 años de edad, fué ensalzado á la santa Sede por el crédito de su familia, y por el dinero que se distribuyó con profusion para ganar gente.

Este jóven, que tomó el nombre de Benedicto IX., mas desarreglado en sus costumbres que ninguno de los que habian deshonrado hasta entónces la silla apostólica, se manchó con mil infamias. Vendia públicamente las cosas sagradas, robaba las iglesias, molestaba, oprimia y mataba sin verguenza á todos aquellos cuya riqueza excitaba su codicia. Los romanos, que veian renacer en su pontificado los funestos tiempos de sus antiguos tiranos, lo echaron fuera de sus murallas, y pusieron en su lugar á Juan, obispo de Sabina, que se nombró Silvestre III. Benedicto, ayudado de sus parientes, que eran ricos y poderosos, consiguió volver á entrar en Roma; pero su vida licenciosa, que ni siquiera sabia encubrir con las apariencias de la prudencia, irritando cada vez mas al pueblo y á los grandes, tomó el partido de retirarse, para entregarse con toda libertad á los vergonzosos excesos, cuyo hábito habia contraido. Cedió el pontificado mediante una gruesa cantidad de dinero á Juan Graciano, arcipreste de Roma, que se hizo nombrar Gregorio VI. Los historiadores contemporáneos dan á este pontífice mérito y virtudes; pero si las tuvo, el ajuste simoniaco que hizo para abrirse el camino á la silla pontificia las ha manchado mucho. No gozó en paz del fruto de sus convenios indignos; porque Benedicto IX. halló todavía medio de subir por tercera vez á la silla del príncipe de los apóstoles, y de mantenerse en ella como un año. Por último, habiendo venido á Italia para hacer cesar tantos escándalos, el emperador Henrique III. congregó un concilio en Sutri, cerca de Roma, en que el infame Benedicto con sus dos competidores el intruso Silvestre III., y el simoniaco Gregorio VI. fueron unánimemente depuestos. Roma y toda la Italia estaban entónces tan desproveidas de sugetos que fuesen capaces de ser cabezas de la Iglesia, que los mismos romanos, tan zelosos como eran de no ver extrangeros en este puesto eminente, pidieron al emperador un aleman para ocuparlo. Con efecto, les dió á Suidgero, saxon de nacimiento, y obispo de Bamberg. Tomó el nombre de Clemente II., y no rigió la silla apostólica mas que nueve meses

Su sucesor, llamado Damaso II., la ocupó tan solamente 23 dias.

Sin embargo, Benedicto IX., que no habia cesado de aspirar al sumo pontificado, no obstante la cesion que de él habia hecho, fué al fin llamado de Dios; y por consejo de san Bartolomé, abad de la Gruta Ferrea, á quien hizo una confesion sincera de toda su vida pasada, renunció á buenas la ambicion y el pecado para dedicarse á los trabajos de la penitencia, y reparar los escándalos que habia dado al mundo christiano: exemplo raro de misericordia y de gracia, que debe alentar á los pecadores sencillamente arrepentidos, sin inducir por eso á presuncion á los prelados que deshonran la santidad de su estado con costumbres disolutas.

La iglesia romana, gobernada, ó por mejor decir, destruida en cerca de 15 años por un pontífice como Benedicto IX., habia venido á parar en el estado mas deplorable. El vicio se dexaba ver con abundancia por todas partes: la ciudad estaba llena de ladrones y de asesinos: quitábanse por fuerza las ofrendas encima del sepulcro de los apóstoles, y aun de sobre el altar. En toda la Italia estaban los caminos tan llenos de salteadores, que aun caminando en tropas los peregrinos, no se libertaban de que los robasen. Por último, lo temporal de la Iglesia, parte enagenado, parte usurpado, habia quedado reducido á tan poco, que á no ser por las ofrendas de los fieles, el clero y aun el papa, no hubieran tenido con que poder subsistir.

En este triste estado de las cosas se necesitaba de un pontífice en quien estuviese unida la prudencia con el zelo, el buen exemplo con la constancia contra el vicio, y la eleccion de los medios mas convenientes á las circunstancias y á la disposicion de los ánimos con el conocimiento de los cánones y el deseo de hacerlos executar. La Iglesia encontró, no sin admiracion, todas estas qualidades en Bruno, obispo de Toul, elegido en Vormes por una junta de prelados y señores. A los principios se negó á los deseos unánimes de los que le honraban con la dignidad pontificia; y si cedió, fué por las vivas instancias del emperador, que lo juzgaba mas á propósito que ningun otro para remediar los males que afligian á la Iglesia. Bruno tomó al entrar en el pontificado el nombre de Leon IX., tomando á san Leon el Grande por modelo, y proponién-

dose honrar como él la silla apostólica con su zelo, mansedumbre y piedad. Ya habia llegado á edad madura, y la experiencia que habia adquirido en 22 años que fué obispo en la silla de Toul, fué su norte en el gobierno de la Iglesia universal. Aplicóse sin intermision á restablecer la disciplina, y á reprimir los desórdenes, de que su corazon, propenso al interes de la religion, estaba íntimamente afligido. Este fué el objeto de los concilios que congregó, de los reglamentos que dispuso, y de los viages que emprendió, ya á Alemaña, ya á Francia, sin reparar en obstáculos ni riesgos. Si alguna falta hay de que culparle, es de haber tomado las armas contra los normandos, señores de la Pulla y de la Calabria, que se ofrecian hacerse vasallos de la santa Sede, y en los quales era mas conveniente á los intereses de la Iglesia adquirir un apoyo, que tratarlos como enemigos.

Esta empresa mal concertada no tuvo buen éxito. Los normandos, acostumbrados á vencer, derrotaron las tropas del pontífice, y se hicieron dueños de su persona; pero no tuvo que quejarse de ningun mal tratamiento, ántes bien llenos de veneracion al padre comun de los fieles, lo trataron con respeto, é hicieron quanto quiso. Leon los edificaba con su modestia, con la austeridad de su vida, y con su aplicacion casi contínua á la oracion. Quando estuvo cerca de su fin, pidió que se le llevase á Roma, y aumentando su fervor al acercarse la muerte, dió los últimos suspiros en la iglesia de san Pedro, adonde se habia hecho llevar, con afectos dignos de la piedad que habia animado todas sus acciones. Roma y la Iglesia perdiéron en él el mas prudente y mas virtuoso pontífice que desde mas de un siglo habia subido á la cátedra apostólica.

Su pontificado habia durado 5 años y algunos meses, y su muerte acaeció el de 1054. La Iglesia lo ha colocado entre los santos, cuya proteccion implora cerca de Dios.

Los pontificados demasiado cortos y poco memorables de Victor II. y Estéban IX. no nos presentan nada que merezca fixar nuestra atencion. Estos dos papas tuviéron mérito y virtudes; pero les faltó tiempo para usar de ellas, continuando la grande empresa de la reforma de las costumbres tan felizmente comenzada por Leon IX. Nicolao II., que se siguió, hizo revivir las esperanzas de los bien intencionados por las virtudes que se habian admira-

do en él en la silla de Florencia, que regia al tiempo de su exâltacion; pero no ocupó la cátedra de los apostóles mas que unos 2 años y medio, lo bastante para darse á conocer y sentirse su pérdida; pero muy poco para acabar de reparar las desgracias pasadas, y restituir á las leyes eclesiásticas su antiguo vigor. La accion mas notable de su pontificado fué el ajuste que concluyó con los normandos de Italia. Reconciliólos solamente con la santa Sede, los confirmó en la posesion de sus conquistas, y consiguió de ellos la restitucion de todas las tierras del patrimonio de la Iglesia de que se habian apoderado. Por este medio adquirió Nicolao II. por defensores y amigos de la santa Sede á aquel Roberto Guiscardo, héroe de su siglo, y los otros campeones que habian ganado con su valor unos estados florecientes en el centro de la Italia, á pesar de las armas de los griegos, de las excomuniones de los papas, y de los esfuerzos de los pequeños señores de estos distritos, cuyos ardides no tenian ninguna fuerza contra la constancia y la intrepidez.

En medio de estas pérdidas que afligian á la Iglesia, porque retardaban la obra tan necesaria y tan deseada de la reforma, un sugeto de mérito poco vulgar, que habia de llenar muy pronto la Europa con la fama de su nombre, se iba haciendo á los negocios, y llamaba á sí las atenciones de todos. Este era Hildebrando, nacido en la obscuridad, que primero fué monge de Cluni (*a*), y despues arcediano de la iglesia romana, en tiempo de Nicolao II. Su talento lo habia dado á conocer ya quando Anselmo Vadage, obispo de Luca, fué ensalzado al pontificado en el año 1061. Este papa, que tomó el nombre de Alexandro II., se entregó enteramente á él; verdad es que se necesitaban todos los consejos y habilidad de Hildebrando para sacar á Alexandro de los apuros en que le puso á los principios el competidor que le dió la corte de Alemania, ofendida de que no habia esperado el consentimiento del jóven Henrique para tomar posesion. Este competidor era Cadaloux, obispo de Parma, hombre muy corrompido, que tomó el nombre de Honorio II. Como

(*a*) El papa Gregorio VII. tomó el hábito de san Benito en santa María del Monte, en Roma: despues fué prior de Cluni.

tenia en su partido á los obispos de Lombardía, casi todos simoniacos y concubinarios, interesados por consiguiente en tomar una cabeza que se les semejase, intentó defender su derecho valiéndose de la fuerza, y se presentó delante de Roma á la frente de una especie de exército. Condenado por todos los obispos de Alemania y de Italia, en el concilio de Osbor, en el año 1062, no dexó de tenerse por papa, y de causar grandes turbaciones hasta su muerte, que acaeció al cabo de 3 años, y que restituyó la quietud á la iglesia de Roma.

Entónces, ayudado el papa Alexandro del cardenal Pedro Damiano, y sobre todo del arcediano Hildebrando, se aplicó como Leon IX. y Nicolas II. al restablecimiento del buen órden y de la disciplina regular. Hildebrando era quien dirigia todos los negocios en que se necesitaba destreza y constancia. El poder pontificio que extendió tanto en adelante, estaba en sus manos. Alexandro, mas virtuoso que docto, que se retiraba freqüentemente al monte Casino por inclinacion á la soledad, se descargaba en él de los cuidados del gobierno, y con el nombre del sumo pontífice, que lo ponia á cubierto de todo, preparaba su genio intrépido las grandes empresas que prosiguió con tanta actividad luego que fué ensalzado á la silla apostólica.

Despues de la muerte de Alexandro II. que dexó vacante la santa Sede en el año 1073, habiéndola ocupado poco mas de 11 años y medio, llegó Hildebrando á esta eminente dignidad, de la que habia ya dispuesto dos veces á favor de otros. No se habia dado todavía sepultura á Alexandro II., quando se juntó el pueblo tumultuariamente al tiempo mismo de sus exêquias, y pasando de boca en boca el nombre de Hildebrando, fué elegido por esta aclamacion general, sin esperar la votacion de los cardenales y del clero. Esta eleccion precipitada que se sospechó haber sido él el que la habia procurado por medio de emisarios secretos, sirvió de fundamento para lo que en adelante se le acusó de haberse apoderado de la silla apostólica por medios ilegítimos; pero no necesitaba recurrir al artificio, ni amotinar el populacho, puesto que su poder estaba muy bien establecido, y el clero romano bastante acostumbrado á depender de él. Sea como fuere, para ordenarse aguardó á que el emperador Hen-

rique VI., consintiese en su eleccion. Este príncipe podia temer qualquier cosa de un papa que se habia declarado ya contrario suyo, y hecho citarlo á Roma en el último pontificado, para dar cuenta de sus costumbres y de su administracion en las cosas eclesiásticas. Por otro lado, las circunstancias en que se hallaba no le permitian anular una eleccion que se habia de llevar á efecto á pesar suyo; lo que hubiera sido comprometer en vano su autoridad, y hacer un enemigo irreconciliable de aquel con quien tenia mas interes en contemporizar. Unos han escrito que al informar al emperador de su eleccion le suplicó no consintiese en ella porque si era papa, no podria dexar sin castigo los vicios y desórdenes á que se abandonaba. Otros han pretendido que acarició al jóven monarca, y le prometió quanto pudiese dar de sí su amistad si queria unirse con él y seguir sus consejos. Unos y otros han escrito quizá verdad, porque Hildebrando sabia juntar, quando lo necesitaba, la maña y el agasajo con las amenazas y la fiereza.

Tomó el nombre de Gregorio VII., y luego que estuvo en posesion de la santa Sede, manifestó el sistema que se habia formado sobre el poder pontificio. Dos cosas fueron las que se propuso; la primera hacer todas las naciones tributarias de la silla apostólica; y la segunda extender indistintamente su autoridad á todas las clases que componen la sociedad christiana, sin excepcion de reyes ni soberanos. Representábase el poder de la Iglesia como el único que se derivaba de Dios, el único cuyo uso era legítimo, y que los hombres debian reconocer en este mundo; y el sumo pontífice, como el depositario de este poder único y sin límites, y el vicario de Dios en la tierra, independiente, absoluto superior á todo. Estas falsas ideas de que estaba lleno sobre la naturaleza de su poder, se hallaban juntas en él con un espíritu ansioso de la dominacion, un genio intrépido, y una índole inflexible. A esto unia unas pretensiones que no tenian límites, una aplicacion al trabajo que no podia igualarse sino con su extremada actividad, un valor que con los mayores trabajos se aumentaba, el arte de aprovecharse de todas las circunstancias, y de no depender jamas de ellas, unas ideas seguidas de que nada lo desviaba, una austeridad de costumbres que el ódio mismo y la malignidad se veian obli-

gadas á un amor y zelo infinito por lo bueno, un grande conocimiento del derecho canónico, de que habia hecho estudio particular, y una erudicion muy vasta, respecto del siglo en que vivió. Siempre se le vió igual sin que ningun acontecimiento lo desviase del plan que se habia propuesto, dando movimiento á toda la Europa, dirigiendo todos los esfuerzos que hacian mover á su arbitrio las cortes y consejos de los príncipes, las dietas del imperio, y las juntas de los obispos; escribiendo continuamente á los reyes, prelados y grandes de toda la christiandad; excomulgando y deponiendo á los pastores, celebrando concilios, llamando á sí todos los negocios, y haciendo todo esto sin interrupcion, y casi á un tiempo, como si solamente lo ocupase un objeto no mas. Tal fué Gregorio VII. en todo el discurso de un pontificado borrascoso y célebre, que duró mas de 12 años.

Este pontífice, á quien no se pueden negar grandes prendas é intenciones rectas, tuvo altercaciones con casi todos los soberanos de la Europa christiana; pero sobre todo contra quien quiso manifestar sus mas audaces pretensiones, fué Henrique IV. Esta guerra que puso en armas á la Alemania y á la Italia, que hizo vacilar á Henrique en el trono, y le dió por competidor á su hijo, que sublevó una parte de los obispos contra Gregorio, al mismo tiempo que la otra permanecia fiel á sus intereses, y que no causó ménos males á la religion que al estado, tuvo por causa ó por pretexto las investiduras. Esta era una ceremonia puramente civil en su orígen, que consistia en presentar á los obispos y abades el báculo pastoral, y el anillo para ponerlos en posesion de las tierras que se habian dado á sus iglesias y monasterios á título de feudo, como tambien de los honores y derechos temporales anexos á ellas. Los emperadores de Occidente se habian mostrado mas zelosos que todos los demas monarcas de conservar este uso, que miraban como una de las prerogativas esenciales de la soberanía. El papa Leon VIII. lo habia reconocido y consagrado con un decreto solemne en el concilio de Letran, el año 965, en favor del emperador Oton el Grande, y de todos sus sucesores; pero como muchos de estos príncipes, y mas que ninguno Henrique IV., habian abusado del derecho de investidura pa-

ra conferir las prelacías á sugetos indignos, y aun muchas veces para venderlas, resolvió Gregorio VII. privarlos de ellas; á cuyo fin hizo un decreto, por el qual se proscribe el uso de las investiduras como un abuso tanto mas vicioso, quanto sujeta las cosas espirituales á las potestades de la tierra. Este decreto que se refiere al concilio celebrado en Roma el año 1074, se notificó jurídicamente á Henrique por los legados de Gregorio, con la amenaza de excomunion si no obedecia.

Este príncipe, igualmente irritado con una sentencia, pronunciada sin haberle oido, aunque se le despojaba de un derecho hereditario, cuya posesion habia encontrado establecida, y todavía mas con el modo ultrajoso con que se le habia intimado, creyó que era honor suyo contraponer la mas vigorosa resistencia á las tentativas del pontífice. Uno y otro se desazonaron y se ofendieron mútuamente. Gregorio disparó los rayos del Vaticano, tan formidables entónces; trató al príncipe como rebelde al poder divino; dió por libres á sus vasallos del juramento de fidelidad; sublevó el imperio, y su disputa la hizo causa de todos los estados christianos. Henrique por su parte tomó las armas para vengarse del pontífice, que ajaba en su persona la magestad de los reyes; sublevó contra él una parte de los obispos; lo hizo deponer en una congregacion de prelados mal contentos, y elegir otro papa en su lugar (*a*). Sitiólo en el castillo de santo Angelo, le obligó á huir de Roma, y á morir en una especie de destierro. Estos fueron los principios de una guerra tan larga y tan funesta, que se encendió en este *siglo* entre el sacerdocio y el imperio. Su fuego lo veremos encenderse mas de una vez, y causar horribles estragos en la Europa (*b*).

(*a*) La relacion de estos hechos está invertida. El emperador privó al papa en el conciliábulo de Vormes, á 13 de Enero de 1073, y el concilio de Roma contra el emperador fué en la quaresma siguiente.

(*b*) San Gregorio VII., natural de Toscana, y monge cluniacense, á pesar de algunos defectos que no pueden justificarse, aunque demasiadamente exâgerados por sus émulos, nacidos de las circunstancias del tiempo, y de su genio rígido y sumamente zeloso contra los vicios y desórdenes, tan freqüentes en aquel siglo, fué uno de los papas mas grandes y famosos que ocuparon la silla pontificia. Determinó el número de salmos y lecciones de que consta el oficio eclesiástico. Jun-

Al morir Gregorio VII. estaba en posesion de Roma, con el nombre de Clemente III., el competidor que los obispos del partido de Henrique IV. le habian dado. Este antipapa, que se llamaba Guiberto, era arzobispo de Ravena quando lo hizo elegir el emperador para contraponerlo á Gregorio. En semejantes coyunturas era la silla pontificia un puesto dificil de ocupar. Por esta razon, el cardenal Desiderio, abad del monte Casino, rehusó por mucho tiempo una dignidad, que la situacion actual de la sociedad christiana hacia tan arriesgada, quanto ella es sublime. Este papa, que se llamó Victor III., despues de consagrarlo, apénas estuvo 4 meses en la silla apostólica. Urbano II., obispo de Hostia, á quien habia dexado recomendado á los cardenales, como al mas capaz de gobernar la Iglesia en las críticas circunstancias que concurrian, fué elegido para reemplazarlo. Este nuevo pontífice, que ocupó la santa Sede mas de 11 años, siguió las huellas de Gregorio VII., á quien se habia propuesto tener por modelo en todo, adoptando los mismos principios, y defendiendo las mismas pretensiones; pero no era este el medio de pacificar la Iglesia y el imperio, cuyos alborotos se aumentaban mas y mas con los nuevos pasos que unos y otros daban. Concluirémos en este papa Urbano II., que murió en el año 1099, lo que nos habiamos propuesto decir acerca de los sumos pontífices del siglo XI.

Los designios de Gregorio VII., que tenian por fin sujetar todo el universo á la potestad pontificia, fueron quizá mas perjudiciales en realidad que útiles al poder legítimo de la santa Sede. Entre los papas que le sucedieron, muchos, que no tenian ni su talento, ni su espíritu, ni sus grandes miras, ni su valor, arrastrados de su exemplo, quisieron hacer lo que él habia hecho, sin exâminar si las

tó once concilios para restaurar la antigua disciplina, y contra Berengario, contra la simonía y concubinato de los clérigos; por cuya razon sufrió muchas persecuciones, así de estos, como de los príncipes, y en especial de Henrique IV. de Alemania, que no cesó de perseguirle y de maltratarle, encarcelándole, y aun poniendo en su lugar al antipapa Gerberto, que se llamó Clemente III., cuyo cisma costó á Roma mucha sangre, y á la Iglesia no pocas lágrimas, mas su constancia y grandeza de alma fueron superiores á tantas persecuciones y trabajos, mereciendo por sus heroicas virtudes y apostólico zelo el favor del cielo con repetidos milagros, y que la Iglesia le colocase en el número de sus santos, que es el mejor y mas grande elogio que se puede hacer á la memoria de un papa tan célebre.

circunstancias eran unas mismas. No tuvieron reparo en comprometer su autoridad con acciones ruidosas, escandalizaron á los fieles, irritaron á los príncipes, y atraxeron sobre la Iglesia ciertas tempestades, cuyos vayvenes la pusieron mas de una vez muy cerca de su precipicio. El edificio levantado por Gregorio VII., sentado sobre cimientos ruinosos, se habia elevado con demasiada rapidez para sostenerse contra el choque de las tempestades, que continuamente lo combatieron. Por esta razon no pudo tomar una consistencia duradera, hasta que manos diestras trabajaron en afirmarlo dándole una base mas sólida, y lo reduxeron á medida mas justa y mas proporcionada. Pero lo que este pontífice, muy alabado y aplaudido, hizo verdaderamente útil para la silla apostólica, son los derechos que le adquirió sobre muchas plazas y feudos del continente de la Italia, y lo que la acrecentó en lo temporal con las donaciones y herencia de la condesa *Matilde*. Estas riquezas permanecieron, el tiempo las aumentó, é hizo mas segura su propiedad. En quanto á los derechos útiles ó de señorío, se hicieron valer en las circunstancias favorables, se abandonaron los mas dificiles de defender para lograr los mas efectivos; y los que los combatieron con títulos mas auténticos, tuvieron muchas veces que reconocerlos en parte para asegurar sus propias posesiones. Este es el verdadero fundamento de la grandeza actual de los pontífices romanos, y de su soberanía temporal; grandeza arraigada con el tiempo, y soberanía de tal modo consolidada por el concurso de todos los príncipes christianos, que no puede ya variar si no varía todo el sistema de la Europa.

Confesemos que los principios de *Gregorio VII.*, y de los papas que siguieron sus pasos, no son ménos arriesgados que quiméricos. Ni este pontífice ni sus imitadores se habian instruido en la escuela de la antigüedad, la qual siempre desconoció las pretensiones que ellos suscitaron, y los violentos procederes de que se dexaron llevar. Es verdad que las decretales falsas no contribuyeron poco á extraviarlos; pero tambien es cierto que extendieron mucho mas allá de todas las ideas recibidas ántes de ellos las erradas máximas que tomaron de ellas. No obstante la confusion en que habian puesto las antiguas nociones, era todavía posible reconocer los límites señalados por la na-

turaleza misma, y por la razon entre el sacerdocio y el imperio; límites consagrados por Jesu-christo, afirmados por la religion, y siempre respetados en los siglos florecientes de la Iglesia. No habia mas que leer el Evangelio, consultar la historia, y reflexionar la conducta que habian tenido hasta entónces los pastores de todas las sillas grandes, con particularidad los papas, en los tiempos mas turbulentos, y respecto de los príncipes mas opuestos á los intereses de la fe. Despues de este exámen, y de las reflexiones naturales que de él se pueden deducir, no hubiera sido posible imaginar que el papa, como sucesor de san Pedro, y cabeza del cuerpo religioso, formado por Jesu-christo, hubiese tenido la menor autoridad en el órden civil y político; y mucho ménos aun derecho para deponer á los reyes, eximir á los vasallos del juramento inviolable que los une con sus soberanos, para disponer de las coronas, y pasarlas de una cabeza á otra á su arbitrio. Todas estas pretensiones que ha tomado la corte de Roma con tanto empeño, y defendido con tantos esfuerzos desgraciados, estan absolutamente destituidas de todo fundamento racional; sin que se pueda atribuirles otra causa que la ignorancia de los verdaderos principios, la confusion en que habian venido á parar todos los gobiernos, y la persuasion en que vivian de que la cabeza de la Iglesia, honrada por todos los soberanos y todas las naciones, era el único que podia ser árbitro de todos los intereses, y el centro comun de donde habian de dimanar el órden y la armonía.

Continuando estas reflexiones podriamos considerar aquí la potestad temporal de los papas en su influencia sobre el estado exterior del cuerpo christiano, y las revoluciones de la Europa; pero dexamos este objeto para el siglo siguiente, donde creemos que ocupará mejor lugar, porque siempre los hechos deben preceder al exámen que los supone.

ARTICULO VII.

Cisma de Miguel Cerulario.

No se habrá borrado de la memoria quanto hizo en el siglo IX. el famoso Focio para romper la unidad entre la iglesia griega y la latina. El fuego que habia encendido, no se habia apagado del todo, sino que cubierto con ceniza esperaba el soplo de un hombre atrevido, poderoso y acreditado para revivir con mas fueza que ántes, si las circunstancias fuesen favorables á su explosion. Las preocupaciones que habian ayudado los intentos de Focio, subsistian todavía; y hallándose el ánimo de los griegos en la misma disposicion respecto de los latinos, no se necesitaba mas que excitarlos, y darles nuevo fomento para que volviesen á tener aquel ímpetu que habian mostrado en tiempo de este patriarca. En el siglo X. se vió lo que pensaban los orientales, y lo que decian sin rebozo de los occidentales. Encaprichados con su vano saber, con su magnificencia, y con su cultura, miraban los griegos á las naciones del Occidente como bárbaros, sin cultivo, sin instruccion, sin finura de entendimiento, sin gusto y sin delicadeza en las costumbres. La ambicion, que habia sido la primera causa del cisma, vino á juntarse con las antiguas preocupaciones. Dióles cuerpo renovando oportunamente las acusaciones que se habian intentado en otro tiempo contra la iglesia de Roma, y otras de las comarcas occidentales. Focio, con el fin de ensalzar su silla sobre todos los patriarcados, y de adjudicarse un imperio absoluto sobre todos los obispos de Oriente, no habia discurrido medio mas eficaz que separarse de los papas, y poner una barrera eterna entre las dos porciones de la Iglesia. Miguel Cerulario, poseido del mismo espíritu de dominacion, se valió de los mismos medios para consumar un proyecto, cuya execucion habia quedado imperfecta.

Este Miguel Cerulario que subió á la silla patriarcal de Constantinopla el año 1043 por la proteccion de Constantino Monomaco, no tenia ni el ingenio sublime, ni la vasta erudicion de Focio; pero no era ménos ambicioso que él, ménos emprendedor, ménos diestro para comunicar sus afectos á los demas, ni ménos lleno de odio contra

la iglesia romana. Habia prevenido sin duda desde léjos el ataque que meditaba contra el pontífice de Roma, y todo el cuerpo christiano de Occidente, á cuyo fin habia traido á su partido dos hombres muy propios para ayudarle, Leon, obispo de Acrida, metropolitano de Bulgaria, con su audacia, y Nicetas, monge del monasterio de Studa, con su erudicion. El primer acto de hostilidad de parte del patriarca fué una carta escrita en su nombre y el de Leon, á Juan, obispo de Frani, en la Pulla. Iba dirigida, como se ve por el exórdio, al papa, á los prelados y á todo el clero de Occidente. Miguel y Leon repetian en ella las quejas que Focio habia dado á los latinos, y que estos habian refutado tan completamente, á saber: 1.º que usasen en el sacrificio del pan ácimo: 2.º que ayunasen el Sábado en quaresma: 3.º que comiesen sangre y los animales sofocados: 4.º que no cantasen *aleluya* en quaresma. Estas quejas no eran de tanta entidad que diesen motivo á un cisma; ademas que se habian justificado estos usos en tiempo de Focio por su antigüedad, por tradicion que los habia establecido y consagrado; y se habia quedado de acuerdo en que cada iglesia tenia libertad de conservar sus costumbres sin que se pudiese tomar de ahí pretexto ninguno para romper la unidad. El monge Nicetas, que prestó su pluma al patriarca Miguel, añadió otras dos quejas á las otras: 1.º que celebrasen misa todos los dias de ayuno, aun durante la quaresma: 2.º que obligasen á los sacerdotes á guardar el celibato; y por último, en el progreso de esta disputa contaron los griegos el dogma de la procesion del Espíritu santo, tanto del Hijo como del Padre entre los capítulos que tenian que alegar contra los latinos. Por aquí se ve que Miguel y sus aliados tomaban todas sus armas de Focio, y que sus acusaciones no eran mas que una repeticion.

El cardenal Humberto, obispo de Blanche-Selve, pudo haber á las manos esta carta escrita en griego, y habiéndola traducido en latin, la manifestó al papa Leon IX. Qué fin se proponian los que la habian enviado, no es dificil de conocer; y el sumo pontífice penetró muy bien las funestas resultas que infaliblemente habia de tener si no se prevenian á toda priesa de este ataque involuntario é imprevisto. Escribió, pues, sin dilacion al patriarca ha-

ciéndole ver la injusticia y lo sutil de sus acusaciones. Su carta es fuerte, bien razonada, llena de dignidad, tal, en una palabra, como en ocasion semejante debia escribirla la cabeza de la Iglesia, acusado por un inferior en las prácticas autorizadas por sus procederes, y consagradas por el tiempo. Respondia á cada artículo; mostraba quán extraña era la conducta de los griegos en venir al cabo de 1000 años y mas á enseñar á la iglesia romana el modo de celebrar la memoria del sacrificio de Jesuchristo, y lo que habia de observar tocante á los ayunos, á las ceremonias del culto divino, y á los otros exercicios de piedad; y concluia representando á Miguel que la iglesia romana tenia mas indulgencia y moderacion que la de Constantinopla, puesto que consentia en la ciudad pontificia Roma muchos monasterios é iglesias de griegos con la libertad de seguir los usos de Oriente.

No habia encendido el patriarca el fuego de la guerra para quedarse en el primer acometimiento; y así pasó muy pronto del escrito á la obra. De órden suya se cerraron todas las iglesias que tenian los latinos en Constantinopla, y se quitó á los monges que no quisieron dexar las ceremonias de la iglesia romana los monasterios que poseian muchos tiempos ántes de él en la ciudad y en las inmediaciones. Esto era comenzar la disputa consumando el cisma y declarar que estaba resuelto á llevar las cosas hasta el extremo, puesto que en los principios no se usaba de comedimiento alguno. Sin embargo, conociendo el emperador Constantino Monomaco (quien necesitaba del socorro de los latinos para conservar las posesiones que le quedaban en Italia) la autoridad del papa sobre los príncipes de Occidente, manifestó gran deseo de ver restablecidas la union y la concordia entre las dos iglesias á quien la diversidad de intereses tenia divididas hacia muchos tiempos. Conforme á estas intenciones escribió al papa Leon IX., y obligó al patriarca Miguel á que le escribiese tambien en el mismo tono. Habiendo recibido el papa estas cartas, respondió á ellas separadamente. Su respuesta al emperador era respetuosa y moderada, alabándole su zelo por la paz de la Iglesia, y exhortándole á que contribuyese á ella. La que dirigia al patriarca era de estilo mas fuerte y ménos comedido. Reprehendíale quatro cosas: 1.º haber sido ensalzado

repentinamente á la dignidad de patriarca siendo aun neófito: 2.º querer sujetar los patriarcas de Alexandría y de Antioquía á su jurisdiccion: 3.º tomar el título de patriarca ecuménico: 4.º haberse atrevido á calumniar á la iglesia romana, y perseguir á los que seguían sus usos. Estas cartas las llevaron á Constantinopla, y presentaron al emperadoror tres legados que habia enviado el papa para que trabajasen en la reunion de las dos iglesias. El cardenal Humberto, cabeza de esta legacía, entregó al mismo tiempo al príncipe las dos refutaciones que habia hecho, tanto de la carta de Miguel Cerulario á Juan de Frani, como del escrito polémico del monge Nicetas. En esta refutacion, que era docta y bien razonada, seguia Humberto paso por paso á sus contrarios, distribuyendo las pruebas de hecho, y las autoridades de tal modo que se corroboraban mutuamente; y en una palabra, todas las prácticas tan imprudentemente reprehendidas á la iglesia romana, se vindicaban de las calumnias y de las malignas intenciones con que se procuraba hacerlas odiosas.

Si los espíritus ciegos con las preocupaciones y con el orgullo hubieran sido capaces de rendirse á la verdad, no se necesitaba mas para hacer abrir los ojos al patriarca, y reducirlo á pensamientos pacíficos; pero quanto mas se evidenciaban sus agravios, mas se obstinaba y enfurecía. Se negó á tratar con los legados, y á ilustrar con ellos en espíritu de paz los puntos que se disputaban, ni quiso aun verlos por mas instancias que le hizo el emperador. Nicetas manifestó mas mansedumbre y equidad. Convencido de las razones y de los testimonios alegados por el cardenal Humberto, se retractó de buena fe, y aun consintió que su escrito contra la santa Sede se quemase en presencia de todos de órden del emperador.

Obstinándose siempre el patriarca en estar separado de los legados, sin hablarles ni verlos, y queriendo estos concluir de un modo ó de otro, se determinaron á hacer uso de la autoridad que les habia conferido el sumo pontífice. Fueron, pues, el dia 19 de Julio del año 1054, que era sábado, á la hora de tercia á la iglesia de santa Sofia, en donde estaba congregado el clero para la celebracion del santo sacrificio, y el cardenal Humberto, despues de haber expuesto todo lo que habia pasado en este

negocio, puso encima del altar una sentencia de excomunion concebida en los términos mas patéticos, contra Miguel Cerulario, Leon de Acrida y sus aliados. Por ella eran anatematizados y separados de la comunion de la silla apostólica como simoniacos, hereges y cismáticos, con los valecianos, arrianos, donatistas, nicolaitas, severianos, pneumatomacos, maniqueos, nazarenos y otros heterodoxôs, cuyos principios se les acusaba de haber adoptado y renovado sus errores.

Publicada esta sentencia pusieron en órden los legados los negocios de las iglesias latinas de estos distritos, y despues de haber prohibido á los fieles con pena de anatemá comunicar con ningun sacerdote griego que condenase el sacrificio de los latinos, se prepararon para volverse á Roma; y con efecto habian ya salido de Constantinopla quando los mandó llamar el emperador á instancia del patriarca, que prometia por último verlos, y entrar en conferencia con ellos; pero esto no era mas que un ardid de Miguel Cerulario, porque su verdadera intencion era atraer al cardenal Humberto y sus compañeros á la iglesia de santa Sofia, y hacerlos matar á palos por el pueblo, á quien se prometia sublevar contra ellos leyendo su decreto que habia alterado y falsificado en la traduccion griega que hizo de él. El emperador, que sospechaba de sus malas intenciones, declaró que no permitiria que los legados asistiesen á ninguna junta á que no estuviese él presente. Viendo Miguel desbaratado su proyecto, se negó á tener ninguna conferencia delante de Constantino Monomaco, y se vengó de los legados contraponiendo una sentencia de excomunion á la que ellos habian fulminado contra él, y del emperador excitando una sedicion. En adelante adquirió tanta autoridad por sus enredos y manejos ocultos, que llegó á poder favorecer la exâltacion de Alexîs Comneno al imperio; pero no tardó en tratar con tanta audacia á este príncipe, y poner los servicios que le habia hecho á tan alto precio, que queria hacerse dueño de todas las gracias, y que se enfurecia á la menor repulsa, hasta amenazarle con que derribaria el edificio que habia levantado. Este proceder irritó de tal modo á Alexîs Comneno, que hizo prender y llevar á destierro al ambicioso patriarca, entre tanto que pudiese congregar un concilio para deponerlo; pero la muerte de Miguel

Cerulario, acaecida algun tiempo despues, le excusó la afrenta de que estaba amenazado.

La conducta del cardenal Humberto y de los otros legados se ha censurado, y aun se les ha acusado de precipitacion en sus procedimientos, y de dureza respecto de los griegos, y se ha atribuido la culpa al santo papa Leon IX., cuyas instrucciones es de presumir que seguirian; pero los que censuran los procederes de un hombre tan instruido como el cardenal Humberto, y dirigido por los avisos de un pontífice tan prudente, y de zelo tan moderado como Leon IX., no quieren ver que Miguel Cerulario estaba resuelto á qualquier cosa, y que habia de consumar el cisma á qualquier precio que fuese. ¿La horrible conjuracion que tramó para hacer perecer á los legados no es una prueba evidente de éste? ¿Puede acaso engañar en el carácter de un hombre capaz de llegar á semejantes excesos por salirse con sus ideas ambiciosas? El modo cómo se gobernó respecto de Constantino Monomaco, contra el qual sublevó al populacho de Constantinopla, y de Alexîs Comneno, á quien se atrevió á amenazar que lo precipitaria del trono, ¿no acaban de dar una idea completa de él? ¿Qué hubiera sucedido, pues, si usando de condescendencia los legados del papa, y disimulando por cortesía los ultrajes hechos á la santa Sede por los griegos, hubiesen ido con mas lentitud en dar el golpe? Quizá Miguel Cerulario habria usado de mayores artificios ó de mayor violencia, discurriendo nuevos pretextos, y formado nuevos argumentos; fortalecido su partido mezclando en sus intereses á la Corte y á los grandes; pero creer que habria desistido sencillamente de sus pretensiones aquel que despues se vió igualarse con el soberano, y usar de calzado de púrpura, distincion reservada á solo los emperadores, eso es no conocer los hombres. Cerulario queria ensalzar su silla al primer grado de la gerarquía, y poner á todo el Oriente baxo su dependencia: este era su fin, y en su genio cabia el atreverse á qualesquier cosa para conseguirlo. El modo como se manejó á los principios para empezar el negocio; lo que hizo despues para apoyar su empresa, su porte con los latinos establecidos en Constantinopla, con los legados y con el mismo emperador, todo prueba claramente que no habia cosa que lo contuviese, y que el cisma consumado en su corazon y en

el de los mas de los griegos, era inevitable, por ser el único medio que pudiese conducirlo al término adonde queria llegar su ambicion.

Así quedó la iglesia de Constantinopla separada de todo punto de la de Roma, y estas dos comuniones que hasta entónces se habian tratado siempre con honor, aunque rivales y atentas á observarse, no han cesado desde mitad del siglo XI. de mirarse como enemigas. En la serie de los tiempos veremos las varias tentativas que han hecho los papas y soberanos para reunirlas, que algunas veces ha parecido desearse sinceramente, pero estas tentativas siempre serán infructuosas; y agravado el mal con los remedios empleados para curarlo, se hará tan grande, que ya no quedará esperanza de cerrar una llaga, de la qual se lamentará la Iglesia quizá todavía por muchos siglos.

ARTICULO VIII.

Primera cruzada.

Quando el papa Urbano II. presidia á un concilio numeroso, congregado por él en Plasencia el año 1095, recibió una embaxada de parte de Alexîs Comneno, emperador de los griegos. Este príncipe suplicaba al papa que le facilitase socorros contra los turcos, cuyas empresas y victorias hacian temer la entera destruccion del christianismo en Oriente. Suplicaba á Urbano interesase á los príncipes christianos en su favor, y les hiciese abrazar su causa, que era la de la religion. Prometióse á los enviados de Alexîs facilitar á su señor los medios de oponerse á los progresos de los infieles, y desde entónces hubo un crecido número de personas que se alistaron para pasar á Asia en defensa de los christianos establecidos en aquellas comarcas. Empezábase á tomar interes en sus trabajos, de los que no cesaban de hablar á sus compatriotas los peregrinos que volvian de tierra santa; pero lo que contribuyó mas á enardecer los ánimos por la pintura viva de las vexaciones, ultrajes y crueldades que los mahometanos hacian padecer á los discípulos de Jesu-christo, fué un gentilhombre de Picardia, conocido con el nombre de Pedro el Ermitaño, personage extraordinario, que dió de repente al Occidente un impulso que los mas poderosos mo-

marcas y mas diestros políticos en vano hubieran intentado producir.

Este habia salido de las inmediaciones de Amiens en el año 1093, como tambien una infinidad de otros peregrinos, que llevados de devocion pasaban á Jerusalen de todas las comarcas del Occidente. Habiendo llegado al término de su peregrinacion, fué testigo de lo que habia oido contar á tantos tocante al estado deplorable á que estaban reducidos los christianos baxo el yugo tiránico de los musulmanes. Su corazon, naturalmente compasivo, y á quien la devocion disponia á enternecerse todavía mas, fué penetrado de dolor quando vió los santos lugares profanados ó destruidos por los infieles. Afligido con este triste espectáculo, dió cuenta de su sentimiento á Simeon, patriarca de Jerusalen, que participaba de las desdichas de su rebaño sin poderlas remediar. Pedro le aconsejó escribiese al papa y á todos los príncipes christianos de Occidente, implorando el socorro de sus armas contra los enemigos de la religion. El patriarca siguió este consejo con tanto mas gusto, quanto no tenia que esperar nada de los griegos, demasiado ocupados en defenderse ellos mismos contra los turcos que los atacaban por todas partes, y amenazaban á la capital del imperio. Pedro, armado con estas cartas, pasó á Roma, y al entregarlas al papa, hizo una pintura tan viva de la desolacion de los christianos y de lo afligida que estaba la religion en Oriente, que resolvió Urbano formar una liga santa de todos los príncipes de Occidente, para quitar á Jerusalen y la Palestina á los infieles. Antes de proponer esta grande empresa, era preciso disponer para ella los ánimos; y nadie era mas á propósito que Pedro el Ermitaño para conmoverlos fuertemente, y para comunicarles aquel calor y aquel entusiasmo que arrastran á la muchedumbre. Su presencia no era de las mas aventajadas, ni de las que podian contribuir á mover los ánimos; pero tenia una imaginacion viva, una eloqüencia fuerte, persuasiva, llena de fuego, un ánimo que nada hallaba dificil ni escabroso, una viveza que no le permitia estar ocioso. Finalmente, era uno de aquellos genios executivos é impetuosos, que nada ven con indiferencia, y que comunican sus afectos y deseos á todo un pueblo quando ha empezado á dar oidos El papa conoció desde luego quán útil le podia ser en esta ocasion; y para aprovecharse de su ta-

lento le mandó que fuese á todas las córtes de la Europa, é inspirase á los príncipes, á los prelados y á los fieles por medio de sus exhortaciones el fuego que lo abrasaba. En poco tiempo recorrió este nuevo predicador la Italia, la Alemania y la Francia, excitando y acalorando á todos con sus discursos patéticos, y encendiendo en todos los corazones el deseo de acudir á la conquista de una tierra santificada con los misterios del Salvador.

Noticioso el papa de los progresos de su misionero, pensó que ya era tiempo de trabajar por sí en la execucion de su gran proyecto. Aprovechóse del concilio que habia convocado para Clermont en Auvernia, para proponérselo á los obispos y á los abades que habian concurrido á él en el año 1095 en número de 200, sin contar señores y grandes. Hizo un razonamiento lleno de energía sobre las persecuciones que los christianos de Oriente padecian de parte de los infieles, y sobre el estado deplorable en que se hallaba la religion en el lugar de su cuna; habló de un modo tan patético, se mostró tan compadecido, que todos los circunstantes bañados en lágrimas, gritaron como por inspiracion: *Dios lo quiere*, *Dios lo quiere*. Estas palabras, que se miraron como declaracion de la voluntad divina, fueron la seña de guerra de los combatientes en esta piadosa expedicion. Establecióse que todos los que quisiesen tener parte en ella llevasen una cruz de tela encarnada en el hombro izquierdo, lo que les hizo dar el nombre de cruzados. El papa mandó ademas, que todos los que tomasen la cruz serian dispensados de qualquier pena canónica en que hubiesen incurrido, y que la guerra santa supliria en lugar de penitencia.

Despues de disuelto el concilio, los obispos de vuelta á sus diócesis tomaron por empeño ayudar el zelo de la cabeza de la Iglesia, y cada uno de ellos predicó la cruzada con tan buen éxîto, que todos se apresuraban á tomar las insignias de esta santa empresa. Los mayores príncipes, los señores de clase mas distinguida quisieron participar del mérito y gloria de tan noble empresa. En poco tiempo se contaron entre los cruzados á Hugo, hermano del rey de Francia, Roberto, duque de Normandía, Reymundo, conde de Tolosa, Godofre de Bullon, duque de la baxa Lorena, sus dos hermanos Eustaquio y Baldovino, un crecido número de otros señores de clase inferior, y una

multitud de nobles. El entusiasmo piadoso y guerrero á un mismo tiempo de las primeras cruzadas se extendió prontamente de un cabo á otro de la Europa, y se comunicó sin distincion á todas las clases de los ciudadanos; de tal modo, que prelados, abades, monges, labradores, artesanos, todos se encendieron en el deseo de contribuir á la recuperacion de los santos lugares. Los señores vendian ó empeñaban sus dominios para proveer á los gastos del viage, y por todas partes no habia otra ocupacion, que en los preparativos de una expedicion en que se esperaba ganar el laurel de los héroes, ó la palma de los mártires.

Muchas compañías de cruzados, mas ó ménos numerosas, se pusieron en marcha desde el año 1096, baxo el mando de diferentes gefes, tan incapaces de dirigirlos como de contenerlos. Sin órden y sin disciplina, cometieron toda especie de excesos en los lugares que se hallaban al paso. Los mas fueron destruidos por los húngaros, los búlgaros y los otros pueblos que no podian defenderse de sus robos sino rechazándolos con las armas en la mano. Tal fué la suerte de casi todos los que habian seguido al ermitaño Pedro, al presbítero Gotescalco, y á Gauthier *Sans-avoir*; de suerte que habiendo llegado á las murallas de Constantinopla estas tropas de 30, de 40, y aun de 100000 hombres, estaban reducidas casi á nada. Los que tenian príncipes y señores á su frente, se portaron con ménos licencia, y no experimentaron tanta pérdida en el camino.

Los exércitos que para subsistir con mas facilidad habian tomado diferentes caminos, habian de reunirse en Constantinopla. El papa habia escrito al emperador Alexîs Comneno dándole cuenta de la idea y de la salida de los cruzados. Rogábale que se juntase con estos generosos guerreros que no tenian otro objeto en su empresa que la gloria de religion. Exhortábale á que se aliase con ellos, y favoreciese su empresa con todo su poder. Este príncipe, sospechoso por naturaleza, no vió sin inquietud acercarse á su capital estos exércitos innumerables de occidentales. Temió que los cruzados, en vez de acometer á los enemigos del christianismo, volviesen sus armas contra él, y lo despojasen de su propio imperio; pero su pérfida política le hizo disimular estas desconfianzas, y ocultó sus

sobresaltos baxo las apariencias más capaces de engañar. Ajustó con los cruzados un tratado, por el qual se obligó con juramento á favorecer sus empresas, y á abastecerles de los víveres, forrages y municiones que necesitasen. Los gefes de la cruzada se obligaron por su parte á entregarle las plazas, dependientes en otro tiempo del imperio, que tomasen á los musulmanes, ó á recibirlas de él á título de vasallos suyos. La intencion de Alexîs no era observar su promesa, porque muy léjos de favorecer el zelo de los cruzados, los trastornó por todos medios hasta juntarse con los infiéles para destruir su exército y malograr su expedicion. Este modo de proceder hizo tomar á los príncipes y á los señores latinos la resolucion de conservar para sí las conquistas que fuesen fruto de su valor, juzgándose libres de su obligacion, respecto de un príncipe que habia violado el primero los juramentos de un modo tan indigno.

El exército de los cruzados, despues de la union de los diferentes cuerpos que lo componian, se halló de 500000 combatientes, á saber: cien mil hombres de caballería y quatrocientos mil de infantería, sin contar las mugeres y las personas que no habian nacido para manejar las armas, y que todavía valuan los historiadores en cerca de 100000. La toma de Nicea en Bithinia, ciudad célebre por dos concilios ecuménicos, fué la primera hazaña con que los cruzados señalaron su valor en el continente del Asia. Estaba baxo el dominio de Soliman, sultan de Iconio; pero este príncipe que se habia adelantado para defenderla con un exército de 400000 hombres, no pudo impedir que cayese en poder de los christianos, y que volviese á entrar baxo las leyes del emperador griego; porque no habiéndose manifestado todavía la perfidia de Alexîs Comneno, como sucedió poco despues, le entregaron los príncipes christianos fielmente su primera conquista, segun las condiciones del tratado, aunque no estuviesen ya muy satisfechos de su proceder. Una victoria ganada de allí á poco al inmenso exército de Soliman acabó de esparcir el terror entre los musulmanes. Los cruzados avanzaban siempre; pero el sultan, que se le adelantaba con un cuerpo de tropas, habia asolado de tal modo el pais, que al cabo de algunos dias experimentó el exército christiano lo mas horrible del hambre y de la sed.

Esta última urgencia, la mas terrible de todas en estos climas abrasados, junta con el cansancio y desfallecimiento, arrebató una infinidad de hombres, y hizo perecer la mayor parte de los caballos. Hasta despues de haberse sujetado las ciudades de Pisidia, de Lycaonia, y las comarcas vecinas que abrieron sus puertas á los cruzados, y les proveyeron de todos los refrescos que necesitaban, no se encontró alivio ninguno. Estas ciudades, habitadas por christianos, que gemian baxo el yugo de los turcos, miraron á los campeones de Occidente como libertadores que les enviaba el cielo, y los recibieron con aquellos extremos de alegría que inspira á los oprimidos la imágen de la libertad.

Sin embargo de las pérdidas ocasionadas por la escasez y las enfermedades que habian disminuido notablemente las fuerzas de los cruzados, se resolvió sitiar á Antioquía para abrir el camino de la Palestina. Esta ciudad, rica y poderosa, estaba abastecida de todo quanto se necesitaba para una larga resistencia; y los turcos, seguros de que el exército christiano se consumiria con los trabajos de este sitio, se mantenian á tiro para acabar de destruirlo quando llegase á retirarse. El efecto hubiera confirmado sus esperanzas, á no haber sobrevenido por fortuna una casualidad que hizo caer en manos de Boemondo, príncipe cruzado, al hijo de uno de los mas principales habitantes de la ciudad: llamábase Phintoux, habia abjurado el christianismo por conservar sus bienes y su puesto; pero todavía tenia mucha aficion á su antigua religion, y deseos de volver á ella. Amaba tiernamente á su hijo, é hizo tanto efecto en él la generosidad de Boemondo, que lo despachó sin pedir nada por su rescate, que despues de algunas inteligencias secretas resolvió entregar á este príncipe un puesto importante que mandaba, que eran 3 torres, que formaban una de las principales defensas de la ciudad. Dueños de ellas los cruzados entraron en la plaza, y dieron sobre todos los infieles que se atrevieron á salir al encuentro, en los quales hicieron una horrible carnicería. Aun faltaba tomar la ciudadela que estaba defendida con una guarnicion numerosa y bien abastecida. Los turcos que ocupaban la campaña, se acercaron á la ciudad con todas sus fuerzas, y sitiados tambien los christianos, habiendo consumido sus víveres, se vieron

muy pronto reducidos á la mayor necesidad. En esta horrible situacion no tenian otro recurso que el feliz éxito de una salida, la qual arriesgaron. Gefes y soldados, acosados de unas mismas necesidades, combatieron con aquel valor que inspira la desesperacion. Los infieles, atacados por unas gentes que no tenian otro camino que la victoria solamente, no pudieron resistir al ímpetu de un valor convertido en furia. Retrocedieron despues de haber resistido por mucho tiempo, y huyeron desordenadamente. Los christianos, cansados de derramar sangre, entraron en el campo enemigo que hallaron abandonado, y que estaba lleno de provisiones y de un rico botin que fueron la presa de los vencedores. La destruccion del exército turco decidió totalmente de la suerte de Antioquía. Dióse á Boemondo, que habia tenido mas parte que ninguno en la gloria de esta conquista. Era hijo de aquel Roberto Guiscardo, héroe de la Italia, que hemos visto triunfar sucesivamente del poder de los griegos y de la política de los papas. La fortuna de su padre lo siguió de la otra parte de los mares, en donde habia exercitado su valor.

I. Baldovino, hermano de Godofre de Bullon, habia adquirido tambien un principado considerable en las dos orillas del Eufrates, y penetrado en la Mesopotamia con una porcion del exército. En estos distritos habia una infinidad de christianos de diferentes sectas que los sarracenos habian favorecido á los principios de sus conquistas, y á quien el ódio de los emperadores griegos habia obligado á unirse con los infieles. Pero despues que los califas dexaron invadir su autoridad por los emires que mandaban por ellos en las provincias, y todavía mas, despues que los turcos formaron nuevos estados en el centro del imperio musulman, estos christianos, á quien ya no habia interes en contemplar, experimentaron los efectos mas crueles de la tiranía y de la ferocidad. A la llegada de los cruzados se excitó en su corazon el deseo de la libertad; y así salieron corriendo al encuentro á estos guerreros que acudian de los fines de la tierra á romper sus cadenas. La diferencia de opiniones no se estimó ya en nada: gemian en la opresion, eran christianos, y christianos los que venian á libertarlos. En estos primeros instantes no se trascendió otra cosa, y se trataron como hermanos. Baldo-

vino recibió su homenage; y habiéndolo reconocido por soberano la ciudad de Edesa, casi toda poblada de estos christianos, la hizo capital de su principado: el terror de las armas christianas era tán grande, que los mas de los emires ofrecieron á los príncipes latinos pagarles tributo y franquearles paso para ir á Jerusalen; como éste era el fin de la cruzada, se admitieron tales ofertas con regocijo. El califa de Egipto, no ménos sobresaltado que los otros musulmanes, solicitó como ellos la alianza de los christianos, esperando con su auxîlio volver á entrar en posesion de las plazas que le habian tomado los turcos sujetos al califa de Bagdad. Mustali era quien ocupaba entónces el trono de los fatimitas en Egipto. Habíase obligado por un tratado formal á unirse con los príncipes cruzados para la conquista de Jerusalen; pero entre tanto que estos, no dudando de su perfidia, descansaban en la fe de sus juramentos, se adelantó hácia la ciudad sin saberlo ellos, y la tomó. Los christianos le intimaron que la restituyese á su poder segun los convenios jurados de una parte y otra; pero el califa, ó por mejor decir Afdhal su visir, lo rehusó, y fué preciso determinarse á sitiarla.

El exército de los christianos se habia disminuido tan considerablemente con las deserciones, enfermedades, combates y guarniciones de las ciudades conquistadas, que apénas quedaban 60000 hombres de los 500000 que se habian contado baxo las murallas de Constantinopla; y aun de esos no habia mas que 20000 de infantería, y 2000 de caballería que pudiesen servir, porque los demas estaban rendidos con el cansancio, ó padecian varias enfermedades. Mustali y su visir nada habian omitido para poner á Jerusalen en estado de defensa. La guarnicion era numerosa, y se hallaba abastecida para mucho tiempo de víveres y municiones; pero los gefes y soldados del exército christiano estaban resueltos á tomarla, ó á perecer gloriosamente al pie de sus murallas. Hicieron prodigios increibles de valor, y en 5 semanas que duró el sitio manifestaron quánto es lo que puede la intrepidez, la constancia y el deseo de vencer. Por último, la victoria coronó sus fuerzas, y el viérnes 15 de Julio del año 1099, á las 3 de la tarde (dia de la semana y hora del dia en que Jesu-christo habia espirado en la cruz) forzaron la ciudad. Los historiadores no han dexado de advertir esta circunstancia singu-

lar. Pasáronse á cuchillo quantos infieles habia en la ciudad; y la furia del soldado, irritada con los trabajos que habia padecido, no se contuvo hasta que se cansó de matar. Arroyos de sangre corrian por las calles, y luego que se pasó este primer rebato, los mismos vencedores se horrorizaron de haberse dexado llevar de él; pero pasando de repente á afectos mas pacíficos y mas christianos, se entregaron á la alegría de poseer por fin aquella ciudad santa, objeto de tantas promesas, la qual habia regado el Salvador del mundo con su preciosa sangre. Visitaron, derramando lágrimas de ternura, todos los lugares santificados con los trabajos y milagros del hombre Dios. El corto número de clérigos que habian quedado en la ciudad durante el sitio los conducian á todos los lugares sagrados, cantando himnos de alegría. Seria dificil de pintar los afectos de piedad, de penitencia y de gozo que manifestaban estos valerosos campeones, que sobreviviendo á tantos otros que habian muerto peleando por la misma causa, se veian al fin en el término de sus trabajos.

Reducida Jerusalen, no faltaba mas que darle un rey que fuese capaz de conservar esta piadosa conquista, y de proteger el christianismo, tan gloriosamente restablecido en el lugar de su nacimiento. La eleccion de los príncipes cruzados recayó en Godofre de Bullon, el héroe mas valiente, y el christiano mas virtuoso que habia en todo el exército.

Quando se hacia la ceremonia de su inauguracion solemne en la iglesia del santo Sepulcro en presencia de los caballeros, de los soldados y del pueblo, se le iba á poner en la cabeza una corona de oro en señal de su dignidad; pero el piadoso héroe no quiso admitirla diciendo: *No quiera Dios que yo lleve una corona tan brillante en el parage donde el rey de los reyes fué coronado de espinas.* Todo su cuidado lo aplicó al restablecimiento de la religion y del buen órden en su pequeño estado; pero no bien empezaba á gozar del fruto de sus trabajos, quando se acercó Mustali para sitiar la ciudad santa con un exército de 300000 hombres. Godofre, que casi no tenia mas que 20000, le salió al encuentro sin titubear, y lo alcanzó en las llanuras de Ascalon. Presentóle la batalla, y al primer choque puso en desórden aquel exercito innumerable que cubria las orillas del mar. Consternado el califa,

y teniéndolo todo por perdido, entró en sus navíos, y huyó con todos los que pudieron seguirlo. Los otros, esparcidos con el espanto, escaparon con dificultad de la espada de los christianos. En el campo de los infieles se encontraron riquezas inmensas; pero el rey Godofre hizo de ellas un uso muy conforme con los afectos de su sublime piedad. Reparó las iglesias, fundó dos cabildos, el uno en la iglesia del santo Sepulcro, y el otro en la del templo, que era la mezquita que el califa Omar habia hecho levantar sobre las ruinas del templo de Salomon, y edificó un monasterio en el valle de Josafat para monges latinos que habian seguido el exército, y que celebraban el oficio divino en el campo, como si fuese en las casas religiosas mas bien arregladas.

Despues de la conquista de Jerusalen y de la memorable victoria de que se acaba de hablar, habiendo cumplido su voto los príncipes cruzados, se volvieron á su patria. No dexaban á Godofre para defender y engrandecer su reyno mas que 300 caballos y dos mil soldados de infantería; pero de allí á poco recibió un refuerzo traido por el arzobispo de Pisa, que enviaba el papa á Asia con la calidad de legado, para reemplazar al obispo del Pui. Este primer legado de la cruzada habia muerto en una enfermedad contagiosa que habia hecho horrible estrago en el exército christiano despues de la toma de Antioquía. Con este nuevo socorro, y el que los venecianos le traxeron algun tiempo despues, extendió Godofre sus fronteras, tomó ciudades, y obligó á los emires á pagarle tributo. Despues de tantas hazañas, este héroe, coronado de gloria, y digno de vivir en los fastos de la religion, murió en Jerusalen el último año de este siglo. Su hermano Baldovino, príncipe de Edesa, ya ilustre por sus hazañas y por su zelo por la religion, le sucedió, y fué coronado por el patriarca de Jerusalen.

Estos son los principales sucesos y las victorias de la primera cruzada. No falta quien haya preguntado si esta empresa era justa, y si las leyes de la humanidad permitian á los príncipes de Occidente pasar á Asia á acometer y despojar á unos soberanos que no les habian hecho agravio ni injuria ninguna. Aunque sean filósofos los que han hecho esta pregunta, no por eso es menos extraña; ántes por lo contrario podemos admirarnos de que unos escrito-

res acostumbrados á juzgar á los reyes, á los conquistadores, á los siglos, y que se precian de la mas fiel imparcialidad, hayan tenido con los caudillos de la cruzada un rigor de principios, que jamas han aplicado á las empresas militares de los persas baxo de Cyro, de los griegos baxo de Alexandro, de los romanos, ni aun á las de Mahoma y de sus primeros sucesores. ¿De qué derecho se hallaban autorizados los sarracenos para echarse, como lo habian hecho sobre las provincias orientales del imperio, y para sujetar á su yugo los pueblos que las habitaban? Qué facultad tenian para obligar á los vencidos á dexar una religion que se creia divina, y abrazar la ley mahometana? Que autoridad era la suya para exterminar á todos los que hacian resistencia á sus armas, ó que desechaban su culto? Y los turcos que quitaron á los sarracenos unas conquistas compradas con tanto trabajo y tanta sangre derramada, qué derecho habian adquirido para invadir las deliciosas comarcas en donde se establecieron para despojar á los califas y á los emires, para amenazar á Constantinopla, y desolar los pocos estados que quedaban todavía á los sucesores de Constantino? ¿Estos bárbaros hán de haber podido asolar el Oriente, desmembrar el imperio, tragarse sus mas ricas provincias, y no pudiendo los príncipes griegos rechazarlos, no ha de haber sido *lícito* á los príncipes latinos ir á hacerles guerra, suspender sus progresos, é impedir á estos usurpadores el invadir toda la tierra? A los que tratan de injustos agresores á los príncipes cruzados toca decirnos, cómo han podido escapar de su censura los musulmanes despues de haber quitado casi toda el Asia á sus legítimos señores, vedado el culto de los christianos, degollado millones de hombres porque creian en Jesu-christo, y miraban á Mahoma como un embustero? ¿y cómo los cruzados son culpables á sus ojos de una injusticia tan grande, porque vinieron de Occidente á combatir unos opresores crueles, á vengar la sangre de los christianos, á romper las cadenas de sus hermanos, y á restablecer en el lugar de su nacimiento la religion que profesaban?

No extendamos mas estas reflexîones, no sea que obliguemos á los censores de la cruzada á descubrirnos ellos mismos el secreto de una parcialidad tan poco filosófica. Lo que acabamos de decir bastará sin duda á nues-

tros lectores para hacerles penetrar la causa que ha movido á algunos escritores modernos á condenar con tan poca justicia el proyecto de las piadosas expediciones, cuyo principal objeto era la gloria del christianismo. En adelante exâminaremos los efectos que han producido, las mudanzas que han acarreado, la influencia que han tenido sobre todos los estados de la Europa respecto de la autoridad de los soberanos, de los principios constitutivos de la sociedad, de la libertad de los pueblos, de las costumbres, del comercio y de las artes.

ARTICULO IX.

Heregía de Berengario. Su orígen, sus progresos, su condenacion y su fin. Reflexîones sobre este heresiarca, y sobre los efectos de su doctrina.

En el siglo nono se habia movido entre los doctos solamente una ligera disputa sobre la Eucaristía, pero sin perjudicar al dogma. Todos en la Iglesia, aun aquellos que disputaban entre sí, estaban de acuerdo en la doctrina, y reconocian la presencia real del cuerpo y sangre de Jesu-christo en el sacrificio de los christianos. La qüestion no era sino sobre algunas expresiones que unos empleaban para explicar la fe católica, y que otros desechaban como poco corrèctas y capaces de abuso. Pascasio, monge, y despues abad de Corbia, habia compuesto una obra dogmática sobre la Eucaristía para la instruccion de algunos religiosos saxones, los mas recien convertidos, y por consiguiente de pocas luces. Habia intitulado esta obra *del cuerpo y de la sangre de Jesu-christo*, y en ella enseñaba que la Eucaristía, considerada como sacrificio ó como sacramento, contenia el mismo cuerpo del Salvador, que habia nacido de la Vírgen María, que habia padecido en la cruz, y que reynaba en el cielo. Juan Scoto, llamado Erígenes, monge irlandes que tenia crédito particular en Francia, en donde lo honraba el rey Cárlos el Calvo, no aprobó el modo de hablar de que se habia valido Pascasio. Escribió, pues, refutándolo; y como sucede regularmente en las disputas que se pasa mas allá de lo que seria menester, Scoto Erígenes sentó proposiciones que podian combatir la verdad de que estaba

en posesion la Iglesia. Echósele de París, y habiéndose retirado á su patria, murió en ella hácia el año 883. Como no conservamos su escrito, no podemos juzgar puntualmente hasta qué punto se habia apartado del lenguage de la fe. Lo cierto es, que sus opiniones no tuvieron sequaces, ni ocasionaron ninguna turbacion en la Iglesia, sino que se continuó enseñando de palabra y por escrito lo que siempre se habia creido sobre la identidad del cuerpo de Jesu-christo en la Eucaristía con aquel *mismo* cuerpo nacido de María, sacrificado en la cruz, y glorificado en el cielo.

Esta enseñanza subsistia aun con toda su pureza quando Berengario, Arcediano de Angers, y Regente de la célebre escuela establecida en la iglesia de san Martin de Tours, de donde era canónigo, vino á combatirla. Este heresiarca, precursor de los nuevos sacramentarios, nació en Tours, hijo de una familia distinguida, á fines del siglo X. Habíase instruido en las ciencias y en *la virtud* al lado del ilustre Fulberto, obispo de Chartres, el varon mas sabio y mas conocido por la piedad de quantos habia entónces en el Occidente. Habiendo descubierto en Berengario este docto y santo prelado un entendimiento vivo y curioso, un genio inquieto y fogoso, un deseo violento de llegar á hacerse célebre, temió no *hiciese* algun dia, por desgracia de la Iglesia, mal uso de su saber y de su talento. Para impedirlo, le exhortaba á menudo que moderase su curiosidad, que no se apartase un punto de la tradicion antigua, conservada en las obras de los padres, y desconfiase de qualquier camino nuevo, en el que no dexaria de extraviarse él mismo, y de extraviar consigo á los que se empeñasen en seguir sus pasos. Esto mismo le representaba Aldemanno, arzobispo de Brexa, su condiscípulo antiguo, y uno de sus contrarios mas temibles, trayéndole á la memoria los sabios consejos de su maestro comun, en una obra llena de fuerza y de solidez, que publicó contra él luego que se manifestó su heregía.

Berengario combatió primero la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y el bautismo de los niños. En quanto al primero de estos dos objetos, no queria que se obligase á los hombres á casarse solo con una muger sin poderla dexar, pretendiendo que esto era dar límites muy

estrechos á la libertad natural, y ponia la indisolubilidad del vínculo conyugal en la clase de las instituciones humanas. En quanto al otro objeto, defendia que era profanar el sacramento de nuestra regeneracion, el administrarle en una edad en que no se puede conocer su precio, y privar á los adultos del medio de conseguir la remision de todos sus pecados. Sin embargo, no se ve que haya insistido mucho en estas opiniones, las quales abandonó sin duda para dedicarse á establecer y divulgar el sistema que él se habia formado sobre la Eucaristía, como mucho mas á propósito para hacer lucir su saber, y para adquirirle sequaces.

El principio de sus ideas lo habia tomado de Scoto Erígenes. Las desentrañó, les dió un giro capaz de seducir á las personas incautas ó poco versadas en las materias teológicas, y las apoyó con reflexiones, autoridades, y en una palabra, con todo lo que puede engañar á aquellos á quien la novedad halla siempre dispuestos para darle acogida. Aunque de este novator tenemos muchos escritos, se conocen mejor sus opiniones por los que se han hecho para refutarlo. En ellos se ve que el estado de la qüestion entre él y sus contrarios no era desechar ó administrar el dogma de la presencia real del cuerpo de Jesu-christo en la Eucaristía, porque él profesaba está verdad, de que nadie jamas habia dudado desde el orígen del christianismo. El punto de doctrina en que se desviaba del sentir de los católicos, era el que la Iglesia ha explicado despues con la voz transubstanciacion. Enseñaba, pues, que el pan y el vino no se destruyen y convierten en la substancia del cuerpo y sangre de Jesu-christo por la eficacia de las palabras que el sacerdote pronuncia en el sacrificio en nombre del Salvador, sino que continuando en exîstir todo lo que constituye la esencia fisica del pan y del vino, se unen á él el cuerpo y sangre del Hijo de Dios por medio de la consagracion; que entónces se puede decir que Jesu-christo está presente en el altar, y aquí adorarlo y ofrecerlo en víctima de expiacion, como verdadero sacrificio de la nueva ley.

No ha faltado quien escriba que la envidia de Berengario contra el célebre Lanfranco, monge entonces en la abadía del Bec, y despues arzobispo de Cantorberi, habia sido el motivo secreto, por el qual se habia deter-

minado á hacerse cabeza de secta. Habiéndose hecho á Lanfranco presidente de la escuela establecida en el Monasterio del Bec, su grande erudicion, lo sólido de su talento, y lo claro de su enseñanza, atraxeron á sus lecciones una infinidad de oyentes, de suerte, que los discípulos de Berengario lo abandonaron por acudir á la instruccion de este nuevo maestro. Una disputa pública que tuvieron estos dos competidores sobre los objetos que eran entónces la ocupacion de las escuelas, y en la qual Berengario, á pesar de la sutileza de su entendimiento no quedó vencedor, acabó de desacreditarlo, y aumentó la desercion entre sus discípulos, de tal modo, que casi no le quedaba uno. El maestrescuela de Tours quedó muy agraviado de esta afrenta; y buscando su vanidad como repararla, inspiró la idea de adquirir nueva fama en el mundo por medio de la audacia y singularidad de sus opiniones. En las obras de Juan Scoto encontró materiales que era fácil á un dialéctico sutil y sofistico, como él lo era, poner por obra para formar un sistema aparente que hiciese ruido en el mundo, y que le restituyese con usura la fama que habia perdido. Berengario se ocupó primero secretamente en ganar algunos parciales entre el clero. Insinuaba sus errores con tanta precaucion y artificio, los presentaba con colores tan agradables, los apoyaba con reflexîones tan sutiles y tan especiosas, que era como imposible dexar de rendírsele. Por otra parte su vida era exemplar, sus costumbres irreprehensibles, su corazon generoso; tenia una grande exterioridad de piedad, daba quantiosas limosnas; su trato era afable, y sus modales afectuosos; por esto no se sospechaba que un hombre tan virtuoso, tan digno de veneracion y respeto, fuese enemigo de la verdad, y enseñase una doctrina contraria á la fe. En poco tiempo, pues, hubo un crecido número de personas, prevenidas ya en favor suyo por la estimacion de su talento y de sus virtudes, que se dexaron persuadir. Luego que el novator vió ser bastante el número de sus discípulos, y estar sus opiniones profundamente grabadas en los corazones, de modo que pudiese contar con un número considerable de defensores zelosos, juzgó que era ya tiempo de salir al público, y de anunciar á cara descubierta su doctrina. Sus discursos y sus cartas la divulgaron tan prontamente, que el escándalo se extendió muy

en breve por toda la Fracia, y hasta en Alemania.

Todos se levantaron contra la novedad: obispos y sabios tomaron la pluma. Cotejáronse las opinones de Berengario con las de Scoto Erígenes, se reconoció su semejanza, se descubrió su error y se demostró su falsedad. No se contentaron con refutar la heregía, que ya era bastante manifiesta, sino que se desentrañó el dogma católico, se estableció de un modo invencible, y se desvanecieron las falsas sutilezas con que se podia obscurecer. Berengario usaba de tres géneros de pruebas en sus escritos y en sus discursos para apoyar su sistema erróneo, á saber: textos de la escritura, pasages de los padres y raciocinios filosóficos. Los contrarios, entre otros, Hugo, obispo de Langres, Asselino, monge del Bec, Adelmanno y Lanfranco lo siguieron en todos los pasos de su defensa. Restablecieron el verdadero sentido de los textos sagrados, siguiendo la interpretacion de los comentadores mas respetados en la antigüedad christiana. Hicieron ver que los pasages sacados de los santos padres estaban ó truncados ó alterados, ó apartados de su verdadera significacion; desenredaron al fin el artificio de sus raciocinios, y probaron, que en los objetos de la fe, la revelacion, la autoridad de la Iglesia, y su doctrina universal, son las que se han de tomar por norte, y no los vanos sofismas de la filosofia humana, ni las falsas luces de la razon.

Los errores de Berengario no tardaron en manifestarse en Roma. El santo padre Leon IX., á quien se habian denunciado, conoció todo su veneno por una carta del novator, escrita á Lanfranco, que se la dió original, y se leyó en un concilio que celebró en Roma este pontífice el año 1050. Hallándose su doctrina totalmente opuesta á la de la Iglesia se condenó á su autor, y se le privó de la comunion eclesiástica á Lanfranco, á quien esta carta habia hecho sospechoso porque se le escribia á él: se justificó no con raciocinios y explicaciones, sino con una declaracion pura y concisa de la fe sobre la Eucaristía. Leon IX. habia señalado otro concilio mas numeroso tocante al mismo negocio, para impedir que la heregía se fuese fortaleciendo con el tiempo. Con efecto, se celebró en Vercel el mismo año. Berengario, aunque se le citó, no quiso comparecer; pero envió dos clérigos encargados de su defensa. Ellos quisieron hablar en favor de su maes-

tro y de su doctrina, mas no fué dificil confundirlos y reducirlos al silencio. Los errores y persona del heresiarca fueron de nuevo condenados, y echados al fuego los escritos de Juan Scoto, en donde habia bebido el veneno.

Sin embargo de esto, el zelo de los obispos de Francia no estaba ocioso. Habianse juntado en París el año de 1050 por diligencias del rey Henrique, que estuvo presente con un crecido número de señores. Berengario no se atrevió á comparecer en este concilio, no obstante habérselo mandado el rey. En él se leyeron sus escritos, y en particular su carta al primicerio de Metz, porque éste era el fruto mas reciente de su pluma. Aunque los obispos escuchasen esta lectura con suma atencion, no pudieron ménos de interrumpirla muchas veces, porque les horrorizaban tantos errores como contenia. Todos los escritos de Berengario fueron condenados con los de Scoto, á quien habia tomado por maestro. Los prelados no creyeron haber hecho todavía bastante en defensa de la verdad, mientras que Berengario no hubiese sido convencido por su propia confesion, y obligado á dar una retractacion auténtica de su heregía. Esto es lo que se hizo en el concilio de Tours el año 1055 en presencia de los legados de la santa Sede, uno de los quales era el famoso Hildebrando, en adelante Gregorio VII. Permitióse á Berengario exponer y defender sus opiniones; pero él tomó el medio mas seguro, que fué condenar los errores que habia enseñado, y confesar la fe comun de la Iglesia, acerca del modo como ésta cree presentes en la Eucaristía el cuerpo y sangre de Jesu-christo. Esta retractacion la firmó, y creyendo los legados ser sincero su proceder, lo restituyeron á la comunion de la Iglesia.

Pero estaba muy distante de dexar de buena fe unas opiniones en las quales habia fundado sus pretensiones á la fama. Apenas salió del concilio dogmatizó con mayor audacia que ántes, valiéndose de insinuaciones, de astucias, y aun de regalos para aquietar á sus parciales en punto del efecto de los anatemas que contra él se habian fulminado. Las retractaciones y perjurios no le costaban nada. Viósele otra vez condenarse á sí mismo en Roma en el año 1059, en un concilio de 113 obispos, al qual presidió el papa Nicolao II., firmar la profesion de fe hecha contra sus errores por el cardenal Humberto, arrojar al fuego sus escri-

nos y los de Scoto Erígenes, y poco tiempo despues escribir contra el papa, ultrajar al cardenal, y calumniar á toda la Iglesia. Estas mismas escenas repitió sin vergüenza en los concilios de Ruan el año 1063, de Poitiers en el de 1075, y de Roma en tiempo de Gregorio VII. en el de 1078.

Este perjudicial sectario, siempre pronto á hacer seguir las abjuraciones á las recaidas, y las recaidas á las abjuraciones, viendo á toda la Iglesia contra él, dió otro paso nuevo en el camino extraviado en que se habia metido. Acusó á la misma Iglesia de haber incurrido en error, y pretendió que la verdad predicada por los apóstoles, enseñada por los santos padres, la doctrina de los primeros siglos, en una palabra, la verdadera fe tocante á la Eucaristía, no la habian conocido en los últimos tiempos sino Juan Scoto y él. Habiendo llegado á este extremo de audacia y de extravagancia, ya no habia autoridad en la religion que pudiese intimidarlo y reducirlo á la creencia ortodoxa. Sin embargo, la misericordia de Dios le franqueó todavía un recurso en el tiempo en que su conversion parecia mas desesperada. El escrito que acaba de publicar contra su última retractacion habia acabado de sublevar y de indignar á todos aquellos que sus errores y perjurios le habian indispuesto contra él. En esta obra, hija del furor, añadia la indecencia de las reprehensiones y de las imputaciones á los malos raciocinios, en que tan á menudo se habia envuelto. Para proceder contra este último atentado de un hombre tantas veces proscripto, se juntaron los obispos en concilio en Burdeos el año 1080 baxo la autoridad de dos legados de Gregorio VII. A Berengario le conduxo Raoul, arzobispo de Tours; y sea que ya hubiese vuelto algo en sí, sea que conociese el peso de aquella multitud de sentencias pronunciadas en 30 años contra su doctrina, ó sea por último que su edad avanzada y la inmediacion de la muerte excitasen en su corazon el temor y los remordimientos, parece abjuró de buena fe el error, y dió grandes muestras de arrepentimiento. Desde este tiempo no se desmintió mas; y habiéndose retirado á la isla de san Cosme á alguna distancia de Tours, pasó allí en exercicios de penitencia los 7 últimos años de su vida, la que concluyó en el de 1088, de unos 90 años de edad. No se puede dudar que muriese en la paz de la

Iglesia, gracia que Dios concede rara vez á los autores de nuevas heregías. Este hecho se confirma con un estilo del cabildo de san Martin de Tours, que iba todos los años en la semana de Pascuas á cantar un *De profundis* sobre el sepulcro de Berengario ántes que el priorato de san Cosme se hubiese reunido á este cabildo en el año 1742.

El carácter de Berengario es uno de los mas singulares que se encuentran en la historia. Primero se le ve aplicado á las ciencias divinas y humanas, dedicar su talento á la utilidad pública, ganar la estimacion de las gentes honradas con una vida pura y quantiosas limosnas, atraer una juventud lucida y numerosa á la escuela de Tours por su reputacion, y abrirse camino para las dignidades y honores que no hubieran dexado de ser la recompensa de un mérito tan grande. Despues se le ve alimentarse de una vil envidia contra un competidor, cuya gloria le parece que se va estableciendo á costa de la suya, concebir por este motivo, tan indigno de un alma generosa, el designio de turbar la Iglesia con una heregía nueva, retractar sus opiniones, y volver á ellas mil veces, burlarse de la religion, del juramento; insultar á los prelados con escritos llenos de acrimonía y de indecencia; ocupar los concilios por cerca de medio siglo, eximirse continuamente de su autoridad por medio del fingimiento y de la astucia; y á pesar de la indignacion que inspira una conducta tan poco consiguiente y tan poco conforme con las reglas de la probidad, conservar la estimacion que se habia grangeado con la regularidad de sus costumbres: véсele por último, despues de tantas agitaciones y contrariedades, sosegarse de repente, llenarse de los afectos mas humildes, y del mas vivo arrepentimiento, complacerse en la soledad, y con un género de vida que ya no parecia correspondiente á su edad, expiar unos extravíos que no cesa de llorar sino cesando de vivir.

Sin embargo, por singular que sea este carácter, hay en él unos rasgos generales que le son comunes con todos los heresiarcas. Así llamamos aquella curiosidad ingrata que pretende tener derecho para sondear los misterios de la fe, y reducirlos á las nociones del órden natural; aquel deseo insaciable de ser famoso en este mundo, y de tener ocupados á los hombres sobre sus cosas; aquel abuso del

raciocinio, y aquella afectacion de aplicar las ideas de la filosofia humana á los objetos de la fe; aquella mira de simplificar la religion, y de apartar de ella todo lo que cuesta trabajo á la razon para hacerla mas creible; aquel atrevimiento de alterar los textos, de citarlos sin fidelidad, y de violentarlos para aplicarles nuevo sentido; por último, aquel extremado exceso de orgullo y de temeridad, que llega hasta declararse contra el cuerpo entero de la Iglesia, defender que hace muchos siglos que incurrió en el error, y atribuirse exclusivamente el privilegio de conservar y de enseñar la verdad. Es preciso confesar que en todos estos puntos han seguido los nuevos discípulos de Berengario con mucha fidelidad sus huellas. Esta semejanza de fines, de conducta y de procederes entre el primer novator que se atrevió á contradecir la fe de la Iglesia sobre la Eucaristía, y los que han venido despues, habria debido, á lo que parece, establecer un juicio anticipado muy fuerte contra estos últimos quando comenzaron á parecer.

Berengario habia seguido los pasos de todos los heresiarcas que se habian levantado ántes que él. Así como ellos halló el misterio de la Eucaristía impenetrable á los alcances del entendimiento humano; como ellos intentó hacerlo mas perceptible á la razon, ménos apartado del órden comun de la naturaleza por medio de un sistema que le pareció sencillo, fácil de comprehender, y desembarazado de las grandes dificultades que presenta el dogma segun la fe nos lo propone; por último, como ellos no hizo mas que substituir un misterio nuevo inventado por él, al que la Iglesia habia creido siempre hasta entónces, fundada en la Escritura y en la tradicion, un misterio sujeto á las mismas dificultades, y tan poco comprehensible como el que se atrevia á desechar. Con efecto, la union del cuerpo y sangre de Jesu-christo con el pan y vino consagrados ¿no es por ventura resulta de un prodigio tan dificil de comprehender como la mudanza de estas substancias, segun los católicos lo admiten? ¿No se debe reunir igualmente á la omnipotencia divina para obrar esta union, como para efectuar esta mudanza? ¿No se multiplican acaso tanto los milagros en la opinion de Berengario, como en la de los ortodoxôs? Milagro en la union del cuerpo y sangre de Jesu-christo con la substancia siempre existente

del pan y del vino; milagro en la mudanza de forma, de proporcion, de extension, que debe padecer el cuerpo de Jesu-christo para producir esta union; milagro en la reproduccion de este cuerpo adorable en tantos lugares, y baxo tantas especies consagradas; milagro en la duracion de la union, en su naturaleza, que no se puede difinir, en el término en donde empieza y en donde acaba, que no se puede fixar, &c. ¿y todos estos milagros no son otros tantos escollos adonde la razon va á estrellarse? ¿No valia mas atenerse á la fe recibida, y creer humildemente lo que siempre se habia creido en la Iglesia, que no atormentar el entendimiento para no ofrecer á la razon mas que dificultades tan insuperables y tan inherentes á la naturaleza de los objetos, como aquellas de que se le queria libertar?

Este nuevo exemplo confirma lo que ya hemos observado muchas veces sobre la ineficacia é inutilidad de los esfuerzos del entendimiento humano quando intenta sujetar á su exámen los dogmas de la religion. Por eso todos los que escribieron en este siglo contra Berengario se reduxeron á dos puntos, en los quales consistia toda la controversia que habia suscitado. Primeramente establecian la verdad de fe opuesta á sus errores; y en segundo lugar declaraban que el modo como Jesu-christo subsiste en la Eucaristía despues de la destruccion del pan y del vino es un misterio superior á todas las luces de la razon, que debemos creer por la palabra de Dios y por la autoridad de la Iglesia. Allí se detuvieron, y los concilios que condenaron la heregía no han hecho mas. Qualquierá, pues, que intente traspasar estos límites inmutables, y abrir nuevos caminos, no puede ménos de venir á parar en el error.

Observemos ántes de concluir, que si entre los contrarios de Berengario ha habido quien lo haya acusado de negar el dogma de la presencia real, generalmente reconocido en su tiempo, y que él mismo admitia, es porque la fe de la Iglesia, tocante á la mudanza de substancia en la Eucaristía, por virtud de las palabras divinas, era tan auténtica y tan cierta, que no se pensaba que fuese posible proponer nuevas ideas sobre este objeto sin trastornar de todo punto la doctrina católica.

»No se tuvo por necesario convocar concilio general »contra Berengario, como ni tampoco se convocó contra

»Pelagio, porque habiéndose recibido unánimemente en »todas las iglesias las decisiones de la santa Sede, y de los »concilios particulares, se halló de tal modo destruida la »heregía de Berengario, que solo encontró abrigo entre »los maniqueos.” Esta es la reflexîon del erudito autor de la historia general de los autores sagrados y eclesiásticos. (tom. 20. pág. 294.) Reflexîon juiciosa que merecia ocupar aquí lugar.

ARTICULO X.

Personas ilustres en santidad.

Entre los personages santos, que se hicieron célebres por sus virtudes en el siglo XI. no escogeremos mas que tres, porque han fundado órdenes famosas, que subsisten todavía con edificacion en la Iglesia.

San Romualdo es el primero en el órden de los tiempos. Nació en Ravena á mitad del siglo X., de una familia ilustre, que poseia inmensas riquezas. Educósele segun las máxîmas del siglo, llevando en él sus parientes unas ideas puramente mundanas. Luego que salió de la infancia, se conformó en su modo de vivir con los jóvenes de su edad y de su esfera. La caza le ocupaba una parte del tiempo; y los placeres sucedian á este penoso exercicio, del qual descansaba en el seno del deleyte. Sin embargo, en medio de esta vida disipada no dexaba de sentir algunos impulsos que le movian hácia Dios. La soledad era para él un encanto, y quando cazando encontraba algun parage apartado, con aspecto risueño y agradable se detenia en él, y decia suspirando: *¡Ay! quán dulce seria vivir aquí, léjos del mundo y de su esclavitud.*

Estos piadosos afectos adquirieron nueva fuerza por un suceso que la providencia habia dispuesto para decidir su vocacion. Su padre, hombre violento y soberbio, habia reñido con otro señor; y desafiando á su enemigo, quiso que Romualdo fuese testigo del duelo. Viendo esta barbaridad, se horrorizó de ella, y resolvió dexar un mundo, que ponia la gloria y la reputacion en la crueldad. Un monasterio inmediato á Ravena fué su primer asilo. En él tomó el hábito de religioso á la edad como de 20 años. Los monges que habitaban este desierto no vivian conforme á

las reglas de su instituto. Despues de estar Romualdo tres años con ellos, no obstante la poca autoridad que le daba su corta edad, se atrevió á reprehenderlos, y hacerles conocer el riesgo en que estaban de perderse si continuaban viviendo en la relaxacion. Indignados de esta libertad en un jóven tan temerario, que queria dar lecciones á sus maestros, convinieron los monges entre sí en quitar de en medio á este imprudente censor. Noticioso Romualdo de sus intentos, y temiendo que llegasen á ponerlos en execucion, pidió permiso para retirarse, el qual consiguió. De allí fué á sujetarse á la direccion de un santo ermitaño, llamado Marino, que vivia á alguna distancia de Venecia. Mas piadoso que instruido el ermitaño Marino, exercitó la paciencia de su discípulo de un modo bastante nuevo, y que no habria aprobado por cierto la discrecion de los solitarios antiguos. Enseñándole á leer, lo que apénas sabia, le daba en la cabeza con una varilla por el lado izquierdo, de suerte que Romualdo llegó á decirle un dia que le diese en la oreja derecha, porque casi habia perdido el uso de la otra.

Despues de haberse exercitado por algun tiempo en las virtudes religiosas, baxo la direccion del buen ermitaño, siguió Romualdo en Cataluña á un célebre abad llamado Guarin, que habia convertido á Urseolo dux de Venecia, y á un senador llamado Juan Gradénico. En este nuevo retiro se hizo en breve tan famoso por su eminente piedad, y por el talento que Dios le habia concedido para dirigir á los otros, que una multitud de discípulos de todos estados vino á sujetarse á su disciplina. Tuvo por discípulos personas de la mayor gerarquía, entre otros un hijo del rey de Polonia, y un pariente del emperador, que predicó en adelante el Evangelio en Rusia, y alcanzó la corona del martirio. Romualdo, que se hallaba inflamado de un fervoroso zelo por la conversion de los idólatras, se puso en camino en compañía de otros muchos con el fin de trabajar en ella; pero Dios, que tenia otras ideas con él, lo detuvo en el camino dándole una debilidad de piernas que le cogia siempre que queria andar. Apartóse de sus compañeros despues de haberles dado prudentes consejos para gobernarse en la santa empresa, de la qual sentia no poder participar con ellos. En adelante se consoló con saber las abundantes bendiciones que Dios habia derramado sobre

sus trabajos, y los efectos maravillosos de su mision en Polonia y en las otras comarcas del Norte. No pudiendo estar ocioso el zelo de Romualdo, se dedicó á combatir la simonía tan comun entónces entre los eclesiásticos, y á inspirar el desprendimiento del mundo á los legos. El número de los que se convertian con sus exhortaciones era tan grande, que apénas habia formado una comunidad, quando tenia que confiarla á un superior para ir á echar los cimientos de otra. Todos estos religiosos, los mas de los quales eran de nacimiento distinguido, criados con delicadeza, y alimentados con abundancia, vivian en la austeridad mas rigurosa, practicando á la letra la regla de san Benito que habia adoptado su maestro, y no teniendo otra emulacion entre sí, que la de servir á Dios con mayor fervor. Sin embargo, el santo fundador era enemigo de todo exceso y de qualquier sigularidad. No permitia ni las maceraciones extraordinarias, ni las largas vigilias, ni nada que excediese de las observancias comunes que la regla prescribia á todos.

De este santo hombre se cuenta una de aquellas acciones extraordinarias que se hallan algunas veces en la vida de los que el espíritu de Dios suscita para ser un grande espectáculo en la Iglesia, y que no se deben imitar en todo. Su padre, tocado de Dios, se habia retirado á un monasterio cerca de Ravena. Al cabo de algun tiempo concibió el deseo de volver al siglo; de lo que noticioso Romualdo por los religiosos del monasterio, se partió de la Cataluña, y pasó á Ravena. Habiendo encontrado á su padre en la misma resolucion, lo hizo cargar de prisiones, y castigar duramente hasta que la tentacion de dexar la soledad hubiese cedido á esta correccion. El suceso justificó un procedimiento tan extraño. El padre de Romualdo no pensó mas en dexar la vida religiosa, y algun tiempo despues murió santamente, dexando edificados á los hermanos con grandes exemplos de paciencia y de resignacion.

El establecimiento mas célebre de san Romualdo fué el monasterio que fundó el año 1012 en una soledad de Apenino, en la diócesis de Arezzo, llamado Camaldoli. En él pasó los 15 últimos años de su vida en exercicios de penitencia, y el recogimiento mas estrecho, orando sin cesar, hablando poco. Murió el año 1027. No obstan-

te sus dilatados trabajos, y la austeridad de su vida, habia extendido su carrera hasta la edad de 90 años. En su sepulcro obró tan crecido número de milagros, que el papa Juan XIX. concedió á los religiosos del monasterio de Camaldoli el permiso de erigir un altar en el lugar de su sepultura, cinco años despues de su muerte. San Pedro Damiano, que ha escrito su vida, refiere que sus virtudes le habian adquirido tal autoridad, que sola su presencia intimidaba á los pecadores mas obstinados, é inspiraba respeto á las personas mas ensalzadas en dignidad. Habiasele honrado con el órden sacerdotal; pero no se sabe en qué año. Del monasterio de Camaldoli es de donde han tomado los religiosos de san Romualdo el nombre de Camandulenses, con el qual se les conoce desde fines del siglo XI. Hasta entónces se habian llamado Romualdinos, del nombre de su santo fundador.

San Juan Gualberto, uno de los personages mas ilustres de este siglo, á principio del qual nació, era hijo de un caballero florentino, llamado Gualberto como él. Su padre lo destinaba para la profesion de las armas; que era la suya; y como su educacion y principios, que se le dieron en la juventud no tuvieron otro objeto, se llenó de todas aquellas preocupaciones en que las ideas del tiempo fundaban esta profesion. Luego que hubo concluido los exercicios á que se aplicaba entónces á los jóvenes de distincion, le mandó su padre que tomase venganza de la muerte de uno de sus parientes, asesinado por otro caballero. En consequencia de esta órden, fundada en los usos bárbaros, que tenian fuerza de ley entre la nobleza, debia buscar por todas partes al homicida, hasta haber lavado en su sangre el ultraje hecho á la familia. Gualberto se lamentaba de hallarse en la cruel necesidad de meter su espada en el seno del homicida para satisfacer á las leyes del mundo. Un dia encontró á este enemigo en un camino tan estrecho, que les era imposible huir uno de otro. Ya tenia Gualberto levantado el brazo para descargar el golpe, quando habiéndose echado al suelo el culpado, le pidió por Jesu-christo que le concediese la vida, lo que no pudo negarle Gualberto movido de compasion. Despues de esta accion se entró en una iglesia inmediata, en donde dió gracias á Dios por el favor que acababa de hacerle, y por los afectos de misericordia que le habia inspirado. En

el fervor de su oracion formó la idea de apartarse del mundo, y dedicarse enteramente á la virtud. Su padre combatió mucho tiempo esta piadosa resolucion; pero viéndolo inflexîble, le permitió seguir la inclinacion que el espíritu de Dios le habia sugerido. Gualberto se retiró primero al monasterio de san Miniato de Florencia, en donde hizo tan grandes adelantamientos en la piedad, que habiendo perdido los monges al abad que los gobernaba, lo eligieron unánimemente para reemplazarlo; pero el humilde religioso se negó con constancia á admitir este cargo; y porque no se le violentase, y con el anhelo de llevar una vida mas perfecta, dexó el monasterio, y fué á ocultarse en la soledad de Camaldoli. Allí permaneció algun tiempo en medio de los santos anacoretas que se habian formado baxo la direccion de Romualdo, con cuyos exemplos se excitaba á la virtud, y se penetraba del espíritu del santo fundador que respiraba todavía en sus discípulos. Dios, que lo destinaba tambien para ser padre de una numerosa posteridad de religiosos, le inspiró el deseo de establecerse en otra soledad del Apenino, ménos apartada de Florencia que la de Camaldoli.

Este sitio se llamaba Valle-umbrosa, nombre que ha conservado hasta ahora, por los altos pinos que hacian sombra á esta parte de la montaña. Habiéndose detenido allí Juan Gualberto, echó los cimientos de la célebre congregacion de Valle-umbrosa, de que fué fundador. Sujetó á los monges, que se congregaron allí de todas partes baxo su disciplina, á la regla de san Benito, que les hacia practicar en todo su rigor. Dios le habia dado el discernimiento de espíritus en tal grado, que entre los hombres de todos estados que venian á pedirle el hábito religioso, distinguia á la primer mirada los que habian de perseverar, de aquellos á quien no animaba mas que un deseo pasagero de conversion. En la eleccion de los sugetos que se le presentaban, preferia los pobres á los ricos, y nunca admitia las donaciones que estos querian hacer de su hacienda al monasterio. Habiendo sabido que el superior de una casa de su congregacion se habia relaxado en este punto, y que un hombre rico al profesar se habia desposeido de todo en favor del monasterio y en perjuicio de su familia, se enfureció el santo hombre, y pidiendo la escritura, la rasgó, y restituyó todo á los parientes del donante. La econo-

mía y amor de la pobreza que juntaba con el desinteres, le proporcionaba hacer quantiosas limosnas. Queria que todos sus religiosos, y principalmente los superiores tuviesen las mismas máximas que él en el uso de lo temporal. Para acostumbrarles con mas eficacia, hacia muchas veces distribuir á los pobres en sus visitas todas las provisiones de una casa, sobre todo quando veia que se habian juntado con solicitud puramente humana. El autor de su vida refiere que habiendo ido á visitar un monasterio de su jurisdiccion, halló sus edificios de una extension, y de una hermosura poco correspondiente á la simplicidad religiosa, por lo qual reprehendió muy agriamente al superior diciéndole, que mas bien hubiera hecho en emplear el dinero de la comunidad en alimentar á los pobres que no en construir un palacio; y volviéndose despues hácia un arroyuelo que corria allí cerca, dixo: *oxalá que este escaso arroyuelo llegue á hacerse un torrente que destruya un edificio demasiado suntuoso para servir de habitacion á unos pobres monges como nosotros*. Apénas acabó de hablar, continua el historiador, quando habiéndose hinchado el arroyuelo arrastró tan grande porcion de peñascos, que arruinaron todos los edificios. Atemorizado el superior con este suceso, queria trasladar á otra parte el monasterio; pero el santo hombre lo impidió, asegurándole que el arroyuelo no saldria mas de su madre, lo que puntualmente sucedió como lo habia vaticinado. La santa y penitente vida que llevaba Juan Gualberto en medio de los afanes que acarreaba el gobierno de su congregacion, su zelo por conservar la disciplina monástica, y el don de milagros que le habia concedido Dios, extendieron su fama por toda Italia. Reyes, príncipes y sumos pontífices venian á buscarlo en su soledad para instruirse con sus consejos. Enemigo de toda vanidad, no se dexaba llevar de aquellos aparatos de los grandes de la tierra que á tantos habrian lisonjeado, sino quando podia resultar de ello algun bien. Despues de haber fundado un crecido número de casas religiosas, y reformado otras muchas, cayó enfermo en el monasterio de Pasiguano, cerca de Florencia. Luego que conoció que se iba acercando su fin, juntó todos los abades y superiores de su congregacion para exhortarlos á conservar el fervor y regularidad en las cosas que les estaban confiadas; y habiendo recibido despues los

sacramentos de la Iglesia, murió de edad de 73 años el de 1073. El papa Celestino III. lo puso entre los santos que celebra la Iglesia en el año 1173. La órden de Valle-umbrosa es la primera en que se han admitido dos clases de religiosos distinguidos hermanos de coro y hermanos conversos ó legos. Estando encargados estos de las obras mas penosas, no eran obligados á un silencio tan riguroso como los otros. En lo demas seguian la misma observancia.

La órden de los cartuxos, tan célebre y mas extendida que la de Valle-umbrosa, tuvo tambien su orígen en este siglo, gloriándose la Francia de haber sido su cuna. San Bruno, que dió esta nueva familia á la Iglesia, nació en Colonia hácia el año 1040. Sus parientes tenian un empleo distinguido en la ciudad, y su piedad los hacia todavía mas recomendables que no su nobleza y opulencia. Bruno habia recibido del cielo las mejores disposiciones para la ciencia y la virtud, las quales se cultivaron con la mas buena educacion que se pudiese dar entónces, tanto en la colegial de san Cuniberto de Colonia, como en la escuela de Reims, adonde vino á perfeccionarlas. Sin olvidar las artes agradables, se aplicó sobre todo á las ciencias profundas y sólidas, en las que hizo rápidos adelantamientos representándonoslo los escritores de su siglo como un filósofo hábil y un teólogo docto. La fama que adquirió lo hizo elegir para ocupar el empleo de escolástico ó regente de la escuela establecida en la catedral de Reims, de que ya era canónigo, y de que en adelante llegó á ser canciller. Supo mantener la fama de esta escuela, y los discípulos que tuvo desempeñaron con distincion las mas altas dignidades de la Iglesia, hasta ver á uno de ellos, que fué Urbano II., en la cátedra de san Pedro. Pero no nos hemos propuesto considerarlo aquí por el lado del talento y del mérito literario: sus virtudes le han dado derecho mas seguro y mas apreciable á los elogios de la posteridad.

Desde muy niño habia manifestado Bruno un gran fondo de piedad; y léjos de debilitar estas felices inclinaciones la edad y la experiencia, solo sirvieron para confirmarlas. Reflexîonaba muy á menudo sobre los peligros del siglo, sobre el descanso de la soledad, y sobre la felicidad de los que se entregan enteramente á Dios. Estas reflexîo-

nes adquirieron nueva fuerza, y obraron poderosamente en su corazon quando fué testigo de los alborotos que se movieron en la Iglesia de Reims, siendo obispo Manasés, prelado escandaloso y violento, que tiranizaba á todos los que reprehendian sus desórdenes, ó que no los aprobaban. Algunos amigos, que eran de su mismo sentir, formaron con él la resolucion de dexar las cosas perecederas para conseguir los bienes eternos. De este modo se explicaba él mismo en una carta escrita mucho tiempo despues de su retirada á uno de sus amigos antiguos. Estos fueron los motivos que lo determinaron á dexar el mundo, y no la pretendida resurreccion de un doctor de París, reputado por bueno, que levantando la cabeza fuera del ataud miéntras lo iban á enterrar, dixo que era acusado, juzgado y condenado: suceso de que Bruno ni ninguno de sus contemporáneos ha hecho mencion.

Aunque los escándalos de la iglesia de Reims hubiesen cesado con la expulsion de Manasés, y la eleccion de Raynaldo, que le sucedió, no perdia Bruno de vista el piadoso designio que habia formado. Para executarlo buscó seis compañeros de gran fervor. Todavía deliberaban sobre el género de vida que habian de abrazar, y sobre el sitio que escogerian para retirarse, quando se les encaminó al santo obispo Hugo de Grenoble, como el mas capaz de dirigirlos en su empresa, y así se partieron para irlo á buscar. La noche antecedente habia visto el santo prelado siete estrellas brillantes, que despedian la luz muy léjos. Luego que Bruno y sus seis compañeros llegaron, no dudó que el cielo los hubiese querido significar con los siete astros, cuyo resplandor habia herido sus ojos en medio de la obscuridad. Recibiólos con alegría, y los conduxo á una soledad horrorosa y casi inaccesible entre montañas y peñascos. Este lugar se llamaba la Cartuxa; y allí es donde Bruno echó los cimientos de su órden. Sus compañeros y él edificaron desde luego un oratorio dedicado á la Vírgen santísima, al rededor del qual hicieron unas celdillas separadas unas de otras, en donde vivian en silencio, oracion y trabajo de manos. Mas bien parecian ángeles que hombres: tan unidos estaban con Dios y desapegados de la tierra. Luego que el número de los discípulos de Bruno se aumentó hasta 12, se edificó una iglesia mayor y mas cómoda; pero el santo fundador desterró de ella todo

aquello que solo pudiese servir para agradar á la vista. No se veia oro ni plata, ni ricos adornos, ni pinturas primorosas, ni nada precioso. El caliz para decir misa era la única pieza de plata que poseia el monasterio. En las celdas, que estaban distribuidas al rededor de un claustro, se advertia la misma simplicidad. Cada solitario tenia la suya, y permanecia en ella todo el dia aun para comer, y no se juntaban mas que en la iglesia á cantar el oficio divino. Todos los domingos les distribuia el ecónomo pan y legumbres para toda la semana. No tenian otro alimento, ni comian jamas carne, aun en las enfermedades mas graves. Ayunaban todo el año, no haciendo mas que una comida, excepto los domingos, las fiestas solemnes, y las octavas de pascua de Pentecostés y de Navidad. No hablaban casi nada, y llevaban cilicio en todo tiempo aun de noche. Por todas estas circunstancias se ve, que á pesar del transcurso de los siglos, y de los progresos de la relaxacion, que nada ha perdonado el órden exemplar de los cartuxos, es el que se ha apartado ménos de su primer instituto.

El santo obispo de Grenoble no tenia mayor consuelo que ir á menudo á la Cartuxa á participar de los exercicios de estos piadosos solitarios. Vivia como ellos, se sujetaba á todas sus observancias, y se excitaba con su exemplo á la práctica de las virtudes que mas repugnan á la naturaleza. A veces era preciso que Bruno lo despachase á su rebaño; pero luego que los negocios de su diócesis se lo permitian, venia á juntarse con los siervos de Dios. La vida celestial que llevaban habia hecho su soledad objeto de veneracion, viniéndose á ella en romería, como á una tierra de bendicion, y á un lugar consagrado con la presencia de los santos. El conde de Nevers fué llevado allí de una piadosa curiosidad como otros muchos. Admiró un recogimiento, una penitencia y una pobreza que no habia llegado hasta este grado en ningun órden religioso. De vuelta á su casa les envió mucha vaxilla de plata. Bruno, á quien se llevó este regalo, no quiso recibirlo, diciendo que todo esto no era de ninguna utilidad para él ni para los suyos. Mas edificado el conde que nunca, les envió pieles y cueros para copiar libros. San Bruno las admitió, porque sus religiosos empleaban parte del tiempo en copiar manuscritos, y la biblioteca era la única riqueza de esta soledad.

Ya hacia cerca de 6 años que gobernaba Bruno la cartuxa en calidad de prior ó maestro (que es el título que le dan los autores contemporáneos, como tambien á sus primeros sucesores) quando Urbano II., que habia sido discípulo suyo, lo hizo venir á Roma para que lo ayudase con sus consejos en el gobierno de la Iglesia, y con efecto hizo este viage hácia el año 1089. Sus religiosos quedaron tan sentidos con su marcha, que abandonaron una soledad que ya no tenia ningun atractivo para ellos. Sin embargo, volvieron á ella al cabo de algun tiempo, y empezaron de nuevo su primer género de vida, baxo la direccion de Landuino, que el santo fundador les habia dexado para gobernarlos. Bruno fué recibido del papa con la distincion debida á su mérito. El pontífice, que conocia su prudencia, lo consultaba en los negocios mas arduos; pero la corte de Roma, adonde se llevaban todas las causas del mundo christiano, no era residencia que pudiese contentar á un santo que habia gustado las dulzuras de la soledad, y que suspiraba por ella. Solicitaba con ansia la licencia de volverse á la cartuxa; pero no queriendo Urbano consentir en ello, le instó que aceptase el arzobispado de Reggio. Bruno rehusó con constancia una honra de que se juzgaba indigno. Al fin, vencido el papa por sus instancias, tuvo á á bien que se retirase á una soledad de la Calabria con algunos compañeros que habia ganado para Dios durante su residencia en Roma. Allí llevaron la misma vida que se practicaba en la cartuxa de Grenoble. Este nuevo retiro de Bruno era muy diferente del primero, lleno de peñascos, rodeado de precipicios, y estrechado por altas montañas. Este, segun la descripcion que él mismo ha hecho, era un valle espacioso y agradable, en que se respiraba un ayre puro. Fuentes y arroyuelos lo regaban, y en él se admiraban árboles de toda especie, cargados de las mas delicadas frutas, con prados siempre cubiertos de verdura y de flores. Allí fué donde Bruno fundó la segunda casa de su órden, en una tierra dada por Rugero, conde de la Calabria. Este nuevo monasterio, cuya fundacion se pone en el año 1094, se llamó *la Torre*. Bruno pasó en él los 7 últimos años de su vida, y murió santamente el de 1101, despues de haber hecho en presencia de sus religiosos una confesion general de toda su vida, y una profesion de fe, en que insiste sobre el dogma de la presencia real de Jesu-

christo en la Eucaristía, á causa de los errores de Berengario, de quien habia sido discípulo y amigo.

San Bruno no habia dexado regla particular á sus discípulos; y así sus estatutos los hizo el venerable Guignes, quinto general de la órden. Formólos con arreglo á lo que habia visto practicar á los primeros compañeros del santo fundador, y por esta razon los intituló *Costumbres de la gran Cartuxa*. Comunicólos á las otras casas de la órden, que no eran todavía mas que tres. Tales fueron los principios de este instituto célebre, que se ha extendido con el tiempo á todas las partes del mundo christiano. A los monasterios de esta órden se da el nombre de Cartuxa, y á los piadosos solitarios que los habitan el de cartuxos, tomados uno y otro del que tenia el primer desierto adonde se retiró san Bruno, que siempre ha sido despues la casa principal de esta órden, y la residencia del superior general que la gobierna.

ARTICULO XI.

Escritores eclesiásticos.

Entresacarémos, como lo tenemos de costumbre, los autores mas célebres y que merecen mas ser conocidos, tanto entre los griegos como entre los latinos, porque la naturaleza de esta obra no permite presentar al lector sino lo mas útil que hay que saber, y mas importante sobre cada objeto. Miguel Psello, de quien ya hemos hablado algo, fué sin contradiccion el mas docto de los griegos que cultivaron las letras en este siglo. Era descendiente de una familia ilustre de Constantinopla. Llegó á la clase de senador, y su mérito le hizo ser muy estimado de los emperadores, hasta la caida de Miguel Ducas, que habia sido su discípulo. Despues de este suceso, que se refiere al año 1078, se retiró Psello á un monasterio, en donde murió al cabo de algun tiempo. Los AA. griegos que le han sucedido han hecho grandes elogios de su erudicion. Habíase exercitado con acierto en casi todas las especies de literatura sagrada y profana. Sin embargo, los varios escritos que ha producido su pluma no se han reunido en un cuerpo sino que se hallan, ó impresos separadamente ó esparcidos en varias colecciones. Leon Allatio, uno de los mas eruditos

y juiciosos críticos del siglo XVII., que habia hecho particular estudio en la literatura griega de la edad media, pone las obras de Psello en grado superior á todo lo que se escribió en su lengua en su tiempo y despues de él. Alaba sobre todo el buen órden que reyna en sus escritos de todo género; admira su estilo noble, puro y eloqüente, y asegura que nadie ha tratado mas á fondo que él las materias á que se ha dedicado. Otros críticos no han juzgado tan favorablemente. *Mr. Dupin*, entre otros, en el siglo X. de su biblioteca eclesiástica, dice que á pesar de la alta estimacion que de este escritor hace Allatio, no halla sus obras ni muy útiles ni muy eruditas en las materias eclesiásticas, ni muy eloqüentes. Para conciliar dos opiniones tan opuestas sobre el mérito de un mismo autor, seria necesario entrar en prolixos exâmenes y analísis que no son de nuestro plan.

En este siglo pondremos á Teofano el Cerameo, arzobispo de Tauromina en Sicilia, aunque ha habido críticos que lo han referido al IX. Dos son las razones que nos determinan á esto; la primera, que cita á Simeon Metafraste, autor del siglo X.; y la segunda, que habla del rey Rugero, que no puede ser otro que el conde de Sicilia de este nombre, calificado con el título de rey segun la costumbre de los griegos. Este autor ha dexado 72 homilías escritas en estilo simple, sin adorno ni sublimidad, pero muy instructivas y proporcionadas á los fieles para quienes se hicieron estos discursos. Explica en ellas primero el sentido literal de los evangelios, y despues se extiende sobre el sentido alegórico y moral, sacando inducciones para la práctica de las obligaciones y la direccion de las costumbres. Todo está muy bien expuesto, claro é inteligible; y las verdades prácticas, en que el pueblo de todos tiempos necesita que se insista mas que en todo lo restante, se aclaran como corresponden. Los contemporáneos de este obispo estimaban mucho sus homilías, sobre todo por la solidez de su moral, y por el método simple que ha seguido en la explicacion de los preceptos evangélicos. Lo cierto es que este linage de instrucciones populares es por lo comun mas útil que no los discursos de estilo mas limado y eloqüente.

Teofilacto, arzobispo de Acrida, metrópoli de toda la Bulgaria, es conocido con razon entre los hombres ilus-

tres, y los buenos AA. que ha producido la iglesia griega en este siglo. Era de Constantinopla, y florecia en tiempo de los emperadores romanos, Diógenes, Miguel Ducas y Nicéforo Botoniato. Instruyóse muy de antemano en las ciencias eclesiásticas. Por su talento natural, y su aplicacion hizo tan grandes progresos, y llegó á una reputacion de sabiduría tan bien establecida, que podia aspirar á las primeras dignidades de la Iglesia. Luego que fué ensalzado al obispado, trabajó sin intermision en extender el christianismo en aquellas partes de su metrópoli, donde habia aun crecido número de gentiles, y en fortalecer á los nuevos christianos en los principios de la fe. A pesar de estos trabajos, que lo ocupaban incesantemente por fuera, y que le consumian gran parte del tiempo, supo aprovecharlo tambien, que aun le quedó bastante para componer muchas obras. Entre las que se conservan suyas, las mas importantes son unos comentarios sobre los quatro evangelios, los hechos de los apóstoles, las epístolas de san Pablo, y los profetas Abacuc, Jonas, Nahum y Oseas; una coleccion de 75 cartas sobre varios puntos de moral y de disciplina, y algunas obrillas de ménos importancia, esparcidas en varias recopilaciones. En sus comentarios se ha dedicado á desentrañar el sentido literal, para lo qual le han dado casi toda la materia los de san Juan Chrisóstomo. Ha penetrado muy bien el pensamiento del santo doctor, y este es el principal mérito de sus interpretaciones, que ademas son claras, naturales, y muy á propósito para facilitar la inteligencia del texto. Pónese la muerte de este escritor hácia el año 1071.

Simeon, apellidado el Jóven ó Xilecerces, abad del monasterio de san Mamas, en Constantinopla, era tambien uno de los adornos de la iglesia griega á mitad de este siglo. De él tenemos 33 discursos sobre la fe, la moral christiana y las obligaciones monásticas; un tratado afectuoso en prosa medida, intitulado *Himnos del amor divino*, y algunos otros escritos. Todas estas obras estan escritas de un modo expresivo, afectuoso, propio para alimentar la piedad, y para encender los corazones en los afectos mas tiernos del amor divino. Estan llenas de excelentes máximas sobre los exercicios de la vida contemplativa, y sobre los medios de ensalzarse á la oracion mas sublime. Sin embargo, no dexan de tener algun peligro, á

causa de muchos principios sobre la union del alma con Dios, y sobre la oracion pasiva, cuyo abuso llegó á tanto entre los falsos espíritus que produxo la secta de los hesicastes ó antiguos quietistas. Simeon el Jóven se ha tenido por uno de los gefes de esta secta de pretendidos místicos, de que hablarémos mas por extenso en la historia del siglo XIV., tiempo en que hizo mas ruido entre los griegos. Lo que ha dado pie para ponerlo entre los escritores favorables al quietismo, son los términos de union esencial, de luz increada, de transformacion del hombre en Jesu-christo, de estado impasible, en que todas las facultades del alma estan inmobles y sin accion, y otros muchos de que se han valido, y de que los antiguos quietistas, como tambien los modernos, han abusado tanto; pero si en sus escritos hay cosas que puedan hacerlo sospechoso en este punto, hay todavía muchas mas que lo pueden justificar. Proponer á los que quisieron adelantar en la vida espiritual el exemplo de los solitarios mas santos, de los Arsenios, de los Eutimios, de los Sabas, establecer la humildad por fundamento de todas las virtudes, insistir á cada paso sobre la necesidad de combatir las pasiones, de tomar á Jesu-christo por modelo, de juntar las obras con la fe, recordar freqüentemente la obligacion de hacer penitencia, de llorar los pecados, de excitarse al dolor y al arrepentimiento, recomendar á los religiosos el cántico de los salmos, la lectura y el trabajo de manos, &c. Esto es positivamente enseñar una doctrina muy opuesta á los errores de los quietistas antiguos y modernos: ademas que esta doctrina se halla establecida y repetida en todas las obras de Simeon que han llegado á nosotros. De donde parece que se puede concluir, que si en adelante se han apoyado los hesicastes en la autoridad de este piadoso autor, no han hecho en esto mas que imitar á otros sectarios, cuyo uso ha sido siempre cubrirse con los nombres mas respetables para exîmirse por este medio de las justas censuras de la Iglesia.

San Fulberto, obispo de Chartres, que fué en su tiempo la mayor lumbrera de la iglesia galicana, es desconocido todavía por lo tocante al lugar de su nacimiento y al estado de su familia. El mismo nos dice que no era visible en el mundo, ni por su orígen ni por su fortuna. Algunos han pensado que era romano, otros lo tienen

por natural del Poitou ó en general del ducado de Aquitania, á causa de su amistad con el duque Guillermo V., á quien llama su señor. Sea como fuere, Fulberto, á pesar de la pobreza de su familia, halló medio de estudiar con los mayores maestros de su tiempo, entre otros con el célebre Gerberto que regentaba entónces la escuela de Rheims. Quando fué á Chartres, y abrió allí una escuela, cuya fama se acreditó en poco tiempo, y se esparció tan generalmente, que se venia á ella de todas partes, era todavía jóven. A las funciones de maestrescuela juntó tambien Fulberto las de cancelario de la iglesia de Chartres; y el equívoco de este título ha hecho decir á algunos que habia sido canciller del rey Roberto que siempre mostró hacer grande estimacion de él. Enseñó mucho tiempo; y como no se contentaba con desterrar las tinieblas de la ignorancia por medio del estudio de las ciencias divinas y humanas, sino que se aplicaba todavía mas á formar los corazones, sembrando en ellos la semilla de todas las virtudes, contribuyó á un mismo tiempo al restablecimiento de las buenas costumbres, y al progreso de las letras en Occidente. Todos los sugetos recomendables por sus luces y por su zelo en las iglesias de Francia y de Alemania, se gloriaban de haber sido discípulos suyos. Los mas fueron ensalzados á las dignidades eclesiásticas, y todos se acordaban, no sin enternecerse, de las lecciones de piedad que habian recibido de él. Habiendo vacado el obispado de Chartres en el año 1007, Fulberto, que á un tiempo era estimado de los príncipes, de los obispos y del pueblo, fué elegido para ocupar esta silla. A esta sublime dignidad llevó todas las prendas que son necesarias para desempeñar bien sus obligaciones. Sobre las acciones de su vida episcopal tenemos pocas noticias; pero se sabe por todos los monumentos de este siglo, que intervino en los negocios mas arduos de la Iglesia, y que fué en particular el oráculo de los obispos de Francia que no hacian nada sin consultarlo. Reducida á cenizas su iglesía catedral en un incendio que habia consumido casi toda la ciudad de Chartres en el año 1020, emprendió reedificarla con una magnificencia digna de su piedad y de su zelo por la gloria de Dios. Estaba dedicada á la Vírgen Santísima; y la singular devocion que le tenia le movió á establecer en ella la fiesta de la

Natividad, cuya institucion era todavía muy moderna en la Iglesia. Tambien hizo por el mismo motivo himnos y prosas en honra de la Madre de Dios. Por último, este piadoso y docto prelado murió de edad avanzada el año de 1029 á los 21 y algunos meses de haber gobernado la iglesia de Chartres. Una cosa digna de observacion, y bastante singular es que su culto no se halla establecido en la iglesia de Chartres, aunque todos los autores que han hablado de él despues de su muerte lo califiquen de santo ó de beato.

Entre las obras que nos quedan de Fulberto las mas conocidas y mas estimadas son sus cartas, cuya coleccion se ha impreso muchas veces con varios aumentos, y sus sermones en número de 10. Sus cartas son por la mayor parte muy cortas, aunque por lo regular tratan de puntos de disciplina, de moral, ó de asuntos eclesiásticos. En algunos de sus sermones se dedica á dar á conocer el espíritu de la religion en la institucion de las solemnidades, para las quales se han hecho; y en los otros combate los errores de su tiempo, y se propone establecer las verdades contra que iban, no tanto con pruebas eruditas, quanto con explicaciones proporcionadas á los alcances del pueblo. "En quanto á su modo de escribir dicen los eruditos »autores de la historia literaria de Francia (tom. VII. »pág. 278) convienen los críticos en que es superior al »de los otros escritores de su tiempo. El estilo de sus car»tas en particular está mas limado; en él se halla travesu»ra, y una frase y delicadeza digna de los mejores si»glos." Duplin juzga "que no ha tenido tanto acierto en »las otras obras; pero sin embargo añade, que este au»tor habla muy doctamente, tanto sobre el dogma, co»mo sobre la disciplina de la Iglesia, que da unas deci»siones muy justas sobre los casos que se le proponen, y »que muestra entereza en las ocasiones, sin faltar, no obs»tante, al respeto de las potestades." (Biblioth. Eclesiást. sig. XI. pág. 18.)

San Pedro Damiano nació en Ravena á fines del siglo X. Sus padres eran honrados, pero pobres y llenos de hijos. A poco de haber nacido estuvo para abandonarlo su madre, á quien el mayor de los hermanos echaba en cara el crecido número de hijos que daba á luz, lo que reducia á nada para cada uno de ellos la poca hacienda

que habia en la familia. Quedó sin padres muy temprano, y lo recogió uno de sus hermanos, que lo trató muy cruelmente; otro, mas blando y mas humano, lo recibió en su casa, y le acudió con todo lo que necesitaba. Llamábase Damiano, y se cree que por agradecimiento á sus buenos procederes tomó Pedro este apellido. Pasada la niñez, fué á estudiar á Fayenza y á Parma, y se aplicó á las ciencias con tanto empeño, é hizo en ellas progresos tan rápidos, que á poco tiempo pudo enseñar á los otros lo que habia aprendido. Tuvo un crecido número de discípulos, lo que hacia el producto de sus lecciones bastante considerable; pero como su vida era muy penitente gastaba poco para sí, y distribuia todo lo demas entre los pobres, á quien tenia un entrañable afecto. Las reflexîones que hacia muchas veces sobre la vanidad de las cosas humanas, y sobre la locura de aquellos que por adquirir una ciencia engañosa desprecian la verdadera sabiduría, le inspiraron el deseo de apartarse del mundo. No tardó en ponerlo en execucion, y aunque su talento le pudo prometer grandes ventajas en el siglo, se retiró á una soledad de la Umbría, llamada Fontea-vella, en donde muchos santos ermitaños pasaban una vida muy perfecta baxo la direccion de un abad, sugeto de grande mérito y de eminente virtud. En este santo lugar encontró Pedro Damiano lo que deseaba hacia mucho tiempo, que era el descanso del espíritu y del corazon, tiempo de orar y meditar las santas escrituras con grandes exemplos de fervor y de mortificacion que imitar. Todo el tiempo que no ocupaba con los exercicios de la regla lo empleaba en el estudio de los libros divinos y de los padres, de suerte que llegó á ser muy presto tan hábil en las ciencias eclesiásticas, como lo habia sido hasta entónces en las letras profanas.

Dios no lo habia destinado tan solamente para edificar la Iglesia con la penitencia y las otras virtudes que se perfeccionan en el retiro, sino que queria que trabajase por ella de un modo todavía mas útil, instruyendo á los pueblos, combatiendo los vicios y los abusos, y animando el zelo de los pastores con vivas exhortaciones. Esto fué con efecto lo que no cesó de hacer Pedro Damiano con tanto empeño como prudencia desde que lo puso Esteban IX. en la silla de Hostia, y lo condecoró con la dignidad de cardenal. Casi todos los asuntos árduos de la Iglesia se le

confiaron, porque sabia manejarlos con tal prudencia y tino, que siempre los llevaba á un éxito feliz. Todos los papas que se valieron de él desde Esteban IX. hasta Alexandro II., tuvieron siempre ocasion de aplaudir su zelo por la honra de la santa Sede, y el arte que tenia para manejar los ánimos. Sin embargo, en medio de estas ocupaciones multiplicadas no olvidaba las funciones de la dignidad episcopal; pero conocia todo su peso, y deseaba con ansia que se le descargase de él para volver á su amada soledad que nunca habia cesado de echar de ménos. El papa Alexandro II. no pudo resistirse á sus vivas instancias, y Pedro dexó por segunda vez el mundo y sus grandezas. Fué á juntarse con sus hermanos al desierto de Fontea-vella, y como era su abad, aplicó todo su cuidado á mantener el espíritu de penitencia y de regularidad en este monasterio y en los que dependian de él. Sin embargo, no dexó de emplearlo todavía el sumo pontífice en varias legacías; ya á Francia, ya á Alemania, ya á Italia. Bastaba que un asunto fuese delicado, piadoso, que pidiese manejarse con moderacion y destreza, para que se encargase de él al piadoso y docto cardenal. Su paciencia lograba vencer todos los obstáculos, y su afabilidad conseguia siempre vencer las dificultades que se originan de la contrariedad de genios. Pasó de 80 años sin disminuir su austeridad y sus trabajos. Ponen su muerte á 22 de Febrero del año 1072.

Sus obras se han recogido en un tomo, dividido en quatro tratados ó partes, que encierran: 1.º 158 cartas distribuidas en ocho libros, segun el número de personas á quien se dirigen: 2.º 75 sermones colocados segun el órden de las fiestas del año: 3.º 60 opúsculos sobre varias qüestiones de moral y de disciplina: 4.º 5 vidas de santos, á saber: la de san Odilon, abad de Cluni, la de san Mauro, obispo de Cesena, la de san Romualdo, fundador de los camaldulenses, la de san Rodulfo, obispo de Engubio, y una relacion del martirio de santa Flora y de santa Lucilla: 5.º por último, oraciones, himnos y prosas, y algunos otros tratadillos, muchos de los quales no son suyos. "Pedro Damiano (dice Dupin, Biblioth. Eclesiást. sig. XI. pág. 335.) escribia con mucha facilidad y pureza; su estilo es limado, elegante, lleno de figuras y de amenidad; piensa bien, y da un

»giro fino y delicado á lo que escribe. Hay cartas su»yas compuestas con todo el arte y destreza posible. »Tenia talento á propósito para las negociaciones, y sa»bia manejar tambien las cosas, que aquellos mismos á »quien condenaba ó reprehendia, reconocian que lo hacia »con razon. Hablaba con libertad á los papas y á las de»mas personas constituidas en dignidad., sin faltar no obs»tante al respeto que les debia. Hizo todo lo posible para »que reviviese á lo ménos una sombra de la disciplina an»tigua en este siglo corrompido, y para poner freno á »los desórdenes del clero y de los monges. de su tiempo. »Era muy docto en materias eclesiásticas, y estaba tam»bien muy lleno de la sagrada Escritura; pero se detenia »mas en las alegorías, que en el sentido místico. Habia »leido los padres latinos, particularmente san Agustin y »san Gregorio, cuya doctrina y máximas habia tomado »muy bien. Raciocinaba con sutileza sobre las qüestiones »de teología y de controversia. Era muy devoto de la »Vírgen santísima, y observaba puntualmente los ritos »de la Iglesia y las prácticas monásticas." A este juicio se podria añadir, que le faltó crítica muchas veces á este escritor, por otra parte tan digno de estimacion, de que no estaba bastante alerta contra lo maravilloso; de que admitia con extremada credulidad todas las historias de milagros y de apariciones, y de que las mas veces sus pruebas, aun tratando de las materias de la mayor importancia, se reducen á unas explicaciones arbitrarias de la Escritura; pero contra estos débiles defectos que se advierten en sus escritos, las ideas de su siglo, y su gran zelo por la honra de la Iglesia deben servirle de excusa. Los desórdenes contra los quales clamó miéntras vivió con un valor admirable, eran la simonía y la deshonestidad de los clérigos; la vida profana y la irregularidad de los monges, y los abusos que reynaban en la corte de Roma; abusos que los mismos papas no podian reprimir, porque eran una conseqüencia necesaria del nuevo sistema de gobierno eclesiástico introducido por las falsas decretales.

Lanfranco nació en Pavía, á principios de este siglo, de una familia ilustre. Su padre era senador y custodio de los archivos, empleo honorífico, que pedia tanto talento como probidad. Lanfranco era todavía muy jóven quando

lo perdió; pero como no se hallaba aun en edad de poder exercer los cargos vacantes por su muerte, dexó su patria para ir á estudiar á Bolonia. Todo el tiempo y toda la aplicacion la dedicó á las ciencias humanas, sin pensar casi en la de la salvacion. Al cabo de algun tiempo pasó á Francia con el anhelo de perfeccionar lo que habia estudiado, y de adquirir nombre. Pasando por una selva le cogieron ladrones, lo desnudaron, y lo ataron á un árbol. En esta triste situacion, de donde su talento y saber no podian sacarlo, expuesto á morir de hambre, ó ser presa de las fieras, quiso encomendarse á Dios, y recitar algunas oraciones vocales, pero no sabia ninguna. Confundido con una ignorancia tan á propósito para humillar á un sabio, exclamó con un eficaz afecto de compuncion: *¡ay señor! tantos años he empleado en estudiar ciencias humanas, y no he aprendido todavía á orar á vos. Libertadme del peligro en que estoy, y os prometo consagrarme á vuestro servicio.* Apénas habia pronunciado estas palabras quando oyó algun ruido á lo léjos; y eran unos viajantes que venian hácia él. Imploró su socorro; y luego que lo desataron, les preguntó si habia por allí cerca algun monasterio. Habiéndole respondido los viajantes que la abadía del Bec recien fundada no estaba distante, y mostrándole el camino, fué allá inmediatamente, y así que llegó suplicó al abad que lo recibiese. No pasó mucho tiempo sin que se conociese el mérito del nuevo religioso, que no procuraba distinguirse de los otros mas que en el fervor, obediencia y humildad. No queriendo el abad tener escondido el tesoro que poseia, encargó á Lanfranco que enseñase en su monasterio, cuya escuela era todavía endeble, y estaba poco acreditada. Baxo la direccion de este excelente maestro, se hizo en poco tiempo la mas célebre que habia en aquellas comarcas. Desamparaban las demas academias para acudir á ella, y el número de los discípulos fué muy en breve tan grande, que los otros profesores llegaron á tener envidia, entre otros el famoso Berengario, como lo hemos dicho hablando de este heresiarca en el artículo IX.

Ya era prior del Bec Lanfranco quando Guillermo I., duque de Normandía, lo sacó de este monasterio para hacerlo abad del que acababa de fundar en Caen. Este príncipe hacia de él tanta estimacion, que despues de la con-

quista del reyno de Inglaterra, lo eligió para ir á Roma á conferenciar con el papa Alexandro II. sobre los medios de reformar las iglesias de esta isla, donde la simonía y corrupcion de costumbres habian introducido toda especie de vicios. Dado á conocer mas y mas el ingenio y habilidad de Lanfranco con su buen éxito en esta comision, resolvió Guillermo ensalzarlo á la dignidad episcopal, para que su talento pudiese ser mas útil á la Iglesia; pero el piadoso abad contento en su retiro, y lleno de repugnancia á las dignidades, cuya obligacion y riesgos no se le ocultaban, rehusó tenazmente el arzobispado de Ruan, que se le instaba admitiese. Algun tiempo despues, Guillermo, que necesitaba de un sugeto instruido, entero y virtuoso para ocupar la silla de Cantorberi, puso los ojos en Lanfranco, y le obligó á tomar el gobierno de esta iglesia el año 1070. La eleccion del príncipe fué aplaudida por todos, y confirmada por un concilio. El papa Alexandro II., que habia sido discípulo de Lanfranco, le envió por distincion dos palios, dando á entender de este modo quán léjos estaba de consentir en las vivas instancias que le hacia para descargarse de la pesada carga del obispado. Lanfranco gobernó la iglesia de Cantorberi el espacio de 19 años con mucha prudencia y autoridad. Siempre conservó su crédito con el rey Guillermo, quien obligado á pasar al continente para poner en órden los negocios de su ducado de Normandía, lo habia nombrado regente del reyno de Inglaterra en su ausencia. Murió poco tiempo despues que este gran príncipe, á principio del año 1089.

Sus escritos los ha recogido y publicado Don Lucas de Achery. Los principales son: 1.° un tratado del cuerpo y sangre de Jesu-christo contra Berengario, del que hemos hablado en el artículo de este novator: 2.° comentarios sobre las epístolas de san Pablo: 3.° notas á las obras de Casiano: 4.° cartas breves y en corto número, pero muy notables y á propósito para dar á conocer el estado de la iglesia de Inglaterra en este siglo. El estilo de Lanfranco no es ni florido ni sublime, sino sencillo, natural, claro y fácil, así, en una palabra, como debe ser en las obras dogmáticas, cuyo fin es probar las verdades, y refutar los errores. Sus raciocinios son exâctos y llenos de fuerza; y sus pruebas limpias de todo objeto extraño,

eficaces y dispuestas en el mejor órden. Habia estudiado bien los antiguos padres latinos, y los cánones de la Iglesia, sobre los quales apoya su doctrina y sus argumentos. Pocos autores eclesiásticos hay de aquel tiempo que hayan escrito sobre la filosofia con tanto método y precision, y cuyas decisiones sean tan juiciosas.

San Anselmo, sucesor del beato Lanfranco en la silla de Cantorberi, nació en la villa de Aosta, al pie de los Alpes, el año 1033. Su padre, llamado Gondulfo, era uno de los caballeros mas principales de esta comarca de Lombardía. Su madre, nombrada Hermemberga, que era de gran piedad, le inspiró muy con tiempo el gusto de la virtud. Todavía era jóven quando le faltó; y privado de sus lecciones, abandonó muy pronto el fervor y piadosos afectos que habia recibido de ella, y se entregó á las vanidades del mundo, y á las ideas de fortuna que su nacimiento, junto con sus buenas prendas, no hubiera dexado de hacer efectivas si se hubiese quedado en el siglo; pero Dios, que queria hacerlo una de las columnas mas firmes de la Iglesia, lo llamó muy pronto á sí. Los primeros estudios los habia tenido en su patria; pero una disputa que le ocurrió con su padre, le hizo tomar la resolucion de pasar á Borgoña y á Francia á perfeccionarse en las ciencias. La reputacion de Lanfranco lo atraxo al monasterio de Bec, para tomar en él las lecciones de este hábil profesor. De discípulo le hizo muy pronto amigo, descubriéndole el fondo de su corazon, y no teniendo nada oculto para él. Habiendo revivido la semilla de piedad sembrada en otro tiempo en el corazon de Anselmo con los santos exemplos que continuamente se le presentaban, y con las piadosas conversaciones que á menudo tenia con su maestro, sintió nacer en sí un grande deseo de dedicarse á Dios; pero ántes de executarlo, sujetó su vocacion al exámen de su maestro y de algunos otros varones virtuosos á quien consultó. Guiado de sus sabios consejos, abrazó la vida religiosa en el monasterio de Bec, siendo de edad de 27 años; y 3 despues de haber profesado, se le hizo prior de él, lo que manifiesta los grandes y acelerados progresos que habia hecho en la virtud. Muerto Herluino, primer abad de este monasterio, el año 1078, fué elegido Anselmo para sucederle.

Como esta abadía poseia grandes haciendas en Inglaterra, tenia que pasar el abad muchas veces á aquella isla para informarse y arreglar los negocios que sobrevenian con este motivo. Anselmo dilató en quanto pudo hacer este viage, por miedo de que no pusiesen la mira en él para darle la silla de Cantorberi, ó que creyesen que aspiraba á ella. Sin embargo, no pudo negarse á las instancias de Hugo, conde de Chester, su amigo, que estando para morir queria consultarle en asuntos de su conciencia. Lo mismo que Anselmo habia temido tanto, eso mismo sucedió. Guillermo II., llamado el Roxo, príncipe codicioso y zeloso de su autoridad, que dexaba las iglesias sin pastores por gozar de sus rentas, dilataba hacia quatro años ocupar la silla de Cantorberi, á la que estaba anexa la primacía de Inglaterra; pero habiendo enfermado, y temiendo el juicio de Dios, se determinó, á instancia de todos los que estaban á su lado, á dar obispos á las iglesias vacantes, y sobre todo á la de Cantorberi. San Anselmo fué escogido para gobernarla, y á pesar de su obstinada resistencia, se vió obligado á admitir esta dignidad. Guillermo sanó de su enfermedad, y olvidándose de todo lo que habia prometido, empezó de nuevo sus vexaciones y violencias. Anselmo, sin faltar á lo que le debia como soberano, se juzgó obligado á resistir á sus intentonas, y á oponerse con todo el vigor episcopal á la tiranía que continuaba exerciendo contra los monasterios é iglesias. Su entereza le acarreó el aborrecimiento del príncipe; y para eximirse de él, tuvo que dexar furtivamente la Inglaterra, y refugiarse ya en Roma y ya en Leon. Esta persecucion no cesó hasta la muerte de Guillermo; pero empezó de nuevo muy pronto en el reynado de Henrique I. su hijo, que criado segun sus principios, adoptó su política, y siguió sus huellas. Anselmo, el único de los obispos que se atrevió á hacerle resistencia, entre tanto que el temor hacia ceder á todos los demas á su voluntad, cayó en su desgracia, y tuvo otra vez que abandonar su iglesia, á la que no volvió hasta tres años ántes de su muerte. Henrique lo habia restituido á su estimacion y confianza El santo obispo se aprovechó de este tiempo de quietud para reparar las brechas que las turbaciones antecedentes habian hecho en la disciplina. Murió lleno de dias y de mérito el

año 1109, á los 16 años de obispado y 76 de edad.

San Anselmo no es ménos recomendable por su sabiduría y escritos, que por su conducta valerosa y zelo por los intereses de la Iglesia. Sus obras reunidas en un mismo cuerpo se reducen á tres clases: la primera comprehende sus tratados dogmáticos: la segunda sus homilías y opúsculos sobre varios asuntos de piedad; y la tercera sus cartas en número de mas de 400, distribuidas en quatro libros, segun los varios tiempos de su vida en que las escribió: la primera de estas tres clases es la mas importante, y los tratados que se han recogido en ella, abrazan con corta diferencia toda la teología dogmática. Antes de este ilustre doctor no se halla autor eclesiástico que haya escrito sobre el dogma con tanto órden, precision y claridad. Es el primero que ha unido el método dialéctico, y el arte del raciocinio con las discusiones de la teología. De esta union es de donde se ha visto nacer la teología escolástica, de que san Anselmo es mirado como padre; ciencia útil quando sabe contenerse en justos límites, que da fuerza á las pruebas de la verdad, y que desarma el error descubriendo sus sofismas. Parece que san Anselmo no estaba muy versado en la teología expositiva, de la que hace poco uso en sus escritos. Sin embargo, habia hecho estudio particular en san Agustin, y se advierten en sus obras muchos principios tomados de este padre, despues del qual fué san Anselmo el metafísico mas profundo que se habia conocido (*a*).

(*a*) Sampiro, obispo de Astorga, debe tambien ser colocado entre los escritores de este siglo; así por ser autor de una historia de mucha nota y buen concepto entre los eruditos, por haber vivido en los mismos tiempos en que escribió; como porque se encuentran en ella muchos sucesos pertenecientes á disciplina eclesiástica, concilios, &c. que hubieran quedado sepultados en el olvido si no debiéramos su noticia á este laborioso prelado y sabio escritor. Y asimismo Salomon, arcipreste de Toledo, que escribió un libro intitulado, *de Virginitate Sanctæ Mariæ*, el qual se conserva en un códice MS. de letra gótica en la librería del convento de religiosos de la santísima Trinidad de Toledo. *Castro Bibliot. Esp.*

ARTICULO XII.

Costumbres generales, usos, disciplina.

Si el siglo XI. fué mas ilustrado que el antecedente; si revivió en él el estudio de las ciencias eclesiásticas; si excitados los entendimientos con los sucesos políticos, tomaron nueva elevacion, se puede asegurar que no por eso fué menor la corrupcion. Las costumbres públicas se depravaron mas y mas, y unos vicios desconocidos á las edades que habian pasado, tuvieron orígen en medio de las turbaciones que agitaban á toda la Europa. Los odios hereditarios que se encendian entre estos pequeños tiranos, que tomaban el nombre de príncipes, de señores y de castellanos, habian puesto á la Francia y á los otros reynos en un estado de guerra habitual. El saqueo, los homicidios, los robos, las venganzas atroces eran conseqüencia inevitable de aquella independencia audaz y desenfrenada, que se miraba como propiedad y carácter de la soberanía en aquellos que se habian propuesto no reconocer superior ni leyes. Sin embargo, la caballería, que era una mezcla extravagante de honra, de libertad, de heroismo, de humanidad, de galantería y de devocion, habria debido moderar las costumbres, dar ideas de las virtudes sociables, y hacer ménos comunes las injusticias: pero este instituto acababa de nacer, y no tenia aun código ni máxîmas; y así es, que hasta despues de perfeccionado, no produxo los buenos efectos que se vieron resultar de él en adelante. La sociedad era infeliz porque las pasiones no tenian freno, la fuerza se atrevia á todo, y el delito cometido, mandado ó protegido por los grandes, quedaba sin castigo. Estando la venganza en poder de los particulares, y no teniendo otro objeto que el de rechazar la injuria ó reprimir el ultraje y la violencia contra violencia mas perjudicial, y con ultrajes mas sangrientos, no podia hacer otra cosa que multiplicar los desórdenes.

La religion, último apoyo de la virtud, y último recurso de la humanidad, acudia al socorro de los infelices oprimidos; pero por lo regular era sofocada su voz, y su autoridad ineficaz. Sus ministros no hacian respetables

sus leyes, porque se atrevian á quebrantarlas, ni eficaces sus amenazas, porque daban exemplo á los demas para despreciarlas. La corrupcion se habia introducido por todas partes; y los eclesiásticos, ademas de los vicios comunes á los demas, tenian otros que les eran propios. A las costumbres guerreras y profanas, al luxo y á la disipacion se juntaban la simonía, el concubinato, la deshonestidad, el amor y el abuso de las riquezas, que acarreaban el olvido, la infraccion, y aun el menosprecio de las cosas mas sagradas. Los obispos arreglados se lamentaban de esto, los príncipes y los señores instruidos y virtuosos, aunque en corto número, excitaban y protegian la actividad de su zelo. Congregábanse en concilios, hacian reglamentos prudentes, los renovaban muchas veces para dar mayor peso á su autoridad; los modificaban segun la naturaleza y extension de los males que querian remediar; mezclaban los anatemas con las exhortaciones, y buscaban en el uso del poder sagrado, de que estaban armados, medios aplicables á los tiempos, lugares, contagio de los vicios y abusos, á la qualidad misma, y al número de los culpados. Si no destruyeron todos los escándalos, contuvieron á lo ménos sus progresos; y si no reduxeron á todos á regla y buen órden, excusaron algunos extravíos mas funestos, y abrieron á muchos el camino del arrepentimiento y de la virtud. De este modo tuvo la religion en este siglo, como en todos los demas, la gloria de pelear sola contra las pasiones, de contraponer un dique á la inundacion del vicio, de producir y de fomentar todo lo bueno que se hacia aun en el mundo.

A pesar de este zelo generoso de los pastores, y del cúmulo de reglamentos útiles á la sociedad, por los quales se distinguió, hacian casi en todas partes gemir á los débiles la opresion y el abuso del poder usurpado. La licencia armada y cubierta de hierro corria los campos, talando las mieses, hurtando ó degollando los ganados, y pegando fuego á las cabañas de los colonos, quando no podia alcanzar á su enemigo que la insultaba desde las torres de su castillo. Quitar á los señores que se habian afirmado en la independencia el derecho de atacar, de destruir y de rechazar la fuerza con la fuerza, hubiera sido conspirar contra los privilegios mas estimados y mas preciosos. Por otra parte, ¿qué potestad hubiera empren-

dido desarmarlos, siendo así que no existia otro poder que el suyo, y que el mismo soberano se veia obligado á tomar parte en sus desavenencias? La religion fué tambien la que vino á oponerse á estos estragos con el establecimiento, de lo que se llamó *la tregua de Dios*. De antemano se habia mandado que todos sin distincion, señores, hombres ilustres, siervos y colonos observasen la paz jurada sobre las reliquias de los santos, y que los grandes sobre todo, y los nobles se abstuviesen de tomarse la justicia por sí mismos; pero estas ordenanzas no habian servido mas que para hacer perjuros, y para aumentar el desprecio de las censuras fulminadas contra los que las violaban. Los obispos no tardaron en conocer que segun la confusion general era imposible la observancia de esta paz, no obstante haberse nombrado *la paz de Dios* para hacerla mas respetable; y así, se acordó convertir en una tregua ó suspension de armas esta paz tan mal observada. Mandóse, pues, que desde el miércoles por la tarde de cada semana, hasta el lúnes por la mañana nadie acometiese á su enemigo, ni exerciese ninguna violencia, ni hiciese ningun acto de hostilidad. Establecióse ademas que reputándose á los transgresores de este reglamento como si hubiesen incurrido en pena de muerte, pagarian una multa para rescatarse, ó serian excomulgados y desterrados. Semejante reglamento, que dexaba el paso libre á las violencias y á las vexaciones tres dias de la semana, da á conocer lo grave del mal mejor que quantas pinturas se pudieran hacer; y aun fué necesaria la hambre, la mortandad y otros azotes para que los señores particulares concurriesen á él, y jurasen sujetarse.

El uso de llevar las reliquias de los santos mas célebres de una provincia á los concilios que se congregaban en ella, se introduxo á mitad de este siglo. Por este medio se esperaba hacer mas augustos estos congresos, y conciliar mayor respeto á los cánones que se hiciesen en ellos, como si los mismos santos tuviesen parte, y los autorizasen con su presencia. Este transporte de reliquias del lugar en donde se guardaban á aquel en que se celebraba el concilio, se hacia regularmente con mucha pompa. Cantábanse salmos, himnos y letanías; acudia el pueblo en tropas, y los milagros que por lo comun se obraban, excitaban la devocion á lo ménos por algun tiempo, y disponian á los

fieles á observar lo que los obispos tenian por conveniente disponer para la reforma de las costumbres, y el restablecimiento de la disciplina. Algunas veces tambien ocasionaba la misma costumbre disputas muy reñidas, que llegaban hasta hacer derramar sangre. Unas veces el clero de las iglesias adonde se llevaban estas reliquias no queria restituirlas; otras se esperaban en los caminos á su vuelta, para robarlas á los que las conducian; se daba sobre los clérigos y los monges que las acompañaban; y si no se podian tomar por fuerza, se convenian en partirlas. De esto ha dimanado que muchas iglesias, á veces muy distantes unas de otras, han pretendido y pretenden todavía poseer unas mismas reliquias.

La devocion de las romerías, tan comun ya en los siglos antecedentes, se hizo todavía mas en este. Habia hombres de todos estados que pasaban su vida vagueando del sepulcro de un santo famoso á otro. Las cruzadas presentaron nuevo objeto á esta piedad curiosa é inquieta. El deseo de conseguir el perdon de los pecados, ó la curacion de las enfermedades corporales, habia sido el primer motivo de estos viages. La curiosidad, la holgazanería, y la ventaja de eximirse de las persecuciones de sus acreedores fueron el segundo; á lo que se juntó el entusiasmo, sobre todo quando el camino de la tierra santa lo hubieron abierto las expediciones de los primeros cruzados. Por último, la licencia y la impunidad convirtieron en un manantial de vicios y de corrupcion lo que habia comenzado por un afecto laudable, á lo menos en su principio, si no habia sido bien arreglado en sus efectos.

El concubinato de los clérigos se habia hecho tan general, que se admiraban de los reglamentos hechos en los concilios para remediar este desórden, y se indignaban de las penas establecidas por estos cánones contra los que rehusaban dexarlo. Estos reglamentos y penas los miraban como una vexacion enorme, y la ley de la continencia como yugo insoportable. Quejábanse de ello altamente; y aun muchas veces llegaban á sublevarse y rebelarse á cara descubierta contra los obispos: tomaban las armas, y hacian cierta especie de liga entre sí, declarando que no dexarian las mugeres con quien vivian, ni los hijos que de ellas habian tenido, y que antes perecerian que despachar-

las, ó permitir que se les quitasen. La naturaleza y la humanidad servian de pretexto al desórden que el exemplo y la costumbre parecia que autorizaban. Los obispos en cierta diócesis, en donde era mayor el mal, tenian por conveniente, entre tanto que llegaban tiempos mas felices, contentarse con exhortaciones mas bien que usar del rigor, á riesgo de hacer la llaga todavía mas profunda y mas dificil de curar.

Aunque la relaxacion se hubiese introducido en un crecido número de casas religiosas, era sin embargo el órden monástico la parte mas sana y mas floreciente de la Iglesia. Reformáronse muchos monasterios, y se fundaron otros nuevos, en los quales se estableció una rigurosa disciplina. San Romualdo, san Juan Gualberto y san Bruno fueron padres de tres familias numerosas, que se multiplicaron y extendieron en poco tiempo, y que renovaron los prodigios que en otro tiempo se habian admirado en los desiertos de Egipto, de Siria y de Palestina. Los discípulos de estos ilustres penitentes, y sobre todo los de san Bruno, eran mas bien ángeles que hombres. Parecia que la verdadera piedad combatida y debilitada en el santuario mismo por los vicios y abusos que se habian introducido en él, y que hacian los mayores esfuerzos para mantenerse, se hubiese refugiado al centro de los desiertos, en que habitaban estos nuevos Antonios y estos nuevos Pacomios. En estos exemplares varones se veia quanto imperio tenia la gracia sobre las pasiones, y el alto grado de perfeccion á que puede ensalzar la naturaleza. La congregacion de Cluni, léjos de perder su fervor y fama, las iba aumentando cada dia, saliendo hombres insignes en todos géneros. La instruccion y la virtud brillaban en ella como en su centro, y del fondo de este asilo, tan apreciable á las ciencias como de piedad, se esparcian á toda la Iglesia.

Aun en lo temporal fueron útiles los monges á la Francia, á la Italia, á la Alemania y á toda la Europa con el trabajo de sus manos. Derribaron dilatadas selvas que cubrian estos paises, desmontaron tierras incultas, y las hicieron fecundas. Fomentaron el cultivo por sí mismos y por sus colonos. Las provisiones necesarias á la vida, el trigo sobre todo, la mas preciosa de todas, anduvieron ménos escasas, y de ellos dependió que las hambres, cu-

yos horrores se experimentaban con tanta freqüencia, cesasen de afligir á las provincias en donde estaban establecidos. Quántas ciudades no se han formado al lado de estas abadías célebres, que no fueron en su orígen sino unos desiertos habitados por pobres monges, que huian del comercio del mundo, y que escogian lugares desconocidos y abandonados para vivir en ellos en paz? Quántas ricas comarcas, donde el dia de hoy reynan la abundancia y el comercio, no han sido fertilizadas con los sudores de los piadosos solitarios que las han usurpado á las fieras y á los reptiles? Tal vez estas casas consagradas por mucho tiempo á la penitencia, á la oracion, y á la pobreza, estan al presente muy distantes de lo que fueron en el tiempo de que hablamos; pero eso consiste en que todo degenera con los años, y que los siglos traen consigo ideas, usos y costumbres nuevas; pero no admitiendo mudanza la religion, que fué el motivo y base de estos establecimientos respetables, por ella se debe juzgar de lo bueno que se encuentra todavía en ellos, y quán conveniente seria hacerlo revivir.

Hechas estas reflexîones generales, pasamos á exponer del modo mas claro los usos y disciplina del siglo XI.

1 Los papas se aprovecharon de las alteraciones que se habian suscitado entre ellos, y los emperadores de Occidente, para establecer su soberanía temporal en Roma. Gregorio VII., el mas hábil y mas intrépido de estos pontífices, extendió tan léjos la autoridad espiritual de la santa Sede á la sombra de estas turbaciones, que aniquiló casi del todo la de los obispos, y despojó á las iglesias de sus antiguas libertades.

2 El crecido número de legados de la santa *Sede*, enviados á todas las partes de la Europa christiana, y el poder que se atribuian, no contribuyeron poco á arruinar la autoridad de los ordinarios. Fueron en extremo gravosos á las iglesias, por los gastos que sus viages y detencion ocasionaban, y por la comitiva numerosa que *llevaban* consigo.

3 La dignidad de los cardenales se acrecentó tambien á costa de la de los obispos. Empezaron á atribuirse derechos y prerogativas no conocidas hasta entónces. Tenian el mayor influxo en la eleccion de los pontífices, y todos los negocios de la Iglesia se manejaban por ellos.

Valíanse de su talento y de su destreza para extender la potestad pontificia, que miraban como suya. Iban á todos los estados católicos en calidad de legados. A veces favoreciendo mas los intereses de la santa Sede, que no el bien efectivo del cuerpo christiano, ponian en execucion los decretos de los papas por unos medios que en adelante servian de título á sus pretensiones.

4 La simonía se reprimió con tantos decretos, y los que habian incurrido en ella fueron castigados con penas tan severas, y pronunciadas tan freqüentemente contra ellos en los concilios, que al fin fué á ménos este mal poco á poco. La codicia habia discurrido un medio de palear la simonía, que era distinguir la renta de los beneficios, objeto puramente temporal, de sus funciones y obligaciones, que eran el espiritual, y pretender que se podia comprar la renta, puesto que era una cosa temporal, sin contravenir á las leyes canónicas, que prohibian la simonía; pero este recurso se quitó á la codicia, decidiendo que las rentas anexas á los beneficios no podian ser materia de ningun pacto, y que qualquier convenio relativo á este objeto era simonía.

5 En conseqüencia de las penas establecidas en los concilios contra los usurpadores de lo temporal de las iglesias, muchos legos que habian usurpado diezmos, se juntaron á restituirlos; pero creyeron salvar su conciencia dándolos á los monasterios. Los obispos se opusieron á estas donaciones; pero los monges acaso no dexaron de quedarse con las que se les habian hecho, y de recibir otras quando podian adquirirlas. Esto fué ocasion freqüente de pretensiones y disputas entre obispos y abades. Estas altercaciones se llevaban á Roma como todas las demas causas eclesiásticas, y Roma decidia por lo regular en favor de los monasterios. Los diezmos excitaron todavía mayores turbaciones en varios parages, y sobre todo en Turingia, Polonia y Dinamarca, donde ocasionaron alborotos, que pusieron en riesgo el christianismo.

6 Los monasterios se habian multiplicado de tal modo, que en el pontificado de Juan XVI, á principio de este siglo, se contaban en el recinto de Roma 60 de canónigos, 40 de monges y 20 de religiosas, sin comprehender los que habia fuera de la ciudad. No obstante esto, se fundaban cada dia otros nuevos, que se hacian ricos y po-

derosos con el trabajo continuo de los monges, y con las donaciones de los señores.

7 La vida comun y regular de los canónigos, establecida en el siglo IX., se habia abolido casi generalmente en éste. Algunos obispos la renovaron en sus iglesias; pero estos nuevos canónigos eran muy diferentes de los del siglo IX., que propiamente eran unos religiosos súbditos de un superior, ligados con votos irrevocables, y sujetos á todas las observancias claustrales. Solo una cosa los distinguia de los monges, y es que se les podia sacar de sus casas para emplearlos en ministerios eclesiásticos, y aun darles curatos que gobernar. Tiénese á Ibes de Chartres, de quien hablaremos en el siglo siguiente, por fundador de esta nueva órden de canónigos, que se llamaron Regulares, para distinguirlos de los que formaban el clero titular de las catedrales y colegiatas. El monasterio de san Quintin, en donde estableció esta reforma el año 1078, fué despues el manantial de todos los establecimientos del mismo género que se hicieron entónces, y de allí á poco tiempo.

8 Las elecciones de los obispos estaban todavía en uso; pero muchas veces en la vacante de la silla se atribuian los príncipes el derecho de ocuparlas, ó hacian elegir personas de su gusto. Algunas veces concurrian los papas con su autoridad, y ordenaban á los que habian nombrado, quando los metropolitanos á quien pertenecia este derecho rehusaban hacerlo. En este siglo se encuentran muchos monges ensalzados á la dignidad episcopal, y tambien muchos obispos que renuncian sus sillas para retirarse á los monasterios; devocion de que ya nos han dado algunos exemplos los dos siglos anteriores.

9 Erigiéronse muchos nuevos obispados, no tan solo en los paises en donde habia penetrado la religion christiana, y donde se habian formado iglesias, sino tambien en otras partes, porque las diócesis antiguas tenian demasiada extension, y no podia gobernarlas un solo pastor. Tambien se erigieron en metrópolis sillas episcopales; y el papa Gregorio VII. concedió los derechos de primacía á la iglesia de Leon, con jurisdiccion inmediata sobre las quatro grandes provincias eclesiásticas de Francia, que eran Leon, Ruan, Tours y Sens.

10. En toda la Iglesia se trabajó en destruir el concu-

binato de los clérigos; y uno de los medios que se emplearon para desarraigar tan grande escándalo, fué declarar á los hijos de los eclesiásticos por incapaces de los órdenes sacros. Pero esta ley, por prudente que fuese, experimentó oposiciones, no obstante tener en ella doble interes la honra de la Iglesia. En algunos parages la entrada en el estado monástico ó en el órden de los canónigos reglares, purgaba, ó á lo ménos cubria este defecto del nacimiento.

11 La disciplina de la Iglesia acerca de la penitencia que hemos visto degenerar y debilitarse mas en cada siglo, perdió todavía de su rigor y de su puntualidad, tanto por la naturaleza de las penas canónicas, como por su duracion. Las romerías, las redenciones, las absoluciones que se iban á buscar á Roma, las indulgencias concedidas á la cruzada, las flagelaciones que se hicieron comunes, y el uso que se introduxo de hacer penitencia por otro, fueron otras tantas causas, cuya reunion concurrió á hacer perder de vista las penas canónicas, y las leyes establecidas en aquellos tiempos ilustrados sobre esta parte importante de la disciplina.

12 En conseqüencia de la ignorancia que habia hecho tanto progreso en los siglos pasados, y que tanto trabajo costaba destruir, se hallaba crecido número de pastores del segundo órden, que no conocian las primeras reglas del ministerio que se les confiaba. Los concilios pusieron toda su atencion en reproducirlas, y este fué uno de los principales objetos de su solicitud. En ellos se decidieron muchas qüestiones sobre la administracion de los sacramentos, sobre el rezo del oficio divino, la celebracion de la Misa, &c. Encargóse mas estrechamente que nunca el sigilo de la confesion; se prohibió á los sacerdotes celebrar mas de una Misa al dia, á ménos que no fuese menester decirla por algun difunto, porque en tal caso se permitió decir una de difuntos ademas de la del dia; se impusieron penitencias á los sacerdotes que por negligencia dexaban caer una hostia consagrada; y se mandó á los eclesiásticos encargados del cuidado de las almas, que estudiasen los cánones, para arreglarse á ellos, tanto en su conducta particular, como en el exercicio de su ministerio.

13 A este siglo se refiere la institucion de algunas

fiestas y el orígen de varios exercicios de piedad. La conmemoracion de todos los difuntos que hubiesen muerto en la comunion de la Iglesia, al otro dia de todos Santos, se estableció en Francia, y se adoptó en todo el Occidente. Esta era una extension de lo que en los principios habia instituido san Odilon, abad de Cluni, tan solo para los difuntos de su congregacion. El oficio Parvo de la Vírgen estaba ya en uso en algunas comunidades, y se rezaba con las otras partes del oficio mayor de cada dia. En el concilio de Clermont se dispuso que este oficio se rezase todos los sábados.

14 El ayuno de quaresma y de las quatro témporas se observaba con la mayor puntualidad; pero habia habido muchas variaciones en la Iglesia en punto del ayuno y de la abstinencia que se habia señalado en los miércoles, viérnes y sábados de cada semana desde los primeros tiempos. Las calamidades que experimentó la Francia en este siglo, movieron á los obispos á hacer una ley para el ayuno del viérnes, y la abstinencia del sábado.

15 Se enviaban á Roma los que eran reos de delitos enormes para que recibiesen del papa la penitencia; pero ántes tenian que presentarse á sus obispos, quienes les daban cartas para el sumo pontífice. En los casos arduos, perplexos los obispos en lo que convenia hacer, y no sabiendo qué penitencia habian de imponer, enviaban los penitentes á los papas, que moderaban ó aumentaban la pena. En esta práctica parece que se descubre el orígen de los casos reservados al sumo pontífice.

16 El canto de la Iglesia se perfeccionó por invencion de Guido, monge de Arezzo, en Toscana, que halló hácia el año 1026 el método de las líneas, ó escalas musicales, las claves ó posiciones, y las seis notas, *ut*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*, *la*, que se llama la Gamma. Estas sílabas las tomó del primer verso del himno de san Juan. *Ut queant laxis*, &c. valiéndose de ellas para explicar la gradacion de los sonidos, su mezcla y sus diversas relaciones. Admiróse esta invencion como una cosa prodigiosa, y no se cansaban de hacer elogios al que lo habia discurrido. Lo cierto es, que facilitaba infinitamente el estudio del canto, y que un niño adelantaba mas en un año por este método, que los hombres mas perspicaces podian hacer ántes en 10. Este fué nuevo atractivo pa-

ra cultivar el canto eclesiástico, y los que se dedicaron á él, tanto de los clérigos, como de los monges, pusieron notas musicales á muchos oficios ó partes de ellos, á gloria de Dios y honra de los santos. La música se unia algunas veces con el canto llano en la composicion de estas obras, y eso era una de las principales riquezas de la liturgia.

17 Las pruebas, de que ya hemos hablado, se mantenian por las mismas causas que las habian acreditado; á saber, la ignorancia y la supersticion. En este siglo se ven muchos exemplos memorables de ellas, como los de Emma, madre de san Eduardo, rey de Inglaterra, de santa Cunegundis, muger del emperador Henrique II., y de Pedro Igneo, monge de Florencia; Siendo este último hecho el mas extraordinario por todas sus circunstancias, merece referirse aquí con alguna particularidad.

Pedro, que ocupaba la silla de Florencia, habia conseguido el obispado mediante una suma quantiosa de dinero. Los monges de la ciudad episcopal y de las inmediaciones, siendo su caudillo san Juan Gualberto, defendian que siendo notoriamente simoniaco, no se podia ni reconocerlo, ni comunicar con él. Pedro quiso sujetar á los monges por medio de la fuerza, y sus violencias no sirvieron mas que para hacer el cisma mas general. Los monges propusieron la prueba del fuego para mostrar la justicia de su causa; y al dia señalado se halló un concurso inmenso de gente á la puerta del monasterio, en donde se habian puesto dos hogueras de 10 pies de largo, de 5 de ancho, y otro tanto de alto, separadas por una senda muy estrecha, llena de leña seca. El monge Pedro, elegido por el abad del monasterio de Séptima para padecer la prueba, celebró la Misa, que cantaron todos los religiosos unidos en la misma causa. *Al Agnus Dei*, quatro monges, uno de los quales llevaba el crucifixo, el segundo agua bendita, el tercero doce velas, y el quarto incienso, pegaron fuego á las dos hogueras. Concluida la Misa, habiéndose quitado la casulla el monge Pedro, y guardado los otros ornamentos, se adelantó hácia las hogueras, cuyo fuego era muy fuerte, é hizo en alta voz esta oracion: *Señor Jesus, si*

es cierto que Pedro de Pavía ha usurpado la silla de Florencia por simonía, os ruego me socorrais en este terrible juicio del fuego, así como conservasteis en otro tiempo los tres mozos israelitas en el horno. Habiendo respondido el pueblo *Amen*, entró Pedro en el fuego con paso grave y rostro sereno. La llama le levantaba sobre los cabellos y los vestidos; y luego que hubo andado toda la senda, se le vió salir al otro extremo sin que el fuego hubiese hecho la menor impresion en él. Queria volver á entrar, pero se le estorbó. Los circunstantes que se habian quedado en un profundo silencio mientras que atravesaba la hoguera, manifestaron su alegría con aclamaciones y lágrimas luego que lo vieron salir sano y salvo. El clero de Florencia, testigo de este suceso, dió parte de él al papa Alexandro II. por una carta, de la qual hemos extractado esta relacion. El pontífice depuso á Pedro de Pavía, que habiéndose condenado á sí mismo, y reconciliado con los monges, se retiró al monasterio de Séptima á hacer allí penitencia. El monge Pedro, á quien se apellidó Pedro Igneo, llegó á ser cardenal y obispo de Albano. De esta suerte el cielo, no obstante la irregularidad del medio, hacia algunas veces milagros para justificar la inocencia, y hacer triunfar la bueña causa; y la credulidad se autorizaba con sus prodigios, para conservar una práctica que se miraba como el medio por donde Dios se dignaba manifestar su voluntad.

CRONOLOGÍA DE LOS CONCILIOS.

SIGLO UNDECIMO.

Años de J. C.

Romanum: el dia 6 de Enero, baxo Gerberto ó Silvestre II., compuesto de 17 obispos de Italia y de 3 de Alemania, en presencia del emperador san Bernuardo, obispo de Hildesheim, fué confirmado en él en la posesion del monasterio de Gandersheim, que Villigiso de Maguncia le disputaba. 1001.

Poldense: de Polden, cerca de Brandeburgo, el dia 22 de Julio. Exhortóse en él al arzobispo de Maguncia á que diese satisfaccion á Bernuardo de Hildesheim, lo que no habiendo executado, se le suspendió por el legado de toda funcion episcopal. 1001.

Francofurtense: de Francfort, pasada la Asuncion. En él se estableció, que ni Villigiso de Maguncia, ni Bernuardo de Hildesheim tendrian ningun derecho á la abadía de Gandersheim hasta la octava de Pentecostés del año siguiente, en que se juntarian los obispos en Frissar. 1001.

Romanum: el dia 3 de Diciembre, con motivo de la abadía de Perusa, que tuvo el obispo Coton que ceder al papa para vivir en paz con el abad. 1002.

Theodonis Villæ: de Tionvilla, á presencia del rey de Alemania Henrique II. En el que se condena el casamiento de Conrado, duque de Carintia, y de Matilde, hija de Conrado, rey de Borgoña, por razon de parentesco. 1003.

Constantiense: de Constanza, en que se condenan unas cartas que se daban por venidas del cielo, con motivo de un hambre que desolaba á la Alemania. 1005.

Arneborchiense: de Arneberg., en Brandeburgo, en presencia del rey Henrique II. En que se prohibe contraer nupcias opuestas á la honestidad, vender christianos á los gentiles, y violar las leyes de la Justicia. 1005.

Años de J. C.

1005. *Fremoniense*: de Dortmont, en Westphalia, el dia 7 de Julio, en presencia del rey Henrique II. y de la reyna Cunegunda, por 14 obispos. El rey dió en él agrias reprehensiones á los prelados sobre los casamientos ilícitos, y otros abusos que toleraban. Los cánones de este concilio se han perdido, y solo queda de él un instrumento, por el qual se convienen estos obispos en ciertos ayunos, y otros sufragios espirituales unos por otros despues de su muerte.

1007. *Romanum*: en que el papa Juan XVIII. expide una bula para confirmar la execucion del obispado de Bamberga.

1007. *Francofurtense*: de Francfort, el dia 1 de Septiembre, por Villigiso, arzobispo de Maguncia y 36 obispos, en que se admite y confirma la bula de la eleccion del obispado de Bamberga.

1009. *Ænhamense*: de Enham, en Inglaterra, el dia de Pentecostés, en que se hacen 32 cánones para la reforma de las costumbres y de la disciplina.

1012. *Confluentinum*: de Coblente, en que el rey Henrique II. hace poner entredicho á todos los obispos que se habian rebelado contra él, y particularmente á Tieri de Metz.

1012. *Legionense*: de Leon, en España, el dia 25 de Julio, de órden del rey Alfonso V. En él se hacen 48 cánones, 7 de ellos sobre la disciplina eclesiástica, y los demas sobre el gobierno civil.

1014. *Ravennense*: el dia 30 de Abril y los dos siguientes, en que el emperador Henrique II. hace poner á Arnoul su pariente en la silla de Ravena, y echar á Adalberto, que se habia apoderado de ella.

1015. *Mediolanense*: por Arnoul, arzobispo de Milan, contra Alrico, tio de Arduino rey de Italia, á quien este príncipe habia nombrado obispo de Asti, y consagrádolo despues el papa Benedicto VIII. Arnoul, acerrimo parcial del emperador Henrique II., y por consiguiente enemigo de Arduino su competidor, hace anatematizar á Alrico como intruso, no obstante la aprobacion del papa, por haber subido á la silla de Asti sin consentimiento de su metropolitano.

1016. *Raveanense*: por Arnoul, arzobispo de Ravena, en que se suspende á los clérigos ordenados por el usurpador Adalberto hasta mas maduro exámen.

Noviomagense: de Nimega, el dia 16 de Marzo, en que se ordena que el cuerpo de Jesu-christo se ponga á la izquierda del sacerdote, y el cáliz á su derecha en el altar durante la misa. Años de J. C. 1018.

Gostariense: de Gossar, en la quaresma, en que se decide, despues de haber apartado á dos casados por causa de parentesco, que los hijos de un siervo casado con muger libre, estan sujetos á la servidumbre con su madre. 1018.

Bambergense: por el papa Benedicto VIII. en las fiestas de Pascua. En este concilio confirmó el pontífice en presencia de 72 obispos los privilegios de la iglesia de Bamberga. 1020.

Ticinense ó Papiense: de Pavía, el dia 2 de Agosto Benedicto VIII., que presidió en este concilio, se quejó en él de la vida licenciosa del clero, é hizo un decreto en 7 artículos para reformarlo. El emperador lo confirmó, y añadió penas temporales contra los que no lo guardasen. 1020.

Salegunstadiense: de Selingestad, abadía junto al Mein, en la diócesis de Maguncia, por el arzobispo Aribon y 5 de sus sufragáneos, el dia 11 de Agosto. En él se hicieron 20 cánones, el 5.º de los quales prohibe á los sacerdotes decir mas de tres misas cada dia. 1022.

Germanicum: al qual asistió el emperador Henrique II. Este concilio, cuyo parage y objeto no se sabe, se componia de un grande número de obispos, segun lo aseguran el analista y cronógrafo saxonés. 1022.

Aurelianense VII.: de Orleans, por Leoterio, arzobispo de Sens, y sus sufragáneos, en presencia del rey Roberto y de la reyna Constanza. En él se condenan á ser quemados 13 maniqueos, que se acababan de descubrir, cuyas cabezas eran Esteban ó Heriberto y Lisoyo, eclesiástico de Orleans. 1022.

Arriacense: de Airy, en la diócesis de Auxerra, por Leoterio arzobispo de Sens, á presencia del rey Roberto, tocante á la paz de este monarca con el duque de Borgoña. En este concilio fué donde tuvo principio, segun Mr Le-Boeuf, la costumbre que se estableció en el siglo XI. de llevar á los concilios las caxas de los santos. 1022. ó 1023.

Pictavense: de Poitiers, con motivo del apostolado de san Marcial de Limoges, acerca de lo qual no se decidió nada. 1023.

Años de *Moguntinum*: en las fiestas de Pentecostes. Aribon, de
J. C. Maguncia, celebró allí este concilio nacional de Alemania,
1023. en donde corrigió muchos desórdenes; pero no pudo separar á Oron, conde de Hamerstin, de Irmengarda, aunque este príncipe habia ofrecido dexarla.

1023. *Pampelonense*: de Pamplona (otros intitulan de Leire, monasterio benedictino), en presencia del rey Don Sancho, en que se restableció en esta ciudad la silla episcopal, que se habia trasladado al monasterio de Leire, despues de la invasion de los sarracenos. En él se manda que el obispo de Pamplona se saque de los monges de Leire, y se elija por los obispos de la provincia.

1024. *Parisiense XII.*: en que se da el título de apóstol á san Marcial de Limoges.

1025. *Atrebatense*: de Arras, contra ciertos hereges que despreciaban los sacramentos. En él se estableció de un modo muy claro la fe de la Iglesia tocante á la Eucaristía.

1025. *Ansense*: de Ansa, 4 leguas mas arriba de Leon. Buchardo de Viena da satisfaccion á Gaussin de Maçon; por haber ordenado en Cluni monges en contravencion de los cánones, pero segun el privilegio del papa, que no miraron los obispos como superior á los cánones: san Odilon se halló presente á este concilio.

1027. *Constantinopolitanum*: por el patriarca Alexîs en el mes de Enero. En él se hicieron muchos reglamentos acerca de la disciplina.

1027. *Romanum*: por el papa Juan XIX, en presencia del emperador Conrado, y al frente de un crecido número de prelados, el dia 6 de Abril. La altercacion, que hacia tanto tiempo que habia entre el patriarca de Aquileya y el de Grado, se finalizó en este concilio en favor del primero.

1027. *Constantinopolitanum*: en el mes de Noviembre, por el patriarca Alexîs, acerca de los charisticarios ó donatarios de los monasterios.

1027. *Carrafense*: de Charroux, en Poitou, contra mani-
ó 1028. queos.

1028. *Geitzletense*: cerca de Maguncia, en que un hombre acusado del asesinato del conde Ligefredo, se purgó por medio de la prueba del hierro ardiendo.

1029. *Constantinopolitanum*: en que se condena á Juan Ab-

don, patriarca jacobita de Antioquía, á quien el empera- Años de
dor romano Argiro habia mandado traer á esta ciudad J. C.
con 4 obispos y tres monges.

Palithense: de Palith, cerca de Maguncia, en que el 1029.
arzobispo de esta iglesia desiste al fin de sus pretensiones al
monasterio de Gandesheim, y abandona su jurisdiccion al
obispo de Hildesheim.

Lemovicense: en que se decidió que san Marcial de 1029.
Limoges era apóstol.

Bituricense: de Burges, el dia primero de Septiem- 1031.
bre. De este tenemos 25 cánones, de los quales el pri-
mero manda poner el nombre de san Marcial entre los
de los apóstoles.

Lemovicense: el dia 18 de Septiembre. El apostolado 1031.
de san Marcial se confirmó en este concilio, y se fulminó
una excomunion terrible contra los que no mirasen por
la paz de la justicia, como lo prescribia el concilio.

En este año se celebraron diferentes concilios en Aqui- 1034.
tania, en la provincia de Arles y en la de Leon, para el
restablecimiento de la paz, en favor de la fe, para
encaminar los pueblos á reconocer la bondad de Dios,
y apartarlos de los vicios, trayéndolos á la memoria los
males pasados.

Triburiense: de Tribur ó Truver, cerca de Maguncia, 1036.
poco despues de pascuas. En él se renovaron cánones an-
tiguos, á los quales se añadieron otros nuevos.

Trevirense: de Tréveris, el dia 20 de Octubre, 1037.
para la translacion de las reliquias de san Materno.

Italicum: quizá de Roma, en que el papa depone á 1038.
Aribon, arzobispo de Milan, por haberse negado á dar
satisfaccion al emperador Conrado, á quien habia ultra-
jado en el congreso de Salona, y que por esta razon
lo habia puesto baxo la custodia del patriarca de Aqui-
leya.

Romanum: en que el papa Benedicto IX. condena á 1039.
Bretislao, duque de Bohemia, á construir un monasterio ó 1040.
á sus expensas, por haber quitado de Gnesne, en el sa-
queo de esta ciudad, las reliquias de san Adalberto, y pa-
sádolas á Praga.

Venetum: de Venecia, á presencia del duque Fla- 1040.
banico, en que se establece la tregua de Dios, y se ha-
cen muchos cánones, de los quales no nos queda mas

Años de J. C. que los sumarios. Uno de estos cánones señalaba 26 años de edad para ser diácono, y 30 para sacerdote.

1041. En este año se tuvieron en Francia muchos concilios, en que se estableció la tregua de Dios, que mandaba que desde el miércoles por la tarde, hasta el lúnes por la mañana, nadie cogiese nada por fuerza, ni tomase venganza de ninguna injuria, ni exîgiese prenda de ninguna fianza. Habíase decretado, que qualquiera que contraviniese á esto pagase la composicion de las leyes, como si hubiese merecido la muerte, ó fuese excomulgado y desterrado del pais.

1042. *Cesense*: de Cesena, en la Romanía, el dia 2 de Junio. Juan, obispo de esta ciudad, hace aprobar en este concilio la intencion que tenia de establecer la vida comun en su catedral.

1042. *San Ægidii*: de san Gil, en Languedoc, el dia 4 de Septiembre: 22 obispos hicieron en él tres cánones, y confirmaron la tregua de Dios.

1043. *Narbonensia duo*: el uno el dia 17 de Marzo, y el otro el 8 de Agosto, ambos por Guifredo, arzobispo de Narbona, que en el segundo se desnudó del trage militar que llevaba, con juramento de no volvérselo á poner jamas. En el otro se excomulgó á los usurpadores de los bienes eclesiásticos.

1043. *Constantiense*: de Constanza. Henrique III., rey de Alemania, perdona en él á todos sus enemigos, y establece en Alemania una paz sólida.

1044. *Romanum*: á fin del año, por el papa Benedicto IX., en que este pontífice revoca el decreto, por el que pocos meses ántes habia declarado la iglesia de Grado sufragánea de Aquileya, no obstante haberse dado por exênta en el concilio de Roma el año 1027. Poppon, patriarca de Aquileya, habia alcanzado á fuerza de dinero este decreto, cuya execucion habia proseguido de mano armada; y las quejas de Contareno, dux de Venecia, y de Orso, patriarca de Grado, hicieron que se revocase.

1046. *Sutrinum*: de Sutri, cerca de Roma, poco ántes de Navidad, por Henrique III., rey de Alemania. A él convidó Gregorio VI., quien concurrió, creyendo ser reconocido solo por papa legítimo; pero como hallase en esto dificultad, renunció el pontificado, se desnudó de las vestiduras, y entregó el báculo pastoral despues de haber

ocupado la santa Sede unos 20 meses. El rey Henrique vino á Roma con los obispos del concilio de Sutri, y de comun acuerdo, tanto de romanos, como de alemanes, hizo elegir por papa á Suidgero, saxon de nacimiento, y obispo de Bamberga. El nuevo papa tomó el nombre de Clemente II., y fué consagrado el dia de Navidad. El rey Henrique fué coronado por emperador el mismo dia, y la reyna Ines por emperatriz.

Años de J. C.

Romanum: en el mes de Enero, por el papa Clemente II, en presencia del emperador Henrique III. La extirpacion de la simonía que reynaba libremente entónces en todo el Occidente, fué probablemente el primer objeto de este concilio. En él se ordenó, ademas, segun la memoria que nos ha conservado san Pedro Damiano, que en adelante no tendria obispo la iglesia de Roma sin preceder permiso del emperador. 1047.

Tulujense: de Tuluja, en la diócesis de Elna, el dia primero de Junio. Este solo era un sínodo diocesano, en el que se confirma la tregua de Dios. 1047.

Germanicum: convocado por el emperador Henrique III. contra los simoniacos. 1047.

Senonense: de Sens, en que se confirma la fundacion del priorato de san Ayoul de Provins, hecha por el conde Tibault. 1048.

Wormatiense: de Worms, en el mes de Diciembre en que se eligió al papa Brunon, obispo de Toul, en presencia y á instancias del emperador Henrique III. Este papa tomó el nombre de Leon IX. 1048.

Romanum: el dia 11 de Abril, en tiempo de Leon IX, compuesto de los obispos de Italia, y de las Galias. En él se dan por nulas todas las órdenes conferidas por los simoniacos: »lo que causó (dice el Abate Fleury) un »grande alboroto. Despues de largas disputas, añade, se »representó al papa el decreto de Clemente II.; á saber, »que los que estaban ordenados por los simoniacos, po»dian exercer sus funciones despues de quarenta dias de »penitencia, lo que siguió Leon IX." 1049.

Ticinense: de Pavía, por el mismo papa, en la semana de Pentecostes. Este es puramente una peticion del de Roma. 1049.

Remense: el dia 3 de Octubre, á otro dia de la dedicacion de la iglesia de san Remigio por el papa Leon IX. 1049.

Año de J. C.

A él concurrieron 20 obispos, cerca de 50 abades, y otros muchos eclesiásticos. Hízose causa en este concilio á algunos obispos simoniacos, y algunos abades, y se excomulgó á los obispos, que habiendo sido convidados al concilio, no habian venido á él ni enviado excusa por escrito. Despues se hicieron 12 cánones para renovar los decretos de los padres despreciados hacia mucho tiempo; y se condenaron con pena de anatema muchos abusos que corrian en la iglesia Galicana, como la simonía, &c.

1049. *Moguntinum*: en el mes de Noviembre por Leon IX. A este concilio asistieron 40 obispos, y se condenó la simonía y casamientos de los sacerdotes.

1049. ó cerca. *Rotomagense*: de Ruan, por el arzobispo de Mauger. En él se hicieron 19 cánones, los mas de los quales son contra la simonía.

1050. *Sipontimum*: de Siponto, en la Pulla en la quaresma. El papa Leon IX. depuso en él dos arzobispos por delito de simonía.

1050. *Romanum*: el dia 2 de Mayo, por Leon IX. y 55 obispos. Berengario fué separado en él de la comunion de la Iglesia por ciertas opiniones heréticas á causa de la Eucaristía.

1050. *Briotnense*: de Briona, en Normandía, en el mes de Agosto. Esta es mas bien conferencia que no concilio, en que Berengario fué reducido al silencio, y despues á la confesion, aunque forzada, de la fe católica.

1050. *Vercellense*: de Verceil, el dia primero de Septiembre, por Leon IX. A este concilio asistieron obispos de varios paises; pero no vino Berengario aunque se le llamó. Condenóse y se quemó el libro de Juan Scoto sobre la Eucaristía. El error de Berengario se condenó tambien allí.

1050. *Parisiense XIII*: el dia 17 de Octubre, de un crecido número de obispos en presencia del rey Henrique. En él se leyó una carta de Berengario que escandalizó á todo el concilio, el qual no compareció. Berengario fué condenado con todos sus cómplices, y al mismo tiempo el libro de Juan Scoto sobre la Eucaristía.

1050. *Coyacense*: de Coyanza, hoy Valencia, de Don Juan en España, de 9 obispos, en presencia del rey de Leon Fernando II., y de la reyna Sancha, que se nombra la primera, porque ella era propiamente la reyna de

Leon. Hiciéronse en él 13 cánones, el 5.º de los quales prohibe bautizar fuera de las vigilias de Pascua y de Pentecostés sin necesidad. El 12.º manda ayunar todos los viérnes como en la Quaresma (a). Año de J. C.

Apud S. Ægidium: de san Gil, en Languedoc, para establecer la tregua de Dios. 1050.

Augustanum: de Augsbourg, en el mes de Febrero, por el papa Leon IX., en que este pontífice absuelve á Hunfredo, arzobispo de Ravena, á quien habia suspendido en el concilio de Vercil celebrado el año antecedente. 1051.

Romanum: despues de Pascua por Leon IX. En él excomulgó por adúltero al obispo de Verceil que estaba ausente. Habiendo prometido despues este prelado satisfaccion, se le restableció en sus funciones. 1051.

Sublacense: de Sublago, concilio supuesto, en que se pretende que habiendo hecho el papa Leon IX. que le presentasen los títulos del monasterio de Sublago, reconoció la falsedad de los mas de ellos, y los condenó al fuego. El hecho es, que estando este papa en este monasterio, convocó á él los vecinos del pueblo, los obligó á presentar sus títulos, notó los mas falsos, é hizo quemar la mayor parte de ellos: despues confirmó la jurisdiccion del monasterio sobre la ciudad de Sublago. 1051.

Bambergense: por el papa Leon IX. en presencia del emperador Henrique III. en que este príncipe confirma los privilegios de la iglesia de Bamberga. 1052.

Mantuanum: de Mantua, por el papa Leon IX. en la quinquagésima Los obispos que temian la severidad 1053.

(a) Es notable este concilio particularmente por el cánon que establece que los monges y las monjas esten sujetas á los obispos: *et ipsi abbates et abbatisa cum suis congregationibus et cenobiis, sint obedientes et per omnia subditi suis Episcopis.* Por cuya decision se viene en conocimiento de que á mediados del siglo XI. se conservaba todavía en España la antigua disciplina de la subordinacion de los regulares á los obispos. Presidió este concilio Froylan, obispo de Oviedo, de cuya diócesis era entónces Coyanza, hoy Valencia de Don Juan; habiendo asistido los obispos de Leon, Astorga, Palencia, Calahorra, Pamplona y Lugo, segun consta del mismo concilio que está en el libro gótico de la santa iglesia de Oviedo. Celebráronse al mismo tiempo en este concilio córtes generales convocadas como el por Fernando I., el Magno; y en ellas se confirmaron los fueros de Castilla y de Leon, dexando en su vigor las leyes godas del Fuero Juzgo, y la observancia de los cánones contenidos en la *coleccion canónica, Hispano-Gótica*, arreglada por san Isidoro para el uso de las iglesias de España.

Año de J. C. de este pontífice hiciéron inútil este concilio por el alboroto que moviéron en él.

1053. *Romanum*: despues de Pascuas, por Leon IX. De éste no queda mas que la carta á los obispos de Venicia y de la Istria, en favor de Domingo, patriarca de Grado, que manda que esta iglesia sea reconocida por metrópoli de estas dos provincias conforme á los privilegios de los papas.

1054. * *Constantinopolitanum*: en el mes de Junio, por Miguel Cerulario, en que se anatematizó á los legados del papa, juntamente con el escrito que habian dexado encima del altar de la iglesia mayor de Constantinopla antes de su partida.

1054. *Narbonense*: de 10 obispos, el dia 25 de Agosto. En él se confirmó la tregua de Dios, y se hicieron 29 cánones.

1054. *Barcinonense*: de Barcelona, el dia 20 de Noviembre contra los usurpadores de los bienes de la Iglesia.

1055. *Moguntinum*: en el mes de Marzo, en que Gebbehardo, obispo de Eischat, es elegido papa con el nombre de Victor II.

1055. *Florentinum*: de Florencia, hacia Pentecostes, por el papa Victor II. en presencia del emperador Henrique. En él se corrigieron muchos abusos, y se renovaron las prohibiciones de enagenar los bienes de las iglesias.

1055. *In Lugdunensi Gallia*: por Hildebrando, legado, tocante á la simonía. Se dice que este legado hizo allí un milagro para convencer á un obispo de este delito.

1055. *Turonense*: por Hildebrando, y por Gerardo, cardenal. En él se dió á Berengario libertad para defender su opinion; pero no atreviéndose á hacerlo, confesó públicamente la fe comun de la Iglesia, y juró que de allí en adelante la creeria así. Esta abjuracion la firmó de su mano, y teniéndolo por convertido los legados, lo admitieron á la comunion.

1055. *Lexôviense*: de Lisieux, en Normandía, en que Maugero de Ruan fué depuesto, y colocado en su lugar Maurillo.

1055. *Rotomagense*: de Ruan, baxo el arzobispo Maurillo. En él se trató de la continencia de los clérigos, y de la observancia de los cánones. Créese que en este concilio es donde se compuso una profesion de fe, confesando

que el pan y vino se convertian en cuerpo y sangre de J. C. Año de
por efecto de la consagracion, excomulgando á qualquiera que fuese en contra de esta creencia. J. C.

Narbonense: el dia primero de Octubre, de 6 obispos, que declararon por excomulgados á los usurpadores de los bienes de la iglesia de Ausona. 1055.

Andegavense: contra Berengario, sin que se sepa á punto fixo el año ni el mes. 1055. ó cerca.

Compostellanum: el dia 15 de Enero, en que se hicieron excelentes reglamentos acerca de la disciplina. 1056.

Landavense: de Landaff, en el pais de Gales, en el qual es excomulgada la familia real por un insulto hecho al obispo de Landaff. 1056.

Tolosanum III: el dia 13 de Septiembre, de 18 obispos. En él se hicieron 13 cánones para abolir la simonía, y mandar el celibato á los eclesiásticos para impedir la usurpacion de los bienes de las iglesias, y remediar varios abusos. 1056.

Coloniense: en que Baldovino, conde de Flandes, se reconcilia, por mediacion del papa, con el jóven rey Henrique. 1056.

Romanum, el dia 18 de Abril, llamado general por Esteban IX., en el que entre otras cosas excomulgó Victor II. á Guiferdo de Narbona por delito de simonía. 1057.

Apud Fontanetum, de Fontaneto, en la diócesis de Navarra, por Guido de Velate, arzobispo de Milan, al frente de un crecido número de prelados y clérigos, en que se excomulga al diácono Arialdo, y á Landolfo su compañero, aquellos dos grandes contrarios de la incontinencia de los clérigos y de la simonía. El papa Esteban IX. dió por nula esta excomunion. 1057.

Siennense: de Siena, el dia 28 de Diciembre, en que Gerardo, obispo de Florencia, es elegido papa por los señores alemanes y romanos. Este es el papa Nicolao II. 1058.

Romanum: el dia 18 de Enero, con motivo de la coronacion del papa Nicolao II. El arcediano Hildebrando fué quien hizo la ceremonia. Puso en la cabeza del papa, dice un autor contemporáneo, una corona real, en cuyo círculo inferior se leia: *Corona regni de manu Dei*; y en el 2.º *Diadema Imperii de manu Petri.* Esto manifiesta claramente, que la doble corona que se vé sobre la tiara pontificia es mas antigua de lo que los eruditos han creido hasta ahora. 1059.

Año de J. C. *Sutrinum*: de Sutri, por el papa Nicolao II., á fines de Enero, en que se depone al antipapa Benedicto X.

1059. *Romanum*: el dia 13 de Abril, por Nicolao II. al frente de 113 obispos. Este pontífice publicó el primero un decreto, mandando que, vacante la santa Sede, se junten los cardenales obispos, y los cardenales presbíteros y lo restante del clero para hacer eleccion de nuevo papa, salva no obstante (añade) la honra y respeto debido á nuestro amado hijo Henrique, al presente rey, y que algun dia llegará á ser emperador, como lo esperamos de la gracia de Dios. Despues de esto se hicieron 13 cánones, de los quales el 4.º manda á los clérigos tener vida comun; y este es el orígen de los canónigos reglares. En él se hizo una profesion de fe sobre la Eucaristía. Berengario la firmó con juramento; pero despues escribió en contra, llenando de injurias al cardenal Humberto, autor de ella.

1059. *Melfitanum*: de Melfa, hácia el mes de Mayo, por Nicolao II., con quien se reconciliaron los normandos, dexando á su libre disposicion todas las tierras de san Pedro, de que se habian apoderado; y el papa por consequencia los absolvió, y los recibió en la gracia de la santa Sede.

1059. *Beneventanum*: el dia 1.º de Agosto, por el papa Nicolao, á quien los normandos dieron mucho socorro al empezar á libertar á Roma de los pequeños señores que la tiranizaban hacia mucho tiempo.

1059. *Arelatense*: de Arles, por los legados del papa. Berengario, vizconde de Narbona, presenta en él una representacion contra Guifredo, arzobispo de Narbona, que lo habia excomulgado injustamente.

1059. ó 1060. *Spalatense*: de Spalatro, en Dalmacia, por un legado de la santa Sede, en que se publicaron los decretos del último concilio romano, y se eligió á Lorenzo por arzobispo.

1060. *Viennense*: el lúnes 31 de Enero, por Esteban, legado. En él se hicieron 10 cánones que miran principalmente á la simonía y á la incontinencia de los clérigos.

1060. *Turonense*: por Esteban, legado, y 10 obispos. En él se repitieron los 10 cánones del concilio de Viena.

1060. *Jacetanum*: de Jaca, en Aragon, en presencia del rey Ramiro. En él se hicieron muchos reglamentos para

establecer las buenas costumbres y la disciplina, alteradas por las guerras continuas, y se abolió el rito gótico para seguir el romano; pero este artículo no llegó á efecto. Año de J.C.

Tolosanum IV: por san Hugo, abad de Cluni, en calidad de legado. No se sabe su objeto; pero este concilio es distinto del que se celebró en la misma ciudad el año 1056. 1060. ó cerca.

Romanum: contra los simoniacos, por Nicolao II. Aldredo de Cantorberi fué depuesto en él por simoniaco; pero habiéndole robado en el camino y á sus compañeros, se tuvo compasion de él en Roma viéndolo en el estado en que le habian puesto los salteadores. El papa le restituyó su arzobispado, y le concedió el palio. 1061.

* *Basileense*: de Basilea, en el mes de Octubre, despues de la muerte del papa Nicolao II. Esta fué una dieta que se convirtió en concilio. Noticiosa la emperatriz y su consejo de que Anselmo de Luca acababa de ser electo papa sin su consentimiento, inducen á los obispos de Lombardía, que se hallaban en la dieta, á contraponerle á Cadalous, obispo de Parma. 1061.

Selvicense: de Sleswick, por Adalberto, arzobispo de Hamburgo, en donde se trata de las qualidades que deben tener los opispos que se han de ordenar para las sillas recien establecidas en Dinamarca. 1061.

Aragonense: de san Juan de la Peña, el dia 25 de Junio, en que se decidió que los obispos de Aragon se habian de elegir entre los monges de este monasterio 1062.

Osboriense: del castillo de Osbor, el dia 27 de Octubre, por Annon, arzobispo de Colonia, en favor de Alexandro II., y contra el antipapa Cadalous. 1062.

Lucense: de Luca, por el papa Alexandro II. el dia 12 de Diciembre. En él se anatematizó al antipapa Cadalous; despues se absolvió á Eritta, abadesa de santa Justina de Luca, acusada falsamente de delitos por 3 de sus religiosas. 1062.

Romanum I: de mas de 100 obispos, baxo de Alexandro II. el dia 9 de Mayo. Los monges de Valle umbrosa acusaron en él de simonía á Pedro, obispo de Florencia, y se ofrecieron á hacer la prueba del fuego; pero el papa no quiso, ni deponer al obispo, ni conceder á los monges tal prueba. Despues se hicieron 12 cánones que 1063.

Año de J.C. son tomados, casi al pie de la letra, del concilio de Roma del año 1059.

1063. *Cabilonense*: de Chalons sobre el Saona. El legado Pedro Damiano corrigió en él, con los obispos, muchos abusos, y confirmó la jurisdiccion de Cluni, contra la qual iba el obispo de Macon.

1065. *Romanum II*: por el papa Alexandro II. en los primeros meses del año, en que se decide que los grados de consanguinidad por lo respectivo al matrimonio, deben contarse, no segun las leyes romanas que ponen á los hermanos y hermanas en primer grado, sino segun los cánones que los ponen en segundo. Este concilio no se conoce mas que por un fragmento de cartas de Alexandro II. á los obispos de Arezzo, de Venecia, de Basilea, y á los napolitanos, las quales se hallan en el decreto de Ives de Chartres.

1065. *Londinense*: en presencia del rey san Eduardo, que concede absoluta inmunidad al monasterio de Ouestminster, cerca de Londres. Esta patente está firmada por el rey, la reyna, dos arzobispos, diez obispos, cinco abades, el dia 28 de Diciembre del año 1066, empezando el año en Navidad.

1066. *Constantinopolitanum*: por el patriarca Juan Xiphilino, contra los casamientos incestuosos.

1067. *Constantinopolitanum*: por el mismo contra los que despues de haberse desposado con una persona, se casaban con otra.

1067. *Mantuanum*: muy numeroso. El papa Alexandro se justificó en él con juramento de la simonía de que era acusado, y probó con tan eficaces razones lo válido de su eleccion, que ganó el afecto de los obispos de Lombardía que le habian sido contrarios; y el antipapa Cadalous fué condenado á una voz por simoniaco.

1068. *Leirense*: del monasterio de Leira, en que el rey Sancho Ramiro hizo celebrar un concilio por el cardenal Hugo el Blanco, legado. En él se confirmaron los privilegios del monasterio, y se trató quizá de la introducion del rito romano, en lugar del gótico ó muzárabe; lo que todavía no se pudo poner en execucion.

1068. *Gerundense*: de Gerona, por el mismo legado. En él confirmó, con autoridad del papa, la tregua de Dios, con pena de excomunion contra los infractores. Hi-

ciéronse asimismo 14 cánones contra los abusos. Años de J. C.

Barcinonense: por el mismo legado, segun Pagi, que prueba en el año 1064 que este concilio de Barcelona 1068. se celebró en el de 1068: que en él se mandó la continencia á los clérigos, y que se habló de quitar el rito gótico, y substituir el romano.

Auscense: de Auch, de toda la provincia, por el mismo legado. Mandóse que todas las iglesias pagasen á la catedral la 4.ª parte de sus diezmos, exceptuando la de san Orens, y algunas otras. 1068.

Tolosanum V.: por el mismo legado. En él se extirpó la simonía, y se restableció el obispado de Lectoure convertido en monasterio. 1068.

Spalatense: de Spalatro, en Dalmacia, por Mainardo, legado de la santa Sede, en el que se prohibe á los dalmatas el uso de la lengua esclavona en la celebracion del oficio Divino. El clero de Dalmacia apeló de esta prohibicion al papa, quien léjos de revocarla, la confirmó. La Dalmacia, no obstante esto, continua aun en nuestros dias siguiendo el uso antiguo; pero es bueno observar que el esclavon de la liturgia dalmática es muy diferente del esclavon vulgar. 1069. ó cerc...

Moguntinum: de Maguncia, en el mes de Octubre, en que Pedro Damiano, legado, prohibió al rey Henrique de parte del papa repudiar á Bertha, su muger, como lo queria. 1069.

Ansanum: de Ansa, diócesis de Leon. En este concilio, cuyo objeto se ignora, ó inmediatamente despues, Achar, obispo de Chalons sobre el Saona, dió una patente con fecha de 27 de Enero el dia 10 de la luna, indiccion VIII. Estos caractéres prueban que en aquellas comarcas se empezaba entónces el año en Navidad ó en 1.° de Enero. 1070.

Vintoniense: de Winchestre, en la octava de Pascuas, en que el rey Guillermo el Conquistador hace deponer á Stigando, arzobispo de Cantorberi, con muchos obispos y abades que le eran sospechosos. 1070.

En el mismo año hubo otros dos concilios, celebrados de órden del rey Guillermo, uno en Inglaterra y otro en Normandía. El legado Ernenfredo presidió á ambos. En el 1.° fueron depuestos Agelenico de Sussex y muchos abades. En el 2.° se obligó á Lanfranco á pasar á Inglater-

Años de J. C. ra á ocupar la silla de Cantorberi, para la qual le habia nombrado el rey Guillermo.

1070. *Romanum III.*: baxo Alexandro II., de 72 obispos, en que se aprueba la fundacion del monasterio de Vissegrado, cerca de Praga, hecha por el duque Wratislao.

1071. *Moguntinum*: de Maguncia, el dia 15 de Agosto con motivo de Cárlos, á quien el clero de Constanza no queria admitir por obispo. Cárlos, despues de muchas altercaciones, entregó el anillo y báculo pastoral en manos del rey, diciendo, que segun los decretos del papa Celestino, no queria ser obispo de aquellos que no querian recibirlo.

1072. *Cabilonense*: de Chalons sobre el Saona, sobre una diferencia del obispo de Valencia con los canónigos de Romans. Este concilio tiene la fecha del dia 10 de Marzo, el 18 de la luna, año 1072, indiccion X.; nueva prueba de que el año comenzaba entónces en Navidad, ó en el dia 1.° de Enero en este pais.

1072. *Anglicanum*: comenzado en Pascuas, y concluido en Pentecostes presente el rey. La primacía se confirmó en él á Lanfranco de Cantorberi, contra Tomas de Yorck que se la disputaba.

1072. *Rotomagense*: de Ruan, por el arzobispo Juan de Bayeur, con sus sufragáneos. En él se hiciéron 24 cánones, el 5.° de los quales prohibe á los sacerdotes bautizar no estando en ayunas, excepto el caso de necesidad; el 6.° veda conservar la Eucaristía y el agua bendita mas de ocho dias; el 15.° es contra los clérigos casados.

1072. *Romanum IV.*: por el papa Alexandro II., en que Godofre de Castillon, que habia comprado el arzobispado de Milan, fué excomulgado.

1073. * *Erpfordiense*: de Erford el dia 10 de Marzo, y los siguientes para hacer en él particion entre el rey Henrique y Sigefredo, arzobispo de Maguncia, de los diezmos de Thuringa, de los quales los principales se debian á las abadías de Fulda y Herfeld.

1073. *Rotomagense*: en presencia del rey Guillermo con motivo de un tumulto acaecido en la iglesia de san Ouer el dia 24 de Agosto del mismo año.

1073. *Cabilonense*: de Chalons sobre el Saona, el 19 de Octubre por Girardo, obispo de Ostia y legado, en pre-

sencia del qual se substituye en lugar de Lancelin, obispo de Die, depuesto por simonía, á Hugo, camarero de la iglesia de Leon.

Pictavense: de Poitiers el dia 13 de Enero, en que en 1074.
presencia del cardenal Girardo, legado, se controvirtió la materia de la Eucaristía con tanto empeño, que Berengario, que negaba la presencia real, creyó que allí le matarian.

Romanum: la primera semana de Quaresma. Grego- 1074.
rio VII. dispuso en él, que los que hubiesen entrado á las órdenes sagradas por medio de simonía, fuesen en adelante privados de todas sus funciones; que los que hubiesen dado dinero para conseguir iglesias, las perdiesen; que los que viviesen en concubinato no pudiesen celebrar misas, ni servir al altar en ministerios inferiores. Tambien excomulgó á Roberto Guiscard, duque de la Pulla, por haber tomado algunas tierras de la Iglesia, &c.

Rotomagense: de Ruan por el legado Gregorio. En él 1074.
se hicieron 14 cánones acerca de la disciplina.

Erpfordiense: en el mes de Octubre, en que el arzo- 1074.
bispo de Maguncia Sigefredo quiso sujetar los eclesiásticos á los decretos de Roma sobre la continencia; pero este concilio se alborotó particularmente con motivo de los diezmos de Thuringa.

* *Parisiense*: en que san Gauthier, abad de Pontoisa, 1074.
es injuriado, aporreado y echado vergonzosamente por ó cerca.
haber tomado á su cargo la defensa del decreto de Gregorio VII. que no permitia oir la misa de los sacerdotes concubinarios.

Romanum II.: desde el 24 de Febrero hasta el últi- 1075.
mo dia del mes. Era numeroso, y no faltaron amenazas, y aun decretos de excomunion y de suspension. En él se hizo un decreto contra las investiduras y la incontinencia de los clérigos. Gregorio celebró en Roma, á fines del mismo año, 2.° concilio, del qual no tenemos noticia por menor.

Anglicanum generale: presidiendo Lanfranco, arzo- 1075.
bispo de Cantorberi, tocante á las mugeres y vírgenes que se habian refugiado en monasterios, y tomado el velo para libertarse de los insultos de los normandos. Decídese en él que podian volver al siglo.

Años de J. C.

1075. *Londinense*: de toda la Inglaterra, por Lanfranco. En él se repitieron los antiguos cánones tocante á la clase de los obispos, y se prohibieron las supersticiones, adivinaciones, sortilegios, &c.

1075. *Moguntinum*: en el mes de Octubre, en el que se publicó el decreto de Gregorio VII. contra los clérigos concubinarios.

1075. *Spalatense*: de Spalatro en Dalmacia, en el mes de Noviembre, por Girardo, obispo de Lepanto, y legado de la santa Sede. En él se hicieron muchos reglamentos tocante á la disciplina, que no han llegado á nosotros.

1076. * *Wormatiense*: de Worms, el dia 28 de Enero. Gregorio VII. fué depuesto en él por el rey Henrique, asistido del cardenal Hugo, á quien habia condenado Gregorio por sus costumbres desarregladas, y como factor de los simoniacos. Todos los obispos firmaron la deposicion del papa, y el rey se la participó á los obispos de Lombardía, de la Marca de Ancona, y al papa mismo.

1076. *Romanum III.*: la primera semana de Quaresma. El rey Henrique fué excomulgado en él, y anatematizado, privado de su reyno, y sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad. Esta es la primera vez que semejante sentencia se ha pronunciado contra ningun soberano. El imperio se indignó tanto mas con esta novedad, (dice Othon, obispo de Frisinga, historiador muy católico, y muy adherido á los papas, que escribia en el siglo siguiente) quanto jamas ántes habia visto semejante sentencia pronunciada contra ningun emperador romano; y en otra parte dice: "No halló en ninguna parte que »ninguno de ellos haya sido excomulgado por ningun »papa, ó privado del reyno." Muchos obispos fueron tambien, ó suspendidos de sus funciones, ó excomulgados por Gregorio VII. en este concilio.

1076. *Vintoniense I.*: de Winchestre, congregado por Lanfranco, el dia 1.º de Abril, acerca del concubinato de los sacerdotes, y otros puntos de disciplina. En él se decide que los sacerdotes del campo, que tuviesen mugeres, no serian obligados á despacharlas; pero se prohibió á los que no las tenian el tomarlas.

1076. *Vintoniense II.*: congregado por el mismo Lanfranco en Pentecostes, sobre el mismo asunto.

Apud Oppenheim: entre Maguncia y Worms, celebrado á mitad de Septiembre. Congregacion mixta, en que los legados, con muchos señores saxones y suabos deliberan elegir nuevo rey de Alemania en lugar de Henrique. Pero queriendo respectivamente los suabos y los saxones un rey de su nacion, no se pudo concluir nada. Sin embargo, Henrique que estaba acampado de la otra parte del Rhin, consiguió apaciguarlos por medio de sus embaxadores, prometiendo resarcir los daños que les habia hecho, y hacer que lo absolviese el papa en el mes de Febrero inmediato. Años de J. C. 1076.

Triburiense: de Tribur ó Teuver, cerca de Maguncia, el dia 16 de Octubre otra congregacion mixta, en que los legados, con muchos señores y algunos obispos de Alemania, quieren todavía deponer al rey Henrique; lo que le obligó á pasar á Italia, donde recibió la absolucion del papa en el castillo de Canosa, con condiciones muy duras, el dia 25 ó 28 de Enero de 1077. Los lombardos, enemigos del papa, se quejaron tan altamente de la reconciliacion del rey, que él mismo rompió el convenio unos 15 dias despues de hecho. 1076.

Salonitanum: de Salona, en Dalmacia, en el mes de Octubre. Los legados de la santa Sede coronan en él por rey de Dalmacia á Demetrio, por otro nombre Zounimiro. En reconocimiento de lo qual se obliga Demetrio á pagar anualmente un tributo de 200 besanes á la santa Sede. 1076.

Foracheimense: congregacion de Forcheimon, en Francia, el dia 13 de Marzo, y los quatro siguientes, Rodulfo, duque de Suabia, fué elegido rey en ella en lugar de Henrique, el dia 15 ó 17 del mismo mes, y de allí conducido á Maguncia, en donde se le consagró el dia 26. El papa confirmó esta eleccion, habiendo parecido al principio que no la aprobaba. 1077.

Divionense: de Dijon, á fines de Julio. En él se depuso á los clérigos simoniacos, y se nombraron otros en su lugar. 1077.

Augustodunense: de Autun, el dia 10 de Agosto, por el legado Hugo de Die. Manasés de Reims, acusado de simonía, y de haber usurpado este arzobispado, fué suspendido del exercicio de sus funciones en este concilio. En él se juzgaron tambien algunos otros obispos de Francia. 1077.

Años de J. C. *Bisaldinense*: del castillo de Besalú, en Cataluña, el dia 6 de Diciembre, por el legado Amé, obispo de Oleron, tres obispos y muchos abades. Guifredo, arzobispo de Narbona, fué depuesto en él con seis abades, por crimen de simonía, y se hicieron 13 cánones acerca de disciplina. Este concilio se habia empezado en Gerona.

1077.

1078. *Pictaviense*: de Poitiers, por el legado Hugo de Die, el dia 15 de Enero. En este concilio, al que se atribuyen diez cánones, hubo algun alboroto.

1078. *Londinense*: de Londres, presidido por Lánfranco. En él se dispone que qualesquiera sillas episcopales que estuviesen en lugares y aldeas se trasladasen á las ciudades, lo que hizo que las ciudades de Barth, de Lincoln, de Excester, de Cester, de Cicester, tuviesen la dignidad de ciudades episcopales. En este concilio se depuso tambien á Vulstan, obispo de Worchester, porque era un ignorante, aunque de costumbres exemplares.

1078. *Romanum IV.*: baxo Gregorio VII., en la primera semana de Quaresma, compuesto de unos 100 obispos. En él se fulminaron todavía un crecido número de excomuniones; y el mismo papa advirtió que su multiplicacion las hacia impracticables; y así limitó el uso de ellas por un decreto con fecha del dia 3 de Marzo. En el mismo concilio se resolvió enviar legados á Alemania á celebrar allí una junta general que pudiese juzgar qual de los dos partidos, el del rey Henrique, ó el de Rodulfo, tenia la justicia de su parte.

1078. *Romanum V.*: baxo Gregorio VII., en el mes de Noviembre. Berengario hizo en él una corta profesion de fe, y alcanzó espera hasta el concilio inmediato. En éste se excomulgó al emperador de Constantinopla y á otros muchos. Los diputados de Henrique y de Rodulfo juraron que sus señores no usarian de ningun fraude para impedir la conferencia que los legados habian de tener en Alemania. Por último, este concilio hizo reglamentos en beneficio de la Iglesia.

1079. *Aremoricanum*: celebrado por el legado Amé, obispo de Oleron, para destruir el abuso que reynaba en la baxa Bretaña de absolver á los pecadores públicos que perseveraban en sus vicios.

1079. *Romanum VI.*: baxo Gregorio VII., en el mes de

Febrero, de 150 obispos. Berengario hace en él profesion de la fe de la Iglesia sobre la Eucaristía, contra la qual volvió á escribir estando de vuelta á Francia. Los diputados del rey Rodulfo se quejaron en este concilio de las violencias que executaba en Alemania el rey Henrique; acerca de lo qual envió el papa á aquellos parages tres legados, que se volvieron sin haber hecho nada. Años de J. C.

Tolosanum VI.: por Hugo de Die, legado del papa, en el qual se depuso á Frotardo, obispo de Albi, por causa de simonía. 1079.

Lugdunense: de Leon de Francia, por Hugo de Die, legado que depuso á Manasés de Reims. Esta deposicion se confirmó en el concilio siguiente; y Manasés despues de excomulgado y echado de Reims, se retiró al lado del rey Henrique, donde murió vagabundo y excomulgado. 1079. ó al principio de 1080.

Romanum VII.: baxo Gregorio VII., el dia 7 de Marzo, despues de la batalla ganada á Henrique por Rodulfo el 27 de Enero. Aquel fué depuesto del reyno y excomulgado, y declarado Rodulfo por verdadero rey en este concilio. En él se reiteró tambien la prohibicion de recibir ó dar investiduras, y se repitieron las excomuniones contra Tedaldo de Milan, Guiberto de Ravena, y algunos otros obispos, y contra los normandos, que saqueaban en Italia las tierras de la Iglesia. 1080.

* *Ultrayetense*; de Utrecht, en que los parciales del emperador Henrique IV. excumulgan al papa Gregorio VII. 1080.

Wirtzeburgense; de Wirtzburg. En este concilio se reconcilia con la Iglesia el emperador Henrique IV., pero no se le restablece en el trono. 1080.

Burgense: de Burgos, en Castilla la Vieja, por el cardenal Ricardo, abad de san Victor de Marsella, y legado. El rey Don Alonso VI. hizo mandar en él que el oficio romano se substituyese al gótico en España. Habiendo causado este decreto muchas turbaciones en el pais, se determinó dexar este negocio á la decision de un desafio entre dos caballeros, uno de los quales defenderia el oficio gótico y otro el romano. La victoria estuvo por el defensor del gótico; pero el rey insistió en su resolucion, y prevaleció el oficio romano. 1080. Este le pone el P. Florez en 1085. era MCXXIII.

Juliobonense: de Lillebona, en Normandía, en las 1080.

Años de J. C. fiestas de Pentecostes, á presencia de Guillermo el Conquistador. En él se hiciron 13 cánones segun una leccion, y 26 segun otra.

1080. * *Moguntinum*: de Maguncia, en las fiestas de Pentecostes, en que los parciales del emperador Henrique condenan al papa Gregorio VII. con todos sus apasionados, y confirman la eleccion del antipapa Guiberto.

1080. *Avenionense*, de Aviñon, por el cardenal Hugo de Die, legado. Achard, usurpador de la silla de Arlés, fué depuesto en él, y elegido Gibelino en su lugar. Asimismo se eligió á Santelmo por arzobispo de Embrun; á Hugo por obispo de Grenoble, y á Didier por obispo de Cavaillon. El legado los llevó á Roma, donde los consagró el papa.

1080. * *Brixinense*: de Brixen, en el Tirol, el dia 23 de Junio. Hugo el Blanco, cardenal, 30 obispos y muchos señores de Italia y Alemania depusiéron en él á Gregorio VII., y eligieron en su lugar á Guiberto de Ravena, que se hizo llamar Clemente III. La fecha de esta eleccion es del juéves 25 de Junio.

1080. *Burdigalense*: congregado por Amé, obispo de Oleron, y legado de la santa Sede, el dia 6 de Octubre, en que Berengario, vuelto á su error, da cuenta de su fe.

1081. * *Ticinense*: de Pavía, como á mitad de Marzo, en presencia del emperador, en que se confirma la eleccion del antipapa Guiberto.

1081. *Romanum VIII.*: el dia 4 de Mayo, baxo Gregorio VII., en que excomulgó de nuevo á Henrique y á todos los de su bando, y confirmó la deposicion pronunciada por sus legados contra los arzobispos de Arlés y de Navarra.

1081. *Exolidunense*: de Issudum, el dia 18 de Mayo, presidiéndolo los legados Hugo de Die y Amé de Oleron. En él se excomulgó á los clérigos de Issudum por no haber recibido procesionalmente al segundo de estos dos legados; pero se les relevó de las censuras por Urbano II., sin ser obligados á dar ninguna satisfaccion.

1083. *Romanum IX.*: baxo Gregorio VII. En él habló tan eficazmente de la fe de la moral christiana, y de la constancia necesaria en la persecucion presente, que hizo llorar á todos los circunstantes. No repitió la excomunion con-

Años de J. C.

tra Henrique; pero la fulminó contra qualquiera que le hubiese impedido venir á Roma.

Henrique pasó á esta capital el 21 de Marzo de 1084, é hizo entronizar al antipapa Guiberto, con el nombre de Clemente III., el domingo siguiente, dia de Ramos. De sus manos recibió la corona imperial el dia de Pascuas, entre tanto que Gregorio VII. estaba retirado en el castillo de Sant Angelo. 1084.

Romanum X.: baxo Gregorio VII., sacado del castillo de Sant Angelo por Roberto Guiscardo. El papa reiteró en este concilio la excomunion contra el antipapa Guiberto, el emperador Henrique y sus parciales. 1084.

* *Romanum*: por el antipapa Guiberto, en el mes de Enero, en que se declara por nula la excomunion pronunciada por Gregorio VII. contra el emperador. El P. Mansi pretende que Guiberto habia celebrado el año anterior otro concilio en Roma sobre el mismo asunto en presencia de Henrique IV. 1085.

Quintiliburgense: de Quedelimburgo, en la semana de Pascuas, por el legado Oton. En él se declaran por nulas todas las órdenes conferidas por excomulgados, y se anatematizó al antipapa Guiberto, con otros 11 obispos ó cardenales: se prohibió el uso de huevos y queso en quaresma, y se mandó guardar continencia á los clérigos constituidos en órdenes sagradas. 1085.

* *Moguntinum*: de Maguncia, el dia 29 de Abril, por los cismáticos, en presencia del emperador Henrique y de los legados del antipapa Guiberto. En él se reconoció á Guiberto por papa legítimo, y se confirmó la deposicion de Gregorio VII., que fué excomulgado, juntamente con los que lo reconocian por papa. 1085.

Compendiense: de san Cornelio de Compiegne, por 10 obispos y 19 abades. Everardo, abad de Corbia, fué depuesto en él, y se confirmaron los privilegios de la iglesia de san Cornelio. 1085.

Capuanum: de Capua, el dia 21 de Marzo. Didier, abad del monte Casino, admitió en él por fin la tiara. Fué consagrado en Roma el domingo despues de la Ascension, 9 de Mayo, y se llamó Victor III. 1087.

Beneventanum: por Victor III., en el mes de Agosto. El papa depuso en él á Guiberto, y lo anatematizó. Excomulgó tambien á Hugo de Leon y á Ricardo, abad 1087.

Años de J. C. de Marsella, que hacian cisma con él. Prohibió por último las investiduras con pena de excomunion, consintiéndolo todo el concilio.

1088. *Fuselense*: de Husillos, cerca de Palencia, en España, por Ricardo, abad de san Victor de Marsella, legado de Urbano II., 11 obispos, muchos abades, é infinidad de señores legos. En él se señalaron los límites de las diócesis de Burgos y de Osma.

1089. *Romanum*: baxo Urbano II, de 115 obispos, en que este papa, dice Bertoldo, confirma los estatutos de sus predecesores. Echado Guiberto de Roma, se vuelve á Ravena. Es cosa digna de notar, que despues del concilio de Brixen, en que fué hecho antipapa, continue nombrándose Guiberto en todas las patentes, menos una, en que toma el nombre de Clemente; y lo que hay todavía mas singular es, que aquellas en que se nombra Guiberto, estan datadas en el pontificado de Clemente, como si fueran dos sugetos distintos.

1089. *Melfitanum*: de Melfa, en la Pulla, por Urbano II. el dia 10 de Septiembre, de 70 obispos y 12 abades. El duque Rogero hace en él homenage de alianza al papa, y se publican 16 cánones sobre la simonía, sobre el luxo y la incontinencia de los clérigos

1090. *Tolosanum*: *VII.*, de Tolosa, en la primavera, por los legados, acompañados de los obispos de varias provincias, y en particular de Bernardo, arzobispo de Toledo, que volvia de Roma á España. En él se corrigieron varios abusos, y á instancia del rey de Castilla se envió una legacia á Toledo, para restablecer allí la pureza de la religion.

1091. *Narbonense*: en favor de la abadía de la Grassa, y contra la simonía.

1091. *Beneventanum*: por Urbano II., el dia 28 de Marzo. En él se reiteró la anatema contra Guiberto y sus parciales, y se hicieron 4 cánones.

1091. *Legionense*: de Leon, en España. En él se resolvió que el oficio eclesiástico se celebrase en España segun la regla de san Isidoro, y se dispuso tambien que los escribanos usasen en adelante de la letra francesa en lugar de la gótica en todos los instrumentos eclesiásticos.

1091. ó 1092. *Stampense*: de Etampes. Richer, arzobispo de Sens, quiso deponer en él á Ibes de Chartres, para restablecer

á Geoffroi en esta silla; pero Ives apeló al papa, y suspendió de este modo el procedimiento del concilio. Años de J. C.

Suesionense: en que Roscelino fué convencido de error, y obligado á abjurarlo, pero por miedo de ser apaleado por el pueblo, como lo declaró despues. Decia que las tres personas divinas eran tres cosas separadas, como tres ángeles; bien que sin embargo no tenian mas que una voluntad y un poder; porque de otro modo hubiera sido preciso decir, segun él, que el Padre y el Espíritu Santo se habian encarnado. Añadia que se podia decir verdaderamente que eran tres dioses si el uso lo permitiese. 1092. ó cerca.

Remense: por el arzobispo Raynand de Martigné, en que se obliga á Roberto el Frizon, conde de Flandes, á que cese de apoderarse de la herencia de los clérigos, despues de su muerte. En él se recibe la bula de Urbano II., que permitia al clero de Arras tomar obispo propio. Esta iglesia estaba unida hacia mucho tiempo á la de Cambray. El P. Mansi pretende que se celebró en Reims en el mismo año segundo concilio, en que se consagró á Lamberto electo obispo de Arras. 1092.

Szabolchense, de Szabolhes, en el concilio de Nyr, en Hungría, por Serafin, arzobispo de Strigonia, en presencia del rey Ladislao. En él se hizo, de acuerdo con este príncipe y la nobleza, un cuerpo de leyes eclesiásticas y civiles, dividido en tres libros. 1092.

Trojanum: de Troyes, en la Pulla, el 11 de Marzo, por Urbano II., de unos 72 obispos y 12 abades. En él se habló de los matrimonios entre parientes, y se confirmó la tregua de Dios. 1093.

Cantuariense: de Cantorberi, el dia 4 de Diciembre, para la consagracion de san Anselmo, electo arzobispo de esta iglesia. En fuerza de las representaciones de Tomas, arzobispo de Yorck, se corrigió en él el decreto de eleccion, en que la iglesia de Cantorberi era llamada metrópoli de toda la Inglaterra, y en lugar de la palabra *metrópoli* se puso la de *primacial*. 1093.

* *Rokhingamia*: del castillo de Rokhingam, en Inglaterra, los dias 11 y 12 de Marzo, en que se decide contra el dictámen de san Anselmo, arzobispo de Cantorberi, que este prelado no puede, sin consentimiento del rey, prometer obediencia, ni pedir el palio al papa Urba- 1094.

Años de J. C. no II., atento que este príncipe no lo habia reconocido todavía.

1094. *Moguntinum* : de todos los obispos de Alemania, con los príncipes del imperio, á mitad de la Quaresma, sin que sepamos su objeto. Nosotros seguimos á Cosme de Praga en la fecha de este concilio, que el P. Mansi pone en el año 1093.

1094. *Constantiense* : en la semana Santa, por Gebehardo, obispo de Constanza, y legado del papa en Alemania. En él se renovó la prohibicion de oir el oficio celebrado por los sacerdotes simoniacos ó incontinentes, y se señalaron las quatro temporas de Marzo en la primera semana de Quaresma, y las de Pentecostes en la semana de la octava de la misma festividad.

1094. *Remense* : el dia 17 de Septiembre. El rey Felipe esperaba hacer aprobar en él su casamiento con Bertrada, visto que Berta su muger habia muerto en el mismo año. Tres arzobispos y *8* obispos concurrieron á él; pero Ibes de Chartres no quiso asistir, y apeló de este concilio al papa, porque no se le hubiera permitido, decia él, decir la verdad impunemente en este congreso. Añadió despues: que haga el rey contra mí todo lo que Dios le permita hacer, que me encierre, que me destierre, que me proscriba; yo estoy resuelto con la gracia de Dios á padecer qualquier cosa por su ley.

1094. *Augustodunense* : de Autun, el dia 16 de Octubre, por Hugo de Leon, legado, con 32 obispos y muchos abades. En él se renovó la excomunion contra el emperador Henrique y el antipapa Guiberto, y se excomulgó por primera vez al rey Felipe, por haberse casado con Bertrada, en vida de su muger legítima.

1095. *Placentinum* : de Plasencia, en Lombardía, comenzado el dia 1.° de Marzo, y concluido el 7 del mismo mes por Urbano II., 200 obispos concurrieron á este concilio, con cerca de 4000 eclesiásticos, y mas de 30000 legos. La sesion se tuvo en campo raso. La emperatriz Praxêde ó Adelaida vino á quejarse en él de su esposo el emperador Henrique, y lo acusó públicamente de las infamias que le habia hecho padecer en su persona. Felipe, rey de Francia, alcanzó que se difiriese hasta Pentecostes. Los embaxadores del emperador de Constantinopla vinieron á pedir socorro contra los infieles. En él se repitió la con-

denacion de la heregía de Berengario, y se estableció con claridad la fe de la presencia real de Jesu-christo en la Eucaristía. Los nicolaitas, los presbíteros ó clérigos de órdenes mayores, incontinentes, los simoniacos, fueron condenados tambien, como asimismo las ordenaciones hechas por Guiberto y por los otros excomulgados; y el ayuno de las quatro temporas establecido en los mismos dias que nosotros lo observamos al presente. Años de J. C.

* *Anglicanum*: en la tercera semana de Quaresma. Los obispos acusan en él á san Anselmo de haber reconocido al papa Urbano II. sin consentimiento del rey. Pásanse tres dias en altercados. San Anselmo, firme en su resolucion, pide un pasaporte para salir del reyno. Los barones le alcanzan que se sobresea hasta Pentecostés. 1095.

Nortusanum: de Nortausen, en Turingia, junto al Zoroger, entre Erfort y Halberstad, por Rotardo, arzobispo de Maguncia, el dia 29 de Mayo, en presencia del jóven rey Henrique V., rebelado contra su padre el emperador Henrique IV. En él se condena la simonía y el casamiento de los sacerdotes, y se suspende á los obispos que habian recibido la investidura del emperador, y á los que ellos habian ordenado. 1095.

Claromontanum: de Clermont, en Aubernia, comenzado por Urbano II. el dia 18 de Noviembre y concluido el 26 del mismo mes. Trece arzobispos vinieron á este concilio, y 250 prelados mitrados, tanto obispos, como abades, segun Bertoldo, aunque otros cuentan 400. En él se confirmaron todos los decretos de los concilios que el papa Urbano habia celebrado en Melfa, en Benevento, en Troyes y en Plasencia: hiciéronse muchos cánones nuevos, de los quales no nos quedan mas que los sumarios por la mayor parte: confirmóse la tregua de Dios, y se excomulgó otra vez al rey Felipe por causa de su casamiento con Bertrada; pero de todas las actas de este concilio la mas famosa es la de la publicacion de la cruzada para la recuperacion de la tierra santa. Sus conseqüencias han sido importantes para toda la Europa, y en particular para la Francia. 1096.

Rotomagense: de Ruan, en el mes de Febrero. En él se exâminaron los decretos del concilio de Clermont; y despues de haber confirmado las ordenanzas del papa, se hicieron 8 cánones. 1096.

Años de J. C.

1096. *Santonense*: de Saintes, el dia 2 de Marzo, presidido por el papa Urbano II. En él se manda ayunar todas las vigilias de las fiestas de los apóstoles.

1096. *Turonense*: la tercera semana de Quaresma, por el papa Urbano II. En él se confirman los decretos del concilio de Clermont, y el papa rehusa absolver al rey Felipe, como en parte lo pedian los obispos.

1096. *Nemausense*: de Nimes, á principio de Julio, por el papa Urbano II, 4 cardenales y muchos obispos. En él hicieron 16 cánones, los mas de los quales son los mismos de Clermont, que confirmó el papa en todos los concilios que celebró despues. El mas notable de los Nimes es el que mantiene á los monges en el derecho de exercer las funciones sacerdotales. El rey Felipe fué absuelto en él de la excomunion, despues de haber prometido separarse de Bertrada.

1097. *Hiberniense*: de Irlanda. De él nos queda una carta escrita en nombre del rey Murchertah, del clero y del pueblo de esta isla á san Anselmo, persuadiéndole á que erija en obispado la iglesia de Waterford.

1097. *Remense*: de Reims, por el arzobispo Manassés II, en que se condena á Roberto, abad de san Remigio, á continuar rindiendo obediencia al abad de Marmoutiers, de quien habia sido monge. Habiendo apelado Roberto de esta sentencia á Roma, declaró el papa Urbano II que un monge sacado de una abadía para ser abad de otra, no pertenecia ya á la primera, y que se hacia monge de aquel lugar de que era superior.

1097. *Gerundense*: de Gerona, el dia 13 de Diciembre, por el arzobispo de Tarragona, y 3 obispos. En él se toman ciertas medidas para mantener las libertades eclesiásticas.

1098. * *Romanum*: por 8 cardenales, 4 obispos y 4 sacerdotes cismáticos, en ausencia de Guiberto. Escribieron una carta con fecha de 7 de Agosto para juntar parciales; pero todos los católicos la despreciaron.

1098. *Barense*: de Bari, el dia 1.º de Octubre, por el papa Urbano, al frente de 138 obispos. San Anselmo probó en él en presencia de los griegos con tanta claridad, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que se pronunció anatema contra todos los que lo negasen. El mismo santo consiguió por sus súplicas, que no se exco-

mulgase al rey de Inglaterra que lo perseguia. Lupo Protospata y el cronógrafo de Bari ponen este concilio en el año de 1099, porque empezaban el año en 1.º de Septiembre como los griegos. Años de J. C.

Romanum: en la tercera semana despues de Pascuas, el dia 25 de Abril, por el papa Urbano, presidiendo á 150 obispos, entre los quales estaba tambien san Anselmo. Entre otras cosas se hicieron en este concilio 18 cánones, de los quales los 11 primeros son tomados palabra por palabra de los de Plasencia: despues se fulminó excomunion contra todos los legos que diesen las investiduras de las iglesias, y contra todos los eclesiásticos que las recibiesen. 1099.

Audomarense: de san Omer, el dia 14 de Julio, por Manassés de Reims, y 4 de sus sufragáneos. En él se publicaron cinco artículos tocante á la tregua de Dios, con órden de observarlos pena de excomunion. 1099.

Lambethense: de Lambeth, en Inglaterra, por san Anselmo. El rey Henrique II. quiso casarse con Matilde, hija de Malcolmo, rey de Escocia; pero se le disuadia porque Matilde, educada desde su infancia en un monasterio, habia sido dedicada á Dios, segun decian, por sus padres. Para aclarar este punto congregó el concilio de Lambeth. Habiendo comparecido en él Matilde, protestó y se ofreció á probar con testigos que jamas se habia ofrecido á la vida religiosa, ni por vocacion suya, ni por voto de sus padres. Matilde ganó su instancia, y se casó con Henrique. 1100.

Valentinum: de Valencia, en el Delfinado, el dia 30 de Septiembre: Norgaud, obispo de Autun, acusado de simonía, fué declarado en él por suspenso de toda funcion episcopal y sacerdotal; pero Hugo de Flavigny, acusado del mismo delito, fué absuelto y despachado á su abadía. 1100.

Melphitanum: de Melfa, en la Pulla, en el mes de Octubre, en que el papa Pasqual II. excomulgó á la ciudad de Benevento por haberse substraido (no se sabe por qué motivo) de la obediencia de la santa Sede. 1100.

Pictaviense: de Poitiers, el dia 18 de Noviembre, por dos legados, acompañados de un crecido número de obispos y abades. Norgaud de Autun fué depuesto en él, y se hicieron 16 cánones, y se volvió á excomulgar al rey Felipe y Bertrada. 1100.

Año de J. C. 1100. *Ansanum*: de Ansa, á fin del año, compuesto de 4 arzobispos, entre los quales estaba san Anselmo, y de 8 obispos. Hugo, arzobispo de Leon, pidió un subsidio para los gastos del viage que habia de hacer á Jerusalen con permiso del papa.

CRONOLOGÍA

DE LOS PAPAS.

SIGLO UNDECIMO.

CXL. *Juan* XVII.

Juan XVII., romano de nacimiento, llamado Sicon, ántes de su eleccion fué ordenado papa el año 1003, y murió el 7 de Diciembre del mismo año, no habiendo ocupado la santa Sede mas que 5 meses y 25 dias.

CXLI. *Juan XVIII.*

Juan XVIII., romano, como su antecesor, cardenal del título de san Pedro, llamado Fasian ántes de su pontificado, fué ordenado papa el dia 26 de Diciembre de 1003. Abdicó la tiara en el año 1009 para retirarse á la abadía de san Pablo de Roma, donde abrazó la vida monástica.

CXLII. *Sergio IV.*

Sergio IV., obispo de Albano, fué electo papa entre 17 de Junio y 24 de Agosto del año 1009. Ocupó la santa Sede unos tres años, habiendo muerto en el mes de Julio ó Agosto de 1012.

CXLIII. *Benedicto VIII.*

Benedicto VIII., llamado ántes Teofilito, hijo de Gregorio, conde de Túsculo, fué trasladado de la si-

lla de Porto á la de Roma el año 1012. Murió á fines de Julio del año 1014, despues de un pontificado de 12 años y algunos dias.

CXLIV. *Juan XIX.*

Juan XIX., llamado Romano antes de su exâltacion, cónsul, duque y senador de Roma, se hizo elegir á fuerza de dinero para suceder á Benedicto VIII, su hermano. Su eleccion se pone en el mes de Agosto de 1024. Algunos la atrasan hasta el mes de Abril, y aun al de Junio del año siguiente. Murió el de 1033, á fines de Mayo. Su pontificado duró unos 9 años.

CXLV. *Benedicto IX.*

Benedicto IX., llamado ántes Teofilacto, hijo de Alberico, conde de Túsculo, sobrino de Benedicto VIII. y de Juan XIX., consiguió la tiara el año 1033. Su vida escandalosa lo hizo echar de Roma el año 1044. En su lugar se puso á Juan, obispo de Sabina, con el nombre de Silvestre III., que no ocupó la silla apostólica mas que unos tres meses, despues de los quales volvió á ella Benedicto, con el auxîlio de su familia. Viéndose despreciado del clero y del pueblo, por sus desórdenes, cedió el pontificado, mediante una cantidad de dinero, al arcipreste Juan Graciano. El año 1047 volvió á subir Benedicto á la silla de Roma por tercera vez, y volvió á renunciarla, para hacer penitencia.

CXLVI. *Gregorio VI.*

Gregorio VI., que es el mismo Juan Graciano, de que se acaba de hablar, se puso en posesion de la santa Sede despues del ajuste simoniaco, que habia hecho con el Benedicto IX.: fué depuesto en el concilio de Sutri, en las fiestas de Navidad del año 1046. Este papa fué despues llevado á Alemania, en donde acabó sus dias.

CXLVII. *Clemente II.*

Clemente II., llamado antes Suidgero, saxon de na-

cimiento, obispo de Bamberga, fué electo, de comun acuerdo, para ocupar la santa Sede, y entronizado el dia de Navidad de 1046. Murió el 9 de Octubre del año siguiente, no habiendo reynado mas que 9 meses y medio.

CXLVIII. *Dámaso II.*

Dámaso II., llamado ántes Poppon, obispo de Brixen, elegido por el emperador para suceder á Clemente II., fué recibido en Roma con aplauso; pero no ocupó la santa Sede mas que 23 dias, y murió en Palestina el dia 8 de Agosto de 1048.

CXLIX. *San Leon IX.*

Leon IX., llamado antes Brunon, hacia 22 años que era obispo de Toul, quando fué electo papa á fines de 1048. Este pontífice era muy zeloso de la honra de la Iglesia, y de la reforma de los abusos. Celebró muchos concilios en Italia, Alemania y Francia, adonde hizo tres viages durante su pontificado. Murió santamente el año 1054, el dia 19 de Abril, en que la Iglesia celebra su memoria. Habia ocupado la santa Sede 5 años, 2 meses y algunos dias.

CL. *Victor II.*

Victor II., llamado ántes Gebehardo, reemplazó á Leon IX., despues de una vacante de un año. Su eleccion se hizo en el concilio de Maguncia, celebrado en el mes de Marzo de 1055. Fué entronizado el dia 13 de Abril siguiente, y murió en Toscana en 18 de Julio de 1057, habiendo ocupado la santa Sede dos años y tres meses y medio.

CLI. *Esteban IX.*

Esteban IX., llamado Federico ántes de su exâltacion, hijo de Cotelon, duque de la baxa Lorena, cardenal del título de san Crisógono, y abad del Monte Casino, fué electo papa de comun consentimiento el dia 2 de Agosto de 1057, y consagrado al dia siguiente. Murió en

Florencia el año 1058, no habiendo ocupado la santa Sede mas que 8 meses.

CLII. *Nicolao II.*

Nicolao II., cuyo nombre era Gerardo, natural del reyno de Borgoña, obispo de Florencia, fué elegido en Sienna en un concilio en 28 de Diciembre de 1058, y coronado en Roma el 18 de Enero siguiente. Este es el primer papa, cuya coronacion señala la historia. La ceremonia se hizo poniendo en la cabeza del pontífice una corona formada de dos círculos. Nicolao II. murió en Florencia en el mes de Julio del año 1061, despues de haber ocupado la santa Sede 2 años y cerca de 7 meses.

CLIII. *Alexandro II.*

Alexandro II., llamado Anselmo de Badage, milanés, obispo de Luca, fué coronado papa el dia 30 de Septiembre de 1061. Opúsosele Cadalous, obispo de Parma, con el nombre de Honorio. Este antipapa fué condenado el año siguiente en el concilio de Osbor por todos los obispos de Alemania y de Italia. Alexandro II. murió en el mes de Abril de 1075, habiendo ocupado la Silla apostólica 11 años y cerca de 7 meses.

CLIV. *Gregorio VII.*

Gregorio VII., sucesor de Alexandro II., llamado Hildebrando ántes de su eleccion, era arcediano de la iglesia romana quando se le eligió contra su voluntad para ocupar la santa Sede el dia 22 de Abril de 1075. No quiso se le ordenase hasta haber obtenido el consentimiento del emperador Henrique IV. Notorias son las reñidas y largas altercaciones que tuvo con este príncipe en punto de las investiduras: altercaciones que causaron los mayores alborotos en la Iglesia y en el estado. Este papa murió el dia 25 de Mayo de 1085. Habia regido la santa Sede 12 años y un mes; y es el primero que ha reservado el nombre de papa para los pontífices de Roma, con exclusion de todos los demas obispos.

CLV. *Victor III.*

Victor III., llamado antes Desiderio, de la casa de los duques de Capra, presbítero cardenal, abab del Monte Casino, y uno de los tres que Gregorio VII. habia designado como capaces para sucederle, fué elegido, despues de una vacante de un año, el dia 24 de Mayo del año 1086. Murió en el mes de Septiembre del año siguiente, no habiendo ocupado la santa Sede mas que 4 meses y 7 dias.

CLVI. *Urbano II.*

Urbano II., llamado Oton ú Oddon antes de ser electo papa, era obispo de Ostia, y uno de los tres sugetos designados por Gregorio VII. Ascendió á la silla apostólica el dia 12 de Marzo de 1088. Sabido es que la primera cruzada fué publicada por este papa en un concilio que celebró en Clermont el año 1095. Urbano murió en Roma el de 1099, despues de un pontificado de 11 años, 4 meses y algunos dias.

Nota. El sucesor de Urbano II. fué Pasqual II., elegido papa el año 1099, y que murió en el mes de Enero de 1118. Por el artículo de este pontífice darémos principio á la cronología de los papas del siglo XII.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE ANTIOQUIA.

SIGLO UNDECIMO.

LXXXIV. *Juan III.*

Juan III., monge de la isla de Oxîa, en la Propóntida, fué nombrado por sucesor del patriarca Agapio. No se sabe el año de su muerte.

LXXXV. *Nicolao II.*

Nicolao II., de quien tan solo se sabe el nombre, fué el sucesor de Juan III.

LXXXVI. *Elías II.*

Elías II., tan poco conocido como Nicolao, subió á la silla de Antioquía despues de él.

LXXXVII. *Teodoro III. ó Jorge.*

Teodoro ó Jorge fué el sucesor de Elías. Los bolandos creen que murió el año 1051.

LXXXVIII. *Basilio II.*

Basilio II. fué el sucesor del patriarca Teodoro III. y murió el año 1052.

LXXXIX. *Pedro III.*

Pedro III., varon docto y eloqüente, sucesor de Basilio, subió á la silla de Antioquía hácia el año 1052. Habiendo escrito á Pedro Miguel Cerulario el año 1054 para atraerlo á su cisma, éste en su respuesta le manifestó quánto amaba la paz, sin aprobar no obstante todos los usos de los latinos. El año de su muerte no está averiguado (*Boland.*)

XC. *Teodosio III.*

Teodosio ó Teodoro fué substituido al patriarca Pedro. No se habe quánto duró su gobierno.

XCI. *Emiliano.*

Emiliano ocupó la silla de Antioquía en el imperio de Miguel Parapinaco. Los bolandos ponen su muerte hacia fines del año 1089.

XCII. *Nicéforo el moro.*

Nicéforo el moro fué substituido por el emperador Alexîs Comneno al patriarca Emiliano. No está aun bien averiguado el tiempo de su muerte.

XCIII. *Juan IV.*

Juan IV. ocupaba la silla de Antioquía quando sitiaron los cruzados esta ciudad, esto es, el año 1098. Los griegos despues de su muerte continuaron nombrando patriarcas, que no tuvieron mas que el título. Por tanto, nos excusaremos de poner su serie, y atenderemos tan solamente á los patriarcas latinos de Antioquía.

PATRIARCAS LATINOS DE ANTIOQUIA.

Bernardo, primer patriarca latino.

Bernardo, natural de Valencia en el Delfinado, fué trasladado hácia el mes de Junio del año 1100 del obispado de Arshasio, en Siria, á la silla de Antioquía. Primero habia sido capellan del obispo del Puy, legado del papa en la cruzada. Murió el año 1135 á los 36 años de su patriarcado.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE ALEXANDRIA.

SIGLO UNDECIMO.

LXVIII. *Jorge ó Teofilo, melquita.*

Jorge fué el sucesor de Arsenio entre los melquitas, segun los catálogos enviados del Cairo al P. Le-Quie. Este sabio cree que es el mismo que Teofilo, elegido el año 1019 por el emperador Basilio, por árbitro de una disputa que habia entre él y Sergio, patriarca de Constantinopla. No está averiguado el tiempo de su muerte.

LXIX. *Leoncio.*

LXX. *Juan, melquita.*

Leoncio está puesto despues del patriarca melquita Jorge en los catálogos de que hemos hablado; y despues de él sigue Juan, de quien no hay mayor conocimiento.

LXXI. *Sabas, melquita.*

Sabas fué dado por sucesor al patriarca Juan por los melquitas; y á esto se reduce todo quanto se sabe de él.

LXXII. *Teodosio, melquita.*

Teodosio sigue despues de Sabas en el catálogo de los patriarcas melquitas que sirve de norte al P. Le Quien. El nombre de este prelado es lo único que queda de su memoria.

LXXIII. *Cirilo II, melquita.*

Cirilo II. se halla inmediatamente despues de Teodosio en el mismo catálogo. Era docto, y sobre todo versado en la medicina, pero no se tiene ningun indicio para señalar, ni el principio, ni el fin de su patriarcado.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE JERUSALEN.

SIGLO UNDECIMO.

LXXXI. *Teofilo.*

Teofilo sucedió inmediatamente al patriarca Jeremías. No se sabe á punto fixo quanto duró su patriarcado.

LXXXII. *Arsenio.*

Arsenio subió á la silla de Jerusalen despues de Teofilo el año 1010. Murió, á lo mas, el año, 1023.

LXXXIII. *Jordan.*

Jordan, sucesor del patriarca Arsenio, no es conocido mas que por el testimonio de Raoul Glaberto, autor contemporáneo; ni se encuentra en ninguna parte quanto tiempo ocupó la silla.

LXXXIV. *Nicéforo.*

Nicéforo, que pone algunos inmediatamente despues de Teófilo, sin hacer mencion de Arsenio, ni de Jordan, acabó, segun Guillermo de Tiro, el año 1048 la reedificacion de la iglesia mayor de Jerusalen. Esta es la única época conocida en su patriarcado. Murió lo mas tarde el año 1059.

LXXXV. *Sofronio II.*

Sofronio II., á quien Alarico de tres Fuentes hace sucesor inmediato de Nicéforo, ocupaba (segun él mismo) la silla de Jerusalen el año 1059. El de su muerte no esta averiguado.

LXXXVI. *Eutimio.*

Eutimio sucedió á Sofronio, segun el mismo historiador que acabamos de citar. Murió antes del año 1094.

LXXXVII. *Simeon II.*

Simeon II., que segun Alberico sucedió inmediatamente á Eutimio, ocupaba la silla de Jerusalen desde el año 1094. El de 1098, con la noticia del arribo de los cruzados, intimidado por las amenazas de los musulmanes, se retiró á la isla de Chipre, donde murió el año 1099 al tiempo de la toma de Jerusalen.

PATRIARCAS LATINOS DE JERUSALEN.

Arnoul, primer patriarca latino.

El año 1099, despues de haber elegido los cruzados á Godofre de Bullon por rey de Jerusalen, pensaron en nombrar un patriarca latino. El obispo de Martorane y sus parciales hicieron que recayese la eleccion en Arnoul de Rohas, capellan del duque de Normandía, que fué proclamado el dia de san Pedro *ad Vincula*, primero de Agosto. El defecto de su nacimiento, junto con el porte licencioso que habia tenido durante el viage de la cruzada, enagenó de él los ánimos. Depúsosele el mismo año, pasada la fiesta de Navidad.

II. *Daimberto.*

Daimberto, obispo de Pisa, y legado de la santa Sede para la cruzada, fué colocado en la silla de Jerusalen, despues de depuesto Arnoul, por consejo del mismo Arnoul. Su eleccion fué á fines del año 1099. Retiróse el de 1103, al lado de Boemondo, príncipe de Antioquía, y murió en Mesina el dia 16 de Junio de 1107.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
DE CONSTANTINOPLA.

SIGLO UNDECIMO.

LXXV. *Eustathio II.*

Eustathio II., cabeza de los sacerdotes del palacio, fué electo por sucesor del patriarca Sergio en el año 1019. Ocupó la silla unos 5 años y medio, y murió el mes de Diciembre del año 1025.

LXXVI. *Alexis.*

Alexis, superior del monasterio de Studa, sucedió á Eustathio en el año 1025. Murió el de 1043.

LXXVII. *Miguel I., dicho Cerulario.*

Miguel, llamado Cerulario, ascendió á la silla de Constantinopla en el año de 1043. El de 1053 se declaró contra la iglesia romana por medio de una carta escrita en su nombre y en el de Leon, arzobispo de Acrida, en Bulgaria. Habiendo sido excomulgado por tres legados de Leon IX. el año 1054, por haber perseverado obstinadamente en su error, usó de represalias, y arrastró á su partido al clero y al pueblo. Este es el orígen del cisma deplorable que tiene todavía dividida en nuestros dias la iglesia griega de la iglesia latina. El año 1059 lo desterró el emperador Isaac Comneno á la isla de Proconeso El año de su muerte no está averiguado.

LXXVIII. *Constantino III., llamado Lichudes.*

Constantino III., apellidado Lichudes, fué elegido en el mes de Julio de 1059, para suceder al patriarca Miguel. Este era un hombre docto, y muy versado en los negocios. Murió á fines del año 1063, despues de haber ocupado la silla 4 años y medio.

LXXIX. *Juan VIII., llamado Xifilino.*

Juan VIII., llamado Xifilino, varon docto, prudente y exercitado en la vida monástica, fué elegido contra su voluntad, hácia el 2 de Enero de 1064, para ocupar la silla de Constantinopla. Túvola 11 años y 7 meses, y murió en 2 de Agosto de 1075.

LXXX. *Cosme I.*

Cosme I., monge de Jerusalen, sucedió al patriarca Xifilino el año 1075. El de 1081 hizo renuncia, y se volvió á su soledad.

LXXXI. *Eustrato, dicho Garidas.*

1. Eustrato, apellidado Garidas, fué puesto en la silla de Constantinopla el año 1081. Echólo el emperador Alexis Comneno, por ser incapaz el de 1084.

LXXXII. *Nicolas III. apellidado el Gramático.*

Nicolao III., apellidado el Gramático, fué substituido hácia el mes de Agosto de 1084 al patriarca Eustrato. Murió en el año 1111.

REYES DE BOHEMIA.	REYES DE UNGRIA.	PRINCIPES DE RUSIA.
Jaromiro sucede á Boleslao III su hermano el año de 1002. Destrónalo en 1012 Udalrico su hermano. Muere de muerte violenta el año 1038.	Pedro, llamado el Aleman, es elegido para suceder al rey san Esteban el año de 1038. Depónenlo el de 1041 ó 42.	Swiatopalk se hace dueño de los estados de su padre Waldimiro el año de 1015. Derrotado en una batalla por Jaroslaw, va á morir al desierto de Silesia en 1019.
Udalrico sucede en 1012 á Jaromiro su hermano. Muere el año 1037 despues de haber gobernado la Bohemia [illegible] Muere el año 1093.	Aba, ú Owon es substituido al rey Pedro en 1041 ó 42. Echalo el emperador Henrique III el año 1044.	Jaroslaw junta toda su herencia: añade á ella la de Mustilaw, el ultimo de sus hermanos, que habia muerto el año 103[illegible], y [illegible] el año 1114.
Bretislao I, hijo de Uratislao II. sucede á su tio Conrado en 1093. Mátanlo en la caza el año de 1100.	Pedro vuelve al trono en 1044. Habiéndolo cogido en la caza el año 1047, se le sacan los ojos, y se le pone en una cárcel, donde muere el mismo año.	
	Andres I es dado por sucesor al rey Pe- [illegible] 1077.	
	Ladislao I, hijo de Bela I, es elegido á pesar suyo, para suceder á Geisa, su hermano, el año de 1077. Muere el de 1095.	
	Coloman, hijo primogénito de Geisa, sucede á Ladislao su hermano el año de 1095. Muere el de 1114.	



TABLA

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO TERCERO.

SIGLO IX.

SIGLO X.

SIGLO XI.

